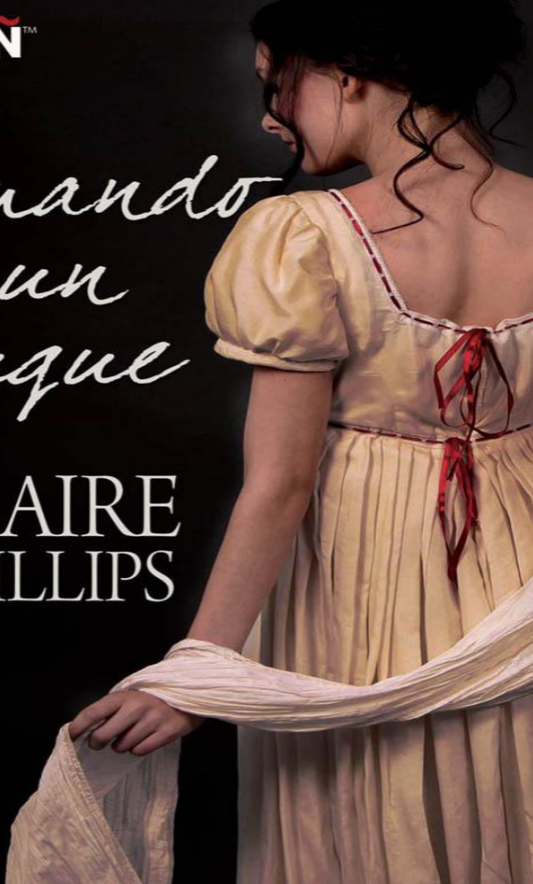


HQN™

*Amando  
a un  
duque*

CLAIRE  
PHILLIPS



*Amando  
a un duque*

CLAIRE  
PHILLIPS



Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2016 María García Peche

© 2016 Harlequin Ibérica, una división de  
HarperCollins Ibérica, S.A.

Amando a un duque, n.º 110 - febrero 2016

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente,

y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y <sup>TM</sup> son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-7823-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Reseña familiar](#)

[Notas](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

# Prólogo

Amelia Mcbeth decía de sí misma que, a sus diecinueve años recién cumplidos, había vivido dos vidas.

Nacida sin nombre, sin familia, sin nadie que la reclamase. Había sido descubierta dentro de una canastilla, siendo un bebé, en la puerta de la rectoría de la iglesia de un pequeño pueblecito irlandés. Sin nada que permitiese saber quién era la pequeña de enormes ojos oscuros, sin ninguna nota ni nada que llevase a identificar a la criatura ni a sus padres, el vicario se vio obligado a dejarla en el orfanato de Saint Joseph, en manos de las hermanas que recogían y cuidaban a cuantos huérfanos y neófitos de padres desconocidos o abandonados llegaban a sus manos. Amelia, bautizada por las hermanas como Amelia Smith, apellido que solían dar a todos los hijos de padres desconocidos,



creció rodeada de niños y niñas sin recursos, agradecidos de tener un techo sobre sus cabezas y un poco de pan que llevarse a la boca. Creció sabiendo que, como huérfana sin recursos, su destino, como así le recordaban constantemente las hermanas de Saint Joseph, sería el de servir como criada en la casa de alguna familia acomodada y, si era afortunada, en la de un noble. Antes de cumplir los ocho años ya cuidaba de algunos de los niños del orfanato. Habiéndose revelado como una niña paciente, responsable y callada, las hermanas delegaban en ella muchas de las funciones de custodia de sus compañeros de orfanato. Desde pequeña le gustaba leer cuantos libros caían en sus manos, lo que venía a significar cualquiera que se donase al orfanato, y ello fue aprovechado por las hermanas, que solían encargarle la tarea de enseñar a leer a los más jóvenes o de acompañar a algunas ancianas del pueblo para leerles y, aunque este era un trabajo, en ocasiones, aburrido y monótono, le permitía salir de los muros del orfanato al menos dos días a la semana.

A los catorce años un hecho cambió la vida de Amelia para siempre. La señorita Julianna Mcbeth, hija

de uno de los arrendatarios del conde de Worken, que solía acudir a dar clases a los más pequeños y les llevaba dulces y pasteles y que incluso solía cuidar a algunos de los niños cuando se ponían enfermos, solicitó a las hermanas de Saint Joseph llevarse a vivir con ella a Amelia como damita de compañía. Amelia se sentía realmente emocionada. Podría vivir lejos del orfanato y aunque echaría de menos a muchos de los niños que, hasta entonces, habían sido lo más parecido a una familia para ella, estaba deseosa de poder vivir en algún lugar lejos de las estrictas normas impuestas por las hermanas del convento

Amelia siempre había sentido gran simpatía por esa muchacha de enormes ojos miel, de carácter tímido y de sonrisa sincera que era capaz de dedicar, sin esperar nada a cambio, su tiempo, su esfuerzo y su ilusión a niños de origen humilde y, en muchos casos, como constantemente les decían muchos de los vecinos de la zona, de “origen vergonzante”. Siempre les dedicaba palabras amables, gestos de cariño y comprensión a todos ellos. Jamás los trataba con desprecio o desdén, como algunas de las damas o señoras del pueblo que acudían una o dos veces al año

a “hacer su obra de caridad”. No, la señorita Julianna siempre fue buena, generosa y cariñosa con todos y nunca tuvo un mal gesto, una mala palabra ni un reproche hacia ninguno de los niños, y eso que algunos eran verdaderos trastos. Por el contrario, se reía con ellos, bromeaba con ellos, era paciente, sensible y cariñosa. Por ello, cuando le mandaron llamar al despacho de la madre superiora y le informaron de que viviría con ella, tuvo que contenerse en extremo para no ponerse a dar saltos de alegría y gritos de entusiasmo.

Las hermanas le habían dicho que iría en calidad de criada pero, desde el primer momento, la señorita Julianna le dejó claro que ella no era su criada, sino su dama de compañía y, al poco de vivir juntas, la trataba con el cariño y el respeto de una hermana mayor.

Tras el fallecimiento de su padre, Julianna se marchó a vivir a una pequeña casita situada en los límites del bosque perteneciente a los terrenos del conde de Worken gracias a la asignación que su padre le dejó en herencia. La casita fue arreglada por las dos para convertirla en un hogar. Amelia siempre tuvo muy buena mano para las plantas y las flores y agradeció a

los cielos que la pequeña casita tuviera, en el jardín trasero, un pequeño huerto, ya que eso le permitió dedicar mucho tiempo al mismo y permanecer al aire libre, cosa que jamás había podido hacer en el orfanato. Julianna le permitía conducirse con libertad e incluso la instaba y fomentaba algunas de sus inquietudes como la lectura o la jardinería.

Estuvieron viviendo en su “casita de cuento de hadas” apenas unos meses, ya que un incidente en la mansión del conde en la Fiesta de la Cosecha hizo que Julianna quisiera abandonar de inmediato el pueblo, el condado y la vida que conocía, yéndose a vivir a Londres con una tía, la hermana pequeña de su padre, a la que no conocía en persona pero a la que le tenía un enorme cariño tras haber mantenido con ella una relación epistolar durante años.

Para sorpresa de Amelia, antes de partir a Londres Julianna le preguntó si quería acompañarla y, ya fuese porque para entonces le profesaba verdadero cariño, ya fuese porque era la primera vez que se había sentido libre para decidir y expresar su voluntad sobre su futuro, no dudó en aceptar marchar con ella. A partir de ese momento Julianna dijo que serían

hermanas, y así lo fueron.

Y es aquí donde empieza a vislumbrarse el cambio de Amelia Smith a Amelia Mcbeth.

Blanche Mcbeth, viuda del señor Ronald Brindfet, recogió a su sobrina Julianna y a su pequeña acompañante en el puerto de Londres a los pocos días de abandonar juntas el condado que, hasta entonces, era el único mundo que ambas jóvenes habían conocido.

Desde ese instante, Amelia conoció lo que era una familia, una pequeña familia formada por tres mujeres pero una familia al fin. Su familia. En ese momento trascendente en su vida, Amelia pasó a ser la pupila y, unas pocas semanas después, con todo el trámite legal concluido, la sobrina de la señora viuda de Brindfet, tía Blanche. Había nacido Amelia Mcbeth, hermana de Julianna y sobrina de Blanche Mcbeth.

Tía Blanche no era una mujer común, de hecho, era todo lo opuesto a una persona común. Nacida en el seno de una familia humilde, a la edad de 20 años conoció a un rico comerciante que había enviudado unos años antes de su primera esposa, Ronald Brindfet. De inmediato, el decidido, inteligente y

trabajador Ronald quedó prendado de la joven de ojos color miel, una joven de temperamento y carácter resuelto, alegre y amable con la que, en apenas tres meses, se había casado y marchado a Londres desde donde el señor Brindfet dirigía la mayor parte de sus negocios. Pocos años después, la pareja, convertida ya en una de las grandes fortunas comerciales de Inglaterra, tuvo un hijo que falleció antes de cumplir los tres años a causa de una enfermedad pulmonar. Tras muchos años de feliz matrimonio, a pesar de no haber tenido más hijos, falleció el señor Brindfet, dejando un hondo pesar en su viuda y una enorme fortuna que ella gestionaba honrando la memoria y el nombre de su querido marido.

Tía Blanche profesaba verdadero cariño por su sobrina Julianna, que era la viva imagen de su más querido hermano y de ella misma. Desde el día en que tía y sobrina comenzaron a vivir juntas en Londres, se inició entre ellas una relación más propia de madre e hija que de tía y sobrina.

Amelia pronto disfrutó del mismo cariño y de la misma relación, formándose, casi de inmediato, un vínculo natural entre ellas que no se rompería nunca.

Tía Blanche acogió bajo su ala a ambas jóvenes, que pasaron de golpe a vivir en una enorme mansión en Mayfair, el mejor barrio de Londres, rodeadas de lacayos, doncellas, sirvientes y todo tipo de lujos. Las llevó a la mejor modista de Londres, madame Coquette, que les confeccionó un guardarropa que se convertiría en poco tiempo en la envidia de todas las damas de la clase alta de la ciudad. Compraban en las mejores tiendas y talleres, viajaban en los mejores coches, tenían las mejores cosas. Contrató un preceptor para Amelia y un maestro de baile para ambas.

Tenían una nueva vida. Con los recién cumplidos quince años, Amelia Smith, huérfana, de padres desconocidos y carente de todo recurso, dio paso, de la noche a la mañana, a la joven damita Amelia Mcbeth, sobrina de Blanche Mcbeth, viuda de Brindfet, hermana de Julianna Mcbeth y una de las dos herederas de una de las mayores fortunas de Inglaterra.

Algunas semanas después de su llegada a Londres, Julianna confesaría a Amelia la verdadera razón por la que se marcharon a vivir con su tía de un modo tan

repentino. Cuando era pequeña, Julianna solo recibió cariño de su padre, al que adoraba. Tras la muerte de su madre a los pocos meses de dar a luz a Julianna, sus tres hermanos mayores la trataban tan mal como les era posible, de tal modo que, al fallecer su padre, fue consciente de que no tenía más familia que su tía Blanche. Pero antes de esa partida ya había ocurrido algo, un suceso que, a la postre, determinaría la vida de Julianna y, con ella, la de la propia Amelia. A la edad de 10 años, Julianna, que solía salir a hurtadillas de su habitación por las noches para ver las estrellas, salvó la vida del hijo menor del conde de Worken, Cliff de Worken, cuando, al encontrarlo en el bosque gravemente herido por la caída de su caballo, lo asistió y después recorrió todo el bosque hasta la mansión para avisar al conde y llevarlo hasta él. Aunque nunca esperó agradecimiento por ese hecho, Julianna se vio seriamente comprometida años más tarde, cuando el conde y la condesa intentaron saldar la deuda que ellos creían tener con la joven que les devolvió a su hijo, buscándole un marido adecuado en la Fiesta de la Cosecha, que se celebraba todos los años en la mansión. Sin embargo, tras varios malentendidos, uno



de los invitados intentó sobrepasarse con Julianna, pero esta se defendió y, si bien solo resultó un poco magullada en el proceso, quiso alejarse todo lo posible del condado y de todos sus habitantes. Sin embargo, para entonces, Julianna ya estaba perdidamente enamorada de lord Cliff de Worken, convertido tras esos años en uno de los mejores marinos de la nación, con una gran fortuna amasada en sus muchos viajes y nombrado flamante vizconde de Plamisthow, en recompensa por los servicios prestados como comandante de la Marina Real.

Meses más tarde de la salida del condado, Julianna Mcbeth se convirtió en la feliz esposa de lord Cliff de Worken, en lady Plamisthow y en la feliz madre de unos gemelos de los que Amelia sería una orgullosa madrina. Pero esto es adelantar la historia.

# Capítulo 1

—SShh, calma bonita, calma. Ya sé que te he hecho correr mucho esta mañana pero ahora te dejaré descansar un poco antes de volver.

Amelia dio un par de palmadas y le acarició la cabeza a Granada, la bonita yegua árabe blanca y gris que casi cuatro años antes le había regalado su tía Blanche. La dejó trotar un poco para calmarla y, tras unos minutos, se bajó de la montura y ató las riendas en uno de los árboles que quedaban a su espalda. Recogió la trasera de su elegante vestido de montar y anduvo distraídamente por el camino que llevaba a las ruinas del viejo torreón. Solía ir allí cuando visitaban al conde y a su familia para pensar, leer o solamente para alejarse.

Caminó despacio fijándose en las flores de invierno que comenzaban a brotar, aún quedaban tres meses

para Navidad, pero ya empezaban a aparecer algunos brotes. Suspiró y contempló la belleza del paisaje irlandés que la rodeaba. Volvió a suspirar y se adentró en las ruinas.

—Llega mañana. —Suspiró—. Regresa mañana.

Por su mente comenzaron a desfilar algunas de las imágenes, algunos de los recuerdos y momentos vividos con él.

Lord Maximilian Rochester, futuro duque de Frenton, era para Amelia el hombre perfecto. Ninguno podía compararse con él. Era extremadamente guapo, de porte aristocrático, espeso pelo negro y ojos gris azulado tan profundos e intensos como el cielo de invierno. La primera vez que lo vio fue en casa de tía Blanche, en Londres, cuando ella y su hermana Julianna llevaban poco más de cuatro meses viviendo allí.

El padre de Max, el actual duque de Frenton, era un reconocido marino y uno de los veteranos más admirados de la Marina Real. De hecho, exigía que le llamasen almirante y no duque, excelencia o señoría como correspondía a su rango, sino solo almirante o almirante Rochester, ya que se sentía orgulloso de su

carrera de marino y satisfecho por los logros conseguidos como tal. Tenía una hija, lady Eugene, tres años mayor que Amelia. Eugene era una joven dulce, amable y con una belleza clásica que le daba un aire etéreo y casi celestial. El almirante había sido un viejo amigo de tía Blanche y de su difunto marido por muchos años y se profesaban verdadero respeto y cariño, y desde que la dos sobrinas de su vieja amiga llegaron a Londres, las acogió con verdadero entusiasmo ejerciendo, al poco tiempo, de figura paterna de ambas, mientras que Eugene, Julianna y Amelia se convirtieron en hermanas por elección y voluntad de todas ellas.

El almirante quería a Eugene más que a su propia vida, a pesar de saber con toda certeza que no era hija suya, sino de su fallecida esposa y alguno de los muchos amantes que esta tuvo mientras el duque estaba en alta mar. Pero, a todos los efectos, Eugene era hija del almirante, y ay de aquel que osase negarlo o discutirlo. No obstante, si bien Eugene fue acogida por su padre y por su hermano Maximilian con verdadero cariño desde su nacimiento, no así por sus pares, entre los que los rumores, chismes y medias

verdades eran el principal medio de entretenimiento. De este modo, durante toda su infancia, Eugene se vio sometida a murmuraciones, a insultos casi siempre velados y en otras ocasiones no tan velados, de todas las damitas y damas que le rodeaban y aun cuando su padre y su hermano la defendieron y protegieron de todos, el ser objeto constante de murmuraciones por su nacimiento, acabó convirtiendo a Eugene en una joven reservada, callada y con tendencia a la soledad.

Fue a los dieciocho años, el año de su primera temporada social, en la que sería presentada e introducida como correspondía a las damas de su rango en los salones, fiestas y grandes eventos de la aristocracia, cuando Eugene encontró en Amelia y en Julianna a unas verdaderas amigas, a unas hermanas. Su carácter introvertido y reservado dio paso a uno más abierto y de mayor aplomo y consiguió la suficiente confianza para enfrentar las murmuraciones, los silencios y las malas palabras de su alrededor, con fuerza, carácter, con la cabeza bien alta y, sobre todo, con el apoyo y el cariño de sus nuevas “hermanas”, Amelia y Julianna.

Por su parte, su hermano Max había seguido los

pasos de su padre en la Marina Real y junto a Cliff de Worken, su mejor amigo, inició, tras salir de Oxford, la carrera de marino logrando, al igual que Cliff, ascender a base de esfuerzo, tesón y algo de espíritu temerario. A los veintiocho años, era capitán de una de las principales naves de la Marina y uno de los más respetados capitanes en activo de la Armada Real. El año del debut en sociedad de su hermana pequeña, Eugene, a la que adoraba, regresó para ayudarla y protegerla ante la aristocracia. Pero al regresar a casa, descubrió que su tímida hermana pequeña era, ahora, una joven más resuelta y alegre y que su padre, el almirante, era el “cabeza de familia” de un grupo de adorables y entrañables mujeres que se habían convertido en lo más parecido a una familia que jamás habían tenido los Rochester.

Para Max, Julianna y Amelia pasaron a ser sus hermanas y Amelia, en concreto, era, a sus ojos, la hermanita pequeña de su nueva familia, adoptando, de inmediato, el papel de hermano mayor protector.

Amelia recordó, mientras seguía recorriendo las ruinas, la primera vez que vio a Max, ese primer encuentro que cambiaría el mundo a sus ojos. Tenía

solo quince años y era una jovencita a medio camino de ser una mujer. Con su bonito y denso cabello negro que se ondulaba dándole un aspecto ligero y juvenil, con su piel blanca, sus rasgos suaves aññados aún y su bonita sonrisa, era la viva imagen de la inocencia. Sin embargo, lo que más destacaba en su rostro eran los enormes y redondos ojos negros tan profundos y a la vez tan limpios que era imposible no mirarlos fijamente. Julianna decía con frecuencia que envidiaba su rostro porque era de un color perlado, claro como el más puro marfil y sus ojos eran, decía entre risas, la sombra de la luna, oscuros como la noche pero con el brillo de la luna llena. Esto siempre la hacía reír pero, sobre todo, la hacía sentir bonita, ya que en aquella época se consideraban bellezas las mujeres de pelo rubio casi blanco, de ojos azules y piel muy blanca, más del estilo de Eugene. Claro que Julianna era considerada una extraordinaria belleza y tenía el pelo castaño y los ojos color miel.

Aquella tarde, Amelia y Eugene fueron llamadas al salón de luces de la mansión de tía Blanche por Furnish, el mayordomo, para que las jóvenes se reunieran con su tía y el almirante a tomar el té.

Habían pasado las horas posteriores al almuerzo en el jardín plantando nuevas especies de plantas y algunas flores exóticas que habían comprado en el mercado de flores el día anterior y que, a pesar de las quejas de Porter, el jardinero jefe, estaban quedando realmente bonitas en el jardín de la mansión.

Fueron a asearse y tras depositar las flores recién cortadas en un cesto para entregárselo a la doncella y que las colocase en las habitaciones de las damas de la casa, entraron resueltas en el salón de luces.

Max acababa de regresar de pasar meses en el mar. Esperaba encontrarse en Hortfold, la mansión en Londres del duque, con su padre y su hermana, pero para su asombro fue informado por el mayordomo ducal que, como todos los días, el duque y lady Eugene se encontraban en la mansión Brindfet acompañando a la viuda Brindfet y a sus dos sobrinas recientemente llegadas del campo. Tras almorzar solo, para su desesperación, no pudo más y se presentó en la mansión de la vieja amiga de su padre deseando reencontrarse con su familia. Su padre estaba relajado, contento y risueño como un colegial.

—¡Bienvenido a casa, hijo! Ahora nos pondremos



al día y en cuanto a tu hermana, ahí la tienes, con Amelia luchando con la naturaleza. —Hizo un gesto señalando a los ventanales.

Max observó a su hermana relajada junto a una muchacha con cara de niña de unos quince o dieciséis años que parecía más una señorita londinense que una granjera de visita en la gran ciudad. Se detuvo un momento observando la escena y comprobó lo radiante que estaba Eugene, riendo e intercambiando bromas con su joven amiga, mientras un caballero, con aspecto de maestro de escuela francés, y otro que debía ser uno de los jardineros, parecían reprenderlas a ambas. Max empezó a sonreír mientras se acercaba lentamente al ventanal.

—Umm, está preciosa, padre. A partir de ahora tendré que ir armado para espantar a todos los pretendientes que se le acerquen.

Se giró con una amplia sonrisa y miró de nuevo a su padre, que empezó a reírse al igual que tía Blanche.

—Sí, hazlo, hazlo, pero, por favor, asegúrate de no manchar las alfombras de Hortford. Recuerda que forman parte del patrimonio familiar —respondió el almirante entre risas.

Tía Blanche ya había tirado del cordón para avisar a Furnish, y al presentarse este en el umbral dijo:

—Por favor, avise a lady Eugene y Amelia para que entren a tomar el té, pero que antes se asean un poco, ya que vemos tienen tierra hasta en los sombreros. —Señaló mirándolas de refilón y haciendo el gesto propio de las madres ante las travesuras de sus hijos—. Avise también a mi sobrina Julianna de que la esperamos para el té y que nos lo sirvan aquí, gracias.

Max, durante unos minutos, intercambió con su padre algunos gestos y palabras propias de un recuento padre e hijo antes de pasar a preguntar con verdadera curiosidad a su anfitriona por sus huéspedes:

—Señora Brindfet, no recordaba haber tenido el placer de conocer a ninguna sobrina suya.

Tía Blanche, que sabía que no hay nada peor para un joven soltero que no poder conocer a fondo a toda soltera apetecible de la zona, pensó que ese pobre muchacho no sabía dónde se había metido sin saberlo y, con una sonrisa propia de la más hábil estrategia y mirando de reojo a su viejo amigo, contestó:

—Querido Max, te conozco demasiado bien para

que no me tutees y la edad que dista entre nosotros no llevaría a malas interpretaciones en cuanto a la cordialidad o familiaridad entre ambos así que, por favor, llámame Blanche.

Max soltó una carcajada y empezó a recordar mentalmente lo mucho que le gustaba la compañía de esa excéntrica mujer que, a pesar de no pertenecer a la nobleza, cuando era un niño que no levantaba ni medio metro del suelo, le trataba como a un simple niño llamándole Max a pesar de recibir el trato de lord por todas las personas ajenas a su reducido núcleo familiar, es decir su padre y su hermana, y eso siempre logró hacerla sentir cercana, cordial.

—En realidad, solo tengo una sobrina, la señorita Mcbeth, Julianna, hija de mi hermano Timón, que falleció hace unos meses, lo que ha auspiciado que pueda contar de manera permanente con su compañía, lo que sin duda, comprenderás, es toda una bendición.

En ese momento arqueó un poco la ceja, pues sabía que acababa de aguijonear la curiosidad y el interés de Max de manera irremediable.

—Cuánto lamento el fallecimiento de su hermano. ¿Y su madre?— preguntó ya del todo aguijoneado.

—La madre de Julianna murió pocos meses después de nacer ella, por lo que es huérfana de padre y madre. Pero, también, tengo la fortuna de poder contar con la compañía de mi pupila, Amelia Mcbeth, que es como una hermana para Julianna y, por lo tanto, como una sobrina más para mí, bueno, dentro de unos días lo será oficialmente —sonrió—, ya que pasará a ser mi sobrina a todos los efectos legales.

Justo en ese momento entraron Amelia y Eugene que, en cuanto vio a Max, se lanzó corriendo a él dejando que este la abrazase con ternura y cariño después de tantos meses alejados.

—¡Max! ¿Cuándo has vuelto? Te esperábamos mañana. ¡Qué guapo estás! Espero que me hayas traído muchos regalos después de tenerme tan abandonada estos meses.

Max no paraba de reír observando a su hermana, a la que no había visto tan relajada, feliz y dicharachera delante de otras personas que no fuesen él o su padre y solo cuando estaban solos, en toda su vida.

—Bueno, bueno, a ver, déjame que te vea. Umm... no, no, tú no eres mi hermana. No, no, mi hermana era una mocosa flacucha y... —Hizo ademanes de galán y

sonriendo y entrecerrando los ojos—. No, no, esta belleza que tengo delante de mí no puede ser mi hermana. —Miró en broma a su padre—. Padre, ¿qué ha hecho? ¿La ha cambiado por la hija de los vecinos?

Eugene soltaba un bufido de falso enfado y le daba un codazo, se ruborizaba por el piropo desenfadado de su hermano.

—Eso lo dices porque eres mi hermano, tu opinión no cuenta.

—Querida hermana —dijo sujetándole el mentón—. En eso estás totalmente errada. Has de saber que mi opinión es la única que a ti ha de importarte. ¿Quién te va a querer más que yo?

Ella sonrió y lo abrazó después de darle un beso en la mejilla diciendo:

—Eres un bobo, realmente eres el bribón que dice tía Blanche.

Max miró divertido por encima de la cabeza de Eugene a la tía Blanche, que hizo un gesto con los hombros y le sonrió con descaro limitándose a decir:

—Prerrogativas de la edad, querido. Tengo opiniones irrefutables sobre todo y sobre todos.

Max se rio mientras asentía con un leve gesto de

cabeza. Eugene se apartó de él y cogió a Amelia de la mano para acercarla a su hermano.

—Max, permite te presente a la señorita Amelia Mcbeth. Es la pupila de tía Blanche y mi muy querida amiga, así que no le pongas ojitos de don Juan, que no se merece que le partas el corazón.

Amelia hizo una reverencia y un saludo de cabeza perfecto, eso pensó tía Blanche, mirándolo, sin embargo, totalmente ruborizada, y contestó con un simple susurro:

—Milord.

Max hizo una reverencia y cogiendo levemente su mano y apoyando los labios en la punta de los dedos añadió:

—Señorita Mcbeth, es todo un honor, y permítame estimarla en la misma medida que mi hermana a partir de hoy.

Miró como todo un seductor a Amelia consiguiendo, como se proponía, que se pusiera roja como un tomate. Desde luego no se podía resistir a embelesar a una jovencita hermosa aunque solo fuese para no perder la práctica, y esta, desde luego, era hermosa y en pocos años se convertiría en toda una

belleza, pensaba él mirándola de soslayo.

—¡Max! Deja en paz a mi niña si no quieres que pida que traigan a los perros, que creo hoy no han comido.

Tía Blanche lo miraba divertida y el almirante se reía escandalosamente por detrás mientras se intercambiaban sospechosas miradas con su amiga.

Casi en ese momento Max pasó a ser el hermano mayor, protector y cuidadoso de Amelia, pero en el interior de la joven nació un sentimiento que fue creciendo y creciendo, más y más a lo largo de los más cuatro años transcurridos desde entonces.

Pocas semanas después de ese encuentro, Julianna se casó con lord Cliff de Worken. Ambos estaban profundamente enamorados y todos pensaban que eran la pareja perfecta. Julianna viajó con su marido por medio mundo. Navegaba con él pero regresaban para estar con la familia en las fiestas navideñas y en el verano. Habían tenido gemelos, un niño y una niña de bonitos ojos verdes y cabellos castaños, Maximilian y Amelia, llamados así en honor a sus padrinos y, en el presente, Julianna acababa de dar a luz a una niña de ojos color miel y un sedoso pelo ondulado castaño muy

claro, iguales a los de su madre, llamada Anna Blanche. Amelia adoraba a sus sobrinitos y, cada vez que sus padres regresaban a casa, pasaba todo el tiempo que le era posible con ellos.

Eugene, después de esa primera temporada, en la que fue considerada una de las bellezas del año, tuvo una segunda al año siguiente, comprometiéndose con lord Jonas Wellintong, el segundo hijo de un marqués, al que conocieron el año anterior y del que se enamoró casi de inmediato. Al haber sido destinado al extranjero junto con el resto de su regimiento de caballería, los enamorados tuvieron que retrasar el enlace. El inesperado fallecimiento del hermano mayor y de la esposa de este en un crucero por el Mediterráneo, no solo propició su vuelta antes de lo esperado, ya que debía asumir su nuevo papel de marqués de Furlintong y las responsabilidades del título sino, además, la posibilidad de celebrar el enlace con su querida Eugene ese mismo año. De hecho, iba a celebrarse dentro de pocos días, allí mismo, en la capilla de la mansión de Worken, por petición expresa de Eugene que, en esos últimos años, al igual que Amelia y gracias al matrimonio de Julianna con Cliff, consideraba al conde



y a su familia como parte de la suya.

Amelia sacudió la cabeza. Tantos recuerdos, tantos cambios... Cuatro años antes salió de ese mismo condado como una huérfana, sin dinero, sin familia y con un futuro incierto y, ahora, era una rica heredera que acababa de ser presentada ante la flor y nata de la sociedad londinense. Era la cuñada del vizconde de Plamisthow, hijo del poderoso conde de Worken. Su mejor amiga, su hermana en realidad, era la hija del duque de Frenton, uno de los títulos más antiguos y envidiados de Inglaterra, que se iba a convertir en pocos días en marquesa de Furllintong. No pudo evitar reírse sola recorriendo esas ruinas y pensando en su extraña y corta vida.

En esos cuatro años, había tenido preceptores, profesores de baile y música, aunque esto último fue descartado casi de inmediato al demostrar escasas dotes musicales. Viajaba como solo pueden permitírselo las personas más adineradas. Residía en grandes mansiones, rodeada siempre de doncellas y servidumbre que estaban pendientes de cuanto quería. La vestía la mejor modista de Londres, madame Coquette, y compraba en las mejores tiendas, sin

mencionar que, además, se relacionaba con algunas de las mejores familias de la aristocracia y de la diplomacia de Inglaterra.

Sin embargo, nunca olvidó sus orígenes, al igual que Julianna, y comprendía que tenía demasiado que agradecer. Por ello, en el primer año de su estancia en Londres, colaboró dando clases en una de las escuelas de los suburbios de Londres, enseñando a niños pobres a leer y a escribir. Pero después, su actividad se hizo más constante. Acudía dos veces por semana a la consulta de uno de los doctores que prestaba asistencia a la gente sin recursos, lord Wellis, ayudándole gracias a los muchos conocimientos de plantas y hierbas medicinales que había adquirido esos años, y destinó una parte de su dote y de su asignación a crear un orfanato para esos niños y esas familias de trabajadores sin recursos de una de las zonas pobres de Londres.

Ese tipo de actividad era considerada tolerable e incluso admisible entre las damas de la alta sociedad si se realizaba de manera esporádica y como parte de alguna obra de caridad de algún grupo de damas o anfitrionas de la aristocracia, no así cuando se hacía

como una actividad habitual, como hacía Amelia, que lo consideraba su deber y un acto de pura justicia. Tía Blanche no solo permitía que Amelia se tomase tan en serio esta actividad, sino que la comprendía bien y, por eso, incluso la animaba. Siempre fue consciente de que no debía hablar de su pasado como huérfana, ya que las malas lenguas en la alta sociedad eran muy afiladas pero, no por ello, debía ignorar a la gente menos afortunada que ella.

En esos años, Amelia se había convertido en toda un experta amazona. Todos consideraban que era porque le gustaba el campo, el aire libre y los animales pero, en su corazón, Amelia sabía cuál era el verdadero motivo. Max. Él era un excelente jinete pero, lo más importante, él fue quien, cuatro años atrás, le enseñó a montar. Montaba a diario sobre su yegua favorita, la primera que le compró su tía y que fue elegida por el propio Max, Granada, y lo hacía en los terrenos de la Real Escuela de Caballería, donde podía galopar y correr con cierta libertad y donde, años antes, Max le enseñó con paciencia y tesón a montar como toda una amazona, segura y elegante. Apenas recorría Hyde Park o los terrenos de Rottern Row, que

eran las zonas de paseo habituales de la aristocracia en coche de caballos o para montar a caballo, ya que allí no podía galopar sin convertirse en objeto de murmuraciones o dar pie a un escándalo, por eso seguía teniendo la costumbre de montar a primera hora de la mañana por la escuela, donde, gracias a lord Jonas, el prometido de Eugene y antiguo caballero de la escuela, y al almirante, siempre se le permitió el acceso y el uso de las instalaciones.

Durante esos años, Max había seguido sirviendo como capitán de la Marina Real y regresaba por pequeñas temporadas a casa, pasando gran parte de su tiempo con Amelia y con Eugene. No obstante, siempre la trataba como una hermanita pequeña y nunca parecía ver más allá de eso, para mortificación de Amelia.

Este año había sido su presentación oficial en sociedad, aun cuando lo habitual era que las jóvenes hicieran su debut a los dieciocho años, tanto Amelia como tía Blanche decidieron que lo mejor era esperar a tener un año más para que puliese sus modales y perfeccionase su educación. Había estado catorce años de su vida en un orfanato y se había perdido gran

parte de las “enseñanzas” que las niñas de la clase alta debían dominar.

A lo largo de esos meses de locura social, la habían acompañado su tía, el almirante, Eugene y, en numerosas ocasiones también, el ahora marqués de Furlintong, lord Jonas. El conde y la condesa de Worken le prestaron abiertamente su apoyo ante la clase alta, así como su hijo y heredero lord Ethan y su esposa lady Adele. Julianna y Cliff adelantaron su regreso a casa no solo porque Julianna deseaba tener a su nueva hija en casa y porque Lady Adele, su cuñada, también iba a tener pronto a su primer hijo, sino porque ambos querían acompañar a Amelia en su debut oficial, en su primera temporada. De hecho Cliff y su hermano Ethan, dos antiguos y reputados calaveras y ahora reformadísimos libertinos, convertidos en fieles y devotos maridos de sus dos queridas esposas, habían estado muy pendientes de Amelia, adjudicándose el papel de sobreprotectores hermanos mayores ahuyentando a todo caballero que la pretendiese y que ellos no considerasen adecuado o lo bastante bueno para ella. A Amelia no le importó en absoluto, porque ello le permitió disfrutar de su primera temporada sin

verse acosada de pretendientes ansiosos de echarle el guante a la dote que su tía le había constituido o de la fortuna que ella y Julianna heredarían cuando falleciese. Al menos, Amelia creía que esa era la razón por la que los caballeros intentaban cortejarla. Ella no era consciente de lo hermosa que era, pues creía firmemente que su pelo y sus ojos oscuros no eran lo que atraían a los hombres, cuando la realidad era bien distinta. Amelia se había revelado como una mujer de exuberante figura, con una bonita y brillante cabellera tan oscura que parecía azulada, una piel como el alabastro, una sonrisa abierta y sincera, y lo mejor, esos atrayentes e hipnotizadores ojos negros.

Era inteligente, divertida, de carácter afable y amable con propios y extraños, además, no era nada caprichosa ni vana, a diferencia de la inmensa mayoría de las debutantes. Apreciaba las cosas sencillas y valoraba a las personas por sus acciones, sus ideas y su forma de conducirse en la vida y con los demás, no por los títulos o la fortuna que tuviesen o no tuviesen. Lo cual la convertía en un ave exótica entre tanta debutante de risilla tonta y conversación vacía, deseosa de echar el guante a un título o una fortuna.

Solo hubo una cosa que no permitió a Amelia disfrutar plenamente de su temporada. La ausencia de Max. No había regresado a casa en casi un año, se había perdido su debut, sus primeros bailes en los salones, sus primeras experiencias como jovencita recién presentada en sociedad, y eso le dolía.

Empezaba a anochecer, Amelia miró al cielo y comenzó a caminar hasta donde había dejado a Granada. “Mañana viene, mañana lo veré”.

Al día siguiente llegarían a la mansión el almirante; lady Adele con su casi esposo, lord Jonas, marqués Furlintong; y Max, que acababa de pedir la licencia de la Marina Real para asumir, por fin, sus responsabilidades como heredero del ducado y hacerse cargo de la fortuna familiar.

En cuanto llegase a la mansión tras el paseo, se cambiaría e iría directa a la salita de estar de Julianna donde, estaba segura, ella y lady Adele estarían con los recién nacidos. La mansión de Worken se había convertido en poco tiempo en una casa llena de niños porque, junto a Max y Mely, los gemelos de Julianna y Cliff, en pocos meses habían nacido Anna, lady Anna Blanche de Worken, la pequeña de Julianna de apenas

unos meses, y los mellizos de lady Adele y de lord Ethan, cuatro meses mayores, lord Sebastian Julius de Worken, el flamante futuro heredero del condado y lady Marian Dorothea de Worken, la linda melliza del heredero y la niña de los ojos del orgulloso padre.

Sabía que el conde y sus dos hijos habían marchado a primera hora de la mañana a visitar a algunos arrendatarios y que, probablemente, no regresarían hasta la cena y que tía Blanche y la condesa estarían ocupadas eligiendo flores, adornos y los menús para la boda de lady Eugene, adelantando así algunos de los preparativos para que la feliz novia no tuviese que preocuparse por nada. De modo que Amelia, Julianna y Adele podrían compartir un rato de charla tranquila mientras jugueteaban con los niños. Lo cierto era que, a pesar de que Julianna y Adele le llevaban siete y cinco años de edad respectivamente y de que ambas estaban felices en sus papeles de esposas y madres, Amelia sentía complicidad y comodidad con ellas y no notaba que la experiencia y las vivencias de las dos jóvenes damas supusiese una barrera o un obstáculo en su relación y tampoco ellas la trataban como una joven ingenua, inocente, sino casi como una igual y,



salvo algunos detalles de la vida de marido y mujer que, obviamente, no consideraban conveniente compartir con una joven inexperta, por lo demás, la trataban con total franqueza y naturalidad.

Tras dejar a Granada en manos de jefe de las caballerizas, Amelia subió a la salita donde, como había supuesto, estaban las damas jugando con los niños mientras las dos niñeras permanecían a un lado de la sala vigilando, a una distancia prudente para no molestar a las señoras. Tanto Julianna como Adele parecían disfrutar demasiado de sus hijos de modo que, a diferencia de las damas de su rango, ellas pasaban gran parte del día con ellos, procuraban acostarlos y levantarlos y no permitían que llevasen una vida apartada de sus padres, como era costumbre entre sus pares. En el caso de Julianna, quizás fuese comprensible, ya que sus hijos viajaban con ella y con Cliff, y en un barco los niños pasaban casi todo el día con su madre y casi el mismo tiempo con su padre. En el caso de lady Adele, se había acostumbrado al tipo de relación cariñosa, cercana, abierta y natural existente entre las mujeres Mcbeth y los que les rodeaban, de modo que ya entendía como algo casi

natural y normal querer pasar tiempo con sus hijos, verlos crecer y formar parte de su infancia de manera activa.

—¡Tía Mely! ¡Tía Mely! —La pequeña Mely se levantó de un salto del suelo donde estaba jugando con su hermano en cuanto la vio entrar en la salita—. ¿Me has traído las flores? Di que sí, di que sí, ¿no las habrás olvidado? —La pequeña fruncía el ceño y daba pequeños saltitos ansiosa.

Amelia sonrió y esperó a que la pequeña se parase frente a ella. En cuanto lo hizo sacó de su espalda, donde escondía la mano, el ramillete de florecillas silvestres que había recogido para su ahijada.

—¿Tú qué crees? —Le sonrió y enarcó una ceja—. ¿Me consideras capaz de defraudar a mi linda tocaya?

La pequeña Amelia dio un par de saltitos y gritos de alegría y extendió los brazos para coger sus flores. Mientras se agachaba, Amelia preguntó sonriendo:

—¿Qué me das a cambio?

La niña se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias tía, son muy lindas. ¿Me enseñarás a

hacer los saquitos?

Amelia sonrió y, devolviéndole el beso en la mejilla, le contestó:

—Claro. Te prometí enseñarte a hacer saquitos para tu almohada, ¿verdad? —La pequeña asintió con una deslumbrante sonrisa—. Pues eso haré y, ahora, ve a por una bandeja para dejar las flores, dejaremos que se sequen un poco y mañana te enseñaré a quitar los tallos.

La niña se lanzó corriendo por el pasillo a buscar al mayordomo y pedirle una bandeja. Antes de poder dar un paso estaba el pequeño Max mirándole con esos enormes ojos verdes y con el ceño fruncido.

—¿Y para mí, tía? ¿No me has traído nada?

Le lanzaba la misma mirada que parecía haber heredado de su padre y que conseguiría que cualquier mujer se derritiese. Amelia soltó una carcajada y lo miró fijamente:

—Menudo truhan vas a ser de mayor. Ninguna mujer podrá resistirse a esos preciosos ojos. —Negó con la cabeza sonriendo—. Ay, tu hermana y tú vais a ser mi perdición.

Sacó la otra mano de su espalda donde asía una

pequeña cesta cuyo interior ocultaba el trapo que la cubría, se lo extendió y el pequeño la cogió nervioso, movió el trapo y empezó a gritar:

—¡Moras! ¡Moras! Me has traído moras. Gracias, gracias, tía. —Sonrió y al igual que su hermana se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla antes de girar sobre sus talones e ir corriendo hasta donde estaba su madre—. Mami, mami. —Puso ojitos a su madre, que le miraba sonriendo—. ¿Harás un pastel? Por favooooor.

Amelia y Adele soltaron sendas carcajadas.

—¡Ay, buen Dios! ¡Pone los mismos ojos que Cliff! Cualquiera se niega. —Suspiró con resignación Julianna mientras sostenía a la pequeña Anna en sus brazos—. A ver, enséñame la cesta. —Max obedeció con los ojos muy abiertos—. Umm, creo que podría hacer al menos dos.

—¡Bien!— dijo contento Max—. Porque mañana llega el almirante y no dejará ningún trozo. Siempre se come casi todo. Si haces dos podremos probar un poco.

Las tres se rieron sabiendo que tenía toda la razón. El almirante era el ser más goloso de la Tierra y

adoraba que Julianna le preparase todo tipo de dulces, bollos y pasteles.

—Maxi, ¿por qué no llevas la cesta a la cocina y le dices a Cook que las guarde para mañana, que tu madre hará unos pasteles con ellas?

Lo instó Amelia mientras se sentaba junto a las damas. Max asintió y corrió hasta la puerta pero antes de salir se giró y preguntó:

—¿Tía Mely?

—Dime, cielo —respondió ella por inercia.

—Papá ha prometido que mañana montaremos en los ponis que nos ha regalado tía Blanche lejos de las cuadras. Vendrás con nosotros ¿verdad?

—Claro, peque, no puedo imaginarme una forma mejor de pasar la mañana. Pero recuerda que me prometiste ponerte las botas nuevas.

Max sonrió asintiendo enérgico:

—Sí, sí, lo prometo. Son estupendas. Me gustan mucho, tía. Son como las de papá.

Y sin más salió como un rayo por la galería con su cesta en la mano.

—¿Al final le compraste las botas de montar? —preguntó Adele con los ojos fijos en Amelia.

—¡Qué remedio! Cliff parecía tan empeñado en enseñar a montar a los gemelos nada más desembarcar, que tía Blanche y yo nos fuimos corriendo a comprar ropa de montar para los dos y, como Max es un trasto, imaginamos que necesitaría botas resistentes, por eso te pregunté dónde le compras las botas a Ethan. Supuse que sería mejor encargárselas a medida en una tienda de caballeros.

—¿Y las de Mel?— preguntó de nuevo Adele.

Amelia se rio.

—Eso fue muy sencillo, fuimos a madame Coquette. Le dijimos que lord Plamisthow estaba empeñado en enseñar a montar a los gemelos y rápidamente le hizo unos trajes para montar de damita con todos los complementos, incluidas las botas. Ya la conoces, no deja ningún detalle suelto. Ya verás, lucirá muy linda vestida como una princesita amazona.

Las tres se rieron.

—Lo que me faltaba era que vosotras animaseis a Cliff. —Negó Julianna con la cabeza—. Yo sigo pensando que son muy pequeños para que los suba a un caballo.

En ese momento una voz profunda desde la puerta

de la sala contestaba mientras a grandes pasos se acercaba a las damas:

—Ahhh, no, amor, mis niños no son pequeños para nada y menos para montar. El conde nos subió a Ethan y a mí en nuestro primer caballo a esa edad.

En cuanto llegó a la altura de las damas, Cliff se agachó, le dio un tierno beso en la mejilla a Julianna y le quitó suavemente de los brazos a la pequeña Anna, que permanecía medio adormilada, la acurrucó bien contra su pecho y le acarició con el pulgar las regordetas mejillas.

—Señoras. ¿Cómo han pasado el día, mis queridas damas? —Todas sonrieron—. Y tú, mi gatita ¿Cómo has pasado el día? —Decía tierno arrullando a la pequeña y besándole la frente. Después de unos segundos miró a su alrededor dándose cuenta de la tranquilidad de la sala y preguntó a nadie en particular—. ¿Y mis dos trastos?

—Si te refieres a Max y Mely, acabo de cruzarme con Max en la escalera. Iba a la carrera en dirección a la cocina con una cesta y a Mely la tienes aquí. —Ethan respondía en ese momento entrando con Mel subida sobre sus hombros.

—Baja a mi niña de ahí, loco, a ver si se te cae.

Cliff regañó a su hermano, que se rio a carcajadas.

—Está bien, está bien. Tesoro —iba diciendo mientras bajaba a la sonriente Mel de sus hombros—, el ogro de tu padre hoy está quejita.

En cuanto la niña puso los pies en el suelo, Ethan se acercó a su mujer y al igual que hizo su hermano antes, le quitó a uno de sus mellizos de los brazos mientras Mel corría hacia su padre, que sonriente se agachaba para que la pequeña le diese un beso en la mejilla.

—Umm... Nenita, hueles a flores —dijo a su niña devolviéndole el beso, y Mel sonrió y fue a sentarse junto a Amelia.

—La tía Mel me ha traído flores del bosque. Vamos a hacer saquitos para las almohadas.

En ese momento apareció corriendo y casi sin resuello el pequeño Max, y en unos segundos cruzó toda la estancia llegando a la altura de su padre.

—¡Papá, papá!

—¿De dónde vienes? —preguntó Cliff riéndose.

—De la cocina. La tía me ha traído moras.

—¡Estupendo! —Miró a su esposa con los mismos ojitos que un rato antes su hijo—. ¿Nos harás una



tarta? Por favoooooor.

—¿Veis lo que os decía? —preguntó Juliana a las otras dos damas, que se rieron. Miró a Cliff y contestó haciendo un gesto despreocupado con la mano—. Sí, sí, creo que hay bastantes para, al menos, dos pasteles.

Cliff se sentó en el brazo de la butaca donde estaba Julianna, sosteniendo aún a su bebé en brazos y suavemente le dijo a la pequeña:

—Tu madre hace las mejores tartas del mundo. — La besó con ternura en la frente mientras el bebé permanecía aún medio dormido en sus protectores brazos.

—Papá, tía Mel ha prometido que vendrá con nosotros mañana —anunciaba el pequeño Max mientras se acercaba a ver la cara de su hermanita.

—Bueno, no lo he prometido pero, desde luego, me encantará ir —se apresuró a decir ella.

—Gracias, Mel. Agradeceré tu ayuda para vigilarlos. —Miró de soslayo a los gemelos.

—Un placer. Creo que los ponis te van a gustar mucho Cliff, los eligió Jonas. Ha recorrido varias cuadras hasta dar con lo que quería. El almirante decía que se puso tan quisquilloso que parecía estar eligiendo

al próximo campeón del Gran Nacional, no dos ponis para dos pequeños.

Cliff e Ethan se rieron.

—Bueno, no esperaba menos de él. Mis pequeños no montarán cualquier caballo. —dijo elevando el mentón con exagerado orgullo.

—Oh sí, Dios nos asista si los gemelos montan algo menos que Pegaso —refunfuñó Julianna.

Cliff sonrió y se inclinó de nuevo para besar la cabeza de Julianna, murmurando al tiempo que posaba tiernamente los labios en los cabellos de Julianna:

—Mi pequeña gruñona.

—Sigo pensando que son muy pequeños —insistió sin mucho convencimiento.

Cliff se rio.

—No esperaba menos de ti, cariño. Alguien tiene que ser el sensato en esta familia.

Volvió a sonreírle pícaro.

—¡Ahora sí que ha de asistirnos Dios! ¡Juls la sensata! —exclamó Amelia sonriendo.

Todos se rieron mientras Julianna le fruncía el ceño en falsa indignación.

Después de un rato Cliff y Julianna fueron a

acostar a los niños, como hacían todas las noches, y dejaron a Anna en la cuna vigilada por la Señorita Donna, la niñera y nana de los niños desde que nacieron y que les acompañaba desde entonces en todos sus viajes.

Por la noche se reunieron ya todos en el salón antes de la cena.

—Oh, Amelia, ese vestido es una maravilla — señaló la condesa entusiasmada en cuanto Amelia se sentó junto a ella y la tía Blanche—. Te ves preciosa.

—Gracias, milady. A mí también me gusta especialmente. Madame Coquette este año ha elegido unos colores algo más atrevidos para mí y me siento más a gusto con ellos. Comprendo que las jóvenes debamos llevar colores suaves, sobre todo en el año de la presentación, pero a mí no creo que me sienten bien los vestidos tan apagados, me veo muy triste con ellos.

—Creo que tienes razón, hay colores que a las debutantes no se les debería obligar a llevar por muy dulces que creamos todos que puedan parecer con esas tonalidades, a veces parecen enfermas con ellos.

Todas las damas se rieron. La condesa ladeó ligeramente el rostro dirigiendo su mirada a la tía

Blanche y comentó:

—Tengo que enviarle una nota de agradecimiento a Madame Coquette, Blanche, se ha mostrado muy amable con Adele confeccionándole vestidos muy favorecedores y cómodos de llevar mientras estaba en estado. Nos dijo que solo en una ocasión había diseñado trajes para una mujer embarazada en toda su carrera y había sido para Julianna.

—Es cierto —contestó tía Blanche mientras dejaba en la mesilla situada a su derecha la copa de jerez—. Cuando supo que Julianna estaba embarazada de su primer hijo insistió en elaborar para ella algunos vestidos cómodos, y Julianna comentó que realmente le hicieron muy llevadero el embarazo, porque le permitían moverse sin sentirse incómoda o poco atractiva.

Ambas ajadas damas miraron a Julianna que, en ese momento, conversaba con el almirante y sonrieron.

—Creo, Blanche, que todas sabemos que tu sobrina no dejaría de resultar atractiva ni aunque le pusieran un saco encima. —Las dos se rieron con complicidad—. Aún no logro imaginarme cómo debe ser sobrellevar un embarazo a bordo de un barco rodeada de

marineros. Mis embarazos fueron tan engorrosos que me pasé una buena parte de ellos en la cama —dijo la condesa suspirando

—Bueno, creo que mi sobrina está encantada viviendo parte del año en un barco. De cualquier modo, por lo que ella cuenta, parece que nada entenece más a un hombre que una mujer embarazada por muy rudo que sea, así que imaginaos rodeada de trescientos hombres pendientes de que no des ni un paso si no estás rodeada de almohadones y cojines.

Todas se rieron ante la imagen de los rudos marineros de la tripulación de Cliff deshaciéndose en atenciones con Julianna.

—Sin contar con Cliff que, según cuenta, estaba tan sobreprotector en el primer embarazo que quiso tirarlo por la borda en más de una ocasión —señaló Amelia sumándose a la hilaridad de sus compañeras de conversación.

Las tres se rieron y miraron a Cliff, que permanecía al otro lado junto a la chimenea ajeno a la conversación.

La cena fue agradable, como siempre que se encontraba con su familia, pensaba tumbada en la

cama mirando fijamente el dosel. Amelia seguía sin dormir. Estaba inquieta, nerviosa e incluso se sentía algo insegura. Le gustaba mucho estar rodeada de las personas que consideraba su familia, de sus risas, de su cariño. Disfrutaba cada momento con ellos y no lo cambiaría por nada en el mundo, pero incluso en esos momentos de paz, de felicidad rodeada de los suyos, a veces, sentía cierto anhelo, cierta tristeza. Era como si no se sintiese completa, como si supiese que le faltaba algo, algo que parecía resbalársele de las manos aun no sabiendo qué era, o quizás lo sabía pero no quería reconocerlo por miedo a no llegar a lograrlo nunca.

Suspiró, giró sobre sí misma hasta llegar al borde de la cama, alcanzó la bata y se la puso. Cogió la palmatoria de su mesilla, encendió la vela y salió de la habitación. Fue a la enorme biblioteca del conde a buscar algún libro de plantas medicinales, ya que sabía que, como muchos de sus antepasados, el conde se preocupaba de ampliar y abastecer adecuadamente de volúmenes su biblioteca y solía adquirir algunos libros de medicina y jardinería en algunas ocasiones. Como ella era la que más usaba esa sección, no tardó en localizar algunos ejemplares que le parecieron

interesantes.

—¿Mely?

Detrás de ella sonó la voz de Julianna, que parecía asombrada encontrando a su hermana encaramada en lo alto de la escalera de roble en la parte alta de la biblioteca a esas horas de la noche. Amelia se giró sosteniendo el último volumen que acababa de ojear y seleccionar antes de descender.

—Ah, hola Juls.

Julianna se acercó y se puso a los pies de la escalera y la sostuvo mientras Amelia descendía.

—¿Qué haces aquí tan tarde y subida en la escalera? Si te hubieses caído nadie te habría escuchado.

Amelia sonrió mientras ponía encima de la pila de libros que había escogido el que acababa de bajar.

—Bueno, no podía dormir, así que decidí bajar a por algo de lectura. —Miró con cierta mortificación la pila de libros que había seleccionado—. Cada vez que vengo a esta biblioteca acabo escogiendo muchos libros. El conde siempre me sorprende con las nuevas ediciones que adquiere sobre plantas y hierbas aromáticas y medicinales, empiezo a creer que lo hace

por mí.

Julianna la sonreía mientras ojeaba algunos de esos libros.

—No debería extrañarte. También me sorprende con la cantidad de libros que encuentro de historia de países y sitios a los que Cliff y yo pensamos ir. Sospecho que compra esos volúmenes porque sabe que suelo buscar información de ellos antes de viajar.

Sonreía caminando hacia el otro lado de la mesa para sentarse junto a la chimenea cuyo fuego empezaba a extinguirse. Amelia sentándose frente a ella en otro de los sillones preguntó entonces:

—¿Y tú qué haces aquí?

—Anna. Acabo de darle la toma de la noche y me he desvelado. No quiero despertar a Cliff ahora que por fin se ha dormido. Últimamente duerme poco. Pienso que se debe a que llevamos poco en tierra firme y aún le cuesta dormir sin el balanceo de las olas, siempre tarda un poco más que yo en acostumbrarse. Lo único que le calma es ponerse amoroso.

Sonrió y se puso un poco colorada por la posible indiscreción que hubiese cometido ante una inocente, aunque fuese su propia hermana. Amelia sonrió



comprehensiva.

—Bueno, en eso eres afortunada, tienes un marido que te adora y que no puede dejar de demostrártelo. Por imposible que pueda parecer, es como si te quisiese más día tras día.

Julianna volvió a sonrojarse, pero esta vez brillándole los ojos como solo pueden brillarle a una mujer profundamente enamorada

—Creo que a mí también me pasa. A veces tengo la sensación de que solamente necesito oír su voz o ver su sonrisa para que se me pase al mal humor o el desasosiego, incluso aunque él sea el culpable o el causante del mismo.

Se quedaron calladas unos minutos y después de un rato Julianna le preguntó:

—Amelia ¿estás bien?

—Sí, sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, llevas unos días un poco... triste. No, no, triste no, melancólica, sí, creo que eso es más exacto.

Amelia enarcó las cejas:

—¿Melancólica? No, no te entiendo.

—Mely. —Julianna suspiró—. He notado que sueles salir a cabalgar un poco más que antes y que a

veces pareces... distraída y, bueno, no sé, a veces creo que tienes los ojos apagados. —Julianna la miró fijamente—. Lo sé, lo sé. —Hizo un gesto despreocupado con la mano—. Parece que le doy muchas vueltas a todo... —Meneó un poco la cabeza—. Es lo que tiene ser madre, supongo, me preocupo por todo a veces sin motivo.

Amelia sonrió, pero se quedó un poco pensativa sin contestar. Julianna empezaba a comprender lo que le ocurría. El regreso de Max. Julianna sabía que el enamoramiento casi infantil de Amelia con Max a lo largo de los años se había tornado en algo mucho más serio y profundo y, ahora que ya no era una niña sino toda una mujer, su regreso podría suponer un punto de inflexión en la relación de ambos, sobre todo si Max seguía viéndola como una hermana pequeña y no como una mujer. Pero incluso si cambiaba su visión de Amelia, podían ocurrir muchas cosas. Podría enamorarse de ella, o ser consciente de no ser ya una niña pero, en cambio, mantener hacia ella solo un cariño fraternal o incluso acabar locamente enamorado de ella pero no ser capaces de encontrar un camino adecuado para convertirse en algo distinto a lo que

habían sido hasta entonces, una especie de hermanos, una parte de una misma familia.

Julianna comprendió que sería mejor no adelantar acontecimientos y esperar a ver lo que iba ocurriendo a partir de entonces y, en todo caso, permanecer atenta por si Amelia finalmente acababa herida o simplemente desilusionada.

—¿Juls...?

La voz adormilada de Cliff sonó desde la puerta. Julianna se levantó y fue hacia él.

—Estoy aquí, cariño. ¿Te he despertado?

Cliff la agarró de la cintura en cuanto la tuvo al alcance y se la pegó al cuerpo antes de depositar un beso en sus labios.

—No, pero no me gusta no notarte a mi lado en la cama, te echaba de menos —contestó con voz melosa y suave antes de inclinarse apoyando suavemente la cabeza en el hombro de Julianna y besándola en el cuello—. Vuelve arriba, amor, aún falta mucho para que amanezca.

Julianna puso las manos en su pecho para darle un empujoncito y que retrocediese para volver por donde había venido.

—Sí, sí, vamos arriba.

Cliff se giró tomándole la mano para llevarla con él mientras que Julianna ya detrás de su marido se giraba para mirar a Amelia y decía moviendo solo los labios para que él no la oyese:

—Buenas noches.

Amelia sonrió permaneciendo en su sitio, donde claramente había estado oculta a los ojos de Cliff, e hizo lo mismo que Julianna, desearle buenas noches sin decir las palabras en voz alta.

Tras darles tiempo para llegar a su dormitorio, Amelia se incorporó, cogió los libros y subió a su habitación. Durante todo el trayecto iba pensando en lo mucho que se querían su hermana y su cuñado, la forma dulce y cómplice en que siempre se trataban y lo apasionado de su relación. Siempre tenían una mirada, un gesto, una caricia. En ocasiones, parecía serles imposible no tener algún contacto entre ellos, un beso robado a las miradas de los demás, un ligero roce, cogerse de la mano de manera distraída, como si lo hiciesen sin pensar pero como algo tremendamente necesario. Julianna le había contado en una ocasión que les bastaba una simple mirada o un simple roce

para que su cuerpo se encendiese. Decía que Cliff era tan apasionado en el dormitorio que estaba convencida de que acabarían con toda una tropa de diablillos revoltosos que volverían locos a todas las tripulaciones de Cliff. Amelia sentía cierta envidia de ese amor y se preguntaba cómo sería tener esa necesidad, ese anhelo constante por el cuerpo de otra persona y saberse el objeto del deseo, de esa necesidad de la otra persona más allá que cualquier otra cosa.

A la mañana siguiente, con las primeras luces entrando por los enormes ventanales del dormitorio de los vizcondes.

—Julianna, cariño, despierta.

Cliff besaba a su esposa en el cuello, detrás de la oreja, en la barbilla y, finalmente, en los labios. Tras unos segundos, una Julianna aún exhausta por la apasionada noche anterior, extendió los brazos atrapando el cuello a su marido, instándolo a cernir su cuerpo aún más sobre ella, a lo que obedeció sin necesidad de insistir.

—Umm, buenos días.

Abrió los ojos y se encontró con los enormes ojos verdes de su marido a escasos centímetros de ella, que

le sonreían pícaramente.

—Buenos días, amor. —Le dio otro beso en los labios y comenzó a descender poco a poco hasta llegar al borde de la sábana que cubría en parte los pechos de su mujer para después dejarlos expuestos con un leve tirón de la fina tela que la tapaba—. Umm, preciosos, tan suaves, tan... míos —decía acariciándolos y lamiendo suavemente los contornos de los pezones.

Julianna se rio.

—Bueno, si no te importa, la pequeña Anna creo que discutiría eso contigo.

Su marido levantó la cabeza y se puso cara a cara con su mujer, sonriendo.

—Esa pequeña glotona. —Se rio—. Bueno estoy dispuesto a compartirte con mi pequeña gatita, pero solo con ella.

Sonreía de nuevo besándola mientras le acariciaba suavemente bajo la sábana.

—Clliiiffff...

Julianna arqueó un poco la espalda dándole mejor acceso a su cuello.

—Umm, deliciosa. —Murmuraba mientras la

acariciaba con las manos y los labios.

—¿Por qué estás ya vestido? No me gusta verte tan vestido.

Cliff se rio, se incorporó un poco manteniéndose sobre ella y la miró.

—Porque hoy comienzo las clases de equitación de los gemelos sobre sus caballitos fuera del recinto de los establos, ¿recuerdas? Conociéndolos, estarán ya en la sala del desayuno volviendo locos a Ethan y a mi padre. —De nuevo comenzó a besarla en las mejillas descendiendo por el cuello—. Pero estoy pensando que llegaré un poco tarde.

Se apoderó de la boca de Julianna, que gustosa respondía y animaba en sus caricias a su marido. Tras unos deliciosos minutos de juegos sensuales escucharon el llanto proveniente de la habitación contigua. Cliff se rio suavemente con los labios aún rozando la piel de Julianna.

—Mi glotona se ha despertado.

Besó en los labios a su mujer y se incorporó, no sin esfuerzo, llevando consigo a Julianna que, una vez tuvo los pies firmes en el suelo, recogió el camisón y la bata que la noche anterior habían quedado tirados junto a la

cama y se los puso.

Cliff caminó en dirección a la habitación contigua donde estaba la cuna de Anna y abrió la puerta haciéndose más fuerte el sonido del llanto del bebé. Julianna lo seguía de cerca cuando él tomó en brazos a su pequeña y la acunó para que dejase de llorar.

—Ya, ya, gatita. Tu mamá ya viene. Umm... —Le besó la frente a la pequeña—. Pequeña glotona.

Julianna se acercó, acarició la mejilla de su pequeña y dijo, mientras caminaba hacia la mecedora situada junto a la chimenea, al tiempo que le hacía una señal a la nana para que se retirase:

—Acércamela, voy a darle el pecho antes de que despierte a toda la casa, sobre todo a la condesa.

Se sentó en la mecedora y Cliff le cedió, con cuidado, a la niña. Una vez la pequeña empezó a comer de su madre, esta alzó la vista a su marido, que la observaba a poca distancia apoyado en el quicio de la chimenea con aire relajado.

—Creo que nunca me acostumbraré a verte alimentar a nuestros hijos. Estás tan bonita, tan radiante, que resulta difícil dejar de mirarte.

Julianna se sonrojó de puro placer.



—No entiendo por qué te fascina tanto. Me has visto infinidad de veces hacer esto. —Negó con la cabeza sonriendo y miró de nuevo a su nena, que seguía comiendo tranquilamente. Julianna frunció el ceño—. Cliff, ¿me prometes vigilar un poco a Amelia?

Cliff levantó las cejas, sorprendido por la petición.

—¿A Amelia? —Julianna asintió—. ¿Ocurre algo?

—No, no. Bueno, no sé. ¿No la notas un poco... distraída?

De nuevo centró la vista en Cliff, que la observaba con interés.

—Umm... no sé qué decirte. La veo algo más callada de lo habitual, pero lo achacaba a que estaría un poco cansada de trastear con los gemelos. Pasa mucho tiempo con ellos y pueden ser agotadores.

—Puede ser, pero creo que es algo más.

Cliff entrecerró los ojos y dijo en un tono algo más serio:

—No tendrá nada que ver con lord Shelton, ¿verdad?

—¿Con lord Shelton? —preguntó Julianna con asombro, y de nuevo alzó la vista para fijarse en su marido—. ¿Por qué has pensado en el conde Trasten

ahora?

—No sé, a lo mejor... Argg. ¡Qué diablos! He de confesar que cuando me enteré de que estaba interesado en Amelia a mediados de la temporada, hice algunas cosillas para disuadirle de acercarse a ella. Ese hombre es un jugador y un bebedor y no lo quiero cerca de ella.

Julianna sonrió de oreja a oreja.

—Ay, cariño. ¿Te he dicho hoy que te amo? — Sonrió de nuevo—. Si te sirve de algo, aunque no hubieses intervenido, dudo que Amelia le hubiese dado algún tipo de esperanzas a lord Shelton. Es atractivo pero, desde el principio, Amelia lo descartó, sobre todo después del paseo en Tílburi por Hyde Park que dieron una tarde.

Cliff enarcó una ceja.

—¿Por qué? ¿Hizo algo inapropiado con ella?

Puso esa cara que Julianna conocía bien, la de querer golpear algo, mejor dicho a un hombre que él considerase incómodo para cualquier dama de su familia.

—No, no. Recuerda que Amelia siempre lleva acompañante. Jamás se queda sola con ningún

caballero. Más bien dijo algo inapropiado. —Se rio de pronto divertida—. Le dijo que no creía conveniente que una joven como ella frecuentase a las clases menos...—Frunció el ceño—. ¿Cómo dijo?...Ah sí “menos apropiadas” —Julianna se rio entre dientes—. Creo que a Amelia le gustó poco que llamase así a los niños del orfanato y, menos aún, que se creyese con derecho de prohibirle dar clases y ayudarlos. Después de eso, no tenía posibilidad alguna con ella.

Cliff la miró serio.

—En algo he de darle la razón, a mí no me gusta que vaya a esos barrios. —Hizo un gesto con la mano—. Ya sé, ya sé lo que me vas a decir; que acude con dos lacayos y que uno de ellos es Polly el antiguo cañonero de mi buque, pero siguen siendo barrios peligrosos. Me quedaría más tranquilo si no acudiese sola a esas zonas.

—Lo sé Cliff, lo sé. Pero es allí donde se necesita ayuda y yo la he acompañado varias veces y te aseguro que todos en el barrio la conocen. Lleva casi cuatro años acudiendo tres veces por semana y, otras tantas ocasiones, a la clínica gratuita, y puedo dar fe de que la tratan con mucho respeto, incluso yo diría que, a

su manera, esas gentes la cuidan y se aseguran de que nadie la moleste cuando está por allí. De hecho, ninguno de esos ladronzuelos que ves por el centro de Londres y que viven por esos barrios, le ha robado nunca, y los hombres del barrio parecen mirarla pero no con lascivia o lujuria sino como asegurándose de que camina segura. Saben la labor que hace, y creo que es su manera de agradecerse. De verdad, pregúntale a tía Blanche, ninguna de las dos creíamos del todo a Amelia cuando decía que se sentía a salvo por allí y que estaba segura de que no le harían nada y que cuando hay tipos malos por la zona, a ella no la molestan porque los vecinos se aseguran de que no la perturben. Las dos cambiamos de opinión cuando lo vimos con nuestros propios ojos. Además, ella no acude a las zonas donde están las tabernas de mala reputación ni las casas de citas o de juego, sino donde están los barrios obreros, donde viven las familias y hay algún comercio pequeño. Tampoco es que se meta en los suburbios ni las zonas de vicio.

Sonrió y justo en ese momento la pequeña terminó de comer. Cuando iba a colocársela en el hombro para ayudarla a eructar, Cliff la cogió y se la colocó

apoyada en su hombro y le dio pequeños golpecitos en la espalda mientras Julianna se acomodaba un poco.

—Mi pequeña gordita —le susurró tiernamente a la niña antes de acunarla en sus brazos—. Bueno, y si no es por alguno de esos pesados pretendientes que la han perseguido estos meses ¿Por qué crees que está “distráida”?

—Tengo mis sospechas, pero prefiero no precipitarme. De todos modos, prométeme que le echarás un ojo sin que lo note, solo para quedarme más tranquila.

Sin dejar de mirar a su nenita, que empezaba a adormilarse en los enormes y protectores brazos de su padre, contestó:

—Lo prometo, lo prometo. Pero ya me dirás si tus sospechas son acertadas.

Julianna se acercó a su marido y le dio un beso en la mejilla, después de unos minutos dejándole disfrutar de su pequeña, con cuidado le quitó al bebé de los brazos.

—Gracias, eres un amor. Dame a Anna y baja ya, porque los gemelos son capaces de convencer al conde para que los monte en alguno de esos nuevos

caballos que ha comprado y algunos son realmente temibles.

Cliff se rio.

—Han de serlo, cariño, si han de ser montados por mi padre y por Ethan. Los De Worken no queremos caballitos pusilánimes. —Se inclinaba para besar en la mejilla a Julianna y con una voz ronca cargada de sensualidad añadió pícaro—: Ni mujeres. —Sonrió con sus labios ya sobre Julianna—. Te veo en un rato, querida. Recuerda que tú y yo daremos un paseo por el bosque y nos quedaremos un rato en nuestra casita.

Le guiñó un ojo y riendo, se marchó, dejando a Julianna mirando a su pequeña dormida en sus brazos deseando que llegase la hora de estar a solas con Cliff en la casita del bosque. Después de tantos años, aquella pequeña casa seguía siendo mágica para ella y, desde que el conde se la diese como regalo de bodas, solía acudir con Cliff a la menor oportunidad para estar a solas con él.

Al entrar en la sala del desayuno, como había predicho, los gemelos estaban sentados sobre las rodillas de su abuelo intentando convencerle de alguna cosa. Amelia estaba sentada junto a Ethan, ya vestida

para ir a montar.

—Buenos días a todos.

Max saltó de las rodillas de su abuelo y corrió a su padre con los brazos alzados para que lo aupase.

—Papá. ¿Nos vamos ya? ¿Nos vamos ya?

Le sonreía ansioso, mientras su abuelo y Amelia se reían por la cara de puros nervios del pequeño.

—Sí, sí, nos vamos ya. Adelantaos Mel y tú. Seguro os tienen ya los ponis ensillados y listos, pero no os subáis hasta que llegemos los mayores.

Lo depositó en el suelo y, esta vez era Mel la que se había acercado a su padre, que la cogió enseguida y le dio un beso en la mejilla.

—Papi.

—Pero qué bonita está mi pequeña amazona.

La niña le sonrió orgullosa y le pasó los brazos por el cuello, enseguida acarició ligeramente la solapa de su propio trajecito con una mano.

—Gracias, papi. Me lo ha regalado la tía Blanche. Dice que una señorita debe ir bien vestida sobre un caballo, pero mamá monta a veces como tú y yo quiero que me enseñes a montar así.

Cliff se rio.

—Al principio vas a montar como los muchachos, pero cuando ya sepas manejar el caballo te enseñaré a montar como una damita con una silla de amazona. — Miró sobre la cabeza de su hija a Amelia y continuó—. Tu tía Amelia monta a lo amazona y lo hace de maravilla.

Amelia sonrió mirando por encima de su taza de té.

—Gracias, Cliff, pero suelo montar a horcajadas muchas veces. —Al ver que Cliff levantaba las cejas, carraspeó—. Pero es cierto, Mely, estarás preciosa montando a lo amazona, y seguro querrás ser una damita tan elegante como tu abuela, la condesa.

Cliff se rio y negó con la cabeza al ver la mirada extrañada de su hija.

—Ay, las mujeres Mcbeth siempre rebeldes. —Le dio un beso en la mejilla a su hija y añadió divertido—: Te enseñaré a montar como a Maxi, pero has de prometer que solo montarás así cuando no te vea nadie, aquí, en la mansión, en nuestra casa o en la casa de campo de tía Blanche, pero no fuera de esos sitios, ¿prometido?

La niña se rio complacida.

—Prometido, prometido. —Giró la cabeza en



dirección a su tía—. Ahora podré ponerme esa falda que me hiciste, tía.

Se rio de nuevo traviesa mientras su padre la bajaba y salía corriendo de la sala junto a su gemelo. Cliff miró a Amelia, que sonreía sospechosamente algo colorada.

—¿Falda? ¿Por qué creo que me habéis engañado?

Enarcó una ceja y se apoyó en el borde de la cómoda frente a Amelia.

—¿Engañarte? ¿Nosotras? ¡Qué suspicaz! — Sonrió complacida—. Bueno, quizás un poco. Le hemos hecho una faldita como la que tenemos Julianna y yo para poder montar a horcajadas. Sabíamos que te convencería.

El conde e Ethan se reían mientras Amelia le miraba con cara de inocencia.

—Habrased visto. Menudas liantas estáis hechas. Utilizar a mi pequeña para vuestros propósitos —decía Cliff señalándola con el dedo aunque con una expresión divertida en el rostro.

—Vamos Cliff, en el fondo sabes que es más fácil y seguro montar así, sobre todo hasta que tenga la suficiente confianza. —Amelia volvió a sonreír

satisfecha—. Si estás listo, yo también lo estoy. No creo que sea buena idea dejar a esos dos pillos sueltos por los establos.

—Nosotros os acompañamos un rato. —El conde se levantaba de la silla al hacerlo Amelia—. Al menos os podremos acompañar un trecho del camino. Vamos a inspeccionar los puentes de la zona norte, algunos se vieron dañados el pasado invierno, y si hay que repararlos, mejor hacerlo cuanto antes.

Amelia aceptó el brazo que le ofrecía para acompañarla.

—Creo que el que cruza el riachuelo del norte, justo antes del camino viejo, no es seguro. Ayer pasé cerca mientras cabalgaba y no me atreví a atravesarlo, así que crucé un poco más arriba.

—¿Estaba muy dañado?

Esta vez fue Ethan el que preguntó caminando junto a ellos.

—Bueno, yo no entiendo de eso, pero me pareció un poco inestable. Creí ver algunas piedras sueltas, y si se cruza a caballo podría dañarse una pata y los niños de las granjas cercanas podrían resbalar o caer al río.

—Deberemos inspeccionarlo el primero, padre.

Ciertamente, es peligroso. En esa zona hay muchas granjas.

Comentó Ethan mirando al conde. En ese momento escucharon las entusiastas voces de los gemelos a lo lejos y todos dirigieron su mirada hacia ellos. Estaba, cada uno, junto a un poni, riéndose y acariciando las cabezas y el hocico de los animales.

—¡Blanquita!— gritaba Mel.

—Es muy cursi —respondía su hermano—. Además no es blanca.

—Pero tiene una mancha blanca en la frente y blanquita no es cursi, es nombre de chica, tonto —se quejaba.

Con todos los adultos ya a la altura de los niños. Cliff preguntó:

—¿Estáis buscándoles nombres?

Los dos asintieron. Con voz quejumbrosa Mel señaló:

—Dice que blanquita es cursi y ¡no lo es! Dile que no lo es, papá.

Cliff se rio.

—Nenita, no lo es, pero no sé si es un nombre muy apropiado. Tu poni no es chica es chico.

Mel abrió mucho los ojos.

—Es... ¿es chico? —Miró la cara de su caballito, desconfiada—. Pero... Pero... —Se giró a su padre y preguntó con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo lo sabes?

Cliff se puso rojo como un tomate mientras a su espalda todos se reían casi a carcajadas.

—Pues, porque lo sé, Mely— respondió tajante, para no preguntase más.

—Ahh —susurró la pequeña—. Entonces... —miró de nuevo a su caballo y después a su padre y dijo—: Pues entonces lo llamaré Furnish —dijo firmemente.

Todos se empezaron de nuevo a reír. Amelia abrió los ojos como platos.

—¿Furnish? ¿Furnish como nuestro mayordomo?

—Siempre me sube a caballito.

Se escucharon las carcajadas de todos, incluidos los mozos, mientras la niña se ponía colorada sin comprender por qué lo hacían.

—Mely —decía Amelia entre risas—, no sé si al pobre Furnish le gustará.

La niña frunció el ceño.

—¿Por qué no? Quiero mucho a Furnish.

Cliff de nuevo se rio:

—Cariño, no es de buena educación ponerle el nombre de personas a los caballos. ¿Qué tal si dejamos los nombres para después? —Se acercó un poco más a su pequeña mientras los mozos les acercaban sus respectivas monturas y la aupó encima del poni para asegurarle los pies en los estribos—. Así nenita, como te enseñé ayer, agarra bien las riendas y mantente derecha como cuando montabas conmigo. —La pequeña asintió—. ¿Te sientes segura? ¿Estás cómoda?

La niña asintió y sonrió resuelta, después miró a Max.

—Ahora él, papi.

Cliff cogió a Max y repitió la operación. Después se montó en su caballo y se puso pegado a la pequeña Mel mientras que Ethan se colocaba junto a Max. Comenzaron a trotar despacio, dando a cada uno instrucciones para conseguir dominar los pequeños caballos. Iban seguidos de cerca por Amelia y el conde.

—Milord, es magnífico.

—Gracias. Estoy muy satisfecho con él, creo que no me equivoqué al escogerlo.

—Es soberbio, ¿ya ha saltado con él?

El conde asintió.

—Y responde bien, tiene instinto. —Le dio un par de palmadas en el cuello—. Creo que lo voy a montar en la próxima cacería, tiene gran resistencia.

—Me alegro por vos. También me gusta el árabe gris que tiene al final de la caballeriza. También debe haberlo adquirido hace poco, porque estoy segura de no haberlo visto en nuestra última visita.

—Tienes buen ojo Amelia. Lo adquirí en Tattersall hace un mes pero aún le estoy tomando el pulso, creo que será mejor montura para Ethan que para mí, de todos modos me gusta conocer bien todos los caballos de mi cuadra. Ayer comentaba tu tía que has adquirido un semental para montarlo en el campo, y creo que no está muy contenta con ello porque cree que es demasiado furioso para ti.

—Es un poco brioso, lo confieso. Y ahora que no puede oírnos, lo quiero, sobre todo, para montar con la silla de caballero. Aun así no es tan... vigoroso como los que montan usted o Ethan, no tengo tanta fuerza

para manejarlos con soltura. A pesar de lo que cree tía Blanche, no estoy tan loca.

El conde se rio.

—Si quieres podemos mandar a un palafrenero a Londres a recogerlo y que lo puedas montar mientras estáis aquí, así lo dominarás mejor cuando regreséis al campo.

—¿Lo haría milord? Me encantaría, gracias, gracias. —Sonrió feliz al conde.

—En ese caso, sea. Cuando regresemos mandaremos por él y lo tendrás aquí en un par de días.

Era una mañana deliciosa, pensaba Amelia mientras regresaba con Cliff y los gemelos a la mansión después de haber estado montando con los niños durante unas horas. Disfrutaba del campo y se daba cuenta de que no echaba de menos Londres y las constantes reuniones sociales y estar rodeada de tanta gente cuando estaban lejos de la ciudad. Miraba a Cliff y a los gemelos y comprendía bien por qué Julianna no deseaba pasar la mayor parte del año en Londres. Tenía a su alrededor todo lo que necesitaba, todo lo que la hacía feliz sin que la vida social, los bailes y los salones pudieran significar más para ella que estar con

sus hijos o en los brazos de ese cariñoso y fuerte caballero que la amaba con locura. Además, Cliff procuraba, por encima de todo, la felicidad de su mujer, y se aseguraba de que ella y sus pequeños permaneciesen cerca de él sabiendo que viajar juntos era lo que más felices les hacía a todos.

Se preguntaba, de nuevo, cómo sería tener a alguien que pondría su felicidad, su bienestar e incluso su vida por encima de la de él. Sentirse segura incluso en las situaciones más peligrosas solo por tenerlo a su lado. Suspiró y miró al frente. Cliff se había colocado a su lado mientras los pequeños iban muy erguidos y centrados en sus monturas delante de ellos.

—Mel —la llamó Cliff dándole tiempo para salir de sus lejanos pensamientos—. ¿Te encuentras bien?

Amelia lo miró por un instante algo aturdida.

—Sí, solo estaba pensando.

Cliff la miró fijamente unos segundos y después al frente hacia los pequeños.

—Mel, si te preocupa algo sabes que puedes contármelo, ¿verdad? No solo eres mi cuñada. Eres mi hermana y te ayudaré en lo que quieras.

Su voz sonaba tranquila, tan propia de él, pensó



Amelia. Parecía lograr con solo un gesto hacerla sentir a salvo, como solo un hermano mayor cariñoso y protector lo lograría. Amelia suspiró. Miró a los gemelos y después a Cliff.

—No pasa nada, es solo que... —Negó con la cabeza—. No sé... es solo que.

Cliff la observó unos instantes cuando ella se quedó callada sin terminar de expresar la idea que claramente surcaba su cabeza.

—Amelia. Me conoces lo bastante para saber que jamás le oculto nada a Julianna pero... —De pronto la miró serio—. Espera un momento. —Se adelantó y se puso a la altura de los gemelos—. Mel, Max, vamos a ese prado de allí, dejaremos que los caballos descansen y que coman un poco de la hierba de arriba, seguro que les gustará.

Los dirigió a todos al prado y bajó a los pequeños de sus monturas.

—Id a por unas flores para mamá. Le encantará saber que os acordasteis de ella, pero no os alejéis mucho.

Los niños salieron en dirección a la parte donde abundaban las flores silvestres y se pusieron a

corretear por allí. Cliff se giró y ayudó a Amelia a desmontar, le ofreció el brazo para pasear y se pusieron a caminar lentamente hacia donde estaban los niños mientras el mozo que los acompañaba se quedaba junto a los caballos.

—Bueno, ahora que podemos hablar. —Le sostuvo la mano apoyada en su brazo—. Mel, ¿qué te preocupa? Dime. Si no quieres que se lo diga a Julianna no lo haré, a menos que sea la ayuda o el consejo de una dama lo que necesites.

Amelia giró un poco la cabeza para poder mirarlo y después echó un vistazo a lo lejos, donde estaban los niños. Suspiró

—Es... —Se paró—. En realidad no es nada, solo que... ¡Qué difícil es esto! No sé cómo explicarlo. —Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué tal si empiezas por el principio? —La animó él.

—Desde que empezó la temporada, me he sentido extraña en mi propia piel. Me he divertido. Todos esos bailes, las reuniones, el teatro y lo demás. Reconozco que, incluso, me ha gustado verme cortejada por algunos caballeros. Es adulator y realmente he

disfrutado de todo ello.

Se quedó un momento callada mirando de nuevo en dirección a los pequeños.

—¿Pero? —la instó a continuar. Ella lo miró fijamente.

—Creo que... no lo sé. ¡Ay, Cliff! A lo mejor soy una boba, pero creo que falla algo. —Negó con la cabeza—. No, no. No es que falle algo. Ay, de veras, no sé cómo explicarme, debo parecer tonta. —Suspiró mortificada—. Creo, creo que todo el tiempo tengo la sensación de que me falta algo. A veces me siento un poco sola en esos salones, hablando con todas esas personas, incluso, incluso... —De nuevo se quedó callada.

—¿Incluso?

Amelia sostuvo la mirada a Cliff con los ojos claramente entristecidos.

—Incluso, me siento diferente a todos ellos y, también, algo incomprendida. —Respiró hondo—. A veces creo que es porque no soy como los que están en los salones. Me siento como una intrusa que se ha colado en la fiesta sin invitación porque, porque... No sé por qué o quizás sí. ni siquiera sé quién soy

realmente, quiénes son mis padres. A veces, pienso que estoy engañándolos a todos y, otras, simplemente me pregunto si sería tan malo conocer mis orígenes. No creo que yo cambie pero...—Se le quebró la voz—. No quiero hablar de ello con tía Blanche ni con Julianna porque no deseo que piensen que no me siento querida o agradecida o parte de la familia, porque sé que lo soy. Ellas son mi familia, vosotros sois mi familia sin importar nada de lo demás, sin embargo...

De nuevo se sintió mortificada. Cliff la hizo girarse y mirarlo a la cara.

—Mel, es normal que te preguntes quiénes eran tus padres y de dónde vienes, y no te deberías sentir culpable por ello ni has de preocuparte porque Juls o tía Blanche te crean desagradecida por ello. Estoy seguro de que te comprenden y no les importará que les hables de ello. Es más, estoy convencido de que se sentirán felices si creen que pueden ayudarte en ese sentido. No obstante, no debieras sentirte como una intrusa y, desde luego, no creas que no te mereces estar donde estás ni sentirte menos que cualquier dama o caballero. Eres toda una dama, inteligente, generosa, una preciosa joven que hará afortunado al caballero al

que elijas como esposo. —Por un momento paró su discurso y enarcó la ceja—. ¿Mel? —preguntó con suavidad—. ¿Tiene esto algo que ver también con Max?

Amelia lo miró con los ojos muy abiertos, sorprendidos pero también avergonzados.

—No. Sí. ¡Ay, no sé! —Bajó la vista totalmente colorada y se puso a deambular lentamente—. Es un poco de todo, Cliff. —Se giró para enfrentarlo con la mirada suplicante—. ¿No dirás nada, verdad? Es tan...

“Humillante”, pensó, pero la palabra se quedó en sus labios. Cliff la sujetó de una mano.

—No diré nada, querida.

Ella levantó de nuevo la vista y suspiró

—Estoy tan confusa. Son muchas cosas. La temporada ha sido divertida, emocionante y de veras me ha gustado. Pero, en ocasiones, he tenido esos sentimientos de desapego, de ser tan diferente. Y por otro lado está, está... —Miró a lo lejos para no sentir tanta vergüenza—. Creo que me he sentido un poco desilusionada, Cliff. No ha venido ni una sola vez en todo el año. Es como si no le importase.

Cliff le sujetó de nuevo la mano, la colocó sobre su brazo y la apretó un poco, dándole ese apoyo y cariño silencioso que Amelia agradecía.

—No creo que sea eso, Amelia. A Max le importas. —“Y más de lo que él cree”, pensó pero no lo dijo para no enredar más las cosas—. Este era su último año en la Marina Real. Sabíamos que quería volver a casa pero, para hacerlo, debía cumplir con su deber hasta el final, si no jamás se habría sentido bien consigo mismo. Lo conozco bien y se habría considerado desleal con su país y un mal capitán si no hubiese concluido su labor hasta el final. Tenía una responsabilidad para con su nación, con sus hombres y consigo mismo y no podría haber dado la espalda a esa responsabilidad por mucho que le costase. Me consta que lamenta no haber estado contigo estos meses, pero es un marino, un caballero y un hombre de honor. El deber está por encima de los deseos, por mucho que nos cueste.

Amelia asintió, comprendía bien lo que le decía, pero en el fondo no se sentía realmente mejor, seguía sintiéndose sola y triste.

—Lo entiendo, Cliff. De todos modos, soy

consciente de que lo que yo siento por Max no es lo mismo que lo que siente él por mí. Me quiere, eso lo sé, pero para él soy, y me temo que siempre seré, la pequeña Mel, esa hermanita a la que debía proteger de los dragones y los canallas del mundo. —Rio con cierta melancolía.

—Mel. —La miró con fijeza unos segundos—. Es posible que tengas razón y, quizás, para Max no llegues a ser nunca, a sus ojos, nada distinto a su hermana pequeña. Para mí eres mi hermana pequeña, y siempre serás mi hermana y te querré como tal. Pero estaba enamorado de Julianna cuando se ha producido esta maravillosa transformación en ti, mi corazón siempre estuvo a salvo. Puedo asegurar, sin riesgo a equivocarme, que no eres esa jovencita de hace cuatro años, no eres una niña. Eres una joven hermosa, preciosa, que consigue que los hombres se giren para mirarla. Créeme, a Ethan y a mí nos has vuelto locos espantando a más de un caballero tunante. —Sonrió malicioso mientras observaba como Amelia había enrojecido un poco avergonzada y abrumada—. A mis ojos, ya no eres una niña y no creo que lo seas a los de Max, no cuando vuelva a verte. —“De eso estoy

seguro”, de nuevo pensó—. Cuando fui consciente de que quería a Julianna, tanto que incluso me faltaba el aire si estaba lejos de ella, no paré hasta conseguirla. Tu tía me mataría si me escuchase decir esto pero, si de veras crees que Max es el hombre adecuado para ti, deberías intentar conseguirlo. Yo tuve la fortuna de mi lado y, por razones que aún no me explico, Julianna me correspondía. Si no lo hubiese hecho... —Negó con la cabeza—. Lo cierto es que no sé qué habría sido de mí, pero lo que sí te aseguro es que jamás podría haberme perdonado no haber intentado conquistarla.

Amelia lo miró pensativa unos pocos minutos y después de nuevo se puso a caminar junto a él.

—Cliff, el inconveniente es que si no lo consigo puede que no sea yo la que única que salga dañada, sino toda la familia.

—Mel, imaginemos que realmente no lograses el corazón de Max. —“Aunque algo me dice que ese idiota solo necesita un pequeño empujón en la dirección adecuada porque lleva años queriéndote como algo más que una hermana aunque no lo sepa”—. Puede resultar difícil al principio, sin embargo, las cosas



volverían tarde o temprano a su cauce. Como tú bien has indicado, somos una familia, y no dejaremos de serlo por difíciles que se pongan las cosas en alguna ocasión. ¿Recuerdas lo que pasó con Julianna y conmigo? Ella me perdonó. Tú me perdonaste. Tu tía me perdonó. Nos perdonasteis a todos, al conde, a la condesa, a Ethan. Y eso que lo que hicimos fue imperdonable, por muy honorables que fueran nuestras intenciones. Y, ahora, míranos, todo eso ha quedado atrás, ya ninguno nos acordamos de ello.

Amelia lo miró pensativa de nuevo.

—Entonces, ¿qué me propones? Porque lo de conseguir a Max implica conquistarlo, seducirlo y, lo cierto es que, en fin, dudo que pueda competir con todas esas damas con las que suele relacionarse y, ahora que vuelve, estoy segura, toda mujer de Londres intentará conquistarlo.

Cliff sonrió satisfecho.

—Mel. En primer lugar, te puedo asegurar que eres una de las mujeres más hermosas de Londres, y no lo digo porque no sea imparcial, que obviamente no lo soy, sino que lo digo con rotundidad y con hechos que demuestran la verdad indiscutible de lo que digo. Como

he señalado, Ethan y yo no hemos parado de quitarte de encima caballeros como si fueras un tarrito de miel que atrae a toda abeja en millas a la redonda. — Amelia enrojeció y Cliff le sujetó el mentón obligándola a mirarlo—. Eres preciosa y esos ojos conseguirían que se le abriesen las puertas del cielo con solo una caída de pestañas. —Amelia rio y le dejó tomarle el pelo. Le gustaba cuando Cliff coqueteaba inocentemente con ella—. En segundo lugar, cuentas con una ventaja que ninguna mujer de Londres tiene. —Amelia frunció el ceño interrogativamente—. Max ya te quiere. Solo hemos de demostrarle que te quiere más de lo que cree o cuando menos, que ha de quererte más de lo que ya lo hace porque eres lo mejor que le ha pasado en la vida. —De nuevo Amelia enrojeció, notando además que le latía el corazón tan fuerte que parecía que se le salía del pecho. Cliff parecía abrirle una puerta a la esperanza que jamás creyó posible—. Y por último, y más importante, cuentas con la inestimable ayuda de un experto seductor. Yo te voy a ayudar a lograr que ese pobre futuro duque caiga a tus pies irremediabilmente.

Se rio con una carcajada mientras que Amelia se

unía a su risa. Después de unos segundos, Amelia le miró sonriendo.

—Pero nada de sorpresas como las de Julianna, no creo que mi tía me deje colarme en el dormitorio de Max para dejarle notas, regalos ni cosas por el estilo.

Cliff se rio recordando cómo, durante las semanas en que se propuso conquistar a Julianna, le preparó todo tipo de sorpresas dejándole regalos en su dormitorio, notas e incluso un telescopio para que mirase desde su balcón el puerto en el que tenía algunos de sus barcos cubiertos de faroles, lámparas y antorchas para demostrarle lo mucho que la amaba, eso sin mencionar las apasionadas noches de amor que consiguió disfrutar con ella.

—Lo prometo. Aunque... —Alzó una ceja con picardía—. Algunos truquillos sí estarán permitidos ¿verdad? —De nuevo la miró con una interrogación de ansiosa esperanza ante la perspectiva de una futura diversión en su expresión—. Algunas artimañas para atraer a nuestra pequeña mosca a nuestra tela de araña.

Amelia lo miró con falsa indignación.

—Eso me convierte en una araña y a Max en una

mosca. Umm... No sé si me gusta la comparación pero... —Hizo un gesto divertido con la mano y dijo—: Permitiremos algunas artimañas.

Se rio tan divertida como Cliff.

—Bien —dijo intentando parecer serio—. En ese caso, querida, acabamos de convertirnos en socios conspiradores. Trato hecho.

Le extendió la mano frente a ella para cerrar el acuerdo. Amelia intentó igualmente parecer seria.

—Señor mío, trato hecho. Tengo la sensación de que acabo de sellar un acuerdo con el mismísimo diablo pero, como siempre me habéis dicho que soy algo tirana creo que, mi querido diablo, usted y yo nos vamos a llevar francamente bien.

Se rieron mientras se estrechaban la mano y después Cliff le besó la frente con cariño.

—Deberíamos ver dónde están mis dos granujillas, porque les hemos dejado demasiado tiempo trotar libres, y con poco que les deje son capaces de convertirse en unos salvajes.

Amelia se rio. Después de recoger a los pequeños, regresaron a la mansión donde entregaron flores a todas las damas de la casa, ya que parecían haber

cogido todas las flores que se habían encontrado por el prado. Un poco más tarde llegó una nota del almirante informando que tanto él como Eugene, Max y el marqués no llegarían esa misma tarde sino al día siguiente por el estado de la carretera desde Cork al condado, ya que no querían arriesgarse a tener algún percance. Al enterarse, Amelia pareció un poco aliviada, después de la conversación con Cliff había decidido que lo mejor era dejarse guiar por él, y debía mentalizarse para ello, de modo que una noche más para hacer acopio de valor no le vendría mal después de todo.

Antes de la cena, como siempre, se reunieron en el salón. Cliff se acercó a Amelia en cuanto entró con cara de niño travieso.

—Hola, hermanita. —Le dio un beso en la mejilla—. De momento... —Le lanzó una provocativa mirada de los pies a la cabeza— Puedo augurarte mucho éxito en nuestra cacería si sigues llevando vestidos como este. Estás preciosa, Mel.

Aunque Amelia se ruborizó un poco por el halago no pudo evitar reírse por el modo juguetón y pícaro de hablar de Cliff. Desde luego, era un hombre divertido y

con un gran sentido del humor

—Gracias. Aunque —Sonrió como lo hacía él— no habíamos quedado en que yo era una araña y mi presa una mosca. Umm... sí, quizás sea más apropiado que Max sea un zorro escurridizo o quizás un pato de pico dorado, de esos que se esconden cada vez que escuchan movimiento a su alrededor. Sí, sí... me gusta la idea de ser una cazadora, recuerda que el almirante nos enseñó a disparar a todas hace unos años y yo he practicado bastante.

Cliff se rio con una sonora carcajada mientras le ofrecía el brazo para acercarla a uno de los sillones.

—Ay, Mely, creo que nos vamos a divertir, Max no sabe lo que le espera.

Sonrió malicioso imaginándose al pobre Max, que pensando que regresaba por fin a aguas tranquilas, se iba a encontrar con el mayor huracán de su vida.

—Mel. —Le susurraba acercándose al grupo—. ¿Quieres que se lo contemos a Julianna? Creo que te ayudará contar con ella. Piensa que esa carita de bondad esconde un maquiavelo perverso.— Sonrió ante la cara de sorpresa de Amelia y siguió susurrándole—. Lleva años leyendo con avidez todos

los libros de batallas navales, mis diarios de a bordo y los del almirante y ha escuchado de boca de todos los oficiales y marineros que ha conocido estos años las hazañas de todos ellos y las historias de sus viajes. Créeme, si tuviese que planear una guerra, me la llevaría conmigo, es una afanosa y tenaz leona cuando se trata de planear, calcular y prever batallas y movimientos. Esta mujercita mía se ha revelado como una manipuladora nata.

Ambos se rieron divertidos.

—¿Quién es una manipuladora nata?

La voz de Julianna sonó justo a la espalda de ambos. No se habían dado cuenta ninguno de los dos de que, desde que Cliff se acercó a Amelia, Julianna los estuvo observando intrigada, conocía bien la expresión del rostro de su marido y sabía que algo tramaba así que, en cuanto se pusieron a caminar, se levantó disimuladamente de su asiento y se puso a caminar tras ellos, pero solo pudo escuchar esas dos últimas palabras. Los dos se giraron de golpe al escuchar su voz y se rieron.

—Manipuladora y curiosa impenitente.

Añadió riéndose entre dientes Cliff al tiempo que le

cogía el mentón de modo cariñoso. Amelia se rio aún más cuando Julianna miró a su marido con el ceño fruncido por la impertinencia.

—¿Yo soy la manipuladora? —preguntó abriendo los ojos, aunque había un brillo evidente de diversión en ellos—. Y, además, curiosa. —Miró a Amelia—. Bien, bueno, quizás curiosa sí soy. —Reconocía la evidencia al haber sido cogida en falta—. Pero manipuladora. ¿Yo? —dijo alargando las palabras exageradamente y con un tono suave en la voz que hizo que Amelia se riese aún más.

Cliff se agachó y le dio un beso en la mejilla sonriendo pícaro.

—Y aun con esos defectos, te adoro. —Se enderezó y se encogió de hombros—. ¿Qué le voy a hacer? Soy un ciego enamorado. Un títere manipulado por estas preciosas manos. —Besó jocosamente las manos de su esposa y después miró a Amelia intentando parecer serio.

—Oh, sí, sobre todo eso. Tú, manipulado, y ¡títere nada menos! —Julianna hizo un gesto de falsa indignación—. Ahora poneos serios ¿Qué estáis tramando vosotros dos? Se os ve a leguas de distancia



que os traéis algo entre manos. —Miraba alternativamente a los dos confabuladores.

Cliff encogió los hombros inocentemente. Amelia le puso la mano en el brazo a Julianna y con una expresión risueña en sus labios concluyó:

—Te lo contaré después de la cena, pero no digas nada, por favor.

Julianna le sostuvo la mirada un segundo y asintió.

—Por supuesto, cielo, seré una manipuladora curiosa con los labios sellados —contestó para afirmar su aceptación mientras de nuevo Cliff y Amelia se reían.

En ese momento el mayordomo anunció la cena y Cliff acompañó a ambas hasta el comedor, donde transcurrió la velada como de costumbre. Julianna sugirió a Amelia que hablasen cuando todos se retirasen para poder hacerlo con tranquilidad.

Con la casa casi en silencio total, Amelia se reunió con Julianna en la salita privada de esta. Apenas iluminada por las velas de los candelabros colocados encima de las dos mesitas situadas a ambos lados de uno de los sofás y por las llamas todavía danzantes de la chimenea, las dos jóvenes damas se sentaron

cómodamente mientras podían ver, gracias a que se encontraba abierta la puerta que unía esa sala con la habitación de Anna, a Cliff entretenido y embelesado acunando amorosamente a una dormida bebé que parecía encontrar en los brazos de su fornido padre la mejor de las cunas y el calor necesario para dormir plácidamente. Julianna sonrió.

—Está enamorado de su niña, ¿qué le voy a hacer?  
—Se encogió de hombros resignada y sonrió de nuevo  
—. Dime, Mel. —Se giró para poder mirarla a la cara  
—. ¿Qué es lo que ocurre?

Mel dirigió su mirada a su hermana y de soslayo miró a Cliff, que seguía totalmente absorto con su pequeña.

—No quiero que te preocupes —dijo con severidad  
—. Realmente no ocurre nada. Solo estoy algo pensativa y meditabunda desde hace unos días.

Julianna la miró frunciendo el ceño.

—¿Pensativa?

Amelia asintió y después miró hacia el baile hipnótico del fuego, consiguiendo que su rostro adquiriese un bonito tono anaranjado y un reflejo en su cabello que le daba cierto aire añorado. Julianna sonrió

al venírsele a la cabeza algunas de las imágenes de los últimos años, de su hermana y ella frente a la chimenea en los días de Navidad, o con tía Blanche intercambiando historias y anécdotas.

—¿Mel? ¿Por qué?

La pregunta quedó en el aire. Amelia la miró de nuevo.

—Llevo unos meses recordando el tiempo que estuve en el orfanato. Supongo que el haber pasado mi primera temporada social me ha hecho recordar esos años y la necesidad de, de... bueno, ya sabes, de ser discreta en cuanto a mis orígenes. He recordado esos años en Saint Joseph, las horas preguntándome quiénes podrían ser mis padres o por qué me abandonaron o si alguna vez pensaban en mí. —Hizo una pequeña mueca con la boca—. A estas alturas, después de todo este tiempo, sé que es una tontería ponerme a recordar esos años o incluso volver a tener esa sensación de vacío por no conocer una parte de mí que es muy probable que no llegue a conocer nunca, sin embargo...

Hubo unos segundos de silencio.

—Sin embargo, no puedes evitar preguntarte todas

esas cosas —continuó Julianna. Alargó el brazo y alcanzó la mano de Amelia. Suspiró—. Es normal que, en ocasiones, te preguntes por tus orígenes, Mel. Yo me he preguntado muchas veces cómo sería mi madre o cómo podría haber sido mi vida si la hubiese conocido. Amelia, si crees que debes intentar averiguar algo de tus padres te ayudaremos. Quizás no encontremos nada o quizás lleguemos a averiguar toda la verdad pero, pase lo que pase, eso no cambiará nada para todos nosotros. Tú eres mi hermana y siempre lo serás. Te querré ahora, mañana y dentro de treinta años, tanto si descubrimos algo como si no.

Amelia la miró y sonrió con un brillo de agradecimiento sincero en sus ojos y con una silenciosa muestra de amor en los labios, más aún por utilizar siempre el plural, por decirle de ese modo que no estaba sola y que nunca lo estaría.

—De todos modos —continuó—, no me gustaría que cambiase tu opinión de ti misma por tus posibles orígenes ni por lo que pudieron hacer o no hacer tus padres diecinueve años atrás. Tú eres Amelia Mcbeth, nuestra Mel. Una hermosa, maravillosa, cariñosa, generosa, inteligente y divertida dama, hermana, tía y

sobrina, que es querida y respetada por muchas personas por lo que es ella sin importar nada ni nadie más.

Julianna le apretó la mano mientras que Amelia dejaba caer algunas lágrimas de emoción por sus mejillas. Julianna se acercó a ella y le pasó el brazo por encima de los hombros. Después le dio un beso en la mejilla y le secó las lágrimas con un pañuelo. Amelia sonrió y le devolvió el beso.

—Gracias, Juls, eres la mejor hermana que podría desear. Yo también te quiero mucho a pesar de que a veces me riñas.

Ambas sonrieron con complicidad.

—Yo no te riño, expreso opiniones de manera tajante. —Las dos se rieron suavemente. Después de unos segundos Julianna insistió—. Pero eso es solo una parte ¿verdad? —Alzó las cejas a la espera de que Amelia continuase.

—Supongo que han vuelto esos recuerdos y esos sentimientos por el temor a que... —Hubo unos segundos de silencio—. Ay, Juls, no lo sé. Ha habido momentos estos meses en los que pensaba, cuando tenía a un caballero delante, si era el adecuado para

mí, y mientras sopesaba las virtudes y defectos del mismo, me veía a mí misma intentando explicarle mis verdaderos orígenes porque, si aceptase casarme con alguien, no podría ocultarle ese hecho. No sería justo para ninguno de los dos, y siendo del todo sincera, no me veo capaz de vivir una mentira como la de fingir ser otra persona toda mi vida.

De nuevo se hizo el silencio. Amelia suspiró y miró fijamente el fuego como si buscase en él algunas respuestas. Julianna permanecía en un silencio solidario, procurando comprender a su hermana y sobre todo mostrarle ese apoyo incondicional que sin duda necesitaba.

—En el fondo creo que todo tiene el mismo punto de origen. —Frunció el ceño y después agachó la cabeza—. Sé lo que ocurre realmente. —Su voz se fue haciendo algo más débil al final, como si se sintiese avergonzada y mortificada por ello—. He tenido demasiado tiempo para pensar en esto y hasta el más necio y ciego de los hombres comprendería lo que ocurre. —Se giró suavemente para poder mirar mejor a Julianna, que permanecía callada y con los ojos centrados en ella—. Llevo años enamorada de Max.

Profundamente enamorada de él. No hay caballero al que no compare con él. Lo tomo como modelo y ningún hombre parece estar a su altura. Y al mismo tiempo, creo que es el único que me acepta tal y como soy sin importar quiénes fueran mis padres, ni las circunstancias de mi nacimiento y mi posterior abandono. Max conoce mi pasado y no le importa. — De repente paró y frunció el ceño—. Bueno, ahora que lo expreso en alta voz... —Alargó un poco las palabras como si temiese reconocer la idea que acababa de cruzar por su mente—. No le importa quién soy en cuanto me ve como una hermana, sin embargo, yo quiero ser algo más, quiero ser mucho más para él. Quizás, quizás mi pasado le importaría si, si, bueno si tuviere que mirarme como...

—¿Como mujer? —Julianna preguntó sin más ante su vacilación. Amelia asintió sin mirarla—. Mel. Mel, mírame por favor. —Amelia levantó la vista y la encaró—. Vamos paso a paso. Lo primero, el sincerarte con tu futuro esposo sobre tus orígenes es una decisión que solo puedes tomar tú. Desde luego, conociéndote, sé que no podrías vivir una mentira con alguien con quien compartirías toda tu vida, pero creo

que el caballero al que elijas, si te quiere de veras, obviará ese detalle o al menos debería obviarlo, independientemente de que pueda permanecer en secreto entre vosotros para no perjudicaros a ambos de cara a los demás. Pero si de verdad es el caballero idóneo, sabrá valorar no solo lo magnífica que eres sino, además, que eres una persona digna de admiración por convertirte en la maravillosa Amelia que tengo delante de mí a pesar de todo lo que has tenido que pasar en tu niñez. Por otro lado, espero que no te enfades si te digo que siempre he sabido de tu cariño por Max y que ese cariño ha ido creciendo año tras año hasta... bueno, hasta, como tú dices, llegar a convertirse en lo que es hoy. —Sonrió mientras Amelia se ruborizaba ligeramente.

—Supongo —dijo con mortificación en la voz—. Supongo que no soy muy buena ocultando mis sentimientos. ¿He sido demasiado obvia, no es cierto?

Julianna sonrió y le cogió de las manos, que permanecían entrelazadas en su regazo.

—Quizás obvia sea exagerar. Si te sirve de consuelo, no creo que seas tan transparente a los ojos de los demás pero, tú y yo hemos pasado muchas



cosas juntas y creo que nos conocemos demasiado bien la una a la otra.

Amelia sonrió algo aliviada.

—Supongo que tienes razón. No creo que nadie pueda conocerme tan bien como tú. —Frunció el ceño y por un segundo se mordió el labio—. Bueno, quizás la tía. —Miró fijamente a Julianna—. Es difícil ocultarle nada, creo que tiene una parte de bruja —dijo con complicidad maliciosa con Julianna. Esta se rio.

—No apostaría en contra de esa idea, a veces la tía da miedo, o es bruja o espía tras las puertas. —Las dos se rieron—. De cualquier modo, ese sentimiento por Max convierte a cualquier hombre que compares con él en alguien que seguro no llega a estar a su altura porque, sea como fuere, siempre le faltará algo y ese algo es tu corazón, no tienen tu corazón. —Amelia la miraba callada—. Mel, yo conozco todas las virtudes de mi marido y aun cuando pueda ver en otros hombres muchas de esas virtudes a mis ojos jamás serán mejores que él ni siquiera se ponen a su altura porque para mí siempre será él, solo él. De modo que comprendo bien lo que dices.

Suspiró y miró de nuevo en la dirección donde

estaba él, que permanecía sentado en un sillón con su bebé en brazos canturreándole la que sería, seguro, una de esas canciones que cantaban los marineros de su barco y por lo tanto una canción del todo inapropiada para las oídos de una niña, pensó que era un alivio que fuese demasiado pequeña como para entender nada de lo que escuchaba a su alrededor.

—Mel. Si crees que Max es el hombre que puede hacerte feliz debes decírselo o, al menos, intentar saber si de verdad él te quiere del mismo modo. Puede que...

Se quedó un momento pensativa y, tras unos instantes, para sacarla de sus, de repente intensos pensamientos, Amelia la instó suavemente:

—¿Juls?

—Lo siento, cariño, me he perdido en mis divagaciones. Verás, Max te quiere y... —Se removió un poco sobre su asiento— Como nos estamos sincerando, estimo el momento de poner las cartas sobre la mesa. —Tomó aire de manera demasiado solemne, pensó Amelia—. Ha habido veces en las que me ha parecido que la forma en que Max te miraba iba más allá de la mirada de un hermano a una hermana,

pero como aún no parecías preparada, no quería decir ni hacer nada.

Amelia frunció el ceño como si no alcanzase su razonamiento y Julianna lo comprendió.

—Eras aún demasiado joven y él, él, tampoco parecía aún preparado para dar ningún paso. —Hizo un gesto despreocupado al aire con la mano—. De cualquier modo, ahora es ahora. Creo que Max y tú hacéis una excelente pareja, es más, creo que sois perfectos el uno para el otro, y puesto que tú conoces bien tus sentimientos y la profundidad de los mismos, lo único que tenemos que hacer es lograr que Max comprenda también los suyos. —Señaló con rotundidad y con una firmeza y una seguridad en su voz que a Amelia le llegó al corazón.

—Pero Juls, es posible que Max solo me quiera como su hermana y que ese sentimiento no llegue a cambiar nunca.

Julianna negó con la cabeza.

—¡Ah, no! Ese bobo te quiere tanto como tú a él, solo que aún no lo sabe, pero pronto lo sabrá.

Amelia sintió cierta emoción por la seguridad de su hermana pero, al mismo tiempo, un escalofrío de terror

le recorrió el cuerpo, temiendo haberle dado demasiadas alas a Julianna y a Cliff, sobre todo a la primera, que parecía tener un brillo de emoción en sus preciosos ojos miel que pusieron en alerta a Amelia.

—Juls... —dijo con cierta advertencia—. Cliff ha prometido ayudarme, pero no llevemos esto demasiado lejos, piensa que no solo nos podría afectar a él y a mí.

Julianna sonrió e hizo un gesto con la mano como restando importancia al asunto.

—Tendremos cuidado, pero Max sería un necio si te dejase escapar por no ser capaz de admitir lo que siente por ti.

—De verdad, Juls, creo que estás asumiendo como ciertas tus suposiciones. No puedes estar segura de que solo sienta cariño fraternal por mí, creo que tus deseos te hacen ver más allá de la realidad. Es más presumo, no, temo, que des por cierto algo que solo está en tu imaginación.

—Ni mucho menos. No olvides que os he observado durante años a los dos. Es posible que el cariño de Max hacia ti comenzase de una manera absolutamente inocente, fraternal en su origen, pero te aseguro que ha ido cambiando y creciendo en estos

años. Sé cómo mira un hombre a una mujer a la que desea, y Max muchas veces te ha mirado así, y cuando vuelva a verte te prometo que tú misma lo podrás comprobar. Aunque permanezcas siendo tú, este año has cambiado, eres más mujer. Incluso Cliff me lo hizo notar cuando te vimos nada más desembarcar. Habíamos estado lejos unos meses y, quizás, por eso fue más evidente para nosotros que para todos los que te ven con más asiduidad. De hecho, su expresión fue “Ay, Dios” y “voy a tener que matar a más de un caballero estos meses”. —Amelia se sonrojó de puro deleite y se rio tontamente—. Te puedo asegurar que estás deslumbrante, casi no queda nada de la niña de hace cuatro años, y Max lo notará incluso más que nosotros, porque lleva más tiempo sin verte. ¿Un año, más o menos? —preguntó, aun conociendo la respuesta. Amelia asintió.

En ese instante entró Cliff, que fue directamente a la chimenea para avivar un poco el fuego que parecía ir consumiéndose sin haberlo notado las dos damas. Se giró para mirarlas, ya que se habían quedado calladas, y mientras se apoyaba de una manera relajada en el marco de la misma cruzando los brazos a la altura de

su pecho, dijo satisfecho:

—Mi gatita está profundamente dormida.

Julianna lo miró con el ceño algo fruncido.

—Eso que le estabas canturreando... no lo digas.

Una de las canciones de McGregor, ¿verdad?

Cliff se rio pero no respondió, sobre todo porque sabía que a su esposa le encantaban esas canciones, se las sabía mejor que él, aunque refunfuñase sin mucha convicción.

—¿Y bien, mis queridas señoras? ¿Podremos torturar a ese infortunado caballero también conocido como lord Maximilian Rochester, alias Max?

Por el tono divertido de su voz y la entonación empleada al mencionar a Max las dos mujeres se miraron y no pudieron evitar reírse. Finalmente las dos asintieron.

—Bien, bien. —Cliff se frotaba las manos con aire conspirador disfrutando de la diversión que, sin duda, parecía encontrar en la situación—. Aunque, espero, mis queridas damas, comprenderán que, en esta ocasión, no solo actuaré como perverso maquinador para atraer a nuestras redes a ese caballero sino, además, como torturador de un posible pretendiente de

mi adorada hermana, a la que he de proteger de las posibles “artes de seducción” de ese conocido “truhan”.

—¿Perverso maquinador? ¿Torturador? Ay, Dios ¿Qué he hecho? —preguntó con los ojos entrecerrados Amelia mirando a Julianna. Esta se reía.

—¡Cliff!, promete comportarte —decía aún riéndose Julianna—. Max ha de ser atraído, no espantado, así que haz el favor de dejar a un lado esa ansia sobreprotectora que se apodera de ti en cuanto ves a un caballero a menos de cinco millas a la redonda. —Le riñó sin mucha convicción.

—Querida —La miró con esa sonrisa perversa que le iluminaba el rostro convirtiéndolo en un atractivo e irresistible petulante—, hay hábitos que no se pueden abandonar, sin embargo, sí puedo prometer no espantarlo con cajas destempladas salvo que se comporte de manera inadecuada. —Sonreía aún más cuando levantó el mentón en señal de prepotencia masculina—. Aun así...

—¡Cliff! —exclamaron las dos al unísono.

Él se rio.

—Está bien, está bien, seré bueno. Al menos todo

lo bueno que puede ser alguien como yo. —De nuevo sonrió malicioso

—Es tarde. —Suspiró Amelia tras unos segundos —. Debería dejaros dormir. —Se puso en pie —. Si os parece, podríais empezar a aconsejarme a partir de mañana por la mañana. Me gustaría salir con los gemelos a montar temprano.

Cliff se enderezó en cuanto Amelia se levantó y se acercó a ella.

—En ese caso, podríamos hablar mientras montamos. —Miró a Julianna al tiempo que le ofrecía el brazo a Amelia para acompañarla hasta sus habitaciones—. ¿Nos acompañarás mañana, amor?

Julianna se levantó y antes de darle un beso en la mejilla a Amelia dijo:

—Por supuesto, creo que me vendrá bien montar un rato, además, quiero comprobar por mí misma que los pequeños realmente se han adaptado tan bien a sus caballitos como aseveráis todos con tanta rotundidad.

Amelia y Julianna se dieron las buenas noches y, al llegar a la puerta, Amelia se giró y dijo:

—No hace falta que me acompañes Cliff. —Se puso de puntillas, le besó la mejilla y se separó un poco



— Solo tengo que cruzar el pasillo. Buenas noches y gracias, eres el mejor hermano. —Le sonrió y cruzó la puerta cerrándola tras ella.

Cliff se giró y comenzó a andar tras Julianna, que se disponía a abrir la puerta que comunicaba con su dormitorio. Nada más cruzarla Cliff ya la había alcanzado y la abrazaba por detrás, inclinándose para depositarle un beso detrás de la oreja.

—No llares a tu doncella —le susurró, y depositó otro beso al tiempo que Julianna apoyaba su cabeza en su hombro—. Yo te ayudaré a desvestirte. Creo que empezaré por esto —iba diciendo mientras le soltaba algunas de las horquillas del pelo haciendo que comenzase a caerle en cascada por la espalda—. Y después... —Bajó un poco del vestido, dejando al aire uno de sus hombros y depositándole un beso en la piel desnuda—. Por esto...

—Creo, creo... —susurró Julianna mientras se giraba dentro de los brazos de Cliff.

—¿Qué crees, amor? —decía con los labios sobre la piel desnuda del nacimiento de sus pechos.

Julianna jadeó.

—Umm... Lo he olvidado.

Cliff se rio suavemente sobre su piel e instantes después ambos olvidaron al resto del mundo.

## Capítulo 2

A primera hora de la mañana salieron a montar según lo convenido, y tanto Julianna como Amelia no pudieron parar de reír con las ocurrencias de su marido sobre como atrapar al “truhan” pero, especialmente, por las artes de seducción que muchas mujeres habían utilizado durante años para intentar seducirle o atraparle. Lo cierto es que lejos de molestarse o sentirse ofendidas, las dos damas se sentían fascinadas, asombradas y, sobre todo, admiradas por la inventiva de su propio género a la hora de lograr la atracción de algún caballero. De regreso a la mansión, y puesto que empezaba a bullir la casa de personal y criados preparando los festejos para la boda, Amelia se ofreció a jugar con los gemelos en el jardín en compañía de su tía, de modo que, tras cambiarse de ropa y ponerse un bonito vestido de muselina con

muchas florecitas y un gracioso sombrero de paja, salió con los niños. Casi una hora después vieron a Eugene correr por el jardín

—¡Tía Blanche!, ¡Mel!

Al llegar a su altura las tres se abrazaron.

—Geny, estás preciosa. Se nota que estás feliz, pareces brillar.

Amelia se reía cómplice con su amiga

—Es que estoy feliz.

Detrás de ella se acercaron su padre y Jonas con solemne aire de aristócrata, pero con esa mirada divertida y risueña tan propia suya. Enseguida Amelia se acercó a darles un beso y abrazarles a él y al almirante

—Almirante.

—Pequeña, ¿pero qué os dan de comer por aquí? Estás más hermosa todavía, y creía que era imposible.

Amelia se rio.

—Por ese cumplido le recompensaré informándole de que Juls ha hecho tarta de moras.

—Sabía que no podíamos retrasar más nuestra llegada.

Amelia empezó a notar un cosquilleo en la nuca, se

giró y vio a escasos metros la imponente figura de Max, que se acercaba con ese aire seductor, seguro de sí mismo y capaz de derribar los muros más altos. Su corazón dio un vuelco especialmente cuando empezó a notar un cambio en su mirada, conforme se acercaba con los ojos fijos en ella. Dejó de oír las voces de la conversación a su espalda, las voces de los niños abrumando al almirante e incluso cualquier sonido a una milla a la redonda. Fue como si el tiempo se detuviese, excepto ese hombre que se acercaba a ella.

A menos de medio metro de ella, se detuvo con una expresión serena, pero algo tensa, que ella no había visto nunca, y con unos ojos en los que el azul parecía ir invadiendo poco a poco el gris predominante de ordinario en ellos. Por unos minutos, que a Amelia le parecieron eternos, él no dijo nada. Era como si ninguno de los dos pudiese o supiese qué decir para interrumpir esa tensión surgida de la nada entre ellos.

—Amel... —Tragó saliva y por primera vez en su vida Amelia vio cierta vacilación en su voz y eso le produjo un cosquilleo en la piel extraño y fascinante al tiempo. Max carraspeó disimuladamente—. Amelia. —Le tomó la mano y se la llevó a los labios sin dejar

de mirarla a los ojos—. Querida Amelia, me alegro de verte. Estás... —Pareció vacilar a la hora de buscar un adjetivo—. Preciosa.

Amelia, recordando milagrosamente los consejos que le había dado Cliff, procuró mantener la calma e incluso mostrarse algo fría e indiferente, al menos lo suficiente para no revelarle lo mucho que la alteraba.

—Gracias, Max. Bienvenido a casa. Nos alegra mucho tenerte de vuelta, y más aún después de las gratas noticias recibidas sobre tu actuación estos meses. Estamos todos profundamente orgullosos de ti.

Sonrió, obligándose a dirigir, muy a su pesar, su mirada a las personas que se hallaban a su espalda y privarse del placer de ahogarse en esas preciosas lagunas azuladas que parecían amenazar con desbordarse mirándola de ese modo. ¿Sería esta la forma en que un hombre que desea a una mujer la mira, tal como decía Julianna? De ser así no le importaría sentirse como se sentía en ese momento durante mucho tiempo, ni ser el objeto de esa mirada el resto de su vida. Sentía un calorcito desconocido en su cuerpo que era agradable y alarmante por igual.

—Peques. —Se giró, soltando la mano que Max no

le había dejado de sostener—. Mirad quién está aquí.

Los gemelos miraron la alta figura a su lado y sonriendo se abalanzaron a por él.

—¡Tío Max! —gritaron al unísono

—¿Has matado muchos piratas? —preguntó ansioso Maxi.

—¿Y encontrado muchos tesoros? —dijo Mely al tiempo que Max se agachaba para auparlos riéndose

—¿Qué nos has traído? —preguntaban ansiosos.

—Vaya, menudo interrogatorio. Veamos, he capturado muchos piratas, pero no he matado a muchos. He encontrado algunos tesoros y, sí, os he traído algunos regalos, pillastres. Dadme un beso antes de que os suelte.

Los dos le dieron un beso en la mejilla y él los dejó en el suelo, pero ambos se agarraron a sus manos.

—Creo que será mejor que entremos. Todos os estábamos esperando, y no nos perdonarán que os entretengamos aquí. —Señalaba la tía Blanche que, del brazo del almirante, se encaminó hacia la terraza para acceder a la sala donde de seguro estaba la familia.

Amelia, notando como Max la miraba de soslayo, provocándole un escalofrío de nervios, de placer y de

algo extraño: ¿deseo?, ¿lujuria?, se obligó a permanecer impasible, al menos a sus ojos, y enlazó su brazo con el de Eugene, que rápidamente comenzó a contarle todas las novedades, los planes para la boda y muchos de los invitados, algunos compañeros de Jonas de la Caballería, que esperaban en los próximos dos días.

En la sala de mañana, con las puertas francesas abiertas para entrar el aire fresco de los jardines, Cliff le arrullaba a su hija mientras Julianna sonreía ante la imagen de su rudo, valiente, poderoso y fiero león convertido, con una sola sonrisa de su hija, en un tierno gatito.

—Mi pequeña Anna, mi pequeña de ojitos miel. De mayor hipnotizarás a un caballero con esos preciosos ojos y esa sonrisa y él tendrá que demostrarme que te merece, porque de lo contrario no podrá acercarse a mi niña.

—Entre los gemelos y tú la vais a malcriar, ellos llamándola su tesoro y tú elevándola al pedestal de las diosas. Pero os advierto a todos que mi pequeña, como dice tía Blanche, es toda una Mcbeth, y no se va dejar manejar por nada ni por nadie, será una rebelde que



nos va a volver locos a todos, ya lo verás, y yo la animaré a que sea como ella quiera, te lo advierto.

Cliff se rio y se acercó a darle un beso en la frente a su esposa antes de darle otro a su bebé.

—Está bien, está bien, será lo que quiera ser, pero bajo mi protección —afirmó con rotundidad, y levantó el mentón, orgulloso.

—¿Qué os pasa a los hombres De Worken con las niñas?, Ethan y tu parecéis embobados con las tres pequeñas, os emocionáis y disfrutáis con los niños, pero en cuanto una de las niñas se os pone delante os embobáis como colegiales. Os manejan a vuestro antojo y eso que son bebés, cuando crezcan... — Meneó la cabeza.

Al otro lado de la habitación, sentado en un sillón, Ethan sonreía con la misma cara de atolondrado, con su Marian acunada entre sus brazos y el pequeño Sebastian en el regazo, y se reía divertido ante la afirmación de su cuñada. Adele, por su parte, sentada junto a su marido, asentía con una sonrisa cómplice en los labios mirando a Julianna con evidente entendimiento.

—A los hombres De Worken nos encantan las

mujeres bonitas...

Cliff sonrió satisfecho a su hermano, que contestaba aún más satisfecho, conteniendo una carcajada en la garganta.

—Ahora mismo vais a soltar a mis nietas y dejádmelas aquí —dijo tajante el conde desde el enorme sillón de orejeras que ocupaba frente a la chimenea señalando a su regazo—. Creo que ahora le toca al abuelo, que para eso es conde.

—¡Vaya por Dios! —exclamaba Adele con resignación—. Ahora que me había comprometido con las niñeras a conseguir que los padres dejarían dormir un poco a las niñas antes de la cena cada día, ahora me toca lidiar con el abuelo.

—Batalla perdida, querida, creo que tendremos que conformarnos con conseguir que no las malcrien demasiado.

Convenía la condesa mirando con resignación a su esposo mientras sus hijos le colocaban a sus nietas en el regazo. Instantes después entraban en la habitación tía Blanche y Amelia con los gemelos de las manos.

—Mirad a quién nos hemos encontrado de regreso del paseo.

Señalaron a su espalda y enseguida entraron el almirante, Max y Eugene del brazo de su flamante prometido, y detrás, con un gesto extraño mirando sin darse cuenta a Amelia, Max elegantemente vestido ya sin su uniforme de la Marina. Cliff e Ethan se acercaron para recibirlos.

—Bienvenidos. No os esperábamos hasta más tarde. ¡Qué alegría! —señalaba Cliff tras saludarlos a todos y estrechar fuertemente la mano a Max—. ¿Qué tal el regreso? ¿Algún contratiempo?, nos cruzamos justo antes de atracar con la nave del capitán Crowell y nos informó que se iba a reunir contigo en las costas del sur de España porque ibais tras los piratas que estaban abordando a los barcos ingleses desde hacía meses.

Max asintió.

—Atrapamos a todos menos al Portugués. Parece que siempre va un paso por delante de nosotros, lo abordamos y nos hicimos con su navío, pero él escapó. Pero eso se lo dejo a mi sucesor, ya que desde ayer se me considera oficialmente liberado de todo servicio y listo para rehabilitarme en la vida civil.

—En ese caso, tenemos doble motivo de

celebración, el regreso sano y salvo y tu vuelta a la vida —dijo Julianna, acercándose antes de darle un abrazo y un beso en la mejilla

Max hizo lo mismo, y dirigiendo su mirada alrededor de él, donde se le habían pegado los gemelos.

—No puedo creer lo grandes que están, si solo hace unos meses que os vi por última vez y apenas daban dos pasos trastabillándose. —Se agachó y dejó que se le encaramaran los dos a sus brazos—. Bueno, como padrino de ambos reclamo otro beso de bienvenida. —Los gemelos le sonrieron y ambos le dieron un beso en la mejilla—. Y, ahora, mientras vuestro padre me trae una copa... —Lanzaba una mirada a Cliff—, me vais a contar qué cosas inadecuadas os han enseñado los brutos marineros de vuestros padres. —Rio con una carcajada socarrona.

Los gemelos empezaron de inmediato a contarle sin parar, y casi pisándose las frases, las anécdotas y algunas de las cosas que habían vivido, provocando las risas de Max y del almirante, que se sentaba al otro lado. Eugene, que dejó a su prometido en manos de Cliff y de Ethan, se sentó junto al resto de las damas

para adelantarles los últimos preparativos de su boda, que se celebraría en pocos días en la misma capilla de la mansión, ya que Eugene le había pedido al conde que le permitiera celebrar su boda allí, y este aceptó encantado.

Julianna de vez en cuando miraba de soslayo a Amelia, que parecía especialmente feliz desde esa mañana, y sin que le causase demasiada sorpresa comprobó adónde dirigía cada dos por tres su mirada y el rubor en sus mejillas después, a Max.

Vigilaba también a Max, y aunque no estaba segura... esa forma de mirarla... “¿Desde cuándo? ¿Solo por haberla visto hace unos minutos ha cambiado de forma tan evidente esa mirada?” Fue la pregunta que Julianna lanzó con los ojos a su marido mientras este vigilaba al igual que ella los sutiles movimientos de Max y Amelia, como si hubiese intuido, igual que Julianna, el cambio brusco de Max.

Cliff se acercó a Julianna, se agachó y la besó en la mejilla y con un susurro le dijo al oído:

—Habrá que esperar, pero creo, querida, que el juego acaba de comenzar. —Volvió a besarla, pero esta vez en ese hueco del cuello que era tan suyo

como la propia Julianna—. Ethan también lo ha notado, de modo que nos vamos a divertir.

Julianna se giró y le susurró:

—Sé bueno, lo prometiste.

Cliff se rio con suavidad y se dirigió hacia donde estaban los gemelos.

Se pasaron el resto del día ultimando detalles de la boda, sobre todo la ardua tarea de instalar a algunos de los invitados que empezarían a llegar a la mañana siguiente. Esto era interesante, a los ojos de Amelia, porque era como marcar la posición de cada invitado de acuerdo a su importancia social y en los menos casos, de acuerdo a los lazos con los novios. Los familiares directos ocuparían una parte del ala oeste, los invitados más ilustres el ala este, las jóvenes solteras la otra parte del ala oeste, los caballeros solteros, incluyendo muchos de los oficiales antiguos compañeros de Jonas, el pabellón de los solteros. Y los demás, no tan ilustres en comparación a los anteriores, en casas de algunos vecinos encantados de acoger a los invitados del conde o del duque, en posadas de la zona e incluso en un antiguo monasterio convertido en casa de descanso de aristócratas y nobles en busca de

paz. Aquello se convertiría en un caos a partir del día siguiente. Con comidas campestres, salidas a cabalgar con los invitados, dos partidas de caza, dos *soirées* y un gran baile previo a la boda sin mencionar la boda, tres días después y los festejos de la misma. Las damas de la familia se hallaban ajetreadas y los caballeros lo estarían a partir del día siguiente atendiendo a los invitados. Pero esa noche solo estaría la familia y habían previsto una cena tranquila para ponerse todos al día y disfrutar estando juntos.

Amelia se sentó entre un entusiasmado Jonas y Cliff y enfrente tenía sentado a Max, que no paraba de bromear con los demás pero que en cuanto posaba los ojos en ella, además de provocarle palpitaciones, parecía cambiar ligeramente la expresión de sus ojos. Había llegado tarde al salón para departir antes de la cena con todos, ya que había tardado en elegir el vestido, quería llevar algo que le demostrase a Max que ya no era una niña y a juzgar por sus miradas creía que lo había notado, sin embargo, desde su llegada, apenas habían cruzado un par de palabras, y eso la tenía algo desconcertada.

Cliff se acercó a Amelia y con disimulo pero

sonriendo como un niño con zapatos nuevos susurró:

—No te preocupes, Mel. No solo te vigila como un halcón, sino que, además, lo hace como un halcón hambriento.

Ella miró a su cuñado y se sonrojó, respondiéndole resignada:

—Lo malo, Cliff, es que mañana tendrá todo un bufé a su alcance para darse un atracón.

—Puede ser, pero no habrá ninguno tan apetitoso y delicioso como tú, y por el modo en que no para de mirarte con disimulo, él estará de acuerdo conmigo.

Amelia bufó con suavidad. Las damas se retiraron, dejando a los caballeros con su oportu y su coñac.

—Bueno, Max, ¿qué planes tienes ahora? —preguntó Ethan con una clara sonrisa de pura diversión—. Supongo —Alzó una ceja—, que si vas a asumir tu papel de heredero del duque deberás también ir pensando por fin en sentar cabeza.

Max se encogió de hombros.

—Digamos que he aceptado con resignación la idea.

Cliff se rio.

—Pero, buen hombre, ni que te fueran a imponer el



peor de los castigos. He de decir que el estado del matrimonio resulta muy, pero que muy agradable. Claro que has de encontrar a la dama adecuada. No debes conformarte con cualquiera, y menos con una de esas insulsas jóvenes casaderas de la que acabarás aburrido y cansado en menos de un año.

Miró con un brillo de malicia a su hermano, que le sonrió entusiasmado ante la perspectiva de jugar un poco con él.

—Mira, sin ir más lejos, a nuestro amigo Jonas. Al final no ha podido resistirse a una joya como Adele. O todos esos caballeros que hartos de pusilánimes bobaliconas y almibaradas han caído rendidos a los pies de la belleza, el encanto y la inteligencia de nuestra Amelia.

Ethan remarcó esto, aparentemente con aire despreocupado, notando como la espalda de Max se ponía ligeramente más firme. Cliff aprovechó, tomando el relevo que claramente le brindaba su hermano, y casi conteniendo una carcajada, por la evidente tensión que parecía sentir Max de pronto en la espalda, continuó:

—Ni me lo recuerdes, ¡por todos los cielos! Todos

estos meses espantando pretendientes ansiosos y todo tipo de caballeros de las puertas de Brindfet House, y mucho me temo que este año será aún peor. Y para dar el pistoletazo de salida, el bueno de Jonas invita a pasar unos días en la mansión a varios oficiales y herederos de títulos, algunos de los cuales ya han mostrado su predilección por Amelia.

—¿Así que a Amelia le ha ido bien en su primera temporada? —preguntó Max mirando con disimulo su copa de coñac.

—Eso es quedarse corto. Cuando la vi por primera vez al desembarcar justo antes de su presentación, me pasé tres días de mal humor. Siempre estuve seguro de que sería tan hermosa como mi Julianna, de un estilo diferente, pero, al verla, se me erizaron los pelos de la nuca solo de imaginarme el batallón de hombres que se plantarían en su puerta cada mañana —dijo Cliff riéndose.

—Hay que reconocer que se ha convertido en toda una mujer aunque, sin duda, sigue siendo la misma, ¿verdad? —señaló Max algo pensativo.

Cliff y Ethan tuvieron que contener sendas carcajadas. Ethan, sin disimular demasiado su

diversión, señaló:

—Razón por la que no estaría de más que nos ayudases estos días a alejar de ella a crápulas, caballeros indeseables o jovencitos ansiosos. Seis ojos siempre verán más que cuatro.

—Eso sí, más te vale hacerlo sin ser demasiado efusivo. Las damas de la familia no llevan demasiado bien eso de ser controladas por nosotros, aunque lo hagamos para protegerlas. Lo que me recuerda que sigo sin ser capaz de convencerla de no salir a cabalgar a primera hora sola por los campos, y menos hacerlo a un sitio tan apartado como las ruinas de la vieja torre. Parece ser que el embrujo de ese lugar la tiene cautivada, porque suele escaparse allí a la menor ocasión, sobre todo cuando necesita un poco de paz si hay mucho ajeteo a su alrededor, y estos días con la casa llena a rebosar... —Cliff meneó la cabeza como si nada.

Aunque Max no hizo ningún comentario ni se movió, Ethan y Cliff lo conocían demasiado bien. Lo habían aguijoneado y escuchaban el engranaje de su cerebro moviéndose en ese momento. La forma en que miraba a Amelia iba más allá del deseo. No lo

habían visto mirar a una mujer así en su vida, y aunque estaban seguros que él aún no era del todo consciente, ellos se encargarían de que abriera los ojos, aunque se vieran obligados a emplear tenazas para ello.

Dicho y hecho, pensó Cliff desde la ventana de su dormitorio justo antes del amanecer. Escuchó los cascos de la yegua de Amelia cruzar al patio y ahora, pocos minutos después, miraba por la ventana a Max tomando la misma dirección. Empezó a reírse con suavidad mientras dejaba caer de nuevo la cortina y se giraba para meterse en la cama.

—¿Cliff?

La voz adormilada de su desnuda esposa bajo las sábanas era su particular canto de sirena.

—Duérmete, amor, es temprano aún —dijo abrazándola por la espalda.

—Cliff, tienes los pies fríos.

Se rio suave.

—¿Me los calientas, amor?

Julianna se dio la vuelta para quedar frente a él.

—Eso depende, ¿qué me das a cambio? —preguntó provocativa.

—Todo, cariño, te lo doy todo.

Y eso hizo.

Amelia cabalgaba libre como le gustaba por los campos del norte de las tierras del conde. Se sentía extrañamente feliz por ese cambio en los ojos de Max, y deseaba con todas sus fuerzas que realmente se debiese a lo que decían Cliff y Julianna. De momento, se conformaba con la sola esperanza que ya era más de lo que tenía una semana atrás. Se rio disfrutando de esos pensamientos, de esa sensación de libertad, del aire libre revolviéndole el cabello y todo sin llevar mozo a su espalda. Había visto a Polly cambiando algunas herraduras de los caballos del conde por si algunos invitados los necesitaban y le instó a continuar con ello liberándolo de tener que acompañarla y por la expresión de Polly pareció estar agradecido, así que supuso que debía tener aún mucho trabajo por delante.

Al llegar a uno de los recodos escuchó cascos a lo lejos en su espalda. No podía ser Polly, y los invitados de la boda aún tardarían unas horas en llegar. Se asustó un poco, por lo que hizo girar a la yegua en un pequeño desvío no visible para quien no conociese la zona. Detuvo la yegua y decidió esperar en silencio sin ser vista para cerciorarse de quién era el jinete, aunque

no iba demasiado atrás, por lo que era posible que le hubiere visto. Sacó del pequeño zurrón que siempre llevaba cuando cabalgaba temprano, la pistola, y la dejó en su regazo a mano por si la llegase a necesitar. Fijó la vista y esperó pocos minutos.

Apareció el caballo de Max a unos metros de ella pasando a cierta velocidad sin darle tiempo a reaccionar. Se quedó un momento quieta decidiendo si salir de nuevo y cabalgar tras él o dejarlo pasar y tomar otro camino. Quizás solo le apeteciese montar solo. Era muy temprano y seguro que no querría compañía. No necesitó tomar decisión alguna, puesto que el caballo volvió, se paró en el espacio libre delante del recodo y miró alrededor como si buscase algo. Amelia suspiró y azuzó a la yegua para salir a campo abierto.

—Buenos días, Max.

Ella sonrió cuando él hizo girar su pura sangre para mirarla.

—¿Siempre cabalgas de ese modo tan temprano? Me ha costado seguirte.

—¿Me has seguido? —Frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Te he visto salir de los establos antes que yo pero... —Meneó la cabeza—. Mel, cabalgando así un día te vas a caer.

Ella lo miró furiosa.

—Max, no me he caído de una montura en los últimos cuatro años, y si hoy lo hubiera hecho, habría sido por el susto que me has dado.

Max se fijó entonces en la pistola de su regazo

—Ya veo —Hizo un gesto de cabeza hacia el arma. Amelia se apresuró a guardarla—. Te pido disculpas si te he sobresaltado, no era mi intención. Polly me ha dicho adónde te dirigirías a buen seguro y he pensado que, a lo mejor te apetecía que montáramos juntos. —Sonrió de un modo que Amelia notó el cambio brusco del ritmo de su corazón—. Hace mucho que no lo hacemos.

Amelia respiró hondo intentando no descubrir un nerviosismo que estaba lejos de no sentir.

—Me encantaría. —Lo miró a esos ojos y deseó no haberlo hecho, porque sintió un leve mareo y una punzada en las entrañas. Volvió a respirar hondo—. Me dirigía a las ruinas. ¿Te apetecería una carrera? Desde aquí no creo que sea demasiado trecho para

una rápida carrera.

Max sonrió.

—Sería estupendo. —La miró entrecerrando los ojos—. Pero dime, para considerarme advertido, ¿sigues haciendo trampas?

Amelia sonrió y sin darle tiempo a reaccionar azuzó a la yegua y le gritó por encima del hombro:

—Digamos que no estoy en condiciones de negarlo

Se rio y disfrutó por unos instantes de poder volver a gastarse bromas entre ellos. Escuchó la risa por detrás de Max y cómo pocos segundos después la alcanzaba. A partir de ahí realmente se tomaron en serio el desafío y no refrenaron sus monturas hasta llegar a las ruinas.

—Eres un tramposo peor que yo, Max —dijo riéndose una vez detuvieron los caballos—. Tomar la entrada de la verja era una ventaja injusta y lo sabes.

—¿Y saltar el seto bajo no lo es? —Se rio él mientras desmontaba—. Creo que hemos de declararnos, ambos, unos tramposos redomados.

Se acercó a Amelia y, tomándola de la cintura, la depositó en el suelo. Max se apartó de ella como un resorte y caminó despacio rumbo a las ruinas. Notando



un cosquilleo en los dedos y sobre todo cómo se le había endurecido hasta el último músculo del cuerpo con el contacto de Amelia, Max se vio obligado a separarse con prontitud para recuperar la compostura.

—Dime, ¿vienes mucho?

Intentó conducir un poco la conversación para distraer a su excitado cuerpo de esas sensaciones. Amelia se había sonrojado como la grana, por lo que agradeció sobremanera que se girase nada más descenderla, aunque notaba acelerado no solo el pulso, sino todas sus terminaciones nerviosas.

—Confieso que más de lo que a Cliff le gusta. Dice que esto está algo apartado. Pero ese es uno de los motivos por el que tanto me gusta. —Sonrió llegando a su lado y como por impulso le tomó la mano y lo llevó tras de ella—. Y otro es este, verás.

Caminaron cogidos de las manos, ella arrastrándolo hasta un lugar concreto. Se paró y le soltó la mano dejándole una sensación rara, como de vacío, y Max, por unos segundos, se miró la mano y luego la de ella, que permanecía en su costado. Amelia se giró para mirarlo de frente sonriendo.

—Este es el antiguo salón de la torre y en el centro

ha nacido un mullido colchón de hierba que, en primavera, es precioso, porque lo rodean pequeñas flores de distintos colores. Parece un altar para hadas del bosque. —Se rio suave—. Antes de las fiestas de la cosecha, traigo a los niños del orfanato de Saint Joseph aquí. Hacemos un picnic y preparamos juegos como tiro con arco, la herradura, carreras de sacos o el que más me gusta, el escondite. En estas ruinas hay un montón de sitios donde los pequeños se esconden de maravilla y como hay eco, se escuchan risitas por doquier. Es muy divertido.

Miró de nuevo a Max con una expresión de emoción en el rostro y en esos profundos y oscuros ojos iluminados por los colores de las mejillas después de cabalgar, y por unos instantes, dejó a Max sin aliento y con la mirada fija en ellos para después descender a esos labios, sabrosos, carnosos e inocentes, curvados en una adorable sonrisa. Max carraspeó.

—Ya veo, es un lugar realmente bonito—. “Por Dios bendito, que es Mel, la pequeña Mel. Tendrían que encerrarme por lo que mi cuerpo me pide a gritos hacer”—. Es evidente que es tu lugar preferido de las

tierras del conde.

Amelia se rio.

—Solo si quiero estar sola. Lo que me recuerda que deberíamos volver. Los invitados no tardarán en empezar a llegar y, los primeros, son los compañeros de Jonas, así que deberemos darles un almuerzo en la terraza y mucha, mucha bebida. —Se rio—. Son órdenes expresas del novio.

—Lo que demuestra lo descerebrado que es ese muchacho. —Hizo un gesto con la mano—. A la hora de la cena tendremos a jóvenes oficiales borrachos deambulando por la mansión. —“Y lo que es peor, rondando cerca tuya”. Sin poder evitarlo se tensó.

Amelia se rio.

—No exageres, Max. Todos son caballeros, y no dudo que sabrán comportarse como es debido. —Meneó la cabeza divertida—. Cualquiera diría que tú has llevado la vida de un monje.

Por extraño que resultase Max se sonrojó. ¿Por qué, de repente, le incomodaba la idea de que Amelia lo viese como un libertino?

—¿Regresamos entonces? —preguntó ella.

Max asintió y casi puso escuchar su propio suspiro

de alivio porque al parecer ella no era consciente de la tensión que le atenazaba y menos aún de que esa tensión era de tipo ¿sexual? Max frunció el ceño. “En cuanto llegue me doy un baño de agua helada. Y Voy a tener que distraerme con alguna de las viudas que asistan a la fiesta, porque empiezo a sentirme como un depravado”. Sin darse cuenta debía haberse parado, porque cuando alzó la vista Amelia ya estaba sobre su montura, desconcertado, preguntó:

—¿Cómo te has aupado tú sola a la silla?

Amelia se rio.

—Soy una mujer de recursos, Max. —Señaló un pequeño montículo de piedra un poco más adelante—. De hecho, fuiste tú el que me enseñó a montar sin ayuda. —Él volvió a mirarla algo sorprendido—. ¿Recuerdas las bases de apoyo de los mozos de la Escuela de Caballería? Tú me decías que los usase para subir y bajar sin ayuda cuando ni tú ni Cliff estuvieses cerca. —Frunció los labios y entrecerró los ojos—. ¿Cómo era eso que decíais? ¡Ah, sí! —Lo miró sonriente y triunfal—. No debes dejar que ningún hombre te agarre de la cintura, ni siquiera con la pobre excusa de ayudaros a montar. Se rio negando con la

cabeza, divertida.

Max le devolvió la sonrisa. Le gustaba hablar con Mel, era distinta a las jóvenes de su edad. De hecho, era distinta a cualquier mujer. Divertida, con sentido del humor, sabía hacerle bromas y se dejaba hacer otras por él. Empezaba a recordar que echaba esto de menos.

—Es un consejo muy sabio —dijo montándose en su caballo—. Y que no me entere yo que lo desoyes. —Añadió señalándola con el dedo pero sonriendo.

—Será mejor que cabalgemos. No haremos una carrera porque solo Dios sabe qué trampas buscarás esta vez. —Sonrió y encaminó su yegua por el desfiladero.

—Eso es una impertinencia, más aún teniendo en cuenta que sale de labios de la mayor tramposa del reino.

Amelia sonrió con cierta picardía.

—No me doy por ofendida, milord, pues no le creo capaz de tenerme en tan baja consideración.

Max se rio y ambos cabalgaron a placer hasta llegar a la mansión justo a tiempo de ver cómo se subían en sus caballitos los gemelos.

—¡Vaya !—exclamó Cliff levantando las cejas fingiendo sorpresa—. Y yo que iba a pedirlos que nos acompañaseis esta mañana.

—Nos hemos encontrado. Pero prometo que mañana retrasaré mi salida para pasear con los dos. — Amelia miró a los gemelos—. Mely, agarra la rienda en cruzado, como te enseñó el conde, cariño, así te será más fácil hacer girar al caballito.

Cliff sonrió.

—Mel, eres peor que Julianna, lleváis eso de ser madres impreso en cada poro de vuestra adorable piel. —Se rio montándose en su caballo—. Cuando nos hemos levantado de la mesa del desayuno, aún no había bajado nadie. Creo que os los encontraréis a todos. —Miró por encima del hombro de Amelia—. Bueno menos a Juls, que viene por ahí.

—Mami, corre, te estamos esperando —decía ansioso Maxi—. Tío Max, mañana montarás con nosotros.

Max se rio.

—Bueno si me lo ordenas así... Y te enseñaré trucos que tu padre desconoce.

—¡Estupendo !—gritó entusiasmado.

—No le hagas caso, peque. Este marinero de agua dulce no sabe más que tu padre, es solo un fanfarrón.

Cuando ayudó a descender a Amelia notó el mismo cosquilleo, la misma tensión, el mismo calor desde la nuca hasta los pies. “Esta noche, esta noche me desquitaré con cualquier mujer deseable y experimentada de la fiesta”. Tenía ganas de gruñir.

Así estuvo los tres días y las tres noches previas a la boda, se tensaba y excitaba no solo cuando tenía a Amelia cerca, escuchaba su voz o bromeaba con ella, sino simplemente con verla en la distancia. Y para colmo, Cliff y Ethan tenían razón. Los caballeros pululaban por doquier en torno a ella intentando acaparar su atención. No apreció que ella alentase las atenciones de ninguno ni que pareciese mostrar predilección por ninguno de ellos, pero ello no alivió ni su tensión ni su creciente malhumor.

Durante esos días, se vio abordado por más de una mujer más que dispuesta, alguna, tenía que reconocer, era realmente hermosa y deseable y, aunque su cuerpo reaccionaba con ellas, no sentía ese cosquilleo bajo la piel, ni esa ansiedad y anhelo de cuando estaba cerca de Amelia. Esto empezaba a ser una locura, no podía

desear a Amelia, tenía que haber otra explicación, aunque no lograba atisbar cuál. Esa primera noche compartió cama con una joven y experimentada viuda de ojos marrones y pelo rojizo que, aunque no pudo decir que no la disfrutase, no encontró demasiado consuelo a su tensión en ella. Por mucho que después ella le rogase repetir la noche y que, también, otras damas le expresasen sin reparo su deseo de compartir con él sus favores, a él se le quitaba el deseo de intentar de nuevo encontrar desahogo a esa tensión en brazos de mujer alguna, en cuanto veía a Amelia enfundada en uno de esos bonitos vestidos que realzaban con elegancia sus encantos, o cuando escuchaba su risa incluso entre las voces de otro grupo o simplemente cuando la veía jugar con los gemelos. Las dos noches restantes se acostó dolorido y habiéndose visto obligado a tomar baños de agua fría. Y para rematar su malestar, Cliff y Ethan parecían disfrutar con su malhumor, con su aparente distracción y, sobre todo, cuando le daba un aviso o un tirón de oreja a alguno de esos buitres que rondaban a Amelia. ¡Que era una inocente!, buen Dios, había que vigilar que esos caballeretes no se aprovecharan de su buen



corazón.

Y llegó la boda, la iglesia, el almuerzo y la fiesta posterior y Max se acostó algo ebrio y con un único recuerdo en su mente de todo lo acontecido ese día. Amelia. Amelia vestida como una ninfa recién salida del bosque, con pequeñas flores de colores prendidas en su pelo, de pie en el altar junto a la novia, sonriendo, manteniendo bajo control a los gemelos, que llevaban las flores y los anillos, entregando el ramo de novia a Eugene antes de salir, saliendo de la iglesia del brazo de su padre tras los novios y charlando feliz con su padre y con los novios a la salida de la iglesia. Y no fue capaz de bailar con ella porque, por alguna razón, se sabía incapaz ese día de no cometer una locura si la llegaba a tener en sus brazos, aunque fuese en un salón de baile rodeados de cientos de familiares e invitados.

—Robert, Robert —gritó incorporándose en la cama. Del vestidor apareció diligente su valet.

—¿Milord? —hizo una inclinación.

—Necesito un baño de agua fría de inmediato y algo para aliviar este maldito dolor de cabeza.

# Capítulo 3

En la sala de la condesa que daba a los grandes jardines delanteros de la mansión se encontraban a media tarde, reunidas junto al servicio de té, todas las damas de la familia comentando algunos de los detalles vividos en la boda de lady Eugene. Esa mañana se hubieron marchado los últimos invitados y familiares asistentes al enlace y solo permanecían los de siempre en la mansión. Lo harían, además, durante otra semana antes del regreso de todos a Londres, a excepción de los recién casados, que marcharían a su viaje de novios. Querían disfrutar de los últimos días de tranquilidad previos a la locura de la ciudad y del comienzo de la temporada. Justo cuando empezaban a servir el té, el mayordomo, tras la cortesía inicial, cruzó la estancia y con una bandeja de plata en la mano, se acercó a Amelia.

—Señorita, un caballero desea verla. Lord William Calverton III, marqués de Drundy.

Amelia lo miró un instante y, sin todavía recoger la tarjeta de visita depositada en la bandeja, dijo:

—Lo siento, Jeffries pero ¿no habrá preguntado por alguna otra de las damas de la casa? Lamento decir que no conozco al marqués.

—Señorita Amelia —dijo serio y con entrenada serenidad el mayordomo—, el caballero ha preguntado específicamente por usted y pregunta si tendría la amabilidad de recibir a su señoría.

Amelia miró a las damas que le acompañaban.

—Realmente desconozco quién puede ser.

Julianna intervino:

—¿Algún caballero que te presentaran en Londres, quizás?

Amelia la miró pensativa.

—Es posible, pero —se giró a su tía y a Eugene— ¿podéis recordarlo?

Eugene negó con la cabeza y su tía, dejando la taza de té, lo meditó unos segundos.

—Lo siento, querida, yo tampoco alcanzo a recordarlo.

En ese momento, Cliff, Ethan, Max y Jonas entraron por las grandes puertas francesas de cristal que daban a los jardines del oeste. Hicieron la cortesía oportuna.

—Buenas tardes, queridas.

Ethan sonreía de oreja a oreja, acercándose directamente a la mesa de los bocadillos y después de tomar uno, le dio un beso a su esposa en la mejilla.

—Buenas tardes. —Respondía solícita la condesa—. ¿Alguno de vosotros, caballeros, conoce al marqués de Drundy? Solicita ser recibido por Amelia, pero ni ella ni nosotras somos capaces de recordarlo.

De modo imperceptible, para todos menos para Julianna que lo observaba, Max hizo un gesto mitad preocupación mitad disgusto, y al notar lo Julianna lo picó.

—¿Quizás tú, Max, hayas coincidido con él estos días en Londres?

Julianna pensó que, por el gesto de su cara y su mirada de disgusto, el que un caballero, un marqués, preguntase por Amelia, quien decía no conocerlo, no le gustaba en exceso. Pero fue Cliff el que le libró de contestar y el que, en un gesto, que Julianna interpretó

más como protector de Amelia que como ayuda a su amigo, señaló:

—Jeffries. Hágalo pasar a la sala azul. Enseguida me reuniré con él.

El mayordomo hizo una reverencia y antes de marcharse Amelia alcanzó la tarjeta de visita para verla e intentar recordar el blasón. Cliff ya se encaminaba hacia la puerta cuando ella le dio la vuelta a la tarjeta y leyó las dos palabras escritas con una elegante letra “hola, carboncillo”. Amelia susurró:

—No puede ser... —Se levantó casi de un brinco y gritó—: ¡Espere, Jeffries! —Cuando el mayordomo se giró para mirarla añadió—: Por favor, dígame a... —miró de nuevo la tarjeta— lord Calverton que le recibiré en la sala azul. —Se giró—. Si la condesa no tiene objeción. —La condesa la miró un instante y después a su tía y asintió—. En ese caso, me reuniré con él enseguida.

Tras su marcha, Cliff permaneció de pie junto a la puerta. Antes de verse avasallada por una lluvia de preguntas, Amelia miró a Julianna:

—Juls ¿podrías acompañarme?

Julianna se levantó mientras le preguntaba:

—¿Entonces, le conoces?

Amelia miró la tarjeta y sonrió.

—Eso, eso creo, es... un viejo amigo. —Negó con la cabeza y miró a su tía—. Tía ¿te parece bien?

Tía Blanche la miró un segundo y después a Julianna:

—Si te acompaña tu hermana y no os deja a solas, me parece bien. Después me explicarás.

Hizo un gesto solemne con la mano, sonriéndola. Amelia se inclinó depositó un beso en su mejilla y contestó:

—Prometido. Si es quien yo creo, tía, estoy convencida de que será de tu agrado.

En cuanto dijo eso el rictus de Max se tensó de un modo más perceptible que antes, y algo dentro de Julianna tenía ganas de gritar a Cliff “Teníamos razón, teníamos razón”. Cliff, que había permanecido en la puerta, en cuanto le alcanzaron las dos damas les ofreció un brazo a cada.

—Me encantará acompañaros y será un placer conocer a un amigo de mi querida Amelia.

Ambas lo entendieron como lo que era, ni una pregunta ni una sugerencia, sino una imposición.

La sala azul estaba a poca distancia, por lo que nos les dio tiempo a ninguno a formular pregunta alguna, “gracias a Dios“ suspiró para su interior Amelia, sin embargo, de lo que ella no se dio cuenta fue de que Max los había seguido y que presenciaría la primera parte del encuentro.

Entraron en la sala y junto a una de las puertas de acceso a la terraza se hallaba, de pie, elegantemente vestido y con una postura serena pero que rezumaba seguridad, la figura de un hombre joven, alto, de anchas espaldas y complexión atlética, con el pelo de color bronce bruñido y con algunos rizos cayendo justo hasta el nacimiento de la nuca. Se giró en cuanto los escuchó entrar e hizo una perfecta, elegante y desenvuelta inclinación. Miró a los tres anfitriones pero, en cuanto posó los ojos en Amelia, que le hacía una serena reverencia, ya no los desvió a ningún otro de sus acompañantes. Sonrió y sus enormes ojos azul aciano brillaron con cierta diversión infantil.

Amelia lo reconoció al instante, y tras un momento de indecisión en cuanto él dio un paso en su dirección ensanchando la sonrisa y diciendo: “Me alegro de verte, carboncillo“, Amelia se acercó a él decidida y lo

abrazó, dejando que él también lo hiciese por unos segundos, riéndose los dos. En cuanto la soltó, Amelia, con una deslumbrante sonrisa, casi gritó

—¡Doody! —Se rio y lo miró ¿De verdad eres tú? —Se separó de él un par de pasos—. Estás, estás...

Él la interrumpió:

—Creo que tan cambiado como tú. Mírate, estás tan mayor y preciosa. Eres toda una dama por lo que veo... — Se rio.

Amelia, algo ruborizada, lo miró:

—Y tú... —Miró la tarjeta y después preguntó—. ¿Marqués? ¿De verdad? ¿Cómo es posible?

El soltó una carcajada y después se encogió de hombros:

—Es una larga historia, pero sí, soy marqués, por increíble que pueda resultar.

Se escuchó un carraspeo masculino detrás de ellos. Amelia se giró deprisa y ruborizada se acercó con un brazo extendido a Julianna y a Cliff y tomando del brazo a Juls, se giró a su invitado y señaló:

—Disculpadme todos, he sido una desconsiderada. Dood... Lord Calverton, permita que le presente a mi querida hermana lady Julianna de Worken y a su



marido, lord Cliff de Worken, vizcondes de Plamisthow. Julianna, Cliff, lord William Calverton, marqués de Drundy.

—Es un honor conocer a un buen amigo de mi hermana, milord. —Señaló Julianna con cierto tono en su voz que les avisaba de que aclarasen las circunstancias de su amistad.

Cliff le extendió la mano.

—Permita darle la bienvenida a nuestra casa. —Miró a Amelia y después a él—. ¿Le apetecería unirse a nosotros a tomar el té?

Amelia lo miró con alarma. Todas las damas de la familia alrededor de Doody. Antes de que tuviere que contestar, ella se adelantó:

—Creo, Cliff, que si lord Calverton no tiene inconveniente, preferiría que diésemos un paseo por los jardines. Podremos hablar con tranquilidad y ponernos al día. Han pasado muchos años.

Sonrió a su invitado con clara intención de que no se opusiere a su sugerencia.

Se inclinó hacia Amelia haciendo una reverencia ligera y señaló:

—Me encantaría pasear y poder contarnos

nuestras mutuas hazañas y desventuras de estos años.

Cliff miró de soslayo a Julianna, que hizo lo mismo con él y cruzaron una mirada.

—En ese caso, podríamos caminar por los jardines de frutales. —Sugirió Cliff—. Es el preferido de Amelia. —Hizo un gesto despreocupado con la mano en dirección a una de las cristaleras.

Lord Calverton asintió y le ofreció el brazo a Amelia, que tras tomarlo lo guio por delante de la pareja que les acompañaba.

Amelia le susurró:

—Dentro de escasos instantes querrán saber de qué nos conocemos. Toda mi familia conoce mi origen, pero dado que para una dama es muy comprometido carecer de pasado —hizo una mueca—, nadie más que ellos conoce mi origen o mi falta de él. —Miró a su acompañante y preguntó—: ¿Debo decir que nos conocimos en otro sitio que no sea el orfanato?

Él la miró y sonrió:

—No. Mi origen no es un secreto para nadie y, dado que soy varón y, además, ostento título, dudo que me perjudique, y si alguno de mis pares encuentra desdeñable o criticable el que mis primeros años los

pasase en un orfanato, es problema suyo, no mío.

Amelia se rio.

—Veo que no has cambiado más que en apariencia. —Sonrió y con firmeza añadió—. Me alegro.

El posó su mano en la que Amelia tenía en su manga y tras apretársela por unos segundos añadió:

—Y yo me alegro de comprobar que no soy el único que conserva su “esencia”.

Los dos se rieron. Estaban ya a la altura de los jardines y entonces Amelia se paró y le dijo

—Entonces creo que puedes confiar en mi familia. Puedes hablar con libertad con ellos. Verás que no son como esos “pares con problemas” a los que hacías referencia. Si bien todos ostentan título desde nacimiento, por fortuna, ellos también tienen “esencia”.

La miró un instante y sonrió. Se giró para poder mirar a la pareja que camina tras ellos y cuando se reunieron a la misma altura señaló

—Imagino que se preguntarán cómo siendo tan buenos amigos Carbonci..., disculpen. —Miró divertido a Amelia—. La señorita Mcbeth...

Amelia le dio un codazo interrumpiéndole:

—Amelia, si no te importa.

Él se rio.

—Amelia no conocía mi actual situación.

Amelia se rio.

—Debe ser una gran historia, de Doody a lord Calverton.

Él carraspeó y la miró sonriendo:

—No provoques... —mover el dedo frente a ella —. De carboncillo a señorita Mcbeth.

Los dos se rieron mientras que Cliff estaba a punto de asesinarlos, aunque ya había deducido que debían conocerse del orfanato, sin embargo, el que un hombre apuesto, que ahora decía ser marqués y aparentemente rico, tuviere esa clase de familiaridad con su hermana pequeña, le empezaba a elevar el instinto de protección a cotas muy, muy altas, eso sin añadir que le enervaba esa complicidad tan manifiesta entre un caballero y Amelia. Julianna intervino entonces, y dado que aún no se habían adentrado en los jardines, señaló:

—Creo que sería mejor y más agradable que nos contase su historia en común en la terraza. Podríamos sentarnos y pedir un refrigerio. ¿Te parece bien, Mel?

Amelia asintió y los caballeros no tuvieron más

remedio que asentir. Tras sentarse cómodamente en la terraza y con unas limonadas y licores extendidos artísticamente por Jeffries junto a algunos emparedados y dulces, fue Amelia la que encarriló la situación.

—Dood... Lord Calverton. —Negó con la cabeza y lo miró—. Te pido perdón pero me va a costar un poco asociarte a ese título. Tendré que hacer un esfuerzo para no llamare Doody.

Él sonrió.

—Llámame William si lo prefieres. Reconozco que hay veces que sigue extrañándome mi propio nombre.

—William entonces, al menos cuando estemos en familia. —Miró a Julianna—. Si he de ser sincera, tampoco conocía tu verdadero nombre antes.

Se encogió de hombros.

—Es más fácil para los niños llamarse por sus apodos, sobre todo, para aquellos que carecen de nada más que eso.

Amelia asintió.

—En ese caso, William. ¿Qué ha sido de ti todos estos años? Lo último que recuerdo es que una mañana, al despertarnos, tú ya no estabas y las

hermanas solo dijeron que habías seguido tu camino.  
—Muy convenientemente ambiguo.

Por un segundo Amelia sintió la tristeza de aquel momento, la pérdida de un amigo, del único en realidad que había tenido hasta entonces.

Él pareció también recordar y casi tardó en contestar. Miró con seguridad a todos y dijo:

—Supongo que lo mejor será que empiece desde el principio. —Miró a Julianna y a Cliff y después de nuevo a Julianna—. Aún me acuerdo de vos. Era más joven que yo. La recuerdo como la hija de uno de los arrendatarios de la zona que venía a leerles a los más pequeños. Siempre aparecía cargada de libros, de dulces y golosinas para todos. Los más pequeños la llamaban Galuchí[1].

Amelia se sonrojó cuando comprobó que Julianna la miró.

—¿Galuchí? —preguntó Julianna desconcertada.

William se rio y Amelia respondió un poco avergonzada:

—¿Te acuerdas de Phil? El pequeño niño de piel aceituna que se sentaba entre tus pies en cuanto te veía leyendo. Era de origen gitano y durante un tiempo

hablaba solo caló, la lengua de sus padres, y apenas entendía dos palabras de inglés. Él te llamaba Galuchí que en su lengua significa azúcar. —Julianna se puso de color grana a la vez que se enterneció—. Y lo repetía tanto que, al final, todos acabamos llamándote así. —Se encogió de hombros y añadió—: Quizás debiera habértelo contado, pero debes considerarlo con la misma intención con la que lo decíamos todos, como un halago, el mejor de los piropos. La primera vez que le diste un caramelo fue la primera que escuchamos su voz, al menos yo no recordaba haber escuchado antes la voz del pequeño Phil. —Miró a William—. Bueno, supongo que Phil fue nombre que le dieron las hermanas.

—Supongo que sí. —Asintió William.

—Es, es, es muy tierno, Mel, y desde luego, halagador —dijo Julianna visiblemente emocionada. Pero después miró a William—. Creo que le debo una disculpa porque, ni siquiera ahora, logro recordarle.

William sonrió.

—No se preocupe, milady, yo era de los mayores, incluso mayor que usted cuando empezó a visitarnos, pero por mi parte confieso que la recuerdo con nitidez.

—Sonrió—. Sobre todo por los pasteles de cumpleaños. —Miró a Cliff—. Su esposa, aun siendo una niña de apenas diez u once años, llevaba a los más pequeños un pastel de cumpleaños que hacía ella misma. Recuerdo que llegaba acompañada de su padre, un hombre que, por aquel entonces, nos parecía enorme y un poco intimidante, pero siempre nos trató con mucho respeto a todos. Con los años he llegado a entender que, con título o sin él, era un caballero y trataba a los demás con respeto, en función de sus acciones, no de su origen.

Julianna sonrió.

—Gracias. Cuando aún era muy pequeña para hacer el camino yo sola, no me dejaba ir al orfanato sin él. Tenía que cruzar el pueblo y ya sabe cómo es la gente de zonas tan pequeñas. Yo también recuerdo que me llevaba y después me recogía para devolverme a casa y que, a veces, jugaba con los más revoltosos mientras me esperaba. Creo que él disfrutaba de esos momentos. —Suspiró y se enderezó un poco al tiempo que sonreía—. Todos hemos cambiado mucho desde entonces, ¿no cree?

—Desde luego. Algunos hemos recorrido un



extraño camino hasta aquí. Lo que me trae de vuelta a mi historia. Carbonc..., disculpen, a mí también me resulta algo impactante asociar su recuerdo a su nombre, disculpa, Amelia. —Ella solo sonrió—. Amelia y yo nos criamos juntos en el orfanato. Yo permanecí en él hasta los quince—Se giró—. ¿Y tú Amelia?

—Hasta los catorce.

—Entiendo. Amelia y yo nos llevábamos bastantes años, ocho, si no recuerda mal, pero al habernos criado desde que éramos bebés allí, supongo que era lógico que nos conociésemos bien y desarrollásemos un vínculo especial. Hay una diferencia entre los niños que son abandonados por los padres o que los pierden cuando son algo mayores, de aquéllos que, desde la misma cuna, están solos. No conocíamos otro hogar que aquel orfanato ni otra familia que los niños que se hallaban a nuestro alrededor.

Amelia asintió corroborando esa percepción.

—Es el único lugar que conoces en el mundo.

—Yo era, por aquel entonces, uno de los más brutos.

—No es cierto. —Se quejó Amelia—. Tú eras de los más grandes, sí, pero nunca fuiste un bruto. Nunca

te aprovechaste de tu tamaño ni de tu fuerza para intimidar a los demás. Lo contrario, siempre defendiste a los más pequeños y, sobre todo a mí, de los abusones y de los niños del pueblo.

—Gracias, Amelia, pero no me conviertas en un héroe. Solo defendía a los que eran como yo de aquéllos que nos consideraban... bueno, *diferentes*. — Suspiró—. Amelia era la más tímida de todas las niñas pero también, lista como un ratoncito. Siempre leyendo, cuidando del jardín y del huerto y dibujando. —Se rio—. Siempre buscando carboncillos para dibujar sus paisajes y siempre con manchas por su pequeña y blanca carita por el carboncillo o la tiza. — Se volvió a reír mientras Amelia se ponía toda colorada —. Gracias a su paciencia aprendí a leer. No se rindió conmigo. Yo era, como decía, un bruto, no conseguía aprender nada.

—No digas eso, Doody. —Se enfadó—. Nunca fuiste un bruto. Eras más listo que todos los niños del orfanato y mucho más listo que yo, solo que no te gustaba prestar atención en la escuela y no estabas quieto ni dos minutos. —Resopló—. Siendo de los mayores eras más revoltoso que los pequeños.

William se rio a carcajadas.

—Y tú, en cambio, eras tan tranquila y paciente como el santo Job. Y tan tenaz y cabezota como para lograr que aprendiese a leer.

Amelia resopló y se cruzó de brazos.

—De nada, Doody. —Él se rio de nuevo—. Y ¿qué pasó para que te marchases?

—Ah, bueno —dijo en tono de resignación—. Supongo que esa es la parte interesante de la historia. Aunque, en mi opinión y experiencia práctica, también la más triste. —Miró a Cliff—. Acabo de darme cuenta de quién sois vos, milord. Le pido disculpas. Hago negocios con vos a través de uno de mis abogados.

Cliff, que a estas alturas tenía que reconocer que le empezaba a agradar ese hombre sentado frente a él con mirada tranquila y sonrisa fácil y amable, lo miró con una atención diferente, no cómo pretendiente de Amelia sino como hombre, y levantó la ceja.

—Lo lamento pero, al igual que mi esposa, no logro recordarle.

—Es lógico, ya que nuestra relación se realiza a través de una de mis empresas. Comercio con metales

para las fábricas que tengo cerca de Gales. Herston Inc. Para ser exactos.

Cliff se incorporó un poco en su asiento:

—¡Vaya! Ahora sí estoy asombrado. —Miró a Amelia para aclarárselo—. El marqués es el propietario de las mayores fábricas de piezas para los nuevos ferrocarriles. Es realmente impresionante, si me permite decirlo.

Él hizo un gesto con la cabeza y señaló:

—No tanto como encontrar un aristócrata que no me censure verbalmente o con la mirada ni me reproche mi interés por el comercio y por el trabajo.

Cliff se rio con verdadero entusiasmo:

—Se sorprendería, amigo mío, se sorprendería... —Sobre todo, pensaba, cuando se enterase que su querida amiga de la infancia y su hermana y adorada esposa eran las herederas de la mayor fortuna comercial de todo el reino.

—De nuevo me he desviado. Mis disculpas. Como Amelia ha señalado tan acertadamente, tiendo a distraerme con facilidad.

—Yo no he dicho... —Negó con la cabeza—. Ah, ¡Qué más da...! —Hizo un gesto con la mano para

instarlo a continuar. Él se rio divertido.

—Siempre me resultó muy fácil hacerte enfadar y empiezo a recordar lo divertido que era. —Se rio un poco y cuando Amelia iba a darle un golpe en el hombro, él se removió y puso la manos en alto—. Está bien, está bien, me disculpo de corazón, ya paro.

Bebió un poco del licor de su copa antes de continuar:

—Una tarde, la hermana Katherine me llamó a su despacho, cuando entré, sentado frente a ella, se encontraba un anciano caballero y un hombre que después supe era su abogado. Me hicieron sentar junto al caballero, que no paraba de inspeccionarme a conciencia desde el mismo instante en que abrí la puerta. Allí me informaron de mi nueva condición. La de heredero del marquesado de Drundy. Sorprendente, ¿no es cierto? En escasos diez segundos pasé de niño sin familia a futuro marqués. —Amelia notó cierta amargura y frialdad en su tono—. Pues eso solo fue el comienzo. —Respiró—. El anciano resultó ser el marqués y mi abuelo. Me explicaron, muy brevemente, que yo era hijo del anterior heredero del marquesado, el único hijo de ese anciano. Hijo que, en contra de los

deseos de su padre, se casó con una joven de una posición y clase inferiores y que tuvieron un vástago varón. Ese era yo. Mi madre murió en el parto y mi padre se presentó conmigo delante del marqués. Este, que consideraba el peor de los insultos no solo la desobediencia de su hijo sino el atreverse a engendrar a un hijo con alguien que no consideraba digno ni de pulir sus botas, exigió que renunciase a mí para poder ser reconocido de nuevo como su heredero y, a pesar de haber sido fruto de un matrimonio legal y, por lo tanto, hijo legítimo, a los ojos de ese hombre no era más que sangre sucia y, desde luego, no lo bastante digno para ser el futuro sucesor de su casta, de su emblema y de su casa. De modo que me abandonaron, siendo un bebé, en Saint Joseph, y continuaron sus vidas como si no existiese. Mi padre se volvió a casar con idea de dar un heredero verdaderamente digno al marqués, y habrían ocultado mi existencia y mis derechos de no ser porque el fruto de su nuevo matrimonio fue una hija y mi padre murió sin tener más descendencia pocos años después. Justo castigo a su iniquidad, supongo. El marqués buscó entre el resto de sus parientes un varón al que ceder el título pero, al no

hallarlo, recurrió al niño que podría “rescatar” para valerse de él a su antojo, al fin y al cabo, mis padres se casaron y no era ilegítimo.

Volvió a beber un sorbo de licor y Amelia notó cómo se habían oscurecido sus ojos. Había una profunda tristeza y soledad en ellos.

—Me sacaron del orfanato esa misma noche y me explicaron cuáles serían mis deberes a partir de entonces. Estuve a punto de mandar a ese viejo cruel y egoísta al cuerno y olvidar todo lo que acababa de escuchar y, aún hoy, sigo sin explicarme qué fue lo que realmente me detuvo. Quiero pensar que fue mi deseo por saber lo que se siente teniendo una familia e incluso por saber quién era yo a través de esa familia. Pero dadas las circunstancias, ahora sé que, en ocasiones, es mejor no tener familia que ser criado por buitres y gente sin corazón. —Miró a Julianna y a Amelia—. Les ruego no me juzguen duramente por la frialdad con la que me refiero a ellos, pero, siendo justo, era preferible su ignorancia y olvido al trato que posteriormente la mayoría de ellos me dispensaron.

—No se disculpe, milord. Por desgracia, algunos de nosotros conocemos de primera mano la desgracia de

compartir sangre con algunas personas que no merecen ni el cariño ni la preocupación de los que algún día disfrutaron. —Dijo Julianna al tiempo que Cliff le tomaba y apretaba cariñoso la mano recordando a los tres hermanos de su esposa que no eran dignos de llamarse hombres, y menos aún hermanos de su diosa.

William sonrió agradecido por la comprensión.

—Si el desdén y el desprecio de mi abuelo lo pude comprobar y sentir desde el primer momento, el del resto de mis familiares no quedó oculto, una vez me fueron presentados, en ningún momento. Más bien, debería decir, que parecían disfrutar haciendo gala del mismo en mi presencia. Pero me estoy adelantando. Como decía, me montaron en un carruaje y empezaron a señalarme qué deberes tendría. El primero, más que un deber fue una imposición que dejaron claro no debía jamás ignorar y, menos aún, desobedecer. Me ordenaron, me advirtieron, que, desde ese preciso momento y en adelante, tenía prohibido relacionarme con nadie de mi pasado, al menos no hasta que fuese marqués y, para entonces, esperaban haberme reformado tanto que estaban convencidos de que sería



yo el que no quería recordar mi vida y mis experiencias anteriores. Craso error por su parte, he de decir. No hubo día en que no recordase mis años en Saint Joseph porque, a la postre, fueron mejores que los inmediatamente posteriores. Además, no era yo el que debía avergonzarse de haber estado en un orfanato, sino ellos por ser los responsables de que, en mis primeros años de vida, careciese de familia, de medios y de la educación y modales que ellos estimaban necesarios para asumir mi nueva posición en la sociedad. Me llevaron a una propiedad del marqués cerca de Edimburgo, es decir, lo más lejos posible de conocidos, familiares y amigos, al menos hasta que me hubiesen “pulido”. Allí permanecí hasta los dieciocho años rodeado de instructores, preceptores, profesores de todo lo que se consideraba necesario para un caballero y más todavía, para un marqués. Transcurrido ese período y, cuando el viejo dragón de mi abuelo, al que solo vi en dos ocasiones durante esos años, consideró que estaba preparado, me llevaron hasta la casa ancestral familiar donde fui “presentado” al resto de ellos. Eran tan arrogantes, pomposos y tan fríos como el viejo, y dejaron claro que

me consideraban, a pesar de haberme “pulido”, un bárbaro, un bruto, o simplemente basura o calaña. Durante los años en que estudié en la universidad y, posteriormente, recibí formación para llevar adecuadamente el marquesado, muchos de ellos me despreciaron a la cara o me negaban en público y, desde luego, no tuvieron reparo en intentar dejarme en evidencia a la menor ocasión. Claro que, el destino pone a cada uno en su sitio, o eso me gusta creer. Ahora que el viejo ha muerto y soy el marqués, muchos de ellos dependen de mi generosidad, de modo que se cuidan mucho de desairarme o hacerme algún desplante en público. A mis espaldas... bueno, eso ya es otra cosa, pero ya se cuidarán de que no llegue a mis oídos por su propio bien.

—¿Y tu hermana? —Preguntó Amelia—. Dijiste que tenías una hermana ¿verdad?

Él asintió.

—Si mi abuelo era frío, ella es un témpano. La educaron para ser fría, calculadora, egoísta y altanera y no puedo sino afirmar que ha sido una alumna aplicada y aventajada. Es tan arrogante y soberbia como el resto de la familia. Me mantengo muy lejos de

ella. He asumido mi responsabilidad para con ella pero me niego a que, si algún día tengo familia, ella esté cerca para transmitirles a mi esposa o a mis hijos los valores, principios y la crueldad de la que hace gala con orgullo. —Negó con la cabeza y después se rio—. Si me desprecian por ser hijo de quien soy hijo, imagínense lo que provoca en sus sangres azules saber que el marqués y cabeza de familia se dedica de forma habitual a algo tan sucio y depravado como el comercio y los negocios. Aunque eso me ha convertido a mí y al marquesado en un hombre y una casa con una vasta fortuna.

—Es increíble, Dood... William. Realmente no sé si decirte que me alegro de que ahora seas marqués o que lamento que hayas tenido que pasar por esas experiencias.

Amelia lo observó algo apenada.

—No te apenes, carboncillo. Sigo siendo yo, solo que ahora soy más culto, al menos en apariencia. —Sonrió malicioso—. Más rico y sobre todo, más temible para aquellos que se meten o abusan de los “diferentes” —Se rio despreocupado—. De lo único que me arrepiento es de haber cumplido la promesa

que me forzaron a hacer de alejarme de Saint Joseph. El viejo murió hace unos meses y es ahora cuando he podido, con la conciencia tranquila, regresar. —La miró y sonrió—. Y ¡qué sorpresa me he llevado cuando la hermana Katherine me ha contado tu nueva vida!

Amelia gimió y ella y Julianna se miraron.

—Tendremos que hablar con la hermana para que no... —dijo Amelia antes de ser interrumpida.

—Hazlo Amelia, pero no te preocupes por mí. Para mí siempre serás carboncillo, pero ante el resto del mundo fingiré que eres la señorita Mcbeth a la que unos conocidos me han presentado, amablemente, y a la considero un digno ejemplo de joven dama.

—Vaya, señor marqués, muy amable, sobre todo viniendo de alguien capaz de colarse en el presbiterio de una iglesia para robar el vino de la comunión.

Amelia alzó la barbilla en falso enfado. Él se rio a carcajadas.

—¡Santo cielo! ¡Sí que tienes memoria! ¿Qué edad tenías entonces, cinco, seis años? ¿Cómo es posible que lo recuerdes?

—Cinco. Y por la sencilla razón de que, para que

no te pillasen con él, nos lo diste a beber a todos los del cuarto del desván y acabamos todos beodos.

Él volvió a reírse al igual que Cliff y Julianna.

—No recordaba esa parte. —Sonrió y entrecerró los ojos—. Pero tienes razón, gracias a eso me libré de una severa reprimenda y de un castigo de las hermanas.

—No te sientas tan orgulloso —dijo Amelia riéndose por fin—. Eras una mala influencia.

—¿Dónde se aloja, milord? —preguntó Cliff.

—William, por favor. He comprado Hertbel Hall y la estoy reformando antes de regresar a Londres. Quiero reformar Calverton House y convertirlo en un hogar, no en el recuerdo de un viejo avaro y egoísta.

—¿Has comprado Hertbel? ¿De veras? —Lo miró con los ojos muy abiertos.

—Cada vez que pasábamos por allí todos los niños del orfanato decíamos que algún día la compraríamos, ¿recuerdas?

Amelia asintió.

—Pero creo que tú eras el único que lo decía en serio. Me alegro, Doody. Siempre te gustó la casa. Pero estará muy deteriorada, ¿no?

Él sonrió con clara satisfacción.

—Ya no. Aún quedan algunas reformas y decorar una gran parte de ella, pero lo más importante ya está terminado. Me encantaría enseñártela. Si no recuerdo mal, siempre creíste que debía tener un jardín magnífico y, aunque requiere tanta reparación y cuidado como la casa, puedo asegurarte que, una vez acabemos, será tan magnífico como imaginabas. ¿Sigues cultivando plantas, flores y teniendo un huerto o ya no te gusta ensuciarte los bonitos vestidos? —dijo alzando una ceja, desafiante.

Ella sonrió y orgullosa alzó la barbilla y dijo:

—Ahora soy peor.

—Mucho peor —dijo Julianna

—Infinitamente peor. —Añadió con un deje burlón Cliff mirando socarrón a Amelia.

Amelia les miró con el ceño fruncido y después se rio.

—No les hagas caso... O quizás... —Hizo una mueca compungida—. Y tú. ¿Sigues haciendo esas figuritas de madera? —Miró a Julianna—. Tenía verdadero talento esculpiendo en cualquier tipo de madera. Hacía juguetes en Navidad para que los

pudiésemos compartir todos.

—Oh. ¿El caballito de madera que conservas del orfanato es tuyo? —Preguntó Julianna, y Amelia asintió—. Verdadero talento, milo... William, desde luego, más teniendo en cuenta que lo haría siendo un niño. Es magnífico.

—¿Verdad que sí? —dijo sonriendo orgullosa Amelia—. Nos hizo uno a cada una de las niñas que nacimos en el orfanato. Bueno, a las que nos entregaron siendo bebés.

William se sonrojó apenas un poco.

—No creo que tenga excesivo talento, pero he de reconocer que sigo con esa afición. Me ayuda a relajarme y a pensar.

—Tiene verdadero talento, William —dijo segura Julianna—. Mi hija mayor está enamorada de esa figurita. ¿Verdad, Amelia? Si algún día desaparece, ella será la primera sospechosa, me temo.

Amelia se rio.

—Pobrecilla, no es capaz de eso. —Miró a William y añadió—: Pero es cierto que la admira sobremanera y cada vez que duerme conmigo se la pone en la mesilla de noche para mirarla hasta dormirse.

—William —intervino Cliff de nuevo—. Pues si tan cerca está, nos encantaría que cenase con nosotros esta noche. Estoy convencido de que a toda la familia le gustará conocerlo, especialmente, a la tía de mi esposa y de Amelia. Si no tiene un compromiso previo, podría acompañarnos.

William miró a Amelia y después a él.

—Me encantaría, por supuesto. Sería un honor, pero no quisiera causar ningún inconveniente.

—Por supuesto que no. —Intervino Julianna—. Cenaremos a las ocho. Por favor, no se preocupe si se retrasa un poco. Comprendemos que es muy precipitado y que aún tiene que regresar a casa y volver.

—Doody, te acompaño a la puerta y así te dará tiempo. Además, tendremos aún toda la noche para hablar. —Se pusieron de pie y cuando ya se alejaba caminando con él, añadió—: De verdad, he sido afortunada, comprobarás que mi familia es una bendición.

Sonrió como ella hacía cuando hablaba de ellos y a William le brillaron los ojos especialmente. Amelia se marchó con él unos minutos para despedirlo y



mientras, Cliff y Julianna entraron en la casa cogidos de la mano.

—Veo que no soy el único que encuentra esto interesante —dijo mirando la sonrisa de Julianna—. Creo que Max va verse obligado a competir por Amelia porque, de momento, él tiene su corazón pero lord Calverton tiene una infancia en común con ella y, por lo que revelan sus ojos, un vívido interés en hacer de ella una marquesa.

Julianna se rio suavemente.

—Creo que esto hará que Max se vea obligado a reevaluar sus sentimientos más rápidamente. Solo espero que no sea demasiado tarde cuando comprenda lo mucho que ama a Mel. Hasta un ciego puede verlo. —Su gesto se puso serio—. Cliff, tenemos que hacerle ver la verdad, antes de que su testarudez o su orgullo lo alejen de Mel.

Cliff se llevó su mano a sus labios, la giró y besó con ternura la parte interna de la muñeca.

—Lo intentaremos, cariño. No nos rendiremos. Ninguno de nosotros conoce la palabra rendición ¿verdad? —Julianna asintió.

Max se vestía con ayuda de su valet para la cena.

Rechazó varios lazos. Varias veces desató el nudo que su ayuda de cámara había tardado muchos minutos en hacer. Incluso derramó parte de la esencia que usaba tras el afeitado sobre la mesa del vestidor. Estaba de mal humor. Era evidente. Pero nada en comparación a como lo estaría escasos minutos después. Llamaron a la puerta mientras se terminaba de acicalar. Su valet abrió y permitió la entrada de Cliff, que se sentó en la otomana cercana a la ventana. Permaneció en silencio varios minutos.

—¿Y bien? —Le apremió Max mirándolo de soslayo—. Me imagino que no habrás venido a ver cómo me anudo el corbatín.

Cliff se rio.

—Por muy entretenido que pudiese resultar, lo cierto es que no. He venido a advertirte de que tenemos un invitado a cenar. El marqués de Drundy.

Haciendo un esfuerzo por no girarse con fuerza y preguntarle a gritos qué demonios hacía. ¿Cómo se le ocurría invitar a un depredador a cenar? Se controló y mirando por encima de su hombro e intentando mostrar indiferencia señaló:

—Advertido quedo. ¿Y la razón de que sea

necesario advertirme es...? —Alzó la ceja impertinentemente.

Cliff sonrió intentando controlar una carcajada mientras contestaba con aire de relajada indiferencia a su tono:

—La razón es que Juls me ha pedido que te diga que espera seas amable con él. Le ha causado una agradable impresión esta tarde y, lo que es más importante, Amelia parece tenerle sincero aprecio. Así que, en palabras de mi querida esposa “sé bueno”.

Max se giró con suavidad, procurando no parecer ansioso.

—¿Intentas decir que nos hallamos ante un nuevo pretendiente?

“Ahí está”, pensó Cliff, “El juego ha empezado...”.

—Intento decirte que, de momento, no sé qué intenciones tiene el marqués pero, de tener alguna, ha empezado con buen pie. No solo parece agrandar a mi esposa y, por lo tanto, a su posible futura cuñada, sino que, además, es el único por el que Amelia parece haber mostrado algo de interés.

—Así que le gusta ese marqués —inquirió él tragándose para sí un exabrupto.

—Si por gustarle te refieres a algún interés romántico, creo que es pronto para aventurarse en ese tipo de pronósticos, pero lo que sí puedo aseverar, sin riesgo a equivocarme, es que parece la clase de hombre que podría llegar a interesar a Amelia seriamente. Tienen un pasado común, parecen compartir cierta afinidad y, si quieres mi opinión, el marqués parece realmente interesado en ella. Al menos después de esta tarde. He notado cierto... — Hizo un gesto teatral con la mano.

—Cierto ¿qué?

Max ya empezaba a revelar su ansiedad, que era lo que Cliff quería, ponerlo en guardia y hacerle ver la necesidad de prestar atención o, de lo contrario, acabaría lamentándolo.

—Oh, vamos, Max —respondía con aire de pesadez—. Tú y yo hemos estado miles de veces en una situación similar. Presumo que tú seguirás encontrándote en esas situaciones a menudo, yo hace tiempo las dejé atrás.

—¿Quieres, por favor, traducir esa sarta de tonterías? ¿Qué situaciones?

El mal humor de Max parecía llegar a cotas

considerables.

—¡Por Dios, Max! ¿Desde cuando eres tan obtuso? Mirar a una mujer con deseo.

—¡Por todos los santos, Cliff! Se supone que has de cuidar de ella, no dejarla en bandeja de plata a todo depredador que se le acerque.

—Salvo que ese depredador tenga intenciones firmes y honorables y la dama consienta sus atenciones. No solo es a Julianna a la que ha agradado el marqués. Puedo asegurarte que, de todos los pretendientes que han asediado a Amelia este año, este es el único al que me plantearía conceder su mano si es que ella llegase a aceptarlo. Parece un candidato idóneo. Título, fortuna, inteligencia y encajaría bien en la vida de Mel. —Se había levantado de su asiento y se dirigía a la puerta cuando giró y añadió—: Yo que tú me andarías con cuidado, parece que otro lobo se acaba de meter en tu gallinero.

Cerró la puerta tras de sí, dejando a Max mirándola por varios minutos.

“Qué estupidez. Si es un buen partido, pues adelante. ¡Qué más me da a mí ¡Le tengo cariño a Amelia, pero no es mi gallinero. Por mí que se la

quede...”. En cuanto este pensamiento fruto de su mal humor le cruzó por la mente algo en su interior se removió. Algo dentro de él clamaba al cielo. Respiró hondo para desprenderse de esa sensación y bajó al salón.

Permaneció unos minutos sin entrar en la sala, lejos de la vista de todos que no habían notado aún su presencia. De nuevo esa sensación. Había clavado los ojos en Amelia y era incapaz de apartarlos de ella. Vestida con un bonito tono verde musgo que realzaba la nivea suavidad de su piel contrastando maravillosamente con el azabache de su melena, que caía en un recogido flojo alrededor de sus hombros, parecía un sensual duendecillo recién salida del bosque. Departía sonriente con su tía y el conde. Sonreía, reía y ese sonido musical, suave y cautivador parecía llamarle desde lo lejos. Esa dulzura e inocencia se mezclaban ahora con una sensualidad y una exquisitez femenina que él no había percibido antes en ella, ¿o sí? Notaba una conocida tensión en ciertos músculos de su anatomía. La risa ronca y fuerte de su padre al otro lado de la estancia le sacó de su ensoñación. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué demonios

pensaba? Era Amelia, la pequeña Amelia. No era de la clase de mujeres en las que se fijaba. Él las prefería experimentadas, maduras, sin complicaciones. De nuevo se removió incómodo en su interior y aparcó a un lado esas sensaciones. Respiró hondo y entró, evitando deliberadamente el sitio donde había visto a Amelia, incluso esta noche de buena gana charlaría con su reciente cuñado.

El mayordomo anunció al marqués y fueron Cliff y Amelia los que se acercaron a darle la bienvenida y, posteriormente, lo presentaron al resto de los presentes. Max lo observaba, lo estudiaba mientras saludaba a sus parientes. Por un instante, realmente se sintió como un lobo al que invadían su gallinero, porque en más de una ocasión, en esos escasos minutos, se le cruzó por la cabeza la frase “son míos, mi familia, míos”, y viendo a Amelia de su brazo, sonriente, haciendo las oportunas presentaciones, tuvo el impulso de agarrarla y alejarla de él, apoyar su mano en su brazo y reclamar ese lugar como su lugar, como el sitio adecuado para ella. De nuevo, se removió cada vez más tenso, cada vez más incómodo.

—Max, permite que te presente a un viejo amigo.

Lord Calverton, William, lord Maximilian Rochester, un gran amigo de la familia. Es hijo del almirante y hermano de lady Eugene. Lord Rochester, Max, lord William Calverton, marqués de Drundy.

Ambos hicieron la cortesía de rigor.

—Es un honor, milord —dijo William con seguridad y con la mano de Amelia aún sobre su manga.

El deseo de Max de separarla de él cada vez era mayor, tenía feroces deseos de arrancarla de allí y darle varios azotes, u otras cosas. Suspiró en su interior.

—Milord —contestó con aire aparentemente ausente Max—. Díganos ¿qué le ha traído por estas tierras? Si me permite preguntarlo.

—Por supuesto. Varios son los motivos que me han traído de vuelta al condado. El primero es que estoy reformando Hertbel Hall. Es una propiedad a la que me siento sentimentalmente unido y, por fin, he conseguido adquirirla y reformarla para hacer de ella un hogar.

Max alzó una ceja, pero fue Amelia la que señaló:

—Estoy segura de que sabes de qué propiedad se trata, Max. Es la que está cerca de las colinas de



Norte, al otro lado del bosque. La casa de los dos grandes torreones.

Max asintió mientras que Julianna y Cliff se acercaban a ellos y se unían al grupo.

—Sí, recuerdo la casa. Le felicito, lord Calverton, es una magnífica adquisición, sin duda. Aunque si no recuerdo mal estaba en una condiciones algo descuidadas.

William se rio.

—Ese es un eufemismo muy amable, no cabe duda. —Se rio negando con la cabeza claramente divertido—. Estaba casi en la ruina. Prácticamente hemos tenido que reformarla desde los cimientos manteniendo, no obstante, la estructura original. Sin embargo, y aun cuando está resultando un trabajo harto complicado, lograr, paso a paso, devolver la vida a ese enorme caserón, aún es más gratificante de lo que había imaginado. Como si recuperase o trajese al presente una parte del pasado y hacerlo en base a los sueños, casi olvidados, de la infancia. Creo que será un hogar magnífico una vez esté terminado.

A Max se le erizó la piel con la mirada de soslayo que lanzó a Amelia cuando hablaba de hogar “maldita

sea”, meditó, “ofrecer a Amelia una magnífica propiedad cerca de los suyos y calificarlo de hogar era un aliciente difícil de ignorar”.

Max miró a Cliff, que sonreía y que le lanzaba miradas de “ya te lo advertí, amigo, luego no vengas a quejarte”. Pero ¿qué le pasaba? Tenía que ser su instinto de protección, perfeccionado a lo largo de los años con Eugene. Sí, sí era eso porque la alternativa... de nuevo se removió en su interior cada vez más incómodo. No, no, él no tenía celos, solo se preocupaba de Amelia como lo que era, casi una hermana. De repente resonaba con fuerza como un eco punzante el “casi”.

Las voces de la conversación que continuaba a su alrededor parecían mitigadas en su mente. Observaba al marqués, las sonrisas y las miradas que lanzaba a Amelia y ella no parecía cohibida ni incómoda a su lado. Le sonreía e interactuaba con él con naturalidad. De nuevo ecos en su cabeza “esas sonrisas son mías, esas miradas son mías, ¿cómo se atreve a venir a quitármelas? ¿Qué le estaba pasando? ¿Desde cuándo esas sonrisas, esas miradas se habían convertido en suyas? Y ¿por qué le incomodaba más el hecho de que

se las dedicase a otro que el hecho de pensar en ellas como tuyas? “Maldito Cliff, esto es culpa tuya por meter esas ideas en mi cabeza...”.

La cena fue para Max una tortura y toda una prueba de autocontrol. Sentado frente a Amelia, que tenía a un lado a Cliff y al otro al marqués, se pasó la noche aguantando las risas entre ellos, las bromas, los recuerdos compartidos y de los que hicieron partícipes a los demás. El marqués parecía agradar a la familia y este parecía agradecido y encantado por el recibimiento. “Válgame el cielo, si hasta parece haber agradado a tía Blanche”, que sentada al otro lado del marqués departía con él con afabilidad y cortesía. Para cuando llegaron los postres, Max deseaba gritar. Lo peor de todo era que cada vez que miraba a Amelia notaba cómo se le calentaba la sangre. Llevaba días sintiéndose algo incómodo con su proximidad, incluso sentía cierta energía física flotar entre ellos pero esto era, era, era... “Dios bendito, era deseo”. Bueno y ¿por qué no? Él era un hombre sano, con gusto por las mujeres bonitas y, sin duda alguna, Amelia era bonita. La miró un poco más. Era más que bonita, ¿a quién pretendía engañar? Era hermosa, sensual, atractiva y

atrayente. Pero era Amelia, una cosa era encontrarla atractiva y otra deseársela. De nuevo descartó la idea. Era hermosa, sí, y él podía reconocer eso sin que implicase nada más. Ella era Amelia, la pequeña Amelia, prácticamente una hermana pequeña. De nuevo resonaron en su mente “casi una hermana, casi, casi, casi...”.

Para cuando las damas se retiraron de la mesa dejando a los caballeros con el oporto, el brandi y el coñac, Max sentía la necesidad de agarrar una de las botellas y llevársela a un rincón.

Cliff se sentó junto a él.

—Bueno, ¿qué te parece el marqués?

—Es un hombre cabal, supongo. Aunque el hecho de no importarle declarar a quien quiera escucharlo, que su familia lo repudió y lo ignoró desde su nacimiento hasta los quince años, no creo que le granjee grandes amistades entre algunos de los nobles de la vieja guardia ni entre las damas y matronas más recalcitrantes y, por extensión, ese recelo lo resentirá la dama que elija por esposa.

Cliff bebió un sorbo de su copa y después jugueteo con ella.

—Vamos Max, no puedes considerar eso tan grave para que incluso la vieja guardia no lo deje pasar. Al fin y al cabo, el marqués es uno de los nuestros, una oveja traída al redil, por decirlo de alguna manera. Además, es hijo legítimo, ahora es el legítimo marqués, ha recibido una educación esmerada y no solo es inteligente sino que, además, ha demostrado su valía ya que se ha hecho rico incluso antes de heredar el título.

—Sí, bien, Cliff, eso está muy bien. Pero atrae la atención sobre su persona sin importarle lo más mínimo y, supongamos que realmente decide que Amelia es la candidata adecuada para ser su marquesa —al decir estas palabras *su marquesa*, Max notó cómo se le formaba un nudo en el estómago y algo se removió de nuevo en su pecho—, acabará centrando atención sobre ella y no nos debemos olvidar de sus orígenes, o mejor dicho, la falta de ellos. Él podrá ser un hijo legítimo recién descubierto, pero Amelia carece de padres reconocidos.

Cliff lo miró con severidad y con cierto disgusto en su voz le reprochó el comentario:

—Max, creo que es la primera vez que te escucho recordar eso como algo realmente deplorable de

Amelia y creo...

Max le interrumpió:

—Me has entendido mal. Jamás consideraría esa circunstancia como algo achacable a la propia Amelia, y menos algo que deba ser considerado como un aspecto negativo de su carácter ni de su persona, pero ambos llevamos demasiado tiempo recorriendo los salones, los clubs y las casas de nuestros pares como para ignorar el riesgo que ello supondría para Amelia de ser descubierto.

—Dudo que el marqués ignore ese peligro. De hecho, esta tarde aseguró no solo guardar el secreto sino que, a los ojos y oídos de los demás, afirmará haber sido presentado a Amelia por un amigo común recientemente. Negará cualquier pasado con ella y difícilmente se podrá conocer el origen de Amelia si solo lo conocemos nosotros.

Max, empecinado, insistió:

—Sigue siendo un riesgo.

Cliff, viendo que había dado en hueso, no quiso insistir, pero aun así volvió a recordarle a su amigo que ahora no solo el tiempo corría en su contra, sino que tenía un serio competidor en liza y que le ganaría la

mano si seguía negando la mayor.

—Max, de cualquier modo, reconocerás que es un candidato apto para Amelia y, de momento, yo carezco de motivo alguno para negarle su presencia o sus visitas, y ya ha dejado claro que espera coincidir con ella en Londres.

Max centró su atención en el marqués antes de volver a Cliff.

—Pues sigo sin fiarme de él.

Cliff estuvo a punto de escupir el último sorbo por un ataque de risa.

—¡Por todos los santos, hombre! Reconoce que estás al menos un poco celoso.

—Cliff, no insistas con eso de nuevo. Tengo mucho cariño a Amelia, pero dudo que mis sentimientos hacia ella disten mucho de los tuyos. Es casi una hermana para mí. —De nuevo el eco del “casi” en su cabeza parecía taladrarle el cerebro—. Sin mencionar que es muy joven y una inocente.

Cliff volvió a reírse.

—Como si entre las cualidades de tu futura duquesa no encabezasen la lista precisamente la inocencia y la virtud. Vamos, Max, una cosa es lo que

has estado buscando y disfrutando en tus compañías femeninas hasta ahora, y otra lo que buscas en tu futura esposa y madre de tus hijos.

—Razón por la que me veré obligado a alternar de nuevo en los salones de Mayfair con las matronas y sus hijas. —Frunció el ceño—. Gracias por recordármelo, amigo.

—Max, espero no te arrepientas en el futuro, porque no solo la perderás a ella sino la posibilidad de lograr lo que realmente deseas y buscas.

—¿Ahora me vas a decir qué es lo que deseo?

Cliff se levantó de la silla para seguir a los demás al salón y unirse a las damas.

—Max, me ayudaste a conseguir la felicidad junto a Julianna, no puedo por menos que desearte lo mismo. Conseguir a la persona que realmente te complete. Recuérdalo, amigo. —Se giró para mirarlo una vez más—. No es cuestión de encontrar una dama adecuada, sino de encontrar la dama adecuada para ti.

Max se quedó solo sentado en la mesa, dándole vueltas a las sensaciones que desde su regreso a la mansión le atenazaban hasta el extremo de empezar a sentir una inexplicable claustrofobia dentro de su



propio cuerpo. Tenía que reconocer que, en el pasado año, Amelia había madurado físicamente y todo su cuerpo parecía haberse convertido en una cautivadora atracción para sus sentidos. Pero eso no justificaba el por qué se empeñaban todos en ir más allí. Sí, era bonita, más aún, era hermosa y de una sensualidad que parecía reclamar la virilidad de todo varón en millas a la redonda. Él era un hombre. Era lógico que sintiese ese tipo de atracción. Pero ir más allá de un poco de deseo era llevar las cosas demasiado lejos. También era lo suficientemente honrado e inteligente para afirmar que le molestaba ver a la pequeña Amelia rodeada y asediada por jóvenes y no tan jóvenes como si fuera un pastel a punto para ser devorado. Pero no eran celos. No lo eran. No podían serlo. Era solo su instinto de protección que salía en la defensa y cuidado de las damas de su familia. Había actuado igual con su hermana Eugene.

Mientras meditaba sobre ello, sentía un cosquilleo en los dedos, un hormigueo bajo la piel. Sabía que algo no andaba bien. No podía seguir negando que la atracción física por Amelia comenzaba a obsesionarle, no solo porque no recordaba haber experimentado

antes una atracción similar por ninguna mujer sino porque sabía, por mucho que lo negase, que junto a ese deseo físico, a esa lujuria por el cuerpo bonito de una mujer, subyacía algo más. Durante la cena había prestado demasiada atención a sus gestos, a sus movimientos, y no solo a sus bonitos hombros, a esas bonitas manos que al moverse parecían bellos gorriones bailando al son de la más perfecta sinfonía, esa sonrisa dibujada en unos dulces y sabrosos labios, esas mejillas que se arrebolaban cuando reía, ese denso, sedoso y brillante cabello azabache que pedía a gritos que hundiese en ellos las manos para acariciarlo desde la raíz hasta las puntas. Y esos ojos, esos profundos, sinceros y cálidos ojos negros eran lo más llamativo de ese precioso rostro. Unos ojos que, además, revelaban una inteligencia hábil, despierta, su innato sentido del humor, esa compasión y bondad que desprendía por cada ser vivo con el que se cruzaba y esa fuerza de voluntad, ese sentido común que luchaba con una naturaleza indómita, romántica e imaginativa. Esos ojos rodeados de unas densas y largas pestañas que servían de telón a una mirada que cuando se abría a los mortales producían un efecto hipnótico que

aturdía su mente. “¡Buen Dios!” Max se sacudió y resopló “hablo como un muchachito de escuela, como un inexperto jovenzuelo obnubilado por una cara bonita y un cuerpo hermoso”.

—¡Maldita sea, esto es más que deseo...! —dijo a una sala vacía mientras se levantaba y caminaba en dirección al salón donde todos departían y charlaban relajados.

Aún mascullaba esas sensaciones junto a su creciente mal humor cuando entró en la sala y, junto a tía Blanche se hallaban el marqués y Amelia que reían relajados.

—Maldita sea —maldijo de nuevo.

Se dirigió a la mesa, donde Ethan vertía un poco del mejor coñac del conde en unas copas, al verlo se giró, ofreciéndole una que él asió al instante. Escuchó de nuevo la risa de Amelia mezclada con la de su tía y la de la condesa un poco más allá. Ethan siguió su mirada para ver hacia dónde volaban los pensamientos distraídos de su amigo y, al verlo, una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro. Intercambió una mirada con su hermano, que se acababa de acercar para tomar una copa.

—Max, amigo, ¿serías tan amable de acercar a tía Blanche esta copa de jerez y a nuestro invitado este coñac?

De reojo Ethan pudo comprobar el destello de pura diversión que brilló en los ojos de su hermano mientras él agujoneaba sin remordimiento el maltrecho estado de ánimo de Max. Este giró el rostro hacia Ethan, y aunque por su mirada estaba claro que le disgustó en extremo la petición, por pura cortesía no pudo negarse.

—Cómo no.

Tomó las copas y se encaminó hacia el grupo y creyó escuchar a su espalda la risa ahogada de los dos “caballeros” antes conocidos como sus amigos.

—Mi querida Blanche —dijo ofreciéndole la copa a la dama empleando ese tono suave, seductor y algo irreverente del que solía hacer gala en los salones de Londres.

—Gracias, querido, eres encantador —contestó ella deleitándole con una de esas sonrisas amables, sinceras y familiares que siempre le hacían sentir cercano y relajado en su presencia

—Un placer, mi dama. —La sonrió provocativamente y se vio recompensado con una risa

sincera no solo suya sino también de Amelia devolviendo a sus dedos ese cosquilleo que empezaba a ser realmente algo adictivo.

Al mirarla se dio cuenta de que desplazó sus ojos de él hacia el marqués unos segundos para volver a posarlos en él. Pero esos segundos, esos breves instantes en que dejó de verse reflejado en sus ojos por culpa de ese hombre... “Demonios”, masculló para sí.

—Milord, ¿una copa de coñac? —le ofreció la copa al marqués.

—Es muy amable, gracias, lord Rochester —respondió tomando la copa de su mano.

—Max, por favor. No me las dé. Debo haber estado ofendiendo de algún modo a mis viejos amigos, pues he pasado de invitado a camarero en un leve suspiro —respondió.

De nuevo escuchó la refrescante risa de Amelia, que posó sus ojos en él. Le gustaba esa sensación de ser capaz de atraerla y hacerla reír.

—Si me gustase apostar, diría que esta mañana ganaste la carrera a caballo, ¿no es cierto? —dijo Amelia, le miró y el asintió. Ella se rio—. Pues, en ese caso, es justo castigo. Ethan lleva dos semanas

entrenando a su nuevo bayo para ganarnos a todos y tenéis la osadía de vencerle en su propio campo y sin ningún remordimiento. —Se rio de nuevo—. Creo que sois afortunado de no encontraros durmiendo en los establos, milord.

Esta vez fueron él y Amelia los que se rieron.

—Oh, vamos, querida, vencer en justa liza no puede ser considerado ni afrenta ni osadía, sino merecida recompensa a una mejor montura y a la excelencia del jinete. —Se rio petulante.

—Arrogancia y vanidad junto a falta de humildad y ausencia de modestia, pero señor ¿qué les enseñan en la marina a nuestros compatriotas? —Se rio desafiante.

—El talento para la equitación y el ojo certero y experto en la selección de los mejores y más hábiles ejemplares no es algo que se enseñe en la Marina. Mas por el contrario, dudo que pueda enseñarse. Debe ser considerado como lo que es, un talento innato que parece que algunos caballeros menos dotados no sobrellevan bien encontrándolos en otros próximos a ellos, aun cuando se cuenten entre sus más viejos y queridos amigos.

Ambos se rieron mientras tanto el marqués como la tía Blanche permanecían en silencio observando el intercambio entre ellos. Max reconocía el deleite y disfrute más placentero que siempre le producía intercambiar bromas con Amelia. Era demasiado hábil, ágil de mente y despierta para saber despertar en él esa satisfacción de una conversación inteligente y amena, llena de curvas ingeniosas y divertidas y giros a veces totalmente inesperados.

Justo en ese momento se acercaron Ethan y Cliff, con sus copas, el primero de los cuales preguntó sonriente y provocativo:

—¿Podemos saber quién es el desgraciado blanco de vuestras chanzas?

Mel y Max se rieron y miraron varias veces de soslayo y entre risas contestó ella:

—Me temo que vos, milord.

Ethan levantó las cejas.

—Y puedo saber, pequeña, cuál de mis incontables defectos resulta ser la diana de sus jocosos comentarios.

Amelia sonrió.

—No de los míos, milord, os ruego la indulgencia de

no hacer recaer sobre mi pobre persona hechos o palabras maliciosas ajenas y convertirme así en objeto de posibles represalias, pues soy una mera espectadora e inocente observadora de tales comentarios. Es más, considero ajeno a mi carácter y al cariño que os profeso esa capacidad de mofa en cuanto a posibles defectos.

Max resopló.

—Cobarde —le susurró en claro reto, aunque con clara intención de que todos lo oyeran—. No tan inocente, pequeña, no tan inocente —remarcó despacio moviendo un dedo frente a su rostro.

Ella sonrió mientras respondía:

—No te atrevas, Max, a acusarme, o me veré obligada a añadir junto a la arrogancia, la vanidad y la ausencia de humildad, la total indiferencia y menosprecio a la verdad. —Levantó un poco la barbilla para dar más énfasis a sus palabras.

Max se rio al igual que Cliff y Ethan.

—Sin duda, amigo, te conoce bastante bien —dijo Cliff mirándole desafiante.

Max miró a Cliff y después a Amelia con una mirada de inocencia y llevándose teatralmente la mano



al corazón, señaló alargando la cadencia de su voz:

—Me siento agraviado por la dama.

Ethan hizo un gesto divertido con la mano y señaló:

—Agraviado o no, creo de mayor interés conocer la razón por la que soy vilipendiado y objeto de infames crueldades —dijo con la misma petulancia y teatralidad de Max.

—Pues —Amelia sonrió y lanzando una mirada de castigo nada sincero a Max, miró a Ethan y contestó —, se ha puesto en tela de juicio ciertas de sus habilidades.

Ethan frunció el ceño.

—Creo que debería preguntar, antes de escuchar cuáles son esas habilidades, si necesitaré desempolvar mis pistolas de duelo.

Max resopló.

—Deberías, sin duda, pero lo importante es ¿sería aconsejable?

Los tres se rieron. Ethan miró a Amelia.

—Ahora más que nunca insisto en conocer cuáles de mis innumerables virtudes o habilidades han sido cuestionadas.

Amelia puso los ojos en blanco.

—Sin duda la modestia no. —Suspiró—. Si insistís en saberlo su, ¿cómo lo llamó...? —Se dio un leve golpecito con el dedo en la barbilla—. Ah, sí, talento para la equitación y su ojo experto para la adecuada selección de monturas. —Miró a Max—. ¿No era así, milord? —añadía alargando esta última palabra mientras se reía.

—¡Las necesidades que uno ha de escuchar a lo largo de su vida! —exclamaba Ethan poniendo los ojos en blanco y mirando a su amigo—. Querido compañero, ¿has pasado mucho tiempo al sol en la cubierta de tu barco en los últimos meses? —Le dio un leve golpe en el hombro—. Debe ser eso, pues de otro modo solo podría explicarme esta falta de lucidez y capacidad de asumir la realidad como adelantados achaques de senilidad.

Se rieron y Max contestó divertido:

—Ah, pero ¿quién tiene esos achaques? —Miró levantando la ceja impertinente a Ethan—. La realidad, querido amigo, es que os he vencido a todos esta mañana y con un caballo que no puedes negar, es un magnífico semental digno de elogio y de provocar envidias en los *menos afortunados*. —Al igual que

antes alargó las palabras finales y la mirada de diversión dirigida a su compañero.

Tenía que reconocer que se estaba divirtiendo de lo lindo, sobre todo, al poder bromear con esa inteligente provocación con Amelia. Apenas era capaz de recordar la última vez que pudo conversar de esa manera con una dama, y menos aún con una que pudiere despertar así su interés no solo físico sino también... de nuevo removi6 interiormente esas sensaciones y las puso a un lado.

—¡Es grandioso, Max! Una mera victoria, y te crees Poseid6n domando las aguas. —Resopl6 Ethan antes de tomar un trago.

A partir de ah6 todo fue un poco m6s sobre ruedas a los ojos de Max pues, de nuevo, parec6a ser capaz de centrar la atenci6n de Amelia sobre 6l m6s que sobre el marqu6s, aunque este parec6a m6s interesado en ver y conocer a la familia de Amelia y la interacci6n entre ellos que en procurar la atenci6n de Amelia. De cualquier modo, le gustase o no, al tener el papel de anfitriona del marqu6s, ella lo atend6a con la cortes6a y educaci6n pertinente y, por lo tanto, tambi6n era objeto de su atenci6n y por ello el marqu6s no deb6a esforzarse

en exceso.

Max empezaba a tener ese regustillo amargo en la garganta. Empezaba a experimentar la lenta, pesada e intensa quemazón de los celos en cada poro de su ser y algo de él parecía querer salir y revelarse. Y a ello no ayudó verla salir a la terraza a pasear con el marqués para enseñarle la zona de acceso a los jardines, aunque fuesen acompañados de Eugene y de Adele, ni tampoco el despedirse del marqués aceptando que le besase los nudillos más tiempo del que a su gusto era educado, y menos aún el hecho de que Amelia y Julianna aceptasen una invitación para ir a conocer las mejoras y las obras realizadas en la mansión del marqués, en ese caserón que ambas conocían bien de su infancia y que parecía despertarles un ávido interés. No, no, sin lugar a dudas, todas esas cosas no aliviaron esa quemazón ni el nudo en el estómago.

A la mañana siguiente se levantó temprano, aunque sería más correcto decir que simplemente salió de la cama, pues no logró descansar demasiado después de retirarse. En la sala del desayuno se encontraban el conde junto a los gemelos, que esperaban a Amelia

para ir a dar un paseo a caballo. Parecía haberse convertido en una costumbre el montar a caballo en compañía de su tía y de su padre. Saludó nada más entrar y se dirigió al aparador, seleccionó su desayuno y se disponía a sentarse cuando apareció en la puerta Amelia elegantemente ataviada con unos de esos bonitos trajes de amazona que le sentaban tan deliciosamente bien. Saludó y se sentó junto a la pequeña Mel.

Desayunaron sin apenas intercambiar ni una palabra, ya que los pequeños les mantuvieron entretenidos justo hasta que llegó Cliff con la pequeña Anna en brazos.

—Buenos días. —Los gemelos se le acercaron y le dieron un beso—. Siento retrasarme pero la peque está revoltosa y solo se queda tranquila si la cojo. Ha tenido fiebre toda la noche y Juls está agotada.

Amelia se levantó y se le acercó.

—Déjamela, Cliff. Yo la acuno mientras desayunas tranquilo.

—Gracias, Mel, pero parece que solo se queda quieta conmigo... —Mientras decía esto Mel ya se la había quitado de los brazos y Anna ni siquiera pareció

notarlo. Cliff sonrió—. Solo contigo, solo contigo, querida, realmente tienes un don con los bebés.

Amelia sonrió y se sentó con la pequeña en sus brazos.

—Desayuna antes de que a tus otros dos monstruitos les dé por ir a montar sin nosotros.

Max, que había permanecido callado, intervino entonces:

—Cliff, quédate en casa si quieres, yo me llevo a los pequeños a dar su paseo. Tú cuida a la pequeña y a tu esposa.

Cliff lo miró mientras bebía un poco de café.

—¿Seguro?, aún hay que vigilarlos mucho.

Max asintió.

—No te preocupes, hombre, los controlaré con mano dura. —Miró a los gemelos y les guiñó el ojo.

Escucharon la risa suave de Amelia al otro lado de la mesa y la observaron acariciar la tripita de la pequeña con una mano y canturrearle al oído mientras Anna sonreía sin abrir los ojos. Para Max aquella era una imagen hipnótica, e incluso sentía como todo lo que había a su alrededor se volvía borroso, solo veía a Mel con la bebé.

Cliff se inclinó a su lado y le susurró al oído.

—Todo sería más fácil si lo admitieras de una vez.

Max se giró para mirarlo con unos ojos acerados, pero Cliff lo ignoró y siguió tomando con tranquilidad su desayuno.

—Cliff —susurraba Amelia para no despertar a la pequeña—. Creo que sigue teniendo fiebre. Deberíamos llamar al médico.

Cliff se levantó enseguida y se acercó a ella, se sentó a su lado y tocó con suavidad la frente del bebé.

—Jeffries, mande llamar al doctor enseguida.

El mayordomo se marchó y él miró a Amelia y esta a Max.

—Max ¿te importaría que me una a vosotros más tarde? Prefiero quedarme y saber qué dice el doctor.

—Por supuesto. Iremos por los senderos del norte. Puedes reunirte con nosotros por la zona de las colinas si te parece bien.

Amelia asintió.

—En ese caso —se puso de pie con el bebé aún en sus brazos—, creo, Cliff, que deberías despertar a Juls, seguro querrá estar presente cuando llegue el doctor. Además, debería revisar también a Sebastian y a

Marian por si acaso, los bebés se lo contagian todo con mucha rapidez. —Cliff la miró debatiéndose entre coger a su pequeña o dejarla tranquila en brazos de Mel—. Cliff ¿prefieres que yo despierte a Julianna y tú te quedas con Anna?

Parecía leerle la mente. Él asintió y tomó a su hija con clara preocupación en el rostro. Amelia acarició a la niña y añadió sonriendo:

—Creo que solo es un resfriado, no te alarmes.

Miraba a Cliff, que por un segundo pareció contener la respiración.

Max y los gemelos regresaron casi tres horas después del paseo y después de dejarlos en manos de la niñera y el profesor en el cuarto de los niños, se acercó a preguntar por el bebé algo alarmado por la ausencia de Amelia. Si fuera algo sin importancia ella se habría reunido con él y los niños, pero al no hacerlo se preocupó. El mayordomo le informó de que se encontraba en la sala privada de la vizcondesa y al entrar con cuidado, pues la puerta estaba entreabierta, se encontró con Amelia sentada en un sillón orejero con los mellizos de Ethan y la pequeña Anna en su regazo. Se acercó a ella después de que le hiciese un



gesto para que entrase sin hacer ruido. Señaló con la cabeza a los tres bultitos regordetes que acunaba con esmero y susurró:

—Están dormidos.

—¿Qué ha dicho el médico? —preguntó en voz baja.

—Están acatarrados. Solo hay que mantenerlos abrigados y procurar que beban —contestó con el mismo tono suave, pero esta vez le sonrió.

A Max le daba un vuelco el corazón cada vez que le sonreía. Antes le gustaba que ella le sonriese, que le dedicase una mirada y que se sonrojase frente a él. Pero, ahora, esa sensación era abrumadora y empezaba a sentirse nervioso ante ese descubrimiento.

—Les preparé antes unas tisanas y parece que les están sentando bien, porque consigue adormilarlos.

—¿Cliff, Julianna, Ethan?

—A Julianna y a Cliff los he mandado a dormir. Ninguno de los dos ha descansado nada la pasada noche y era mejor que durmiesen algo porque el médico ha dicho que a lo mejor esta noche también la pasaría un poco inquieta la pequeña. Ethan ha ido a llevar de vuelta a casa al doctor por algo de un fallo en

el eje de su carrocín. Adele está con el ama de llaves dándole las instrucciones del médico y preparando la habitación de los mellizos para que estén calentitos y bien abrigados.

Max la miró un poco más detenidamente.

—¿Cuánto tiempo llevas con los niños así?

Mel hizo una mueca con la boca.

—Umm, no sé, una hora o quizás algo más.

Estaban tan tranquilos que no he querido moverlos.

Max se acercó un poco y con suavidad se sentó en el brazo del sillón.

—¿Te relevo un poco mientras vas a por la señorita Donna y que los vigile ella?

Mel negó con la cabeza.

—Le prometí a Juls vigilar a Anna y no quiero dejarla sola, y a los mellizos tampoco les gusta quedarse solos con la niñera.

—Al menos deja que los coja un rato mientras paseas o llamas a que te traigan un poco de té o mejor café, creo que mejor estar despejados.

Amelia le sonrió.

—¿Te vas a quedar aquí?

—Ajá, salvo que creas que no soy capaz de cuidar

de unos enanos.

Elevó las cejas a modo de desafío y Amelia volvió a sonreírle

—Me vendría bien estirar las piernas. ¿Te atreves? —preguntó cogiendo a Sebastian. Max asintió—. Creo que lo mejor es que te pase a dos y después te sientes para pasarte al tercero. —Le sonrió—. Es más fácil dejarlos en el regazo, deben pensar que siguen en sus blanditas cunas.

Max se inclinó y tomó a Sebastián en brazos y tras acomodarlo en uno, Amelia le colocó a Anna en el otro. Tras coger bien a Marian se levantó, cediéndole el sillón a Max, y cuando este se sentó, le colocó a Marian en el regazo y pasó a ayudarle a acomodar a los demás. La imagen de ese hombre tan grande, fuerte y capaz, con tres bebés en el regazo y una mirada tierna en su rostro, le resultó del todo impactante y, por unos segundos, se quedó mirándolo fijamente sin moverse hasta que notó que él alzaba la vista para mirarla. Reaccionó y tiró del cordón esperando que la aparición de algún criado le ayudase a recobrar la compostura. Ni siquiera se atrevió a girarse para volver a mirarlo hasta que cruzó el umbral

una de las criadas.

—¿Podría subirnos una bandeja con café y algunos bocadillos? Y, por favor, busque a la señorita Donna para que nos ayude a cuidar a los niños, Gracias.

—Enseguida señorita, milord.

Tras la oportuna reverencia se marchó, dejándolos solos. Por fin respiró hondo y volvió a acercarse a Max.

—Debes de estar hambriento si has estado correteando con los gemelos por el campo.

Max se rio suavemente y asintió, intentando no moverse demasiado.

—Son un terremoto. —Sonrió divertido—. Además, parecen comunicarse con solo mirarse, son temibles cuando unen fuerzas.

Se rio y Amelia también, acercándose un poco más.

—Por suerte Anna es más tranquila. Se parece mucho a Julianna, es muy dulce y sosegada y sonríe mucho. Es deliciosa.

Le acarició la mejilla y al separar su mano rozó la de Max. Ambos lo notaron, ambos se quedaron un mero instante sin decir nada y sin moverse pero

sabiendo que algo había ocurrido. Casi como si le asustase la forma en que Max la miró, Amelia se levantó como un resorte

—Entonces... —titubeó mientras caminaba un poco—. ¿El paseo ha ido bien?

Notaba cómo Max la miraba fijamente y el tiempo que tardó en contestar se le hizo eterno, pero no se atrevió a darse la vuelta. Se sentía como una cobarde.

—Sí, han aprendido muy rápidamente a dominar a sus caballitos, aunque sigo sin entender lo de los nombres que les han puesto Silver y Gold[2]. No sé por qué siguen disgustados con ellos.

Amelia se rio suavemente.

—Mely creyó al principio que su pony era hembra y cuando le dijimos que era macho quiso ponerle de nombre Furnish.

Max la miró con los ojos abiertos.

—Furnish, ¿como vuestro mayordomo?

Amelia asintió y se rio suavemente.

—Decía que porque siempre la monta a caballito. —Max tuvo que contener una carcajada—. Le explicamos que no era “de buena educación” bautizar a su pony con el nombre de una persona y desde

entonces no paraban los dos de discutir nombres. Al final, Cliff cortó de raíz el problema y los bautizó como los nombres de los dos primeros caballos que tuvieron él y Ethan. Ahora los gemelos piensan que deberían cambiarlos porque no son “originales”. —Suspiró—. Te ruego no saques a colación el tema o nos volverán locos a todos.

Max se rio y justo en ese momento entró la criada con la bandeja. Mel acercó una otomana a Max, puso la bandeja a uno de los lados y ella se sentó en el otro.

—No te preocupes, Lucy. Yo me encargo de servirlo, gracias. —La miró un segundo—. ¿Dónde está la señorita Donna?

—Me ha pedido que le ruegue la disculpe, que enseguida se reúne con ustedes. Ha ido a por ropa limpia para los bebés y por las mantas para sus cunas.

Amelia asintió.

—Gracias, Lucy. Por favor, no cierres la puerta al irte, pero déjala entornada.

De nuevo hacía una formal reverencia al tiempo que casi susurraba:

—Señorita, milord.

Max enarcó una ceja.

—¿Desde cuándo te preocupan esas formalidades y reglas de decoro?

—Desde que he sido presentada, por supuesto. — Se apresuró a contestar orgullosa levantando la barbilla, pero enseguida dibujó una sonrisa burlona en los labios—. No pensaba en eso, Max, es que no quiero que los ruidos despierten a los niños pero tampoco que al llamar y abrir la puerta se sobresalten.

Max sonrió.

—Ahh, esa sí es mi Mel.

Amelia enrojeció como una amapola. Había algo en el tono que empleó que le provocó a la vez una oleada de placer y una incontrolable necesidad de esconderse bajo la silla. Max pareció notar también el tono que empleó así como la reacción de Amelia, porque también se ruborizó un poco, carraspeó y fijó su vista en los bebés. Lo que para Amelia aún fue peor porque, verlo así con los niños le daban ganas de lanzarse a su cuello y besarlo sin control.

Se obligó a mantenerse ocupada.

—Solo y sin azúcar ¿verdad?

Max asintió.

—Veo que te acuerdas.

—Solo tú y el almirante parecéis tener un gusto extraño por el café amargo y por el pan especiado. “Y si es necesario puedo decirte sin pensar tu comida preferida, color, música, caballo, e incluso recuerdo que te gusta dormir con la ventana abierta aun en los días más fríos de invierno”, pensaba intentando parecer distraída y despreocupada.

Max se rio.

—Supongo que se debe a las costumbres en el mar. Cuando hay tormenta los hornos en los barcos se cierran y si dura demasiado pueden pasar dos o tres días sin tener una comida caliente, así que el café frío y el pan duro se convierten en el sustento principal, y si es pan especiado para darle algo de sabor, en esas circunstancias, te sabe a gloria. Acabas adorándolo.

Amelia sonrió.

—No me imagino al almirante sin dulces durante varios días.

Max sonrió.

—Eso es porque siempre lleva barritas de caramelos escondidas por todo el camarote.

Amelia se rio y le pasó una taza de café con dos bocadillos de salmón y de lomo sabiendo que eran sus



preferidos. Detalle que a Max no le pasó desapercibido y se sintió de repente orgulloso y satisfecho consigo mismo.

Ella se sirvió su café y antes de edulcorarlo, Max dijo con suavidad:

—En cambio, tú lo tomas con dos terrones de azúcar y unas gotas de leche.

Amelia se ruborizó y lo miró extrañamente halagada pero al tiempo visiblemente incómoda.

Max se encogió de hombros, pero supo al instante que con ese gesto acababa de revelar mucho más de lo que quería, incluso más de lo que él mismo sabía. Comprendió que conocía a Amelia tan bien como a sí mismo, y lo extraño no era eso, sino el ser capaz de conocer detalles de ella que desconocía de su propia hermana. Le dio un bocado a uno de los bocadillos intentando digerir aquella revelación.

La señorita Donna eligió ese momento para entrar seguida por Julianna, que miró a Max y conforme caminaba dibujaba una radiante sonrisa. Se acercó al sillón y se arrodilló junto a uno de los brazos para poder tocar a los bebés. Acarició las mejillas de las niñas y miró a Amelia.

—Les ha bajado la fiebre.

Amelia asintió.

—Sí, hay que mantenerlos abrigados y probablemente les suba un poco de nuevo esta tarde o esta noche.

Julianna asintió.

—Adele iba a revisar las ventanas del cuarto de juegos. Cree que debe haber corriente allí y por eso deben haberse enfriado los tres. Los vamos a dejar hoy aquí. —Miró a Max—. ¿Estás muy incómodo con ellos?

Max sonrió y negó con la cabeza.

—Al contrario. Resultan muy agradables y me cogen con fuerza. —Señaló con los ojos la mano cuyos dedos estaban fuertemente asidos por las dos niñas—. Les gusto, es inevitable. Las mujeres bellas me adoran y una vez me atrapan, no me sueltan. —Le lanzó una mirada provocativa a Julianna, que se reía.

—Demasiado jóvenes para ti, Max.

—Apenas has dormido unas horas. Deberías descansar un poco más.

Amelia miraba con el ceño fruncido a su hermana.

—Estoy bien. Solo necesitaba cerrar los ojos un par

de horas. El que no ha dormido nada esta noche ha sido Cliff, por eso lo he dejado descansar un poco más.

Amelia la miró marcando más el ceño fruncido, pero no insistió.

—¿Quieres un café, Jul? Y deberías comer algo, hoy no has probado bocado —dijo acercándole, sin esperar respuesta, uno de los platos con bocadillos y bollos.

—Gracias, Mel. —Cogió uno—. No te rechazaré esa taza de café, gracias.

Max la miraba, le conmovía lo protectora que era con las personas que quería. Se fijaba en cada pequeño detalle asegurándose de que todo iba bien. Y era un comportamiento innato, algo inherente a su carácter, pues lo hacía sin pensar y sin darle importancia. Siempre se preocupaba antes por los demás que por sí misma. Le enterneció y conmovió. Era extraña la mezcla de sentimientos y sensaciones que le provocaba. En un instante quería devorarla y al siguiente abrazarla y protegerla. De nuevo se removió incómodo por esos pensamientos y volvió a obligarse a aparcarlos a un lado. Miró a Julianna y antes de dar un último sorbo a su café, dijo:

—Juls. Los gemelos querían visitar el puerto, si quieres me los llevo esta tarde y así puedes descansar algo más.

—Te lo agradezco, Max, pero esta tarde iba a salir de todos modos. —Miró a Amelia—. Tenemos la cita con el marqués.

Amelia dio un pequeño respingo y se sintió mortificada por haberlo olvidado.

—Creo que sería mejor enviarle nuestras excusas y retrasarlo a mañana. Estoy segura de que no le importará.

—¡Tonterías, Mel! Fue muy amable invitándonos, y me sabría muy mal recompensar su cortesía de ese modo.

Miró de soslayo a Max, cuyo semblante había cambiado bruscamente.

—Juls, no se molestará, estoy segura.

Antes de poder contestar Julianna se vio interrumpida por Max:

—En ese caso, decidido. Enviad una nota de disculpas y retrasad la cita para mañana, —“o nunca”—, y me acompañas en la excursión de los gemelos. — Miraba a Amelia, que se había quedado

atónita.

—¡Perfecto! —insistió Max ante el silencio de ambas—. Señorita Donna ¿por qué no avisa a los gemelos y les pide que estén preparados para después del almuerzo? Los llevaré en mi Tílburi, por lo que se arreglen con ropa de paseo no de montar.

La señorita salió presta de la habitación mientras Julianna miraba a Max con absoluta satisfacción y a Amelia, que se había quedado muda y asombrada, como a una estatua.

—Max. —Amelia le miró de repente con el ceño fruncido—. No creo que sea adecuado que retrase una cita y salga de paseo contigo en su lugar.

—Claro que sí —insistió de nuevo—. No es por tu culpa por lo que la retrasas, sino porque otra de las invitadas se halla temporalmente ocupada con la atención de su hija, que es obviamente prioritario a cualquier otra cosa.

Miró triunfante ante su razonamiento a ambas damas.

—Aun así, si nos viese o llegase a sus oídos, podría sentirse ofendido y, con razón, y no querría que eso ocurriese. Dood..., William es mi amigo.

—Y por ser tu amigo lo comprenderá y no se sentirá ofendido, por supuesto.

Aquello era una batalla absurda pensó, no sin cierta satisfacción, Julianna.

—No te preocupes Mel. Yo le enviaré la nota y le contaré lo sucedido para que comprenda que el cambio de planes se debe a mi situación. Y para que no se moleste si llega a sus oídos el que has salido de excusión, le explicaré que te has ofrecido a cuidar de los gemelos para ayudarme.

Amelia la miró con el ceño fruncido visiblemente molesta por verse enredada en los tejemanejes de los dos sin poder decir nada, pero finalmente aceptó:

—Está bien. Pero que conste que no me parece honesto.

—Tomamos nota —dijo desafiante Max sonriéndole con una petulante y provocativa sonrisa. Lo sentía como un triunfo sobre el marqués. Se sentía poderoso, claro vencedor de una batalla que, al parecer, solo él estaba librando.

Permanecieron una hora charlando tranquilos con los bebés medio adormilados hasta que los dejaron en sus cunas con las niñeras y la señorita Donna

vigilándolos. Amelia se retiró para cambiarse antes del almuerzo y Max bajó a la biblioteca para departir con su padre y el conde un rato a solas. Julianna salió de la sala y entró en el dormitorio para despertar a Cliff. Estaba sonriendo satisfecha por ser capaz de manejar tan bien a esos dos sin que ninguno pareciese darse cuenta.

Se echó junto al cuerpo desnudo de su marido, que yacía boca abajo y cubierto solo hasta la cintura por una sábana de seda y sintió esa punzada de deseo que siempre le provocaba el simple hecho de mirar su perfecto y masculino cuerpo. Y era suyo. Sonrió el inclinarse sobre su espalda y depositar un beso en su nuca mientras le acariciaba a placer

—Cliff —susurró antes de volver a besarlo—.  
Despierta, amor.

Cliff giró sobre sí mismo, llevándosela consigo y atrapándola entre sus brazos, dejándola cara a cara sobre él. Sonrió y la besó en la barbilla.

—Buenos días, amor. ¿Cómo sigue mi gatita?

Julianna sonrió.

—Buenas tardes, más bien. Será mejor que te apresures o llegaremos tarde al almuerzo, y Anna esta

mejor, la fiebre ha bajado. Está dormida y abrigada.

Cliff la apretó un poco.

—Bien, en ese caso... ahora iré a verla. —Besó a Julianna, que sonreía con un brillo en los ojos de satisfacción. Cliff la besó una vez más antes de preguntar—: ¿Por eso estás tan satisfecha de ti misma? —Enarcó una ceja.

Julianna se rio.

—En parte. —Besó ligeramente a Cliff—. Tengo que reconocer que Max parece entrar en razón. Lentamente, sí, pero va entrando en razón. —Culebreó un poco encima de Cliff para amoldarse mejor a él.

—¿Qué quieres decir?

—Está celoso, por mucho que lo niegue.

Cliff giró, dejándola de espaldas a la cama y con su cuerpo ya totalmente descubierto cerniéndose sobre ella.

—Creo, Juls —la besó en el cuello —, que debemos empujar sin presionar, porque Max está en la fase de la negación. Y, por experiencia te digo que, como se asuste, correrá en dirección contraria hasta que admita la verdad y puede que cuando regrese sea demasiado tarde. Hay que andar con cuidado. Max es



muy cabezota.

Comenzó a desabrocharle el vestido a su mujer y a lamerle los pechos.

—Cliff —dijo con la voz ahogada mientras él levantaba su falda con una mano. —El... el... almuerzo.... —Estaba casi sin pensarlo guiando a Cliff colocándolo mejor y apretando sus nalgas para atraerlo hacia ella —. Llegaremos tar... —Ni siquiera pudo acabar la frase cuando su marido ya la había penetrado.

—Lo primero es lo primero —afirmó él con una mirada que quemaría la casa de no estar concentrada en el rostro sonrosado de deseo de su esposa—. Estoy más hambriento de ti ahora mismo.

Julianna gritó de puro éxtasis, y minutos después ambos gritaban de nuevo totalmente desbocados. Jadeante y besando a su esposa desmadejada y medio desnuda bajo él dijo:

—Creo que prefiero comer aquí. —De nuevo se movió en su interior—. De hecho, creo que quiero un segundo plato.

Julianna se rio, y aferrándose a él, logró contestar

—Será un placer servirle, mi señor, pero... —Se

arqueó y gimió— Tendremos que bajar... —de nuevo gimió— más tarde... —Se rindió.

Al final consiguieron bajar al almuerzo, tarde, por supuesto. En el fondo Cliff quería disfrutar un rato importunando a Max así que, con cierto esfuerzo, logró soltar a su esposa y tras ir a ver a su pequeña bajó a almorzar.

Se sentó entre los gemelos, que estaban extrañamente callados. Al cabo de un rato, cogió a la pequeña Mel y la sentó en su regazo y, de inmediato, la pequeña se apoyó en su pecho, parecía francamente cansada. Cliff la abrazó y le besó con ternura la frente. Estaba muy caliente. Estiró el brazo para tocar la de Maxi en el otro asiento y colocándose bien a Mel, se levantó.

—Disculpadme todos, pero voy a subir a la cama a los gemelos, creo que también han enfermado.

Julianna se levantó, e iba a tomar a Maxi en brazos, pero Ethan la detuvo:

—Déjame a mí, por favor.

Tomó al pequeño en brazos, que prácticamente se dejó caer sobre él.

—Mami... —susurró—. Dile a la habitación que

deje de dar vueltas...

Julianna le tocó la frente Y señalaba con alarma en el rostro y la voz:

—¡Está ardiendo!

Miró a Amelia, que se encontraba junto a Cliff revisando a Mel mirándole los ojos y después palpándole el cuello y un poco el pecho abriendo ligeramente el trajecito.

—No te asustes Juls, será solo un resfriado. Llevadlos a la cama, ponedles el camisón y abrigadlos bien. Les prepararé unas infusiones y una crema para que se la pongas en el pecho. Les ayudará a respirar mejor. En un par de días estarán bien. Vamos a mantenerlos separados de los bebés, que ya se están recuperando.

Hizo un gesto a su tía cuando los tres hubieron salido del comedor con los niños.

—Tía, manda un aviso urgente al lord Wellis, que venga de inmediato.

Enseguida el conde y la condesa se hallaban junto a ella alarmados.

—¿Lord Wellis? ¿El doctor de la escuela de caballería? —preguntó preocupado el conde.

Amelia asintió.

—Es experto en enfermedades víricas. Ha de llegar lo más rápido posible.

—Pero... —preguntó detrás de ellos una voz.

—Milord —se apresuró a decir Amelia intentando no alarmarlos más pero mirando seria al conde—. Los gemelos no están resfriados. Creo que se han infectado con un virus que ha asolado Londres este invierno. Los síntomas son parecidos a un resfriado común, por eso a muchos no se les trató correctamente. Es grave si no se detecta a tiempo. Pero no es nuestro caso. Sé cómo tratarlo y preparar los medicamentos, pero preferiría que el doctor viniese personalmente. Confío en él y lady Eleanor seguro querrá acompañarlo.

—Daré aviso de inmediato y haré que tengan un barco y un carruaje listo para ellos y que lleguen lo antes posible —contestó serio. Después de dar las órdenes al mayordomo para ir preparando unos mensajeros se volvió a Amelia y preguntó—: ¿Cómo lo han cogido?

Amelia lo miró, negando con la cabeza.

—Aún no se sabe cómo se ha extendido. Sí

sabemos que ataca especialmente a los niños, deben ser más vulnerables. —Miró a Adele—. No creo que los bebés lo tengan y su fiebre es solo un enfriamiento, pero, de cualquier modo, es mejor no correr riesgos, creo que deberíamos llevarlos al pabellón de invitados para alejarlos de los gemelos unos días. Prepararé una infusión para ellos y así nos aseguraremos de que están medicados también, pero no pueden coger frío ni acercarse a los gemelos.

—Me encargaré de los preparativos —aseguró tajante la condesa—. Adele, querida, ¿te encargas tú de los bebés y su traslado?, Eugene ¿podrías ayudarla?

Ambas asintieron y salieron de la sala casi corriendo.

—Tía, por favor, diles a Cliff y a Julianna que enseguida subo y que no dejen a los gemelos solos, hablaré con ellos para explicarles la situación.

—Sí, querida, yo me ocupo.

Max que permanecía de pie junto al conde preguntó:

—Mel ¿qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudar?

Amelia lo miró un momento, dudando:

—Pues, si salieses en el barco que tiene Cliff en el

embarcadero del sur, ese que está a menos de una hora de aquí, es posible que llegases a Londres antes que el mensajero y podrías traer sin dilación a Lord Wellis y a lady Eleanor ¿verdad?

Max sonrió.

—Si salgo de inmediato, os doy mi palabra de que los tendréis aquí mañana por la noche.

Lanzó una mirada al conde y, tras inclinarse, se marchó de la sala.

El conde miró al almirante y después a Amelia:

—Dime la verdad, ahora que solo estamos los tres ¿Es muy grave? ¿Mis nietos corren peligro?

Amelia asintió.

—Sí, es grave, pero los gemelos son muy fuertes y creo que con ayuda de las hierbas, unos preparados para ayudarles a respirar y de lord Wellis, dentro de poco esto quedará en un mero recuerdo. Pero hay que actuar deprisa.

—Está bien, pequeña, estamos en tus manos ¿Tienes todo lo que necesitas? Si requieres algo, lo que sea, pídelo.

Asintió.

—Creo que hemos cultivado todo lo necesario en el

jardín de hierbas de atrás. Y me consta que lord Wellis traerá también un buen surtido de medicinas. Llevamos tiempo viendo casos similares en Londres. Creo que escribiré unas líneas para que Max se las entregue nada más verlo.

El conde le apretó la mano en agradecimiento y apoyo.

Amelia estaba en la cocina preparando las hierbas y las infusiones. Había dado instrucciones de que le cediesen una sala tranquila para poder hacerlo y concentrarse mejor. Max entró y la miró un instante. Se acercó y, cuando se puso frente a ella, Amelia se sobresaltó, perdiendo el equilibrio al echarse hacia atrás.

—Disculpa, no quería asustarte —dijo asiéndola del codo para equilibrarla.

—No, no. Soy yo la que ha de disculparse. Estaba demasiado absorta.

Tenía a Max tan cerca que le costaba centrarse en un pensamiento coherente.

—Quería despedirme. Traeré a lord Wellis de inmediato. No te preocupes.

Ella asintió, pero ninguno de los dos se movió. Casi

estaban abrazados. Después de unos instantes Max se inclinó y la besó en los labios. Mel se quedó por unos segundos paralizada, pero cuando él la acercó y la abrazó profundizando en el beso empezó a responder. Cuando le atrapó el rostro entre sus manos cálidas, fuertes, poderosas, Mel se sintió temblorosa, pero no quería parar. Aquel beso lento, suave y ardiente al mismo tiempo y tan sensual hizo que le ardiera el cuerpo entero como si en vez de besar solo sus labios la estuviese besando entera. De nuevo bajó una de sus manos, se la posó en la espalda acercándola un poco más a él y ella se sintió derretir al notarlo. Amelia se agarró de sus hombros, pues notaba las rodillas fallarle. Cuando gimió, Max sintió una punzada de ardor, pasión y satisfacción mezclada con remordimientos y culpabilidad. Se apartó bruscamente, dejando a Amelia algo confundida, aturdida y casi al borde del desmayo.

Abrió con lentitud los ojos, intentando centrarse y, sobre todo, no dejarse abrumar por las miles de estrellas que brillaban en su cabeza en ese momento. Se encontró con Max mirándole con una expresión intensa y con un azul oscureciendo el gris del fondo de sus ojos. Casi se le corta la respiración si no se



encontrase aun recobrándola. Max dio un paso atrás sin dejar de mirarla con una expresión de aturdimiento y asombro que no había visto nunca en él.

—Mel. —Bajó la mirada—. Mel, te pido disculpas. Esto, esto, no ha debido pasar. No sé qué me ha ocurrido. Ha sido un error.

Mel casi pudo oír cómo se resquebrajaba su corazón, “*Esto no ha debido pasar... ha sido un error...*”, de pronto esas palabras resonaban a lo lejos de su mente como un eco. Quería gritarle, quería llorar, quería decirle que era un estúpido. Pero se quedó quieta, en silencio, intentando mantenerse de pie. Se miraron un segundo.

—Mel. —Su voz sonaba mortificada—. Por favor, perdóname.

Alzó la mano como si fuese a tocarle la mejilla, pero ella se apartó bruscamente, se dio la vuelta notando cómo las lágrimas amenazaban con derramarse sin control.

—Max. —Respiró y se enderezó sin volverse a mirarlo para no perder la poca compostura que con dificultad mantenía—. Tienes que marcharte. Tienes que traer al médico y yo estoy ocupada.

Max sintió una punzada de dolor por el tono de su voz, y aunque no le viese el rostro sabía que lloraba. Le había hecho daño, lo sabía, y eso lo atravesó como un rayo. Necesitaba desesperadamente abrazarla como no había necesitado nada antes, apretarla contra él y suplicarle su perdón y decirle que jamás la volvería a dañar. Necesitaba besarla para que olvidase sus palabras y para que volviese a sentir ese calor que estaba seguro la inundó cuando la besó, porque a él también lo abrasó. Como si fuera un títere extendió el brazo para tocarla, pero ella, sin querer mirarlo, se alejó como si notase que quería tocarla

—Vete, Max. Por favor, vete. Los gemelos.

Max salió a grandes zancadas de allí con un fuerte dolor en el pecho y una sensación de vacío desconocida. Mel tardó unos minutos en controlarse. El cuerpo empezó a temblarle en cuanto oyó a Max alejarse, necesitó dejarse caer en una de la banquetas para no desplomarse allí mismo. “*Ha sido un error... ha sido un error...*”, ese eco... las lágrimas comenzaron a derramarse en un llanto ahogado y silencioso. Se obligó a mantener la calma por los gemelos, por Julianna e, incluso, por ella misma. No

era el momento de sopesar ni su corazón ni los posibles efectos de lo que acababa de pasar, pero sí sabía que, en un segundo y por un comentario de arrepentimiento de Max, había pasado de ser el mejor y más maravilloso momento de su vida a ser el más doloroso.

Se limpió las mejillas, respiró hondo varias veces y se puso a trabajar centrando su atención en los gemelos, solo en ellos.

Subió al cabo de unos veinte minutos con una bandeja llena de cosas a la habitación de sus padres, donde subieron a los gemelos porque los niños habían pedido permanecer juntos y porque ni Julianna ni Cliff parecían dispuestos a alejarse de ellos, sobre todo después de que Amelia les explicase lo que ocurría. En cuanto cruzó el umbral de la puerta, Cliff se apresuró a liberarla de la bandeja y dejarla en la mesilla de noche. Julianna permanecía sentada en uno de los laterales sujetando la mano de la pequeña Mely, que tosía trabajosamente. Miró a Amelia y preguntó alarmada:

—Mel. ¿Qué les pasa?

—Juls, es la primera fase de la enfermedad. Tenemos que intentar bajarles la fiebre y ayudarles a respirar y controlaremos el riesgo de que esto vaya a

mayores. Cliff, por favor, quita la camisa a Maxi, déjale solo los pantaloncitos de dormir. Juls, haz lo mismo con Mely, por favor. Dejadlos boca arriba.

Los niños permanecían sudorosos, con fiebre alta y cada vez más cansados por el esfuerzo de respirar y contener las toses. En una hora habían empeorado mucho pero Amelia sabía que aún empeorarían más antes de mejorar. Susurraban entre toses “papi, mami y tía Mel” como si suplicasen su ayuda. Era angustioso verles tan indefensos, pero sabía que uno de los tres adultos de esa habitación debía mantener la cabeza lo más fría posible. Respiró hondo. Se sentó junto a Maxi y, cogiendo un tarro del unguento que había preparado, tomó un poco y se lo pasó a Julianna.

—Extiéndeselo así a Mely, en pequeños círculos. —Ella posó las manos en el pecho de Maxi y extendió con suavidad y ternura el unguento—. Lo sé, peque, lo sé, pica un poco pero solo dura unos segundos. —Le susurró con cariño cuando Maxi gimió. Le dio un beso en la frente—. Pero huele a menta y a ti te gusta la menta, además, te aliviará, te lo prometo. —Le pareció vislumbrar un amago de sonrisa en el pequeño, era tan orgulloso como su padre.

Quando terminó, les dio a ambos una taza del té que había preparado y unas cuantas cucharadas del caldo de pollo preferido de los niños. Miró a Cliff, que no paraba de moverse nervioso y claramente enfadado consigo mismo sintiéndose inútil.

—Cliff, hemos de darle el té cada dos horas ¿puedes estar pendiente de la hora y avisarnos cuando sea el momento de la siguiente toma? —Él la miró y asintió—. Vamos a coger unos trapos y a mojarlos en agua fría y los cubriremos un rato con ellos para bajar un poco su temperatura.

Julianna se encargó de mojar unas toallas de fino hilo egipcio que trajeron de un viaje y que Cliff había casi ordenado a gritos que usasen porque eran más suaves que cualquier otra tela y quería a sus pequeños lo más cómodos posibles dada la situación. Cubrieron a los pequeños y tanto Cliff como Julianna se sentaron a su lado. No dejaban de acariciarlos, de cogerles de las manos, de susurrarles cosas. Cliff palidecía cada vez que uno de ellos tenía un ataque de tos, pero Mel enseguida les pasaba un vaso de una especie de limonada especiada que parecía aliviarles la garganta. A las dos de la madrugada, después de muchas horas

sin conseguir dormir los gemelos por fin parecieron rendirse al sueño, aún con fiebre y aún con algo de tos, pero al menos dormían y respiraban mejor. Mel les pidió a Cliff a Julianna que los tapasen y los mantuviesen abrigados. Pero, en cuanto los pequeños, agarraditos de sus manos, no queriendo separarse el uno del otro, empezaron a dormir con una expresión más tranquila, Amelia consiguió separar a Cliff y a Julianna de la cama y hacer que se sentasen en unos sillones obligándoles a comer y beber.

Amelia sintió una punzada de envidia pero, sobre todo, se sintió conmovida viendo cómo Cliff se sentaba cerca de Julianna y le acariciaba o le daba un beso ligero para tranquilizarla y Julianna hacía lo mismo con él en cuanto notaba que empezaba a ponerse de nuevo nervioso. Eso era lo que ella quería. Alguien que le quisiese, que le comprendiese mejor que ella misma, alguien que se preocupase por ella tanto como ella por él, alguien que compartiese los buenos momentos y también los malos. Y para su desesperación, ese alguien para ella era Max. Lo sabía y le dolía pensar que a lo mejor él no sentiría jamás lo mismo. Se obligó a no pensar de nuevo en el beso y, peor aún, en la

respuesta posterior de Max.

—Juls, voy a ver a Anna y a los mellizos.

Necesitaba desesperadamente mantenerse ocupada.

—Te acompaño, Mel. Es tarde y estás cansada. No quiero que andes sola por la casa. Además, quiero ver a mi gatita. —Decía Cliff antes de depositar un beso en la frente de Julianna—. Enseguida vuelvo, amor, intenta dormir un poco.

Salió de la habitación con Amelia y antes de empezar a recorrer los pasillos le posó la chaqueta en los hombros para abrirla. Ella lo miró agradecida.

—Cliff. Se van a poner bien. Lord Wellis llegará mañana y antes de que nos demos cuenta estarán haciendo trastadas.

Cliff intentó sonreírle, pero apenas lo logró, y con un tono de profunda preocupación dijo:

—Son muy pequeños.

—Pero son fuertes y cabezotas como sus padres.

Esta vez sí consiguió sonreír. El resto del camino lo recorrieron en silencio pero antes de entrar en la habitación de los bebés entraron en la sala contigua para lavarse bien con un jabón que Amelia preparaba

desde hacía años. Para sorpresa de ambos se encontraron a Ethan sentado en un sillón cerca de la cuna y a Adele en el de enfrente profundamente dormida.

Miraron a Ethan, que se levantó enseguida y se acercó a ellos.

—Los bebés están bien. Ya no tienen fiebre.

Se acercaron a las cunas, donde Amelia los tocó y comprobó que respiraban bien. Se giró y asintió.

—Están mejor.

Cliff cogió a Anna en brazos, lo cual pareció calmarle un poco. Ethan se acercó a Amelia y le preguntó casi en susurro:

—¿Cómo siguen los gemelos?

Amelia lo miró.

—Es pronto para saberlo, pero no han empeorado. Les ha subido la fiebre y todavía tienen tos, pero es lo que esperaba. Me preocuparía si tuvieran otros síntomas.

Ethan sonrió animoso:

—Creo que nunca podremos estar más agradecidos por los años que has pasado ayudando en el hospital y aprendiendo sobre plantas curativas.



Gracias, pequeña.

Para sorpresa de Amelia, la besó en la frente con un gesto más cariñoso que nunca. Siempre se había mostrado amable, gentil y casi como un hermano con ella, pero no tenía la relación tan estrecha que mantenía con Cliff, así que, en cierto modo, se vio algo sorprendida, pero sonrió agradecida y algo conmovida.

Se giró hacia Cliff, que parecía absorto con Anna. Realmente adoraba a esa niña y en gran parte se debía a lo parecida que era a Julianna. “Su gatita”, como él la llamaba, era lo que más conseguía conmooverlo. Era un padre cariñoso y entregado con todos sus hijos pero Anna era para él la prueba de lo mucho que quería a su esposa. Le brillaban los ojos cuando la tenía en brazos de un modo especial. Se transformaba en un padre embelesado por unas mejillas sonrosadas y unos ojitos miel que lo adoraban. Parecía que la niña también reaccionaba a su padre por encima de ninguna otra persona. Reconocía su voz incluso desde otra habitación, siempre que estaba cerca lo buscaba con los ojos y sus manitas y parecía que el único sitio en el mundo en el que le gustaba estar era en brazos de su padre porque le sonreía aun cuando se quedase

dormida en ellos.

Mirándolos sintió una punzada de dolor imaginándose a Max acunando de igual modo a una hija suya preguntándose quien sería la madre del bebé, ya que él no parecía dispuesto a concederle a ella ese honor aunque sintiese en lo más profundo de su ser que ese era su mayor deseo, llevar y tener hijos de Max.

Sin poder evitarlo tuvo que reírse con las frases tontas que Cliff le decía a su pequeña, que dormida le agarraba el dedo de la mano y parecía sonreírle como si entendiera lo que le decía. Movi6 la cabeza divertida ante la imagen.

—Cliff. Te dejo un rato con ella. Yo vuelvo con los gemelos y Julianna. Cuando subas, por favor, pide que nos traigan un poco de hielo y agua hirviendo para preparar más infusiones, y asegúrate de que los bebés están abrigados y que beben un poco de la infusión que les preparé, pero tibia, que no se la den caliente, que es un poco amarga.

Él la miró y se acercó a ella serio. Se inclinó y también la besó en la frente .

—Lo haré. ¿Ethan? ¿Te importa acompañarla? Es

muy tarde para que recorra los pasillos ella sola tan cansada. Me quedaré hasta que regreses.

Ethan le ofreció el brazo a Amelia después de coger una de las lámparas de aceite.

— ¿Vamos?

Ella asintió y se dejó llevar hasta el dormitorio. Él entró un momento para ver a los gemelos, que estaban dormidos pero se removían cubiertos de sudor, pálidos y con mucha fiebre aún. Miró a Amelia alarmado pero ella lo tranquilizó.

—Es buena señal que solo tengan fiebre. Ahora se la bajaremos con las infusiones y los paños fríos. Todo va bien, no te alarmes.

Ethan observó un momento la palidez y el cuerpecito indefenso de sus sobrinos antes de asentir algo dubitativo.

—Hacednos llamar si necesitáis cualquier cosa, sea la hora que sea —dijo acercándose a Julianna. La besó la mejilla antes de abrazarla.

Fueron una noche y una mañana largas y agotadoras en las que ninguno de los tres se separó de los gemelos salvo para ver unos minutos a los bebés o, en el caso de Amelia, para preparar más hierbas y

ungüento. Su tía entraba a ratos con tazas de té o café y algunas pastas o bocadillos. El conde y el almirante parecían hacerlo para inspeccionar a sus tropas y la condesa para asegurarse de que el servicio estaba atento a cada cosa que necesitasen. Para su tranquilidad, a la hora de la cena ya habían remitido las toses y parecía que respiraban mucho mejor, aunque todavía tenían fiebre alta y les costaba comer. Por suerte, a ambos parecía gustarles mucho el caldo de pollo que preparaba el chef de la mansión y, al menos, toleraban unas pocas cucharadas tras los ruegos de su madre y su tía.

Les subieron algo de cena a los tres a las habitaciones de Cliff y Julianna, puesto que aún se negaban a separarse de ellos. Amelia esperaba que llegase pronto lord Wellis, porque empezaba a notar el cansancio y no dejaría a los gemelos sin la supervisión adecuada, es decir, sin que ella o lord Wellis estuviesen junto a ellos.

Max cumplió su promesa. A medianoche llegó con lord y lady Wellis que, de inmediato, fueron conducidos con los gemelos. Los examinó con minuciosidad, dio unas pequeñas instrucciones a la señorita Donna para

que los vigilase mientras hablaba fuera con los padres y con Amelia y, para su sorpresa, a la puerta de la habitación esperaba toda la familia y un poco más a lo lejos, muchos de los sirvientes, deseosos de tener noticias.

—Lo primero que he de decirles es que los pequeños están fuera de peligro. —Hubo un suspiro general y Amelia pudo ver cómo la tensión de los hombros de Cliff y la expresión de Julianna por fin se relajaban después de tantas horas—. No puedo sino asombrarme por tu perspicacia. —Miraba a Amelia—. Si no los hubieses atendido tan rápidamente puede que no hubiese llegado a tiempo y —la sonrió—, creo que vas a tener que darme la receta de tus infusiones. Pienso que son más efectivas que las mías.

Mel se rio por fin y se relajó. Cliff la abrazó con fuerza.

—Cliff, no puedo respirar. —Se quejó y él la soltó, riéndose.

—Lo siento. No volveré a burlarme de tus hierbas, lo prometo. —Le besó la mano con cariño, aunque Mel resopló incrédula ante esa promesa.

Lord Wellis miró a Julianna.

—Veo que están exhaustos, creo que lo mejor es que vayan a descansar unas horas. Yo me quedaré con ellos, les seguiré administrando las infusiones de Amelia y un poco de belladona para mantenerlos aletargados, además del unguento que, sin duda, parece ayudarles a respirar y unas raíces para mantenerlos fuertes.

Julianna y Cliff parecían querer protestar para mantenerse junto a sus hijos, pero el médico insistió:

—Sus hijos les necesitarán fuertes y en perfecto estado cuando se despierten. Si hay algún cambio les haré llamar de inmediato.

Eso les calmó, al igual que al resto de los presentes.

—Amelia, aunque sé que estás cansada, te rogaría me acompañases a la cocina para preparar más infusiones y un poco más del unguento. Te daré unas raíces para que las añadas a la crema que preparas como jabón para usarlo en el baño de los gemelos a primera hora de la mañana.

Amelia asintió:

—Milord, también me gustaría que revisase a los bebés. Creo que están bien, pero nos quedaríamos todos más tranquilos si los viese —dijo Amelia.

—Por supuesto.

Después de eso todos se retiraron a dormir mientras que ella acompañaba al doctor, junto con Ethan y el conde, a ver a los más pequeños. Después de cerciorarse de que, efectivamente, estaban bien, se encaminó con él a la cocina.

—Amelia. —El conde le paró antes de separarse de ellos—. No queremos que tú caigas también enferma. Cuando termines lo que te ha pedido lord Wellis, por favor, retírate a descansar. Mis nietos estarán bien atendidos.

Amelia asintió.

—Lo haré milord, lo haré.

Él le sonrió y se despidió de ambos inclinando la cabeza.

Casi una hora después dejó al doctor en la habitación donde permanecían los gemelos. Cerró la puerta al salir y se apoyó exhausta en ella y cerró los ojos con la cabeza un poco hacia atrás. No había notado que Max permanecía frente a ella a unos metros, observándola desde el otro lado del pasillo, y cuando la vio tan cansada se acercó a ella con la mera intención de sujetarla.

Amelia abrió los ojos justo cuando estaba a menos de un metro y se enderezó de golpe en cuanto lo vio y, por primera vez desde que lo conoció cuatro años atrás, no sintió la alegría desbordante de siempre, sino más bien se sintió enfadada, furiosa. No podía negar el cosquilleo bajo la piel, el calor en sus entrañas y el anhelo de tenerlo cerca, pero por una vez, por primera vez, estaba más furiosa que emocionada.

Lo miró con fijeza. Max se paró en seco en cuanto ella abrió los ojos y se envaró frente a él. No dijo nada pero no necesitaba oír la hablar para saber lo que pensaba. Lo miraba con frialdad, con enfado. Se sintió turbado, avergonzado y molesto. No soportaba verla enfadada con él, y menos aún esa sombra de dolor en su mirada. Quería volver a disculparse con ella, pero no sabía cómo, y lo más perturbador era que no sentía haberla besado ni haberse sentido extrañamente bien haciéndolo, sino solo lamentaba haberle dicho que fue un error. Durante todo el día pasado, aunque no tuvo tiempo de pensar demasiado, no hacía más que escucharse a sí mismo diciendo esas palabras y la mirada de ella al escucharlas que, además, se le había quedado clavada en el corazón. Se sentía como un



canalla por haberle hecho daño, y más aún por sentirse bien al besarla. Ella estaba prohibida para él. Por todos los cielos, era como una hermana, era demasiado joven, demasiado inocente, era Amelia.

Aún no lograba entender la necesidad visceral que se apoderó de él antes de besarla, pero no hubo forma de contenerse. Solo sabía que quería desesperadamente besarla, que necesitaba abrazarla mientras acariciaba y sentía esos labios dulces y tan carnales sobre los suyos. Se decía que era solo un ataque de locura o de lujuria mal dirigida hacia la mujer menos indicada para ser objeto de sus apetitos y deseos carnales. Por unos minutos, con ella en sus brazos y respondiendo a sus besos, se sintió en el cielo y en el peor de los infiernos. Pero no podía explicarle eso a ella, pues ni él mismo conseguía entenderlo. Siempre había sabido controlarse. Había sido asediado por mujeres demasiados años, la mayoría auténticas bellezas, y siempre había sabido dirigir sus atenciones sin sobrepasar unas normas y unos principios que respetaba escrupulosamente. Jamás se aprovecharía de una dama inexperta ni se sobrepasaría con una inocente y virginal debutante. ¿Qué demonios le había

pasado? Decidió intentar obviar ese momento pasado.

—Mel, se te ve agotada, permíteme acompañarte a tu habitación. Parece que vayas a caer rendida a medio camino.

Se acercó como si no esperase respuesta ni aprobación y, aunque la voz de Amelia no sonó demasiado fuerte, sí fue lo bastante firme:

—No. Puedo llegar sola. Gracias.

Se giró y caminó hacia su habitación. Por un segundo Max permaneció quieto, pero después caminó a unos escasos pasos detrás ella hasta que se giró bruscamente y, alzando la barbilla, le espetó:

—Milord, su compañía no es requerida ni deseada. Además, no querría obligarle a cometer nuevos errores, como caminar a solas, a altas horas de la noche, con una joven soltera cuya compañía es evidente no desea.

Se giró de nuevo y apretó tanto y tan deprisa el paso que a Max no le dio tiempo a sujetarla antes de girar.

—Amelia, por favor.

Ella no se paró ni se giró a mirarle. Solo negó con la cabeza y solo añadió con desagrado dándole la

espalda:

—Buenas noches.

Con ello, Max se quedó clavado en su sitio tan aturdido como si le hubiesen golpeado fuertemente en el estómago. Ni siquiera quería escucharlo ni mirarlo, y había dejado claro que no quería ni que la rozase. Se sintió impotente por primera vez en su vida ante una mujer. Era más que un mero enfado lo que Amelia sentía, e incluso más que una simple reacción a un daño infligido si este daño fuese temporal. Y eso era lo que Max empezaba a temer, que la hubiese herido de veras, de un modo profundo e irrevocable. Esa idea le causó una sensación aguda de tristeza y pena y, especialmente, de soledad, mucha soledad en el corazón.

Se retiró a su dormitorio con unas irresistibles ganas de ir hasta el de Amelia, tirar la puerta abajo y no salir de allí hasta arrancarle su perdón a besos. “Maldita sea, maldita sea. Tengo que alejarme de ella, tengo que evitar hacerle más daño y tengo que alejarme de ella hasta no saber controlarme”. Aquella idea que de pronto se convirtió en una decisión tomada le provocó una fuerte punzada en el corazón y una

sensación de vacío indescriptible, pero era lo más honrado, lo más noble e incluso lo más sensato, porque cuanto más cerca estaba de ella más parecían querer salir sus más primitivos impulsos. Tenía que marcharse a Londres antes que los demás, buscar una amante con la que poder descargar la tensión y ya de paso iniciar la dichosa búsqueda de una esposa. Quizás así mantuviese a salvo a Amelia. Quizás así pudiese protegerla de sí mismo. En cuanto estuviese seguro de que los gemelos estaban a salvo y bien, se marcharía a Londres.

Tres días pasaron hasta que los pequeños consiguieron salir de la cama, y aunque necesitarían unos días para recuperarse del todo, ya el peligro había pasado. Durante esos días Amelia apenas se separó de los niños, del doctor o de Julianna. En las pocas ocasiones en las que se cruzó con Max, procuró ignorarlo. Le dolía demasiado su rechazo, le dolía saberse “un error” para él. Al menos había estado tan ocupada que los pocos momentos que tenía para descansar estaba tan exhausta que apenas llegar a la cama y apoyar la cabeza en la almohada caía en un profundo sueño.

Durante la cena Max había anunciado que regresaría a Londres con lord y lady Wellis y que ya se quedaría allí para la temporada. Se marcharía al día siguiente y no parecía dispuesto a considerar preferible esperar unos pocos días más y regresar con el resto de la familia. Fue entonces cuando en la mente de Amelia parecía abrirse camino la idea de que Max se marchaba porque no la quería cerca, se marchaba en busca de alguna amante o de alguna duquesa más apta, y esa idea empezó a resquebrajar poco a poco su corazón, amenazando con hacerlo añicos sin remedio.

Tras la cena subió a ver a los gemelos antes de retirarse.

— ¿Amelia?

La voz de Julianna sonó a su espalda cuando se disponía a entrar en la habitación. Amelia se giró

—Shh —le hizo un gesto—. Están dormidos.

Julianna se acercó y acarició las mejillas de sus niños y después le hizo un gesto para que se sentasen en los sillones junto a la chimenea.

— ¿Y Cliff?

— Está abajo con los demás. Necesita relajarse un poco después de estos días. Te he visto subir y te he

seguido. Has estado muy callada. —Amelia hizo un gesto como para hablar, pero Julianna la interrumpió—. Y no vayas a decir que estás cansada, porque no te creeré. Esto es por Max y su regreso a Londres, y creo que hay algo más que eso. Te he oído llorar en un par de ocasiones y me tienes preocupada.

Amelia la miró. Ni siquiera con lo preocupada que había estado con sus hijos a Julianna se le escapaba ningún detalle sobre ella. Amelia suspiró.

—Juls... —Tenía un nudo en la garganta que amenazaba con hacerla llorar como una niña pequeña—. Me besó, Juls, me besó. Y fue, fue... ni siquiera sé cómo fue. Todo desapareció, todo a mí alrededor pareció desvanecerse. Era como estar en una nube. — Los ojos de Amelia parecía brillar de puro entusiasmo, pero agachó la cabeza y con varias lágrimas cayéndole por la mejilla y retorciendo las manos en su regazo añadió con la voz ahogada—: Pero enseguida me dijo que había sido un error, Juls, para él soy un error.

Comenzó a llorar mientras Julianna se sentaba a su lado y la abrazaba.

—Mel. —Besó su frente y la hizo inclinarse para que reposase su cabeza en su regazo—. Cuánto lo

siento, cariño.

Ya no sabía si alentarla diciéndole que Max solo estaba confundido o dejar que intentase seguir otro camino e incluso que lo intentase con el marqués, aunque en el fondo sabía que el corazón de Amelia pertenecía sin remedio a Max. Se lo entregó cuatro años atrás y no estaba libre para que lo ocupase ningún otro hombre. Le acarició el pelo mientras la dejaba llorar para desahogarse. Con cautela le preguntó:

—¿Mel? ¿Qué quieres hacer?

Amelia se incorporó y se secó la cara. La miró unos segundos y suspiró.

—No lo sé, Juls. De veras, no lo sé. Me duele demasiado y no sé qué camino seguir. Intentar conquistarlo empieza a parecerme una quimera. No creo que llegue a verme como yo a él, y menos aún amarme, cada vez me duele más porque no puedo dejar de quererle. ¿Qué puedo hacer? —Intentó respirar hondo para evitar volver a llorar—. No creo que soporte verlo casándose con otra, y ambas sabemos que ese es su principal motivo para regresar a Londres. Necesita una futura duquesa y un heredero, y no creo que tarde mucho en hallar, entre todas las

hijas de la nobleza, a alguna que cumpla sus expectativas. Una dama educada desde la cuna para asumir ese papel, una joven hermosa, refinada y que pueda lucir allá por donde vayan. Es egoísta quererlo para mí, lo sé, y lo que también es horrible es saber que no podré entregarle mi corazón a nadie más, y siendo así ¿cómo podré casarme con otro hombre? No podré ser feliz ni podré hacer feliz a un hombre al que no ame. Sería terriblemente injusto y cruel no ser capaz de entregarme a aquel con el que me case. Sería deshonesto por mi parte. Además, no me veo capaz de mirar siquiera a nadie más. Prefiero quedarme soltera, Juls. No sería tan malo, ¿verdad? Ahora no es como antes. No estoy sola, tengo muchas personas a las que quiero.

Volvió a dejarse caer en el regazo de su hermana. Julianna permaneció callada un rato. La había dejado desahogarse y le desgarraba verla tan herida y sobre todo tan rendida, tan vencida. Sonaba resignada y apagada.

—Mel. Creo que ahora mismo estás agotada, abrumada por todo lo que hemos pasado y especialmente impactada por la noticia. No tomes



ahora ninguna decisión precipitada. Date tiempo, unos días al menos. Dentro de una semana regresaremos todos a Londres. Acudiremos a muchos bailes, recepciones y reuniones, te distraerás y podrás ver las cosas con algo de perspectiva. Y Max también lo hará. No quiero verte tan derrotada, me duele verte tan triste. Pase lo que pase has de mantener la esperanza de que serás feliz. “Y espero por el bien de ambos, sobre todo de ese cabezota, que sea estando juntos”.

—Juls. —Amelia se incorporó—. Me gustaría dormir en la casita del bosque.

—¿Esta noche? —preguntó seria. Amelia asintió—. Cariño, es muy tarde, no sé si...

La expresión triste de Amelia le rompía el corazón. Comprendía bien cómo se sentía. Cuando creyó que Cliff y ella no podrían estar juntos antes de casarse todo le parecía oscuro, sin interés ni valor y solo quería estar sola para poner en orden sus pensamientos y sentimientos. Ella sabía que Amelia necesitaba un poco de espacio. Suspiró.

—Está bien, cariño, pero irás acompañada de algún mozo.

—Juls, no, por favor. Tú te has paseado por el

bosque sola miles de veces. Estaré bien. Iré a caballo y prometo tener cuidado. Solo prométeme que no se lo dirás a nadie. Bueno, a la tía sí. No quiero preocuparla. Pero no a los demás. Si preguntan por mí solo diles que estoy descansando. Por favor.

Julianna la miró unos segundos. Ella menos que nadie podría negarle algo así.

—Juls, por favor —insistió—. No me pidas que esté aquí cuando se vaya de nuevo... por favor...

Julianna la abrazó.

—Está bien, Mel, está bien. Pero en cuanto se haya marchado iré a verte, dejaré a los gemelos en manos de Cliff y de la tía y pasaremos unas horas solas, te llevaré ese pastel que tanto te gusta de crema y nos quedaremos hablando o haciendo lo que quieras, como cuando las dos vivíamos allí.

Amelia hizo un amago de sonrisa y asintió. Media hora después salía del establo a lomos de Granada. Max, que estaba mirando desde la ventana de la sala, la vio cruzar por unos de los laterales del jardín montando su yegua. Tres días sin que le hablase, sin que le dirigiese ni una mirada y sin una sola sonrisa se habían convertido en un infierno. No se había dado

cuenta hasta entonces de lo mucho que le gustaban sus sonrisas, y especialmente las que le dedicaba solo a él, y lo que era aún más grave, de lo mucho que las echaba de menos, de lo mucho que las necesitaba. “Maldición”, masculló. Salió por una de las grandes puertas acristaladas y fue directo al establo. Ensilló sin ayuda un caballo y tomó el mismo camino que ella. Enseguida supo adónde se dirigía y por un instante dudó en seguir adelante, porque estar a solas en una casa con Mel de repente le pareció la peor idea del mundo, pero no podía marcharse sin hablar con ella.

Al llegar a la casa había luz en las ventanas del piso de abajo. Ató el caballo y se quedó unos minutos delante de la puerta decidiendo si entrar o no.

Finalmente llamó. Al abrir se encontró a Amelia aún vestida con su traje de amazona pero sin la chaqueta. Se había soltado el pelo, que le quedaba ligeramente suelto sujeto solo por una cinta de terciopelo y deseó con todas sus fuerzas hundir sus manos en ese sedoso y lustroso cabello azabache. Tenía las mejillas sonrosadas y una mirada de sorpresa e incredulidad, reflejo de su perplejidad, y lo que le partió el alma, había estado llorando

—¿Qué haces aquí? —preguntó después de un eterno minuto mirándolo.

—¿Puedo pasar?

De nuevo Mel tardó un poco en responder, simplemente dio un paso a un lado para dejarle entrar. Max entró y Mel le señaló con la mano el salón.

—Max, es muy tarde, querría descansar.

Él se giró para poder mirarla.

—¿Y por eso te has venido sola hasta aquí?

Mel no podía ni quería explicarle nada, estaba demasiado dolida, demasiado confusa para hacer o decir nada y, como Julianna le había aconsejado, no debía precipitarse en tomar ninguna decisión, pero el tenerlo en ese momento allí no facilitaba en nada las cosas.

—Max. ¿Qué quieres?

Su voz sonaba poco firme y ella lo notaba. La presión en el pecho empezaba a ahogarla.

—No estoy seguro. Despedirme, supongo. —Ella lo miró pero de nuevo no dijo nada. La expresión de dolor en sus ojos le recordaba la de los días anteriores, y Max no podía dejarla así—. Quería pedirte de nuevo disculpas por mi inexcusable comportamiento y

asegurarte que no se repetirá. —Ella seguía mirándolo con esa expresión confusa, enfadada, aturdida, dolida—. Mel, en estos días, me he estado comportando de un modo extraño, lo sé y no...

Ella le interrumpió, no queriendo escucharle decir de nuevo que fue un error:

—¿Por qué me besaste? —La miró un poco aturdido por la sorpresa. Ella lo miró a su vez y después bajó la vista—. Solo dime por qué.

—No lo sé. —Ella alzó la vista para sostenerle la mirada como si fuese incapaz de creerle y como si esas simples palabras no le bastasen—. Realmente no sé lo que me impulsó a hacerlo, Amelia. —Se pasó la mano por el pelo, torturado por ser incapaz de explicar lo que para él era incomprendible. Gruñó casi imperceptiblemente y se puso a caminar por la habitación—. Estuvo mal, Amelia, prácticamente eres mi hermana pequeña. Pero no lo eres. De cualquier modo no puedo mirarte como a una mujer porque, porque... —De nuevo se tocaba el pelo nervioso—. No eres una mujer. —Amelia lo miró más dolida que enfadada—. No una mujer cualquiera, eres tú, eres Amelia. A mis ojos no debo verte de otro modo.

Amelia empezó a sentir nuevamente la punzada de dolor. “Para él solo seré una niña, nunca me verá como una mujer, no me querrá ni deseará de ese modo. Me engaño”. Se volvió para que no la viese así, no quería que notase su vergüenza, su humillación.

—Mi comportamiento fue propio de un canalla. Tú eres una inocente, una joven que ha de verse cortejada por los pretendientes adecuados.

De repente cruzó por su mente la imagen del marqués, y odiándose a sí mismo por lo que iba a hacer, tomó aire y se envaró en su sitio:

—Amelia, debes escoger a un hombre que te mire, te desee y te ame como la única mujer para él en el mundo. Que te proteja, te mime y asegure tu bienestar y el de vuestros hijos. Alguien que desee casarse contigo.

En cuanto terminó ese cada vez más falso discurso se sintió morir, porque cuanto más cerca estaba ella, cuanto más la veía, más la deseaba, más la quería solo para él, “Dios bendito esto raya la depravación...”.

Amelia tuvo que morderse el labio para no gritarle: “No como tú, que no desearías casarte conmigo ni aunque fuese la última mujer sobre la faz de la Tierra.

Pero me besaste y lo hiciste con deseo, hasta alguien *inocente* como yo se dio cuenta de ello”. Se quedó quieta de espaldas a Max esperando el siguiente golpe, ya que sentía cada una de sus palabras como eso, golpes directos en su maltrecho corazón.

—Amelia. —Hizo acopio de valor y al final dijo—: Tienes a muchos pretendientes detrás de ti, no le des importancia a lo que pasó. Por favor, fue culpa mía, solo mía. No hiciste nada malo ni nada que hayas de reprocharte o de lo que avergonzarte ante ninguno de esos pretendientes. Solo has de escoger al que creas que te hará más feliz, al que puedas querer y que te quiera como mereces. —Max notó una oleada de aire frío helador recorriéndole la espalda—. Parecías muy contenta con lord Calverton, se os veía muy compenetrados... “Maldita sea”.

Amelia se giró de golpe para enfrentarle y simplemente se quedó callada con los ojos abiertos. “Eso quiere, que me case y podrá olvidarse de mí. No tendrá que preocuparse más”. Max tuvo el impulso de recorrer la distancia que les separaba, abrazarla y hacerle olvidar todo lo que acababa de decir, besándola, atrapándola entre sus labios, sus manos, sus

caricias. Apretó los puños a sus costados al sentir una furia recorriéndole todo el cuerpo. Quería tomarla, hundirse en ese sedoso, dulce y sensual cuerpo. Quería devorarla, reclamarla y marcarla como suya...

—Max. —Logró decir no sin esfuerzo—. Lo he comprendido. —Se giró y caminó hacia la puerta, la abrió y la mantuvo así—. Es tarde. Necesito descansar y tú también, ya que te espera el regreso a Londres. Seguramente, la próxima vez que nos veamos será en alguno de los bailes o salones. Y puedes estar seguro de que estudiaré con detenimiento tu consejo. Sin duda, lord Calverton sería un excelente marido. Buenas noches, Max.

La punzada en el corazón de Amelia no fue nada en comparación con el rayo que atravesó el de Max.

Tardó en mover los pies. ¿Era posible que acabase de echar a Amelia a los brazos de otro hombre? Tenía un deseo irrefrenable de ponerse a gritar y romper cosas. Ella esperaba en la puerta y de nuevo insistió:

—Buenas noches. Te deseo un agradable viaje. Por favor, cierra la puerta al salir.

No esperó a que Max saliese, simplemente subió las escaleras y cerró tras ella la puerta de la habitación



en la que entró.

Estuvo a punto de entrar varias veces en los diez minutos que permaneció de pie inmóvil frente a la puerta. Aún sentía el frío en la espalda y esa sensación de soledad y vacío de los minutos anteriores cuando ella le miró como si algo entre ellos hubiere cambiado irremediabilmente.

Regresó a la mansión y subió directamente a su dormitorio donde, en vez de su valet, le esperaba Cliff sentado en uno de los sillones.

—No deberías haber ido —dijo sin más poniéndose de pie y escrutándolo serio—. Dime que no has cometido ninguna imprudencia.

Max lo miró ceñudo.

—No. No he hecho nada y no eres el más indicado para preguntar algo así ¿no crees? Tú que te colabas en la habitación de Julianna trepando por las enredaderas.

Cliff se rio suavemente.

—Max, es mi hermana pequeña y tú, mi amigo. No seas idiota.

Se miraron unos segundos hasta que, finalmente, Max preguntó:

—¿Una copa? Yo la necesito.

Cliff asintió y se acomodó en el sillón que ocupaba mientras Max se acercaba a la mesa donde estaba la licorera y servía dos copas de brandi añejo. Estuvieron unos minutos en silencio.

—Max, te vas a arrepentir toda la vida como dejes escapar a Amelia.

Max no lo miró, simplemente jugueteó con el líquido de su copa.

—Estáis empeñados en algo que no existe, Cliff. Crees que siento por Amelia lo mismo que tú por Julianna, pero no es así. Le tengo un profundo cariño y me preocupo por ella, eso es todo.

Empezaba a darse cuenta de que ni él mismo era capaz ya de creer semejantes palabras.

—Max, no la miras como si solo le tuvieras cariño. No te comportas como si solo le tuvieras cariño. Será mejor que empieces a aceptar lo inevitable y pedirme tener una conversación seria.

—¿Hablas en serio?

—¿Cómo es posible que vivas tan ajeno a la realidad? Incluso yo fui capaz de admitir lo inevitable.

—Lo inevitable es que yo regreso a Londres, donde

espero no tener que lidiar con demasiadas matronas ansiosas para encontrar a una duquesa adecuada. Amelia regresará a los salones, a su cohorte de pretendientes y a la elección de uno de ellos como marido.

Cliff bebió de su copa.

—Sé sincero Max, si no conmigo al menos contigo mismo. ¿Realmente piensas que existe alguien más apto para el papel de tu duquesa, de tu esposa, de la madre de tus hijos, que Amelia? —Se levantó y dejó la copa en la repisa de la chimenea antes de encaminarse hacia la puerta—. ¡Demonios, Max! No hay nadie mejor para ese papel que Amelia por la sencilla razón de que es a ella a la que quieres y no me refiero a que la quieras como una hermanita pequeña. Yo la quiero como una hermana pequeña, tú, amigo mío, como un hombre enamorado. Cuanto antes lo admitas y lo aceptes, antes podrás ser feliz. —Se paró un momento para mirarlo—. Y lo que es más importante, ella también podrá ser feliz. Y ya que hablamos de su felicidad. ¿No habrás cometido la estupidez de empujarla en la dirección del marqués, verdad? —Max lo miró fijamente sin decir ni una palabra—.

Sinceramente, pienso que corres el riesgo de que al final de ese camino no seas tú el que acabe junto a Amelia en el altar, sino precisamente aquel de quien deberías cuidarte, no animar. Si lo permites, ella acabará enamorándose de él.

Después de eso se marchó, dejando a Max a solas con el brandi y un cada vez mayor dolor de cabeza.

# Capítulo 4

Una semana más tarde Amelia se encontraba saliendo junto a Julianna y su tía del taller de madame Coquette, donde habían pasado gran parte de la mañana ultimando algunos detalles de todo el vestuario de temporada para las tres damas. Finalmente se había decidido que Cliff, Julianna y los niños se quedarían unas semanas en Brindfet House, la casa de tía Blanche, ya que deseaba tener a toda la familia reunida y poder disfrutar de los pequeños, y puesto que Julianna quería disfrutar de la compañía de su tía y de Amelia, Cliff no vio motivo para negarse. Además, en el fondo se sentía aún responsable del triste estado de ánimo de Amelia, y quería asegurarse de que disfrutaba de su segunda temporada todo lo posible. Con suerte, además, lograría que ese cabezota de Max entrase en razón de una vez por todas.

—¿Queridas? Si no estáis muy cansadas, podríamos terminar la mañana en la tienda de Celine, me gustaría comprar guantes de cabritilla para el pequeño Maxi y un manguito de marta para Mely. Empieza a hacer frío y quiero que vayan al parque bien abrigados.

Julianna y Amelia se rieron.

—Tía, eres demasiado generosa y protectora —decía entre risas Julianna.

—Aún recuerdo el primer vestuario que nos encargaste, tía. Teníamos tantos guantes, abrigos y sombreros como vestidos. Siempre pendiente de que no nos faltase nada. —Amelia se rio y se acercó para besarla en la mejilla.

—Sois mis niñas —respondió ella cariñosa. Y con esa explicación estaba todo dicho

—Vamos entonces —señaló Julianna.

La tienda estaba abarrotada, pero Celine era muy consciente de a qué clientes debía tratar con mayor deferencia. Sin duda, una viuda muy rica y las sobrinas de esta, todas ellas clientas habituales, figuraban en lo más alto de su lista, de modo que nada más entrar las llevó a una de las zonas reservadas tras unas cortinas

donde las atendería con esmero y dedicación una de sus mejores vendedoras. Después de un buen rato seleccionando artículos tras las cortinas dejaron a su tía con la vendedora ultimando algunos encargos y ellas se marcharon a la parte cercana al escaparate a ver los artículos de exposición, y justo en ese momento escucharon la conversación de tres damas y sus hijas sabiendo que quedaban fuera del alcance visual de las mismas por el estante de telas que les separaba. Se quedaron escuchando las distintas voces femeninas sin mucho interés hasta que la conversación derivó en alguien en concreto.

—Pues es todo cierto. Me lo ha confirmado la propia lady Mariella.

—A mí también me lo ha contado —añadió otra voz joven—. Ayer fue a pasear por el parque con lord Rochester y está segura de que tiene un verdadero interés en ella.

—Estoy segura que lady Mariella no le dejará escapar de sus garras. —Se escucharon varias risas de mujer—. Se ha propuesto lograr al mejor partido de la temporada y todas sabemos quién es.

—Es posible, pero tendrá una dura competencia. El

hijo del duque de Frenton no es cualquier soltero. —Un suspiro soñador y varios de asentimiento posteriores—. Es guapo como un ángel y tiene la reputación de un demonio.

Más suspiros y algunas risitas tontas a su alrededor.

—Si yo estuviese en el lugar de lady Mariella tampoco lo dejaría escapar. Además, todas sabemos que desde que llegó a sus oídos que el heredero del ducado regresaba y que lo hacía con intención de quedarse, se ha propuesto conseguirlo a cualquier precio.

Fue la voz de una mujer madura, seguramente la madre de una de ellas, la que habló a continuación:

—Pues teniendo en cuenta la situación económica de la familia, no me extrañaría que decidiese adoptar medidas drásticas para asegurarse un duque guapo y muy rico como marido.

Se escucharon algunos murmullos de asentimiento y otros cuantos comentarios de falso asombro. La voz de una nueva matrona se escuchó también con nitidez:

—Sobre todo con el ejemplo de su propia madre, que cazó al conde cuando los descubrieron en una



situación comprometida. No me extrañaría que lady Mariella urdiese algún tipo de escándalo si lo creyese necesario para sus propósitos.

—Madre, ¿la crees capaz de eso? —preguntó una voz más joven—. No creo que lo necesite, al fin y al cabo está considerada toda una beldad.

—Sí, querida, pero a los pies de lord Rochester han caído las mayores bellezas del reino. Quien lo atrape va a necesitar algo más que belleza, y lady Mariella es muy consciente de ello. Además, es una joven carente de escrúpulos que hará y dirá cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—Dime, querida —la voz de otra mujer también mayor intervino de nuevo—, ¿lo dices porque aún estás resentida con ella y le guardas rencor por sus actos del pasado?

—No negaré que me resultan en extremo intolerables sus actos del pasado y no me agrada, es más, la considero una manipuladora nata desde que intentó atrapar, bajo sucios ardides, a mi hijo. —Se escuchó un brusco resoplido de indignación—. Pero todas las madres con hijas jóvenes conocemos de lo que es capaz con tal de quitarse adversarias de su

camino y de lograr cazar una buena presa. Si yo fuese el duque y su hijo, tendría cuidado. Creo que le deberían interesar jóvenes más adecuadas. Lady Mariella será hija de un conde, pero de un conde empobrecido y necesitado de fondos con urgencia, además, ella se ha granjeado, no sin motivos, la fama de veleidosa, caprichosa, interesada y bastante ligera de...

—¡Querida! —Contuvo su exabrupto otra voz cercana—. Que hay oídos inocentes escuchando.

—Tienes razón. Pido disculpas. Pero no creo que debamos fomentar la amistad de nuestras hijas, y menos aún de nuestros hijos con ella. Por muy hermosa y popular que sea, no me gustaría acabar emparentada con ella.

—A lo mejor lord Rochester te libera de esa posibilidad. Si realmente está prendado de ella puede que finalmente la convierta en su futura duquesa. — Un suspiro de disgusto siguió al comentario—. Lo cual sería una verdadera lástima, eso nos privaría a las demás de un partido tan excelente y tan apuesto para nuestras hijas.

Cuando se alejaron por fin, Julianna apretó la mano

de Amelia, que permanecía callada y algo pálida. “Lady Mariella... Max está cortejando a Lady Mariella”. Por unos segundos el mundo a sus pies desapareció y se sintió aturdida.

—Mel —le susurró Julianna—, no hagas caso. Solo son rumores y chismes de las matronas deseosas de habladurías y escándalos.

Amelia la miró con los ojos llorosos y se limitó a asentir.

—Estoy-estoy bien, Juls, solo, solo quiero ir a casa, por favor.

Julianna le apretó un poco más la mano y le susurró:

—Espera aquí, cariño, voy a por la tía y nos iremos a casa.

En cuanto llegaron a la mansión alegó jaqueca y subió a su habitación, donde se pasó el resto del día llorando con el corazón encogido y una profunda sensación de pérdida. Julianna se vio obligada a contar a su tía lo ocurrido, pues estaba francamente preocupada por cómo la había visto en el camino de regreso, y en cuanto llegaron a la mansión, le preguntó abiertamente qué había sucedido.

Amelia no quiso bajar a cenar y, en esa ocasión, no insistieron, pero tanto Julianna como tía Blanche estaban decididas a no dejar que la venciese la tristeza y Cliff, por su parte, no dejaría que Max fuese tan idiota de dejarse atrapar por una cazafortunas por muy de buena cuna que fuese ni por muy hermosa que resultase. Más aún cuando tenía la ligera sospecha de que Max actuaba así con la intención de mantener alejada a Amelia. Si había alguien más versado que él en mujeres, ese era Max, y difícilmente se dejaría enredar por una mujer como lady Mariella, una mujer que, además, era demasiado parecida a la egoísta, ambiciosa y extremadamente bella madre de Max, la difunta duquesa. Max jamás se casaría con una mujer tan parecida a ella, y tampoco la cortejaría a los ojos de los demás si no tuviese algún otro motivo. Y Cliff tenía la absoluta certeza de que era mantener alejada a Amelia como medio más sencillo para no tener que reconocer lo evidente. Lo malo de esa estrategia es que podría lograr resultados y acabar alejándolos de manera definitiva, y eso sin mencionar el daño que en el proceso infligiría a Amelia y a sí mismo. Así que tras la cena se excusó de las damas y se marchó a White's

con la esperanza de encontrarse allí a Max.

En la entrada se encontró a su hermano Ethan, que salía con paso decidido.

—¿Ethan? —le saludó—. ¿Te marchabas?

—En realidad, había venido buscando al lord Calverton. Esta mañana hemos recibido aviso de que está en la ciudad y una invitación para toda la familia a su palco en la opera para agradecer nuestra pasada hospitalidad. La condesa y Adele están encantadas y me han pedido aceptar personalmente. Creo que en la mañana se acercará a Brindfet House para extenderos también a vosotros la invitación.

Cliff sonrió mientras preguntaba con aire conspirador:

—¿Has visto a Max dentro?

Ethan asintió sonriendo, viéndole el brillo en los ojos.

—Estaba en las mesas del fondo con un par de compañeros de la Marina. No he querido interrumpirles.

Cliff sonrió de nuevo y alzó la ceja.

—¿Tienes tiempo para ayudarme en una cosa?

Ethan levantó las cejas también sonriendo,

claramente intuyendo el juego de su hermano, respondiendo con tono de pura diversión:

—Claro. ¿De qué se trata?

—Creo que Max está cometiendo un error haciendo creer a todo el mundo que le interesa lady Mariella, sobre todo porque, sospecho, el único motivo de ello es mantenerse alejado de Amelia. Pero vamos a volver un poco del revés su plan ¿te parece?

Ethan lo miró entrecerrando los ojos, inquisitivo:

—¿Cómo te propones hacer eso?

—Obligándole a ser él el que se mantenga cerca de Amelia a toda costa. —Miró serio a su hermano pero sonriendo malicioso—. Celos, querido hermano, celos. —Le dio un golpe en el hombro—. Durante los próximos días vamos a fomentar que Amelia pase mucho tiempo en compañía del único pretendiente capaz de poner nervioso a Max, y veremos cómo consigue aguantar.

Los dos se rieron y entraron en el elegante club de caballeros. Cuando divisaron a Max, ambos se sentaron en una mesa visible para él pero lo bastante lejana como para que no creyese que lo buscaban. ¡Qué bien lo conocían! porque apenas unos minutos

después de que les llevaran unas copas de coñac se había acercado a su mesa y sentado con ellos. Tras un par de minutos de cortesías y saludos de rigor, fue Ethan el que abrió la batalla, y como si estuviese informando por primera vez a Cliff, señaló:

—Cliff. Mañana podríamos encontrarnos directamente en la puerta de la ópera si no te parece mal.

Cliff lo miró unos segundos.

—Estoy seguro que tía Blanche insistirá en invitaros a todos a cenar. Te enviaré aviso por la mañana para confirmártelo.

Max permanecía en silencio pero claramente intrigado.

—Creo que lord Calverton ha alquilado Randmon House mientras terminan las obras de Calverton House, será mejor que todas las misivas se las envíes allí —añadió Ethan de modo despreocupado.

El rictus de Max cambió pero se estaba conteniendo, no sin dificultad, para no preguntar o intervenir directamente, de modo que los dos hermanos continuaron agujoneando un poco más

—Se lo preguntaré mañana sin falta. De cualquier

modo, recuerda que nos pidió que le acompañásemos a las subastas de Tattersall para comprar unos buenos caballos para su Tílburi y, al menos eso, se lo debemos, ¿no crees?

—Por supuesto —respondía Ethan alegremente—. Y, a buen seguro, las damas querrán acompañarnos. Amelia me pidió que la aconsejara en la compra del caballo, dócil y fácil de montar para Saint Joseph. Quiere que los niños del orfanato aprendan a montar.

Max abrió mucho los ojos.

—¿Amelia va a donar un caballo para el orfanato? —preguntó de repente claramente asombrado y curioso.

Cliff asintió.

—De hecho, creo que fue idea de los gemelos. Amelia les explicó que ella no pudo aprender a montar hasta que fue casi adulta, y al recordar que para ella fue una experiencia maravillosa, casi instantáneamente surgió en su cabeza esa idea. Incluso lord Calverton pareció entusiasmado con ella, pues se ofreció a cuidar del caballo en el establo de su recién reformada casa y a poner a disposición del orfanato a su jefe de cuadras para que enseñase a los pequeños. Durante esta última



semana parecía empeñado en complacer a Amelia y acogió de buen grado esta idea.

Max bebió un sorbo de su copa para disimular su incomodidad. Ethan lanzó una mirada fugaz a su hermano, y después se dirigió a Max:

—Dinos, Max, ¿cuán ciertos son esos rumores que te relacionan con lady Mariella?

Max lo miró un momento y solo se encogió de hombros intentando aparentar una indiferencia que sus dos amigos sabían no era real.

—Reconozco —continuó Ethan—, que es una belleza, pero nunca podría haber imaginado que la considerases como posible objeto de tus atenciones, y menos de una manera tan pública.

De nuevo Max guardó silencio.

—¿Lady Mariella? —preguntó con falso asombro Cliff—. Vaya, siempre pensé que te alejabas de aquellas mujeres que se parecieran a la difunta duquesa. —Bebió un sorbo de su copa y le dirigió una mirada inquisitiva.

—Si estáis intentando preguntarme si la estoy considerando seriamente para el papel de duquesa, nada más lejos de la realidad. Hacen falta algo más

que belleza, cuna y modales para ese papel, sobre todo si esos atributos van envueltos en un velo, nada ligero, de ambición e interés. No estoy ciego. Pero, de momento, resulta una ligera distracción y parece mantener alejadas a algunas de las matronas más feroces y ansiosas de la ciudad. Tener que competir con una beldad conocida por su falta de escrúpulos y ambición sin límites, parece refrenar un poco sus ímpetus casamenteros.

Cliff y Ethan soltaron sendas y sonoros carcajadas —¡Estoy atónito! —exclamaba Cliff divertido entre risas—. Nunca creí que te viese escondiéndote tras las faldas de una mujer o sirviéndote de ellas para espantar a las damas más ansiosas. Al menos, resulta tranquilizador no verte embelesado por ella. —Miró su reloj de bolsillo y, tras apurar su copa, señaló—: Caballeros, ha sido un placer, pero he de regresar a casa. Mañana a primera hora iré con mis monstruitos y su tía a la Real Escuela de Caballería a montar y tendré que tener todos mis sentidos despiertos para poder vigilarlos. Además Mel lleva todo el día en la cama y quiero poder vigilarla.

Mientras se levantaba, Ethan señaló:

—Yo también me marchó. ¿Mely ha vuelto a enfermar? Creía que los pequeños no habían vuelto a recaer.

—No, no. La pequeña Mel no, la mayor —respondió Cliff ya poniéndose los guantes para marcharse.

Max se levantó y preguntó con clara alarma:

—¿Amelia está enferma? ¿Qué le pasa?

Cliff lanzó una mirada de triunfo a su hermano, “la segunda victoria de la noche”, pensaba satisfecho antes de contestar:

—Hoy se ha pasado el día en la cama claramente alterada y con fuertes jaquecas. Algo debe de haberla perturbado en su salida de la mañana de compras con las damas Mcbeth, porque apenas ha levantado el ánimo desde entonces, incluso tía Blanche nos ha ordenado dejarla descansar.

Caminaron hacia la puerta con Max detrás de ellos y en las escaleras del vestíbulo del establecimiento Max de nuevo insistió:

—Supongo que ya estaréis debidamente instalados ¿no, Cliff? —Cliff asintió y antes de poder añadir nada él continuó—. Iré a visitar la mansión mañana, por

favor, díselo a tía Blanche.

Cliff sonrió, evitando soltar una risotada de triunfo y burla:

—Se lo diré, por supuesto, pero Max, tú no necesitas avisar, sabes que las puertas de las casa están abiertas para ti tanto como para el almirante y Eugene. —Se giró hacia su hermano—. ¿Has traído tu carruaje? —Ethan asintió—. ¿Te importaría acercarme?

Con un gesto de mano hizo que le precediese y una vez dentro Ethan empezó a reírse.

—Quieres que Max se tope de bruces con el marqués en la mansión, ¿no es cierto?

Cliff sonrió malicioso y con clara satisfacción triunfal.

A la mañana siguiente, Amelia, con una sombra bajo los ojos y claros signos de cansancio, bajó a la sala del desayuno ya preparada con su traje de montar. Se sentó junto a su tía tras darle un beso en la mejilla.

—Buenos días, tía. —Miró en derredor—. ¿Los gemelos no han bajado aún?

—Buenos días, querida. Están arriba. Han ido a darle los buenos días a la pequeña Anna tras su baño

y, ahora, están con su madre. —Bebió un poco de té —. ¿Te encuentras mejor?

Amelia la miró y asintió, y con la voz ahogada y casi sin mirarla preguntó:

—¿Has hablado con Julianna?

Su tía extendió el brazo sobre la mesa y le agarró la mano con un suave apretón:

—Cariño, no le des más importancia de la que tiene. —Le sonrió y añadió—: No quiero que te des por vencida. Recuerda que las Mcbeth no nos dejamos vencer sin luchar con fiereza.

Amelia intentó sonreír, pero no lo logró. Su tía se enderezó en la silla y la miró fijamente.

—Amelia. Hoy vendrá lord Calverton para invitarnos a la ópera. Los condes y Ethan y Adele ya han aceptado, y creo que deberíamos hacerlo nosotros también.

Amelia la miró un poco desconcertada:

—¿Dood... William nos invita a la ópera?

Su tía asintió.

—Dispone de un palco propio perteneciente al marquesado del que ahora puede hacer uso a su antojo.

Amelia sonrió un poco.

—Por supuesto, me encantaría ir. Es muy amable por su parte permitirnos asistir a su palco.

—Cariño, ¿crees que con el tiempo podrías llegar a querer a lord Calverton? —le preguntó sin ambages su tía.

Amelia la miró y negó con la cabeza:

—Ya le quiero mucho, tía, pero no del modo al que te refieres, y dudo de que llegue a hacerlo en el futuro. Temo que hace mucho que entregué mi corazón. —Su voz se fue apagando

—Amelia, ¿confías en lord Calverton? —Amelia la miró con las cejas levantadas pero asintió—. Y ¿crees que podrías pedirle ayuda para poner celoso a Max?

Amelia la miró, pero enseguida respondió:

—No creo que eso funcione tía, incluso él considera que debo animar las atenciones de William hacia mí. Me lo dijo.

Su tía negó con la cabeza:

—Eso fue una tontería por su parte, ¿no crees? —Levantó las cejas. Amelia la miró pero no respondió—. Creo que nuestro querido Max está actuando en contra de lo que le dicta su corazón. —Le dio unas palmaditas

en la mano—. Solo necesita un empujoncito en la dirección correcta. —Le sonrió y luego la miró sonriendo.

—¿Y ese empujoncito se lo daremos alimentando sus celos? —Su tía asintió sonriendo abiertamente. Amelia guardó silencio un segundo pero luego se puso muy seria—. Pero... no quiero que William salga dañado en el proceso, tía. Es mi amigo y no me gustaría que por mi búsqueda de la felicidad personal él acabe dañado en modo alguno.

Su tía la miró.

—De ahí la importancia de hablar previamente con él para averiguar si estaría dispuesto a ayudarte. Además, poniéndole al corriente de tus intenciones salvaguardas su corazón. Piensa que si lo que está buscando es una compañera, una esposa y una futura marquesa, lo justo sería advertirle que tú no estás disponible. Porque... —La miró de nuevo inquisitiva—. Tú no estás disponible, ¿verdad, querida? —Amelia negó con la cabeza—. En tal caso, creo que incluso podrías ayudarle a buscar una candidata idónea. Lo conoces bien y estoy convencida de que él apreciará tus consejos a la hora de tomar un camino u

otro. —Tomó un sorbito de té—. Pienso que lord Calverton se siente un poco solo. Por su historia, es fácil entender que no se siente estimado por su familia y, en su situación, apreciará en su justa medida contar con buenos amigos, leales, sinceros y, sobre todo, que le aprecien y estimen. Estos amigos serán capaces de brindarle su amistad, sus consejos, su apoyo y su ayuda por encima de todo lo demás y no dudo que él valorará y apreciará esas cosas mejor que muchos. De hecho, me aventuraría a aseverar que lo valorará mejor que la inmensa mayoría, pues durante años se ha visto privado de personas que lo quieran por lo que es sin esperar nada a cambio.

Amelia pensó unos minutos en ello.

—Supongo que debería hablar abiertamente con él y, pase lo que pase, ofrecerle mi amistad sincera.

Su tía asintió.

—Cariño, desayuna antes de que los pequeños bajen. Ayer no probaste bocado y no puedes salir a montar con el estómago vacío.

Mientras tanto, Cliff, que ya había puesto al corriente a Julianna de su conversación con Max y de los planes que había puesto en marcha, acunaba a su



pequeña Anna tras el baño y haber dejado a los gemelos jugar unos minutos con ella.

—Cariño, estate quieta un segundo. —Reñía Julianna a la pequeña Mel, que no paraba de moverse—. Solo quiero cerrar el botón. —Resopló y se dejó caer en el sillón—. Ya está, cielo, ya puedes ir a buscar a tu tía.

Suspiró después de que la pequeña le diese un beso en la mejilla y saliese corriendo tras su hermano, que la esperaba ansioso en la puerta. Cliff se rio. Julianna lo miró suspirando de nuevo.

—No te rías, bobo.

—¿Por qué no dejas que la vista la señorita Donna?

Julianna se levantó y se acercó a su marido.

—Porque los gemelos son muy listos y siempre la convencen de que no necesitan las camisetas interiores de lana y, después de estas pasadas semanas, no quiero que vuelvan a enfriarse. No quiero ni pensar lo que hubiese pasado si Mel no hubiese sabido qué hacer.

Se apoyó en el hombro de su marido, mirando a la pequeña, que se quedaba dormida en brazos de su

padre.

—Julianna. —Se inclinó y le besó la cabeza que apoyaba en su hombro—. No pienses más en eso. Ya pasó. Tendremos cuidado con los niños, no te preocupes. —De nuevo la besó.

—Vamos, dame a la niña y baja. Te estarán esperando.

Cliff, en vez de pasar al bebé a los brazos de su madre, la dejó en su cuna, la tapó y se giró para atrapar a Julianna.

—Creo, —Decía mientras inclinaba la cabeza—, que necesito un poco de cariño de mi esposa.

Se apoderó de sus labios y segundos después ambos estaban fuertemente abrazados besándose como dos recién casados enamorados. Cuatro años casados y nada había cambiado entre ellos. La necesidad de tocarse, de amarse y de tenerse cerca eran tan innatos en ellos como respirar. A veces Cliff estimaba imposible haber vivido una vida anterior sin ella y haber tocado a otra mujer distinta a la suya, pues nada era comparable a tener a su mujer en sus brazos, en su cama, saborearla, tocarla, sentirla envolviéndolo. Gimió y alzó la cabeza.

—Creo que me voy antes de que te arranque la ropa a bocados.

Julianna se rio.

—Siempre tienes la opción de hacerlo más tarde — contestó provocativa sonriéndole mientras se alejaba un poco de él.

Cliff gruñó.

—Querida, acabas de prometerme una prenda y pienso cobrármela en breve. —Justo antes de cruzar la puerta se giró y con una de esas sensuales e irresistibles sonrisas añadió—: Estás avisada.

Amelia agradeció sobremanera haber salido a cabalgar temprano. Había conseguido despejarse y los niños habían logrado hacerla reír con sus bromas y travesuras. Al regresar a Brindfet House se sorprendió al ver que William se encontraba en la sala de la mañana con Julianna y su tía. Subió rápidamente a cambiarse y bajó justo al mismo tiempo que Cliff para atender a la visita. Cliff la sonrió en la escalera:

—Te has cambiado muy deprisa.—La miró levantando la ceja—. ¿Ansiosa por recibir a nuestra visita?

Amelia resopló:

—Depende de lo que entiendas por ansiosa —le contestó desafiante.

Cliff sonrió y le ofreció el brazo:

—Ah, pequeña, si no supiese a quién van dirigidas todas tus atenciones, diría que tramabas algo. —Levantó ambas cejas y Amelia se sonrojó.

—Es injusto resultar tan transparente. —Se quejó frunciendo el ceño.

Cliff sonrió.

—Es lo que le pasa a las personas honradas, querida, lo son en todos los aspectos de su vida, incluidos los relacionados con el corazón. —La miró con una sonrisa triunfante—. ¿Y bien? ¿Qué te traes entre manos?

Amelia volvió a sonrojarse y se mordió el labio antes de contestar:

—Pues... —Lo miró mortificada mordiéndose el labio—. Pero no te rías que bastante embarazosa es la situación como para que me soliviantes tú también.

Cliff le lanzó una mirada inocente y una sonrisa de clara diversión. Amelia suspiró, y estando ya al pie de la escalera antes de girar para entrar en la sala de mañana, le paró y le dijo algo sonrojada:

—La tía me ha aconsejado que le pida ayuda a William para, para... —Se mordió el labio, esta vez nerviosa, y Cliff la interrumpió:

—Para dar celos a Max.

Amelia levantó la vista y después la bajó:

—Pero... —Su voz sonaba algo apagada—. No creo que funcione. Él, él, bueno, él está cortejando a otra.

Cliff sonrió y con dos dedos bajo su barbilla la instó a mirarle.

—No te preocupes, pequeña, lo pondremos tan celoso que te suplicará que le perdones por haber sido un necio terco y obstinado. Y por lady Mariella... No es más que una cara bonita a la que le interesa más el título que Max y... —Le dio un golpecito en la barbilla—. No dejaremos que lo consiga, ¿verdad?

Amelia intentó sonreír, pero no podía cuando se imagina a Max con otra, no importaba lo que los demás le dijese. Le dolía demasiado. Inspiró aire y contestó:

—¿Vamos?

Al entrar, Amelia no pudo evitar reírse por la imagen que se hallaba frente a ella. William riéndose a mandíbula batiente con un gemelo aferrado a cada

pierna y un gatito más pequeño que su mano alzado sobre su cabeza.

—Pero —empezó a reírse—, ¿Julianna?

Amelia miraba alternativamente a su tía, a Julianna y a William.

—No me mires, pues me niego en rotundo a intervenir. Se lo dejo a Cliff, y ya que me lo traes de regreso, creo que ha de ser él el que tome la decisión.

—¡Papá! ¡Papá! —Los gemelos soltaron a lord Calverton y se abalanzaron a por su padre.

—Lord Calverton ha encontrado ese gatito bajo las ruedas de un carruaje en la calle y para que no le pase nada lo ha cogido...

Mel continuó la narración de su hermano:

—Mami dice que para quedárnoslo tienes que dar tu consentimiento y que habría que bañarlo y estar seguros de que no está malito...

Maxi empezó a dar saltitos ansiosos:

—Por favor, por favor...

Se le unió Meli con mirada y voz suplicante:

—Es un bebé, lo cuidaremos.

Cliff miró a lord Calverton, que aún sostenía el gatito en la mano:

—¿En la calle?

Lord Calverton se acercó y se lo enseñó:

—No está herido y es muy pequeño. Seguro que lo separaron de la madre o se perdió.

Cliff miró el gatito y lo cogió. Suspiró ante los ojos suplicantes de sus hijos:

—Tendríais que cuidarlo vosotros. Sería vuestra responsabilidad. —Los niños se quedaron quietos escuchando ilusionados a su padre—. Y tendríais que bañarlo con unos de esos jabones de la tía Mel y buscarle un sitio para que duerma...

Lo interrumpieron:

—Dormiría con nosotros.

—¡De eso ni hablar! Puede dormir en vuestra habitación pero en una cesta o cualquier camita que le hagáis.

Julianna suspiraba, y resignada añadió:

—Y tenéis que aseguraros de que no se acerca a Anna. El gatito querrá jugar y puede hacer daño a vuestra hermana.

Los niños se giraron para mirarla, reflexionaron un momento, y asintieron.

—No lo hará, no lo hará —gritó Meli.

Maxi se acercó a su madre y acarició la mejilla de Anna, que permanecía en su regazo:

—Yo cuidaré de mi hermanita, mamá. Lo prometo.

Julianna sonrió y miró a Cliff, sabiéndose vencida, que dijo sonriendo:

—En ese caso, solo queda que se lo pidáis a lord Calverton, el gatito lo ha encontrado él y tiene la última palabra.

Los gemelos de inmediato se giraron hacia él con ojos suplicantes.

Sonrió y asintió. Tomó al gatito de manos de Cliff.

—Será para mí un enorme placer y orgullo atribuirme el mérito de haber encontrado para nuestro... —Miró de soslayo al animalito— nuestra amiguita, un nuevo y feliz hogar —Se lo dio a la pequeña Mel—. ¿Milady?

Mel cogió la pequeña masa de pelo gris de la mano de lord Calverton.

—¿Amiguita? —Miró con detalle la masa de pelo—. ¿Es niña? —Alzó los ojos hacia lord Calverton con abierta curiosidad—. ¿Cómo sabe que es niña?

Lord Calverton enrojeció de golpe y miró, pidiendo silenciosa ayuda, a Cliff, que suspiró antes de mirar a



su curiosa hija.

—Nenita, llevaos a vuestra nueva mascota con Furnish y haced lo que os hemos dicho. Maxi, acompaña a tu hermana y cuida de ella y de la gatita.

Los dos iban a salir, pero entonces se pararon al escuchar la voz de tía Blanche.

—Niños, ¿no debéis...? —Señaló a lord Calverton  
Los dos miraron a lord Calverton.

—Muchas gracias, milord —dijo sonriente Maxi haciendo una graciosa reverencia mientras Meli se acercaba corriendo y le tiraba de la manga para que se agachase a darle un beso en la mejilla.

—Gracias, milord, es preciosa, gracias.

Y después los dos salieron corriendo.

William sonrió y miró a Cliff:

—Debe estar muy orgulloso. Son muy listos y resolutivos.

Cliff se rio:

—Resolutivos..., sí, es una forma de describirlos. Yo diría que son dos diablillos revoltosos. —Se rio con cariño—. Milord, ¿nos sentamos? —Amelia estaba sentada junto a su tía y William se sentó frente a ella mientras que Cliff se acercó a Julianna, besó su mejilla

y, sin preguntar, le quitó a la pequeña de sus brazos antes de sentarse en el brazo del sillón ocupado por ella.

William lo miraba en una mezcla de asombro y de incompreensión:

—Disculpen mi curiosidad pero... —miraba a Cliff — en estos últimos años, en los que me he visto obligado a convivir con nobles, lo que he observado es que los hijos parecen vivir al margen de sus padres hasta que son prácticamente adultos, alejados de ellos y rodeados solo por niñeras, institutrices y criados. En cambio, sus hijos parecen relacionarse con ustedes con absoluta naturalidad, y su familia no los esconde de las visitas ni tienen reparos en... —De nuevo miraba fijamente a Cliff—. Bueno... —Hizo un gesto con la mano señalándolo ligeramente—. Realmente estoy gratamente asombrado, si me permiten decirlo, pero ¿no temen el rechazo de sus pares?

Cliff sonrió.

—Lord Calverton, William, hace mucho tiempo que decidí obrar de acuerdo a mis principios y lo que me dictaba mi conciencia, no en función a la opinión y los prejuicios de otras personas. —Miró a su pequeña—.

Eso sin mencionar que se sorprendería de lo que las nobles lenguas del reino son capaces de pasar por alto una vez que se les deja claro que, a ciertos comentarios, los protagonistas le hacen oídos sordos, bien ignorando las maledicencias bien optando por amenazar con tomar drásticas medidas en caso de no obtener un riguroso y respetuoso silencio a las conductas por ellos censuradas y que, por el contrario, uno considera correctas y en ningún caso reprochables.

Tras unos segundos de silencio, William se rio:

—Lo tomaré como un consejo, si no os parece mal, milord, Cliff. —Se corrigió al ver que Cliff iba a hacerlo por él—. O mejor aún, como un axioma a seguir de ahora en adelante.

Cliff enarcó las cejas y empezó a reírse a carcajadas hasta que la pequeña Anna se removió quejosa en sus brazos.

—Ya gatita, ya, no te molestaré más... —arrullaba a la pequeña. Miró a William y le dijo sonriendo—: Es tan gruñona como su madre. —Julianna le dio un pequeño codazo y él le sonrió—. Y tan adorable.

En ese momento entró Furnish seguido de dos

doncellas con bandejas de té y bollos. Amelia se acercó a la mesa

—William, por favor, prueba los bollos de canela, son una especialidad de Julianna. —Le acercó uno de los platos y después empezó a servir el té para todos menos para Cliff—. Supongo que querrás café.

Él asintió y miró a William con una sonrisa petulante antes de decir:

—Es lo que tiene estar rodeado de hermosas mujeres, que lo quieren a uno. Te conocen, te colman de atenciones y te miman como algo natural y, créame, que es muy fácil acostumbrarse. —Todas las damas de la sala resoplaron o hicieron algún comentario suave de protesta, pero él se rio y divertido señaló—: ¿Qué puedo decir? Me adoran.

Amelia y Julianna pusieron los ojos en blanco.

—Cliff, Amelia. Lord Calverton ha sido tan amable de venir para invitarnos a la ópera esta noche y he aceptado gustosa en nombre de todos y me gustaría agradecer su cortesía invitándolo a cenar antes. Podrían venir también los condes y lord y lady Worken. He enviado ya una misiva al almirante. Eugene y Jonas aún permanecen viajando, y me

gustaría invitarle a pasar unos días con nosotros, adora a los niños y creo que le agradará pasar tiempo con ellos.

Cliff asintió.

—Por supuesto, tía. Es una sugerencia maravillosa. Enviaré aviso al conde de inmediato. —Miró a Amelia—. Pequeña —Amelia lo miró justo después de dejar frente a él la taza de café—, ¿esta tarde irás a visitar la clínica o el orfanato?

—La clínica —respondió sin pensar.

—Podrías invitar a lord Wellis y a su esposa. —Miró a Julianna—. Aún no hemos tenido ocasión de agradecer, debidamente, su atención para con los gemelos, y sería una buena oportunidad para hacerlo con casi toda la familia reunida.

Amelia sonrió con un brillo de alegría en los ojos.

—¿Vais a...? —Cliff asintió sin esperar que ella terminase—. Ay, gracias, Cliff, gracias.

Tía Blanche los miraba, al igual que William, sin entender nada.

Amelia se giró para mirarlos y explicarles:

—Cliff va a financiar la ampliación de la clínica gratuita de lord Wellis para atender a los niños que

vagan por las calles de Londres. —De nuevo miró a Cliff sonriendo de oreja a oreja—. Gracias, Cliff. Eres el mejor cuñado del mundo.

Se levantó y le besó la mejilla, y Anna se removió de nuevo en sus brazos.

Cliff, sonriente, miró al todavía más asombrado a William y de nuevo dijo:

—Aun a riesgo de reiterarme. Me adoran, incluso se encelan entre ellas.

Amelia y Julianna le dieron sendos codazos y él se rio satisfecho.

Después de tomar el té, Amelia le invitó al jardín con idea de hablar con él con calma mientras tía Blanche se sentaba en el banco bajo un enorme roble vigilando a los gemelos y a su nueva mascota.

—Maxi, no dejes que la gata se acerque a las amapolas o se pondrá malita —le dijo Amelia, y este asintió.

—Has sido realmente afortunada, Carboncillo —dijo William mirando de lejos a los gemelos—. Tienes una familia maravillosa y, si no fuera por el lujo que les rodea, sus impecables modales, ese sabor a buena cuna que parecen llevar impreso bajo la piel y ese aire

de solemnidad con el que parecen dirigir sus vidas, nadie podría creer que son de la más alta y antigua aristocracia del país.

Amelia se rio.

—Créeme, soy consciente de que la diosa fortuna me sonrió el día en que Julianna me pidió vivir con ella y sí —sonrió—, sí somos algo peculiares. No puedo negarlo. Y no te engañaré, la mayoría de las personas que ahora nos rodean no son como ellos. Por el contrario, son como los veíamos cuando éramos dos pequeños huérfanos a los que ni siquiera se dignaban mirar. Pocos nobles y aristócratas se comportan de un modo similar al conde, al duque y sus familias. Pero los hay, solo has de estar atento para encontrarlos. De cualquier modo, soy consciente de que incluso estos no serían tan generosos en sus afectos como los son los que ahora son mi familia. Piensa que, tanto mi tía como Julianna, como yo misma, procedemos de una casta social muy distinta a la suya, bien es cierto que hemos tenido la suerte y la ventaja de bruñirnos gracias a la fortuna de la tía Blanche. Pero aun así, procedemos de clases distintas, y ellos no solo nos han aceptado y acogido, sino que nos defienden del mismo modo que

se defenderían a sí mismos, incluso con mayor ferocidad si cabe, de cualquier ataque o menosprecio procedente de sus pares.

Seguían caminando con lentitud.

—Amelia, esa es una de las razones por las que me había planteado...

Amelia lo paró y le hizo mirarla:

—Espera, déjame hablar a mí primero. Dood... William. —Sonrió y negó con la cabeza—. Eres mi primer y creo que el mejor amigo que he tenido y que siempre tendré, y por eso, pase lo que pase, desde ahora, no me gustaría que volvamos a estar separados. Desearía que formases parte de mi vida y de la de mi familia, a la que le agradas muchísimo. —Lo miró y suspiró—. Pero...

Esta vez fue él el que la interrumpió:

—Pero como amigos. —Ella abrió los ojos y asintió. Él suspiró y miró por encima del hombro de Amelia a los gemelos, a su tía y después de nuevo a ella—. Confieso que cuando te vi aquella tarde en la mansión del conde pensé que podrías ser lo que necesitaba. Por el cariño que nos profesábamos, quizás fuese más fácil acabar queriéndonos de otro modo. —



Respiró hondo y la acompañó hasta uno de los bancos de piedra del jardín—. Quería y aún quiero y necesito una familia, una verdadera familia. Pero necesito una esposa para ello, una que me acepte tanto por lo que soy ahora como por lo que he sido antes, de hecho prefiero que valore por encima de mi presente, mi pasado. Pero eso, entre las damas entre las que por mi posición debo, estoy obligado, a elegir es prácticamente imposible. Además...

Amelia lo detuvo de nuevo:

—Además quieres una esposa, no una mera dama que lucir de un brazo. Quieres una compañera de vida y una familia como la que nos imaginábamos cuando éramos huérfanos, no como la que se supone que has de tener como marqués, como cabeza de una familia con blasón. —Él asintió—. Una familia como la de Cliff y Julianna. —De nuevo asintió. —Amelia se rio—. Creo que ambos queremos lo mismo y que ambos somos la solución del otro, pero no como futuros esposos sino como los buenos, no, como los mejores amigos que siempre hemos sido. —Cogió una manzana de la cesta que había en la esquina del banco y se la pasó y él sacó una navaja de su bolsillo, la partió en

dos y le ofreció una mitad a ella—. Veo que hay cosas que nunca cambiarán. —Señaló la navaja y él sonrió, encogiéndose de hombros—. William, yo seré tu amiga ahora y siempre, y puedo asegurarte que todas las personas que estarán en la cena esta noche serán tus amigos si les dejas serlo. Amigos sinceros, leales y fieles, de esos que llegas a considerar una... familia.

Él la miró y preguntó:

—¿Así? ¿Sin más? ¿Me aceptarán solo por ser amigo tuyo?

Amelia negó con la cabeza.

—No solo por ser amigo mío, sino por ser quien eres. No importa lo que diga tu familia ni lo que te dijese el anterior marqués. Eres una buena persona, inteligente, justo, leal y alguien digno de admiración y respeto, y entre todos encontraremos a una mujer que sea digna de ti, no solo digna marquesa, sino una verdadera dama merecedora de William. No sé qué preferencias tendrás, pero creo que has de buscarte una dama que se ajuste no a lo que los demás esperan de ti o de tu posición sino a lo que tú desees y quieres, y puesto que no necesitas título ni fortuna, no has de dejarte llevar más que por tus deseos y por tu corazón.

Si te sirve de algo, creo que puedes guiarte por un buen ejemplo. Cliff podría haber elegido entre las damas más deseadas y eligió a Julianna solo porque era lo que quería, no le importaba que la fortuna de la familia proviniese del comercio, de hecho no le importaba si no tenía fortuna. Él solo buscó a la esposa perfecta para él y nadie osaría ahora a desairar a la vizcondesa de Plamisthow, ni siquiera aunque en privado les disguste que sea “hija de plebeyo” y su fortuna sea lo que ellos llaman “dinero nuevo”.

William la miró y asintió, comprendiendo. Amelia suspiró:

—¿Crees que podrías dejarme ayudar en ese sentido y considerarnos a todos nosotros una especie de familia electiva?

William sonrió divertido.

—Nada me complacería más y me sentiría honrado y agradecido por ello.

Amelia sonrió y mordió la manzana e hizo un gesto de disgusto.

—Aún están algo amargas.

La dejó en el banco pero él la cogió y empezó a comérsela.

—Así están mejor, salvajes. —Los dos se rieron. Después de unos minutos él le preguntó—: ¿Desde cuándo estás enamorada de lord Rochester? —Ella alzó la vista con los ojos muy abiertos y se sonrojó—. Te conozco demasiado bien, Carboncillo. Lo miras como cuando encontrabas un libro nuevo para leer o un carboncillo sin usar.

Amelia se sonrojó aún más, bajó la vista a sus manos y con la voz tomada contestó:

—Desde siempre. Desde que lo vi la primera vez. Era inevitable, supongo.

Él tomó su mano.

—Un hombre afortunado ese capitán.

Ella lo miró y suspiró.

—No creo que él esté de acuerdo contigo.

Él la miró con el ceño fruncido y la instó a levantarse para caminar de vuelta a la casa.

—William. —Amelia lo miró de soslayo—, ¿te parecería excesivo y demasiado engorroso fingir delante de Max que tienes un interés romántico en mí?

Se paró y la miró.

—¿Quieres decir como un pretendiente que busca tus atenciones más allá de la mera amistad? —Amelia

se sonrojó y asintió, mordiéndose el labio—. Darle celos a lord Rochester —dijo con un tono pensativo. Después sonrió y la miró—. Creo, querida —dijo con ese tono tan propio de la aristocracia y que tan bien había aprendido a mimetizar—, que no sería engorroso ni excesivo en modo alguno, es más, presumo que resultará sumamente agradable, y fingirme locamente enamorado de una belleza como tú será tan fácil y placentero como divertido. —Se rio suavemente.

Amelia sonrió.

—Pero has de prometerme una cosa.

—Lo que desees, querida.

Ella le dio un golpe suave en el hombro.

—Hablo en serio, Doody. Tienes que prometerme que no por ayudarme dejarás de lado tus deseos ni tu conveniencia. Somos dos los que buscamos la felicidad y ninguno es más importante que el otro. —Dijo mirándolo seriamente.

Él tomó galantemente su mano, la besó y añadió:

—Como desee, querida.

Amelia se rio.

—¿Eso lo aprendiste de todos esos tutores que te impuso tu abuelo u observando a los petimetres de los

elegantes clubs de dandys que ahora frecuentas?

Él se rio.

—Se confiesa el pecado pero no el pecador, querida.

Los dos se rieron. Antes de entrar y despedirse, se acercó a los gemelos para despedirse de ellos y justo en ese momento vio acercarse a grandes zancadas a lord Rochester.

—Milord, Amelia.

Max se inclinó elegantemente al llegar a su altura con un semblante serio.

—¡Tío Max! —Se le abalanzaron los gemelos y él subió a Mel y la cogió en brazos.

—¿Qué tienes en las manos, nenita? —preguntó mirando el bulto que llevaba sujeto entre sus pequeñas manitas.

—Nuestra gatita. —Se la mostró—. Se llama Doody.

Amelia y William la miraron con los ojos como platos.

—¿Cómo? —preguntó Amelia.

Maxi contestó:

—Tú llamas así a lord Calverton, y como nos la ha

regalado él, nos pareció divertido.

—Y es un nombre bonito. —Añadió Mel orgullosa.

Amelia iba a protestar, pero William se le adelantó, alargó la mano para rascar las orejitas del animal, que enseguida ronroneó y sonrió:

—Es un nombre muy apropiado y bonito, sin duda. —Guiñó un ojo a la pequeña, que sonrió de oreja a oreja—. Si me disculpan, se ha hecho tarde y me temo que he de marcharme ya. Milord. Pequeños. —Hizo un gesto de cabeza.

Amelia lo agarró del brazo.

—Te acompaño, Dood... —carraspeó—. William.

Se encaminaron hasta el umbral de acceso a la casa con su invitado notando la mirada incisiva de Max a su espalda. Al cruzar la entrada a la casa, William le susurró:

—Después de todo, creo que no nos resultará una ardua tarea despertar los recelos de lord Rochester. — Se tocó la nuca y sonriendo le dijo—: Siento un aire gélido en mi cuello.

Amelia se rio por lo bajo y le susurró:

—No seas tonto.

Él volvió a sonreír.

—No hace falta que me acompañes a la puerta, ve a reunirte con tu hermana y tu tía. Nos vemos esta noche. Despídeme de ellas, te lo ruego.

Amelia asintió y le susurró:

—Un consejo para esta noche. —William la miró intrigado—. Regálale a mi tía una caja de la bombonería Fression y te ganarás su corazón para siempre. Finge que es muy dura, pero se derrite con detalles como ese, y con ello matas dos pájaros de un solo disparo, también tendrás la inclinación favorable del almirante, es un goloso redomado.

Sonrió, y William se rio antes de contestar también en susurro:

—Entendido. Soborno. Interesante estrategia.

Se rieron los dos, esta vez como dos niños pequeños.

Al llegar a la sala estaban Julianna, Cliff y su tía observando a Max por la ventana con los gemelos, y por la expresión divertida y satisfecha de Cliff, enseguida lo comprendió.

—Has enviado tú a Max al jardín ¿verdad?

Cliff se rio.

—Y por el rictus tenso y malhumorado de su cara



puedo vanagloriarme del éxito de mi estrategia. —De nuevo sonrió petulante. Amelia negó con la cabeza—. Es más, creo que deberías retirarte a descansar un rato antes de que regrese. —Amelia abrió los ojos—. Menos es más, pequeña. Vamos a conseguir que Max anhele tan desesperadamente tenerte cerca que reconozca de una vez por todas que te necesita y te quiere tanto o más que tú a él.

—No sé por qué, pero mi intuición recela de tus planes. De todos modos, debo marcharme ya si no quiero llegar tarde a la cena. —Se encaminó hacia su tía—. Voy a la clínica, tía. Thomas y Polly me acompañarán, no temas, almorzaré allí si no te importa.

Julianna se acercó a ella.

—Yo también me marchó, pero a la cocina, quiero preparar un par de postres para la cena y algo especial para el almirante. Últimamente lo he malcriado demasiado y se ha acostumbrado a ganar con demasiada asiduidad.

Antes de salir escucharon a tía Blanche.

—Mel, no olvides invitar esta noche a lord Wellis y a su esposa.

Amelia asintió y se marchó por fin a sus

habitaciones.

Unos minutos después de marcharse, Max entró en la sala.

—Max, querido. ¿Te quedas a almorzar con nosotros? —le preguntó tía Blanche sin apenas apartar a vista de su bastidor.

Max lo meditó por un segundo y, al ver que no estaba Amelia en la sala, pensó que al menos podría verla en el almuerzo.

—Será un placer, gracias.

Cliff sonrió como si le hubiese leído el pensamiento y para sus adentros soltó una carcajada pensando en la cara que pondría ante la ausencia en la mesa de Amelia.

Cliff se acercó a Max y le dio una palmadita en la espalda.

—Ven, amigo, hagamos tiempo antes del almuerzo. Te enseñaré las rutas de navegación que quiero realizar dentro de unos meses, y me interesaría conocer tu opinión, nos estamos planteando visitar China y conocer mejor su comercio, y como el viaje es demasiado largo me interesaría conocer las rutas que ya has surcado.

Ambos hicieron la inclinación de cortesía a la tía y se retiraron.

Cuando tras el almuerzo Max se marchó de la mansión lo hizo con un muy mal sabor de boca por muchos motivos. Amelia pasaría el resto del día en la clínica en la que ayudaba, por lo que no tuvo ocasión de hablar con ella; los gemelos no pararon de alabar el rato que habían pasado esa mañana con lord Calverton; para colmo él iría a cenar con todos esa noche y después a la ópera; y lo peor de todo era tener fresca en su retina su imagen paseando sonriente y relajado con Amelia cogida de su brazo por los jardines que él sabía eran el santuario de Amelia y su sitio preferido de la casa.

Al salir decidió que también él iría esa noche a la ópera para observarlo y vigilarlo. Si a los demás les parecía la clase de hombre en la que se podía confiar sin más, él todavía creía que debía ganarse esa confianza.

—Maldición. No puedo asistir solo al palco del ducado —masculló—. Tendré que hacer que el conde de Layndrés me invite a su palco y tendré que soportar los flirteos de su hija, lady Mariella, toda la noche y las

risitas tontas de sus dos amigas.

Dio un golpe con la punta de su bastón a un pequeño seto del camino a su residencia de soltero en Mayfair. Una cosa era hacer que llegase a oídos de Amelia su posible interés en Lady Mariella y tener una excusa para mantenerse alejado de ella, y otra tener que fingir ese interés delante de ella. No podría soportar verla enfadada con él, y menos aún pensar que eso podría dañarla. Temía encontrarse con una sombra de pena o dolor en sus ojos, más aún si él fuere la causa. De nuevo maldijo.

# Capítulo 5

La cena fue, como pronto William comprendió, como todas las de las damas Mcbeth, con risas, amabilidad y la sensación de hogar alrededor de la casa y todos los invitados. Además, aprendió más del comportamiento de los caballeros que de verdad se rigen por el honor, el amor por la familia y las tradiciones y sobre todo la justicia en esa cena que en todos los anteriores años rodeado de petimetres que solo exhibían sus títulos y su cuna como único signo de reverencia y respeto debidos por el resto del mundo, como si haber nacido con una cuchara de plata en la boca les diese derecho de curso sobre todo y todos. Pero el conde, sus hijos, el almirante y lord Wellis eran el tipo de aristócratas que asumían su cargo no como una simple fuente de privilegios y estatus sino más como una responsabilidad y un deber hacia todos los

que consideraban a su cargo, desde familiares hasta arrendatarios, criados o simplemente personas que entrasen dentro de su esfera de protección. Si había de asumir su nuevo papel de aristócrata, de marqués, así debía hacerlo, y tomaría como ejemplo a esos hombres que valoraban más las acciones propias y las de los demás que el título que precediese su nombre, aun cuando eran acérrimos defensores de las tradiciones y la cultura propias de su clase. Por primera vez entendía el verdadero significado de la expresión “nobleza obliga”, en el sentido en que ese ejemplar grupo allí presente lo entendía, es decir, como un deber hacia los que se hallaban bajo su protección, o de los términos “poder” “influencia” y “estatus”, no como los objetivos a lograr para aquellos que no los tenían ni como algo que simplemente se tiene, se ostenta y se ejerce a su antojo por lo que sí los poseían, sino como medios, vehículos para conseguir no solo el bienestar propio sino algo más importante: el bien común, al menos el bienestar y la seguridad de todos aquellos bajo su influencia, bajo su poder y bajo, ante todo, su responsabilidad.

Todos, a excepción del conde y la condesa, y estos

por la posición que ocupaban en el grupo como cabezas de la familia de casi todos los allí reunidos, insistían en que se dirigiesen a ellos por sus nombres de pila. Se sorprendió con el juego de los dulces entre el almirante y Julianna, le pareció un gesto de cariño mutuo, de complicidad y de confianza en extremos tierno y familiar. También le maravilló el trato generoso y respetuoso con el que todos, no solo las habitantes de la casa, le dirigían a los criados, cuando en todas las casa, fiestas y bailes a los que había asistido sus, ahora, pares, los trataban o bien con indiferencia o bien como si fuesen muebles de la casa, o incluso más comúnmente con desprecio o desdén. En cambio, todos, incluso los condes, los trataban con respeto e incluso con amabilidad. Uno de los lacayos, un joven que, evidentemente, aún era aprendiz de su nuevo oficio, se equivocó en dos ocasiones en la forma de servir, y todos actuaron como si no lo hubiesen notado y ni siquiera esperaron que el pobre muchacho, que estaba algo aturdido y avergonzado, se disculpase. Todos fingieron no haber notado falta alguna, y actuaron con absoluta normalidad evitando un momento embarazoso al joven.

Se sorprendió igualmente cuando le preguntaron por su vida, por toda ella, y no solo no vislumbró en ninguno de ellos indicios de menosprecio o de vergüenza por sus años como huérfano, sino que por el contrario, sintió respeto, incluso admiración por sus logros, por sus intereses en la industria floreciente del país, y lo que casi le dejó petrificado en su sitio, todos, sin excepción alguna, reprobaron y censuraron sin atisbo alguno de duda la conducta y el modo de proceder de su abuelo, de su familia y de las actitudes de todos ellos, no solo hacia él sino hacia su madre fallecida.

En muchas ocasiones intercambió miradas con Amelia en las que en silencio le decía “tenías razón” o “gracias por compartir a estas personas conmigo”.

Y la experiencia de la ópera fue todavía mejor. Todos ellos fueron presentándoles a todas las personas con las que se encontraban. ¡Por todos los santos! Si incluso el conde le presentó al duque de Wellington y, con toda la intención del mundo, el conde, con maestría, sacó a colación en la conversación el tema de sus fábricas, consiguiendo interesarlo sobremanera. Las damas le presentaban a todas las grandes cabezas



de la aristocracia, señalándole debidamente y con disimulo quién le interesaba para tal o cual cosa, qué damas eran interesantes para cortejar y cuáles no. Solo hubo un hecho que le resultó un tanto incómodo, y más por el pesar que supo sentiría Amelia que por él mismo. Fue en uno de los entreactos cuando con Julianna, Amelia y Cliff salió del palco a tomar champán y se encontraron a lord Rochester con una dama muy bella, aunque altanera y engreída, colgada, casi literalmente, de su brazo.

Hicieron las cortesías oportunas mientras la dama, que en ese momento presentaron como lady Mariella, se comía con los ojos los elegantes vestidos de Julianna y Amelia. Cliff, con ese aire despreocupado con el que William empezaba a familiarizarse, fue el que pareció tomar las riendas de la situación:

—Buenas noches, Max, milady.

—Buenas noches —contestó Max con aire formal y algo incómodo—. Lady Mariella, permítame presentarle a mis buenos amigos lord y lady De Worken, Vizcondes de Plamisthow; y a la señorita Mcbeth y a su acompañante, lord Calverton, marqués de Drundy. Ella es lady Mariella, hija del conde de

Layndrés.

Ella centró su atención en William con evidente interés una vez escuchó su título. Notó cómo Amelia se ponía levemente más rígida y William, como algo innato, posó su mano sobre la que ella tenía apoyada en su manga, y ella pareció notarlo, porque de soslayo vio su sonrisa.

Como si intentase alargar la situación y lanzando miradas cada vez más intensas a Amelia, Max empezó a preguntar por todos los que estaban en el palco, hasta que Cliff con toda la seguridad y la soltura que le daban los años de experiencia en el mundillo social, señaló la conveniencia de regresar al palco antes de que retomase la función, con lo que dejó sin opciones a Max, que no paraba de lanzarle miradas a Amelia pero ella, siguiendo los consejos que previamente le había dado el propio Cliff, fingía su atención centrada en su acompañante, y eso sacó de sus casillas al ya evidentemente malhumorado Max.

Durante el resto de la representación, Cliff y Ethan disfrutaron como niños con un juguete nuevo observando cómo Max vigilaba cada movimiento de William y cómo devoraba con los ojos a Amelia. Por

mucho que lo negase, la forma en que la miraba, en que estaba atento a cada una de sus sonrisas, de sus gestos, de sus palabras, incluso desde la distancia, eran las de un hombre no solo enamorado sino de uno prendado hasta la médula, posesivo y reclamante de lo que estimaba suyo.

Cuando se despidieron, Ethan, sonriendo, le comentó a su hermano:

—Creo que los próximos días van a ser muy interesantes. Nos divertiremos viendo a Max intentando fingir interés por lady Mariella e indiferencia por Amelia. Si con toda la platea distanciándolos, casi la estaba devorando, cuando la tenga en un salón, rodeada de pretendientes y con William como la presencia constante a su lado, va a acabar subiéndose al techo. —Los dos se rieron a carcajadas durante un buen rato.

Dos días más tarde, Max se dirigía camino de la Escuela de Caballería montando a su nuevo castrado. Sabía que Cliff llevaba a los gemelos y a las dos damas de la casa por sus instalaciones a primera hora de la mañana. Desde la noche de la ópera estaba inquieto, molesto y, sobre todo, de muy mal humor. No era que

estuviera enamorado de Amelia y le molestase verla con otro, o al menos eso era lo que se decía a sí mismo, sino que le molestaba el hecho de verse forzado a mantener la distancia y le hervía la sangre cada vez que pensaba en Amelia y en el beso que le dio en la cocina. Por algún motivo no podía quitárselo de la cabeza y pensaría que solo se debía al remordimiento por un comportamiento del todo inapropiado de no ser porque cada vez que le venía a la mente, sentía un cosquilleo bajo la piel, sentía de nuevo ese suave, cálido y sensual cuerpo entre sus brazos y ese aroma a mujer que reconocería en cualquier parte. Aquella situación se le estaba empezando a ir de las manos y solo quería volver a recuperar el control, solo necesitaba hablar con Amelia y dejar las cosas claras e intentar que no le mirase como lo hizo el día de la casa en el bosque. Como si fuera un canalla y alguien distinto a como ella le recordaba. No lo soportaba.

Después de casi veinte minutos esperando, tuvo su recompensa. Vio acercarse a los gemelos en sus dos bonitos caballitos riéndose, seguidos de cerca por Cliff y por Julianna, y detrás...

—¡Demonios! —susurró.

Amelia acompañada por ese hombre de nuevo. Cuando llegaron a su altura Julianna le dedicó una de esas deslumbrantes sonrisas que eran capaces de dejar obnubilado a cualquier mortal.

—Buenos días, Max, ¡qué sorpresa tan agradable!

Con una inclinación de cabeza, los saludó a todos:

—Buenos días. He pensado unirme a vuestro paseo y ayudar a mis ahijados a mejorar sus dotes con sus monturas. —Se obligó a no mirar a Amelia y su acompañante y centrar su atención en los pequeños—. ¿Habéis saltado ya obstáculos?

Los dos le miraron entusiasmados y fue Cliff el que intervino:

—Prefiero que me ayudes a que mejoren en su cabalgada antes de ponerlos a saltar. Creo que aún no se afianzan lo suficiente en la silla para ello.

Sin poder evitarlo los ojos se le fueron directos a Amelia, que se reía de algún comentario que le acababa de hacer su acompañante. Fue unos segundos después cuando ella se percató de su presencia, lo cual todavía le molestó más. No estaba acostumbrado a que las mujeres no percibiesen su presencia de inmediato, y

menos Amelia, que siempre parecía dispuesta a sonreírle, a dedicarle una risa o algún gesto para hacerle reír o simplemente para sonsacarle una sonrisa.

—Buenos días, Max.

Aunque el tono de su voz era suave y agradable, no lo era la forma de mirarle que desprendía más indiferencia que alegría por verle lo que le puso de inmediato de mal humor.

—Buenos días, Amelia, lord Calverton —saludó Max con cortesía conteniendo su enfado.

—Milord. —William inclinó la cabeza.

Cliff esperó un segundo para que la cabeza de Max asimilase bien la situación y la imagen de Amelia junto a William. Realmente necesitaba recibir un fuerte golpe, pero como no quería maltratar en exceso a su amigo, simplemente dejó que sufriese un pequeño martirio.

—Amelia —la llamó Cliff mirándola con una enorme sonrisa—, como sé que te apetecía cabalgar un rato y ya que Max está aquí para ayudarme con los niños, ¿por qué no vais tú y lord Calverton a los terrenos del norte? Seguro que tu yegua lo agradecerá.

—Se giró a Julianna—. Cariño, ¿les acompañas y dejas también a Hispalis correr un rato? Estoy convencido de que os vendrá bien a las dos. —Le lanzó una de esas miradas mitad provocación mitad inocencia que tan bien dominaba.

Max sintió, por primera vez desde que lo conocía, deseos de matar a su amigo.

—Me parece una excelente idea —contestó Julianna con una sonrisa similar.

Mentalmente Max meditó la conveniencia de dejar huérfanos de padre y madre a tres criaturas inocentes.

—Sería un honor —dijo sonriendo William—. Amelia me ha hablado tanto de sus paseos por los terrenos de la escuela que ardo en deseos de conocer a fondo las instalaciones.

“Y yo en cambio ardo en deseos de matar a alguien”, pensaba Max, “y empiezo a pensar que me resulta indiferente quién resulte ser la víctima final”.

Dos horas más tarde, y aun reconociendo que los gemelos eran una distracción entretenida y en momentos hilarante, Max deseaba con todas sus fuerzas ponerse a cabalgar como un loco por la escuela en busca de los tres jinetes desaparecidos.

Finalmente no hizo falta, pues entraron en la zona de entrenamientos riéndose seguidos por los dos mozos de Amelia y de Julianna. Cuando llegaron al lado de los gemelos, aún estaban dentro de la zona vallada, Amelia y Julianna se quedaron hablando con ellos mientras que lord Calverton se les acercó decidido.

—¿Han disfrutado del paseo? —preguntó Cliff sin dejar de mirar a sus hijos y a Julianna, que tenía las mejillas sonrosadas, sin duda por el ejercicio, lo que de inmediato hizo que se curvasen sus labios con ternura y algo más íntimo.

—Así es. Me ha sorprendido lo buena amazona que es Amelia. Creo —miró a Max— que, en gran medida, se debe a sus enseñanzas. Las damas me han comentado que fue usted quien la enseñó a montar.

Aun sintiendo una punzada de satisfacción por saberse a los ojos de Amelia como el precursor de una de las actividades que sabía ella prefería sobre cualquier otra, también se sintió algo incómodo al darse cuenta de quién era el que le recordaba ese hecho. Lo más sorprendente de todo es que le molestaba no ser el centro de atención de ella, no saberse la persona a la que dirigía en ese momento sus atenciones, sus risas,



sus bromas, sus sonrisas, y empezaba a creer que realmente las necesitaba de veras como algo casi esencial, pues las echaba terriblemente de menos.

—Creo que deberíamos regresar —Cliff lo sugirió mirando a su familia—. Los niños tienen que asistir a sus clases y Amelia quería acudir a visitar el orfanato. —Miró a lord Calverton—. Si aún sigue en pie su oferta de visitar la clínica y conocer de primera mano la labor de lord Wellis, podría acompañarme hoy. Iré a hablar con las personas encargadas de la reforma que planeamos y así podríamos ambos aprovechar el tiempo.

Max lo miró extrañado.

—No sabía que te habías involucrado en el proyecto.

Cliff le miró contestándole:

—En realidad, Julianna colabora desde hace unos meses, pero como viajamos la mayor parte del año su participación se reduce prácticamente a donaciones y a la prestación de ayuda económica. Sin embargo, tras meditarlo decidimos que era una oportunidad para agradecer adecuadamente a lord Wellis la deferencia que mostró en la atención y el cuidado de los gemelos,

el ayudarle en su proyecto. Además, Amelia tarde o temprano lo habría conseguido, de modo que... —Se encogió de hombros despreocupadamente.

—Me encantaría acompañarle —intervino William—. De hecho, creo que podría pedir el consejo de lord Wellis en unos asuntos relacionados con mis fábricas y la mejor atención de los trabajadores y sus familias.

—En ese caso, podemos encontrarnos en White's tras el almuerzo —propuso Cliff, a lo que William asintió.

Max meditó esa información y pensó que contaba con una oportunidad para estar a solas con Amelia. Se quedaría a almorzar en Brindfet House y después se ofrecería a acompañarla al orfanato. De hecho, era imperdonable que aún no conociese de primera mano su labor en él más que de oídas. Por algún extraño motivo no podía acabar de odiar a lord Calverton. En otras circunstancias, probablemente se habría sentido inclinado a fomentar su amistad. Era del tipo de hombre que les gustaba a Cliff y a él, de esos con los que se sentiría cómodo de no ser por la forma en que había irrumpido en la vida de Mel justo cuando él se sentía tan desplazado, tan desequilibrado en ese

aspecto.

Regresaron a Brindfet House y nada más despedirse de William y dejar las monturas en manos de los mozos, las dos damas y los gemelos entraron en la mansión, dirigiéndose de inmediato a la sala de mañana, donde se encontraba tía Blanche con el almirante. Tras los saludos y los intercambios de las cortesías de rigor, las damas se disculparon para cambiarse de vestuario, llevándose consigo a los gemelos.

Media hora después se reunieron con ellos, y aunque observaba de hito en hito a Amelia, esta parecía centrada en los gemelos y en sus juegos con la gatita de ambos. Por algún extraño motivo, le irritaba no poder encontrar modo alguno de apartarla de allí, llevarla a dar un paseo por el jardín o encontrar algún tema para acaparar su atención. Pasados unos minutos, Amelia se levantó, dándole un beso al almirante y a su tía en la mejilla, se disculpó y se marchó al jardín. Ni una sola vez lo miró, ni una sola vez se detuvo a decirle o hacer gesto alguno.

“Se acabó”, pensó Max. Se levantó y se disculpó y, sin dar mayores explicaciones, se dirigió al jardín. Tras

otear la inmensa parcela vislumbró el amarillo de la tela de su vestido tras los árboles frutales. Se acercó decidido y casi choca con ella al girar tras los rosales.

—Amelia. —La sujetó del codo cuando casi choca con ella—. Discúlpame.

La mantuvo sujeta unos instantes, pero antes de soltarla asió la cesta que llevaba entre las manos sin pedir permiso para ello, pero la pilló tan desprevenida que no opuso resistencia.

—Max. —Jadeó de la sorpresa de tenerlo tan cerca, y después intentó recuperar la compostura y disimular su sonrojo alisándose las faldas.

Él sonrió para sus adentros complacido de provocar ese efecto en ella mientras sus sentidos aún se recreaban en ese ligero contacto. Miró la cesta y las hierbas y flores depositadas delicadamente dentro de ella. Alzó las cejas interrogativamente, pero como siempre, Amelia satisfizo su curiosidad sin necesidad de formular pregunta alguna.

—Las llevo para el orfanato, para cuando algún niño se resfría o le duele la tripa o se hace algún corte. La señora Cornish, la gobernanta, les prepara infusiones y caldos con ellas.

Max sonrió y se fijó en las dos grandes cajas que justo en ese momento llevaban dos lacayos en los hombros. Ella siguió su mirada.

—Limonas, naranjas y brevas de los árboles. — Señaló los grandes frutales del fondo—. Los recogemos y se los llevamos de vez en cuando. Julianna también ha preparado dos grandes tartas de crema y merengue porque cumplen años esta semana, o bueno, eso creemos, algunos de los niños más pequeños del orfanato.

Notaba cómo se sonrojaba y cómo no podía parar de parlotear teniéndolo tan cerca, sonriéndole y con esos preciosos ojos grises azulados centrados en su rostro. Era imposible que su cuerpo no reaccionase a él aun cuando intentase estar furiosa con él, aun cuando intentase centrar su atención en cualquier cosa que no fuese él. No podía evitarlo.

Max se rio suavemente y notaba un ansia casi inaudita de estirar ligeramente el brazo y acariciar esa tersa, suave y cándida mejilla y rozar esos carnosos e inocentes labios que, él ya sabía, sabrían a la mejor y más perfecta ambrosía.

—Me gustaría que me permitieses acompañarte

esta tarde al orfanato. Es imperdonable por mi parte no conocerlo aún. De hecho, resulta del todo incomprensible que no me hayas reprendido por ello.

Amelia abrió mucho los ojos, cautivada tanto por la cadencia de su voz como por el movimiento de sus labios.

—¿Quieres...? —carraspeó al notar algo ronca su voz—. ¿Quieres conocer el orfanato?

Max asintió sonriendo y vanagloriándose internamente por haberla sorprendido, y antes de darle la oportunidad de centrar sus pensamientos y poder encontrar alguna excusa para librarse de él, señaló:

—Consideraría un favor personal el que me lo enseñes y me detalles la labor que realizáis tú y lord Wellis para conocerla de primera mano. Entre los deberes que acabo de asumir como heredero del ducado, se encuentra la gestión de los fondos destinados a actividades de beneficencia o a causas de ayuda a los necesitados. Preferiría destinar esos fondos a actividades realmente útiles y que sirvan a un buen fin que no a actividades vanas y carentes de un propósito real más allá que el de reunir a matronas con gusto por hacerse notar como almas generosas y

filantrópicas, lo cual dista mucho de ser cierto. — Sonrió indolente y presumido.

Era muy inteligente y ruin apelar a su sentido de responsabilidad y a ese deber que Amelia sentía hacia el orfanato y sus moradores como medio para privarle de cualquier excusa para liberarse de ese compromiso en el que la había colocado tan hábilmente. No podía anteponer su enfado hacia él al mejor interés del orfanato y él lo sabía. “Diantres”, se reprendió por no poder negarse. Negó con la cabeza:

—Maldito seas, Max —murmuró malhumorada—. Esto no cambiará nada. —Suspiró y se obligó a mirarle—. Está bien, pero prométeme que no harás comentarios desaprobatorios hacia las personas que veas o conozcas. Vamos a los barrios pobres de Londres. No es como Saint Joseph. Ni los niños ni las familias a las que ayudamos son como los del campo. Se trata de gente que realmente vive en la indigencia, en la pobreza y en la mayoría de los casos sin esperanza de un mejor futuro.

Lo miró fijamente, sosteniéndole la mirada unos segundos.

—Amelia, creo que he visto más crueldades y

muestras de la peor cara del ser humano que tú — contestó con la misma seguridad—. Pero si es tu condición para poder acompañarte, te lo prometo.

Se sostuvieron de nuevo la mirada hasta que finalmente Amelia asintió, abrió la palma de la mano para que le devolviese la cesta, pero él simplemente giró para hacerla pasar delante de él sin soltar la cesta. Amelia suspiró y comenzó a caminar sintiendo el cosquilleo y las mariposas en el estómago por su proximidad.

Antes del almuerzo Amelia estuvo atareada con Julianna en la cocina y en la despensa preparando las cosas que llevarían al orfanato, pero Max se sentía más relajado, más tranquilo, ¡qué demonios!, más feliz con la sola idea de volver a sentir cierta proximidad, y no solo física, con Amelia.

El almuerzo fue servido en la terraza, pues aún podían aprovecharse algunos días soleados como ese para disfrutar un poco del aire fresco, y fue tan agradable y familiar como de costumbre. Los niños parecían disfrutar muchísimo compartiendo mesa y mantel con sus padres, ya que desde hacía meses los gemelos tenían permiso para compartir los almuerzos,



solo los almuerzos, con los adultos, y eso relajaba considerablemente el ambiente, porque parecían encontrar divertidas las conversaciones serias de los adultos aun cuando a veces no las entendiesen. El almirante, por su parte, seguía ejerciendo de padre voluntario de esa familia y la tía Blanche de dique de contención de las locuras y extravagancias de todos ellos. Como única persona sensata del grupo parecía la voz de la conciencia y del sentido común de los demás. Cliff se había afianzado de una manera tan natural y firme en su papel de esposo y padre que casi costaba creerle el libertino pendenciero, el calavera impenitente de épocas pasadas, aunque mantenía su fino e inteligente sentido del humor, esa diversión innata en él y esa capacidad de moverse como pez en el agua de manera seductora y encantadora en cualquier lugar y ambiente sin importar las personas que se hallasen a su alrededor. Julianna destilaba felicidad por cada poro de su piel, y era innegable lo bien que le habían sentado el matrimonio y la maternidad. Estaba más bella, radiante y sensual que nunca. Seguía siendo la personificación de la dulzura, del hogar, del amor por los suyos sin ni siquiera proponérselo. Y luego estaba Amelia, tan

inteligente, tan firme en sus principios y valores. Tan fiel a sí misma y a las personas a las que quería. Con un corazón generoso, compasivo y sincero en sus afectos e ideales, que resultaba deslumbrante sin necesidad del adorno del que la naturaleza le había dotado, esa belleza de mujer recién descubierta, esa hermosura inocente, dulce, serena y tan ajena a las modas. Max la miraba y pensaba que seguiría siendo bella dentro de muchos años, con ese pelo tan oscuro y brillante, con esa piel sedosa y cremosa y esos ojos sinceros, inteligentes y penetrantes. Empezaba a ser consciente de lo que Cliff llevaba advirtiéndole semanas, pero aun así había algo dentro de él que seguía resistiéndose.

Max no podía negar que los había echado en falta a todos ellos y a los que en ese momento no se hallaban allí cada uno de los días que llevaba en Londres desde su vuelta precipitada del condado. Alejarse de Amelia le obligaba a alejarse de todos los demás, y no podía dejar de sentirse solo sin todas y cada una de esas personas que se habían convertido de un modo u otro en parte importante de su vida tal y como la concebía ahora. Después de todos los años pasados solo en

compañía del almirante y de Eugene en la enorme casa ancestral del duque de Frenton y de los años navegando rodeado de marineros, los cuatro años anteriores regresando a casa y saberse rodeado, en cada uno de esos períodos de descanso, de todas esas personas y de su cariño, se había convertido en algo natural de su existencia. En esos años sentía, tenía la certeza, de ser parte de una verdadera familia que lo esperaba, y desde entonces sabía que el matrimonio, que hasta ese momento era simplemente parte de sus obligaciones como heredero del ducado, había pasado en su mente a ser considerado como algo para lograr no una nueva familia como esa, sino como un medio de ampliarla, de unir a más personas a ese grupo ya formado y establecido. Lo curioso era que llevaba semanas siendo consciente en lo más profundo de su ser de que la única persona con la que se sentía capaz de lograrlo era con Amelia, lo cual pugnaba con el deber que justo antes de su desembarco creía debía asumir, es decir, buscar una esposa entre las damas casaderas de buen talante y trato agradable y cruzar los dedos para que esa dama no convirtiese su matrimonio en el infierno que fue para su padre el suyo

con su nada ejemplarizante duquesa, su madre.

Cada vez que pensaba en Amelia a su lado como duquesa le hervía la sangre de pura satisfacción porque, no solo sería su compañera en la vida, sino, además, su amante, y eso había empezado a ser algo que bullía en su mente, en su corazón y en cada músculo de su cuerpo casi como una necesidad. La deseaba más y más cada día, y tenerla lejos hacía que todo su cuerpo se pusiese en una anhelante tensión nada fácil de sobrellevar, más aún cuando había descartado la idea de buscar una amante para desahogarse sexualmente porque todo su cuerpo parecía negarse a tocar, a desear tener debajo de él a otra mujer que no fuese Amelia. Empezaba a creer que era una obsesión. Una obsesión de la que solo podría librarse si la sabía definitiva e irrevocablemente lejos de su alcance por pertenecer a otro hombre. Sin embargo, esta idea no solo le ponía más en tensión, más nervioso y de peor humor, sino que le provocaba una extraña opresión en el pecho difícil de soportar.

Una vez en el coche camino del orfanato se fijó detenidamente en Amelia y frunció extrañado el ceño. Ella miraba por la ventanilla manteniendo entre las

manos su pequeño bolso y un grueso libro de cuentos populares con un intrincado y original diseño en la portada que sabía el almirante le había regalado unas Navidades y que solía llevar al orfanato.

—Te veo... —dijo Max rompiendo el silencio— distinta.

Amelia lo miró por un momento desconcertada. Max iba a decir pecaminosa y atractivamente desarreglada con ese sencillo peinado que lograba hacerla parecer aún más joven, pero más deliciosamente deseable con ese bonito pelo casi suelto en la espalda. “Céntrate, Max, céntrate”.

Amelia tardó unos segundos en comprender.

—¿Te refieres a mi ropa?

—Pues ahora que lo mencionas. —Le echó un vistazo general—. Supongo que sí. Debe ser eso.

Amelia hizo una mueca.

—Me visto con ropa más cómoda, más resistente y —por un momento le pareció impropio decir algo así, pero estaba con Max y suponía que lo entendería— menos deslumbrante cuando voy a la clínica o al orfanato. —Hizo un momento una pausa y tocó el borde de la pelliza de lana azul marino que le cubría—.

No me parece bien llevar un vestido o unos guantes o cualquier cosa que pudiera ofender a nadie. Se merecen un poco de respeto, y hacer alarde de riqueza estando rodeados de pobreza no me parece que sea lo más correcto. Llevar un vestido que cuesta más de lo que la mayoría gana en un año no está bien, ni tampoco hacerles sentir que les están dando caridad o que sientes compasión por ellos. A mí me molestaba que me mirasen con pena, con ese aire de compasión, mal enfocado, de las señoras del pueblo que hacían su *buen obra* una vez al año para sentirse mejor consigo mismas. Así que, al menos, eso se lo debo a todos ellos. Ni compasión, ni caridad y menos aún exhibición alguna de superioridad. La mayoría son buenas personas que se ven en situaciones difíciles y, en muchos casos, injustas, sin merecerlo.

Max empezaba a comprender el alcance del compromiso de Amelia con su labor. Como había dicho, no era caridad ni mera compasión. Era devolver a otros lo que ella había recibido. Se sabía afortunada, disfrutaba de esa fortuna, pero la devolvía como podía a los más necesitados, y ello iba más allá del dinero, de la comida o de pasar un rato con los menos

afortunados. Amelia les entregaba una parte de sí misma.

—Amelia —dijo intentando alcanzar realmente el sentido de todo y sopesarlo en su justa medida—, no todos serán buenas personas.

Amelia sonrió comprensiva.

—No, supongo que no, pero sí la mayoría, y desde luego los niños lo son. Ellos no están donde están por ser mejores o peores, sino por cosas, hechos y circunstancias que están fuera de su alcance y voluntad, y diría, ajenos a todo control y comprensión.

—Suspiró—. No soy del todo ciega a lo que intentas hacerme ver. Verás, te informo para tu tranquilidad que no vamos a lo peor de los suburbios londinenses. Vamos a la zona donde se encuentran los barrios pobres de los obreros. No a la zona sur del East End donde están los prostíbulos, las casas de juego y vicio o los grupos de ladrones y asesinos. —Sonrió—. Puedes respirar tranquilo, tampoco son esas las personas que atendemos. —Hizo una mueca—. Bueno, no habitualmente. He de reconocer que hemos recogido en el orfanato a un par de niños abandonados por mujeres de la calle o de las tabernas del puerto, pero

eran bebés que abandonaron a su suerte en alguna calle y que de no acogerlos habrían muerto sin remedio de frío o de hambre. —Suspiró, esta vez de pura resignación—. Cuando lleguemos te mostraré el orfanato, el comedor y podrás valorar bien que no se trata de ese tipo de gente, sino que en su mayor parte son buenas personas, de clase baja, sí, pero buenas personas. Suelen ser obreros empobrecidos, enfermos o que pasan por una mala racha.

Para su tranquilidad Amelia iba acompañada siempre por dos lacayos tan grandes como un armario, uno de ellos cortesía a buen seguro de Cliff, pues conocía a Polly, el artillero que les acompañó algunos años atrás cuando aún no eran capitanes y era un tipo realmente duro y muy, muy leal. Ambos recorrieron las calles desde donde les dejó el cochero cargados de los bultos y cosas que Amelia llevaba al orfanato. Realmente era una zona pobre, con callejones, en vez de calles, oscuros llenos de barro y suciedad. Con unas casas y edificios en un deplorable estado. Pero como Amelia le había advertido, era una zona de obreros, trabajadores de los muelles y de las fábricas. Correteando por las calles había muchos niños, en el



mejor de los casos mal vestidos, con ropas desgastadas, pero, para su asombro, tanto los hombres como las mujeres con las que se cruzaban parecían conocer a Amelia y la miraban no como alguien peligroso o de quien recelar sino, casi podría jurarlo, había cariño en los rostros de algunos de ellos. Los hombres le miraban a él más que a ella como si desconfiasen de sus intenciones no hacia ellos sino hacia Amelia. Si no lo creyese absurdo pensaría que le vigilaban para protegerla. Amelia se paró en al menos cinco ocasiones para saludar a unas mujeres, a unos niños o a un anciano, y los conocía por sus nombres. Les preguntaba por su salud o la de algún familiar y les decía que acudiesen a la clínica a buscar medicinas en algunos casos. En dos ocasiones hizo el amago de agarrar a Amelia por el brazo para protegerla o ayudarla a cruzar o andar mejor, pero ella se desatendió con facilidad dándole a entender de modo silencioso que no era necesario. No allí. Al final llegaron a un edificio que, en comparación con todos los que lo rodeaban, estaba en unas excelentes condiciones, de hecho, parecía nuevo en comparación con los de alrededor. Cruzaron el enorme umbral de la

puerta sin nadie deteniéndoles el paso. Enseguida comprendió que todo el edificio albergaba el orfanato. Se fue fijando en cada detalle. Fuera se notaba la pobreza que lo rodeaba, pero el edificio estaba bien conservado, limpio y ordenado y olía... olía...

—¿Amelia? —la llamó captando su atención sin detenerse y siguiéndola de cerca por el gran vestíbulo empedrado—. ¿Huele a bosque?

Amelia se rio con una divertida carcajada, se detuvo y se volvió a mirarlo.

—El mejor medio para evitar enfermedades es la limpieza. Lord Wellis y yo somos acérrimos defensores de esa teoría, así que en el orfanato seguimos unas estrictas normas de limpieza e higiene. —Sonrió—. Una vez al año, en la casa de campo de tía Blanche, fabrico unos jabones naturales y les echo unos desinfectantes que me da lord Wellis, pero como tienen un olor muy penetrante, lo amago con hojas de pino, de abeto y de abedules. Los árboles del bosque de tía Blanche, ¿te acuerdas de ellos?

Max la miraba con los ojos casi desorbitados, lo que provocó que Amelia se riese aún más. En cuanto unos cuantos niños que estaban en el patio escucharon a

Amelia corrieron a por ella.

—¡Señorita Amelia, señorita Amelia!

Enseguida se formó un corro a su alrededor de niños de entre seis y doce años. Todos ellos vestidos con las mismas ropas, baratas pero de buena calidad y perfectas para durar a pesar de los constantes juegos y travesuras de los niños.

Amelia les dio unos golpecitos en el rostro a algunos, contestó algunas preguntas y formuló otras, les gastó unas bromas y finalmente los mandó a jugar. Se giró:

—Ven, vamos a la oficina y después te enseño todo. —Iba a girarse, pero entonces recordó a los dos lacayos que permanecían detrás de ellos—. Polly, lo siento, me he distraído. —Cogió una cesta—. Llévalo a la despensa, por favor, y los... —bajó la voz para que los niños no la oyesen—pasteles a la señora Tipss. Después me reuniré con ella. Dígale que les dé un poco de esa cerveza negra que sé que guarda detrás de la harina y unas galletas de pasas. —Los dos hicieron un gesto con la cabeza riéndose y se marcharon. De nuevo miró a Max—. Vamos.

Max la siguió por un pasillo y después subió unas

escaleras tras ella obediente y en silencio fijándose en las amplias habitaciones que fueron pasando en su camino, todas ellas con grupos de niños de distintas edades sentados en mesas dibujando o en el suelo siguiendo las explicaciones pacientes de señoras y un par de monjas. Llegaron finalmente a dos habitaciones que hacían las veces de administración. Tras una pequeña mesa había un delgado y desgarrado muchacho que no debía tener más de dieciséis años y que inmediatamente se levantó al verlos y dejó el montón de papeles que tenía frente a él.

—Hola, John —le saludó con naturalidad Amelia y le sonrió—. Creo que he de felicitarte. Dentro de unos días empiezas en tu nuevo puesto.

Había un deje de orgullo en la expresión de Amelia. El muchacho sonrió de oreja a oreja igualmente orgulloso.

—Sí, señorita, quería darle las gracias por hacerlo posible.

Amelia hizo un gesto con la mano.

—No me lo agradezcas a mí, John, sino a ti mismo. Has trabajado muy duro y es justa recompensa por tu esfuerzo. —Se giró y miró a Max—. Max, permite que

te presente a John Carruter, el nuevo y flamante aprendiz de escribano de sir Alton Worshild. John. — Lo miró sonriendo—. Disculpa, ahora es señor, señor Carruter, le presento a lord Rochester, un viejo amigo de la familia. —Ambos se inclinaron, Max claramente divertido. De nuevo Amelia centró su atención en el muchacho—. John, si aún estás interesado, podrías ocupar las dos habitaciones del desván para ti solo, así seguirás cerca de tus hermanas y con techo y comida, podrás ahorrar todo lo que ganes.

El muchacho abrió mucho los ojos.

—¿Señorita? —dijo asombrado—. ¿Harían eso por mí?

Amelia asintió.

—Lo hemos hablado la señora Cornish y yo y creemos que te lo mereces. —Sacó unas bolsitas de su bolso—. Esto me lo ha dado mi tía para ti. Ya que vas a ser un prohombre de ciudad, necesitarás un par de buenos trajes para ir a trabajar, un buen abrigo y un par de buenas botas, ¿no crees? Y esto —le dio la segunda bolsita— es de mi hermana, para que compres los muebles que quieras para tus nuevas habitaciones. Recuerda que son tuyas y puedes hacer

con ellas lo que quieras. El muchacho estaba claramente conteniendo las ganas de tirarse en sus brazos y besarle los pies, pero ella se limitó a sonreírle y, para no incomodarlo, se encaminó segura a la otra habitación—. Voy a ver a la señora Cornish, después no olvides bajar a tomar un pedazo del pastel o los pequeños te dejarán sin él.

El muchacho asintió y, sonrojado hasta el tuétano, se volvió a sentar.

Max siguió a Amelia a la otra habitación, donde se encontraba una mujer mayor de aspecto bondadoso y bonachón. Regordeta y con aspecto de abuela de campo. En cuanto los vio se levantó, sonrió a Amelia y se quedó unos segundos mirando a Max como si no supiese cómo reaccionar, pero Amelia tomó el toro por los cuernos y solventó rápido la situación.

—Buenas tardes, señora Cornish. Disculpe que irrumpamos sin más en sus dominios. Permita que le presente a lord Rochester, es el hermano de lady Eugene. Max, ella es la señora Cornish, el alma y el corazón del orfanato.

La buena señora se rio mientras hacía una reverencia y Max se inclinaba con elegancia frente a

ella.

—Milord. —Se rio y miró a Amelia—. No sé si el alma pero, desde luego, soy la que riñe a diestro y siniestro.

Amelia se rio divertida.

—Es la directora del orfanato. Fue una de las gobernantas de tía Blanche y, sin duda, una de las mujeres más capaces que he conocido.

De nuevo la buena mujer se rio complacida.

—Basta niña, basta, que voy a acabar por creerte.

—La señora Cornish dirige el orfanato. Se encarga de todo, en realidad. Tía Blanche y yo solo la ayudamos en algunas cosas, y los papeles legales y de contabilidad los lleva el señor Fulton. Trabaja en el bufete que lleva las cosas de las empresas de la tía.

Max asintió y sonrió:

—Veo que lo tienen todo bien organizado y distribuido.

La señora Cornish se sonrojó, no tanto por lo que Max dijo, sino por su tono seductor y encantador. Amelia puso los ojos en blanco cuando Max la miró divertido.

—Max, ¿te importaría esperar en el patio un rato?

Puedes jugar con algunos de los niños mientras me encargo de revisar algunas cosas con la señora Cornish, después, prometo enseñártelo todo como es debido.

No era una petición, a pesar del tono dulce de su voz, pero Max lo comprendía, ella estaba allí para realizar un trabajo y lo primero era lo primero.

—Por supuesto, si me disculpan, señoras.

Hizo una reverencia propia del mejor salón de Mayfair antes de marcharse. Cuando Amelia se giró para dedicarse al trabajo se encontró con la cara de la señora Cornish con los ojos como platos y una sonrisa bobalicona en los labios.

—¡Dios bendito, niña! ¡Qué magnífico ejemplar de hombre! Y yo que creía que el vizconde era hermoso. Este parece la reencarnación de un Dios griego. —Por fin la miró y suspiró—. Dime que no lo vas a dejar escapar.

Esta vez fue Amelia la que se sonrojó al escucharla y tuvo que carraspear mientras negaba con la cabeza para intentar cambiar de tema, pero por la expresión de la buena señora, Amelia comprendió que ella había entendido de ese movimiento que no, que no lo iba a



dejar escapar. Suspiró y se concentró en lo importante.

Casi una hora después Amelia se encontró a Max en el patio sentado en una silla algo destartalada rodeado por un grupo de niños a los que tenía totalmente hipnotizados. Todos lo miraban y lo escuchaban con absoluta concentración. Se acercó un poco más y se apoyó en una de las columnas. Les estaba contando una de sus aventuras en el mar luchando con un corsario francés, evidentemente saltándose los detalles más escabrosos. Después de unos minutos, Max se le quedó mirando unos segundos y la sonrió brevemente, pero lo suficiente para que un calorcillo le recorriese todo el cuerpo a Amelia. Después terminó de contar su historia entre gritos de entusiasmo y una ráfaga de vocecitas lanzándole mil preguntas a la vez.

Amelia se rio.

—¡Niños, niños! —Se iba acercando a Max—. Ya es suficiente por hoy. Dejad al capitán descansar. Además, si os demoráis mucho llegaréis muy tarde para tomar un poco de pastel. —Los niños se callaron de inmediato en cuanto escucharon la palabra pastel, como Amelia esperaba—. Subid a terminar vuestras

tareas y si dentro de media hora las habéis terminado, podéis bajar a tomar un trozo de tarta y galletas. —La miraron un segundo—. Vamos... —Señaló a las escaleras. Después de eso salieron en estampida escaleras arriba.

Amelia escuchó el cálido sonido de la risa de Max detrás de ella, muy cerca. Se volvió y se lo encontró tan cerca, tan seductor, tan increíblemente apuesto, que tuvo que hacer un esfuerzo para recordar dónde se encontraban. Dio un paso hacia atrás sin dejar de mirarlo.

—¿No querías conocer las instalaciones?

Max asintió sonriente, sabedor del efecto que causaba en ella, degustando esa sensación, esa capacidad de alterar sus sentidos. Amelia decidió recobrar la compostura y lo guio por las escaleras hasta una cuarta planta.

—Mejor empezamos desde arriba —dijo cuándo se encontraban ya subiendo las escaleras—. Ya que acabaremos en el comedor para participar en la cena. —Max frunció el ceño—. No, no nos quedaremos a cenar pero aquí se cena muy temprano. Después te darás cuenta del porqué. —Le llevó hasta el final de la

última planta y señaló una puerta grande de madera recién pintada—. Esa puerta da a unas escaleras que van a parar a las que serán las habitaciones de John. Debería habértelo explicado. Fue uno de los primeros niños que ingresó aquí. Tenía once años, y lo hizo con sus dos hermanitas, son muy lindas, es probable que después las veas. Sus padres acababan de morir y no tenían a nadie más. Vivieron en la calle casi dos semanas y John incluso llegó a robar comida para ellas, de hecho, así fue como lo conocí, robando unas manzanas para las pobrecillas. Los llevé a una posada, les di de comer comida caliente a los tres y después me los llevé a casa de la tía para que se bañaran, cambiaran de ropa y durmieran calientes unos días. Cuando estaban mejor, John por fin nos dijo quiénes eran, lo que les había pasado y demás. Le convencí para que se viniese conmigo al orfanato porque no podía seguir vagando por las calles sin nadie que les cuidase y, después de conocer el sitio y que le prometiera que nunca le separaría de sus hermanas, pues se quedaron los tres. Es un chico brillante, su padre le enseñó a leer y a escribir y eso, en esta zona, de por sí ya es un logro extraordinario. Le pusimos a

ayudar en administración porque parecen dársele bien los números y cálculos y uno de los voluntarios que viene a dar clases a los más mayores, un pasante en un despacho del centro, lo ha tomado bajo su ala y le ha enseñado lo suficiente para poder trabajar de escribano primero y después... —Hizo una pausa—. Después ya veremos. Es muy listo y creo que tiene un gran porvenir, pero no quiere separarse de sus hermanas y, por eso, y para que pueda ahorrar, le vamos a ceder toda la buhardilla para que viva en ella.

Max asintió.

—Es muy generoso. ¿Es eso lo que hacéis? ¿Recogéis a niños y los formáis para que encuentren trabajo?

Amelia lo miró.

—Bueno, es lo que pretendemos, pero lo primero es sacarlos de las calles o traérmolos cuando se han quedado sin familiares, proporcionarles un techo, comida, ropa y enseñarles al menos lo bastante para poder llegar a encontrar un trabajo honrado. —Se giró e hizo un gesto con el brazo antes de adentrarse en una espaciosa habitación llena de camas y pequeños baúles frente a cada una—. Esta es la planta de los

bebés, que están en la sala del fondo con dos gobernantas, y la de las niñas mayores, de entre once y dieciséis años, esta es su habitación. Todas ayudan como parte de sus tareas a cuidar a los bebés. Aquí hay menos ruido por eso es la planta donde los hemos instalado, además, no sé por qué, es más fácil calentar esta parte que el resto de las plantas, y eso en invierno es una bendición.

Max permanecía atento y callado a cada una de sus explicaciones. La siguiente planta bajando las escaleras, era la de los dormitorios de los chavales y de cuatro de las seis mujeres que siempre permanecían en el orfanato. La siguiente era la de las niñas y niños más pequeños y de dos mujeres más y, finalmente, la última, la que daba a la calle, tenía, además del patio de recreo, las aulas para las clases, la sala taller donde se les enseñaban algunos oficios como el de costurera, carpintero o incluso cocina a los mayores. Además, le enseñó una gigantesca habitación llena de camastros con dos enormes chimeneas en uno de los laterales.

Al final de esa planta estaba una enorme cocina atendida por las niñas y niños más mayores y tres grandes y robustas mujeres que eran cocineras en

alguna taberna y en una casa de huéspedes y que complementaban sus ingresos trabajando en el orfanato.

—Todos los que trabajan en el orfanato, menos la señora Cornish y las cinco gobernantas tienen otro trabajo. Este les sirve para llevar un poco más de dinero a sus familias, aunque somos muy conscientes de que lo hacen en gran medida para ayudar, ya que podemos pagarles muy poco. La mayor parte del dinero lo destinamos a los niños, su ropa, su comida, libros y las necesidades básicas.

Max asintió y siguió escuchando atento.

—Tenemos dos comedores. El que usan los niños. —Señaló a una puerta más alejada—. Y aquel de allí. —Señaló uno al fondo que tenía una puerta con acceso a la calle—. Verás el porqué de que se cene tan pronto.

Lo guio hasta allí. Max miró en derredor cuando llegaron y no llegó a comprender del todo lo que vio. Había unas enormes mesas de madera con muchas mujeres y algunos hombres sentados comiendo con algunos niños a su alrededor que también devoraban los platos de comida que tenían frente a ellos. Max

miró a Amelia y esta, al ver su expresión confusa, lo guió de nuevo al interior del orfanato, claramente para que esas personas no les oyesen.

—Se trata de algunos vecinos de toda esta zona. A muchos apenas les alcanza para el alquiler de las habitaciones que ocupan, menos aún para un plato caliente, así que ofrecemos dos comidas calientes al día para ellos y sus familias. Todos esos hombres y mujeres de ahí trabajan en el turno de noche de alguna de las fábricas, por lo que les damos una comida antes de que entren a trabajar, a ellos y a sus pequeños. Como algunos no tienen con quién dejar a sus hijos y no quieren separarse de ellos ni que se los quiten las autoridades, lo que hacemos es permitirles dejarlos aquí por la noche mientras trabajan. En la enorme habitación del fondo, esa de los camastros blancos. —Max asintió—. Cuando terminan sus turnos, vienen por ellos sabiendo que están en un lugar a salvo, calientes y con personas que cuidan de ellos y, después, se los llevan de nuevo a casa. Les damos, además, un poco de leche y té a primera hora de la mañana y algo de pan. Lo mismo hacemos con los que trabajan en el turno de día, solo que la comida se proporciona al alba.

Por eso los turnos de las comidas se rigen según la necesidad de los vecinos y de los niños, no según lo que es socialmente adecuado. —Se paró un momento y miró fijamente a Max—. ¿A que nunca has pensado que las personas que trabajan en tu casa desayunan al alba, comen una hora antes o después de hacerlo tú y cenan casi dos horas antes de lo que lo haces tú?

Max la miró un poco desconcertado.

—Confieso que nunca lo había pensado.

Amelia sonrió, se acercó a él y bajó la voz.

—El haber vivido tantos años en un orfanato me da un conocimiento de primera mano y experiencia más que suficiente para saber lo que falla y lo que no en este tipo de cosas. Aunque confieso que la situación de todas estas personas y la de estos niños es infinitamente peor a la que viví yo.

Max estuvo a punto de abrazarla y apretarla contra su pecho. Empezaba a darse cuenta de que Amelia era única en todos los sentidos. Única en su forma de relacionarse y querer a su familia, única en su forma de vivir, en su forma de ver el mundo, en su compasión hacia los demás, en su generosidad sin límites, en su forma de entregarse sin esperar nada a cambio. ¡Dios



todopoderoso!, la deseaba y la admiraba y cuanto más conocía de ella más la deseaba y más la admiraba.

—¿Max? ¿Max? —Amelia le miraba ceñuda—. ¿Qué pasa?

Se había quedado obnubilado, absorto en sus divagaciones.

—Umm, nada, nada. Solo estaba asimilando todo esto.

Amelia lo miró de nuevo, ladeando la cabeza, pero gracias a Dios los interrumpieron.

—¿Señorita Amelia? —La voz de una de las orondas señoras de la cocina la reclamaba. Amelia se giró y dio un respingo, como si acabase de acordarse de algo.

—¿Qué despiste! —Se sacudió—. Se nos ha hecho tarde. Señora Tipps, si quiere llame a los niños. —La señora asintió y Amelia guio a Max al patio, donde habían puesto dos mesas en el centro con jarras de limonadas y vasos a un lado. Se giró a Max. —Será mejor que nos pongamos en lugar seguro, porque cuando baje la marabunta no conviene estar en su camino —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Justo en ese momento dos de las señoras de la cocina colocaron dos enormes pasteles e infinidad de platos de galletas encima de las mesas. Amelia se giró hacia Max, ambos ya situados estratégicamente en una esquina con una buena panorámica del patio.

—Son de Julianna. —Señaló a los dulces.

Max se rio. “Amelia y Julianna, vaya par”, pensó divertido.

En apenas unos minutos se escucharon gritos, pasos acelerados por todo el orfanato y, finalmente, una invasión de niños de todas las edades en el patio a los que los más mayores y las señoras iban sentando como podían en el suelo. La señora Cornish, con un par de órdenes, que ya quisiera él haber aprendido para manejar a sus marineros con semejante obediencia, consiguió hacerlos callar. Dijo varios nombres en alto y los portadores de los mismos, niños y niñas, se levantaron y se pusieron junto a las mesas con unas brillantes sonrisas en los labios. Tras colocar a todos los protagonistas junto a las mesas, cada uno dijo un número.

Amelia le susurró:

—Sus edades. Los años que cumplen.

Max sonrió más divertido que antes. Aquello era como un juego para todos, uno con recompensa, limonada, galletas y pastel para todos ellos. Diez minutos después todo el patio estaba lleno de niños sentados en corrillos devorando un trozo de pastel y una galleta con un enorme vaso de limonada.

Amelia cogió la mitad de uno de los pasteles y se lo llevó al comedor del fondo seguida de dos enormes señoras que, en fuentes, portaban las galletas y parte de la fruta que Polly y su compañero habían traído hasta allí. Max la estuvo observando en la distancia, viéndola partir el pastel y las frutas y repartirlos, junto con las galletas, entre todos los allí presente. Y lo hacía con una enorme sonrisa en los labios y con la misma cortesía que si departiese con un duque. Sintió una extraña punzada de orgullo, pero de orgullo posesivo hacia ella.

Volvió al patio y uno de los niños que había cumplido años, siete si no se equivocaba, la agarró de la mano y la empujó hasta el centro del patio.

—Elijo yo señorita ¿verdad?

Amelia miró a la señorita Cornish, que le hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien, está bien, Paul. He dejado el libro encima de la mesa de John, ve a por él, corre. —El niño salió disparado como una bala. Max se acercó a ella y Amelia lo miró—. Si quieres puedes regresar a casa, a mí me queda aún un rato. Tengo que leerles un cuento.

Max sonrió:

—¿Les lees cuentos?

Amelia asintió:

—A los más pequeños, pero cuando celebramos cumpleaños se los leemos a todos. Uno de los agasajados elije el que quiere y lo leemos aquí. —De repente frunció el ceño y miró hacia el cielo—. Aún tengo que solucionar, antes de que llegue el invierno, un pequeño problema pero... —Llegó el pequeño Paul jadeante con el libro entre las manos. Amelia se rio—. Sí que te has dado prisa. —Le revolvió el pelo y le tomó el libro de entre las manos—. Está bien ¿cuál quieres?

El niño la miró unos instantes, meditabundo antes de concluir sonriendo:

—Espadas, uno con espadas, señorita.

Amelia se rio.

—Pues espadas serán.

Miró a Max, pero él puso esa sonrisa indolente y deslumbrante que decía a las claras que no se movería de aquel patio bajo ninguna circunstancia, y se apartó, cediéndole el asiento situado detrás de él. Amelia suspiró y se sentó. Tras abrir el libro y buscar un cuento con espadas comenzó a leer bajo la atenta mirada de muchas cabecitas a su alrededor.

Su voz sonaba, suave, tranquila. Entrecortaba algunas risas y frases con una mayor entonación, provocando algunos gestos de asombro y deleite entre los entregados oyentes. Media hora después ponía fin a su relato entre aplausos entusiastas y vocecitas que pedían más.

La señora Cornish, habilidosa experta en estas lides, consiguió conducir a los niños a sus habitaciones bajo el toque seguro y firme de la hora tardía y de la necesidad de descansar.

Amelia se despidió de las señoras y, tras unas indicaciones para la gobernanta sobre el uso de las hierbas que había llevado, y de algunos consejos para uno de los obreros del comedor sobre cómo usar un unguento que le entregó para curar unas quemaduras,

consiguieron ponerse de camino a la “zona rica” de la ciudad.

Max fue lo suficientemente honesto consigo mismo para reconocer lo ajeno que era a ese mundo, a esa pobreza. Vivía en un mundo de privilegios donde los problemas eran otros, donde el día a día de sus habitantes era tan distinto como la luna del sol.

Andaban por las calles, apenas iluminadas, y, esta vez, quizás por la bajada de la temperatura o quizás porque parecía volver a sentirse cómoda en su compañía, Amelia consintió que le ofreciese su brazo y su apoyo.

—¿Conoces a todos los niños? —preguntó mientras caminaban, o más bien intentaban no tropezar por esas callejuelas mal adoquinadas y empedradas.

Amelia, igual que hacia él, centraba la vista en el suelo y de hito en hito lo miraba.

—Bueno, sí, supongo que sí. Me resulta fácil recordar las caras y nombres de los niños. Supongo que se debe a una infancia rodeada de muchos, algunos de los cuales permanecían poco con nosotros.

—¿Cuántos acogéis?

Respondió rápidamente:

—Catorce bebés, veintinueve niñas y treinta y cuatro niños.

—Son muchos.

Amelia hizo una mueca:

—Y serán más en pocos meses... —Max la miró un segundo antes de que ella contestase—. Muchos de los niños que has visto en el comedor externo, te aseguro que acabarán viviendo en nuestro orfanato, bien porque su padre o madre ya están enfermos y dentro de poco no podrán cuidar de ellos, bien porque, a buen seguro, algunos de ellos morirán en algún accidente en esas fábricas que carecen de cualquier seguridad o protección para los trabajadores. De momento, conseguimos que algunos padres no obliguen a sus hijos a ayudar y llevar más dinero a casa haciéndoles trabajar en ellas. Cada vez empiezan más jóvenes. Algunos niños de once y doce años empiezan a trabajar en turnos de diez horas por unos pocos chelines.

En ese momento llegaron al coche, y Max la ayudó a subir mientras los dos fuertes lacayos se colocaban en el pescante correspondiente. Una vez sentado, Max la instó a continuar.

—¿Qué quieres saber en concreto?

—Todo, en realidad. Creo que estoy más asombrado e impresionado de lo que imaginaba...

Amelia ladeó la cabeza, intentando comprender lo que le acababa de decir.

—Supongo que incluso yo aún me asombro de la pobreza, la miseria que existe en Londres, sin que nadie parezca verla. Me corrijo, sin que nadie de los barrios ricos y elegantes parezca verla y menos aún querer verla. —Meditó un momento.

—¿Cuál era el problema sobre el que tienes que meditar?

Con la pregunta la sacó de sus pensamientos. Tras unos minutos en que permanecieron en silencio.

—¿Perdón? —Amelia lo miraba desconcertada.

—En el patio, antes de leer, se te cruzó por la mente la idea de meditar sobre algo.

Amelia asintió cayendo en la cuenta de lo que le preguntaba.

—El patio está descubierto. Dentro de poco bajarán mucho las temperaturas y nevará y lloverá de manera casi constante. No queremos tener a los niños siempre encerrados, pero no podemos dejarlos en el



patio sin un techo o algo con que cubrirlo desde el tejado. El problema es que las telas tan resistentes para hacer unos toldos lo suficientemente grandes y que aguanten son muy caras, y hacerlas también resulta en exceso costoso, de modo que no sabemos qué solución encontrar. Suspiró y miró por la ventana, pero instantes después se enderezó y con firmeza dijo —: Pero encontraremos una, de eso puedes estar seguro.

Max casi se rio, especialmente porque estaba seguro de que lo lograría. Era demasiado obstinada y tenaz cuando tenía un objetivo que sería difícil pararla.

—¿Cada cuánto tiempo vienes?

—Durante la temporada, tres veces por semana, después un poco más, salvo que estemos fuera de Londres, pero nunca he estado más de tres semanas sin venir, y cuando estoy lejos siempre permanezco en contacto con la señora Cornish y algunas de las niñas mayores. Además, no puedo desatender el dispensario médico dejándolo solo en manos del pobre lord Wellis.

No podía negarse que era una persona entregada a una causa noble y justa y no esperaba nada, absolutamente nada por ello. Le había conmovido el

brillo de los niños al mirarla, pero más aún el de ella cuando estaba rodeada de todas esas personas, estaba relajada, atenta a sus necesidades y lo que le decían y pendiente de lo que ocurría a su alrededor sin atender a su propia persona, sin preocuparse por si uno de los niños le manchaba el vestido o si se despeinaba por el traqueteo de los niños al empujarla reclamando su atención, ni siquiera por su seguridad caminando por esas calles.

No lograba imaginarse a ninguna de las damas de mundo social en ese ambiente, y menos en ese estado de despreocupación, de relajación en cuanto a su propia persona, que no, en cambio, en cuanto a las necesidades ajenas y hacerlo, además, con una sonrisa amable, cordial, cariñosa para todos, sin un mal gesto, sin una mala cara o una mirada de reproche o menosprecio. Era fácil comprender por qué todos se sentían cómodos con ella. Amelia se ponía en el lugar de ellos y trataba de actuar con ellos, de brindarles el trato que a ella le gustaría recibir estando en su misma situación. Iba a ser una madre magnífica. De repente, Max se tensó. Esa idea quedó suspendida en su mente y de pronto se asentó como algo fijo en él.

Al regresar a la mansión, Amelia estuvo departiendo con Julianna sobre los pasteles, sobre algunas de las cosas que trató en la oficina con la señora Cornish y después se retiró para tomar un baño y cambiarse.

Tras hacerlo, Max se disculpó para ir a su casa, que gracias a Dios estaba cerca, cambiarse y regresar para la cena, la cual transcurrió con absoluta normalidad. De nuevo empezaba a sentirse él mismo. Las damas se retiraron al salón mientras Cliff, su padre y él permanecían en el salón degustando una copa de oporto.

—Max, hijo, estás muy callado, ¿ha ocurrido algo en el orfanato?

Max se enderezó y fue consciente de que realmente había estado muy callado. Llevaba unas horas digiriendo todo lo visto, percibido y sentido esa tarde. Frunció el ceño y fijó la vista en la copa.

—¿Alguna vez habéis acompañado a Amelia al orfanato? —preguntó al aire.

—Yo solo a la clínica, pero tía Blanche y Juls sí la han acompañado en varias ocasiones —contestó Cliff antes de beber.

De nuevo pareció quedarse callado.

—Max. ¿Qué ha ocurrido? —de nuevo insistió el almirante.

Esta vez él levantó la vista para hablarles:

—No he visto una cosa igual en mi vida —contestó casi meditando. Si se hubiese fijado bien habría visto las miradas y las sonrisas que se intercambiaron su padre y Cliff, pero él seguía con sus pensamientos—. Esas no serán las peores calles de Londres pero poco le faltan, y jamás me adentraría en ellas solo e incluso me lo pensaría dos veces antes de hacerlo con dos fornidos lacayos, pero hete aquí que Amelia parece moverse como pez en el agua entre esas gentes, y ellos la miran y la tratan con respeto y agradecimiento. ¡Por el Amor de Dios, si la conocen todos! Y que el todopoderoso asista a aquel que intente hacerle daño estando allí. —Levantó de nuevo la vista y miró con asombro a Cliff—. Pero si me miraban con desconfianza por si iba yo a hacerle algo. Casi pude sentir a más de uno de esos brutos con ganas de pegarme un empujón y separarme de ella.

Cliff empezó a reírse a carcajadas mientras que Max lo miraba irritado. Cliff hizo un gesto con la mano:

—Te aseguro que ninguno de nosotros dejaría a Amelia frecuentar esas zonas sin Polly y Turner pegados a sus talones, y además, armados. Juls también me dijo que cuando va con ella tiene la sensación de que esas gentes la vigilan como si la protegiesen en silencio. —Se rio—. Y claro, para ellos, tú eres un acosador, un lobo persiguiendo a su corderito.

Empezó a reírse, de nuevo, a carcajadas, a las que sin poder evitarlo se unió el almirante.

—No tiene gracia —se quejó en tono de verdadero enfado—. Me sentí como si tuviese que pedir permiso para andar detrás de ella.

De nuevo estallaron en carcajadas. Después de que pararan, Max de nuevo se puso serio:

—Y lo que vi dentro del orfanato no deja de ser menos sorprendente.

—El edificio es suyo, ¿lo sabias? —señaló Cliff mirándolo fijamente.

Max lo miró pero fue el almirante el que continuó:

—Esa pequeña es algo especial, sin duda. ¿Recuerdas que cuando Blanche la adoptó compró una parcela para constituir una pequeña dote? —Max

asintió—. La pequeña pidió permiso a su tía para venderla y con lo que obtuvo compró el edificio, lo arregló y compró algunas cosas para ocuparlo como orfanato. El resto lo puso en manos de unos de los gestores del conde, que le invierte el dinero y con los beneficios mantiene el orfanato. Aunque siempre serán bien recibidas donaciones y ayudas.

Max lo miraba con los ojos como platos. Cliff continuó:

—Como ella dice que no se le dan bien los números y, además, eran necesarias algunas personas que se ocupasen permanentemente del funcionamiento, contratamos a la señora Cornish, que ha resultado ser un gran acierto de tía Blanche. Para temas legales y contables siempre contamos con la ayuda del despacho que lleva la empresa naviera. Ethan revisa las cuentas y algunas cosas cada dos meses para cerciorarse de que todo va bien. Sabes que siempre se le han dado bien los asuntos de gestión.

—¿Vendió su dote?

Cliff se rio.

—Vamos, Max, esa solo era una ínfima parte de su dote, como podrás imaginar, si bien es cierto que, en

ese momento, ella no lo sabía y aun así le importó muy poco.

Asimilaba a marchas forzadas esa información con todo lo acontecido esa tarde.

—Pues deberíais haberla visto con los niños y con las gentes del comedor. Apostaría mi barco a que trata con la misma cortesía a la más engreída condesa que a cualquiera de esas mujeres.

—Bueno, si te sirve de algo, eso lo hacen todas las Mcbeth. —Cliff se rio divertido.

—Y cuando se ha puesto a leerles un cuento. —Se removió en la silla porque no iba a decirles que le excitó y le enterneció a partes iguales—. Los tenía totalmente entregados, tanto a los niños como a los adultos. Es una especie de don. Todos se sienten cómodos con ella pero le guardan respeto de manera innata.

De nuevo Cliff y el almirante se lanzaron una mirada justo en el momento en que empezaron a levantarse. Cliff le dio un golpe en el hombro con la mano al pasar a su lado.

—Ríndete ya, zoquete.

Max no pareció oírle en un primer momento, pero

enseguida se puso de pie y resopló.

Más tarde Cliff yacía desnudo, sonriente y plenamente saciado con una adormilada y más que saciada Julianna apoyada en su pecho y rodeada por sus brazos.

—Cliff estoy oyendo tu sonrisa —dijo ella removiéndose.

Él se rio.

—Cariño, las sonrisas no se oyen.

Ella culebreó para colocarse mejor sobre él y poder mirarle a la cara.

—Yo las tuyas las escucho. —Le besó la barbilla y él volvió a reírse.

—Tendrías que haber visto la cara de Max en el comedor. —Removió un poco a su mujer para abrazarla mejor—. Si yo tenía esa cara antes de declararme, creo que debía parecer un bobalicón enamorado.

Julianna sonrió.

—Un bobalicón encantador. —Le dio un beso—. ¿Y qué ha dicho?

—Bueno, solo le ha faltado confesar que si no ha devorado a Amelia le falta poco.



Besó a su mujer y esta contribuyó con gusto a la actividad.

—Pues Amelia se ha quedado sorprendida con la reacción de la señora Cornish al ver a Max cuando les ha dejado solas le ha dicho... —Se paró un segundo—. Espera, que tengo que decirlo de igual modo, porque después mi tía y yo no hemos podido parar de reír en un buen rato mientras Amelia nos miraba con el ceño fruncido. ¿Cómo era...? Ah, sí, la señora Cornish le ha dicho con los ojos muy abiertos y totalmente sonrojada de la emoción —puso una voz imitándola—: “Dios bendito, niña, que magnífico ejemplar de hombre... dime que no lo vas a dejar escapar”.— Empezó a reírse.

En ese momento se oyó a Anna llorando en la cuna que habían dejado dentro de su habitación, ya que la señorita Donna aún dormía con los gemelos para asegurarse de que no recaían. Cliff besó la frente de su mujer y giró para dejarla cómodamente tumbada en la cama. Fue directo a la cuna sin molestarse en cubrirse y tomó a la pequeña en brazos, y aunque su llanto fue más suave no dejó de llorar.

—Ya estoy aquí, gatita... sshh... chiquitina, papá

está aquí.

—Tráemela, cariño. Querrá un poco de leche — dijo Julianna desde la cama apoyándose contra el cabecero y tapándose hasta la cintura con la sábana.

Cliff se acercó solícito y la dejó en sus brazos para a continuación volverse a colocar en la cama junto a ella. La pequeña empezó a mamar casi de inmediato y Cliff sonrió.

—Preciosas. —Sonrió acariciando la mejilla de su pequeña e inclinándose para besar a su mujer en los labios—. Eres deliciosa amor. Es lógico que mi gatita también quiera devorarte.

Susurraba cariñoso mientras con los labios y la lengua acariciaba el rostro y el cuello de su mujer, que se reía suavemente.

—Cliff.— Se rio—. Para. —Le acarició con la mano el rostro—. Solo un momento. —Cliff le dio un último beso y se incorporó, pero pegó su cuerpo al de su mujer y la acarició mientras observaba, deleitándose, a sus dos bellezas de ojos miel, especialmente porque la pequeña fijaba sus ojitos en él a pesar de mamar gustosa sin detenerse lo más mínimo.

Julianna lo miró un segundo y le dijo:

—Nunca creerás que existe un hombre lo suficientemente bueno para Anna, ¿verdad? Para Mely será casi imposible pero para tu gatita...

Cliff sonrió y acarició a su pequeña, que seguía mamando de su madre.

—No sé, quizás haya uno en todo el planeta que pueda satisfacer mis expectativas, pero deberá demostrar que de verdad la quiere más que a su vida y que la tratará como una reina. Mi gatita no es para cualquiera.

Julianna sonrió porque para él Anna era lo que los gemelos para ella, una versión pequeñita del otro, de su alma gemela. Los gemelos eran idénticos físicamente a su padre y Anna era casi exacta a ella. Lo comprendía y todavía los quería a todos ellos más por eso.

En cuanto la pequeña se sació, él se la arrebató de sus brazos y la acomodó para que expulsase los gases y después la acunó en su desnudo pecho, donde la niña se sentía calentita y cómoda y pronto se durmió. Julianna también se acurrucó muy pegada a él y se durmió casi con la misma rapidez que su pequeña.

Cliff sonreía feliz y satisfecho con la vida, con ellas

en sus brazos y sabiendo a los gemelos a salvo, felices y calentitos en sus camas. Tener a su mujer, escuchar su voz, su risa, tocarla, acariciarla, hacerle el amor, todo ello era adictivo, necesario para su subsistencia, y tener a su pequeña Anna en brazos el mayor de los deleites. Le daba paz. Su pequeña conseguía calmarlo con solo cogerla, con solo abrir sus ojitos miel y sonreírle. Era una Julianna en pequeñito y también era suya, de su sangre y de la de su Julianna. En ese momento, era un hombre completamente feliz. Deseaba que el cabezota de Max abriese pronto los ojos para que se sintiese igual que él. Como amigo suyo no podía desearle nada mejor. De eso estaba seguro.

Por la mañana temprano Max fue a recogerlos, de muy buen humor, a Brindfet House para montar en la escuela. Entró como siempre resuelto y alegre y se encontró con todos, incluido su padre, que residiría allí una temporada, desayunando tranquilos. Se inclinó.

—Buenos días, Max, ¿vas a montar con nosotros?  
—preguntó con las cejas levantadas Julianna.

Él asintió.

—Si no os importa.

—Al contrario, será un placer.

—¿Quieres una taza de café o algo de desayunar?

—preguntó tía Blanche.

—Me encantaría, sí.

Furnish, diligente como siempre, le sirvió una taza en cuanto tomó asiento.

—¿Algo de comer, milord?— le preguntó.

—No, gracias, Furnish, con el café me basta. —  
Bebió un poco y miró a Cliff—. ¿De las Américas?

Cliff se rio.

—Veo que aún conservas el paladar. —Max sonrió—. Lo trajimos a petición de mi esposa. Se ha enamorado del café de aquellas tierras, y más aún del cacao.

Julianna se rio.

—Tanto como enamorarme... Pero reconozco que me ha resultado muy fácil acostumbrarme a él, incluso creo que lo prefiero al té.

—¡Sacrilegio, pequeña, sacrilegio! —se quejó el Almirante—. Un inglés que prefiere el café al té, el cielo nos caerá sobre las cabezas.

Julianna se rio.

—Se lo recordaré la próxima vez que prepare un

postre con café o con cacao americanos...

En ese momento, llamaron a la campanilla y tras unos minutos apareció en el umbral de la puerta de la sala del desayuno lord Calverton. Hizo las cortesías de rigor.

—Espero no haber llegado demasiado temprano, creo que les he interrumpido.

Amelia se levantó, dejando un suave y grácil movimiento de color violeta a su paso

—No, no, William, tonterías. Ya estábamos terminando. ¿Te apetece un café? —ofreció señalando la mesa—. Por favor, pruébalo, precisamente comentábamos que es excelente. Lo trae Cliff de las Américas.

Cliff le lanzó una mirada y una rápida de soslayo a Max, de modo que informaba al marqués que aceptase para seguir con su juego. Lo comprendió enseguida y casi soltó una carcajada, pero se limitó a sonreír a Cliff y después a Amelia, a aceptar con amabilidad y a ofrecerle su brazo para acompañarla de vuelta a la mesa. La ayudó a sentarse y él se sentó a su lado. Furnish le sirvió el café con la misma diligencia mientras que Max se agarraba con fuerza a uno de los

brazos de la elegante silla Luis XVI del comedor de su anfitriona.

—Lo reconozco, es fuerte y con cuerpo, regio, pero de un sabor muy agradable —dijo tras probarlo.

—Excelente. Sonreía Cliff disfrutando claramente de la situación y de lo rápido que el marqués se había adaptado a sus propósitos—. Le mandaré unos saquitos a su casa y también un poco de cacao.

—Lo siento, William —intervino Julianna brindándole una gran sonrisa—, puede llevarse todo el café que guste, pero el cacao solo lo probará en uno de mis postres. Es más, le invito formalmente a tomar el té esta tarde con nosotros para degustarlo, pero mi cacao es mío. —Miró a Cliff—. Casi tengo que obligarte a punta de pistola a traer tres sacas y ahora vas y los regalas. —Meneó la cabeza falsamente ofendida—. No, no, no.

Cliff se rio y miró al marqués:

—En fin. Solo café entonces. El cacao solo podrá degustarlo aquí. —Se encogió de hombros y añadió mirando a su esposa—: Donde hay patrón no manda marinero.

Julianna se rio suavemente.

—Habrase visto semejante despropósito. Tú, marinero.

William y Amelia se rieron mientras Max había pasado de un estado de relajación y felicidad a uno de crispación e instintos asesinos crecientes. “Si las miradas matasen...”, pensaba más de uno en la mesa.

Para rematarlo, la pequeña Mely se acercó sonriente a William y sin mediar palabra se sentó en su regazo. William se rio más divertido que sorprendido.

—Doody está más gordita. —Le enseñó orgullosa a la gatita, que tenía entre las manos.

William le rascó tras la orejitas sonriendo.

—Y veo que muy limpita. ¿Son lilas lo que huelo?

Mely se sonrojó y miró de soslayo a su tía.

—Bueno, es... —susurró, y escondió la cara entre la bola de pelo de sus manos.

Maxi, desde el otro lado de la mesa, como siempre, la ayudó y señaló algo avergonzado:

—Olvidamos el jabón de Doody en el jardín y, como no lo encontrábamos, usamos uno de los de tía Mel. —Lo miró más avergonzado todavía—. Ella siempre huele muy bien.

Amelia se sonrojó hasta la raíz del cabello sin saber



dónde mirar, pero fue la tía Blanche la que prorrumpió en carcajadas y acto seguido Julianna. Amelia las miró a las dos.

—Nos os riáis. —Intentó contener las risas inútilmente— Sois, sois peor que ellos.

Finalmente se rio tanto como ellas mientras los caballeros las miraban sin entender del todo lo que pasaba hasta que finalmente Julianna, secándose las lágrimas, aclaró un punto de vista femenino del tema.

—Caballeros, han de entender que las damas consideramos que nuestro personal aroma es, eso, algo personal, como una seña de identidad, igual que nuestro cabello, el color de nuestros ojos o nuestra sonrisa. —Empezó a reírse de nuevo sin contención—. En cierta manera, es halagador que los pequeños identifiquen a Amelia por sus perfumes. pero que su gatita huela como ella...

Los caballeros se miraron unos a otros sin alcanzar a comprender bien aquello, pero mentalmente Max sabía que Amelia tenía siempre un olor suyo, único, siempre olía un poco a lilas, a veces mezclado deliciosamente con rosas, con almendras, a veces un poco a orquídeas y a flor de Lis, dependiendo del

perfume que usase pero siempre, siempre, había un fondo a lilas y un dulzor tan suyo, tan especial. Se removió en el asiento. Intentó recordar el olor de cualquier mujer de su vida, de cualquiera. ¿Su madre?, no, no. ¿Su hermana?, umm le gustaban el olor afrutado, fresco y silvestre pero en concreto... no, no... ¿Una amante? Sí, seguro el de una cualquiera de sus amantes... no, tampoco...

De repente se quedó quieto mirándola fijamente, escuchando su melodiosa risa. “Dios mío, ¡Estoy enamorado! Realmente estoy, absoluta, profunda, irrevocable, irremediable e inquebrantablemente enamorado”. La miró conteniendo la respiración. “¡Dios bendito, la amo! ¡Amo a Amelia!”. Por un segundo notó cómo sus pulmones se expandían libres por primera vez en semanas, cómo la losa que parecía llevar sobre los hombros desaparecía y cómo el martilleo de su cabeza se esfumaba todo de golpe.

“La deseo, la quiero, la amo”. Una vez que lo dijo por fin en su cabeza, su corazón lo refrendó con un fuerte latido de asentimiento y extrañamente se sintió libre, poderoso, magnífico de alguna manera... Durante unos segundos se sintió invadido por un

extraño sentimiento mitad emoción mitad pánico pero, enseguida, fue sustituido por una mezcla aún más extraña y difusa de sensaciones, de emociones, de sentimientos inesperados y desconcertantes en un sentido y esperados y deseados en otro, pero, en cualquier caso, fascinantes y emocionantes. Se sentía invadido por una brutal e impactante oleada de amor puro, sin barreras ni límites concentrados en una sola persona, en una persona que era su complemento, su Némesis, su equilibrio en el mundo. Amelia, su Amelia, su Mel.

—Max, ¿no vienes? —La voz de Cliff resonaba alejada—. ¿Max?

Volvió a la realidad. Se había quedado absorto sentado en la mesa solo con Blanche y su padre a cada lado de la misma. Los demás ya habían salido. ¿Cuándo habían salido? Frunció el ceño pero se obligó a levantarse.

—Te sigo.

Respondió casi de modo automático intentando recobrar la compostura. Cliff se quedó en el mismo sitio mirándole fijamente mientras se acercaba, y cuando lo tuvo cerca empezó a esbozar una sonrisa

comprehensiva de lo que acababa de ocurrir

—Ahh... —Ladeó la cabeza un momento—. ¡Por fin! —Sonrió—. Por ahí soplan los vientos. Ya era hora. —Le dio un golpe en la espalda—. Te ha costado ¿no es así? —Meneó la cabeza—. Terco. Ahora solo tienes que asegurarte de que no te la quitan delante de tus narices.

Se giró sobre sus talones y enfiló a la salida, dejando a Max clavado mirándole la espalda. “¿Qué me la quiten?... ¿Qué me la quiten?”, respiró hondo y susurró muy bajo solo para sí:

—No lo verán mis ojos. No dejaré que me la arrebaten.

A lo lejos a su espalda se escuchó la voz jocosa de su padre.

—Así se habla, hijo mío, así se habla.

Max se giró y solo vio la espalda de su padre sentado en la mesa bastante alejado bebiendo café.

—¿Cómo demonios?

Empezó a decir, pero suspiró, vencido por el talento increíble de su padre para saber incluso antes de hablar, lo que iba a decir, de modo que ¿por qué extrañarse de que escuchase un susurro? Finalmente

salió tras los demás sacudiendo la cabeza.

Tras el paseo a caballo regresaron a la mansión, Max se despidió, no sin antes concertar una cita con Cliff para comer juntos en White's.

—William —Cliff le detuvo antes de marcharse y una vez las damas y los niños entraron en la mansión. Él lo miró antes de volver a montar—, creo que después de todo Max no es tan terco como me temía. —William lo miró un instante pero enseguida comprendió—. Sin embargo —Cliff hizo un gesto con la mano—, vamos a asegurarnos de que hace las cosas bien y de que tenga que esforzarse un poco, que demuestre, o por lo menos que le demuestre a Amelia, que es digno de ella tal y como todos sabemos. —Sonrió disfrutando de antemano de los pequeños obstáculos que iban a ponerle a su amigo.

—Lo que viene a significar que quiere que, con cautelas, por supuesto, siga poniéndolo nervioso.

Enarcó una ceja al tiempo que Cliff se reía y pensaba que cada vez le gustaba más el marqués.

—No queremos torturarlo demasiado pero, sí. —De nuevo hizo un gesto con la mano—. Bueno, digamos que vamos a obligarle a bailar un poco

alrededor de Amelia y a esforzarse por lograr un corazón que aunque ya sea suyo aún debe serle entregado por su portadora. —William asintió—. Además, mientras nos paseamos por los salones de la ciudad lograremos dos objetivos, además de torturarlo un poquito. —Le sonrió malicioso—. Lograremos la dama apropiada para usted.

William lo miró esta vez inquisitivo.

—Empiezan a darme miedo los planes casamenteros de esta familia.

Cliff se rio.

—Y debe temerlos, amigo mío, debe temerlos. Ya que nos hemos revelado todos como unos románticos incurables, lo que significa que no nos daremos por satisfechos hasta que usted y la dama elegida hayan perdido irremediabilmente el corazón. —Sonrió—. Y tenga por cierto que las damas Mcbeth son difíciles de satisfacer. No querrán una buena candidata para usted, sino solo la mejor, la perfecta para usted y solo para usted, y tienen buen ojo, si me permite decirlo. Si eligen a una candidata es porque la sabrán idónea no para el marquesado, no para su posición, sino porque la sabrán idónea para usted y la hará su amiga hasta el

fin de sus días. —Se giró para despedirse pero añadió en un tono jovial Tiemble, amigo mío, tiemble, pero no presente batalla, ríndase a lo inevitable. No olvide que esta tarde le esperamos para el té.

# Capítulo 6

De camino al club, Max fue desenredando la maraña de sentimientos, de pensamientos y de ideas que todavía se agolpaban dentro de él, si bien había uno que resonaba como la campana de alarma de su barco dentro de su cabeza; el haber sido tan poco sensible de decirle a Mel que besarla fue un error. Suspiró justo antes de entrar.

Se sentó en una mesa y pidió una copa de vino mientras esperaba a Cliff, aunque este no tardó en aparecer y tras un gesto con la cabeza se sentó. Max sonrió.

—Veo que no te ha resultado difícil escapar de las damas.

Cliff se rio.

—Cuán equivocado estás. Uno no escapa de las damas, simplemente las deja libres para que luego



vuelvan felices a nuestro lado.

Max resopló. En ese momento el camarero le trajo su copa y la botella de vino y ambos pidieron el almuerzo.

—Supongo que quieres que hablemos de Amelia, sin embargo, he de decirte que aún es prematuro tener esa conversación seria que, tarde o temprano, habremos de tener si finalmente la logras. —Dejó que la mente de Max asimilase la información unos segundos antes de añadir—: Pues aún has de lograr a la dama.

Max le sostuvo la mirada con gesto serio:

—¿Si finalmente la logro? Cliff, Amelia me quiere. Sé que me quiere y tú también.

—Pero eso, ahora, no es bastante.

—¿Qué diablos quiere decir eso?

—Pues que, después de cómo te has comportado, más te vale demostrarle lo que sientes por ella. Y no solo a ella sino a todos. —Tomó un poco del vino que les habían servido—. Amelia no cree que le quieras. —Max lo miró e iba a hablar pero le detuvo—: Al menos no como ella espera y se merece. Tienes que demostrárselo sin ningún atisbo de duda, sin ninguna

posibilidad de incertidumbre. —Se acercó un poco y dijo serio—: Se lo debes, es más, te garantizo que, de otro modo, jamás la tendrás.

Max iba a protestar, pero se dejó caer sobre el respaldo del sillón para meditar lo que acababa de decirle. Cliff comenzó a comer con tranquilidad, esperando paciente lo que sabría vendría ahora. Le pediría consejo y ayuda para conquistarla y se la iba a brindar gustoso, pero asegurándose de que, en el proceso, tanto él como Amelia llegaban al convencimiento más absoluto de los sentimientos del otro.

—Y ¿qué me propones? Y ni se te ocurra decirme que me ponga a recitarle poesía bajo su balcón...

Cliff prorrumpió en carcajadas.

—Ni se me pasaría por la mente en mis peores días. Dios Santo, no. Dejemos ese tipo de actividades para los petimetres que empezarán a aguardar en su puerta cada mañana y cada tarde dentro de unos días cuando comience la temporada.

—Diablos —se quejó él—. Y encima eso.

—Veamos, Max. Como dice mi sabia esposa, vamos paso a paso ¿de acuerdo? —Max permaneció

en silencio—. En esta pasada semana te has dejado ver con lady Mariella y ella, con evidente interés, se ha encargado de hacer llegar a oídos de todos que casi la estabas cortejando. —De nuevo Max iba a protestar pero Cliff se lo impidió—: Tú y yo sabemos que no es así, pero a ojos de todos era una posibilidad. Desde luego, ella se ha encargado concienzudamente de susurrar esa idea a todo oído dispuesto a escucharla y tú no la has negado, es más, te has dejado ver en algunos sitios muy públicos con ella de tu brazo.

Max gruñó aceptando la verdad de sus palabras.

—Pero es fácil de corregir. —Bebió un poco de vino mirando por encima de la copa a Cliff—. La temporada aún no había comenzado y, por suerte, eso juega a mi favor, de modo que solo he de desmarcarme de ella de modo muy claro y, también, como antes, muy público, y todo quedará en un simple rumor fomentado por la interesada.

Cliff asintió ante el comentario de Max.

—Lo que significa que, durante unas semanas, deberás asistir a bailes, cenas y reuniones sociales y dejar claro, en todos esos escenarios, tu total indiferencia hacia lady Mariella. Y, al mismo tiempo,

deberás demostrar, a ojos de todos, que tienes tus miras en otra bien definida y más adecuada dirección. Una de pelo y ojos oscuros, para ser más exactos.

—Cliff, ¿lo que me estás diciendo es que he de cortejarla a ojos de toda la sociedad?

Cliff sonrió con una más que evidente satisfacción ante la cara de espanto de su amigo mientras decía:

—Has de cortejarla en privado, eso sin duda, y más te vale hacerlo sin demora, amigo, recuerda que tienes competencia. —Acababa de agujonear seriamente a Max y Cliff lo sabía—. Pero, en tu caso, después de los pasos en falso dados con anterioridad, he de decir que sí, además, has de cortejarla de acuerdo con las reglas sociales.

Que Cliff disfrutaba con esto era evidente. Max iba a tener que cortejar a Amelia bajo la atenta mirada de todas las grandes damas de la sociedad y hacerlo luchando a brazo partido contra todos los pretendientes que, en el camino, le saldrían a Amelia y quitándose de encima al enjambre de madres ansiosas y de hijas casaderas deseosas de cazar a uno de los últimos grandes calaveras y soltero de oro de la alta sociedad. Max gruñó y se removió incómodo en el sillón.

—Perseguir a Amelia de baile en baile, observando las reglas de decoro y esquivando a las matronas ávidas de todo soltero a su alcance no es lo que tenía en mente.

Cliff sonrió.

—Pero es lo que te has buscado. Yo me busqué casi volverme loco de preocupación sin saber nada de Julianna durante semanas y pasé por mi particular calvario y penitencia y, ahora, tú, has de pasar por la tuya. Todos pagamos por nuestros errores.

Cliff se encogió de hombros. Max lo meditó unos minutos y lo miró serio.

—Está bien, acepto. Pero has de procurarme ayuda. Eso me lo debes tú a mí.

Cliff se rio.

—Y la tendrás. La tienes. Sin embargo, recuerda que mi deber principal es con Amelia, la protegeré por encima de cualquier cosa. Sé que tú también pero...

—Chasqueó la lengua e inhaló aire lentamente antes de continuar—: A veces nos dejamos llevar y no calibramos en su justa medida las consecuencias de nuestras propias acciones.

—¿Lo que significa...?

—Que te ayudaré, Max, pero también te vigilaré. Ya la has dañado una vez, no dejaré que ocurra una segunda, y te recuerdo que cinco años atrás tú me hiciste la misma advertencia en relación a Julianna.

Max asintió.

—Es justo.

Volvió a sonreír y, relajado, se dejó caer en el respaldo acomodándose mejor en el asiento.

Más tarde Cliff entró en la mansión tarareando y sonriendo como un gato que acababa de zamparse el plato de leche del gato vecino. Se le acercó en el vestíbulo Maxi arrastrando el cochecito de la pequeña Anna.

—¿Maxi? —preguntó desconcertado acercándose a él mientras Furnish recogía sus guantes, sombrero y gabán.

—Papi. —El pequeño suspiró casi exhausto.

—¿Qué ocurre?

Miró dentro del cochecito, donde Anna permanecía dormida, le tocó la mejilla a la pequeña y después se agachó frente a su hijo.

—Papi. —Se puso de puntillas y miró un de reojo a su hermana—. Mel ha dejado suelta a Doody y no la

encontramos y como araña, no quiero que se acerque a Anna. —Se irguió orgulloso—. Le prometí a mami que no se acercaría a ella.

Cliff miró de soslayo a Furnish.

—Milord, lleva casi una hora vigilándola. No se separa de ella ni deja que nadie se le acerque. Ha dicho que solo lo hará cuando la lady Amelia encuentre a la gata o cuando llegase milord. Las damas están en la sala de tarde con su excelencia.

Cliff sonrió.

—Gracias, Furnish.

El mayordomo hizo una reverencia y se marchó sonriendo a pequeño lord, que permanecía firme junto al cochecito de su hermana.

Cliff cogió con un brazo a Max y con el otro empujó el cochecito de vuelta a la sala.

—Estoy orgulloso de ti, Max. Los caballeros protegen a las damas, y con más ahínco si se trata de nuestras damas ¿verdad?, y entre los dos protegemos a mamá y a tus hermanitas, ¿no es cierto? —Max asintió con firmeza agarrado al cuello de su padre—. Y como premio por ser tan bueno con tu hermana, te compraré ese calidoscopio que tanto te gustaba. —Le

besó en la mejilla y lo posó en el suelo—. Pero es un secreto nuestro.

Enarcó una ceja y el pequeño sonrió, contento por verse recompensado y por tener un secreto con su padre. Se enderezó y anduvo junto a su padre, orgulloso y complacido, hasta la sala.

Cliff tomó a la pequeña en sus brazos al llegar a la puerta mientras el lacayo la abría y dejó el cochecito en el pasillo. Hizo un gesto con la cabeza a Max para que entrase primero y ambos se adentraron en la sala.

—Gracias a Dios. —Suspiró Julianna—. Mely ha perdido a la gatita y Maxi se ha puesto tan sobreprotector como su padre.

Cliff se rio y guiñando un ojo al pequeño dijo orgulloso:

—Como debe ser.

El pequeño tardó poco en salir en busca de su hermana. Cliff se acercó a su esposa y le dio un beso:

—Señoras. —Miró sonriente a las damas—. Almirante —añadió acomodándose en el diván junto a Julianna—. Me alegra informar que nuestro barco a la deriva ha vuelto a la ruta esperada.

El almirante sonrió divertido.



—Tranquilizador, sin duda, tranquilizador. —Miró divertido, retomando casi de inmediato la partida de ajedrez que jugaba con Julianna—. Espero, tramposilla, que solo me intentes hacer trampa en el ajedrez. —Le dedicó una sonrisa muy paternalista a su contrincante.

—Excelencia —se puso la mano en el corazón—, me ofende. Yo no hago trampas en el ajedrez, solo adapto las normas a mi conveniencia e interés. —Sonrió mirándolo desafiante.

—Desvergonzada. —Miró a Cliff—. ¿Pero se puede saber qué le has enseñado en esos viajes, muchacho?

Cliff se rio.

—No, no, almirante. Dirija sus cañones en otra dirección.

Hizo un gesto de cabeza en dirección a la tía Blanche y todas las damas se rieron. La tía, sin ningún rubor en el rostro, señaló conteniendo la risa:

—Almirante, es prerrogativa de toda mujer intentar adaptar las reglas, que siempre parecen destinadas a perjudicar a nuestro sexo, para intentar paliar las injusticias y lograr así un resultado más equilibrado.

El almirante pestañeó ante la respuesta de la tía.

—¿Y cómo se supone las reglas del ajedrez perjudican más a las damas que a los caballeros?

La tía Blanche sonrió y dijo:

—Baste decir que la meta y objetivo único del juego es derrocar a la reina.

Amelia y Julianna se rieron por lo bajo mientras Cliff ponía los ojos en blanco y el almirante resoplaba. Se giró para mirar a Julianna de frente:

—Más te vale —dijo con ese tono de reprimenda tan propio de los padres mayores—, tramposilla, que me des doble ración de pastel de chocolate para compensarme este agravio.

Julianna se rio. En ese momento, llamaron a la puerta de entrada y girando el rostro y tras hacer una señal a Cliff para que le pusiese en el regazo a la pequeña, señaló:

—Debe de ser lord Calverton.

Cliff depositó a Anna con cuidado en el regazo de su esposa justo cuando entraba William, que hizo una elegante inclinación.

—Buenas tardes, excelencia. —Se oyó al almirante carraspear y William se rio antes de corregirse inmediatamente—. Buenas tardes, almirante, señoras,

Cliff. —Cada vez se sentía más cómodo con esa familiaridad que le brindaban, pensaba relajado. Miró en derredor—. ¿Y los pequeños?

—Están como locos buscando a su gatita, la han perdido.

Amelia contestó acercándose para invitarlo a unirse a ellos y tirar de la campanilla para que llevasen el servicio de té. William sonrió y sacó la mano que tenía a su espalda con la gatita en ella.

—Creo que la he encontrado. Estoy destinado a encontrarla una y otra vez.

—¿Dónde estaba? —preguntó Julianna.

—Debajo de uno de esos... ¿Cómo se llaman las enormes piezas de porcelana azul de la entrada? —preguntó mirando a Amelia.

—Macetones —respondió casi por inercia ella.

—Pues detrás de uno de los macetones del vestíbulo —susurrando pero en un tono audible por todos añadió—: Siempre enseñándome ¿no es cierto, Carboncillo?

Amelia negó con la cabeza con gesto de resignación. De inmediato, apareció Furnish en la puerta.

—Furnish, ¿podrían servirnos el té y los dulces que preparó mi sobrina esta mañana? Y, por favor, traiga a los dos diablillos aquí, gracias —ordenó con aire distraído tía Blanche mientras dejaba a un lado su bordado.

Minutos después apareció Furnish con dos doncellas y el servicio de té y los dulces seguidos por los gemelos con cara de preocupación.

—Papi... —Gimoteó Mely acercándose a él—. No encuentro a Doody.

Cliff sentó en su regazo a la pequeña mientras le acariciaba con la nariz la mejilla, algo enrojecida por haber estado llorando, en un gesto cariñoso.

—¿Por qué no miras a lord Calverton? —La pequeña lo miró y cuando este enseñó a la gatita, la niña quiso ir a por ella, pero su padre la retuvo—. No, cariño, deja que la tome tu hermano.

Ella lo miró y asintió aliviada, porque el animalito estaba sano y salvo dejándose consolar por su padre, que le acurrucaba y le acariciaba las manitas. William le pasó el animal a Maxi.

—Quizás podríais buscarle un pequeño cascabel y colgárselo del cuello con una cinta. Así siempre

podrías oírla.

Maxi lo miró un segundo y después a su padre, que abrazaba cariñoso a su hija.

—Es una buena idea —contestó Cliff, besó en la mejilla a la pequeña—. ¿Por qué no vais con Furnish, seguro que él sabe dónde encontrar uno? Pero regresáis enseguida que si no el almirante os dejará sin pastel.

La pequeña se bajó del regazo de su padre y se giró para verlo.

—Le voy a poner una cinta rosa. —Antes de que ni su hermano ni su padre discutiese su sugerencia, la razonó firme—: Es niña. Tiene que ser rosa.

El pequeño Maxi resopló, pero no discutió, simplemente miró a su padre y señaló:

—Estoy rodeado de chicas. —Y meneó la cabeza.

Todos se rieron, pero Cliff le contestó divertido.

—Maxi, cuando crezcas, eso te encantará, ya verás.

Su hijo le lanzó una mirada de convencida incredulidad. Amelia sirvió las tazas de té para todos y la de café para Cliff y, mientras todos departían degustando los dulces de cacao, crema y café

americanos hechos por Julianna, se levantó.

—Disculpad —dijo para marcharse—. Voy a buscar a los gemelos para que tomen el té con nosotros. —Se acercó a Julianna tomándole al bebé en brazos—. Y ya es hora de que dejemos a esta pequeña en manos de la señorita Donna para que duerma en su cuna como Dios manda y no en los posesivos brazos de sus padres.

Cliff se rio y contestó antes de que ella se diese la vuelta y se retirase.

—Mi gatita encuentra mis brazos irresistibles e infinitamente más cómodos que su cuna ¿Quién puede culparla por eso? Es igual que su madre.

Tanto Amelia como Julianna se sonrojaron.

—¡Cliff! —le reprendió Julianna, y él se rio con un brillo truhan en la mirada.

En cuanto Amelia se marchó, Cliff, cogiendo otro dulce de café y mirando a los presentes, señaló con seriedad pero con cierto trasfondo de verdadero regocijo.

—Ahora que la pequeña se ha marchado, podemos hablar de un asunto con libertad. —Todos le miraron, aunque el almirante parecía más interesado en el pastel

que estaba devorando que en las palabras de Cliff, por lo que este carraspeo obligándole a centrarse en él—. He conseguido —sonrió con evidente arrogancia—, digamos más acertadamente, que he inducido, a Max a pasar por la prueba pública de un cortejo de Amelia e independientemente de cortejo privado que permitiremos, dentro de unos límites, por supuesto. —Miró a tía Blanche, que sonrió con el mismo regocijo de fondo que el de Cliff—. Va tener que demostrar públicamente no solo su interés por nuestra Mel sino, además, su total rendición y devoción por ella, y hacerlo, para más inri, de acuerdo con las normas de decoro, de cortesía y de conveniente comportamiento impuesto por las más estrictas reglas del mundillo social. —Se rio malicioso—. Lo que va a suponer una auténtica tortura para él, pero que demostrará a todos y a Amelia que ella y solo ella es la dama elegida no solo como su futura duquesa sino como su única compañera.

Julianna y su tía lo miraban con los ojos como platos. Con autentico asombro en el rostro y en la voz preguntó:

—¿Has conseguido que Max acepte someterse a

los dictados de la sociedad y “perseguir” a Amelia no como un pretendiente cualquiera sino como un pretendiente enamorado de manera palmaria, notoria y pública?

Cliff asintió con una sonrisa petulante. La tía Blanche comenzó a reírse entre dientes mientras decía sosteniendo entre las manos su taza de té:

—No sé si eso te convierte en un inteligente manipulador de la situación a favor de Amelia o en el malvado, sádico y cruel torturador de Max...

Cliff se rio y con un tono indolente y petulante señaló, mirando a todos con clara arrogancia satisfecha en la mirada:

—Yo prefiero considerarme un genio adelantado a cualquier otra mente privilegiada de mi tiempo.

—¡Por el amor de Dios, Cliff! Solo estás haciendo de alcahueta, no descifrando los misterios de la vida.  
—Julianna resopló, dándole, sin embargo, un beso en la mejilla con la sonrisa dibujada en los labios.

En el fondo sabía que haber logrado ese compromiso por parte de Max era del todo sorprendente, inaudito unos días atrás, y Cliff se deleitó viendo ese orgullo y asombro en ese mar de color miel



de su esposa.

—Aun así —intervino el almirante, y movió un dedo en el aire en dirección a Cliff—, estás disfrutando más de lo que sería natural en este caso, lo que me lleva a pensar que esto solo es una parte. ¿Qué te traes entre manos, muchacho? —preguntó enarcando sus pobladas y canosas cejas.

Cliff se rio.

—Me conoce demasiado bien para ocultarle nada.

—No, hijo, es que todo lo que sabes de manipulación, maquinación y estrategia, me temo, lo aprendiste de mí. Aunque confieso que tú y Max siempre fuisteis alumnos aventajados.

Los dos se rieron, aclarándole de inmediato el almirante a William que él fue el mentor de Cliff y de Max en la Marina Real y, en parte, responsable de los marinos y capitanes en los que se acabarían convirtiendo. Con un poco más de seriedad, Cliff continuó:

—No podemos interponernos ni poner trabas a este “cortejo público” que le hemos impuesto a Max, ya que todos queremos que llegue a buen puerto y del mejor modo posible, desde luego, sin embargo...

—Sin embargo —continuó el almirante—, tampoco se lo vas a poner fácil a ese hijo mío. ¿Cierto?

—Cierto —aseveró orgulloso Cliff—. Hasta ahora ha sido un terco, obstinado y obcecado cazurro y, aun sin pretenderlo, no solo ha cometido varios errores sino que, y, de nuevo insisto que de un modo ajeno a su voluntad, ha hecho daño a Amelia. —Julianna iba a protestar por donde veía que iba su marido, pero este se le adelantó—. No, no. No estoy diciendo que vayamos a hacérselo pagar, pero creo justo castigo hacer que se gane el premio final, y como este no es otro que una joya única, nuestra Amelia, al menos no vamos a consentir que no demuestre que es merecedor de ella ¿no creéis?

William se rio y negó con la cabeza.

—Y ahí es donde, presumo, entro yo, como un supuesto pretendiente a batir o al menos desplazar. — Se rio suavemente al ver el rostro de diversión de Cliff —. Menos mal que es uno de sus mejores amigos y el pretendiente que considera más adecuado para Carboncillo, no querría ni imaginarme de a qué otras “torturas” sería capaz de someter a sus enemigos o peor aún, a pretendientes inadecuados.

De nuevo meneó la cabeza claramente disfrutando de la diversión tanto como Cliff, el cual soltó una sonora carcajada ante el razonamiento de William.

—Bueno —dijo intentando parecer inocente, y suspiró—. Creo que podríamos obligarle a “bailar el agua” a Mel por todos los salones, bailes y fiestas de Mayfair durante unas semanas, con William siempre atento, siempre cercano a ella y como “supuesto competidor”, claro. —Sonrió con un brillo de malicia en los ojos—. Además, deberá demostrar ante los ojos de todas las matronas, madres con hijas casaderas y todos aquellos ávidos de rumores que, el anteriormente considerado calavera por excelencia de Londres, “tras la pérdida de otros más notorios y sin duda hábiles...” —Julianna le dio un codazo en reproche por ese toque de autocomplacencia que él simplemente recogió con una sonrisa de orgullo—. Como decía... —le lanzó una leve mirada seductora a su esposa—, que ese otrora impenitente libertino, ha caído rendido e irremediabilmente seducido por la mejor de todas las damas de la ciudad. Nuestra Mel. —Sonrió orgulloso haciendo un gesto absolutamente teatral antes de devorar un panecillo de crema—. ¿Qué le voy a

hacer? Las damas Mcbeth me han convertido en un romántico.

Se zampó el panecillo y después besó la mano de su esposa corroborando su afirmación. Julianna lo miró un segundo y añadió sonriente centrando su atención en William:

—Y eso, además, nos brindará la ocasión perfecta de pasear a William por los salones presentándole como el mejor y más deseable de todos los solteros, a las candidatas más aptas. —El pobre William lo miró con una mezcla de resignación, estupefacción, espanto y agradecimiento en su mirada—. Es más —dijo acercándose un poco a él y cogiéndole la mano—, Mel ya tiene la candidata perfecta.

William se quedó petrificado y todos guardaron de repente silencio.

—¿Lo? —carraspeó—. ¿Lo dice en serio?

Casi no salía de su asombro, pues, aunque ya le había hablado Amelia de su idea de buscarle una dama adecuada, en su mente aún parecía abstracta y difusa. Julianna asintió con firmeza y con una deslumbrante sonrisa.

—Es, es... —De repente negó con la cabeza—.

No le diré quién es y Amelia tampoco porque cree, bueno, las dos creemos, que se va a enamorar de ella en cuanto la conozca y no queremos predisponerle. — Lo miró un momento—. Cuando Amelia la conoció el pasado año, se hizo amiga suya casi de inmediato. Es una gran muchacha, William, se lo aseguro, y no solo es bonita y dulce sino que es agradable, de buen talante y muy, muy inteligente... —Oyeron los revoltosos pasos de los gemelos acercándose por la galería que accedía al jardín seguidos de los de Amelia. Rápidamente Julianna miró a William—. Ha de prometerme que no dirá nada, pero le aseguro que Amelia tiene un ojo certero con las personas. Los conoce a ambos y quiere lo mejor para los dos. Si no estuviese completamente segura de que son el uno para el otro, ni siquiera me lo habría sugerido. —Los pasos se pararon en la puerta y ella susurró a William —: Debe saber que Mel no solo le tiene en una gran estima, sino que le quiere como su primer y más cercano amigo.

William la miraba y más que sentirse asombrado, que lo sentía, o enfadado por ese giro de acontecimientos, sintió mucho agradecimiento hacia

aquellas personas y mucha ternura y cariño por Amelia, pero por encima de todo ello, esperanza. Esperanza en la vida que se había imaginado, en la familia que deseaba tener y que sabía con certeza absoluta era lo que Amelia quería para él. Cuando se abrió la puerta todos disimularon haber estado hablando de temas sin trascendencia, aunque William no pudo evitar sonreír en varias ocasiones con especial cariño a Amelia e incluso bromear con la idea de convertirle en el soltero de oro de la temporada.

A la mañana siguiente, de nuevo salieron todos a montar a primera hora pero, en esta ocasión, Max acompañó a Amelia mientras que William se disculpó la noche anterior mediante una nota alegando tener asuntos que atender.

Max siguió uno de los consejos de Cliff, o más bien una de las tácticas empleadas por él cuando cortejaba a Julianna, montar a solas con Amelia librándose del mozo que la acompañaba con una excusa sencilla y llevándola a alguna de las zonas menos conocidas y transitadas de los terrenos de la escuela. Estuvieron cabalgando durante media hora dejando a sus monturas liberarse y disfrutando de poder hacer juntos

y en cordial compañía ese ejercicio que a ambos tanto les gustaba. Después de ese rato, y habiéndola conducido hábilmente a uno de los páramos más bonitos y normalmente sin transeúntes curiosos, hicieron a los caballos relajarse

—Amelia, dejemos a los caballos descansar un rato —propuso deteniendo su bayo—. Demos mientras un paseo para estirar las piernas.

No era una pregunta ni una sugerencia. Lo decía firme con ese tono seductor, suave y seguro que dominaba tan bien. Amelia lo imitó deteniendo a Granada a su altura e instantes después, sin saber cómo, la había bajado del caballo y la llevaba del brazo paseando por ese bonito lugar. Como no podía abordar sin más el tema que realmente quería tratar con ella se propuso ir poco a poco.

—Amelia —la miraba de soslayo mientras caminaban—, he estado pensando en ese asunto del patio del orfanato. —Amelia ladeó la cabeza fijando su mirada en él sin ser capaz de decir más que un “oh” por respuesta—. Anoche, tras cenar en White’s con unos viejos compañeros de armas y comentar que cambié las velas de mi navío antes de cedérselo a su

nuevo capitán, me di cuenta de que las velas serían una solución más que factible para cubrir el patio. — Se detuvo, instándola también a detenerse, y la miró de frente—. Con unos pocos ajustes solo tendréis que poner unos pernos en el techo de los que usamos en nuestros mástiles y anclarnos para poder sujetar las telas. En verano, no tendréis más que desatarlas para descolgarlas, lavarlas antes de guardarlas de nuevo para el invierno o, en su caso, hacer algunos arreglillos y solucionado. Los materiales de las velas son gruesos y resistentes y fáciles de reparar por alguien habituado. Podríais contratar a alguno de esos viejos marineros jubilados o demasiado enfermos para embarcar, con lo que lograrías no solo ayudarles a ganar unas libras que, a buen seguro les vendrían bien, sino, además, que lo hagan manos expertas y por poco dinero.

Amelia lo miró y por unos instantes pareció meditarlo.

—Pero, si no nos dices a nosotros esas velas ¿adónde irían a parar?

Max hizo una mueca.

—No estoy seguro. Se deja en manos de alguien del puerto que imagino le daría algún uso, aunque no sé



ni puedo aseverar que sea uno honrado o simplemente decente. La verdad, prefiero pensar que vamos a darle uno mejor, al menos, uno que conozco.

Amelia lo miró de nuevo arrugando un poco la frente. Max conocía de sobra ese gesto tan suyo. Lo ponía cuando se concentraba en algo y cuando leía los clásicos. Siempre le había resultado divertido y tierno verla sentada, sobre todo en Navidad, frente a la chimenea leyendo con minuciosidad cada página, cada línea incluso cada palabra como si estuviese desentrañando grandes enigmas o el verdadero sentido querido por quienes los escribieron y no el literal o el más sencillo. Todo en ella era un compendio de detalles complejos, de una personalidad rigurosa y a la vez sencilla y pragmática pero soñadora, imaginativa y romántica incurable. Lo asombroso de todo era que él la conocía tan bien o mejor que a sí mismo, y lo había logrado poco a poco, sin proponérselo, pero, de algún modo, de una forma irremediable, como si su voluntad hubiese ido unos pasos por delante de su corazón y este, a su vez, unos pasos por delante de su mente y de su razón.

Sin pensarlo, Max alzó la mano, posándola en su

cuello, y con el pulgar le acarició la mejilla con suavidad. Ella abrió muchos los ojos, sorprendida, pero no se movió. Como si una cuerda los uniese y uno tirase del otro para acercarlos, Max dio un paso y con el brazo libre la acercó por la cintura, se inclinó y el pulgar con el que le acariciaba lo posó bajo su barbilla, instándola alzar el rostro. Con sus labios posándose con suavidad en los de ella susurró:

—La vez anterior no fue un error, y esta te lo demostrará.

Sin esperar respuesta o reacción la besó con ternura pero, sobre todo, con pasión, mucha pasión. Amelia tardó un poco en reaccionar, pero enseguida quedó cautivada por su calor, por esa suavidad y, ¿por qué no decirlo?, por esa pericia y maestría nada desdeñables. Cuando la instó con los labios, con la lengua y con sus suaves movimientos a abrir los labios un poco más, él se adueñó, se apoderó y conquistó su boca. Como un guerrero que se sabe victorioso, la saboreó a placer y ella, como una cautiva reducida en batalla, se dejó devorar y disfrutó en el proceso.

Amelia dejó de notar sus extremidades, y sintiendo cómo las rodillas le flaqueaban se pegó más al cuerpo

firme, poderoso, que sentía ya envolviéndola, y Max la sujetó con firmeza pero sin rudeza, abrazándola y atrayéndola más y más hacia él, notando cómo sus cuerpos encajaban a la perfección. Amelia alzó los brazos con intención de apoyarse en sus hombros, pero como si tuviesen vida propia, estos continuaron camino hacia su nuca, enlazando sus manos tras ella y enredando los dedos en las suaves hebras rizadas que acababan justo ahí. Ese gesto, esa caricia, convirtió en un río de lava las venas de Max y en una hambrienta fiera al resto de su cuerpo, por lo que se obligó a tomar las riendas de su deseo y a tensarlas firmes para no cometer allí mismo una locura. No sin esfuerzo fue poniendo poco a poco fin al beso y a las caricias y cuando, al fin lo interrumpió, levantó lentamente la cabeza manteniendo a Amelia entre sus brazos segura, ayudándola a conservar el equilibrio. Estaba preciosa, sonrojada, algo temblorosa, con los labios hinchados, Max no pudo evitar que se le curvasen los labios en una sonrisa petulante mientras ella abría poco a poco los ojos. Le brillaban con una mezcla de sorpresa, de placer y de inocencia que era delicioso, al menos para Max. De nuevo, manteniéndola aún dentro de su

abrazo, inclinó un poco la cabeza para notar, solo un poco, el calor y la suavidad de sus labios y después de rozar con ternura su mejilla le susurró:

—No ha sido un error, no ha sido un error.

La besó como si fuera una pluma y se apartó de ella con suavidad, dejándola afianzarse de nuevo sobre sus pies. Ella miraba el brillo azul que bañaba el gris de sus ojos, sonrojada mientras dejaba caer los brazos a los costados. Antes de que empezase a analizar demasiado lo ocurrido, él le tomó de la mano, la llevó hasta su yegua y, sin ninguna palabra o aviso, la aupó hasta la silla, la ayudó con el estribo, le pasó las riendas y se giró para montar en su caballo con rapidez, sonriendo porque ella había hecho todas estas últimas cosas como una niña adormilada a la que arropan sin que oponga resistencia. Una vez sobre su silla, colocó su caballo junto a la yegua de Amelia y mirando a sus todavía aturcidos ojos preguntó con voz tranquila:

—¿Cabalgamos de vuelta a las pistas de entrenamiento? Seguramente podemos montar un poco con los gemelos si nos damos prisa.

Esperó unos segundos y ella en vez de contestar preguntó:

—¿Por qué?

Max la miró los ojos mientras preguntaba a su vez:

—¿Por qué quiero montar con los gemelos?

Ella negó con la cabeza:

—¿Por qué has hecho eso? —Señaló donde la había besado.

Max casi se ríe, pero ella jamás le habría perdonado haberlo hecho. Ella, solo ella, conseguía desconcertarlo y divertirlo al mismo tiempo. La miró a los ojos y con una voz firme pero con esa cadencia que conseguía impregnar de suavidad su voz dijo:

—Porque no puedo evitarlo.

Sin añadir nada más espoleó su montura para hacerla trotar y, en cuanto notó que Amelia lo seguía aumentó el ritmo para cabalgar dejándola alcanzarle e ir a la par.

Apenas dijo nada en el camino de vuelta ni tampoco en el almuerzo ni ya en la cena cuando normalmente, tras visitar la clínica, como esa tarde, solía abrumar a su tía con un buen número de anécdotas de las personas que conocía o acababa de conocer. Pero durante toda la velada apenas parecía concentrada en seguir la conversación a su alrededor.

—Mel. —Su tía le apretó la mano instándola a volver el mundo de los vivos—. Mel, querida, Juls te preguntaba si habías mandado la nota a la señorita Markerson.

Le mantuvo la mirada durante unos segundos con la ceja levantada desde su sitio en la cabecera de la mesa.

—Umm, lo siento, tía, estaba un poco distraída ¿Qué me preguntabas?

—Queríamos saber si concertaste la cita con la señorita Makerson.

—Oh, sí, disculpadme, no os lo había dicho. Creo que tengo su contestación en mi tocador. Está de acuerdo. Nos reuniremos con ella en la sombrerería de Bond Street. No quise decirle dónde tenemos pensado llevarla para que no se incomode, de cualquier modo, ya he enviado algunos detalles previos a madame para que nos ayude un poco a suavizar la situación y lograr que nuestra amiga se sienta cómoda.

Parecía, al fin, haber retomado el interés por ello, tanto su tía como Julianna se dedicaron una fugaz mirada para retrasar para más tarde la pregunta evidente, es decir, ¿cuál era el motivo de su destacada

ensoñación? En el fondo, la mirada intercambiada de ambas implicaba la certeza de la respuesta, no había que ser muy hábil para, al menos, hacer una conjetura bastante próxima.

Cliff, que no conocía el nuevo objeto de los tejemanejes de las damas de la casa, preguntó mientras servían los postres enarcando inquisitivamente una ceja y mirando alternativamente a todas las damas:

—¿La señorita Markerson?

—Es la amiga de Amelia en la que queremos posar los ojos de William —contestó sin cortapisas tía Blanche—. Es una jovencita encantadora y de buen corazón. —Hizo una mueca—. Creo que ese es uno de los motivos por los que no le fue demasiado bien la temporada pasada.

Con este último comentario despertó el interés de Cliff, que enarcó la ceja lo suficiente para que Julianna apreciase la curiosidad aguijoneada de su marido.

—Es posible que hayas conocido al padre de la señorita. —Hizo un gesto despreocupado con la mano—. Disculpadme, pero me resulta difícil referirme a ella así. Cloe, su nombre es Cloe. —Respiró hondo—.

Su padre era el difunto capitán de caballería Thomas Markerson. ¿Lo conociste? —Miró interrogativa a Cliff.

Este lo pensó un momento, pero negó con la cabeza:

—No, no lo conocí. Pero no me es desconocida su persona. Era un excelente oficial. Condecorado. Era bastante mayor que yo y, si no me equivoco, hijo de un conde o de un vizconde o algo así, ¿no es cierto?

Julianna asintió:

—De un vizconde. Era el tercer hijo de un vizconde. Obviamente su familia esperaba que se casase con una dama con fortuna, no que entrase en el servicio militar voluntariamente y menos aún que se casase, como hizo, con la hija de un vicario de Kent. Después de eso, toda la familia del vizconde, incluidos sus hermanos, le dio la espalda. Por lo que sabemos, a él poco le importó, ya que era feliz con su esposa y después con su hija, Cloe. Ambas fueron con él a todos los destinos a los que le enviaron durante años.

Fue Amelia la que continuó:

—No debió ser una vida fácil. Constantemente cambiando de país, todos ellos tan alejados e inseguros,



viviendo sin más ayuda que el cargo que ostentaba el capitán. Por lo que nos contó Jonas, entre los militares de caballería es casi una leyenda. Destacó por su valor en los campos de batalla, por su entrega en la defensa de su país y de sus hombres y por ser un oficial severo pero justo y admirado por quienes estaban bajo sus órdenes. Falleció en las Indias hace dos años deteniendo una pequeña insurrección, creo recordar. Unos años antes había fallecido, a causa de unas fiebres, su esposa. Aún entonces, Cloe permaneció junto a su padre y solo regresó cuando él falleció. Vive con la hermana pequeña de su padre desde entonces. Esta se casó con un barón y aceptó acogerla aunque... —Hizo un gesto de desaprobación—. Lo han hecho más para evitar, o al menos eludir, las posibles habladurías y reproches que por querer realmente ayudarla.

Julianna suspiró y miró a Cliff:

—Ya sabes cómo son algunos con lo que ellos llaman familiares pobres.

Cliff asintió:

—Puedo imaginarme la situación, sí.

—Ni su tía ni sus dos primas pierden ocasión para

criticarla o menospreciarla allá donde se encuentren, sin prestar atención a los oídos que puedan tener alrededor, ávidos de risas a costa de otros.

De nuevo Cliff asintió.

—Y si eso, claramente, no le hizo más fácil su irrupción en la escena social, tampoco lo es que le recuerden, constantemente, su falta de fortuna, de relaciones e incluso su falta de habilidad entre tanta jovencita curtida en estas lides y sus madres aún más deseosas de sacar partido a los puntos flacos de sus rivales —Añadió con práctica rapidez tía Blanche.

—Pero es una jovencita preciosa, Cliff. —Sonrió Julianna—. Tiene ese tipo de rostro dulce y la mirada bondadosa que transmiten tranquilidad y serenidad, ¿verdad, Mel?

Amelia asintió.

—Y es que ella es así. Vivió sintiendo el cariño de unos padres amorosos y no entiende cómo puede ser la gente tan mezquina, más aún personas que son de su sangre. Pero, después de unos meses con ellos, ha acabado comprendiendo lo que a mí aún me sigue resultando incomprensible. —Hizo un mohín de enfado—. Cuando la tía ha dicho que no le fue bien la

temporada pasada fue por todo eso que hemos dicho pero, también, por dos cosas más. La primera, que ella es demasiado buena para actuar con la malicia que necesitaría para sobrevivir al lado de su tía y sus primas y de las damas amigas de todas ellas. —Tanto Julianna como tía Blanche asintieron, confirmando la apreciación de Amelia, lo que hizo que Cliff tomase más conciencia del cariño que la muchachita debía haber despertado entre las féminas de su familia, por lo que sonrió—. Y lo segundo es, es, bueno, carece de medios para...

Tía Blanche le tocó la mano para que la dejase continuar:

—Cojamos el toro por los cuernos. Tras haberle dado de lado su familia, el capitán solo contaba con su pensión militar. El vizconde ni siquiera fue capaz, lo que sin duda fue ruin por su parte, de mantener la asignación que, como hijo suyo, le correspondía. —Negó con la cabeza—. Vizconde avaro y mezquino debía ser —murmuró en reproche—. De modo que a la pobrecilla solo le queda un poco de la pensión de su padre y algunos recuerdos suyos y de su madre. La baronesa, su tía...

La interrumpieron a la vez Julianna y Amelia diciendo al unísono:

—La urraca.

Cliff se rio.

—¿Así la llamáis?

Las dos asintieron tajantes con una sonrisa maliciosa.

—Se lo puso Eugene —contestó Julianna, y las dos se rieron de nuevo.

—Y sus dos hijas son las lechuzas —añadió Amelia divertida riéndose con lágrimas en los ojos.

—En fin, como decíamos —miró la tía a las dos sobrinas para que no la interrumpiesen más—, la baronesa no quería ayudarla más que “recogiéndola” en su casa. De hecho, lo hace por puro interés porque a la pobre muchacha la tiene todo el día atendiendo sus caprichos y los de sus primas, que no dudan en abusar de ella sin reparos. Solo cuando escuchó de labios de algunas *grandes dames* algún comentario velado sobre lo poco “gentil” que era no permitirle compartir la temporada social con sus primas, se vio “inclinada” a dejarla pasear detrás de sus primas por los salones. Pero no hace ni hará nada por favorecerla ni por

ayudarla, menos aún sabiendo que, en cuanto permitiese que algún caballero posase los ojos en ella, eclipsaría sin remedio a sus dos pequeñas arpías.

—¡Tía! —la reprendieron sus sobrinas divertidas—. Después no nos reprendas por llamarlas lechuzas... —decía riéndose Julianna.

El almirante, que ya había dado buena cuenta de su postre, intervino por fin.

—Y por lo que desprendo de vuestra invitación, vosotras os vais a encargar de que, tanto los ojos de William como los de cualquier otro soltero que merezca vuestra aprobación, se posen en ella sin remedio.

Las tres se rieron.

—Principalmente los ojos de William —dijo Amelia con convicción—. A él no le importa que carezca de dote y puedo aseguraros que ella es perfecta para él. Es dulce y cariñosa y será el equilibrio que Doody necesita.

—Solo vemos un escollo en nuestro plan —señaló Julianna mirando alternativamente a Cliff y al almirante—. En cuanto la ayudemos a ser... bueno, objeto de atenciones, su tía y sus primas le harán la vida

imposible no solo en los bailes y fiestas sino, y esto es lo que más nos tiene preocupadas, cuando estén en privado, en su casa.

Cliff la miró meditando en alto con el ceño fruncido:

—Desde luego si creen que tiene éxito, especialmente más que el de sus primas, la baronesa, si es tal y como la habéis descrito, no dudará en tomar represalias contra ella y le puede hacer la vida realmente difícil de soportar en la intimidad de su casa.

—Pues habrá que encontrar un modo de sacarla de allí y acomodarla en un lugar mejor —señaló firme el almirante

Amelia lo miró con los ojos muy abiertos:

—¿Podríamos? ¿Cómo?

—Umm. —El almirante meditó unos segundos—. Oficial de caballería habéis dicho, ¿verdad? —Las tres asintieron—. Fácil.

—¿Cómo? —preguntaron Amelia y Julianna con ansiedad.

—Podría ser invitada por un compañero de caballería de su padre, uno que le admirase y respetase y sintiese que era su deber ayudar a su hija, tras la pérdida de su querido padre, a sobrellevar mejor su

dolor.

—¿Quién?— preguntaron de nuevo.

—Mi querido yerno, por supuesto —dijo alzando el mentón con orgullo satisfecho—. Jonas, como antiguo camarada de armas de su padre, da la excusa y el motivo socialmente adecuado para que la jovencita sea acogida bajo su protección, además, su tía no podrá negarse a esa invitación, pues proviene de todo un marqués, con unas intachables relaciones a las que no le convendrá ofender rechazando tan generosa oferta. —Las caras de las dos jóvenes brillaban de emoción, y con un gesto y un tono totalmente teatral añadió el triunfal desenlace que su magistral cerebro urdía sobre la marcha—. Y, hete aquí que, como el marqués, nuestro Jonas, es un joven recién casado que está, por decirlo de alguna manera, saboreando aún las mieles de su nuevo estado, su suegro, el imponente duque de Frenton, ese nevoso pero aún bien conservado y gentil caballero, se ha ofrecido gustoso a suplirle unas cuantas semanas en la tarea y a “acoger” bajo su insigne protección a la joven. —Sonrió triunfante.

Tía Blanche sonrió, siguiendo el brillante hilo de exposición de su querido amigo:

—Y como no es adecuado que una jovencita sola resida con un viudo, por muy ducal que sea, la joven será escoltada por las damas que asiduamente acompañan al duque. Es decir, que el almirante continuará residiendo con nosotras, y, con él, su protegida.

—¡Es brillante! —reconoció Julianna.

—¿No te importa, tía? —preguntó feliz Amelia—. ¿De verdad podría vivir un tiempo aquí?

—Claro que no me importa, es más, creo que voy a disfrutar de su compañía tanto como vosotras. Por otro lado, eso nos permitirá hacer más fácil para nuestra pequeña amiga el que acepte, sin sentirse violenta o incómoda, todos los vestidos, abrigos, sombreros y demás fruslerías que sé que tú y Julianna pensáis comprarle.

Amelia se levantó de un brinco y dio un beso a su tía para después ir a abrazar al almirante y darle un beso en la mejilla.

—Creo que Furnish debería traer otro trozo del pastel de manzana para nuestro héroe.

El almirante se rio y, mirando al mayordomo, que permanecía firme en su puesto señaló:



—Moción aprobada.

Cliff sonreía por la facilidad con que esas tres damas recogían almas necesitadas dentro de su hogar, el almirante, Eugene, Max, William, él mismo... Todos a los que brindaban de algún modo su cariño acababan formando parte de esa peculiar familia suya. Movi6 la cabeza e inst6 a todos a levantarse.

—Creo que podríamos tomar el oporto junto a las damas en el sal6n, almirante, y all6 podr6 dar cuenta de esa raci6n extra de tarta m6s c6modamente.

Se reía al tiempo que ayudaba primero a la tía y despu6s a Julianna a levantarse. Mir6 a Amelia.

—Pequeña, como yo parezco ser el único que no tiene un papel asignado en toda esta comedia vuestra, ¿qu6 os parece si ejerzo de hermano protector? Uno que le presentará a los caballeros convenientes y espantar6 a los inapropiados. —Enarc6 la ceja, complacido. Creo que ejerzo ya con bastante maestría ese papel. —Las dos jóvenes resoplaron, pero él las ignor6 convenientemente—. Adem6s, estoy seguro de que con un par de palabras susurradas jovialmente detr6s de los oídos del conde y de la condesa, podemos conseguir que nuestra nueva damita se vea apoyada

por todos los salones por ambos, sin mencionar, que junto a Eugene, Adele estará encantada de ayudaros en vuestro... *proyecto*.

Amelia se rio y tomó el brazo libre de Cliff, y mirándose las dos hermanas, se rieron de nuevo.

—Lo cierto, Cliff, es que Adele viene mañana de compras con nosotras.

Él negó con la cabeza.

—Observo con poca sorpresa que se ha apuntado rápidamente a la diversión y que no habéis perdido el tiempo reclutando apoyos para vuestra causa. —Las dos se rieron—. Lo que me lleva a la siguiente pregunta, si el almirante tiene premio, ¿cuál será el mío?

Lanzó una mirada muy directa a Julianna, que se sonrojó como la grana pero sonrió, y con un imperceptible gesto, asintió contenta. Amelia puso los ojos en blanco, pero justo antes de sentarse señaló:

—Como recompensa piensa en las muchas mañanas y tardes que te dejaremos solo para que malcriés a tus hijos y las ocasiones con las que contarás para poder disfrutar de Anna y cantarle a tu gatita todas esas canciones marineras que tanto te

gustan y todo sin que ni Julianna ni yo estemos presentes para refrenarte.

Cliff se rio.

—Umm y podré llevar a los niños al zoo a ver los leones y esas enormes fieras del continente africano.

—Las dos asintieron—. Y al parque a jugar con los patos del Serpentine aunque luego acaben con sus ropas algo mojadas. —Asintieron—. Y a ver una carrera de caballos.

—¡Eso no! —respondieron las dos a unísono mientras Cliff se reía a carcajadas.

—Para que los pasees por los establos donde aprenderán todo tipo de frases y palabras de un deplorable y soez tono que luego no podremos hacérselas olvidar y, lo que es peor, querrán imitar con sus caballitos todo lo que vean en el hipódromo. —Los ojos de Julianna se abrían cada vez más imaginándose—. No, no, no, Cliff, te lo prohíbo. Eso no, cuando sean más mayores. Mucho, mucho más mayores.

Cliff se rio a carcajadas y besó su frente, sentado en el brazo del sillón junto a ella.

—Te estaba poniendo a prueba, amor. —Sonrió

con aparente inocencia—. Las carreras de caballo, de momento, no. Entendido. —De nuevo besó a su esposa—. Pero pienso cantarle a mi gatita todas las canciones que conozco —añadió desafiante enarcando una ceja.

Julianna suspiró.

—Es una suerte que aún no entienda palabra alguna.

—Bueno, de hecho, es muy lista. Ya dice papá.

Julianna y Cliff miraron con los ojos como platos a Amelia, que bebía un sorbo de té tranquilamente tras su comentario, y con una brillante sonrisa llena de orgullo Cliff le preguntó:

—¿Mi gatita ya dice papá? ¿Su primera palabra ha sido papá?

Tenía un brillo de pura satisfacción y felicidad en los ojos que, por un segundo, Amelia pensó era lo que debía ver Julianna cada vez que miraba a su marido.

Ella asintió sonriendo.

—En realidad, Cliff, solo lo balbucea. Esta tarde, antes de su siesta, escuchó desde la cuna tu voz en el pasillo reprendiendo a Maxi y lo balbuceó. Creí que era mi imaginación, porque apenas tiene ocho meses, pero

la señorita Donna también la escuchó.

Cliff se levantó de golpe y salió como un rayo del salón sin ni siquiera prestar atención a cortesía alguna. Amelia lo miraba tan sorprendida como todos, porque Cliff era demasiado recto para no observar las reglas mínimas de la buena educación que tenía impresas bajo la piel como el caminar y el respirar. Todos miraban la puerta por donde había salido veloz, todos, menos Julianna.

—¿Adónde va? —preguntó Amelia a nadie en particular.

Julianna iba a tomar la taza de té, pero se detuvo y dijo como si fuese lo más natural del mundo:

—A por Anna. La acunará y arrullará mirándola con embeleso hasta que después suba y lo obligue a dejarla dormir en la cuna. —Puso los ojos en blanco—. Y os advierto que se pasará varios días con ella en brazos hasta que diga delante de todo ser vivo “papá”. Lo hizo con los gemelos. Cuando Max dijo por primera vez papá, él no paró de pasear a los gemelos de aquí para allá, por todo el barco, hasta que ambos dijeron papá delante de todos y cada uno de los miembros de la tripulación.

—¡Dios bendito! —exclamó tía Blanche sorprendida—. No he visto nunca a un hombre tan embobado con sus hijos como este. Si me lo hubiesen jurado sobre la Biblia hace cinco años no lo habría creído posible.

Julianna puso los ojos en blanco de nuevo:

—Pues verán cuando se entere de que estoy de nuevo embarazada.

Amelia pegó un grito de alegría y su tía se levantó para besarla.

—Enhorabuena, cariño, es una noticia magnífica. Creo que seré completamente feliz con la casa repleta de todos los adorables pequeños que tengáis a bien regalarnos. Es... —empezaron a humedecerse los ojos y para disimular hizo un gesto con la mano—, será mejor que le des la noticia mañana. —Sonrió—. No creo que el corazón de ese hombre resista más emociones en una noche.

Julianna abrazó a su emocionada tía.

—Ay, tía, otro pequeño al que malcriar, ¿verdad? —Su tía se rio suavemente. Julianna miró al almirante—. Y este será niño, almirante, ya lo verá, y no solo llevará su nombre sino que además será su padrino.

El almirante se rio complacido.

—Pues, entonces, será marino como yo —afirmó, y sonrió satisfecho—. Gracias, pequeña, será un honor y un privilegio.

# Capítulo 7

A la mañana siguiente, muy temprano, pusieron en marcha todos los planes. Cliff se marchó con los gemelos a sus prácticas diarias de equitación, tras enviar una nota a sus padres, los condes, para invitarles a tomar el té esa misma tarde en Brindfet House. El almirante, tras un copioso desayuno, pues según dijo iba a necesitarlo, se marchó a la casa del marqués de Furlintong, nueva residencia en Londres de su hija Eugene y de su yerno lord Jonas Bellintong donde, en ausencia de estos, habló con el secretario personal del marqués pidiéndole que redactase y enviase la correspondiente invitación a la señorita Cloe Markerson con el preceptivo sello del marqués para auspiciar su acogida como protegida tanto del marqués como de su suegro, el duque de Frenton. El secretario, que tenía órdenes de su señor de atender en su



ausencia las órdenes del duque y de su hijo, se apresuró a cumplir el mandato así como la promesa de informar, en la primera ocasión propicia a los marqueses de los planes del almirante. Tras ello acudió a White's donde, por fortuna, encontró a varios de los antiguos compañeros de armas de lord Jonas que le dieron la información necesaria tanto del capitán como de su hija para, en un momento dado, poder responder a cualquier pregunta incómoda que pudiese formularle la familia de la muchacha sobre el posible interés del marqués y de él mismo en la joven y hacerlo, además, sin revelar ningún dato que pudiese comprometer a la muchacha en modo alguno. Al salir de White's el almirante iba realmente satisfecho de su trabajo y de la opinión de cuantos conocieron al capitán y a su hija pues parecían respetarles y admirarles sino, sobre todo, sentir estima personal hacia ellos.

Por su parte, Amelia, Julianna, tía Blanche y Adele se encontraron, como habían acordado, con la joven en la sombrerería de Bond Street para, después, dirigirse de inmediato al taller de madame Coquette, que las esperaba entusiasmada y encantada como siempre.

—Buenos días, madame —saludó Julianna después

de hacerlo las demás—. Como le prometí hace unos días, le he traído unos obsequios.

Madame la miró más entusiasmada todavía y como una niña pequeña el día de Navidad fue sacando del enorme paquete que uno de los lacayos había dejado en el centro todos los obsequios

—Muchas gracias, Julianna, es demasiado.

Después de tantos años con las jovencitas y más aún con tía Blanche, madame Coquette tuteaba a las damas Mcbeth, cosa que no hacía con ninguna de sus clientas y tampoco con ellas si tenían otras personas alrededor, pero, en ese momento, estaban solas las cinco. Conforme sacaba los paquetes y bultos iba diciéndolos en alto, sacos de cacao puro, café, especias de las costa de Jamaica, hilos de plata para sus brocados más elaborados, encajes de las más finas manos de unas misioneras y sedas, muchas sedas algunas tan finas que parecían transparentes como la más fina gasa y otras de un colorido tan favorecedor que cuando las sacaba iban acompañadas de todo tipo de elogios y exclamaciones, y todas con un tacto tan excepcional que parecían resbalar de entre los dedos al cogerlas. Julianna se reía complacida por el arrebató

de alegría de madame mientras que Adele se asombraba de los maravillosos materiales que traían de sus viajes Cliff y Julianna.

—Querida Adele, iba a esperar hasta tu cumpleaños, pero me parece que voy a adelantarme unas semanas —decía Julianna cuando madame se disculpó unos minutos para guardar todos los obsequios antes de volver y prestarles toda su atención—. Te hemos traído varios rollos de sedas y otros de encaje y de unos materiales muy parecidos al satén para que te confecciones algunos vestidos. Son de un colorido realmente favorecedor ¿verdad, Amelia?

Amelia asintió y se rio:

—Y unos camisones que son absolutamente indecentes.

Tontamente, pensó, se había sonrojado, pues Julianna y Adele se lanzaron una mirada de clara comprensión, “camisones para nuestros esposos, que apenas duran puestos unos segundos...”. Cuando Julianna y Adele dejaron de lanzarse miraditas cómplices, Amelia se giró a la hasta entonces callada y también asombrada Cloe, se sentó a su lado y le tomó de las manos unos segundos.

—Cloe, sabes que te considero una de mis pocas amigas, ¿no es cierto? —La pobrecilla un poco colorada y desconcertada asintió—. Bien, en ese caso, has de saber que a todas nosotras nos gustaría... —se giró y miró a su tía y a sus acompañantes, que asintieron confirmando a los ojos de la joven las palabras y el sentimiento de Amelia—que te vinieras a vivir con nosotras, a la casa de mi tía, durante una temporada. Claro, si a ti te parece bien.

La joven, que había abierto mucho los ojos, dijo con un hilo de voz:

—No comprendo.

—Verás —intervino Julianna—, tu padre era un hombre admirado y respetado como oficial y como un hombre de honor y de palabra y, a decir de sus compañeros, por ser un buen hombre. —Se detuvo unos instantes para que la joven asimilase poco a poco sus palabras y así aceptase la propuesta que iba a escuchar sin sentirse violenta ni como si fuera un acto de caridad—. Muchos de sus compañeros quieren ayudarte a pasar el trance de la pérdida de tus padres del mejor modo posible. Uno de ellos es lord Jonas Bellintong, el marqués de Furlintong, marido de lady

Eugene. —Ella asintió al escuchar el nombre de Eugene—. Jonas es bastante más joven que tu padre y, de hecho, solo lo conoció brevemente, pero considera un honor y el mejor modo de honrar a un hombre como él, brindarte su protección y ayuda en estos momentos.

Cloe se quedó un momento callada.

—Pero... no sé cómo podría ayudarme, y tampoco el modo en que yo podría agradecer esa ayuda.

Fue entonces cuando tía Blanche intervino:

—Querida niña, de momento, esa ayuda consistiría en auspiciarte en la temporada, con la inestimable ayuda de algunos amigos, por supuesto, o más concretamente, de algunos amigos y sobre todo amigas. —Sonrió animosa—. Lo primero será invitarte a residir en su casa el tiempo que lo necesites.

La pobre muchacha abrió los ojos como platos.

—¿Quiere, quiere acogerme en su casa...? —preguntó tímidamente.

—En realidad, como los marqueses son un matrimonio joven recién casado que aún permanece viajando tras su boda, quienes van a acogerte gustosamente en su casa seríamos nosotras —contestó

Amelia. La joven parecía petrificada—. Pero como a los ojos de la sociedad y, sobre todo de tu tía, hemos de dar un buen motivo para que cambies de residencia sin generar ningún tipo de recelo ni de murmuraciones, diremos, que aun cuando es el marqués el que te ha ofrecido y brindado originariamente su protección, en ausencia del mismo, primero, y, más tarde, para preservar su adaptación a su nuevo estado civil de hombre recién casado, será su excelencia el duque de Frenton el que ejercerá de facto esa protección.

—¿Voy a verme respaldada en esta temporada por su excelencia? —preguntó asombrada, casi atónita.

—Y no solo por él —intervino riéndose Adele—. Como el almirante, oh disculpa, su excelencia, es que todos le llamamos así. —Se rio suavemente al igual que las demás, menos la joven, que estaba cada vez más anonadada—. Como decía, como su excelencia es viudo, respetable y sin tacha alguna en su honor y nombre, pero un viudo al fin, que reside solo tras el reciente enlace de su hija, resultaría poco decoroso o, al menos, no lo más conveniente de acuerdo con los más estrictos dictados de las normas sociales, que resida una jovencita sola con él, aunque sea su

protegida. Pero eso nos lleva a lo importante. Verás, su excelencia reside actualmente, durante una temporada de duración indeterminada, en Brindfet House y, por lo tanto, tú, como su protegida, podrías vivir perfectamente allí sin que ello genere escándalo alguno ni ningún tipo de sospecha, ni entre las lenguas ávidas de chismes nuevos ni en tu tía. Es más, tu tía no solo carecerá de argumentos para negarte aceptar la invitación, sino que, por su bien, no se atreverá a ofender al marqués y menos aún al duque.

—Pero yo no podría, no tendría forma de agradecer ni pagar...

Amelia le tomó la mano y la interrumpió:

—No tienes que agradecer ni pagar nada. Para nosotras es un placer y, creo que hablo en nombre de todas, sería un honor que nos permitieras recibirte como nuestra invitada y nuestra amiga.

Cloe tenía los ojos ya totalmente inundados de lágrimas.

—Realmente me encantaría, pero no sé si mi tía lo permitirá.

De nuevo intervino Adele:

—Por tu tía no has de preocuparte. Nos hemos

encargado de hilarlo todo bien y, como decíamos, no se atreverá a ofender a quienes están muy por encima de ella tanto en la escala social, como en la política y la económica, sin mencionar el poder de todas las personas que van a apoyarte. No le conviene ponerlas en su contra, por su bien y por el de sus hijas. —Sonrió triunfante alzando la barbilla, orgullosa.

Con tacto y suavidad tía Blanche medió entonces:

—Querida Cloe. Vuelvo a reiterar que sería una inmensa alegría para todas nosotras que aceptases nuestra propuesta. ¿Querías?

Cloe la miró a través del velo acuoso de las lágrimas y asintió, todas exclamaron de alegría y tía Blanche continuó:

—En ese caso, si me permites, te informaré de cómo creemos conveniente actuar. —Cloe asintió y tía Blanche continuó acomodándose mejor en su asiento—. Una vez que terminemos aquí, te llevaremos a casa, donde Amelia esperará en un coche en la puerta con un postillón y dos lacayos. Puedes recoger todos tus enseres, bienes y recuerdos que tengas a bien llevarte contigo, ellos te ayudarán a traerlos a casa cuando se lo pidas, lo cual, suponemos, será poco



después de que termines de empaquetarlo, porque a esta hora tu tía ya debe haber recibido la invitación del marqués y estará en extremo irritada porque aunque la misiva vaya dirigida a ti, a buen seguro ya debe haberla leído y releído después de ver el sello con el que iba timbrada la carta. Cuando llegues a casa, deberás decirle que deseas aceptar la invitación y que no es conveniente para ninguno negarse a ello porque podría ser considerado una afrenta personal del barón y su esposa hacia el marqués. Créenos, a tu tía no le quedará otro remedio que consentir tu marcha y, al menos de cara a la galería, lo hará con la mejor de sus sonrisas. No debes darle más información, menos aún, decirle que esperabas la invitación y lo que lleva consigo. Hazte si quieres la sorprendida o solo aparenta indiferencia si lo prefieres, pero no le digas nada más para no soliviantarla, así te será menos amarga la despedida. ¿Crees que podrás hacerlo? ¿Estás de acuerdo con todo esto? Esperamos que no consideres que hayamos actuado de un modo excesivo o del todo inadecuado, porque no es nuestra intención ponerte en una situación comprometida y menos aún obligarte a hacer nada que no desees, pero si poníamos

sobre aviso a tu tía de nuestras intenciones te habría complicado mucho la convivencia con ella e incluso tu posterior marcha.

Cloe negó con la cabeza:

—Todo... —Tuvo que tomar aire porque casi no tenía voz—. Todo lo contrario. No sé cómo agradecer que se hayan tomado tantas molestias por mí, que se hayan preocupado tanto por asegurarse que todo resulte fácil para mí, cuando no tienen ningún deber hacia mí, ninguna responsabilidad. Están siendo en extremo amables y generosas. —Se le cortó la voz.

—Cloe, mírame, por favor. —Le pidió Amelia—. Queremos que estés bien, contenta y que tengas lo que te mereces. —Le secó las mejillas con un pañuelo—. Para ello lo primero que has de hacer es dejar de llorar porque así no te vas a divertir nada las próximas horas y puedes estar segura que vas a disfrutar si te dejas hacerlo.

Cloe la miró sin comprender.

—Ahora viene la parte realmente divertida —dijo sonriendo Adele y haciendo una ligera señal a una señorita que estaba sentada a una prudente distancia que no le permitía escuchar la conversación pero sí

atender a las damas si lo necesitaban.

Instantes después apareció madame Coquette seguida por tres ayudantes debidamente equipadas con todo lo necesario para realizar su trabajo. Lo primero fue tomar medidas a la entregada Cloe y utilizarla como maniquí bajo los ojos y las manos de todas ellas.

Durante las agotadoras horas posteriores, tía Blanche, Adele, Julianna y Amelia supervisadas y aconsejadas por las manos expertas de madame eligieron telas, diseños, arreglos, detalles para vestidos, zapatos, abrigos, pellizas, sombreros y todo tipo de complementos, si bien dejaron claro a la maravillada y abrumada Cloe que eso solo era el principio, ya que tendrían que ir a por medias, ropa interior, guantes, manguitos, sombrillas, tocados, bolsos y mil detalles más. Cloe no salía de su asombro. Aquello era demasiado, y si bien en un primer momento señaló que no podía aceptar porque era demasiado costoso o demasiado elegante para ella, la cuestión quedó zanjada de raíz cuando tía Blanche, en tono solemne, declaró que ninguna jovencita bajo su protección tendría menos que las demás y que no admitía un pero, una queja o un reproche al respecto. Bajo su techo no

se hacían distinciones, y una invitada era una invitada y no permitiría que le faltase de nada. Las demás se rieron, pero enseguida comprendió Cloe que hablaba totalmente en serio.

Al salir del taller Cloe no pudo sino reconocer que habían sido algunas de las mejores horas de su vida. Las demás destacaron divertidas que, de todas ellas, la que más disfrutó fue madame Coquette. No había nada que le gustase más que moldear a una jovencita, aunque de todos era sabido que solo lo hacía en casos excepcionales y, únicamente, si la joven era de su agrado. Porque, como ella decía, no era lo mismo diseñar unos cuantos vestidos para clientas selectas que elaborar todo un vestuario para convertir a una jovencita encantadora en una hermosa y brillante estrella para que deslumbrase entre las debutantes y sus deseosas madres.

Como hubieron previsto, llevaron a Cloe antes del almuerzo a casa de su tía y esta, totalmente crispada, primero quiso negarse a que Cloe aceptase la invitación para más tarde, estando ya iracunda, exigirle explicaciones sobre cómo una “don nadie”, como la llamó en varias ocasiones, había llamado la atención de

todo un marqués de un modo tal que le ofrecía su ayuda y protección. Después de eso le exigió a gritos, so pena de no dejarla marchar, que reclamara del marqués la ayuda en la temporada también para sus hijas.

Cloe, con mucha entereza, se acogió al plan trazado y tras mostrar cierto asombro por la invitación y señalar lo poco acertado que resultaría para todos no aceptarla de buen grado, despejó cualquier atisbo de recelo diciendo que no conocía personalmente al marqués pero que, a buen seguro, debió de ser compañero de su padre y que si le ofrecía ayuda en estos momentos sería en atención a este. Y para desvincularse desde ese momento y en futuro de la baronesa y de cualquier posible compromiso con ella, dejó entrever que carecía de ninguna influencia con el marqués para solicitar semejante pedido puesto que, además, de no conocerlo en persona hasta ese momento, como acertadamente había señalado la propia baronesa, ella era una don nadie para exigir nada a nadie y menos aún a todo un marqués. Este momento, que después describiría con detalle a Amelia y las demás damas Mcbeth a ruego de las mismas una

vez se hubo instalado en la mansión, llevó a un estado de casi explosión por ira a la baronesa y de carcajadas incontroladas a sus nuevas amigas, que no pararon de pedirle que describiese el rostro descompuesto de la baronesa y sus hijas.

Al llegar a la mansión, las damas acompañaron a Cloe a sus nuevas habitaciones, donde ya la esperaban algunos vestidos que ya había adelantado madame Coquette hasta que en los próximos días recibiese su nuevo y completo guardarropa. No iban a decirle, para no cohibirla, que los habían encargado de antemano y que solo necesitaban ser ajustados a sus medidas. También la esperaban sus dos sonrientes doncellas, una para arreglarla y otra para asistirle como dama de compañía y otros menesteres similares. La ayudaron a acomodarse y tras desembalar todos sus enseres, una de las doncella le acompañó al comedor, donde le esperaba para almorzar parte de la familia que, de ahora en adelante, la acompañaría. Le presentaron tres caras para ella conocidas en la distancia de los salones del año anterior, Cliff, el almirante y Ethan, que no había tardado en sumarse a la diversión cuando le informó su esposa de los planes de las damas Mcbeth.

En un primer momento, pareció cohibida y algo retraída pero, pronto, la familiaridad que le concedieron los caballeros, su insistencia en que no les tratase formalmente mientras permaneciesen en casa o en lugares privados y, sobre todo, el observarlos maravillada en compañía de los hijos de Julianna, permitió que durante el almuerzo se fuese relajando frente a ellos. Ese grupo de personas que ella consideraba socialmente a años luz de donde se encontraba ella y también muy por encima del resto de sus parientes, le recordaba, por extraño que le pareciese al principio, a sus padres, sus pequeños y modestos hogares allá donde enviaban a su padre, y el trato cordial, cariñoso y entrañable de su infancia. Todos insistieron en que les hablase de sus padres y de sus años viajando por lugares remotos y, por primera vez en los dos últimos años, pudo recordarlos con cariño, ya que sus parientes le habían prohibido hablar de ellos y cuando ellos los mencionaban en su presencia, no dudaban menospreciarlos o directamente insultarlos.

Le cohibió, también al llegar, y en ciertos momentos posteriores seguía haciéndolo, verse rodeada de tanta

opulencia, riqueza y elegancia, pero todos los allí presentes parecían no darle más importancia de la necesaria y actuaban con naturalidad ante ella, procurando hacerle lo menos incómodo o violento su cambio de situación. Y para acabar de impresionarla, los condes de Worken aparecieron a la hora del té y antes de marcharse ya le habían ofrecido su ayuda y apoyo en todo lo que necesitase. Se maravillaba de la elegancia, la apostura y la clase innatas de la condesa, sin duda una dama aristocrática hasta la médula, y aunque de todos los presentes era la menos mundana, por decirlo de alguna manera, también se sintió bien acogida por ella. Aunque quien le agradó especialmente de la aristocrática pareja, fue el conde, tras verlo trastear con los gemelos y, más, después de verlo su nieto montando una especie de tirachinas a escondidas de su madre y abuela.

Amelia se disculpó con ella por dejarla unas horas durante su primer día en casa pero, en cuanto se marchó, su tía y su hermana le informaron, con un claro orgullo en sus miradas y en su voz, que Amelia realizaba algunas labores sociales y que para ella eran un verdadero compromiso que no se tomaba a la ligera



sino que las atendía no solo con alegría y de sumo grado sino con la responsabilidad y la seriedad que conllevaba la labor que realizaba. Le hablaron de la clínica, del trabajo de esta con los más necesitados de las zonas de trabajadores de escasos recursos de Londres y, también, del orfanato. Cuando Julianna se quedó con ella y con su tía un rato a solas, les confesó que ella tenía conocimientos y práctica en la atención a enfermos pues, en muchos de los campamentos en los que fue destinado su padre, colaboró con los médicos y los responsables de atender las enfermerías y a los soldados y sus familias y les preguntó si creían que Amelia le permitiría colaborar en la atención a los niños y visitar con ella el orfanato en alguna ocasión, ya que le encantaban los niños y disfrutaba con ellos alrededor, lo que quedó demostrado cuando la observaron jugar y participar con entusiasmo en las travesuras de los gemelos en el jardín.

Amelia llegó antes de la cena y junto a Julianna le ayudaron a vestirse con uno de esos bonitos vestidos nuevos, la doncella la peinó como nunca nadie lo había hecho, con detalle y esmero. Julianna le llevó unos bonitos pendientes y una pulsera para que los luciera y

Amelia unos detalles para el cabello que parecían pequeñas estrellas colocadas sobre su peinado. Cuando observó el resultado final en el espejo no pudo reconocer a la elegante joven que reflejaba el mismo, y tuvo que parpadear en varias ocasiones para cerciorarse realmente que aquella era de verdad su imagen, no una salida de su febril imaginación.

—Lo sabemos, Cloe —dijo Amelia sonriendo tras ella con comprensivo cariño en la voz—. La primera vez que Julianna y yo nos vimos así casi nos pusimos a correr como locas por la casa de la emoción.

—Disculpa —carraspeó Julianna—, pero tú lo hiciste. Recorriste el pasillo en camión gritando como loca de emoción con un vestido de muselina en la mano y dando saltitos de una habitación a otra.

Julianna trajo a memoria de las dos la primera mañana en la que ambas amanecieron en la mansión con unos preciosos vestidos colocados en un diván para que se los pusieran al despertar. Amelia se rio asintiendo.

—Es cierto, lo confieso —le dijo a Cloe encogiéndose de hombros—. Pero, en mi defensa, he de decir que nunca había tenido un vestido como aquel.

Llámame sentimental, pero aún lo conservo y lo guardaré siempre con cariño.

Julianna se rio:

—Si sirve de algo yo guardo como un tesoro personal el traje de noche de nuestro primer baile. — Miró a su hermana con ojos melancólicos—. ¿Lo recuerdas?

Amelia asintió, aunque en la mente de Julianna primaban sobre todos los recuerdos de lo que ocurrió después del baile. Su primera vez en brazos de un hombre, del único hombre que ella había conocido y conocería. Cliff. Suspiró.

—¿Puedo preguntar una cosa? —preguntó tímidamente Cloe. Las dos la miraron y asintieron con alegría—. ¿Siempre habéis vivido así? Es decir, rodeadas de... —Hizo un gesto que abarcaba todo lo de alrededor—. Por favor, no me malinterpretéis, lo último que querría sería ofenderos en modo alguno, pero vosotras y vuestra tía sois, sois, no sé cómo decirlo... cercanas, cariñosas. Mis primas, sus amigas y mi tía y sus madres no viven rodeadas de tanto lujo y, sin embargo, parecen siempre mirar a los demás como si la riqueza fuere su derecho de nacimiento y la

posición social algo que tienen ganado por el mero hecho de existir. Sé que la fortuna de vuestra tía proviene del comercio y que muchas de las amigas de mi tía critican tal origen pero, al mismo tiempo, la envidian a rabiar, así como sus relaciones. Sin embargo, ni vuestra tía ni vosotras, a pesar de que tenéis más y mejores motivos para ello, vais con esos aires de grandeza y parece que valoráis vuestra posición y fortuna pero no que la estiméis por encima de, de, bueno de todo lo demás.

Por unos instantes Amelia y Julianna se quedaron calladas y Cloe rápidamente dijo, temiendo haberlas ofendido:

—No pretendía ofenderos. No lo he dicho como una afrenta o como algo negativo. —Se sonrojó mortificada—. En realidad es que me he sentido tan bien acogida y me habéis recibido como, como si realmente fueseis una familia. —Entrelazó las manos, nerviosa—. Creo que no me estoy expresando bien y...

Julianna y Amelia se le acercaron rápidamente riéndose y la abrazaron cariñosas entre risas.

—Cloe, no podrías habernos halagado de mejor

modo —señalaba Julianna—. Y por lo del origen de la fortuna de mi tía, has de saber que no solo no nos importa lo que piensen las damas como tu tía o sus amigas, sino que, de hecho, consideramos... —Miró a Amelia—. ¿Cómo es esa expresión que usa el almirante?

—Sandeces —contestó firmemente Amelia con un golpe de cabeza.

—Exacto. Consideramos sandeces los comentarios desdeñosos y envidiosos provenientes de esa clase de personas. Mi tía está muy orgullosa del origen de su fortuna, pues la amasaron ella y su difunto marido con esfuerzo, tesón y trabajo honrado. Y nosotras dos somos de la misma opinión, así como las personas que realmente nos importan. —Se separó de ella—. Ven, vamos a sentarnos un momento. —Tras acomodarse las tres en la butaca del tocador y en unas sillas que acercaron señaló—: Cloe, ahora soy vizcondesa por matrimonio pero no tengo ni una gota de sangre noble en mis venas. Pero eso no parece importarle a mi marido, su familia ni a nuestros mejores amigos y tampoco les molesta, en modo alguno, el origen comercial de la fortuna de mi tía, y eso es lo único que

a nosotras nos importa.

Por alguna razón, mientras escuchaba a su hermana, Amelia no hacía más que recordar a Max, y no solo por el beso en el parque que sentía aún caliente bajo su piel, sino porque sabía que Cliff aceptaba a Julianna sin reservas de ningún tipo y ella, de alguna manera tenía la seguridad, allí, en ese momento, de que Max la aceptaba a ella del mismo modo. Fue un pensamiento extraño que se obligó a aparcarse de su mente hasta más tarde.

Cloe empezó a comprender el extraordinario honor que le habían brindado esas personas, permitiéndole no solo vivir con ellas sino, más aún, formar parte de esa maravillosa familia, porque comprendió enseguida que todas ellas formaban una familia unida, cariñosa y protectora de los suyos. Y todo ello, todo, sin esperar nada a cambio, solo le habían pedido una cosa, que fuese ella misma, que no tuviese miedo de mostrarse como era delante de ellas, pues ellas lo harían frente a Cloe, y era lo único que les importaba. Eso y, por supuesto, la lealtad entre ellos, que se protegían y cuidaban sin límites, y aquello le pareció en todo punto extraordinario, casi maravilloso.

—Espero que puedas valorarnos por lo que somos y no por nuestro origen —dijo Amelia con suavidad—. Comprobarás que todas las personas con las que vas a vivir, excepto mi tía, Julianna y yo, que no tenemos ni una gota de sangre azul en nuestro cuerpo, todas las demás, incluidos mis sobrinos, descienden de distintos y honorables linajes con emblemas, coronas y muchos antepasados en libros de historia, pero nosotras tres carecemos de ello. —Se rio—. De hecho, si lo piensas bien, incluso tú tienes sangre noble, tu abuelo era vizconde, después de todo.

Cloe se rio, por primera vez, abiertamente, de un modo relajado y pareciendo distender por fin la tensión y el miedo que le habían atenazado durante meses, después inspiró una profunda bocanada de aire y señaló sonriendo:

—Para lo que me ha servido. Creo que preferiría que me consideraran la cuarta persona de la casa carente de esos “antecedentes”.

Se rio divertida y Julianna y Amelia la siguieron hasta que oyeron unos pasos en el pasillo y un pequeño golpe en la puerta.

—Adelante —contestó Julianna con aire dsitraido.

La puerta se abrió, pero no entró nadie, lo que las obligó a mirar hacia el umbral, donde permanecía Cliff.

—Disculpad por interrumpiros, pero creo que deberíais daros prisa si no queréis llegar tarde a la cena.

Amelia se volvió a Cloe y con cierta socarronería dijo para que Cliff lo oyera:

—¿A que esto no ocurría en casa de tu tía? ¡Todo un vizconde avisándote de la cena!

Cliff desde la puerta con un falso tono de enfado de nuevo habló sin querer entrar:

—Pequeña impertinente. Ya encontraré represalias en justo castigo por la ignominia de tu comportamiento ante un par del reino, ya las encontraré. Avisada quedas.

Amelia prorrumpió, para asombro de Cloe, en carcajadas antes de contestar:

—Lo tendré presente, milord, lo tendré presente. —Se levantó y tras guiñarle un ojo a Cloe se dirigió a la puerta—. Y prometo enmendar mi conducta y conducirme con más decoro en el futuro aunque, no sé si puedo prometeros que la enmienda y la corrección vayan a referirse a su persona.



—Pequeña, te recuerdo que aún puedo ponerte en mis rodillas y darte unos buenos azotes.

Cloe había seguido a Amelia y Julianna y salieron todas de la habitación. Para su asombro, Cliff apareció frente a ella, en el pasillo, vestido impecablemente, como el perfecto caballero de presencia abrumadora que era y de un atractivo difícil de ignorar, pero eso quedó inmediatamente eclipsado por la impresión de verle con un bebé regordete entre los brazos, tiernamente acunado y al que miraba con un amor paternal casi envolviéndolas a todas. Julianna se le acercó con soltura y él se inclinó de manera natural e instintiva a besarle en los labios y, lejos de sentirse incómoda por esa muestra de intimidad y cariño, que ella solo había presenciado antes entre sus padres, nunca entre los aristócratas y menos de la posición y cuna del vizconde, se sintió conmovida e incluso un poco celosa por el amor y la seguridad que desprendían los vizcondes.

Cliff se inclinó inmediatamente después con suma elegancia, a pesar del pequeño bulto que continuaba en sus brazos, y sonriendo, dijo con ese tono seductor y cautivador que dominaba a la perfección:

—Señorita Markerson, espero que no me considere un atrevido, pero he de decirle que está usted deslumbrante. Es la viva imagen de la belleza inocente y dulce que los poetas alaban desde los albores de la historia.

Si hubiese podido se le hubiese desencajado la mandíbula de la impresión de verse ensalzada con semejante maestría y a la vez generosidad por un hombre tan extremadamente guapo, pero en vez de eso se ruborizó hasta las pestañas y creyó haber susurrado un «gracias», pero no podría jurarlo

—¡Cliff!, compórtate —le dijo Amelia—. A este paso tú me azotarás a mí pero Julianna te lo hará a ti.

Cliff soltó una sonora carcajada pero luego lanzó una mirada a Julianna, que se sonrojó ligeramente, aunque Cloe no pudo descifrar del todo su significado, suponiendo que era algo privado entre esposos, por lo que no debería darle un segundo pensamiento.

—Cliff, eres incorregible —le dijo sonriendo Julianna, pero evidentemente encantada de la coquetería de su marido—. Vamos a dejar a Anna en la cuna y bajo contigo al salón. —Se giró pero enseguida reculó—. Ay, disculpa, Cloe, creo que este

es el único habitante de la casa al que aún no conocías.

Acarició el rostro del bebe y fue Cliff quién, tras enderezarse bien, la interrumpió y con un brillo en los ojos y un tono de evidente orgullo en la voz señaló con la cabeza:

—Señorita Markerson, Cloe, tengo el placer de presentarle a una profundamente dormida lady Anna Blanche de Worken, mi hija. —Se escuchó un carraspeo a su lado y con un divertido gesto en el rostro señaló—: Nuestra hija. —Acercó el rostro a la bebé y le arrulló, conmoviendo sin igual a Cloe—. Gatita ¿ves lo que ha de soportar tu papá? Me obligan a compartirte.

—Esto es grandioso. —Se rio con falso enfado Julianna—. Yo la llevo en mi seno nueve meses y ahora resulta que eres tú el obligado a compartirla, ¡hombres!

Cliff se rio, y con un gesto de cabeza se despidió momentáneamente de Amelia y de Cloe, marchándose con Julianna de su brazo en dirección a sus habitaciones, que estaban en el ala contigua de la mansión. Amelia puso los ojos en blanco y después guio a Cloe hasta el salón.

—No le hagas demasiado caso, Cloe. Cliff está obnubilado con sus hijos, especialmente con Anna. Lo verás muy a menudo con ella en brazos, susurrándole tonterías y presumiendo de ella por donde vaya o acompañando a los gemelos incluso en muchas de sus travesuras.

Cloe tardó unos segundos en responder, por si era inapropiado un comentario así de un hombre y nada menos que de un vizconde como ese.

—Es muy tierno.

Amelia se rio, y acercando su rostro al de Cloe dijo sonriendo y bajando la voz:

—Lo cierto es que me encantaría que, si me caso, mi esposo adorase de ese modo a nuestros hijos, pero resulta divertido regañar un poco a Cliff. Aunque también es cierto que él ignora esos regaños, sobre todo porque sabe que no hay nada de verdad en ellos.

—Es poco frecuente, desde luego.

Amelia se rio:

—Es muy amable y considerado por tu parte expresarlo de ese modo. En realidad, somos del todo atípicos, y en esto no íbamos a ser menos. —Se rio—. Diré a favor de Cliff que él y Julianna pasan muchos

meses navegando y, por supuesto, sus hijos les acompañan, no podrían vivir lejos de ellos ni dos semanas. De tal modo que, durante esos periodos, conviven con ellos de un modo más cercano, por decirlo de algún modo, que otros padres con sus hijos. En cualquier caso, nos gusta tener a los niños con nosotros. Tienen su niñera, su preceptor y su institutriz, pero pasan más tiempo con todos nosotros que con ellos.

Justo en ese momento entraron en el salón, donde ya se encontraban el almirante y tía Blanche. Esta última levantó la vista y dijo:

—Ven, querida, siéntate aquí mientras esperamos a los demás. —Dio un golpecito en el diván en el que estaba y Cloe se sentó junto a ella.

Mientras que Amelia se acercó a la licorera y tras llenar una copa de un licor, se lo ofreció al almirante, que dejó la que tenía en la mano vacía y la tomó con una sonrisa y gesto de agradecimiento de cabeza la atención de Amelia:

—Estás preciosa, pequeña, realmente madame tenía razón, ese es tu color. —Cloe se sonrojó pero antes de que dijese nada la tía continuó—: Dime, ¿has

terminado de acomodarte? Espero que te gusten tu habitaciones, las escogimos porque dan a la parte del jardín donde están los árboles frutales de Amelia, cuando están en su época de esplendor impregnan toda la zona de aromas realmente agradables, sobre todo al despertar y abrir los ventanales.

Cloe sonrió:

—Han sido en exceso generosas, son las habitaciones más bonitas que he visto en mi vida. Muchas gracias.

—Tía —intervino Amelia—, Cloe tiene un retrato encantador de sus padres, y supongo que le gustaría poder colgarlo ¿Crees que mañana Polly podría encargarse de ello?

—Por supuesto, se lo diremos a Furnish y él se encargará. —Miró a Cloe y añadió—: Cuando regresemos para el almuerzo lo tendrás donde decidas ponerlo, todo lo que necesites no dudes en pedirlo.

—No querría causar más molestias.

—Bobadas —la interrumpió la tía—. Esta es ahora tu casa y tus habitaciones son tuyas. Puedes hacer en ellas los cambios y ajustes que gustes y, como diría todo buen inglés “la casa de uno es su castillo”, y qué

sería un castillo sin una buena colección de retratos familiares.

La tía y el almirante se rieron cómplices mientras Amelia ponía los ojos en blanco en dirección a Cloe como si aquellos fueran comentarios y frases propias de ambos.

—En ese caso, muchas gracias, me encantaría poder recordar a mis padres como aparecen en esa pintura. Aunque están un poco jóvenes, sin duda, recoge bien quiénes eran cada uno. Sonrió.

—En ese caso, decidido —decretó sin más la tía.

—Espero que lo que esté decidido no sea el castigo de Amelia. Me he reservado, como justa compensación, ese derecho, y no pienso renunciar a él ni por todo el oro de las Indias —decía Cliff desde el umbral de la puerta justo antes de entrar.

Enseguida aparecieron Cliff y Julianna, y con un leve gesto de cabeza el primero saludó y después dedicó una sonrisa maliciosa a Amelia, que resopló. Cliff dejó a Julianna sentada junto a Amelia y se giró al almirante, y cuando vio que estaba servido, miró a tía Blanche.

—¿Una copa de jerez, mi dama?

La tía se rio y asintió y él con solemnidad se encaminó a las licoreras. Primero sirvió y le entregó la copa a la tía y luego regresó a por otra para él. Sin aviso y ningún tipo de ceremonias apareció el hombre más guapo que Cloe había visto en su vida.

—Señoras, caballeros. —Hizo una elegante inclinación y entró con un aplomo y una apostura difícil de igualar, pensó Cloe, que lo miraba con más admiración que asombro.

Al llegar a la altura del almirante se inclinó e hizo un gesto de cabeza:

—Buenas noches, padre. —Sacó una carta del bolsillo de su chaqueta—. He recibido noticias de Eugene. He supuesto que querrías leerlas de su puño y letra.

El almirante tomó la carta con una brillante sonrisa mientras que el recién llegado se dirigió directo hacia Amelia y se sentó cerca de ella, lanzándole alguna que otra mirada. “¿Amelia se ha ruborizado?, y él parece como si quisiese acercarse mucho a ella...”, pensó Cloe al verlos juntos. Pero solo fue un segundo.

Amelia tomó aire intentando parecer serena, lo cual distaba bastante de la realidad, pues las mariposas de



su estómago parecían bailar como locas de alegría.

—Max —dirigió su mirada y un gesto con la mano en dirección a Cloe—, permite que te presente a mi buena amiga, la señorita Cloe Markerson —dijo solemne—. Señorita Markerson, lord Maximilian Rochester, hijo del almirante.

Max se levantó e hizo la inclinación más cortés que Cloe pensó había visto en su vida.

—Señorita Makerson, es un honor, y si es amiga de Amelia, espero me permita llegar algún día a considerarla amiga mía también.

Sonrió de un modo que de haber estado de pie Cloe estaba segura que se le habrían derretido las piernas.

—Milord. —Inclinó la cabeza en respuesta.

—Max, deja en paz a mi invitada —le reprendió tía Blanche.

—Sí, redomado canalla, haz el favor de comportarte en presencia de mis damas —dijo divertido Cliff desde el rincón donde servía algunas copas—. ¿Te apetece un jerez? ¿Un coñac quizás?

—Un jerez sería perfecto, gracias.

Julianna, que notaba el rubor en el rostro de Amelia y como de hito en hito lanzaba y recibía miradas de

Max, intervino para liberar un poco a su hermana de los nervios que sabía estaba sintiendo.

—Max, Cloe vivirá con nosotras una temporada.

Él se sentó de nuevo con naturalidad junto a Amelia, pero de un modo que se las apañó para quedar más cerca de ella.

—¿Es eso cierto? —preguntó a Julianna con amabilidad, y de nuevo miró a Cloe—. En ese caso, he de considerarla muy afortunada, señorita Makerson. No creo que haya en todo Londres un lugar mejor para vivir que Brindfet House ni una mejor compañía que las damas Mcbeth. —De nuevo sonrió de ese modo tan, tan, ¿indolente?

—Cliff, por favor, ¿podrías apurarte en traer esas copas? Creo que Max necesita urgentemente recobrar la compostura. A este paso será capaz de derretir mis pestañas —dijo de un modo divertido la tía que dejaba la impertinencia de fondo simplemente en un chascarrillo.

Max se rio:

—Querida Blanche, los viejos hábitos no pueden ahogarse en alcohol. Hay cosas que ya forman parte de uno de manera inevitable, para bien y para mal. —

Señaló con el mismo tono burlón y aire de inocencia en la mirada.

—Truhan —contestó la tía riéndose.

En ese momento entró Furnish anunciando la cena. El almirante se levantó y con aire solemne ofreció el brazo a Cloe:

—¿Querida? Por ser su primera noche entre nosotros, permítame el honor de escoltarla hasta la mesa. —Con timidez ella apoyó su mano en su manga—. ¿Blanche?

Ella se apoyó en el otro brazo y sonriendo le dijo:

—De casta le viene al galgo ¿no es cierto?

El almirante prorrumpió en carcajadas mientras se encaminaban al comedor.

Max se levantó y de modo natural tomó la mano de Amelia, la ayudó a levantarse y posó con seguridad su mano en su brazo, dirigiéndola tras los primeros, aunque con la mano libre tomó la copa que Cliff le pasaba en ese momento sonriendo.

Antes de entrar en el salón y notando que Julianna y Cliff se habían retrasado de un modo muy sutil, se inclinó un poco hacia Amelia, notando cómo todos sus sentidos se impregnaban de ese sensual y dulce aroma.

—Mel —ella alzó la vista sin detenerse—, ¿podrías acompañarme después del paseo a caballo a un lugar? Querría enseñarte algo. —Ella alzó las cejas y Max sonrió, le gustaba desconcertarla tanto como ella a él. Notaba cómo el pulso de Amelia se aceleraba y cómo empezaban a brillarle esos profundos, cálidos y oscuros ojos—. Me gustaría que me acompañaras para que vieras cómo han quedado un proyecto que espero resulte de la satisfacción de sus destinatarios, pero me temo que necesito la opinión experta de una mujer.

Amelia sentía la necesidad de pegarle un tirón de la manga y arrastrarlo a algún otro sitio que no fuera el comedor, donde debería evitar recordar su aroma, su tacto, el calor y suavidad de sus labios y, por un instante, su razón voló muy lejos de allí, dejando que fuera la vocecita que le gritaba que si aceptaba la oferta que le hacía, podría estar a solas con él, la que finalmente respondió:

—Está bien, pero después debo reunirme con tía Blanche, Julianna y Cloe en Bow Street.

Max sonrió ya entrando en el salón y le susurró:

—No te preocupes, después te dejaré a buen recaudo en manos de tu tía.

No supo si fue el tono de su voz, su mirada o el gesto de su boca lo que le indujo a pensar que eso era más una advertencia de lo que pasaría antes de dejarla en esas buenas manos que un modo de consolarla. Suspiró para su interior, pero no añadió nada más, dejándose guiar hasta la silla en la mesa del comedor.

Como eran pocos a cenar habían dispuesto, como en otras ocasiones, la cena en una bonita mesa Luis XIV para ocho comensales, y Max se sentó junto a ella, acercando la silla de un modo que no era, al menos por razón de espacio, necesario, pero el cuerpo de Amelia le prohibió quejarse porque quería sentir, más que ver y escuchar, su presencia. Y desde luego la sintió, porque en varias ocasiones Max, por debajo de la mesa, le tomó la mano y le acarició por unos segundos los dedos y la curva interna de la muñeca. La primera vez casi dio un respingo pero las siguientes... Notaba cada caricia, cada contacto, en cada rincón de su cuerpo. Incluso notó cómo en, al menos dos ocasiones, no solo se dejaba acariciar sino que respondía entrelazando sus dedos con los de él y al observarlo de soslayo pudo notar una sonrisa y un gesto de rubor en la sombra de sus párpados. ¿Estaba

él sintiendo lo mismo que ella? Se preguntó en ese instante. Se obligó a conservar una calma que ya debía estar a millas de distancia de allí, y a seguir la conversación. Hubo varias ocasiones en que escuchó risas alrededor, pero era incapaz de saber qué comentario las había causado o de quién. Con esfuerzo, con mucho esfuerzo, finalmente consiguió centrarse pero... “¿estamos ya en los postres? Si no recuerdo ni siquiera el primer plato...”. Frunció el ceño.

—¿Mel? —la voz de Julianna—. ¿Mel?

La miró desconcertada:

—Oh disculpad estaba... —“Piensa, piensa...”—. Estaba dándole vueltas a un cuestión que me ha formulado esta tarde lord Wellis, perdonadme. —Miró más fijamente a Julianna.

—Te preguntaba si has recibido el paquete de Eugene.

Juntó las cejas:

—¿Paquete? —preguntó desconcertada.

—El paquete que dice en su carta te ha enviado. —Julianna la miró de nuevo con fijeza—. Cariño, ¿estás bien?

Amelia se obligó a sonreír:

—Sí, sí, de nuevo os pido disculpas, me he concentrado en la visita de esta tarde y creo que he dejado que mi cerebro abandonase momentáneamente la realidad.

De nuevo notó la mano de Max. Tenía ganas de gritarle “¡para, ya sé que sabes que estoy mintiendo de un modo flagrante y nada efectivo! Pero... ¡qué diablos!... no pares, me gusta tu calor”. Estupendo, tengo un debate conmigo misma en mi cabeza en mitad de la cena y de una conversación.

—Si es algo grave ya sabes que puedes pedirnos lo que sea —dijo Julianna con un gesto tan suyo, tan cariñoso y protector al mismo tiempo.

—No, no. No os preocupéis, solo son unas consultas relacionadas con hierbas y algunas plantas que aún no domino demasiado bien. —Bueno, se consoló, al menos solo mentía en parte, realmente lord Wellis le había pedido si podía investigar sobre unas plantas de las que había oído, como él no dominaba demasiado el tema le interesaba conocer la opinión de Amelia

—Bueno, en eso, me temo, ninguno de los

presentes podemos prestarte mucha ayuda y sí mucho estorbo —señalaba de nuevo Julianna sonriendo.

Al menos Max tuvo la compasión, pensó ella, de dejarla tranquila hasta el final de la cena, lo cual únicamente consiguió que no parase de preguntarse por qué se comportaba ahora así.

Cuando las damas iban a retirarse al salón dejando a los caballeros con el oporto aparecieron los gemelos con cara de sueño, con sus batas claramente puestas con prisas y se acercaron a Cliff sin pararse siquiera a prestar atención a nada más. La pequeña Mel lloraba y de inmediato Cliff apartó la silla y la sentó en su regazo pero, antes de poder hablar, Maxi se plantó frente a él con la gatita en las manos.

—Papi, Doody está malita —dijo conteniendo como podía las lágrimas que su hermana, como niña, no sentía el deber de contener.

Amelia, como un resorte, se acercó y se acuclilló junto al pequeño, que tenía acunada a la gatita entre sus manos pegada a su cuerpecito.

—Déjame ver, cariño —le dijo con suavidad, instándolo a soltar en sus manos la gatita. Cuando la hubo asido, miró a Max—. ¿Qué le ha pasado?



El pequeño negó con la cabeza.

—No sé, se ha puesto a maullar muy flojito y después ha vomitado y se ha caído de lado. —Se rascó la nariz evitando, de nuevo, echarse a llorar.

—Papiiii...

La voz de Mel quedaba ahogada, acurrucándose en brazos de Cliff, que miró a Amelia.

—Umm... —Le tocó la tripita a la gatita y esta se revolvió un poco pero no se quejó—. Oh, creo que solo es un pequeño empacho, seguro que habrá mordisqueado unas cuantas flores del jardín. —Tomó una de las manos al pequeño, sonriendo—. No pasa nada, cariño, le voy a dar un poco de agua de cebada con un poquito de azúcar y mañana por la mañana os despertará trepando por vuestras camas.

La pequeña Mel sacó la cabeza del pecho de su padre, que con un pañuelo le secó las lágrimas.

—Idos a la cama, yo le daré la medicina y os la dejaré en su camita para que también duerma —decía Amelia poniéndose de pie mientras Maxi se agarraba fuerte a su mano. Miró a su padre, que depositó a Mel en el suelo y rápidamente cogió la mano de su hermana.

—Idos a dormir, corred. Cuanto antes os durmáis, antes se curará la gatita.

Los dos pequeños miraron a su padre y no cuestionaron la verdad de sus palabras, echaron una rápida mirada a Amelia, que les sonrió, y se marcharon diligentes a sus camas.

—Mentir a unos pobres niños ingenuos. —Amelia chasqueó la lengua y negó con la cabeza mirando a Cliff, que sonreía.

—Lo que sea porque se vayan a dormir, pequeña, lo que sea. —Se rio con suavidad.

Amelia se rio y sin mirar a nadie en particular comenzó a decir:

—Si me disculpáis, voy a dar algo a esta glotona para su tripa y a dejarla de nuevo en su cama antes de que los gemelos empiecen a alarmarse sin motivo. —Miró a Cliff y con una sonrisa triunfante le dijo con una falsa inocencia—: Porque yo, al menos, no les miento a pobres criaturas.

Sonrió girándose sobre sus talones y saliendo del comedor con la gatita en las manos escuchando las risas de Cliff a su espalda.

—Duras represalias, pequeña, duras represalias, ya

no son suficientes unos cuantos azotes.

La voz entre risas la iba dejando atrás mientras se encaminaba a la cocina, a la parte destinada a sus hierbas y ungüentos. Ella se encargaba de reponer y dotarla de todo lo necesario para cualquier tipo de calamidad, anotando en una libreta, que todos consultaban, qué era cada cosa y para qué se usaba y el mejor modo de hacerlo.

Puso a la atontada gatita en un taburete y acto seguido en un cuenco vertió un poco de nata, donde añadió el líquido para curarla y poco de azúcar para quitarle al amargor. Se sentó en el taburete y depositando a la gatita en su regazo la instó a beber poco a poco y con paciencia sin darse cuenta de que Max la observaba oculto entre las sombras que había entre esa sala y la cocina, donde resonaba el ajeteo de sirvientes y criados moviéndose y trabajando.

Max se contenía a duras penas, apretaba los puños para no abalanzarse sobre ella y devorarla encima de la mesa de madera ignorando a quienes estuvieren en la sala contigua e incluso la falta de una puerta entre ellas. Después de unos minutos deleitándose y torturándose con esa imagen frente a él, retrocedió

sobre sus pasos con el único propósito de abordarla cuando saliese de devolver a la gatita al cuarto de los niños. Allí podría al menos besarla en un lugar más privado, nada comprometido y desde luego más cómodo que donde se encontraban ahora. La necesitaba. Necesitaba estrecharla entre sus brazos, notar ese cuerpo pegado al suyo, y dado que se había comprometido a cortejarla despacio y como era debido, al menos se merecía ese pequeño placer, sobre todo, después de haberla acariciado bajo la mesa.

Solo iba a hacerlo una vez y por un impulso, pero después ya no pudo parar. Saberla tan cerca... cuanto menos un pequeño roce le serviría para mantener el control, pensó erróneamente, después del primero no pudo refrenar su cuerpo, ni su necesidad de ella, y cuando ella entrelazó los dedos sintió cómo cada músculo se endurecía de golpe y cómo su entrepierna amenazaba dolorosamente con no poder resistirlo. Tuvo que respirar hondo y beber toda la copa de vino que acababan de rellenarle para no ponerse a gritar en una mezcla de euforia, excitación sin control, desesperación y finalmente frustración. Y para colmo la referencia de Cliff a los azotes... Se merecería ir al

infierno solo por las imágenes eróticas que se le pasaron por la mente. Todas ellas con él y Mel como únicos protagonistas y con sus propios cuerpos desnudos como único y central argumento.

Veinte minutos después, Mel salía casi de puntillas de la habitación de los gemelos tras depositar en los pies de la cama de Maxi a la gatita. Tras recorrer unos metros una mano la agarró y la metió en una de las habitaciones contiguas con tanta rapidez que apenas pudo reaccionar. Estaba a oscuras y solo entraba la luz de la luna, que se colaba por el espacio apenas existente entre dos cortinas no cerradas en su totalidad. Se oyó un clic a su espalda y se encontró con esta apoyada sobre la puerta con un cuerpo cerniéndose de modo peligroso sobre ella. Ni siquiera necesitó que dijese nada, ese olor a jabón y regusto a cítrico de la colonia y a su piel, ese calor, lo reconocería en cualquier parte. Notó el roce de su mano acariciándole la cintura en un camino destinado a rodearla y su aliento muy cerca de su mejilla descendiendo hasta que sus labios se posaron en el hueco detrás de su oreja y con unos suaves movimientos pareció acariciar esa sensible zona de su

piel y con ella su cuerpo por entero teniendo que agarrar las solapas de su chaqueta a ciegas. Se oyó a sí misma emitir un suave gemido justo antes de que los labios de Max se apoderasen de su boca en una invasión tan íntima, tan sensual, que parecía estar haciéndole el amor solo con sus labios, con su lengua y con esa mano posada con maestría en su cuello manteniéndola asida a él y al resto del mundo.

Max sintió cada latido de su corazón, cada una de sus entrecortadas respiraciones desde el momento mismo en que la sujetó contra la puerta. Se obligó a retenerla allí porque de haberla llevado hasta un sillón o un sofá, o Dios no lo permitiese, una cama, la habría tomado allí mismo sin remedio. Pero al menos su honor y su conciencia le impedirían tomarla estando de pie siendo, como sería, su primera vez. Pero una cosa era no perder el poco juicio que aún era capaz de conservar y otra muy distinta tenerla así, tan cerca, tan suave, con ese aroma impregnando su alma sin ni siquiera probarla, saborearla, hacerla sentir suya, solo suya. Tenía una piel tan suave, tan sedosa, y ese hueco detrás de su pequeña oreja era una delicia. Cuando se agarró a las solapas de su chaqueta no pudo resistirlo

más y la besó sin contención, sin reservas, sin dejar de demostrarle a ella y a sí mismo que no había vuelta atrás. La besó como nunca antes había besado a ninguna mujer, como nunca sería capaz de hacerlo con ninguna otra mujer, porque cuando la besaba el animal, la fiera indómita de su interior rugía pero, también, esa parte de él que hasta entonces había permanecido oculta, ignota... Ahora que la había descubierto, sabía con plena certeza que le pertenecía a ella, solo a ella. Quería decírselo, gritárselo, demostrárselo hasta hacerla perder el sentido. Pero en las semanas anteriores se había comportado de un modo tan execrable con ella, había cometido tantos errores que a ella le resultaría difícil creerle, y más aún confiar plenamente en él. Tenía que ir poco a poco, demostrándole a cada paso que ella era suya y que él era todo suyo y no solo ese cuerpo que se empeñaba en devorarla cada vez que la tenía, como en ese preciso instante, sino también su mente y su corazón, especialmente su corazón.

—Umm... sabes tan bien —susurraba retirando un poco los labios, dejándolos suavemente apoyados sobre los de ella, que se los acariciaba con su aliento, con su

respiración entrecortada.

Apenas podía abrir los ojos, los notaba pesados, deliciosamente pesados, al igual que el resto del cuerpo, que parecía habersele quedado en un estado de somnolencia y laxitud.

—Max —susurraba intentando controlar los bruscos latidos de su corazón y ese calor interno que le exigía aferrarse a él, frotarse con él y más, mucho más, aunque no supiese muy bien qué era—. ¿Qué estás haciendo?

Max se rio sobre sus labios y con una voz ronca y profunda contestó:

—Creía que estaba claro. Besarte. —Y de nuevo lo hizo—. Probar tu delicioso sabor. —Le dio un pequeño mordisco en el labio inferior—. Y devorarte.

De nuevo la besó en un beso largo, profundo, dejándola tan aturdida como antes. Cuando por fin se obligó a interrumpir el beso, manteniéndola entre sus brazos, aprovechó su estado de aturdimiento para seguir acariciándole todo el rostro lentamente con los labios, como si la quisiese marcar de todos los modos posibles.

Ella extendió las palmas en su pecho y lo empujó



hacia atrás sin mucha fuerza, de hecho, sin ninguna, pero Max la obedeció y, simplemente, alzó la cabeza un poco y aflojó su abrazo.

—¿Qué estás haciendo, Max?

Aunque su voz sonó tan vacilante, tan débil como antes, esta vez Max entendió lo que le preguntaba, y aunque le gustaría decirle “te estoy haciendo el amor, porque eso eres pequeña, mi amor, mío...”, sabía que cometería un nuevo error a añadir a la lista de los anteriores si se lo decía tan pronto y tan apresuradamente.

—Mel —respiró hondo—, necesito que hagas algo por mí, por los dos. —Apoyó su frente en la de ella—. ¿Lo harás?

Mel suspiró:

—No, hasta que no me digas lo que es. Últimamente me confundes y, y...

Suspiró de nuevo mordiéndose el labio, algo en su interior le impidió seguir hablando.

Max cerró los ojos unos segundos, manteniendo la frente apoyada en la de ella, alzó una mano y le acarició con ternura la mejilla.

—Y te he hecho daño. —Suspiró—. Lo sé

pequeña, lo sé y me está desgarrando por dentro. Necesito que me perdones, pero, sobre todo, necesito que olvides lo que pasó cuando los gemelos enfermaron, y las dos semanas posteriores porque, porque... —Suspiró—. Fui un necio, Mel, un estúpido patán. —Abrió los ojos y separó la frente de la de ella alzando al mismo tiempo la otra mano, atrapando su rostro con firmeza pero con mucha ternura—. Mel, ¿olvidarás esos días? por favor, por favor.

Unas cuantas lágrimas se escaparon de los ojos de Mel, que lo miraba como si dentro de su cabeza se viviese una dura batalla entre la razón, la lógica y sus sentimientos. Max lo sabía, y también que no debía presionarla, pero finalmente ella asintió.

—Lo intentaré —susurró.

Max le acarició con los pulgares las mejillas y acercó los labios a los suyos.

—Gracias —susurró mordiéndose la lengua para no decir “gracias, mi amor”. Le besó nuevamente con suavidad—. Mel —le acarició los labios con los suyos —, voy a dejarte salir, y cuando cierres los ojos esta noche, quiero que descanses, pues mañana tenemos una cita.

Su voz era en sí misma la más dulce caricia, la más hipnótica melodía. Amelia se sintió como los marineros de las leyendas de las sirenas que sucumben al canto de las criaturas marinas al verse privados de toda voluntad y razón. Era como si con esas meras palabras le estuviese marcando de modo que al cerrar los ojos fuese su voz, su rostro y su contacto los que impregnasen su sopor. Era Orfeo cantándole una nana seductora, sensual, atrayente.

La besó con intención solo de darle un nuevo y dulce beso de despedida, pero en pocos segundos fue cargándose y cargándose de fuerza, de sensualidad, de pasión y hubo unos gloriosos instantes en los que Max no supo si era él o ella la que devoraba los labios del otro, quizás fueran los dos, como si un anhelo ardiente se hubiere apoderado de ellos.

Max gimió con un sonido que salió del fondo de sus pulmones y tuvo que apoyarse en la puerta con ambas manos, no solo para interrumpir el beso, sino incluso para mantenerse en pie. Ambos jadeaban y tras mirarse unos segundos en esa semioscuridad, Mel apoyó la frente y parte de su peso en el pecho de Max. Parecía querer seguir su ruego anterior al pie de la

letra, cerrar los ojos y dormir plácidamente. Max bajó uno de sus brazos, la rodeó por la cintura y la abrazó contra sí. Se estaba quedando dormida, realmente parecía haberse quedado tan relajada, tan exhausta, que era incapaz de sostenerse.

“¡Qué sensación tan abrumadora y extraña!”, pensó apoyando su mentón en el suave cabello de Amelia. Tenerla así adormecida en sus brazos apenas unos minutos después de ese beso, de esas caricias tan intensas, tan vívidas, tan excitantes, le producía una ternura y una sensación de fuerza, de poder, de ser capaz de matar dragones solo con ese sentimiento que nacía directamente en el corazón pero cuyas ramas se había apoderado de cada centímetro de su piel. Se agachó un poco pasando uno de los brazos tras sus rodillas y otro tras su espalda y la alzó apoyando su adormecida cabeza en su fuerte pecho.

—Mel, pasa tus brazos por mi cuello. Voy a llevarte a tu dormitorio, aunque no sea de lo más decoroso, dudo que puedas dar dos pasos tú sola.

—Umm —ronroneó rodeando con los brazos algo lánguidos su cuello y acomodando la cabeza en el hueco de su hombro.

Le besó en la frente.

—Si nos ve alguien, diré que estabas un poco mareada por el olor de las hierbas que le has dado a la gatita y que solo querías descansar.

Ella acomodó mejor su cabeza, pero no dijo nada más, dejando resbalar uno de sus brazos de modo que finalmente quedó su mano apoyada en su pecho. Max notó cómo esa mera caricia en un estado de casi inconsciencia le provocaba una fuerte oleada de deseo pero, sobre todo, la aceleración desbocada de su corazón. Apoyó el mentón en su cabeza y, manteniendo el equilibrio, consiguió abrir la puerta antes de enderezarse bien y dar los primeros pasos. Sonrió, sintiéndose como un estúpido enamorado al cruzar la puerta imaginándose que era el umbral de su casa y ella su novia recién desposada. Resopló y comenzó a andar con firmeza. Sí, le iba gustar mucho su vida de casado con Mel. Cada vez que se había imaginado a sí mismo casado, aun sin poner cara a la futura novia, algo fallaba pero ahora... ahora, con Mel, todo encajaba, todo estaba en su sitio.

Justo al llegar al fondo del corredor donde empezaba el ala ocupada por Amelia y su tía, y ahora,

también, su nueva invitada, escuchó a su espalda a Cliff, acompañado de Julianna.

—Espero que tengas una buena explicación para esto, Max.

Se giró y, para su tranquilidad, Amelia no se movió, descansaba profundamente dormida entre sus brazos. Max sonrió:

—Ni siquiera pienso preguntarte lo que estás imaginando.

Cliff enarcó las cejas en claro desafío a su gesto, aunque claramente curioso.

—¿Y bien?

Max, que a veces se asombraba a sí mismo por sus enormes dotes interpretativas y su capacidad para permanecer impassible incluso cuando todo parecía acusarle de alguna falta, puso los ojos en blanco como si se tomara a broma la situación y señaló bajando la voz:

—Estaba algo indispuesta al salir del dormitorio de los gemelos. Dice que se ha mareado con el olor de las hierbas que le ha dado a la gata. No me pareció prudente dejarla caminar y la he cogido. Casi al instante se ha dormido. Ya que estás aquí —miró a

Julianna, que había dado un paso en su dirección—, ¿podrías ayudarla a acostarse? La llevaré dentro y después os dejaré solas.

Julianna se acercó y miró a Amelia y después sonrió.

—Parece exhausta. Ven.— Lo precedió hasta la habitación de Amelia, seguidos por un sonriente Cliff.

Tras abrir la puerta se topó con la doncella de Amelia, que la esperaba como todas las noches. Max pensó entonces que si hubiese aparecido él solo con Amelia de aquella forma la doncella seguro habría actuado histéricamente. Julianna señaló a la doncella la cama y se volvió a Max.

—Déjala sentada en la cama si puedes, ya nos encargamos nosotras. —Obedeció y cuando dio un paso atrás, Julianna sujetó a Amelia, apoyándola contra su cuerpo y mirando sobre su hombro señaló—: Gracias, Max. —Miró de soslayo a Cliff—. Cariño, ¿vas tú a ver cómo están los gemelos?

Cliff asintió y le dio un golpe a Max en el hombro y señaló con la cabeza la puerta. Tras cruzarla Cliff se encaminó al ala donde estaba su familia, con las manos en los bolsillos, y Max lo siguió andando a su altura.

—No pienso preguntar, Max —afirmó sin mirarle—. Me has prometido ir poco a poco y confiaré en tu palabra y en que hayas aprendido la lección de estas últimas semanas... —Giró para tomar el corredor de sus habitaciones y Max se paró para seguir hacia la salida. Cliff, sin pararse y dándole ya la espalda, alzó una mano despreocupado—. Hasta mañana, amigo. No olvides traer la yegua para la señorita Markerson, imagino que nos acompañará en nuestro paseo.

—Buenas noches, Cliff. —Dio un paso pero de nuevo se paró—. ¿Cliff?

Cliff se paró y girando sobre sus talones lo miró.

—¿Umm?

Max frunció el ceño como si le costase hablar.

—Gracias.

Cliff se rio y volvió a encaminarse a su destino.

—Vas a ser un buen cuñado, Max. —Se rio de nuevo—. Uno al que torturaré tanto como tú al bueno de Jonas, pero serás un buen cuñado.

Max negó con la cabeza, pero sonreía. Un par de horas más tarde, con toda la casa en silencio, Cliff se recuperaba, aún jadeante, del apasionado encuentro con su mujer, que gimió en protesta en ese momento



cuando se apartó para salir de su cuerpo y acomodarla entre sus brazos, liberándola no solo de su invasión sino, además, del peso de su felizmente agotado cuerpo.

—Cliff —acomodó su mejilla en el hueco de su hombro—, creo que voy a empezar a darle solo las cremas de frutas y verduras a Anna. Lleva ya casi diez días tomándolas por las tardes y parecen gustarse, además, es hora de dejar de darle el pecho.

Cliff frunció el ceño, Julianna le consultaba las cosas importantes relacionadas con sus hijos pero era una mujer muy capaz y segura de sí misma que no necesitaba informar a su marido ni marearle con asuntos domésticos. Siempre tenía la tranquilidad de que ella actuaba correctamente y confiaba plenamente. Jamás le daba preocupaciones innecesarias. Así que esa información, tan inusualmente trivial, debía encerrar alguna más importante.

Se limitó a hacer un murmullo de asentimiento, dejando así espacio para que ella se tomase el tiempo necesario para acabar diciéndole lo que estaba rondando su cabeza.

Ella le acariciaba el torso, dibujando círculos con la yema de uno de sus dedos, y notaba cómo movía la cabeza como si asintiese.

—Y quiero que me prometas que vas a comportarte racionalmente.

Cliff se rio suavemente.

—¿Por darle cremas a Anna? —Le besó la sien, divertido por los rodeos que estaba dando para decirle algo aunque aún no sabía que—. Te lo prometo, siempre que me dejéis dárselas alguna vez, seguro que come más si se lo da su padre. Me adora y me obedece, como debe ser.

—Umm. —Siguió acariciándole—. Y no montarás una escena cada mañana cuando quiera ir a montar a la escuela ¿prometido?

“¿Y por qué iba a montar una escena porque nos acompañes a...?”. Se incorporó, apoyándose en un codo y dejando a Julianna tumbada boca arriba. La miró con los ojos abiertos al rostro y fue bajando hasta su vientre plano. Puso su mano en él y sonrió y rio al mismo tiempo mientras de nuevo la miraba a los ojos.

—¿Estás segura? —preguntó entre risas y besos a su mujer.

—Sí... —la interrumpió con un beso—. Estoy...  
—Otro—. Muy segur... —Se apoderó por completo de su boca. Él se apartó de golpe, manteniendo su cara a poca distancia de la de ella.

—Pero, montarás con cuidado y cuando empieces a estar adorablemente abultada, te llevaré en calesa y...

Julianna le puso un dedo en los labios:

—Y tendré mucho cuidado y un niño dentro de casi ocho meses que se llamará como su padrino, y será marino como él.

Cliff se rio.

—El almirante estará encantado. Le leerá libros de batallas navales antes de que empiece a andar.

—Creo que le ha hecho mucha ilusión la noticia.

Cliff frunció el ceño.

—Deduzco que no soy el primero en enterarse de la noticia.

Julianna hizo una mueca con la boca y se ruborizó.

—Bueno... Se me escapó ayer tras la cena.

Cliff se rio.

—Te perdono, amor, te perdono. Pero la próxima vez quiero ser el primero en enterarme.

La besó mientras Julianna no pudo contenerse la risa.

—Déjame primero que tenga este antes de hablar del próximo. —Se reía y Cliff también.

—No pienso parar hasta que tenga mi propia tripulación de pequeños diablillos. Estás avisada.

Julianna rio y lo empujó para tumbarlo y poder volver a acomodarse en sus brazos.

—¿Cliff?

Él le acariciaba el brazo mientras contestaba distraídamente:

—Dime, amor.

—Si Max se da prisa a lo mejor Amelia puede tener otro conmigo, sería bonito. Me gusta pensar que Anna tendrá en los hijos de Ethan unos primos de su misma edad y este pequeño podría tener un compañero de juegos con un primito de Max y de Amelia.

Cliff se rio.

—Puede que tu deseo se cumpla. Max no tardará mucho en casarse con Amelia, de eso estoy muy, muy seguro. —Besó a Julianna y la apretó un poco más—. Amor, nos vamos a ver rodeados de pequeños, no temas.

Pero Julianna ya no escuchaba. se había dormido. Cliff sonrió y cerró los ojos.

Amelia se levantó descansada, relajada, de buen humor y esperanzada. ¿Esperanzada? Recordó los últimos instantes antes de quedarse dormida y abrió de golpe los ojos, se había dormido en brazos de Max, sí, eso lo recordaba. La había besado y ella a él y... sonrió, apartó las sábanas de un golpe y se puso de pie. Aún no había amanecido del todo. Miró la luz que entraba por la ventana y pensó que era un día precioso y uno repleto de actividades. Lo primero era asearse y vestirse, tiró del cordón y mientras llegaba su doncella repasó mentalmente las cosas importantes; ir de paseo temprano, umm... he de llevarle un traje de montar a Cloe mientras madame termina los que le encargamos..., después, Max. Max quería llevarla a algún sitio y más tarde se reuniría con las demás para terminar las compras que les quedaban para Cloe. Oh, y esa noche era el primer gran baile, el de la condesa Tulipán. Por un segundo se preguntó si Max bailarían con ella el vals. Sintió un cosquilleo en el estómago y un agradable calor más abajo que hizo que se sonrojara.

Media hora después estaban en la habitación de Cloe, ella, Julianna, su tía, la pequeña Mel y tres doncellas. Julianna y ella habían llevado al dormitorio de Cloe cuatro trajes de montar confeccionados por madame y que aún no habían estrenado y se los habían hecho probar todos para ver el que más le favorecía. Después de seleccionar uno de color verde musgo que resaltaba los reflejos cobrizos de la rubia cabellera de la joven, las tres doncellas se afanaban por ajustarlo a su figura mientras las demás damas y la pequeña Mel revoloteaban a su alrededor poniendo esto aquí, esto allá

—¿Milady? —Entró con cuidado la señorita Donna—. Milord quería saber si la pequeña Anna toma por la mañana la papilla de fruta.

Julianna se giró y la miró abriendo los ojos:

—¿Qué ha preguntado si tom...? —De repente empezó a reírse, se giró a las demás, que no comprendían ni la pregunta ni por qué era formulada por el vizconde—. Si me disculpáis, creo que quiero ver una cosa con mis propios ojos. Nos encontraremos en el desayuno. Cloe, estás preciosa, creo que deberíamos decirle a madame que te haga un traje de

noche de esa tonalidad. —Y sin más, se marchó riéndose.

Entró en la habitación de la pequeña y vio a su marido, el fuerte y temible capitán De Worken, sentado en el sillón junto a la cuna blandiendo una cucharilla frente a los labios cada vez más abiertos del bebé. Se enterneció hasta el infinito y se rio dulcemente mientras se acercaba a él.

—No puedo creer que hablastes en serio. —Se sentó en el brazo del sillón y su, hasta entonces, concentrado marido, la miró—. ¿Piensas dar la primera crema del día a Anna todas las mañanas?

Cliff se rio, llenó de nuevo la cucharilla y la puso delante de los labios de la pequeña, que automáticamente abrió los labios.

—Parece que le gusta y confieso que resulta entretenido verla mover los brazos para intentar asir la cuchara y llevársela a la boca ella sola. Como dijo Mel, nuestra pequeña es muy, muy lista. ¿Verdad, gatita? —Sonrió orgulloso.

—¿La de frutas? —Cliff asintió—. Le echo un poco de miel para endulzarla y leche para que quede suave. —Acarició la cabecita de la pequeña—. Es

glotona —Miró el cuenco de la papilla casi vacío y miró a Cliff asombrada—. ¿Se ha comido todo eso?

Cliff sonrió orgulloso y asintió.

—La señorita Donna no parecía tener mucho éxito en conseguir que comiese pero en cuanto he empezado, ya ves, no para, abre la boca sin que se lo pida.

Julianna se rio. Tocó al tripita del bebé, que empezaba a parpadear como cuando le entraba sueño, y se la quitó de los brazos:

Está llena, Cliff, no tienes precio como niñera.

Cliff se empezó a poner de pie dejando en la bandeja la cucharilla y los paños con los que se había tapado la chaqueta. Besó la frente de la pequeña y después los labios de su mujer

—No, cariño, no tengo precio como padre.

Julianna le lanzó una provocativa mirada.

—Eso también.

Max apareció deslumbrante, vestido con unos bonitos pantalones de ante de color camel, una elegante y perfectamente encajada a sus hombros chaqueta azul muy oscura y unas botas elaboradas, sin lugar a dudas, por el mejor zapatero de Londres.



Acababan de sentarse a desayunar, por lo que se unió a ellos tomando asiento con naturalidad junto a Amelia, que intentó concentrarse sin mucho éxito en su taza de café.

Los gemelos, sentados juntos en una misma silla con las cabezas unidas y mirando hacia su regazo, parecían divertidos.

—¿Cómo esta vuestra gatita? —les preguntó sonriendo.

Los dos levantaron las cabezas y sonrieron y miraron de refilón de nuevo a su regazo.

—Está muy bien, tío Max, ya come.

Amelia les miró entrecerrando los ojos:

—¿No la estaréis alimentando con vuestro desayuno? —Los dos la miraron y se sonrojaron pero no contestaron—. Ay, trastos. —Negó con la cabeza—. Andad, traédmela un momento.

Se miraron entre ellos y se acercaron finalmente. La tomó entre las manos y le acarició con cuidado en la tripa y los costados. Max la miraba embelesado, esas manos suaves, la delicadeza de sus gestos, la concentración de su mirada.

—Umm, será mejor que le demos leche y un poco

de comida blanda un par de días. Después os daré unas gotas para que se las pongáis en cada comida y tenéis que aseguráros que no mordisquea las plantas rojas y negras de las macetas que están en el mirador del jardín. —Les cedió la gatita—. Ahora deberíais dejarla en su cama para que duerma mientras estáis fuera y cerrad la puerta del cuarto para que no se escape.

Los dos salieron, andando muy obedientes, sonriéndose entre ellos.

—No sé cómo se comportará la gatita en el barco.  
—Meditó Julianna.

—No te preocupes, Juls, para entonces ya será grande y lo único que hará será dormir en lugares cálidos los días de frío, y frescos en los que haga bochorno. Además, seguro que caza todo animal que se os cuele en las bodegas. —Contestó alegre Max

Amelia lo miró y él la sonrió en respuesta, pero fue el almirante el que contestó a la pregunta que claramente quería formular:

—Max es de los pocos —miró a Cliff de soslayo— que inteligentemente ha seguido un consejo que les di cuando se embarcaron la primera vez. Llevar siempre

un gato a bordo para comerse cualquier roedor o polizón que se cuele en sus barcos y bodegas.

Cliff lo miró sonriendo:

—¿Todavía tienes ese gato gordo y malhumorado? ¿Cómo se llamaba?

—Lord Wellington. —Sonrió—. No. El pobre pasó a mejor vida. Ahora tengo a una gata malhumorada. Jonas —dijo orgulloso.

Casi se atraganta, pero enseguida Cliff empezó a reírse a carcajadas:

—No dudo que se sentirá inmensamente halagado de que le pongas ese nombre a tu malhumorada mascota y que sea hembra.

Entonces ambos se rieron. Julianna se inclinó un poco hacia Cloe.

—Jonas es el nombre de pila del marqués, el marido de su hermana. Le encanta torturarlo.

—Señorita Makerson —la miró sonriendo, pero sin ningún tono seductor de fondo, lo cual gustó en extremo a Amelia—, he traído una yegua zahína, es briosa pero fácil de manejar. Mi hermana lady Eugene la ha montado en muchas ocasiones por la escuela, por lo que el entorno no le será desconocido. He creído

que para una primera salida sería lo mejor. En cuanto pueda calibrar sus dotes de amazona, seleccionaré una montura adecuada para usted de mis establos.

—Es muy amable, milord. —Se sonrojó—. Montar es una de mis aficiones favoritas, aunque he de confesar que quizás esté un poco desentrenada. Mis tíos no me permitían hacerlo desde que llegué a Londres.

—Pues esa será una de las primeras injusticias que podremos reparar —contestó alegre Cliff—. Nosotros —hizo un gesto con la mano que abarcaba a todos— lo hacemos a diario. Pero he de advertirle que se encuentra ante un grupo de inconformistas en cuanto a las normas del más estricto decoro sobre la adecuada manera de pasear sobre cuatro patas. Nos gusta la velocidad, hacer carreras y cabalgar, aunque no nos encontremos en el campo.

Cloe tenía un brillo de interés en la mirada.

—Y por eso —añadió Amelia— lo hacemos en la Escuela de Caballería y en sus terrenos adyacentes donde, si vamos temprano, podemos hacerlo sin causar un escándalo ni ser censurados.

Todos se rieron, y como Cloe no podía hacerse aún

una exacta imagen de lo que le decían, se limitó a mirarlos. Julianna le tomó la mano.

—Dentro de un rato entenderás a lo que nos referimos.

En ese momento entraron los gemelos:

—Papi, la señorita Donna dice que hoy viene con nosotros a montar, ¿es verdad?

—Sí, nenita. —La sentó en su regazo—. Quiere enseñaros unos trucos de su país. Creo que es una maravillosa idea, sobre todo antes de que empecéis a saltar. —Como era la primera noticia que tenía el grupo, Cliff les informó—: Es originaria de una tierra en las que las mujeres son unas excelentes amazonas y saben manejar los caballos incluso sin sillas, riendas o estribos. Se requiere una gran destreza. Les vendrá bien para manejar los caballitos antes de aventurarlos a saltar, sobre todo a mi nenita. —Acarició la mejilla de su hija con la nariz después de sentarla en su regazo—. ¿Verdad, cariño?

La pequeña solo se rio por las cosquillas.

Llegaron al parque y dejaron a los gemelos con la señorita Donna y un mozo divertidos y entretenidos en la zona de entrenamiento.

—Niños, mamá y yo volveremos en media hora. Prestad atención a la señorita, porque cuando volvamos practicaremos todo lo que hayáis aprendido, y sed buenos —les dijo Cliff antes de tomar camino de las pistas donde se encontraron con Ethan y Adele esperándolos.

—Buenos días —saludó el primero con cortesía y con un gesto de cabeza llevándose la mano al sombrero.

—Buenos días —añadió en un tono más jovial y cercano Adele. Miró a Cloe—. Querida, estás muy bonita con ese traje.

—Muchas gracias. He de confesar que es la primera vez que llevo un traje de montar tan bien armado y, sin embargo, tan ligero.

En apenas dos días parecía empezar a salir de ese estado de miedo y retraimiento al que la habían sometido durante los últimos meses y las damas, especialmente, lo notaban con agrado. Un par de semanas más y tendría el aplomo suficiente para dejar atrás la experiencia con sus tíos e incluso para enfrentarse a su tía y sus primas en los salones. Adele se rio suavemente.

—Es la mano de madame Coquette. Yo la he declarado una artista.

Cliff se puso a la altura de todos y divertido sugirió animado:

—Dentro de media hora nos esperan mis pequeños así que, ¿qué tal una buena cabalgada?

—Una carrera. —Se animó entusiasmada Amelia.

—Hasta los páramos. —Añadió Julianna.

—¿Y el castigo para el perdedor? —preguntó Adele—. Si es un caballero deberá sacar a bailar a una de las *grandes dames* esta noche en el baile de la condesa Tulipán.

Los tres caballeros se miraron horrorizados.

—Bajo ningún concepto.

—Ni hablar.

—Prefiero que me pasen por la quilla.

Todos se quejaron, poniendo cara de espanto.

—Pues entonces... ¡oh, sí, ya sé! Llevadnos a la subasta de Tattersall y a un almuerzo en el campo después —propuso Amelia—. Por favor, llevamos años suplicándoos que nos llevéis.

—Oh, sí, qué gran idea —intervino Julianna.

—Sí, sí. Sería maravilloso —convino Adele

sonriendo expectante.

Los tres se miraron de nuevo y pusieron cara de falsa resignación, ocultando que ya habían decidido llevarlas allí hacia días.

—Muy bien, y si pierde una de las damas, nos llevaréis vosotras —aceptó Cliff divertido mientras los otros dos se reían.

Adele entrecerró los ojos y mirando a las damas señaló:

—Soy la única que cree que nos acaban de manipular.

Todas menos Cloe miraban a su respectivo Némesis, y negaron con la cabeza.

Amelia susurró a Cloe:

—Las trampas están permitidas.

—Entonces, vamos. Los animó Cliff con determinación. Miró a todos, que parecían enderezarse en sus sillas y tomar con más fuerza las riendas—. ¿Preparados? A la de tres. Uno... dos... ¡Tramposas! —gritó cuando todas las damas salieron sin dudarlo antes de tiempo, sus risas ahogaron el tres y poco les importó.

Galoparon como si fueran adolescentes en medio



del campo mirándose unos a otros, adelantándose, cerrándose el paso, diciéndose cosas unos a otros entre risas y bromas. Al llegar ya no importaba quién ganase o quién perdiese, todos estaban riéndose, jadeantes, comentando cada adelanto, cada curva, cada salto.

Después de tomar el camino de vuelta a buen ritmo y sin parar de reír, Ethan y Adele se despidieron, conviniendo pasar por Brindfet House antes del baile de madame Tulipán. Cloe y Julianna se quedaron al borde de las pistas viendo como Cliff se dedicaba por entero a los gemelos. Max se acercó a Amelia

—¿No habrás olvidado que tenemos una cita?

Amelia lo miró.

—No, por supuesto que no.

—Bien. —Sonrió seductor—. Podríamos adelantarnos a los demás y así dejarte después en manos de tu tía, como te prometí, antes de almorzar.

Amelia lo miró después de mirar lo entretenido que parecían los demás con los gemelos.

—Está bien. Voy a comentárselo a Julianna mientras avisas a Polly de que regresamos juntos para que venga con nosotros.

Una hora después, tras regresar a casa y cambiarse de ropa, estaba montada en el carruaje ducal adentrándose por las calles de Londres.

—Supongo que ya puedes decirme adónde vamos —señaló mirándolo fijamente llena de curiosidad.

—Supones mal —respondió sonriéndola con petulante arrogancia ante la cara de ansiedad de ella.

—¿No vas a decirme adónde me llevas, sin nadie que me acompañe, sin una dama de compañía y sin posibilidad de evaluar si estoy en peligro? —preguntó con un tono suave de asombro que no de alarma

Max se rio.

—Ese tipo de preocupaciones no parecen propias de una dama que se adentra en los barrios pobres de Londres varias veces por semana, que cabalga en numerosas ocasiones sin mozo por las tierras del conde y que cura por igual niños y animalitos enfermos. —E iba añadir que besa en habitaciones oscuras a un experimentado caballero dejándole aturdido, al borde del abismo y del placer más inusitado con un solo beso, pero era darle demasiadas armas a una joven inteligente y resuelta como ella.

Amelia se rio y comprendió que aunque para ella

Max era el único hombre capaz de hacerle cometer una locura, también era cierto que era, de todos, el que evitaría a cualquier precio perjudicarla en algún modo. Además, como acababa de señalar, ella, prácticamente a diario, cometía imprudencias mayores. Volvió a mirar por la ventana y empezó a reconocer la zona.

—¿Vamos al orfanato? —preguntó con los ojos abiertos.

El asintió sonriendo.

—Debería haberte vendado los ojos. No hay forma de sorprender a una dama inteligente. —Negó con la cabeza, sonriendo.

—Pero. —Resopló, comprendiendo que Max quería realmente sorprenderla así que era mejor no preguntarle—. Está bien. No preguntaré nada. —De repente cayó en la cuenta de cómo iba vestida y frunció el ceño mientras inspeccionaba su propio atuendo—. Max... no sé cómo decir esto pero.

Max, que acababa de verla revisar su ropa incómoda, comprendió:

—Lo tengo todo previsto, tranquila. He traído una capa vieja de Eugene que te tapará entera, no se verá más que una pequeña franja del borde del vestido. No

podía decirte que te vistieses de modo sencillo porque habrías adivinado adónde te llevaba, además, después he de dejarte en manos de tu tía en Bond Street. “Salvo que pueda evitarlo...”.

Amelia negó con la cabeza:

—Julianna dice que se nota que Cliff es marino por la forma en que organiza todo, como un estratega preparando una batalla. —Se rio—. Creo que después de tantos años actuando de ese modo no lo podéis evitar, forma parte de vosotros.

Max soltó una carcajada.

—Nunca lo había pensado, pero puede que tenga razón.

Justo en ese momento se paró el coche y salieron. Max la cubrió con la capa y ella la cerró, estaban cerca del orfanato pero habían tomado un camino distinto al que ella solía utilizar, no obstante, era fácil reconocer todas las callejuelas y recodos. Cuando llegaron se encontró con que en la puerta había tres grandes carrromatos, entraron y había ruido de golpes de martillos, metales y gente moviéndose por el patio. Enseguida les abordó la señora Cornish.

—Querida niña. —Le agarró de las manos—.

¡Qué idea tan inteligente!

Amelia miró a Max, que le sonrió y se encogió de hombros. Ella caminó hacia el patio, flanqueada por la señora Cornish y por Max, y al llegar vio a por los menos veinte marineros encaramados a cordajes que descendían desde el tejado donde otros marineros colocaban unos hierros con forma de gancho por todos los lados de las paredes mientras los que colgaban iban subiendo unas enormes telas. De las ventanas que daban al patio salían las cabezas curiosas y entusiasmadas de los niños y los maestros, que observaban cautivados la actividad. Miró a Max con los ojos muy brillantes y sorprendidos

—¿Las velas? —Max asintió—. Pero... —Lo empujó con suavidad hacía una de las esquinas del patio para hablar con tranquilidad, sin darse cuenta de que estaban fuera de la vista del ajetreo del patio—. ¿Cuándo has organizado todo esto...?

Max sonrió y volvió a encogerse de hombros:

—Soy un hombre muy capaz, pequeña. —Le acarició con ternura la mejilla—. Cuando me empeño en algo, lo consigo.

El brillo de esos ojos grises le provocó un escalofrío

a Amelia, comprendiendo que Max no solo se refería a lo que les rodeaba, sino a algo más importante, y sin evitarlo sonrió, esperando que Max no se diese cuenta de la razón de su sonrisa.

Con un nudo en la garganta solo le dio las gracias, quedándose unos instantes atrapados uno en los ojos del otro. Max se inclinó al tiempo que con la mano posada tras la nuca de Amelia se la acercó y la besó con suavidad, con tranquilidad. No era un beso fruto de una pasión desesperada, sino uno cargado de mucho más, de un deseo, de una complicidad, de una comprensión mutua de que estaban unidos por unos hilos invisibles que les impedían separarse. Amelia tuvo que apoyarse en su pecho para mantener el equilibrio, notando el calor que desprendía su cuerpo debajo de la fina y elegante camisa y del suave chaleco de seda damasquina bajo su chaqueta. Amelia gimió tan suave, tan imperceptiblemente, que Max se encendió como una antorcha por la sensación, obligándose a interrumpir el beso, a recordar dónde se hallaban y a comportarse adecuadamente. Alzó poco a poco la cabeza, acariciándole la mejilla con el pulgar mientras ella volvía a abrir los ojos.

—Ven. Te explicaré cómo funcionan los cordajes y te presentaré a dos personas que debes conocer.

Amelia se enderezó lentamente y asintió. Max tomó su mano y se la colocó en el brazo para volver al centro del patio, donde se hallaba la señora Cornish con dos hombres, uno muy mayor con unas largas barbas y otro más joven, aunque ella calculaba que tendría algo más de cuarenta años. Al llegar a su lado los dos hombres dejaron de hablar y saludaron con un golpe de cabeza.

—Capitán.

—Señores. Amelia, permite que te presente a John Burlet y a Timothy Salem. Señores, la señorita Amelia Mcbeth.

Los dos hicieron una inclinación bastante aceptable, pensó Amelia.

—Señor Burlet, señor Salem, es un placer.

—Señorita.

—Ambos son marinos experimentados y si la señora Cornish y tú tenéis a bien acogerlos como parte del personal de vuestra institución, podrán encargarse de las labores de mantenimiento del edificio, desde instalar y desinstalar las nuevas cubiertas cuando

cambien las temperaturas —señaló a las carpas—, a labores de reparaciones de todo tipo. John es un excelente carpintero y un hombre muy ingenioso a la hora de arreglar cosas. Tim es un veterano en todos los sentidos, ha batallado desde que apenas levantaba un palmo del suelo y se encargó hasta hace poco de las labores de cordajes, reparación de velas y también de aprovisionamiento de ropa y enseres en mi barco.

Amelia los miró.

—Señorita —intervino la señora Cornish—, hemos estado hablando estos hombres y yo y creo que nos vendría muy bien su ayuda para muchas de las cosas que día a día se necesitan aquí. Están dispuestos a instalarse en la pensión del final de la calle, y puesto que cuentan con la confianza y la recomendación del capitán, creo que podemos esperar lo mejor de ellos.

Los dos hombres sonrieron ante las palabras de la señora.

Amelia lo meditó unos minutos y finalmente dijo:

—Creo, señores, que, sin duda, serán una incorporación excelente para nuestra institución pero, puesto que nuestro personal permanente cuenta con comida y un techo como parte de su trabajo, no



podemos permitir que ustedes sean menos que ellos. Veamos, la señora Cornish se encargará de acordar con los dos un salario justo y hablará con el dueño de la pensión que está en esta calle para hacerle saber que los gastos de sus habitaciones y de la comida de ambos, mientras permanezcan con nosotros, sean abonados por el orfanato. Por supuesto, pueden realizar las comidas en nuestros comedores si gustan, pero si prefieren hacerlo lejos del jaleo de los niños pueden elegir con libertad.

Los ojos de los dos marineros se abrieron como platos, pues era obvio que ambos formaban parte de ese grupo de antiguos marineros que, por enfermedad o edad, ya no podían trabajar embarcados y, por lo tanto, carecían de medio de vida y de la posibilidad de costearse comida y techo caliente.

—Eso es más de lo que esperábamos, señorita —dijo el anciano, que miró de soslayo a Max—. Le prometemos cumplir con nuestras obligaciones fielmente.

Amelia sonrió.

—Estoy segura que lo harán. Y ahora, ¿serían tan amables de explicarme cómo funcionan todos esos

artilugios que nos rodean?

El más joven empezó a explicarle el sistema de poleas y cuerdas para poner y quitar los toldos así como la forma de repararlos cuando fuese necesario sin necesidad de sustituirlo todo.

Max la observaba con los marineros, en apenas veinte minutos y enlazando inteligentes preguntas y comentarios consiguió que los dos no solo le explicasen cómo funcionaba todo aquello sino, además, que les contase lo necesario para asegurarse de que eran personas honradas, de fiar y capaces de tratar con niños y muchas más cosas de las que él sabía de ellos, a pesar de haber navegado con ambos durante años siendo su capitán. Y lo hizo sin que ninguno se diese ni cuenta. Max no podía dejar de sonreír, de admirarla en sus movimientos seguros y femeninos pero sin perder un ápice de autoridad ante unos hombres que eran mucho mayores que ella y acostumbrados a recibir órdenes de un hombre, no de una mujer, hombres que le doblaban como poco en tamaño y que tratándose de otra dama provocarían un pavor tremendo por su aspecto hosco y curtido en el mar. Sin embargo, ella los dobló en unos minutos y ahora parecían

inofensivos cachorrillos en sus manos.

Cuando los dos subieron con la señora a la zona de administración Amelia se giró y señalando a los marineros que les rodeaban, los que colgaban de las paredes y del techo preguntó:

—Son tu tripulación ¿verdad?

Max asintió. En unos minutos se vieron rodeados por niños de entre nueve y doce años excitadísimos por la actividad.

—Señorita Amelia —habló uno de los mayores—. Uno de los marineros nos ha dicho que nos deja jugar a enrollarnos en las velas si nos da permiso una de las profesoras, ¿podemos?

Amelia miró a Max que, se rio.

—Enrollarán a los niños con las velas en el suelo y cuando las suban un poco se desenrollarán y los niños que van dentro rodarán y caerán sobre la base de las telas. No es peligroso, tranquila. Los marineros saben lo que hacen, los niños se divertirán y ellos estarán entretenidos mientras realizan una labor, en otro caso, rutinaria. Déjales.

Amelia sonrió.

—Ya habéis oído al capitán. Pero obedeced a esos

hombres y si os dicen que hagáis algo lo hacéis sin rechistar, ¿entendido?

Ni esperaron a contestar, salieron despavoridos a un pequeño grupo de marineros que empezaron a darles instrucciones y ordenes como si fueran grumetes. Amelia iba a preguntar, pero Max se adelantó:

—No es peligroso, palabra. Aseguró riéndose.

Amelia se volvió al ver a una de las cocineras que miraba a los marineros entusiasmada aunque por su expresión era evidente que su entusiasmo era de un tipo distinto al de los niños.

—Buenos días, Dorna.

La señora se giró y al ver a Amelia recompuso su expresión:

—Buenos días, señorita. Esto no se ve todos los días. —Hizo un gesto con la cabeza.

Amelia se rio suavemente:

—No, no, no todos los días. —Miró a Max y se ruborizó, y este tuvo que contener una carcajada ante el comentario nada sutil ni ligero de la mujer—. Dorna, por favor, vaya a la taberna del señor Flottern y encargue un buen almuerzo y algunos barriles de

cerveza para estos hombres, de la negra y de la rubia, de las dos. Que traiga varias carnes, ese guiso tan sabroso que hace de ternera y el de conejo, quesos, fruta y algunos de los púdines dulces que elabora su esposa. Dígale que lo traiga al orfanato antes de que acaben estos hombres. Vaya también a la panadería que tanto le gusta a la señora Cornish, y que traigan hogazas de pan, pasteles de carne y riñones y algunos bizcochos de melaza. Imagino que los niños estarán por aquí mientras tanto así que, encargue también galletas y algunos dulces de leche para tenerlos entretenidos. Después, hagan limonadas para los niños y café para los hombres. Oh, que no se me olvide, dígales al señor Flottern y a la panadera que mañana me encargo yo personalmente de abonarles las facturas. Por favor, que no las pasen al orfanato.

—Sí, señorita. Enseguida.

Contestó más feliz que unas pascuas la señora y salió corriendo igual que los niños, agarrándose los bajos de las faldas.

Se giró hacia Max y dijo:

—Sería inútil decirle que no corra ¿no es cierto?

Max se rio a carcajadas.

—No hace falta que alimentos a mis hombres, Mel. Ella entrecerró los ojos:

—Max, es lo menos que puedo hacer, sobre todo porque veo que luchan más con los niños que con su trabajo.

—Por tus comentarios, veo que conoces las tabernas de la zona —señalaba enarcando las cejas con un gesto que no revelaba agrado precisamente.

Amelia se rio ante el deje nada sutil de enfado en su expresión.

—Conozco solo esa y otra del final de la calle, pero solo porque conseguimos trabajo para unos muchachos y un par de chicas. No son sitios en los que mi tía me dejase entrar, pero tampoco son, como esos que llama Polly, antros. Además, en Navidad y en año nuevo les encargamos la comida de las fiestas y he de confesar que tienen guisos sabrosos. Son honrados. Dan productos de una calidad muy aceptable.

Max la miró y después insistió:

—Espero que saboreases esos platos dentro de estas paredes y no en las tabernas, por muy decentes que resulten. Una taberna es una taberna, Mel —dijo serio y con cierto regusto a enfado.

—Puedo prometer que no he estado nunca sentada en ninguna mesa de ninguna taberna. —Se rio divertida ante el gesto de Max—. Quizás sea una experiencia que una dama aventurera como yo debiera probar en alguna ocasión —añadió enarcando una ceja y sonriendo maliciosa.

—Mel, no lo digas ni en broma. No vas a entrar en ninguna taberna, ¿me has oído? —decía él poniendo un dedo delante de su cara.

Amelia se rio y negó con la cabeza:

—Eres más fácil de enredar que Cliff. —Se rio y le sujetó el dedo con el que le amenazaba un momento—. Te lo prometo Max, nada de tabernas en mi agenda.

Escucharon risas y se giraron para ver a un marinero riéndose con dos críos encaramados a su espalda. Los dos se rieron.

—Te dije que están disfrutando tanto como ellos. Esto es más entretenido y menos duro que los trabajos de reparación y mantenimiento del barco. —Max de nuevo asió la mano de Amelia y se la llevó a su brazo—. ¿Tienes que despedirte de la señora Cornish o crees que podríamos salir discretamente?

Amelia miró a su alrededor:

—Creo que con el jaleo que hay, no notarían que estamos, y menos aún que nos hemos ido.

—Entonces, regresemos. Te llevaré con tu tía.

Amelia asintió. Diez minutos después estaban en el coche. Miró a Max de hito en hito mientras se quitaba la capa que la cubría hasta entonces y, para asombro de Max, se levantó de donde estaba y se sentó a su lado. Apoyó la cabeza en su hombro y deslizó una de sus manos hasta atrapar la de Max y la cerró en un gesto confiado, dulce y que a Max le provocó una extraña sensación de hallarse en casa. Mantuvo la cabeza apoyada en su hombro sin moverse unos minutos.

—Gracias, Max. Creo que me gustan este tipo de sorpresas.

Solo Amelia era capaz de dar las gracias y de conmoverle al tiempo que le sorprendía con la forma en que funcionaba su mente. Max se rio y entrelazó sus dedos con los de ella en la mano que le había cogido, llevándosela después a los labios pero sin soltarla.

—Un placer, pequeña, un placer.

Se dejó disfrutar unos minutos de esa sensación, de



esa tranquilidad al saberla tan cerca de él, confiada de nuevo, relajada en su presencia y al mismo tiempo tan nerviosa con su tacto, su calor, cuando la miraba.

—¿Amelia?

—¿Umm?

Ella no se movió.

—¿Es necesario que vayas a comprar con tu tía?  
—Amelia levantó la cabeza y lo miró—. Podríamos ir a pasear por las orillas del Serpentine y después regresar para el almuerzo.

Amelia lo miró debatiéndose para decidir.

—Es que... —Su voz era suave pero algo temblorosa—. Bueno, necesario, no, pero estamos ayudando a Cloe a terminar con...

Max le puso un dedo debajo de la barbilla y la instó a acercar su cara, quedando a escasos centímetros uno de otro manteniendo el dedo bajo su barbilla, y moviéndolo lentamente acarició esa suave zona, aturdiéndola y excitándola. No era muy justo emplear esos trucos pero, además de disfrutar de su contacto, quería pasar todo el tiempo posible con ella y ahora estaba tan... La besó y, con un movimiento, sin interrumpir el beso y si encontrar resistencia en

Amelia, la aupó con suavidad y la depositó sobre su regazo, de modo que quedaba acunada entre sus brazos y permitiéndole profundizar un beso que estaba a punto de convertirse en algo más serio si no tenía cuidado. Amelia alzó los brazos rodeándole el cuello y entrelazando en una sensual caricia sus delgados dedos en las hebras del pelo de Max. Max emitió un sonido gutural y se inclinó, de modo que Amelia quedó casi tumbada entre sus brazos. Comenzó entonces a descender con los labios a su mandíbula, donde la lamió y le dio un pequeño mordisco llevando a Amelia al límite de sus fuerzas sintiendo cómo algo dentro de ella clamaba por más, mucho más, y sintiendo un calor y una humedad entre las piernas que amenazaba con hacerla arder. Llegó a su cuello, donde de nuevo emitió un sonido mezcla de gemido mezcla ronquido. Tomó un pecho con la mano y después introdujo un dedo entre las telas del escote, haciéndolo descender liberando el tierno, prieto y blanco pecho que pronto tomó en su boca. Descendió aún más y apresó el pezón, comenzando a torturarlo, lamerlo, succionarlo y mordisquearlo hasta que Amelia gimió de placer y arqueó un poco la espalda. Sin separar sus labios de su

piel pero torturando de nuevo su seno con la mano, Max susurró con una voz cargada y ronca:

—Mel, pasa conmigo el resto de la mañana.

Amelia cerró una mano en su pelo al sentir de nuevo cómo se elevaba del suelo con lo que le hacía con esos labios, con esos dedos.

—Max —jadeó.

Max mantuvo apretado su pecho en su mano, pero la incorporó un poco para que sus rostros quedasen enfrentados. La besó.

—Di que sí. Cloe tiene a muchas damas ayudándola, no has de preocuparte por eso.

De nuevo la besó y le mordisqueó el labio inferior, aturdiéndola más y más.

La respiración de Amelia era entrecortada, sus ojos casi cerrados estaban cubiertos de un velo de deseo de pasión que conseguía hacerlos brillar de un modo extraordinario

—No... —carraspeó y se pasó la lengua por los labios—. No es justo. No puedo pensar cuando me besas, ni cuando...

Aunque ya estaba ruborizada Max notó cómo se encendía aún más y se rio suavemente mientras volvía

a besarla al tiempo que con mano experta le colocaba bien el vestido. Interrumpió el beso y alzó un poco la cabeza, pero la mantuvo en esa postura.

—Está bien, está bien, seré bueno. Solo un paseo por la orilla, lo prometo.

Mel suspiró y lo miró antes de asentir.

—Pero tendremos que avisarles.

Max la besó ligeramente.

—Cuando nos deje el coche lo enviaré con una nota informándolas de que la actividad del orfanato nos va a retener un poco más de lo que pensamos, y después regresará para llevarnos a casa a almorzar.

—Umm, bueno, supongo que está bien. Aunque no me gusta mentir a mi tía ni a Juls.

Max le acarició la mejilla y besó la otra lentamente para de inmediato acariciársela con los labios.

—Más adelante, si lo crees necesario, confesaremos nuestra pequeña falta —convino en un tono seductor que Amelia sabía debía haber utilizado durante años sabedor de que era casi irresistible.

—Está bien. —Sonrió—. Pero espero que recuerdes en el futuro este momento, porque será en el que diga que me desvié del camino correcto y que tú

eres el instigador de ese desvío.

Max se rio y disfrutó de saber que difícilmente olvidaría ese momento durante el resto de su vida. Dio un golpe al techo y dijo en voz alta:

—A Hyde Park, por el acceso sur.

Amelia, lejos de volver a colocarse como debería en el asiento, se acomodó en brazos de Max y apoyó la cabeza en el hueco de su hombro. Max se arrellanó en el respaldo para tener mejor postura y tomó la mano que ella había apoyado en su torso y la acarició el resto del camino, disfrutando de ese calor, de esa piel y, calladamente, incluso de la dolorosa erección que esperaba bajase un poco antes de llegar, aunque lo dudaba, teniendo su tierno y redondeado trasero sobre sus muslos y su aroma impregnando sus fosas nasales y su cerebro.

Pasaron el resto de la mañana paseando tranquilos, riéndose con anécdotas de ambos del último año, pero hubo un momento en el que Amelia se quedó algo más callada mirando el río mientras caminaban

—¿Mel? —Max la miró unos segundos—. ¿Qué pasa?

Ella se detuvo y él se quedó a su lado observándola

unos segundos.

—Has estado un año fuera. Sé que estabas cumpliendo con tu deber y que te debías a ti mismo y a tus hombres cumplir la misión que te encargaron pero... —Se mordió el labio.

—¿Pero? —la instó.

Ella alzó la vista para mirarlo:

—No viniste, ni una sola vez, no... —Se le fue apagando la voz—. No... estuviste cuando me presentaron... Ni bailaste conmigo... Ni... —Bajó la vista avergonzada.

—Lo sé, lo sé, y te debo una disculpa.

Ella negó con la cabeza:

—No, no, no es cierto. Lo que estabas haciendo era más importante —contestó firmemente antes de que de nuevo bajase su voz—. Podrías haberme escrito para desearme suerte o para... no sé... —Se giró hacia el río.

Max se puso a su lado y le tomó la mano entrelazando sus dedos.

—Lo sé, Mel, lo siento. Debería haberos escrito a todos, especialmente a ti, era un momento importante para ti.

Amelia lo interrumpió:

—No importa, Max. Es solo que me he acordado que esta noche empieza la temporada y... —Suspiró—. ¿Max? —Con voz firme retornó a la normalidad—. Tienes que ayudarme en una cosa —dijo como una orden más que como una petición.

Max se rio y negó con la cabeza.

—Mel, sigues siendo una tirana.

Ella sonrió:

—En fin, todos tenemos virtudes ¿no es cierto?

Max soltó una carcajada.

—Solo tú podrías pensar en la tiranía como una virtud. A ver ¿para qué requieres mi ayuda?

—Quiero emparejar a Cloe con William , y antes de que digas nada, has de saber que están hechos el uno para el otro.

Max alzó una ceja y dijo provocativo:

—¿Pero yo creía que el interés del marqués ya había encontrado destinataria?

Amelia hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Olvida eso. Nos queremos mucho y supongo que si nos lo propusiésemos podríamos acabar, en fin... —De nuevo hizo un gesto—. No importa. Lo importante

es que sé que son perfectos.

Por un segundo Max pensó en la verdad de las palabras de Cliff unas semanas atrás. Si no hubiera abierto los ojos, podría haber perdido a Amelia por pura cabezonería, por terquedad. Solo de pensarlo se le hizo un hueco sordo en el corazón pero que rápidamente quedó atrás ante el brillo de entusiasmo de su rostro y esa necesidad suya de arreglar lo que anduviese mal a su alrededor. Sonrió

—¿Y mi ayuda?

—Bueno, ir dándole empujoncitos a William sin notarlo. Una palabra de halago a Cloe aquí, un comentario allí. En fin, esas cosas que supongo hacéis los caballeros cuando intercambiáis opiniones sobre las damas.

Max se rio.

—Mel, esas cosas no las hace un verdadero caballero. —Ella alzó las cejas—. Me refiero a intercambiar impresiones sobre las damas, eso es una descortesía hacia ellas.

—Vamos, Max, no me puedo ni imaginar que no hables de las damas con Cliff o con Ethan.

—Eso es distinto. Ellos son mis mejores amigos y



jamás hablaríamos de esos temas en presencia de ningún otro caballero.

—Oh, perfecto entonces —dijo sonriéndole complacida—. A partir de ahora, considera a William uno de tu mejores amigos. —Él iba a decir algo pero ella se adelantó poniendo esa mirada de tenacidad que Max conocía sobradamente—. Por favor, piensa en lo felices que les harás, y a mí.

Decididamente estaba perdidamente enamorado, porque por la felicidad de Amelia iba a hacer de casamentero. Puso los ojos en blanco y señaló:

—Considérame reclutado para tu particular cruzada, pero —la miró fijamente—reclamo el derecho de exigir una recompensa.

Amelia lo meditó un segundo, pero el brillo azulado que cada vez se marcaba más en sus ojos la hizo desear que la recompensa fuera ella, de modo que sin pensarlo más aceptó.

—Una recompensa, de acuerdo. Todo sea por la victoria del amor.

Max sonrió, pensando que por ahí iba precisamente su recompensa.

# Capítulo 8

Media hora más tarde entraban en la mansión y ambos se quedaron parados al escuchar la música del piano desde la sala de música. Se miraron y Amelia preguntó a Furnish:

—¿Ha regresado Eugene?

El mayordomo negó con la cabeza.

—Es la señorita Cloe. Lady Anna no dejaba de llorar porque le está saliendo su primer diente, y la música parece calmarla un poco.

Amelia terminó de darle los guantes y el sombrero y se encaminó a la sala de música, impresionada por la bonita melodía y lo magníficamente interpretada que la sentía. Entró con Max con cuidado en la sala, quedándose casi en la puerta, y vio a Cloe sentada en el piano con Julianna sentada en la banqueta a su lado con Anna en los brazos. Se quedaron un momento

quietos en silencio hasta que Max posó su mano en su hombro y con un gesto de cabeza la hizo mirar hacia la otra puerta. William estaba bajo el umbral, quieto, mirando fijamente a Cloe con la expresión absolutamente embelesada.

—Creo —le susurró Max al oído— que a nuestro querido marqués no habrá que empujarlo demasiado.

Amelia miró a Max, después al marqués, y sonrió, se giró y empujando suavemente a Max fuera de la sala, señaló sonriendo.

—Asegúrate de que se queda a almorzar y si te pregunta por Cloe... Bueno, recuerda, uno de tus mejores amigos.

Se giró para marcharse, pero él la sujetó.

—¿Puedo saber adónde vas con tanta prisa?

—A por un remedio para aliviar las encías de Anna. Ahora vuelvo. —Dio un paso y se giró para mirarlo de nuevo, se puso de puntillas y le dio un ligero beso en la mejilla—. Sé bueno.

Max la observó irse e instantes después apareció a su lado Cliff.

—Ya habéis regresado. Bien. Quería pedirle algo a Amelia para las encías de Anna...

Max le interrumpió.

—Acaba de ir a buscar algo para la pequeña. — Miró a la puerta, donde permanecía el marqués—. Creo que, después de todo, Amelia ha acertado con el marqués y la señorita Markerson. —Alzó la ceja. Cliff iba a protestar—. Lo sé, lo sé. El riesgo existió pero solo fue pasajero y ya he recapacitado, dejemos que el pobre marqués pueda centrarse en alguien apropiado para él, porque Amelia no lo es —añadió sonriendo pero con firmeza.

Cliff sonrió.

—Al menos sirvió para ponerte las cosas claras, ¿no es cierto? —Se rio suave—. Vamos a invitar al hechizado marqués a una copa antes del almuerzo.

Dio un golpe en el hombro a Max y minutos más tarde desaparecían los tres junto al almirante en una de las salas que daban al jardín.

En la habitación de Cloe se reunieron todas las damas de la familia, la pequeña Mel incluida, mientras las doncellas sacaban de las cajas los nuevos vestidos y complementos que madame Coquette había enviado como primera remesa de los encargados para Cloe. La pequeña Anna se había dormido después de darle una

pequeña infusión, por lo que se hallaba tranquila en su cuna al cuidado de la niñera.

De repente, entraron Eugene y Adele como dos vendavales.

—Mirad quién ha vuelto —anunciaba cantando Adele.

—¡Eugene!

Todas la Mcbeth de inmediato la abrazaron. Después de varios intercambios, saludos y bromas se sentaron en los sillones, en la banqueta y en el borde de la cama, centrando su atención en Cloe, que estaba un poco azorada.

Eugene se acercó a Cloe y le pasó el brazo por los hombros.

—No te apures, te acabarás acostumbrando, es una tradición entre nosotras. Nos tenemos que vestir en aquelarre. —Se reía bromista.

—¡Eugene! —protestaron las demás riéndose—. La vas a asustar.

Eugene puso los ojos en blanco:

—Bueno, Cloe, puedo llamarte Cloe, ¿verdad? —No esperó a que la respondiese—. Creo que nos lo vamos a pasar estupendamente. Vamos a hacer que tu

tía y tus primas se muerdan las uñas de envidia. — Cloe se sonrojó—. Y vas a bailar con todos los mejores partidos de la temporada, eso te lo aseguro. Dentro de dos días los tendrás rendidos a tus pies.

—Geny. —Meneó la cabeza Amelia—. Sigues siendo muy mandona.

—Le dijo la sartén al cazo —replicó ella alzando la barbilla—. Oh... —Se acercó a uno de los vestidos—. Este es precioso y es perfecto para esta noche, un pajarito me ha dicho que este año los tulipanes de la condesa serán naranjas y amarillos... Con este violeta estarás perfecta. Pruébatelo.

—Yo había pensado en el verde musgo con encaje. Realzará los rojizos de su pelo. —Se apresuraba a decir Amelia.

—Me gusta este rosa con hilos de plata, le favorecerá mucho ese bonito cutis —señalaba Julianna.

—Umm ¿y el dorado de seda? —preguntó Adele.

—Lo siento, señoritas —intervino firme tía Blanche, que hacía un gesto a una doncella que de inmediato se puso a desembalar una de las cajas—. Para esta noche, madame y yo hemos seleccionado

uno que será perfecto para que deslumbre sobre todas las demás. —Guiñó un ojo a Cloe mientras las damas miraban a la doncella y cuando esta se giró se hizo el silencio.

—Es, es... —murmuraba asombrada Cloe.

—¡Es una maravilla, tía! —exclamó Julianna mientras se lo acercaba la doncella—. ¿Qué es? ¿Seda?

Su tía se levantó y se acercó a Cloe:

—Pruébate, querida. Es seda con encaje de Bruselas y el bordado está hecho por unas mujeres españolas que hacen mantones de Manila. —Miró a la doncella a la espalda de Cloe, que sacó de otra caja un precioso mantón de Manila español con bonitos y coloridos bordados—. Y en vez de un chal o de una chaquetilla, te pondrás esto. —Se lo pasó por los hombros y sonrió satisfecha.

Cloe acarició y miró asombrada aquella delicada seda bordada con exquisitas flores con flecos en los bordes con nudos enrevesados formando una red de hilos de seda.

—No, no puedo aceptar. Esto es demasiado. Yo no...

Su voz se apagaba. La tía Blanche le pasó el brazo por el hombro sonriendo.

—Querida, considera que esto es lo menos que podemos hacer para compensar los meses de injusticia que has tenido que soportar.

—Además —dijo alegremente Eugene—, piensa cómo le rechinarán los dientes a tu tía y tus primas cuando te vean entrar.

Todas se rieron asintiendo.

—¡Oh! y cuando bailes. —Palmeó las manos Adele con entusiasmo—. Ese colorido te hará destacar entre todas. Ya lo puedo ver... El vals... —Suspiró con gesto soñador.

—Yo, yo no puedo bailar el vals. No tengo permiso aún para hacerlo. Cloe se disculpaba mortificada y sonrojada.

—Pero... la pasada temporada... —insistía Julianna asombrada.

—Mi tía consideró que no debía pedir permiso para mí porque se suponía que no iba a bailar en toda la temporada.

Hubo un momento de silencio, pero enseguida pasó.

—Bien, pues quedará solucionado hoy mismo —



afirmó Adele con solemnidad—. La condesa pedirá, en tu nombre, permiso y lo tendrás antes del primer vals y, en cuanto hagas tu entrada, todos los solteros a este lado del Atlántico pedirán que incluyas su nombre en tu carné de baile.

—Bien, eso deja a los del otro lado del Atlántico para mí. Un reparto justo —dijo Amelia, y estallaron todas en carcajadas hasta que entró una doncella.

—Señora —llamó a la tía—, el almuerzo se servirá cuando gusten.

—Oh, vaya, ¿tan tarde es? Bien, bien, diga a Furnish que avise para que lo sirvan, que bajamos de inmediato. —Se giró—. Bien, niñas, podemos continuar esta tarde, mientras las doncellas podrán guardar todo sin que estemos nosotras incordiándolas y estorbándolas. —Se oyeron unas risas flojas de las doncellas.

Amelia se giró a Cloe y le dijo con voz dulce:

—Ponte para el almuerzo el vestido verde con las cintas lilas, creo que te quedará precioso. —Se quitó los pendientes con pequeñas esmeraldas que llevaba y se los dio—. Creo que estos encajarán muy bien con el vestido. —Se giró y salió rápida cerrando la puerta tras

ella.

Las demás, que le esperaban un poco más adelante en el pasillo, la miraron con los ojos entrecerrados.

—¿Puedo saber que te propones? —preguntó autoritaria Julianna.

Amelia sonrió.

—William está abajo.

Todas sonrieron sin necesidad de más explicación.

—Solo hay un asunto que me preocupa de esto — señalaba su tía mientras caminaban por el pasillo—. Cloe es menor de edad, de modo que, para casarse, necesitará el consentimiento de su tutor, que presumo será su tío.

Amelia sonrió y entrelazó las manos tras su espalda caminando con andares traviosos—. No si se casa en Escocia tras una romántica escapada. Y cuando regrese ni siquiera su tío será tan necio ni tan imprudente de poner pegas al matrimonio con un marqués auspiciado, además, por una marquesa, una vizcondesa, una futura condesa... —Se rio.

—¡Dios mío! —Exclamo Eugene—. Tú no eres una tirana, eres la reencarnación de Julio Cesar "*Veni, vidi, vinci*".

Todas las damas se rieron y Julianna, casi entrando en el comedor, señaló:

—Mely, cielo, quédate a esperar a Cloe para que no se sienta violenta entrando sola. Podéis decir que te estaba ayudando a cambiar de vestido, ¿quieres cariño?

—Sí, mami. Diré que me enganché la falda como hace tía Mel.

Julianna miró a Amelia:

—¿Pero se puede saber que le enseñas a mi niña?

—Nada que no me hayas enseñado tú antes, querida hermana mayor.

Ambas se rieron y entraron donde los caballeros ya las aguardaban.

—Jonas, querido, ¡qué alegría teneros de regreso!

—Se adelantó la tía, dándole un abrazo—. Ethan, compruebo con agrado que tu esposa ha conseguido que vengáis a pasar la tarde, es un placer.

Ethan sonrió pero a su espalda se escuchó a Adele decir:

—Me encantaría atribuirme el mérito y ese poder de persuasión sobre un De Worken, pero lo cierto es que no me ha dado alternativa y ni siquiera por un

motivo honorable. —Miró a su marido—. El muy tunante solo viene a devorar los postres de Julianna.

Ethan se rio a carcajadas:

—No querida, no solo a eso, pero has de reconocer que es un poderoso aliciente.

Julianna se rio y se puso de puntillas, dándole un beso en la mejilla a Ethan.

—Gracias. Solo por eso, mañana te haré llegar la *creme brulee* que tanto te gusta.

—Siempre he dicho que eres mi cuñada favorita...  
—Se rio.

—Es la única que tienes, cretino —dijo Cliff tomando la mano de Julianna para llevarla a su asiento.

—¿Y mis hermanas que son? —preguntó Adele asombrada.

—Un incordio, querida, un verdadero incordio. —  
Le respondió Ethan ayudándola a sentarse.

—Eso es una grosería —se quejó Adele—. Una verdad irrefutable, sin duda, pero una grosería.

—Lo siento Adele, pero me sumo al comentario de Ethan. La única de mis primas que se salvaría de una quema serías tú, y eso porque te hemos reformado —  
dijo Eugene sonriendo indolentemente.

—Oh, perfecto, ¿así que me habéis reformado? — preguntó medio sonriendo medio frunciendo el ceño.

Ethan se inclinó y le dio un beso en la mejilla riéndose.

—Y hemos hecho un excelente trabajo. Estamos todos muy satisfechos.

Hubo algunos aplausos y risas.

—Bueno —dijo falsamente indignada—. Si estáis tan satisfechos ya no hay nada más que decir. — Resopló.

En ese momento entró Cloe con Mely de la mano.

—Lo siento, nos hemos retrasado. Disculpas.

Los caballeros se levantaron e hicieron las oportunas cortesías. Amelia se levantó y se dirigió de inmediato a ellas.

—Oh, peque, veo que te has cambiado de vestido, menos mal. —Le guiñó un ojo a la niña, que sonriendo se fue al regazo de su padre—. Ven, Cloe. —La tomó del brazo—. Creo que al único que aún no conoces es a William. —La llevó hasta su lado—. Cloe, permite que te presente a mi viejo y querido amigo lord Calverton, marqués de Durndy. William, la señorita Cloe Makerson.

—Milord —saludaba con cortesía mientras hacía una suave reverencia.

—Señorita Makerson —le tomó la mano y besó con suma cortesía—, un placer.

—William, Cloe se quedará con nosotros y espero que seas amable con ella, queremos que se sienta bien acogida.

—Por supuesto —contestó mirando la sonrisa de Amelia, que conocía e interpretaba a la perfección—. Haré todo lo que esté en mi mano.

—¡Perfecto! Puedes comenzar retirando la silla. — Se giró a Cloe—. Ya que estás aquí, puedes sentarte ahí, así estamos bien colocados sin ningún hueco.

Se giró sobre sus talones y se encaminó al otro lado de la mesa para tomar asiento al lado de Jonas y de Max.

Cuando pasó junto a Cliff, este le susurró de modo que lo oyeron Ethan, Adele, y Julianna:

—El término sutileza no está en tu vocabulario, ¿verdad pequeña?

Amelia le sonrió orgullosa, contestando también en voz baja:

—A situaciones desesperadas, medidas

desesperadas.

Se rieron todos los de esa banda de la mesa. Aunque no sin cierto grado de satisfacción al comprobar que William y Cloe ya habían empezado a charlar animadamente y que él se inclinaba sutilmente y ella se sonrojaba suavemente.

Hablaron sobre el viaje de Jonas y Eugene, de los planes para el baile de esa noche al que todos acudirían juntos puesto que, los que no residían en la casa, habían llegado con sus ropas y sus ayudas de cámara y doncellas para arreglarse en la mansión, a excepción del marqués, claro. Hubo un momento en el que a Cloe todos les recordaron a los hombres de su padre cuando se preparaban para una batalla y cuando lo dijo en alto todos prorrumpieron en enormes carcajadas.

—Solo hay un fallo en ese símil —dijo tía Blanche divertida—, aquí todos actuamos como generales, ninguno como soldado raso. No admitimos órdenes. Como ejército seríamos todo un fracaso.

—Muy cierto —señaló Ethan—. Las damas de la familia son Napoleones con faldas —dijo riéndose mientras las damas se quejaban profusamente.

—Muy cierto —inquirió sarcásticamente Eugene—. Mientras que los caballeros sois mansos corderitos...

Las damas aplaudieron.

—Corderitos a los que llevaron al matadero esos Napoleones —señaló Cliff todavía más sarcásticamente.

—¿Hay corderitos en casa? —le preguntó Mely a Maxi que se encogió de hombros—. Yo quiero verlos.

—No, cariño. —Se rio Cliff—. Pero dentro de unos días os llevaré al zoo y podrás ver algunos.

A partir de ese momento todo fue un poco cáustico todos hablaban, reían, bromeaban entre sí, y así hasta después del té. Amelia y Cliff se despidieron de William en la puerta antes de que todos se retirasen a prepararse para el baile.

—¿Hay corderitos en casa? —le preguntó Mely a Maxi, que se encogió de hombros—. Yo quiero verlos.

—No. Las pocas veces que vine a Londres, mientras el viejo dragón vivía, era por motivos de trabajo o por algún compromiso concreto. No he hecho demasiada vida social entre los salones de la aristocracia.



—En ese caso —dijo Cliff dándole una palmada—, lo mejor será que acudas dentro de la protección de una manada. —Se rio—. ¿Por qué no te reúnes con nosotros en la entrada y te unes a nuestro grupo? Créeme, es más fácil defenderse de los lobos en grupo.

William se rio.

—Me asusta preguntar quiénes son los lobos, aunque supongo que en pocas horas lo descubriré.

Cliff sonrió.

—Bien, supongo que esta noche os defenderemos a ti y a la encantadora Cloe de todos ellos.

William lo miró sin decir nada, pero se despidió, y en cuanto Furnish cerró la puerta Amelia puso las manos en jarras y riéndose preguntaba divertida a Cliff:

—¿Y yo soy la que carece de sutileza? Menudo ejemplo das.

Cliff se rio:

—Eras tú, querida Amelia, la que hablaba de medidas desesperadas, ¿no es así?

Una hora más tarde todas las damas se hallaban perfectamente vestidas para la ocasión, menos Cloe, a

la que por petición de la tía habían hecho todo tipo de tratamientos de belleza para el pelo, la piel, las manos... Los caballeros, ya perfectamente engalanados, tenían órdenes expresas de no molestar, por lo que se reunieron en la sala de billar con unas copas de coñac y muchas ganas de bromear.

Cuando terminaron de arreglarle el pelo a Cloe, a la que no dejaron las doncellas mirarse al espejo mientras lo hacían, entraron las damas en tropel. Cloe se giró y pensó que era el grupo de mujeres más bellas que había visto en su vida, todas distintas, todas con unas características y un estilo distinto, pero todas espectaculares, elegantes y resueltas y con una alegría en la mirada que le recordaba a la de su madre.

—Marguerite, te has superado —decía tía Blanche a la doncella—. Eres una artista, ese peinado es perfecto.

Por fin dejaron a Cloe mirarse y se quedó atónita. Era un peinado aparentemente muy sencillo, pero al mirarlo con detenimiento era intrincado y laborioso, dejaba mechones sueltos alrededor de su rostro enmarcándolo y algunas hebras cayendo graciosamente por sus hombros. Tenía entrelazadas

varias cintas de las que aparecían, discretas y graciosas, algunas hojas diminutas de flores de varios colores.

—Bien. —Palmeó Adele—. Ahora el vestido.

Dos doncellas se lo colocaron con cuidado de no arrugarlo. Se lo ajustaron y los cerraron con minuciosidad.

—Es una maravilla, sin duda —decía Amelia acercándose observándolo al detalle—. Y ahora esto.

Julianna le acercó una caja de terciopelo que al abrirla descubrió un juego de pendientes, collar y pulsera de topacios y diamantes. Cloe abrió mucho los ojos.

—Me lo regaló Cliff cuando nació Anna, creo que te quedarían perfectos con ese vestido y sería un honor que lo llevases en tu primer baile —dijo sonriendo y empezando de abrocharle el collar—. Porque este, querida Cloe, va a ser tu primer baile.

Sin tiempo para reaccionar, Eugene se le acercó.

—Y este es el abanico que has a llevar. Puesto que ahora eres la protegida del marquesado has de llevar el emblema que te corresponde.

Puso en sus manos un delicadísimo abanico de

marfil tallado con un cordón para sujetarlo en la muñeca y al final del cordón un elaborado cierre de oro con el blasón del marquesado.

—Y como joven patrocinada por el conde y la condesa, has de llevar este tradicional ridículo con el emblema de la casa De Worken y este será tu pañuelo con el blasón del conde. Ya lleva grabadas tus iniciales, por lo que es tuyo por derecho —dijo Adele sonriendo y alzando la barbilla.

—Y como falto yo —dijo Amelia—. te hice, hace unos días, este perfume. Como decías que te gusta el olor de las orquídeas negras pensé que te gustaría, con un poco de gardenias y peonías para hacerlo más suave.

Cloe lo olió y se sorprendió.

—Es delicioso, deberías dedicarte a hacer perfumes. —Le pasó el frasco a las demás.

—Qué suave —murmuró Eugene aprobatoria.

—Oh, qué fragancia. Es suave pero tiene un toque... provocativo. Señaló Adele con una sonrisa pícara.

Amelia se rio.

—Ese toque debe ser por las orquídeas. Creo que

Cloe tiene un lado malicioso porque esas flores se consideran algo eróticas.

—¡Mell! —gritaron a la par tía Blanche y Julianna—. Eres una inocente. ¡Qué sabrás tú de eso! —dijo Julianna riéndose.

—Inocente puede, pero no ignorante —respondió riéndose y alzando la barbilla con gesto exagerado.

—¡Menuda lagarta! —dijo divertida Eugene. Todas la miraron y ella se rio—. Es mi nueva palabra preferida. La escuché en el barco de soslayo en una conversación entre unas mujeres.

—Ni se te ocurra decirla delante de los gemelos, son como loros repitiendo lo que escuchan —le advirtió Julianna mirándola con el ceño fruncido.

—Señora, ya está.

Se escuchó la voz de una doncella al tiempo que le entregaba a Cloe los guantes con el sello del duque de Frenton bordado junto a la botonadura. Todas se giraron y la miraron.

—Cloe, vas a causar sensación. Estás deslumbrante —dijo Amelia entusiasmada.

—Es cierto, querida, vas a hacer que... —la tía Blanche se giró hacia Eugene—. ¡Rechinen los

dientes, decías? —Ella se rio y asintió mientras tía Blanche se volvió a mirar de nuevo a Cloe—. Pues eso, que rechinen los dientes de todas las damas del salón y los caballeros suspiren a tu paso. —Cloe se rio al tiempo que se sonrojaba—. Bien, niñas, vámonos antes de que los caballeros acaben con el coñac desesperados por nuestra tardanza.

Con un revuelo de sedas, risas y bromas salieron todas y se reunieron en el vestíbulo con los caballeros.

—Señorita Makerson, esto no está bien. Obligarnos a llevar pistolas en su primer baile —dijo Cliff divertido—. ¿Ethan?

—Tranquilo, hermano, llevo un juego bajo el asiento del coche. —Sonrió.

—Y yo mi sable de caballería. Añadió Jonas.

—¡Por Dios bendito! ¿Tan difícil resulta decir que está espectacular en vez de hacer alarde de esa fanfarronería y autocracia masculina? —Resopló Adele poniendo los ojos en blanco. Se volvió a Cloe y Añadió—: Querida, lo que los caballeros intentan decir en un lenguaje que solo ellos parecen entender es que estás preciosa y que te acosará todo hombre con ojos en la cara. —Suspiró mientras los caballeros

prorrumpían carcajadas.

—Con lo bien que estaban quedando nuestras elaboradas alabanzas... —Se rio Ethan dando un beso en el dorso de la mano de su mujer—. Señorita Makerson, está usted preciosa y me reservo el derecho de un baile.

Cloe se rio.

—Será un honor.

—Bueno, bueno... —dijo tía Blanche, e hizo un gesto con la mano— será mejor que nos pongamos en marcha o llegaremos muy tarde y esta señorita ha de hacer una entrada digna de ser comentada por todos.

En cada uno de los coches se fueron haciendo planes. En el primero iba Cloe con el almirante, tía Banche y los marqueses. Detrás Ethan, Adele y Max y frente a ellos Cliff, Julianna y Amelia.

—Cloe, recuerda no bailar más de dos bailes con ningún caballero. Reserva el baile de la cena y el último para el caballero que te sugiramos, porque es comprometido verte obligada a cenar con alguien poco adecuado. Y el primer baile en los de la condesa Tulipán es un vals, por lo que lo bailarás con mi padre. Será toda una declaración a los ojos de los demás. Y

además, lo baila de maravilla —decía Eugene sonriendo encantadora a su padre.

—Gracias, hija —contestó él orgulloso.

—Hemos pensado que el vals de la cena y el último debiera reservarlo para William —iba diciendo Amelia en el otro coche. Por un momento Max lo miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada, ya que Amelia continuó—: Ya me encargaré de que él se lo pida, y lo mejor sería que bailase los vales con los guapos caballeros de la familia y el resto con jóvenes que se lo pidan.

Todos asintieron.

—Creo que te faltan dos vales libres. Veamos, el hermano de Eleanor está prendado de ti, Mel, puedes pedirle que saque a Cloe en uno de los vales intermedios. Es uno de los solteros más cotizados y francamente atractivo —sugirió Adele.

—¿Rayne? —preguntó frunciendo el ceño Max.

—Sí, Max, lord Brustter. Creo que el que galantee a Cloe en su primer baile el vizconde de Morray sería excelente para ella. Muchas matronas se morirán de envidia. —respondía contenta mirando los ojos celosos de Max.



—¡Oh, sí! Y el otro podría reservarlo para lord Trenford —dijo Julianna—. Es uno de los pocos duques solteros que quedan y de todos es conocido que no parecen interesarle las debutantes ni las jóvenes casaderas. —Miró de soslayo a Max—. Excepto Amelia. Pero ella no parece muy dispuesta a fomentar sus galanteos. —Hizo un gesto despreocupado con la mano mientras de soslayo miraba a su marido, que se agarraba al asiento para no romper en carcajadas.

La mirada fulminante que le echó Amelia fue del todo menos indecisa.

—¿Se puede saber hacia dónde mirabais vosotros dos mientras Amelia era acosada por dos de los mayores libertinos del reino? —preguntaba Max mirando a sus dos amigos.

—Acosada es un término algo exagerado, ¿no te parece? —respondió con sorna Ethan mirando a Cliff, que claramente estaba conteniendo la risa.

—Cierto, yo diría que más bien era la dama de su predilección. Apuntilló Cliff con mofa.

—Oh, bueno, si solo era eso... —dijo Max malhumorado mientras los demás hacían verdaderos esfuerzos para no estallar en carcajadas, salvo Amelia,

que se encogía en su rincón muy colorada con ganas de gemir.

Al llegar a las escaleras después de descender de los carruajes vieron a los condes en animada conversación con William esperándolos. Se acercaron a ellos y tras las oportunas cortesías hicieron algunos planes.

—Querida, la condesa de Worken tomó a Cloe del brazo y la fue llevando con ella—. Vamos a solucionar, antes de entrar al salón de baile, tu pequeño inconveniente. Te diré lo que vamos a hacer. Entrarás del brazo del almirante, que es bajo cuya protección te encuentras y, a vuestro lado, iremos el conde y yo misma para afianzar tu presentación. Cuando te presentemos a nuestra anfitriona, antes de entrar en el salón de baile, la abordaré directamente para que te conceda la venia para el vals, puesto que la condesa Tulipán es una de las patronas de Almack's y, como buena amiga mía y de Blanche, estoy segura que nos concederá el capricho sin pensárselo dos veces.

Y dicho y hecho. Minutos después se encontraban todos a punto de ser anunciados para la entrada del salón después de saludar preceptivamente a la

anfitriona. Primero entró Julianna del brazo de Cliff con William a su lado y tía Blanche de su brazo. Después Ethan y Adele y a continuación Max con Amelia de su brazo, que iba refunfuñando por el gesto después de que este posase su mano en su brazo y no la dejase soltarse.

—¿Estás loco, Max? No puedo entrar de tu brazo. Eso es casi como decirle a las damas de la sala que soy la dama a la que cortejas. Suéltame, Por Dios...

“Y eso, pequeña, es lo quiero dejar claro, pero no solo a las damas sino, sobre todo, a cualquier caballero del salón”, pensaba.

—Vamos, no hagas tantas alharacas, Mel. Hace cuatro años también entraste de mi brazo en este salón.

Ella lo miró desafiante.

—Pero hace cuatro años yo era casi una niña y tú no habías declarado abiertamente tu intención de volver a casa y asumir tus obligaciones ducales.

Sin decir nada más la llevó hasta el borde de la escalera, donde una vez anunciados sus nombres no quedaba otra que dejarse arrastrar.

A continuación, entraron los marqueses de

Furlintong en su primera aparición tras su boda, lo que unido a la impresión de ver al soltero más codiciado de la temporada del brazo de una dama casadera fue lo bastante impactante para abrir camino, como habían planeado las damas de la familia, a los condes y al almirante llevando del brazo a su joven protegida. Aquello era toda una declaración de intenciones, como bien apreciaron todas las *grandes dames* de la fiesta y cualquiera que tuviese un mínimo de raciocinio. Al llegar al pie de la escalera, Amelia se colocó junto a Cloe con Max a su lado y William en otro, mientras que el almirante se retiró un poco para dar la posibilidad a los jóvenes de acercarse a las damitas. William miraba en derredor con claro interés.

—Creo que ahora sé cómo se siente el zorro frente a la partida de caza.

Max alzó la vista y fingió un escalofrío mientras que Amelia los miró a los dos de modo intermitente.

—Oh vamos, no exageréis, tampoco será tan malo... —Miró en derredor y vio cómo las damas y sus hijas miraban a los dos caballeros que le acompañaban como un pastel en un escaparate—. Bueno, quizás es un poco.

—Mel, por favor, reclamo la recompensa que me debías. —Dijo Max, y ella lo miró—. Veamos, el vals de la cena y el último me los reservas y, señorita Makerson, espero me conceda el honor de uno de los valeses y cualquier otra danza libre que desee concederme.

—Excelente estrategia —asintió firme William—. Señorita Makerson, ¿me otorgaría el honor de concederme el vals de la cena y el placer de ser su acompañante durante la misma? Y si no es un abuso, ¿podría reservarme el último vals? No veo mejor forma de acabar la velada que con ese placer y privilegio.

Amelia estaba realmente complacida y le susurró a Cloe:

—No te lo pienses, di que sí.

Rápidamente una sonrojada Cloe aceptó, y tras anotar los valeses para Jonas, Ethan y Cliff, se acercó al conde, colocándose entre ambas jóvenes.

—Señorita Makerson, no puedo sino esperar que me conceda el honor de bailar uno de los valeses conmigo, si es que estos jovencitos han tenido a bien respetar mi condición y dejar un hueco para mí. —

Lanzó una mirada imperiosa con una sonrisa sárdonica a sus hijos.

Cloe hizo una reverencia, aunque le costaba mantener la compostura entendía bien el honor y el significado de esa deferencia:

—Será todo un privilegio, milord.

Diez minutos después, con el carné de baile repleto de nombres, después del aluvión de jóvenes que se le acercaron, todos caballeros de la más alta condición, paseaba por el salón del brazo de William flanqueada por Cliff y Julianna, seguida por los jóvenes de la familia y notando por primera vez ojos de admiración posados en ella.

—Cloe.

Se giró al escuchar su nombre y vio a su tía flanqueada por sus hijas y dos matronas.

—Vaya, vaya, ¿qué ven mis ojos, sobrina? Parece que has de considerarte de sobra afortunada. Dinero y protección a tu servicio. Sin duda la pátina de una conveniente fortuna te ha reportado grandes frutos — dijo en tono desdeñoso mirando de soslayo a sus acompañantes—. No puedo imaginar qué habrás tenido que hacer para ganarte esos favores.

Cloe se sonrojó por el insulto directo a su persona, pero más aún a sus amigos, pero antes de que pudiese responder, fue Cliff el que lo hizo en un tono aparentemente cortés pero frío como un témpano.

—Nada, baronesa, excepto ser la extraordinaria damita que es y, por supuesto, tener el orgullo y honor de ser hija de uno de nuestros mayores héroes, el capitán Makerson.

Los ojos de la baronesa se abrieron de par en par ante el freno en seco de cualquier insulto a su sobrina y más aún a las personas que en un abrir y cerrar de ojos rodearon a Cloe.

—Cloe, querida —dijo Eugene con un toque altanero que hasta la más experimentada dama entendía como lo que era, un recuerdo a su rango y título, marquesa e hija de un duque—, ¿querrías hacer las presentaciones oportunas? No es de buen talante y menos de buena educación abordar a desconocidos de ese modo.

La baronesa enrojeció de vergüenza y de ira y la miró iracunda.

—Yo no he abordado a nadie y ella no es ninguna desconocida. Es mi sobrina.

—Permítame presentarle, tía —dijo la palabra con tal desprecio que hasta su tía notó el frío en su rostro —, a mis acompañantes. Tía Otulia, le presento a unas extraordinarias personas que me han concedido el privilegio de poder considerarlos amigos, lord y lady Bellintong, marqueses de Furlintong; a lord y lady de Worken, vizcondes de Plamisthow; lord Calverton, marqués de Drundy; lord y lady de Worken; lord Rochester y la señorita Mcbeth. Milores, miladies, señorita Mcbeth, les presento a la baronesa de Fornes, hermana de mi difunto padre.

Todos hicieron la inclinación y reverencia oportuna, pero para hacer más patente su desprecio se despidieron con cierto aire de desapego y con la mayor brevedad y la dejaron con la palabra en la boca en medio del salón, rodeada de dos abochornadas amigas y de sus hijas, que no hacían más que mirar asombradas al grupo de caballeros que rodeaban a su prima.

La sonrisa de todos los que se habían congregado alrededor ante la cara descompuesta de la baronesa por el escarnio al que se veía sometida después de desairar a algunos de los invitados más ilustres de la



fiesta era patente. Si bien un par de ojos se centraban más en Max y Amelia que en los demás. Lady Mariella. Ella estuvo pendiente de todo para poder sacar tajada más tarde e intentar quitarse de encima a una rival con la que no contaba, sobre todo, después de soportar los cuchicheos a sus espaldas durante días por la pérdida de interés en su persona de Max, de hecho, empezaba a dudarse la veracidad de ese pasado interés y no tanto de la posibilidad de que fuere un rumor promovido por la propia lady Mariella. Llevaba días intentando coincidir con él para poder abordarlo, pero le había resultado imposible, y ahora que era su ocasión se presenta con esa, esa... Bullía de rabia en su interior.

La velada se desarrolló como habían previsto para satisfacción de Amelia y del resto de las damas. No hacían más que escuchar palabras de alabanza hacia Cloe, su belleza, su dulzura. William permaneció, para alegría de Amelia, siempre cerca de Cloe y no prestó atención alguna a ninguna otra joven y ella... bueno, tenía que reconocer que tener a Max cerca, notar cómo acudía a su lado nada más terminar cualquier baile deslizando sutilmente su mano en su manga,

dejando claro al resto de caballeros algo más que una actitud protectora, estaba empezando a provocarle verdaderos escalofríos de placer.

Aún no había empezado el vals previo a la cena, por ello, tanto Amelia como Cloe aprovecharon para ir a la sala de retiro a refrescarse, pero antes de llegar en una sala previa conectada por grandes puertas cristaleras abiertas de par en par al salón de baile se vieron abordadas por las dos primas de Cloe y lady Mariella. Estaba claro, por la actitud de esta, quién había promovido tal acercamiento.

—Querida prima —la detuvo una de ellas con una expresión que parecía ensayada, alzando la voz para atraer las miradas curiosas todo lo posible—, permíteme alabar ese magnífico vestido. —Sonrió altanera—. Es cierto lo que dicen; un vestido elegante puede lograr maravillas y convertir en una dulce palomita hasta al más oscuro de los cuervos.

Cloe alzó la barbilla y, esta vez, sin achantarse respondió al insulto:

—Si esa es tu opinión no me queda más que alabar tu presteza de entendimiento, prima Dorotea. “En una bandada de blancas palomas, un cuervo negro añade

más belleza incluso que el candor de un cisne”[3].

Su prima la miró algo desconcertada.

—¿Qué quiere decir eso?

“Inculca”, pensó Amelia molesta.

—Oh, querida —intervino entonces con tono de inocencia mirando a Cloe—, siempre me ha gustado la capacidad de apreciar las verdades de la vida de *Boccaccio*, veo que no soy la única. —Sonrió a Cloe, que le hizo un gesto con la cabeza sonriendo.

—Para no ser más que la hija de un mísero capitán de caballería es usted muy altanera, señorita Makerson —señaló despreciativa y alzando la voz para que todos la oyesen lady Mariella viendo que aquello podía torcerse de dejarlo en manos de las hijas del barón.

Ni ella ni el resto de las jóvenes se dieron cuenta que se había congregado un numeroso grupo de invitados en las puertas de acceso al salón de baile, muchos de ellos militares de alta graduación de la Marina Real y del Cuerpo de Caballería que fruncieron el ceño ante el desprecio a su condición. Cloe afianzó sus pies y adoptó una posición envarada y de enfado ante la joven.

—Si considera que ser miembro del regimiento de

Caballería de su majestad es motivo de miseria, milady, he de gritar a pleno pulmón “que vivan los miserables” y si espeta el título militar de mi padre como un insulto, he de advertirle que me considero gratamente insultada. Siento un orgullo inmenso por ser hija de mi padre, un mayor orgullo por su actuación como militar de nuestro ejército y, si cabe, un mayor orgullo aún porque fuera miembro del Real Cuerpo de Caballería.

—Eso no hace más que confirmar que no es más que una persona insignificante en esta reunión, incapaz de valorar la situación que de verdad le corresponde en esta vida —continuó lady Mariella lanzándole una mirada desdeñosa.

—Tiene usted razón, milady —intervino firme Amelia—. La señorita Makerson es demasiado modesta para exigir el respeto a que su situación y condición le dan derecho. Es usted una estúpida si desprecia a un héroe de nuestro país, a un hombre destacado por sus acciones dentro y fuera del campo de batalla. Más estúpida aún por despreciar a los hombres de nuestra nación que arriesgan sus vidas y, en muchos casos, la entregan, por defender nuestra bandera, nuestros principios y nuestra forma de vida.

Debería mostrarles respeto, hablar de todos ellos con orgullo y no con desprecio o desdén. Dice mucho de la señorita Makerson el estar orgullosa de su padre no solo por ser su padre, sino por ser miembro de la Caballería Real. Demuestra que es una buena hija, una buena inglesa y una agradecida dama, digna del más alto honor y consideración por nuestra parte, más aún teniendo en cuenta que fue la defensa de esos ideales y de nuestra nación los que la privó de sus padres en tierras lejanas y fue el valor de su padre el que trajo a casa a muchos de sus hombres sanos y salvos. De modo que, *milady*, la declaro una estúpida. —Hizo un gesto despreocupado con la mano evitando de raíz la posible intervención de la joven para responder, pues rápidamente continuó—: Lo sé, lo sé... “nadie está libre de decir estupideces, lo malo es decir las con énfasis”[\[4\]](#). No se preocupe, *milady*, le otorgaré, al menos, el beneficio de considerarla una enferma porque, como decía Voltaire: “La idiotez es una enfermedad extraordinaria, y no es el enfermo el que sufre por ella, sino los demás”. De modo que tendremos que sufrir con resignación por su enfermedad. —Hizo un gesto con la mano a modo de

disculpa fingida—. Sin embargo, hay una cosa que no perdono, ni creo que merezca ser perdonada. Su crueldad valiéndose de esas palabras con el único objetivo de despreciar a un héroe cuyo nombre es recordado con orgullo y admiración por sus compañeros y a una joven digna, irreprochable en su comportamiento y de gran corazón, y todo por el grotesco y cruel placer de causar daño, mas, milady. “La sola idea de que una cosa cruel pueda ser útil es ya de por sí inmoral”[\[5\]](#). Sus palabras y acciones son inmorales y la inmoralidad debería ser objeto de desprecio, de modo que sin atisbo de rubor ni remordimiento declaro que no solo es usted estúpida e inmoral sino, además, despreciable y puesto que “no se debe usar el desprecio sino con gran economía, debido al gran número de necesitados”[\[6\]](#), creo que haremos uso de esa economía y no le dedicaremos ni un solo segundo más nuestra atención, de modo que, buenas noches, milady.

Después de eso agarró imperiosa el codo de Cloe y giraron para entrar en el salón, pero se quedaron petrificadas al ver las docenas de ojos y orejas centrados en ellas. Por un momento se hizo tal silencio

que se habría oído hasta un alfiler cayendo.

—¡Bravo! —Se escuchó de repente la voz de Max justo antes de comenzar a acercarse a ellas alzando la barbilla y sonriendo petulante—. Como recién retirado caballero de la Marina Real no puedo sino agradecer esas palabras, señoritas, y declararme su más fervientes admirador. —Se inclinó y besó la mano de ambas.

—Y si me lo permiten. —Se adelantó Jonas—. Me apropiaré del honor de agradecerlo en nombre de los miembros de la Caballería Real a la que tuve el orgullo de pertenecer y servir, pues esa defensa de la valentía de nuestros hombres merece todo mi reconocimiento y agradecimiento. Señoritas... —Se inclinó y besó la mano de Cloe y de Amelia, que estaban tan rojas como las peonías.

Todos los militares presentes en la sala y muchos de los caballeros prorrumpieron en aplausos, y Amelia, por impulso, se escondió un poco detrás de la espalda de Max, que riéndose la tomó de la mano, la puso en su manga y la situó fuerte a su lado, llevándola de nuevo al salón, dejando a una muy abochornada lady Mariella detrás que juraba para sí vengarse de esa

humillación. Jonas se llevó consigo a Cloe, dejándola al llegar junto a William.

—¡Por Dios bendito, Max! Podrías haberte hecho notar o hacerme una señal para saber que no estábamos solas —decía escondiendo como podía la cara en su hombro intentando no perder mucho el decoro.

Max se rio.

—¿Y perderme la oportunidad de ver cómo ponías en su sitio a esa arpía?

Amelia le lanzó una mirada furibunda. El conde se acercó sonriente a Amelia.

—Me alegra comprobar que haces buen uso de la biblioteca de la mansión, pequeña. Creo que nunca he escuchado a nadie usar con esa soltura y seguridad citas de nada menos que Voltaire, Cicerón e incluso Montaigne, y todo enlazando una con otra como quien enlaza notas de una melodía. Querida, voy a tener que pedir que revises mis discursos para la Cámara de los Lores. Al menos si no tengo razón en algo, lo diré con elegancia. —Se rio y Amelia, liberando por fin tensión, no pudo sino reírse con él.

—Pero no le prometo no intercalar ideas mías en



ellos, milord.

—Milord, le ruego nos disculpe pero escucho los primeros acordes de un baile que me pertenece. ¿Querida? —decía Max ofreciéndole el brazo mientras ella hacía una reverencia al conde y al pasar por su lado le dio un beso en la mejilla, pero no lo miró, y después solo escuchó la risa del conde a su espalda.

Pasaron junto a Cloe y a William y se pararon al ver que Cloe estaba un poco pálida.

—¿Cloe? ¿Te encuentras bien? —preguntó Amelia con suavidad acercándose y tomándole la mano.

Ella asintió.

—Sí, sí, pero creo que les he abochornado dos veces esta noche y...

Max la sonrió animoso.

—No debes mortificarte, pequeña. Has estado soberbia, créeme. Estamos todos muy orgullosos de cómo te has conducido esta noche, con dignidad, aplomo y sin perder un ápice de la compostura que, cualquier otra dama, habría perdido con histrionismo. —Ella lo miró y pareció respirar un poco—. Y ahora, si no me equivoco, este es el baile de lord Calverton, de modo que, ¿por qué no nos acompañáis a la pista y

enseñamos a todos cómo se baila el vals y los bellísimas que están nuestras damas?

Amelia frunció el ceño por el empleo deliberado de “nuestras damas”, pero no dijo nada delante de William y Cloe, tomando nota mental de hacerlo en un momento posterior. Sin embargo, ese momento pareció no llegar bien porque se le acabó olvidando bien porque, en el fondo, disfrutaba de esa expresión más que de ningún otro halago que hubiese escuchado esa noche.

Esa fue la primera de muchas noches en las que Cloe se convirtió en una de las sensaciones de la temporada y en las que lady Mariella y las hijas de la baronesa se vieron relegadas a un segundo plano.

Por el día, Amelia llevaba la vida de siempre, montando temprano, visitando el orfanato y la clínica, pero todo ello intercalado con visitas, salidas improvisadas y paseos por el parque o por la ciudad con Max y muchos, muchos besos y caricias robadas.

Después de tres semanas, llegó una nota de William. Entrando corriendo y sin aliento, moviendo la nota como loca en el comedor donde todos almorzaban incluidos los condes, Adele y Ethan, tras haber estado

en el parque viendo un teatro de títeres con los niños.

—¡Lo han hecho!, ¡lo han hecho! —Empezó a reírse y a dar saltitos.

—Amelia, querida, si no respiras y dejas de dar saltos no podremos entenderte, te pareces a los gemelos... —dijo sin alterarse su tía.

—Doody... Cloe... Gretna Green... —Empezó a reírse—. Mirad.

Le cedió la nota a Julianna, que la leyó en alto:

*Nos hemos fugado. Después de la boda viajaremos y a nuestro regreso agradeceremos, como es debido, a nuestros amigos su ayuda y su cariño.*

*Gracias, Carboncillo. Gracias a todos.*

*Doody*

*P.D.: Mi futura esposa os envía su agradecimiento y cariño más sincero.*

Le siguieron comentarios de alegría y exclamaciones de emoción.

—Creo, Furnish, que aunque nos veamos privados de asistir a la boda por razones perdonables, podemos

brindar por los novios, por favor, traiga unas botellas de champán y por favor que también lo celebre el servicio. Es una ocasión especial, sin duda —dijo una sonriente tía Blanche.

Después del almuerzo se reunieron todos a tomar el té, algo achispados tras las botellas de champán.

—Creo —dijo el conde— que podríamos aprovechar esta circunstancia para pasar una semana en el condado. —Tomó al pequeño Max y lo subió a su regazo—. Si no me equivoco, dentro de unos días es el cumpleaños de mis dos primeros nietos, y podríamos celebrarlo con una gran fiesta en el jardín.

—¿Podemos? —Maxi miraba con los ojos muy abiertos a su enorme abuelo.

—Invitaríamos a muchos niños del condado —dijo el Conde mirando al pequeño.

—¿Nos llevaríamos a nuestros caballitos? —preguntó entusiasmado.

—Pues claro.

—¿Y a Doody? —preguntó Mely.

—Claro, nenita.

—¿Y a Furnish? —preguntó de nuevo Mely.

—Cariño, no creo que Furnish deba abandonar su

puesto —respondió con resignación Julianna.

—Realmente es una buena idea. Unos días en el campo nos vendrían de maravilla a todos —intervino Cliff, que solo pensaba en la casita del bosque mientras miraba a su esposa, que por el rubor de sus mejillas parecía entender a la perfección el significado de fondo de sus palabras.

—Podríamos marcharnos en dos días. Tendría listo los baúles y los enseres de los mellizos para entonces —dijo Adele.

—Umm, a mí me bastaría para organizarlo todo en el orfanato y en la clínica —convino Amelia.

—Yo he de despachar con el almirantazgo, pero en tres días podría seguiros —añadió Max.

—¿Vas a reclamar el botín del Portugués? —le preguntó Cliff.

—No iba a hacerlo, pero estimo lo más justo reclamarlo porque, de otro modo, no podrán hacerlo mis hombres y es una buena suma que a muchos de los que tienen familia les vendrá muy bien.

—Sacia mi curiosidad, por favor, ¿de cuánto hablamos? —preguntó Cliff francamente expectante.

—El doble de la captura del *Inferno*.

El almirante se puso recto como una vela y Cliff se estiró en su asiento y alzó las cejas.

— ¿Hablas en serio? Pero si la captura de ese navío es la mayor realizada por un barco inglés en los últimos veinte años.

Max se encogió de hombros y sonrió.

—La fortuna, supongo. Nos mantuvimos a la espera hasta que recogiese su tesoro escondido y se encontraba en sus bodegas cuando lo apresamos. — Sonrió más aún—. Nos ha costado años dar con él, pero cuando lo hemos hecho, le hemos privado de los beneficios de todos sus años de piratería. Justo castigo, ¿no creéis? Aunque él se escapase lo ha hecho sin su botín.

—¡Canalla! Ahora entiendo por qué el almirantazgo te ha propuesto para ese cargo.

—¿Qué cargo? —preguntó sorprendido el almirante.

—El de asesor del Ministerio en asuntos de la Marina —respondió Cliff mirándole con una sonrisa arrogante.

—¡Max, hijo! ¡Eso es extraordinario! No creo que le hayan otorgado ese honor a nadie tan joven nunca.

Estoy orgulloso. —Se levantó y abrazó a su hijo.

—Bueno, padre, hasta dentro de tres días no será oficial.

—¡Pamplinas! Eso habrá que celebrarlo.

—Deberíamos dar una fiesta en tu honor —ofreció feliz la condesa—. Llenaremos la mansión y tendrás que darnos una lista de los compañeros que quieras invitar.

Max y Cliff pusieron los ojos en blanco y suspiraron con resignación.

Cuatro días más tarde todos, menos Max, estaban ya instalados en la mansión. Amelia se dirigía a los establos cuando le entregaron una carta a su nombre.

*Estimada Señorita Mabeth;*

*Puede que usted y su querida amiga la señorita Makerson no sepan cuál es su lugar en nuestra sociedad, pero parece que nuestro lord Rochester sí lo hace y tras recapacitar como es conveniente en las personas del rango que ambos compartimos, ha decidido reanudar la amistad de las jóvenes más idóneas para el futuro papel de duquesa de Frenton.*

*Sin duda esta noticia le causará un hondo pesar, pero no se preocupe, seguro que su tía puede comprarle un marido acorde a su valía*

*Lady Mariella*

Amelia se quedó mirando la nota con cierta incredulidad al principio pero, después, no era capaz de quitarse cada una de las palabras de la cabeza. Procuró disimular en su paseo con los gemelos, en el rato que pasaron las damas organizando la fiesta de cumpleaños de los gemelos y en el almuerzo. Por la tarde, necesitó de nuevo cabalgar para no llorar delante de la familia y pensó que habría encontrado un poco de paz a la hora de la cena, pero el corazón parecía estallarle en el pecho y a duras penas pudo contenerse, por lo que se retiró temprano alegando tener que contestar sin falta algunas cartas del orfanato. Al llegar a su dormitorio percibió el aroma de Max en su habitación, miró a su alrededor pero no lo vio. Se acercó al tocador y vio una caja de terciopelo con un enorme lazo rojo y una nota. “Te veré en el desayuno. MR”. Abrió la caja y dentro había una pequeña colección de libros muy antiguos a juzgar por



las cubiertas con el nombre grabado de un escritor o filósofo o humanista famoso. Cicerón, La Fontaine, Voltaire, Julie de Lespinasse, Stendhal, John Fletcher, Bacon... pequeños libritos formando una curiosa colección. Sintió una punzada en el corazón, pero, por primera vez en muchas semanas, no supo si era de emoción o de dolor.

Se tumbó en la cama y lloró hasta quedarse dormida agarrando en una mano uno de los libros y en la otra la nota de esa estúpida de lady Mariella.

Decidió abrir los ojos por fin y, al comprobar que aún era muy temprano, vestirse con un traje de montar abrigado y salir a cabalgar para despejarse antes del desayuno, antes de encontrarse con nadie pues no tenía ni ánimo ni fuerzas para disimular. Necesitaba el aire frío de la mañana para despejarse.

Quince minutos después estaba en los establos esperando que Polly terminase de preparar su montura.

—Buenos días. ¿Te escapas al amanecer?

La voz de Max a su espalda la sobresaltó.

“Estupendo la última persona con la que puedo hablar”. Se giró y lo miró sin decir nada. Max frunció

el ceño y la agarró de la mano, pero ella se soltó bruscamente.

—¿Qué ocurre, Mel?

—Nada —contestó tirante, y se volvió a ver a Polly, que seguía con su tarea.

Max la agarró de la mano y la separó de la puerta de los establos. Polly miró un momento, pero después de unos segundos continuó ensillando los caballos.

—No digas nada sin más. Algo te pasa. Tienes los ojos enrojecidos, has estado llorando y sales al amanecer a montar tú sola. Dime qué ocurre.

Amelia no lo miró, le dio la espalda. Se sentía ridícula preguntándole como una novia celosa, más aún cuando no era su novia, al menos él no se lo había pedido. Pero en algo él tenía razón, pasaba algo, y lo mejor era enfrentarlo, preguntarle sin más y esperar que no fuese lo que ella tanto temía. Suspiró y se giró.

—¿Has vuelto a ver a lady Mariella? —le preguntó sin ambages.

Por un momento Max se quedó mirándola firmemente. Amelia sentía esos segundos como puñales en su corazón.

—No —respondió tajante—. No he querido ni

quiero ver a lady Mariella, ni ahora ni en el futuro. — Se tomó un momento y cuando Mel alzó la vista claramente aliviada fue él el que preguntó—: ¿Por qué preguntas eso? ¿Qué razón te induce a sacar a colación ese nombre y precisamente ahora?

Por unos segundos Amelia no respondió pero, después, suspiró, sacó la carta y se la enseñó. Max la leyó “¡maldita bruja...!”, maldijo para sí. Max rompió la misiva sin más y miró firme a Amelia.

—Te prohíbo hacer caso de lo que diga esa mujer nunca más. Se siente claramente despechada y no es digna de que una lágrima tuya caiga por su culpa. —Se acercó y tomándole el rostro entre las manos la besó tiernamente—. Mel, prométeme que ignorarás a esa mujer igual que yo lo hago. —Separó ligeramente la cabeza para verle el rostro. Amelia suspiró y asintió—. Bien, en ese caso, ¿puedo acompañarte en tu paseo?

Ella sonrió por primera vez desde que había regresado, y eso le tranquilizó:

—Me encantará. Max. —Le agarró por las solapas—. Los libros.

Max la besó con delicadeza.

—Son material de lectura para que puedas

arrojarme aguas destempladas cuando en el futuro discutamos.

Se rio y Amelia también,

—En ese caso, he de darme prisa para leerlos. Tú siempre necesitas que te reprendan, además, será bueno contar con material de defensa ante un alto cargo del ministerio.

Los dos se rieron mientras él la atraía suavemente a sus brazos besándole la sien y manteniéndola unos segundos en ellos.

# Capítulo 9

—¡Milord! ¡Milord!

Todos los que estaban en la terraza se giraron rápidamente al escuchar los gritos provenientes del borde del bosque que daba a los jardines de la mansión. Casi enseguida, de entre los árboles, vieron aparecer la figura tambaleante de Polly, el mozo que siempre acompañaba a Amelia y que arrastraba a un hombre tras él.

De inmediato Ethan, Cliff y el conde se levantaron y corrieron para ver qué ocurría escuchando, ya a sus espaldas, cómo el mayordomo ordenaba a varios lacayos que los siguiesen y ayudasen.

Al llegar donde Polly, este cayó exhausto. Rápidamente vieron y comprobaron que estaba herido con sangre y evidentes signos de lucha.

Cliff se agachó y le ayudó a incorporarse un poco

mientras pedía a los lacayos agua y que avisasen de inmediato al médico.

—Milord, milord... —Tosió e intentó recuperar algo de aliento—. Unos piratas nos han atacado. Se han llevado al capitán, a lord Rochester y a la señorita Amelia. —Volvió a toser y se llevó la mano al costado, donde la herida empezaba a sangrarle de nuevo.

—Polly, tranquilo, bebe un poco de agua y explícanos qué ha pasado.

Cliff le pasaba un vaso con agua que había traído uno de los lacayos, procurando permanecer tranquilo al ser consciente de que, en ese momento, se hallaban tras ellos Julianna y Adele.

—Milord... Acompañaba a la señorita en su paseo, como siempre, y poco después se unió a ella el capitán, ya no parecían enfadados el uno con el otro. —Bajó un poco la mirada por haber hecho un comentario quizás demasiado atrevido—. Estuvimos galopando un buen rato. Al llegar a la altura de las ruinas que la señorita visita algunas veces, en cuanto descendimos de los caballos, salieron a nuestro encuentro, de entre los árboles, unos treinta hombres. Todos eran marineros, piratas, señor, e iban armados. El capitán y yo

luchamos con algunos, el hombre que iba al mando les gritaba que los necesitaba con vida y que su capitán los quería ilesos. Yo herí a este. —Señaló con la cabeza al cuerpo que permanecía en el suelo a su lado—. Y después debieron golpearme en la cabeza tras apuñalarme porque, lo siguiente que recuerdo, es encontrarme tumbado en las ruinas sobre este canalla. No sé qué pasó después del golpe, milord, lo siento. —Señaló de nuevo al hombre que había arrastrado con él y aunque herido parecía aún con vida.

—Dios mío, Cliff.

La voz ahogada de Julianna se escuchó tras él.

Cliff ayudó a los lacayos a poner de pie a Polly para llevarlo a la casa.

—Está bien, Polly. Hiciste más de lo que podías, te llevaremos a la mansión para que te curen, nosotros nos ocuparemos de todo.

Polly sangraba mucho y parecía que iba a perder de nuevo el conocimiento, pero logró decir con la voz algo pastosa y la respiración forzada:

—Lo traje para que lo interrogue, milord, tiene que saber dónde se llevaron a la señorita y al capitán, tiene que decírselo.

Poco después perdió el conocimiento. Cliff, que se encontraba de pie junto a su padre, miró a Ethan lanzándole una significativa mirada.

—Avisen a Cook también para que le asista. Ha tratado con heridas graves y puede ayudar a Polly mientras llega el doctor —pidió Julianna antes de volverse hacia Cliff.

Cliff permanecía de pie frente al cuerpo inconsciente del hombre arrastrado por Polly, era, sin duda, un marinero, y parecía respirar con dificultad. Cliff miró a su hermano y al conde antes de señalar con tono firme a dos de los lacayos.

—Llémoslo a la parte de atrás de los establos. Voy a sacarle lo que sabe aunque tenga que matarlo para ello.

La mirada de preocupación oculta tras esa aparente ira la reconocería Julianna en cualquier parte. Julianna se acercó a Cliff mientras los dos lacayos cogían al pirata obedeciendo a su señor.

—Cliff...

Él se giró para abrazar a su esposa.

—No te preocupes, cariño, averiguaré lo que ha ocurrido. No dejaremos que les pase nada. Max se



ocupará de que Amelia esté bien, no dejará que le ocurra nada. —Sobre la cabeza de su mujer, a la que abrazaba fuertemente, miró al conde y a Ethan con preocupación—. Cielo, regresa a la casa, en cuanto sepamos algo nos reuniremos con vosotras. Aseguraos de que la condesa y tía Blanche están bien y no se alarmen en exceso y mándanos al almirante, seguro que nos resulta útil.

Julianna asintió y, tras depositar un beso en la cabeza de su mujer, Cliff la dejó ir junto con Adele camino de la mansión.

—Vamos a por ese canalla. Le sonsacaré información como sea.

Furioso, con decididas zancadas, se dirigió junto a su hermano y al conde a los establos. Al llegar, los lacayos retenían al hombre, que parecía recuperar la consciencia.

—Sentadlo en una silla y atadlo con las manos en la espalda —ordenó Cliff mientras se quitaba la chaqueta, se aflojaba la corbata y se remangaba la camisa.

Una vez el hombre estuvo en la silla fuertemente atado, Cliff cogió un cubo de agua y le lanzó con

fuerza el contenido. El hombre se revolvió en la silla, pero se despertó, encontrándose frente a él a dos lacayos, varios mozos armados y a los señores de la casa con una clara expresión de furia en los rostros. Intentó desatarse en vano. Cliff dio un paso hacia él y le propinó un puñetazo en la mejilla.

—Esto es para asegurarme de que estás despierto, bastardo. —Se enderezó para poder mirarlo bien desde una posición de altura y dominación—. Veamos. Por lo que vemos estás herido, tienes una buena puñalada en la tripa, lo que significa que, si no eres atendido dentro de poco, morirás desangrado como el cerdo que eres. —Esperó unos segundos a que el hombre asimilase lo que acababa de oír—. Pero si nos dice todo lo que queremos saber haremos que te atiendan antes de entregarte al magistrado, que no es otro que el hombre que tienes detrás de mí. —Señaló con la cabeza a su padre—. En caso contrario, no solo te dejaremos morir, sino que antes empezaremos a golpearte como el salvaje que eres para sonsacarte la información, y has de saber que todos los hombres que tienes frente a ti disfrutarán haciéndote daño, ya que tus amigos y tú habéis invadido nuestro hogar y os habéis llevado a

parte de nuestra familia.

El pirata lo miró con expresión furiosa durante unos segundos, hasta que fue consciente del dolor en su costado y de la sangre que manaba de ella.

—Yo no sé ná, solo soy un mandao...

Cliff hizo ademán de golpearlo, pero se limitó a asirlo con fuerza del cuello de su desgastada camisa.

—¿Quién es vuestro capitán?

—El-el Por... el Portugués.

El pirata se daba cuenta de la situación en la que se hallaba y parecía dispuesto a contarlo todo. Mejor salvar la vida que morir en el establo de unos señoritingos desangrado.

Zarandeándolo un poco insistió:

—Y ahora, vas a decirnos dónde han llevado al capitán y a la señorita y todos vuestros planes. T-O-D-O. No se te ocurra mentirnos ni obviar ningún detalle porque sabremos si mientes o nos engañas... ¿Entendido? —Cliff habló con brusquedad, ordenando tajante y sin dejar de intimidar con su voz, sus gestos y su mirada al pirata.

—Sí, sí... —Respiró hondo—. Hace dos semanas entró en la taberna del viejo Shoneshi, el Portugués,

buscaba hombres pa su tripulación. Había escapao de los chaquetas azules[7] que le habían quitao su barco. Necesitaba hombres pa robá un barco, zarpar a Cork y después hasta Madeira, donde el capitán que lo venció había llevao *El Yunque*. Necesita al capitán pa podé liberá su navío porque está vigilao por los chaquetas azules y sin él no podrá sacarlo del puerto. Después matará al capitán y a su novia pa vengarse por habérselo quitao y haberlo humillao. Hizo una mueca de dolor.

Cliff esperó unos minutos mientras pensaba, de nuevo se giró hacia el marinero.

—¿Cuántos? ¿Cuántos hombres sois ahora? ¿Cuántos marineros tiene el Portugués ahora?

—Casi cincuenta... Se- señó.

—Y ¿qué barco habéis robado y en dónde? — insistió.

—*La estrella de la India*, una corbeta nueva. La robamos del puerto de Londres justo después de que volviese al mar. Había descargao unos días antes toda la mercancía que llevaba. El Portugués la quería vashía pa ir más deprisa. —De nuevo hizo un gesto de dolor.

Cliff deambuló un poco pensando en la información

y las alternativas.

—¿Qué crees Cliff? ¿Podrás alcanzarlos? — preguntó Ethan.

—Estoy pensando que... —Se giró de nuevo al marinero y con brusquedad le espetó—: ¿Dónde piensa conseguir más hombres?

El marinero lo miró con los ojos abiertos:

—Yo... yo...

Cliff se acercó y lo volvió a tomar por la camisa con fiereza.

—¿Me tomas por estúpido? *El Yunque* es un viejo navío español, necesitará al menos 100 hombres para manejarlo y otros 100 si quiere poder utilizar todos sus cañones. ¿Dónde haréis escala? ¿Dónde parará a conseguir más tripulación?

—La isla del Gobernador, la isla del Gobernador — dijo con la voz entrecortada y con el resuello cada vez más angustioso.

—Me lo suponía —murmuraba Cliff mientras lo soltaba y se giraba.

—¿Dónde? —preguntó el Conde

—Es un grupo de pequeñas islas que están a medio camino de aquí a Madeira. Los piratas las llaman así

porque un antiguo gobernador convirtió toda la zona en caladero de descanso de piratas y corsarios. A cambio de dinero, les aseguraba cierta protección. En esas islas suele parar la peor escoria del mar, marineros sin escrúpulos, capaces de cualquier cosa a cambio de un puñado de monedas.

Salieron de los establos camino de la mansión.

—Esto nos da una oportunidad —concluyó Cliff.

Entraron en el vestíbulo y se dirigieron rápidamente a la biblioteca justo cuando el almirante hacía su aparición frente a ellos:

—¿Qué os ha dicho? —preguntó sin tapujos.

—Vamos a la biblioteca y conversamos allí. —

Miró al mayordomo—. Decid a mi esposa que se reúna con nosotros pero que lo haga de algún modo que deje al resto de las señoras donde estén y que traiga mis cartas de navegación.

El mayordomo asintió e hizo la cortesía antes de marcharse.

Una vez en la biblioteca, Cliff pidió a su hermano que despejase la mesa grande mientras él tomaba la pluma y varias hojas para escribir algunas notas. Julianna entró minutos después con las cartas de

navegación que dejó sobre la mesa. El almirante comenzó a extenderlas y a señalar y comentar los lugares de los que hablaban con el conde y con Ethan mientras ella se acercaba a Cliff, que seguía escribiendo algunas misivas. Le puso la mano en el hombro, que él tomó y se llevó a los labios para besarla.

—No te preocupes, amor, los traeremos de vuelta sanos y salvo.

Julianna depositó un beso en la cabeza de su marido, que continuó escribiendo las misivas y sellándolas conforme las terminaba mientras ella continuaba de pie con las manos apoyadas cariñosamente en sus hombros.

Se puso en pie, pasó un brazo por detrás de la cintura de Julianna llevándosela con él hacia la mesa, alrededor de cual se hallaban los demás.

—Bien. —Miró fijamente a los que estaban alrededor de la mesa—. Creo que contamos con algunas ventajas. De momento, podemos estar seguros de que Amelia y Max estarán a salvo hasta llegar a Madeira. El Portugués es un pirata vengativo y codicioso pero no carente de “ciertos escrúpulos” si

tiene un objetivo. Además, no es estúpido y sabe que necesita la colaboración de Max para hacerse con su barco y que si le hace algo a él o, especialmente a Amelia, jamás podrá liberar su barco de un puerto protegido por la Marina Real, jamás conseguirá sacarlo de una pieza de la bahía. —Julianna lo miraba en silencio pero con gesto preocupado, de ahí que Cliff la mirase al decir—: Podemos estar seguros de que Max protegerá a Amelia y dejará muy claro que si ella sufre algún daño, jamás conseguirán el barco de el Portugués. A estas alturas ya debe saber que estarán a salvo hasta que lleguen a Madeira, estoy seguro de que Max aprovechará esa pequeña ventaja.

Julianna asintió, pero tenía tal nudo en la garganta que era incapaz de articular palabra.

—Lo que se me ha ocurrido es lo siguiente: el Portugués cuenta con una goleta que es bastante rápida si no va muy cargada y nos lleva casi un día de ventaja pero sabemos que ha de parar en la isla del Gobernador y que, una vez allí, la goleta irá sobrecargada de marineros. Pues bien, voy a mandar varias misivas a Londres, una al almirantazgo y dos a mis capitanes. Al almirantazgo le informo de la



situación y les pido que envíen un buque de guerra a Madeira y, además, que preparen una especie de trampa por si no los alcanzamos antes de que el Portugués llegue. Como irán directos desde aquí sin hacer escalas y a buen seguro apurando al máximo la velocidad y los vientos, con toda seguridad llegarán a Madeira antes que nosotros y que el Portugués. ¿Veis la distancia sin escalas? Se podría cubrir en tres días apurando los vientos. —Marcó con su dedo la línea que representaba la ruta marina de ese trayecto—. A mis capitanes les ordeno que preparen mis dos principales buques con todos los cañones y armas necesarios y que se reúnan conmigo en este punto. —Señaló con el dedo un lugar en alta mar—. Está cerca de la isla del Gobernador. —De nuevo la situó en el mapa para los demás—. Allí tenderemos una trampa a el Portugués que no podrá defenderse con una simple goleta y menos sobrecargada de hombres.

—Pero matarán a Max y a Amelia en cuanto os vean —exclamó alarmada Julianna.

—No, no lo harán porque yo saldré de inmediato en nuestra goleta más ligera que sé que es más rápida que la suya y prometo llegaré antes a la isla que ellos.

Varios de mis hombres y yo conseguiremos enrolarnos camuflados entre los hombres con los que intenta llegar a tener la tripulación necesaria para manejar *El Yunque* antes de que zarpe de nuevo y nos encargaremos de mantenerlos a salvo una vez se vean atacados por nuestros barcos.

Apretó el abrazo de su cintura para transmitirle seguridad.

—Quiero ir también —dijo firme Julianna.

—Ni hablar. Es... —empezó a contestar, pero Julianna le interrumpió:

—Cliff, me quedaré en la goleta hasta que todo termine, pero no puedo estar sin hacer nada mientras mi marido está en peligro y mi hermana y Max...

Cliff la interrumpió esta vez:

—También es mi hermana y Max mi mejor amigo, no dejaré que les pase nada y si vienes me preocuparé. Además, prefiero que estés aquí con nuestros hijos, eso me dejará concentrarme en lo que debo. Por favor, no discutas.

Julianna lo miró unos segundos y suspiró.

—Está bien, pero tendrás cuidado. —Lo miró fijamente—. Prométemelo.

Cliff la besó en la frente.

—Lo prometo.

Le dio varias misivas al conde.

—Será mejor que enviemos a los mensajeros más rápidos con los contemos para llegar al puerto y que lleven una orden para el capitán de uno de los barcos de tía Blanche, un velero muy veloz que llevará las notas a Londres, llegarán en apenas unas horas.

El conde tomó las misivas y contestó:

—Llevarán mis caballos más rápidos, no te preocupes. Estarán allí enseguida.

—Esta es para mi contramaestre, para que prepare enseguida la goleta ligera. Será mejor que lo lleve Timmy, ese pillo es veloz como un rayo sobre un caballo, seguro que recorre la distancia en poco tiempo. Le ordeno que nos recoja en la bahía del sur, nos enviará un bote a la playa, será más rápido que tener que llegar a Cork —aseguró Cliff.

—Que sea Timmy entonces. —El conde tomó la nota y preguntó alzando las cejas—: ¿Recogernos?

Cliff se giró y miró al almirante.

—Supuse que no le importaría acompañarme, almirante. Una vez abandone la goleta en la isla del

Gobernador, debería tomar el mando y seguimos. Usted sabe mejor que nadie cómo mandar una tripulación en una batalla y, si necesitásemos ayuda antes de llegar al punto de reunión, le haríamos alguna señal desde el barco de el Portugués. Sería bueno poder contar con su experiencia y su capacidad de improvisación para ayudarnos.

—Por supuesto. Contaba con que me permitieses acompañarte —contestó tajante el almirante.

—En ese caso, todos de acuerdo. Julianna, ¿por qué no subes y me ayudas a coger algunas cosas antes de salir? Enseguida me reúno contigo. —Julianna asintió y salió de la biblioteca—. Creo que lo mejor es que tú —miró a Ethan— procures que las damas no se preocupen demasiado y, sobre todo, que la noticia de todo esto no salga de aquí. Cuanta menos gente lo sepa mejor. De momento, será mejor actuar con todas las precauciones y cautelas. —Lo miró serio y añadió con la voz profunda—: Si algo sale mal, sabes que cuento contigo para cuidar de mis pequeños y de Julianna.

—Lo sé, hermano, lo sé, no tenías que decirlo. Tú no te preocupes por ellos. Solo preocúpate de regresar

y traer a Amelia y a Max contigo. Nosotros cuidaremos de ellos. Son mi familia también, estarán bien, lo sabes.

Cliff asintió y subió a sus habitaciones.

Julianna estaba frente al borde de la cama, donde había colocado una bolsa de viaje abierta y unas camisas de Cliff dejadas junto a ella por el valet, que había ido a buscar algunas de las cosas que su señor necesitaría para el viaje. Julianna permanecía mirándolas sin moverse, aunque con una clara expresión de preocupación. Cliff se acercó a ella con calma y la abrazó por detrás.

—Amor, todo va a ir bien.

Julianna se dio la vuelta dentro de su abrazo, apoyó la cabeza en su hombro y lo abrazó por la cintura.

—Prométeme que regresarás. Prométeme que volverás conmigo.

Cliff apoyó la mejilla en la cabeza de su esposa.

—Siempre, amor, siempre regresaré contigo.

Notaba cómo las lágrimas caían por la mejilla de Julianna.

—Traerás a Mel y a Max, ¿verdad? Regresaréis los tres.

—Sí. —Apretó más fuerte a su mujer.

—Cliff, vuelve conmigo. Tienes que volver, tienes que volver.

Cliff levantó la cabeza de su mujer y tomándola entre sus manos enjuagó sus mejillas con los pulgares.

—Amor, ¿recuerdas lo que te dije una vez? Ningún Dios, ningún hombre ni ninguna fuerza de la naturaleza me mantendrán alejado de ti, ¿lo recuerdas? — Julianna asintió—. Regresaré a ti, amor, regresaré a ti, siempre. —La besó primero con ternura y suavidad y después con fuerza y pasión—. Eres mi corazón. Ningún hombre puede vivir separado de su corazón, recuérdalo.

Julianna le besó y le abrazó con fuerza.

Tras unos minutos en los que recogieron con la ayuda del valet las cosas, Cliff entró en la habitación de la pequeña Anna, que permanecía dormida en su cuna. La miró, le acarició la mejilla y después salió con Julianna de su mano. Justo en la puerta de las habitaciones les esperaban los gemelos.

—Papi, papi, dice la señorita Donna que te vas unos días ¿Por qué no podemos ir contigo? —preguntó la pequeña Mel.

—Tengo que ir a recoger a tía Amelia y a tío Max, pero regresaremos muy pronto. Tenéis que ser buenos y obedecer a mamá. —Los niños se agarraban a las piernas de su padre como cuando subían con él a la cubierta del barco. Cliff tomó en brazos a Mel y le dio un beso en la mejilla—. Sé buena y no te metas en líos hasta que regrese, ¿lo prometes? —Mel le dio un beso en la mejilla y contestó:

—Lo prometo.

La depositó en el suelo y cogió al pequeño Max.

—Mientras esté fuera, eres el hombre de la familia. Cuida de las damas y procura obedecer a tu madre y al tío Ethan.

El pequeño asintió tajante y orgulloso y después lo dejó en el suelo.

—¿Por qué no vais a dar un beso de buenas noches a Anna y después subís y esperáis a mamá para que os lea antes de dormir?

Los dos pequeños obedecieron y entraron en la habitación de Anna.

—Será mejor que bajemos. El almirante debe estar esperando.

Tomó la mano de su mujer y bajaron juntos. Una

vez en la puerta de la mansión, vio que el almirante le aguardaba subido en su caballo y uno de los mozos sujetaba a su semental. Unos de los lacayos ató la bolsa de viaje tras la montura mientras Cliff se giraba, abrazaba a su mujer y sobre la cabeza de ella hacía un gesto de despedida al conde y a Ethan, que permanecían bajo el arco del inmenso portón de la entrada. Se separó un poco de su mujer, le tomó el rostro entre las manos y la besó.

—Volveré en unos días. Cuida de nuestros pequeños.

Por el rostro de Julianna corrieron algunas de las lágrimas que inútilmente intentaba contener.

—Cliff, has prometido regresar. Te amo, los niños y yo te amamos y te necesitamos. No lo olvides.

Cliff la miró con una mezcla de ternura, emoción y amor, que era lo que Julianna necesitaba que sintiese para darle la fuerza suficiente para dejarlo marchar.

—Juls, volveré, volveré. —La besó—. Tú cuida de nuestros niños hasta mi regreso. Y yo también te amo, mi pequeña gruñona testaruda. No lo olvides nunca. — Sonrió pícaro a su mujer.

Julianna se quedó mirando el camino, incluso



cuando ya no podían verse a los dos jinetes. Una voz masculina a su espalda le dijo con suavidad.

—Vamos, querida, será mejor que entremos. Empieza a hacer frío.

Era Ethan, que tras depositar sobre los hombros de su cuñada la chaqueta que acababa de quitarse para cubrirla con ella, le ofreció el brazo y la instó a entrar en la mansión.

—Estarán bien. Cliff se asegurará de que todos regresen a casa, y él regresará tan arrogante y presuntuoso como siempre. —Le apretó la mano y la acercó con un gesto protector.

En ese mismo momento, a bastantes millas de la costa inglesa en el camarote del capitán de una goleta robada nada más echarse al mar tras su salida del puerto de Londres, el pirata conocido como el Portugués mantiene una “civilizada conversación” con sus dos rehenes.

—Bienvenidos a mi humilde morada —remarcó con su acento mitad portugués mitad francés y un tono del todo triunfal con un teatral gesto abarcando toda la estancia—. Siéntense —añadió en un tono nada amable. Después miró a uno de los piratas que

permanecía en el umbral de la puerta apuntando con arma a Max y a Amelia—. Que no nos molesten. — Esperó a que cerrase la puerta y volvió a dirigirse a ambos que permanecían de pie frente a él—. He dicho que se sienten.

Max, que tenía varias magulladuras y cortes así como una herida en el hombro que por fin había dejado de sangrar, hizo un ademán con la cabeza a Amelia para que obedeciese y se sentase, pero la mantuvo pegada a su cuerpo de un modo protector. Una vez sentados al otro lado de la mesa donde se hallaba el Portugués con una copa de brandi en la mano y las botas sobre el borde de la mesa, este comenzó a sonreír y a mirar alternativamente el rostro de ambos prisioneros.

—Ah, *meu capitão* veo que tenéis buen gusto. — Miró a Amelia con un poco más de interés del que a Max le hubiese gustado pero, simplemente, se puso rígido y apretó la mano que Amelia le había cogido nada más sentarse a pesar de haber sido esposado—. *Muito bom, menina bonito...* [8] decid, ¿vuestra prometida? —preguntó divertido.

—Dejaos de tonterías “capitán”. ¿Qué queréis?

Max mantuvo un tono ronco y claramente firme, mirándole con desprecio y desviando la atención que ese hombre había centrado en Amelia.

El Portugués se rio.

—Como siempre, directo y franco. No esperaba menos de vos... —Reía entre dientes claramente satisfecho. Bebió un poco más de su copa y mirándolos de nuevo, casi con un tono de sorna en la voz, continuó—: Pero ¿dónde he dejado mis modales? Ahh, sí, quizás en el navío que me robasteis. —Y volvió a reírse pero, esta vez, con amargura de fondo —. Decidme “milady”, ¿queréis una copa? ¿Y vos, capitán?

Sin esperar su respuesta se levantó y agarró la botella de brandi y dos copas que puso sobre la mesa. Tras eso les sostuvo la mirada un par de minutos antes de continuar, como si estuviese midiendo la resistencia de Max y, en parte, la de Amelia.

—Vos, *capitão*, vais a ayudarme a recuperar lo que es *meu* y si os negáis o me dais problemas, vos y vuestra *menina* no viviréis para disfrutar de un nuevo amanecer, aunque, antes, puede que deje que *meus homes se divertir com esta coisa bonitinha*[\[9\]](#). ¿Me

comprenderéis? ¿Verdad, capitão? —Sonrió de una manera que hizo helarse la sangre a Amelia.

Max se tensó y, a pesar de la furia que corría por sus venas, sabía que no debía demostrar debilidad ante él, de modo que procuró sonar lo más impasible posible e incluso algo indiferente.

—Estáis delante de una dama, capitán, al menos mantened cierto decoro. Demostrad que sois mejor que esa chusma a la que llamáis tripulación. —Miró a Amelia, permaneciendo aparentemente tranquilo—. Por favor, sírreme un poco de brandi, querida, creo que me vendrá bien para la herida.

Amelia miró a Max con los ojos muy abiertos, pero enseguida comprendió que debía permanecer callada y sumisa ante ese hombre para que pensase que no le daría problemas, así que extendió los brazos, agarró uno de los vasos algo temblorosa y lo llenó por la mitad. Tras eso se lo pasó a Max con manos ligeramente más torpes de lo que le habría gustado, pero y él lo cogió, aún con las manos esposadas, sin dejar de mirar al Portugués en ningún momento. Bebió un poco y después insistió.

—Me imagino que lo que queréis es llevarnos a

Madeira y utilizarme para sacar el navío del puerto sin que las autoridades se den cuenta de que sois vos el que se lo lleva. —Enarcó una ceja manteniendo un tono de voz uniforme y la mirada fija en el Portugués, que parecía divertido con la escena—. Pero para eso, sabéis no solo me necesitáis vivo sino, además, dispuesto a “colaborar”, aunque sea reticentemente. —Miró de soslayo a Amelia.

El Portugués soltó una sonora carcajada.

— Vos, *capitão*, seríais un excelente pirata.

—Lo dudo. Adolezco de algunos graves defectos para ello: decencia, moralidad, escrúpulos... —habló con desprecio pero sin alterar el ritmo ni el tono de su voz.

Amelia permanecía a su lado callada evitando mirar fijamente al pirata pero asombrada y admirada por la sangre fría de Max.

El Portugués de nuevo se rio.

—*Capitão*, me caéis bien, os desprecio, pero me resultáis simpático y he de reconocer cierto *coragem*. Creo que, al final, cuando os mate, sentiré secretamente un leve pesar, aunque también disfrutaré con ello. —Sonrió más que divertido, complacido

consigo mismo.

Amelia, cada vez que ese hombre se reía, sentía un escalofrío de pavor por la espalda y Max lo sabía. Debía sacarla de ese camarote cuanto antes y mantenerla lejos del Portugués y de sus hombres.

—No lo dudo, capitán, pero, hasta entonces, sabed que ha de comportarse conmigo y con mi prometida como un excelente anfitrión pues, de lo contrario, no creo que mi ánimo sea el más conveniente para sus intereses.

Lo miraba y hablaba con frialdad sosteniéndole la mirada en todo momento. Amelia lo miró cuando se refirió a ella como su prometida, pero comprendió que lo hacía para marcar distancias con ese hombre. De nuevo rio con una estruendosa carcajada

—*Em conformidade, meu capitão.* Me comprometo a procuraros una agradable travesía, al menos hasta Madeira... Salvo que me deis problemas... en ese caso... —gritó algo en dirección a la puerta y enseguida apareció uno de esos hombres —. Acomodad a nuestros huéspedes en los camarotes de los oficiales y apostad dos hombres para que no nos den problemas.

Pero antes de que se hubiere movido, Max dijo tajante:

—Un camarote, capitán. No querreis que mi prometida crea que la abandono, ¿verdad?

El Portugués lo miró con frialdad unos segundos:

—Muy bien, que sea un solo camarote. Que no se ose decir que yo no permití al *capitão* dormir caliente sus ultimos días. —De nuevo se rio triunfal.

—¿No creeis que podríais soltarme? ¿No pensaréis que soy capaz de escapar de un barco lleno de piratas en medio del mar sin otra cosa que mis manos? ¿Verdad? —preguntó Max con un más que evidente de desafío.

A el Portugués parecía divertirle la altanería de Max y, en fondo, pensaba Amelia, por eso él lo hacía, para evitar enfurecerle pero sin parecerle intimidado.

—*Em confomidade*. —Miró al hombre que permanecía en la puerta—. En cuanto le lleveis al camarote, desatadle, pero si da algún problema... Bueno, ya sabéis qué hacer en ese caso.

# Capítulo 10

Minutos después, Max y Amelia eran conducidos a un camarote y encerrados en él. En cuanto se quedaron a solas Amelia quiso hablar pero Max le tapó la boca y después le susurró que no hablase durante unos minutos. Se acercó a la puerta y esperó a que los hombres del otro lado se alejasen un poco. Tras eso, sin mediar palabra, recorrió la distancia que le separaba de ella y la abrazó fuerte, muy fuerte, pero Amelia no se quejó.

—Mel ¿estás bien? —Ella asintió sin separarse—. Te sacaré de esta, pequeña, no te pasará nada. Confía en mi.

Amelia no dijo nada, solo permaneció abrazada a él unos minutos, después, con cierta reticencia, se separó recordando que estaba herido.

—Max, tengo que curarte esas heridas.



Se giró para ver la estancia y vio una palangana y una jarra encima, se acercó a ella y vio que tenía agua, registró un poco encontrando una vela, una especie toallas que parecían medianamente limpias y una botella de algo con aspecto de licor. Max la miraba un poco asombrado. Unos instantes antes, estaba en sus brazos temblorosa y asustada y, ahora, estaba decidida y concentrada en la tarea. Le dieron ganas de reír. Amelia vio finalmente una especie de cama sujeta a uno de los laterales del camarote.

—Siéntate allí.

Obedeció y ella cogió todos los utensilios y se sentó junto a Max, echó agua en la palangana y un poco del licor que creía era coñac y mojó uno de los trapos. Observó a Max para determinar las heridas y contusiones que tenía y, tras limpiar con cuidado los arañazos y golpes del rostro, del cuello y de las manos, centró su vista en el hombro.

—Max, voy a tener que quitarte la chaqueta y la camisa para curarte el hombro. Espero que no necesites puntos, no creo que podamos pedirle aguja e hilo a esos hombres.

Max se rio y, sin poder evitarlo, se inclinó y la besó

en la frente.

—Mel, estoy bien, deja de preocuparte, por favor, no creo que me muera de esto.

Amelia levantó de golpe la vista hacia él y le lanzó una mirada furiosa.

—¿Por qué hablas de morirte? No le veo la gracia. No digas eso, nunca más. No vuelvas a decirlo.

Sin remediarlo unas lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Eran el miedo y la tensión las que hablaban.

Max alzó los brazos y la acercó a él, apoyó la cabeza de Amelia en su pecho y besó su cabello.

—Lo siento, lo siento. He sido un desconsiderado. Discúlpame. Amelia. —Le tomó el rostro en sus manos y la obligó a mirarlo—. Mel, escúchame bien. No voy a morir y tú tampoco. Saldremos de esta indemnes, te lo prometo. Dentro de muchos, muchos años, podrás contarle a unos pequeños nietecitos cómo fuistes rescatada de las manos de unos piratas por un valiente caballero de brillante armadura.

Amelia fijó sus ojos en la calidez que desprendía ese gris azulado que se tornaba más oscuro cuando se acercaba a ella y, por un segundo, pareció creer

firmemente en sus palabras. Finalmente asintió.

—Pues no vuelvas a asustarme ni a, ni a... —  
Suspiró. Separó las manos de Max de su rostro y bajó la vista—. Deja que termine de curarte.

Max la dejó hacer. Se quitó la chaqueta y después la camisa y, aunque le gustó el modo en que Amelia le miró el torso desnudo, se contuvo de hacer o decir nada. Aún estaba asustada y dedicarse a cuidarle parecía ayudarle a recobrar cierta tranquilidad, así que, se mantuvo solícito a sus órdenes, disfrutando calladamente de sus cuidados y la delicadeza y suavidad con la que le atendía. Tenerla acariciándole con ese amor y esa ternura bien valían todas las heridas, golpes y cortes del mundo, pensaba cada vez que posaba sus delicados dedos sobre su piel.

Después de recoger todo y de ayudar a Max a ponerse de nuevo la camisa, Amelia se sentó cerca de él y, de nuevo, recorrió el camarote con la vista. Max permaneció callado observándola, quería darle tiempo porque sabía que, en escasos segundos, Amelia se derrumbaría por el cansancio, las emociones y todo el miedo que, estaba seguro, estaba controlando desde hacía horas y que estaban deseando salir por fin a la

superficie. Pocos segundos después comenzó a temblar sutilmente y a encoger un poco el cuerpo y fue cuando Max supo que debía consolarla. La cogió con suavidad, la acomodó en su regazo apoyándola contra su pecho y su hombro y la abrazó mientras él permanecía sentado con la espalda apoyada en la pared de madera del casco del barco. La acomodó un poco mejor, procurándole calor y una postura que permitiese a Amelia relajarse, y la mantuvo acunada, caliente entre sus brazos hasta que pareció quedar adormilada.

—Max —lo llamó con la voz algo adormecida.

—Descansa. Mel. Yo velaré tu sueño. —Depositó un beso en la cabeza de Amelia.

—Max. —Ella movió la cabeza y alzó la vista—. ¿Por qué me dejastes sola en la casita del bosque? Dijiste, dijiste... Estaba tan enfadada contigo, tan dolida, que quería que te fueses pero tampoco quería que me dejases sola y tú, tú, me dijistes que... —Gimió.

—Mel, tienes que descansar, no creo que debamos hablar de eso ahora.

Ella se incorporó un poco y le miró con fijeza.

—Max, no lo entiendo. Dices que no soy tu

hermana y tampoco quieres que sea, que sea, bueno, lo que se suponga que sean un hombre y una mujer. —Se ruborizó recordando los momentos en la casita del bosque anteriores a que él se marchase—. Y, después, te enfadas si se me acerca algún hombre. ¡Por Dios! Si te has estado enfureciendo durante semanas cuando se me acercaba algún caballero en un baile —Bajó la mirada—. Y luego, me besas y me dices cosas. Y me duele. Me duele pensar que tú no... que tú no me quieres como... —Su voz se quebró y comenzaron a brotar lágrimas de sus ojos.

—Mel. —Sus ojos se oscurecieron fijos en ella.

—No, no, Max. Quiero que contestes. —Alzó los ojos llorosos para mirarlo—. ¿Qué eres Max? ¿Qué somos? ¿Qué quieres de mí?

Cada vez que notaba el contacto de Amelia sobre él, el calor de su cuerpo, su aliento, el roce de su piel, la sangre de Max bullía enfebrecida, pero tenía que protegerla. Era Mel, su Mel. No podía dejarse llevar sin más, no podía hacerle daño y, sin embargo, se lo estaba haciendo, y saberlo le atravesaba el corazón como si le clavasen espadas. Pero tenerla tan cerca, tan cerca, y ella le miraba de esa manera...

—Mel.

Max acarició su mejilla con suavidad, casi con reverencia. Amelia inclinó la cabeza un poco para apoyarla en su mano y alzó la suya para cogérsela.

—Max, por favor.

Se inclinó hacia ella casi por inercia y, finalmente, rozó sus labios con los suyos, primero como si simplemente quisiese rozarla, sentir su calor pero, después, comenzó a besarla con verdadero anhelo. Tras unos segundos le habló con los labios rozando los suyos, sosteniendo con suavidad su cara entre sus manos.

—Mel, esto me mata. Llevo semanas deseándote hasta volverme loco. No sé cuándo pasó, no se cómo pasó pero sé que te deseo como no he deseado a nadie ni a nada en esta vida.

Acarició con sus labios sus mejillas, su barbilla, la curva de su cuello. Amelia se arqueó un poco al tiempo que alzaba los brazos depositando las manos en la parte de atrás de su cuello, comenzando a acariciar su pelo con los dedos y con las uñas, lo que excitó a Max, convirtiendo el tocarla, el saborearla, en una verdadera necesidad y en un tormento, en un delicioso

tormento.

Comenzó a besarla con avidez por el cuello, descendiendo poco a poco mientras con las manos iba liberándola de sus ropas dejando expuesta la suave y tersa piel de Amelia. Tomó con su mano uno de sus pechos y lo acarició, llevándose después a la boca, escuchando leves gemidos de Amelia con cada uno de sus contactos, de sus caricias. Lamió a placer cada una de sus curvas notando cómo respondía a cada una de sus caricias. Sin dejar de tocar y recorrer su cuerpo con las manos alzó la cabeza y se apoderó de sus labios mientras la iba tumbando con cuidado.

Amelia se sentía arder, sus manos sobre su piel, sus labios, su cálido aliento y esa forma de recorrer su cuerpo. Lo quería, lo amaba y lo necesitaba dentro de ella.

—Max, Max.

Él alzó de nuevo la vista, separando ligeramente sus cabezas, y tomó su rostro en sus manos.

—Amelia, dime que me detenga, dímelo porque yo he perdido toda mi voluntad.

El tono ronco, el deseo que manaba de él, de esos ojos oscurecidos, de ese leve temblor de excitación en

su piel...

—Max.

Se ruborizó y, armándose de valor pensó que si, finalmente, esos podían ser sus últimos días, quería pasarlos con él, de un modo pleno, lo quería todo de él y quería darle todo de ella. Tomó aire mirándole directamente a los ojos.

—Max. —Alzó la mano y le acarició la mejilla—. Te quiero, te amo y no me importa si tú no me quieres igual, solo quiero, solo quie...

Max la interrumpió, apoderándose de sus labios, y tras unos segundos se separó, manteniendo sus rostros a escasos centímetros.

—¡Dios, Amelia! —jadeó—. Te amo, te amo. Antes, eso me estaba matando porque creía que no podía, que no debía... ¡por todos los santos, Mel! —De nuevo se apoderó de sus labios—. Eres mía, pequeña, eres mía, dime que eres mía —le pedía mientras recorría con sus labios, con su lengua, sus mejillas, con la nariz la instó a echar la cabeza atrás para darle mejor acceso a su cuello, a su pecho—. Mel, dime que me perteneces, dime que eres mía, porque yo soy tuyo, todo lo que soy te pertenece, Mel.



El tono ronco de su voz, la pasión casi sagrada con que envolvía su aterciopelada voz, cada palabra, provocaba ríos de amor y deseo bajo la ya excitada piel de Amelia.

Ella lo acercó más a su cuerpo, empujándolo suavemente con las manos que tenía depositadas en su cuello y en su hombro:

—Soy tuya, Max, solo tuya. Por favor, por favor...

Ya no había vuelta atrás y ambos lo sabían.

Se separó de ella y se puso de pie cogiéndola de la mano. Después, y tirando de ella para dejarla frente a él aún un poco temblorosa, ruborizada y con los ojos brillantes, sin dejar de besarla, fue desabrochando cada botón, deshaciendo cada cinta, liberándola poco a poco del vestido, del corsé, de los pololos, de las medias, dejándola totalmente desnuda frente a él.

Amelia se sentía expuesta ante ese hombre al que quería y que acababa de decirle que la amaba, pero no sentía vergüenza ni pudor, sino una increíble necesidad de tocarlo, de ser tocada por él, de sentirlo dentro. Max se separó de su cuerpo un poco y la miró con detalle, a placer. Su perfecta y blanca piel encendida por la pasión, por el deseo, sus brillantes y sedosos

cabellos, negros como el azabache, cayendo en cascada sobre sus hombros, su espalda, sus pechos, llegando justo hasta la cintura y esos intensos y oscuros ojos, tan profundos, tan sinceros que hipnotizaban y derretían la voluntad de Max.

Sin pensárselo dos veces comenzó a librarse de su ropa, de sus botas, de todo lo que le impidiese sentir con plenitud ese cuerpo, ese contacto, ese calor de Amelia que eran suyos, solo suyos. De nuevo, la tomó entre sus brazos notando un leve escalofrío en Amelia. Levantó su cara instándola a mirarle con dos dedos bajo su mentón, acariciando con las yemas su cuello y el hueco entre sus clavículas sin dejar de mirar sus enormes ojos dilatados por la emoción.

—No tengas miedo, Mel. Iré con mucho cuidado. ¿Confías en mí? —preguntó con la voz ronca y una carga de dulzura que llenó a Amelia de una cálida sensación de amor y de seguridad.

Max acercó sus labios a los suyos rozándolos y notando el calor de sus alientos y de su piel.

—Sí, sí, confié en ti y no tengo miedo, es solo que...

El rubor se extendía por las mejillas de Mel como

rosas rojas recién abiertas.

—¿Es solo que? —la instó sonriendo ante su deseable timidez.

—¿Puedo, puedo tocarte? —consiguió preguntar.

La sonrisa de Max se hizo más pronunciada mientras con una de sus manos tomaba la de ella y se la llevaba a su torso, apoyándola en su pecho.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras, amor, soy todo tuyo.

Mel abrió los ojos de par en par y, casi avergonzada, comenzó a bajar la vista hasta donde él había posado su mano, dio un leve paso atrás y moviendo con lentitud y un ligero temblor la mano sobre su torso comenzó a recorrer poco a poco el cuerpo duro, firme y ligeramente bronceado de Max. Alzó la otra mano y comenzó el, al principio, dubitativo roce, pero, después, cuando notó el estremecimiento en la piel de Max allí donde ella tocaba, se sintió poderosa, juguetona e incluso un poco lasciva y fue adquiriendo mayor confianza y seguridad en su roce consiguiendo una respuesta de excitación evidente en Max. Casi con osadía descendió a su entrepierna y tocó primero explorando y después disfrutando de las sensaciones

que le producían esas caricias. Max emitió un leve gemido. Amelia notaba cómo se controlaba, cómo procuraba dejarla disfrutar de su recién descubierta osadía. Comenzó a recorrer con los dedos su miembro, que se había endurecido aún más y después de unos segundos, lo agarró con toda la mano y comenzó a moverla extendiéndose por su cuerpo una sensación de calor desconocida para ella. Max emitió un ronco gemido y con una de sus manos cogió la de Amelia.

—¡Dios! vas a matarme. Espera, espera, eso ahora no.

Amelia, sorprendida, alzó la vista al oscurecido azul de los ojos de Max.

—¿Te-te he hecho daño? —preguntó tímidamente.

Max sonrió y la acercó a su cuerpo abrazándola y extendiendo sus manos en sus nalgas y con un leve empujón de las mismas acercó sus caderas a las suyas, pegándolas para que sintiese la prueba evidente de su “dolor”.

—Créeme, amor, no es dolor lo que me provocas.

Se apoderó de su boca y la besó con ansia, con todo el fuego y el ardor que había controlado durante semanas. Descendió en sus besos por su rostro y la

instó a arquearse ligeramente hacia atrás para darle mejor acceso a su piel al tiempo que, sin dejar de besarla y sostenerla, la fue depositando sobre la cama debajo de él. Ella se aferraba a su cuerpo y le instaba a seguir, a no parar, a amarla sin límites.

Colocó con suavidad a Amelia cómodamente recostada mientras la recorría con las manos, deleitándose de su cuerpo, sus curvas, el suave contacto de su piel, su calor y ese aroma tan suyo, ese con el que soñaba y que despertaba la fiera que llevaba dentro. Comenzó a besarla lentamente detrás de la oreja, descendiendo por su cuello, sus hombros, mientras jugaba y torturaba sensualmente sus pechos. Comenzó un baile sensual de caricias con sus labios y su lengua hasta llegar a los pechos mientras Amelia se agarraba a sus hombros y respondía a sus caricias con leves suspiros, gemidos e incluso acercando aún más su cuerpo al de Max.

El cuerpo de Amelia ardía en llamas. Cada beso, cada roce, conseguía que su cuerpo respondiese de manera instintiva, y cuando él comenzó a recorrer con su lengua sus pechos, a lamer sus pezones dándole, después, pequeños mordiscos, fue como si un río de

lava recorriese sus venas. Casi sin saber cómo, sus manos comenzaron a moverse disfrutando del contacto de Max, de sus músculos, de su denso cabello, de ese calor que desprendía.

Max alzó la cabeza y, de nuevo, la besó en los labios con insistencia, con avidez, mientras sus manos descendían por su cuerpo. Cuando llegaron a sus muslos, con suavidad comenzó a acariciar la cara interna de los mismos con una mano mientras con la otra seguía torturando sus endurecidos pechos. En un instante, Max notó cómo Amelia se tensó cuando introdujo su mano justo en el centro de sus muslos.

—Cariño, voy a darte placer, déjame hacer a mí.

Sonrió con un leve brillo en sus oscurecidos ojos y, entonces, empezó a acariciar su sexo, y cuando Amelia empezó a sentir el cosquilleo, introdujo uno de sus dedos iniciando un sensual baile dentro de ella mientras con otro azuzaba más y más su sensible botón, notando su humedad y las corrientes y leves espasmos que empezaban a vibrar dentro de ella. Amelia gimió y, de nuevo, se apoderó de su boca al tiempo que introducía otro dedo, consiguiendo una mayor respuesta de ella, que se arqueaba y le

apretaba, clavaba las uñas en los hombros y gemía bajo sus besos. Comenzó a jugar con mayor avidez con su montículo con el pulgar mientras mantenía el baile de sus dedos en su interior y de su lengua en su boca.

Apenas podía discernir lo que sentía y ni siquiera sabía lo que Max le estaba haciendo, pero no quería que parase. Max comenzó a trazar un camino de besos y caricias con sus labios a través de su encendido cuerpo, descendiendo lenta y deliciosamente. Amelia sintió, de repente, un vacío entre sus piernas cuando Max extrajo sus dedos instándola, al mismo tiempo, a abrir más los muslos para él. Al abrir los ojos vio que Max descendía hasta colocar su cabeza entre sus piernas y, justo cuando iba a protestar, notó sus cálidos y suaves labios sobre su sexo y después su lengua, que comenzó a recorrer los pliegues internos de Amelia mientras con los dedos torturaba su botón interior logrando que el mundo a su alrededor perdiese toda nitidez. Con sus manos apretó el cabello de Max cuando este comenzó un baile frenético con su lengua hasta llevar a Amelia lejos de donde estaba. Tenía sensaciones y un calor que comenzaban a invadirla por dentro pero que, sobre todo, provocaba un extraño

placer en su interior y un fuego que amenazaba con devorarlo hasta el estómago. Tras unos minutos, todo se hizo pedazos en su interior. Se sintió excitada y enfebrecida y al mismo tiempo satisfecha, complacida y poco a poco se iban haciendo pesados sus brazos, sus piernas, todo su cuerpo. Max se detuvo y solo pudo ser consciente de que él se incorporaba sobre ella, cerniendo su cuerpo sobre el suyo, recorriéndolo en dirección contraria, en ascendente sendero, con parsimoniosa lentitud. Al comenzar a recuperar la conciencia de la realidad, abrió lentamente los ojos y tenía a escasos centímetros del suyo el rostro de Max, que tenía una extraña expresión de satisfacción pero también de control que no comprendía del todo. Lo que Amelia sí sabía era que, a pesar de lo extrañamente pesados que sentía los brazos y de ese calor recién descubierto en su interior, necesitaba algo más, no sabía qué era, pero necesitaba a Max, sentirlo de nuevo pero de otra manera.

—Max... —susurró Amelia con la voz cargada de esa pasión desconocida para ella hasta ese momento.

Max se sintió arder al ver sus ojos brillantes con la pasión, con el deseo, con la lujuria, el rubor de sus



mejillas, sus labios enrojecidos e hinchados por él. La necesitaba, necesitaba hundirse en ella, estaba húmeda, abierta para él.

—Max, por favor, no sé qué es, no lo sé, pero sé que te necesito dentro de mí, ahora, por favor, por favor...

Si ya pensaba podría detenerse, esas roncas palabras de Amelia fueron el acicate final. La besó con más ansia que antes, como una necesidad mayor que la de respirar, con una mano le abrió un poco más los muslos, colocándose entre ellos.

Se separó y se acercó a su entrada poco a poco varias veces, acariciando solo con la punta su sexo, provocando escalofríos de placer y ansiedad en Amelia. Alzó la cabeza un poco, necesitaba ver su rostro encendido por la pasión, enfebrecido por recibirle.

—Max, por favor... —susurraba jadeante y ebria de pasión.

Se fue introduciendo muy lentamente y ella abrió los ojos y miró directamente al profundo azul que primaba en sus ojos. Ya reconocía ese color en él, ese azul que se apoderaba del gris que normalmente

predominaba su mirada cuando se acercaba a ella o cuando se enfadaba con ella, pero, ahora, era de una intensidad que Amelia no había visto antes. Sentía el calor de su miembro introduciéndose lentamente dentro de ella. Lo notaba suave pero al mismo tiempo duro y grande. Gimió con la invasión pero de repente se paró, se quedó quieto con el rostro y el cuerpo en tensión. Acercó sus labios a los suyos y le dio un leve beso, fue un mero roce. Con una voz profunda, ronca y muy sensual que hizo que Amelia sintiese cada uno de los movimientos de esos labios como una caricia dijo:

—Mel, esto te dolerá un poco, pequeña, lo siento, lo siento. —La besó de nuevo—. Solo durará un momento, intentaré ser lo más suave posible. —La besó y en una certera embestida alcanzó la barrera final.

Amelia sintió un leve dolor tensándose en respuesta. Max permaneció quieto, acariciando con sus labios sus mejillas, sintiendo el calor que rodeaba su verga, suave, húmedo, aferrándose a él y dejándolo invadirle por primera vez.

—Sshh, pequeña, pasará enseguida.

Tras unos segundos comenzó a moverse

lentamente, dejándola acostumbrarse a él. Después de esos primeros instantes Amelia empezó a sentir que el dolor daba paso a una placentera sensación, con cada movimiento, con cada fricción, aumentaba el calor, el deseo y un extraño anhelo a algo que desconocía pero que deseaba alcanzar, que necesitaba alcanzar. Max notó cómo ella empezaba a responder, cómo sus movimientos y sus suaves gemidos eran de nuevo de placer. Arqueaba el cuerpo acercándosele, comenzó a aferrarse a él y a recorrer con sus manos sus costillas, sus caderas y finalmente sus nalgas abriendo más los muslos para él, alzando sus caderas en cada una de sus embestidas buscando introducirlo más en ella, entregándose a él con cada roce. Max se sintió desbocado y aunque procuró en todo momento no ser demasiado brusco por ser su primera vez, sus embestidas fueron cada vez más profundas, enérgicas y devastadoras y ella lo acogía con placer acunándolo desde su interior, cerrando sus músculos interiores alrededor de su miembro, dándole una sensación de placer, de éxtasis, que no creía ser capaz de sentir. Era liberador y al mismo tiempo se sentía atrapado por esas sensaciones, esas vibraciones de vitalidad, de

felicidad que le provocaba cada embestida, cada espasmo, cada roce. El cuerpo entero de Max vibraba de pura vida y sabía que el de Amelia se encontraba en el mismo estado que el suyo, lo sentía, lo notaba retorciéndose de placer bajo su cuerpo, bajo su abrazo, bajos sus manos. Era suya, lo sabía, solo él la hacía sentirse así, solo él la tendría así. Amelia, su Amelia, su Mel, era suya, suya. Era suya una, y otra y otra vez...

Max se sintió poseído por primera vez en su vida, sentía cada roce, cada movimiento, cada envite de un modo único, como nunca antes. El cuerpo de Amelia aceptaba y aferraba el miembro de Max en su interior. Sentía los músculos de ella contrayéndose calientes, húmedos y firmes alrededor de su pene. Era una sensación plena, visceral, algo indescriptible, tan primitiva, tan pura, tan intensa. En su mente resonaban exclamaciones como "Oh, Dios mío ", "Por todos los santos " o "Esto es el cielo ", con tal intensidad que creyó haberlas gritado. Comenzó a sentir la tensión final de Amelia al llegar al clímax, los espasmos y los temblores alrededor de su pene y alrededor de sus muslos, y cuando parecía que ella había alcanzado otro nivel, él la siguió sin remedio. Sintió la oleada

recorrerle todo el cuerpo y finalmente derramarse en ella como una explosión de placer indescriptible, plena, infinita.

Permanecieron unos minutos unidos, jadeantes, exhaustos y algo desorientados. Poco a poco fueron despertando de esa especie de nebulosa que les cubría. Max se incorporó apoyándose sobre sus codos, liberándola ligeramente de su peso, con el rostro a escasa distancia del de ella, que permanecía con los labios un poco abiertos y con los ojos cerrados y aún recuperando el aliento y el ritmo normal de su corazón y casi en susurro preguntó:

—¿Mel? —Acarició con las yemas de los pulgares su rostro—. ¿Estás, estás bien?

La observó abrir los ojos lentamente y curvar los labios, formando una sonrisa que le provocó una increíble mezcla de sensaciones, lujuria, deseo, ternura y un amor como nunca antes.

—Estoy bien... Es, ha sido... ha sido... No... no sé lo que ha sido pero...

Balbució aún con la respiración entrecortada mientras abría del todo los ojos y sonreía con una sonrisa de placer, de tranquilidad y satisfacción que

consiguió que Max se riese suavemente con sus labios sobre la piel de su rostro provocando unas suaves cosquillas en Amelia.

—Pequeña, te adoro.

Depositó un tierno beso en sus labios, separándose despacio de su cuerpo para liberarla ya del todo de su peso. Amelia gimió, quejándose al sentirse extrañamente vacía. Max rodó sobre su costado y se la llevó con él para acomodarla sobre su cuerpo, con la cabeza apoyada en su hombro, manteniéndola abrazada en todo momento. Parecía tan relajada, felizmente exhausta y satisfecha como él.

Se incorporó, dejando a Amelia tumbada.

—Cariño, no te muevas. —Fue hacia la jarra de agua y mojó uno de los paños limpios que quedaban junto a ella. Volvió y con suavidad hizo que Amelia abriese un poco las piernas. Ella iba a resistirse, pero la sujetó con una mano—. Pequeña, déjame a mí, solo será un momento.

Con ternura y mucha suavidad, fue limpiando los muslos y la entepierna de Amelia y aliviando la zona que sabía sentiría un poco dolorida. Amelia lo dejó hacer un poco avergonzada y también conmovida por

la delicadeza y el amor que parecía poner en cuidarla.

Después dejó el paño junto a la jarra y volvió a tumbarse junto a Amelia, abrazándola de un modo protector y también algo posesivo. Unos minutos después, recorría con los dedos de una manera distraída su brazo, su cadera y su espalda dejando leves caricias sobre ellos. Inclino la cabeza posando sus labios sobre su sien y le acarició el cabello. Después, con voz suave y melosa, susurró:

—Mel, duerme un poco. Yo estaré aquí y me aseguraré de que tengas sueños agradables, amor.

Mel permanecía adormilada sobre su hombro con la respiración cada vez más callada, con el cuerpo lánguido y tan adormecido como su preciosa cabecita.

—Max —susurró, y bostezó mientras acomodaba un poco mejor la cabeza—. Te quiero —consiguió decir aunque con una voz pesada y aletargada.

Max la besó en la frente y apretó un poco su abrazo acoplando mejor su pequeño cuerpo a su costado:

—Y yo a ti. Te amo, pequeña.

Max se quedó quieto disfrutando de la certeza de sus palabras y del calor, de la suavidad, de la textura

del pequeño y cálido cuerpo al que abrazaba. Pensó que no podía existir nada mejor. Ahora comprendía a Cliff. Ahora lograba saber por qué era para él imposible alejarse de Julianna. Tener a Amelia en sus brazos, desnuda, satisfecha, era un placer al que no podría ni querría renunciar jamás. La sensación de plenitud que le embargaba en ese momento solo podría alcanzarla con ella a su lado. Jamás renunciaría a ella, nunca dejaría que la alejasen de él. Era suya y, con toda seguridad, él era suyo. Su pequeña, adorable y peleona Mel, era suya. Ahora lo comprendía, se había estado resistiendo de una manera absurda por motivos equivocados. La diferencia de edad, el convencerse inútilmente de que sentía un cariño de hermano y no de hombre, el deber de proteger su inocencia por encima de toda razón. ¡Qué estúpido había sido! ¿Cómo se había equivocado tanto interpretando sus propios sentimientos? Ahora sabía que la quería más que a su vida, que la protegería y la defendería pero como un hombre protege a su mujer, no a una hermana, que haría todo lo que estuviera en su mano para hacerla feliz.

Fue entonces consciente de nuevo de dónde



estaban, del aprieto en el que se hallaban. Tenía que actuar con inteligencia. Tenía que sacarlos de esa situación y asegurarse de mantener a Amelia alejada en todo momento de esos hombres y nunca separarse de ella. Sintió un escalofrío de puro terror atravesarle el corazón al imaginarse a Amelia en manos de el Portugués o de cualquiera de sus hombres. “No, no”, pensó “voy a mantenerte a salvo. Te protegeré, amor”. Apretó un poco su abrazo para sentirla aún más cerca, eso le daba una extraña sensación de paz, cierta tranquilidad.

Durante unas horas la dejó dormir, pero al escuchar movimiento en la cubierta con las primeras luces del alba, se apresuró a despertarla para estar alerta. Conociendo al Portugués, insistiría en que algunas de las comidas las hicieran en su presencia con el fin de intimidarlos mediante el recordatorio constante de que eran sus prisioneros y de que estaban en sus manos. No obstante, Max, aún contaba con la baza de que los necesitaba para recuperar su navío y para ese pirata ese objetivo tendría prioridad sobre cualquier otro.

— Mel, cariño... —le susurraba depositando un beso en sus labios—. Mel, despierta, hemos de

vestirnos. —Amelia emitió un quejido perezoso—. Pequeña, abre los ojos, por favor.

Se estiró un poco y comenzó a abrir los ojos, al principio un poco desorientada pero después fue fijando su mirada en el rostro de Max y comenzó a sonreír.

—Buenos días —susurró aún con la voz adormilada y bostezando como una niña remoloneando en la cama.

—Buenos días —respondió Max sonriendo igual que ella sin poder evitarlo.

Amelia estiró un poco su cuerpo alzando la cabeza de modo que acercó su rostro al de Max. Lo besó y se puso justo encima de él. Max la abrazó manteniéndola sobre su cuerpo mientras que ella dejaba caer su cabeza en el hueco de su cuello dejando que esos sedosos mechones de su ondulado cabello y la suave calidez de su aliento rozasen la piel de su cuello y su hombro.

—Mel —insistió aún con reticencia—. Tenemos que levantarnos y vestirnos. Es mejor estar preparados, ya que podrían aparecer en cualquier momento, además, quiero hablar contigo sobre cómo

hemos de actuar.

Enseguida notó cómo el cuerpo de Amelia se tensó sobre el suyo, rodó sobre sí mismo dejando a ambos de costado cara a cara. Se apoyó sobre uno de sus codos mientras mantenía el abrazo sobre ella con el brazo libre.

—Mel, escúchame. —Fijó su mirada en sus ojos instándola así a prestarle atención—. Vamos a vestirnos y, después, con calma, hablaremos, pero no quiero que tengas miedo, no dejaré que te pase nada. Si actuamos con serenidad todo saldrá bien. Llevo muchos años luchando contra hombres como esos y siempre he regresado a casa, sano y salvo, ¿verdad? —Amelia asintió ligeramente—. Pues, ahora, tengo muchos motivos para hacer que los dos regresemos. Pienso pasar muchos, muchos, muchos años a tu lado, si me dejas.

Amelia lo miraba con intensidad hasta que entonces fue consciente de que tras esas palabras se encerraba algo más.

—¿Hablas en serio? Quieres... ¡Espera! —Se incorporó un poco apoyándose en un codo y con la mano que tenía libre apoyada sobre el pecho de Max,

que se había recostado un poco con el movimiento de ella—. ¿Qué estás diciendo?

Si lo que le estaba proponiendo era matrimonio, quería que se lo pidiese. No, necesitaba que se lo pidiese, aunque fuese en un barco lleno de piratas.

Max sonreía. “Dios, cuánto adoro cuando se pone tirana y tan terca... Realmente debo estar enamorado...”, pensó divertido. Se movió de modo que Amelia quedó atrapada bajo su abrazo con su rostro cerca del suyo sonriéndola de una manera provocadora.

—Mel, no creo que este sea el mejor lugar para hacer una proposición. De hecho, es el peor lugar de la historia de las declaraciones románticas. —Le sonrió mientras le acariciaba la mejilla —. Será algo que pospondremos hasta que estemos en casa, pero, por si aún no lo tienes claro, permíteme decirlo sin tapujos. —Se aupó sobre sus codos tomando algo de distancia sobre ella pero manteniéndola bajo su cuerpo—. Mel, te amo. Reconozco que he tardado un poco en darme cuenta, pero te amo más que a nada ni a nadie en el mundo, más que a mi vida, pero, ahora que por fin he dejado que mi estupidez dé paso a una verdad que

todos conocían, incluso yo mismo, aunque no quisiera reconocerlo, no pienso dejar que te alejes de mí, ni hoy, ni mañana, ni nunca. Te amo, te adoro, te quiero como jamás podrá querer un hombre a una mujer. Pienso ponerte un anillo que te ate a mí el resto de nuestros días y con el que todo el mundo sepa que te quiero, que eres mía y que no dejaré que nadie te separe de mí. Voy a convertirte en mi duquesa, en mi esposa y en la madre de mis hijos. Voy a venerarte, protegerte, mimarte y poner el mundo a tus pies si me lo pides. Y como te mereces una propuesta digna de todo ello, quiero que seas una buena chica y me prometas que vas a aceptar ahora esta, demasiado empalagosa y precipitada, proposición y que, también, lo harás dentro de unos días cuando aparezca ante tu puerta con el anillo de mi abuela.

Por las mejillas de Amelia comenzaron a correr algunas lágrimas de emoción y avergonzada ocultó su rostro en el hueco del hombro de Max.

—Lo prometo, lo prometo —asentía con la voz rota.

Max se rio un poco, besó su frente y se puso de pie llevándola consigo.

—Pequeña. —Adoptó su tono de firme y resuelto capitán mientras cogía algunas de las ropas de ambos —. Hemos de vestirnos primero.

Amelia lo miraba callada, con las mejillas ruborizadas y aún con los ojos algo llorosos, pero asintió finalmente. Max le pasó sus prendas y tras vestirse la ayudó a cerrar su traje. Después la llevó hasta la silla y la instó a sentarse mientras él también lo hacía en un pequeño taburete frente a ella. La cogió de las manos y la miró a los ojos.

—Mel, tenemos que ser más inteligentes que esos hombres de ahí fuera y, sobre todo, no dejarnos llevar por el miedo. Lo mejor es que, hasta que estemos cerca de Madeira, crean que no les vamos a ocasionar problemas. El Portugués es inteligente y sabe que me necesita para recuperar su barco y, si nos hace el más mínimo rasguño, no conseguirá mi cooperación, así que se asegurará de que, hasta entonces, permanezcamos a salvo y solo si cree que somos un peligro o un riesgo se deshará de nosotros. Pero no te equivoques y no voy a engañarte, es un hombre cruel, como a buen seguro la mayoría de los hombres que están en esta nave. No conviene hacerle enfadar sin motivo pero,

tampoco, hacerle ver que le tienes miedo, porque eso es tan peligroso como lo anterior.

Apretó sus manos esperando que Amelia asimilara poco a poco lo que le decía. Aunque Amelia comprendía la difícil situación en la que se hallaban, sin embargo, no tenía tanto miedo como la tarde anterior, por algún extraño motivo, la seguridad de Max la tranquilizaba.

—Lo entiendo, Max. Solo dime cómo crees que he de actuar y lo haré.

Max alzó sus manos hasta sus labios y las besó con ternura, antes de mirarla a los ojos y decirle intentando parecer calmado:

—Mel, pequeña. —De nuevo depositó un beso en la palma de una de sus manos—. Voy a asegurarme de que bajo ningún concepto te separen de mí. No quiero perderte de vista ni un segundo y, por su propio interés, el Portugués sabe que no puede desoír mi petición porque puedo ponerle muy difíciles las cosas si no me complace. Por otro lado, no querrá una mujer suelta por el barco que distraiga a sus hombres y menos que dé lugar a peleas. —Por un segundo se arrepintió de haber dicho esto último por lo que Amelia

llegase a entender ya que, sabía que, si lo interpretaba de la peor forma posible, acertaría en su conclusión y ello podría asustarla más—. Pero no te preocupes, estás conmigo y así permanecerás. —Amelia tras unos segundos asintió—. De todos modos, procura no hacerte notar demasiado. Cuando estemos en presencia del Portugués procura no hablar ni hacer nada que le obligue a mirarte, pero tampoco dejes que note el miedo en ti. Si te asustas o te sientes incómoda, acércate a mí y yo me encargaré.

Amelia de nuevo asintió sin decir nada. Max se levantó, la tomó en sus brazos y ocupó la silla, dejándola sentada en su regazo abrazándola. Ella apoyó la mejilla en su hombro y se dejó acunar. Estar en los fuertes y firmes brazos de Max, sentir su calor, el ritmo de su corazón era el mejor bálsamo para ella. Por unos instantes, al igual que le ocurrió la noche anterior, olvidó dónde estaban, todo a su alrededor desaparecía cuando Max la abrazaba de esa manera y ella cerraba los ojos.

Unos minutos después Amelia alzó la cabeza y aún en los brazos de Max, lo miró fijamente.

—Max, es posible que en algún momento me



encuentre mal. —Max arqueó una ceja extrañado—. ¿Recuerdas? —Ella hizo una mueca con los labios—. Me mareo mucho en los barcos y... —De nuevo hizo un gesto de disgusto—. En fin, que no soy muy buena marinero.

Max relajó su expresión y sonrió.

—No te preocupes, amor, solo evitaremos que comas cosas muy pesadas, además, no creo que nos dejen pasear por la cubierta ni movernos por el barco y, bueno, de momento, lo estás haciendo muy bien.

Depositó un tierno beso en su nariz y Amelia sonrió.

—Es que, hasta ahora, estaba demasiado asustada para darme cuenta de dónde estábamos o... —Se ruborizó un poco— o concentrada en otras cosas.

Max soltó una carcajada y la miró con picardía y algo de descaro.

—En ese caso, amor, te prometo mantenerte muy ocupada y concentrada.

Sonrió intentando mostrar cierta despreocupación con una conversación relajada. Sabía que eso no solo conseguía relajar un poco a Amelia, sino que reducía la tensión y la presión que sentía en el pecho al pensar en

la situación en la que se hallaban. Cuando iba a besarla de nuevo escucharon el ruido de la cerradura de la puerta. Max se incorporó depositando a Amelia a su lado y rodeándole la cintura con el brazo, la acercó todo lo posible de modo protector. Cuando comenzó a abrirse la puerta le susurró al oído.

—Recuerda. No muestres miedo y mantente cerca de mí.

Amelia asintió, respirando profundamente, para hacer acopio de valor.

La puerta se abrió del todo, dejando ver al otro lado a dos hombres armados y de expresión adusta.

—El capitán quiere que les acompañemos a su camarote —dijo uno de ellos mientras daba un paso al frente entrando en la habitación y haciendo un gesto para que pasasen delante de él.

Max caminó llevando consigo a Amelia, cruzaron toda la cubierta bajo la atenta mirada de esos dos hombres armados, fijándose en todo lo que les rodeaba. Max iba tomando nota de los hombres que había, de la distribución de los mismos, de la situación de los cañones y de los elementos de navegación. Antes de cruzar la puerta del camarote del capitán, el

hombre que iba delante de ellos movió la mano para hacerles detenerse y llamó. Tras unos segundos escucharon al Portugués darles la orden de entrar, pero antes de poder hacerlo tuvieron que dejar salir a dos hombres más que iban con las manos atadas a la espalda y seguidos de otros dos piratas con las pistolas en la mano apuntándolos.

Entraron y tras ellos se cerró la puerta. El Portugués estaba de espaldas a ellos guardando en un cofre lo que Max creyó que eran las cartas de navegación. Entre ellos y el Portugués de nuevo se hallaba la mesa pero, esta vez, había colocada sobre ella algunas bandejas con comida, frutas y dos jarras de metal. Amelia esperaba que en una de ellas hubiese agua o algo que no fuese licor. Empezaba a sentir un poco de náuseas con el olor a comida que impregnaba todo el camarote, sin mencionar el de los hombres de cubierta, que aún parecía notar en el fondo de la nariz, pero aun así se obligó a sí misma a no exteriorizar signo alguno de debilidad aunque, no obstante, Max notó el cambio operado en ella nada más dar dos pasos dentro del camarote.

El Portugués se volvió hacia ellos en cuanto cerró

el cofre y se sentó, dejando que permanecieran de pie unos segundos, sin duda para demostrar de nuevo que ellos eran sus prisioneros y, por lo tanto, obligados a obedecerle sin rechistar.

—Siéntense. —Ofreció con cierto toque de falsa amabilidad y una dosis mayor de condescendencia al tiempo que con la mano señalaba las sillas al otro lado de la mesa—. Creo que como “mis invitados” les agradará compartir mi mesa en esta clara mañana.

El toque de sarcasmo, pensaba Max, sin duda, es un rasgo que parece gustarle mostrar cada vez que tiene ocasión, “bien sigámosle el juego”.

—Qué amable deferencia permitidnos disfrutar de su compañía, capitán— dijo Max mientras sujetaba la silla al tiempo que miraba firmemente a Amelia para que se sentase en ella a pesar de la cara de asombro que mostraba —. Sin duda nos encantará poder compartir este delicioso desayuno.

El sarcasmo que irradiaba su voz y la expresión de su cara podría rivalizar con el del Portugués consiguiendo que, mientras él se acomodaba con aparente despreocupación en su silla, a Amelia le recorriese por el cuerpo un río de confusión,

indignación y furia. ¿Qué diablos esperaban conseguir comportándose de ese modo? Pensaba mientras procuraba mantener a raya las náuseas cada vez más acuciantes.

Ambos hombres se dedicaron durante varios minutos a comer como si nada, pero sin dejar de controlarse ni de medirse recíprocamente como si tanteasen sus respectivos movimientos, reacciones y gestos. Al cabo de un rato, cuando Amelia empezaba a notar que tanto sus náuseas como su dolor de cabeza amenazaban con convertirse en algo permanente, decidió tomar cartas en el asunto.

—Capitán— dijo mirando de soslayo a Max pero procurando fijar su vista en el pirata que de repente se vio sorprendido por la voz femenina que pareció sacarlo de su original duelo silencioso con su oponente—. Me preguntaba —decía manteniendo un tono cortés y dulce en su voz y en su rostro—, dado que se ha mostrado como un generoso anfitrión hasta ahora y, puesto que vamos a permanecer a bordo varios días, si sería tan amable de proporcionarnos agua y jabón para asearnos adecuadamente, y, desde luego, algo de ropa limpia sería igualmente bien acogida y también

agradecida.

Tras unos segundos mirando candorosamente al capitán, este pareció divertirse con la osadía y la aparente candidez de Amelia, y con una sonrisa contestó:

—Claro *adorrable minha menina*, estaré encantado de hacer que su estancia en nuestro barco sea lo más placentera posible... —El tono casi soez que empleó no hizo mella en Amelia, que sabía que intentaba intimidarla al tiempo que procuraba molestar a Max, al que no dejaba de lanzarle miradas y gestos mordaces—. Si milady lo desea, haré que después del desayuno les proporcionen lo que necesiten.

Se rio de un modo bastante desagradable, sin embargo, pensó Amelia, si conseguía lo que se proponía, agua, jabón y ropas limpias, ese hombre podía utilizar el tono que le diese la gana.

—Le quedaríamos muy agradecidos —señalaba ella posando sus manos en su regazo y bajando la mirada con falsa timidez al mismo.

Escuchó la risa ronca del capitán justo antes de decir:

—¿Cuán agradecida quedaría, damisela?

De inmediato lo miró con los ojos demasiado abiertos para disimular que la había sorprendido, puesto que la insinuación había sido del todo clara.

—Capitán, recuerde que está delante de una dama.

Max le hizo una advertencia con un tono pausado pero con una contundencia en la cadencia y la gravedad de su voz que hizo ambos se volvieran de inmediato hacia él. Su mirada, pensó Amelia, podría haber fundido el metal, y de seguro sirvió de mensaje directo al pirata sin necesidad de más palabras.

El Portugués le miró desafiante pero sin hacer movimiento alguno y con una sonrisa bastante desagradable. Al cabo de pocos segundos tomó una pieza de fruta clavándole con destreza la punta de su navaja y continuó comiendo. Max lanzó una mirada a Amelia que era una clara advertencia de silencio, y procuró de nuevo enderezar la atención del Portugués en sí mismo.

—Capitán —cogió el vaso y bebió antes de tomar un trozo de pan y pasárselo a Amelia para que lo comiese. Sabía que estaba mareada, pero debía asegurarse de que comiese algo sólido para afrontar mejor la travesía—, creo que debería tener presente

que nos necesita con vida y con la suficiente predisposición para “ayudarle” a sacar el navío del puerto pero, ha de saber que esto último depende en gran medida de que mi prometida reciba un trato acorde a su posición. No permitiré que sea tratada sin el decoro que le corresponde.

El Portugués de nuevo se rio de un modo estruendoso.

—Ah, la soberbia y prepotencia inglesas. ¿Cuándo aprenderán que el resto del mundo no les debe pleitesía?

Max lo miró con cierto desdén mientras se arrellanaba en su silla.

—Quizás cuando el resto del mundo nos demuestre que es digno de ser considerado nuestro igual.

Amelia sabía bien que semejante afirmación no era cierta, y que Max no lo pensaba, lo había escuchado en demasiadas ocasiones maravillándose de algunas de las culturas, países y gentes que había conocido. Sin duda procuraba molestar al pirata y aun ignorando el motivo real de ello, permaneció en silencio limitándose en centrar su atención en él.

El Portugués de nuevo se rio pero, en esta ocasión,



con un brillo peligroso en sus ojos.

—Quizás, *capitão*, debiera darnos a mis hombres y a mí alguna lección que nos permitiese valorar la verdad de esa supuesta superioridad de los ingleses. Podríamos dejarle demostrar su destreza con algunas armas en la cubierta. Estoy seguro de que algunos de los que están ahí fuera estarán más que dispuestos a enfrentarse a uno de los chaquetas azules más laureados... —Sonrió desafiante con los ojos fijos en Max.

—Y ¿por qué no enfrentarnos nosotros mismos? Sus hombres disfrutarán más aún viéndonos disputar el mando de este barco.

Max esperó, sabiendo de antemano la respuesta del Portugués. No le podía demostrar miedo alguno negándose a luchar en caso de que se empecinase en esa posibilidad con la sola idea de divertirse a su costa, pero tampoco podía dejar que le pusiese en manos de una panda de piratas sin escrúpulos dejando con ello a Amelia desprovista de protección en el caso de resultar herido o aún peor. Sin embargo, también era consciente de que al lanzarle el desafío de enfrentarse ellos, le había puesto en el mismo aprieto que él unos

segundos antes. El Portugués era demasiado inteligente para recoger el guante lanzado tan directamente. En el caso de aceptar y ganar, perdería la posibilidad de recuperar su barco, ya que de salir victorioso sus hombres le obligarían a matar a Max como muestra de esa supuesta crueldad, pues era lo que le granjeaba el miedo y, en algunos casos, el respeto necesario para controlar a esa caterva de brutales piratas. Pero, en caso de perder, si no resultaba muerto en el combate, en el mejor de los casos, vería minada si no perdida su autoridad ante sus hombres y, en el peor de los casos, o bien se vería desprovisto del mando del barco o bien le quitarían la vida. Max le había lanzado un órdago que sabía seguro no podría perder.

El Portugués fingió meditarlo unos segundos, pero después soltó una carcajada y con un dedo alzado y negando con él dijo:

—No, no “meu capitão”. No seguiré su juego. — Se rio de nuevo—. Ha sido listo pero no me engañará para que caiga en su trampa.

Se levantó despacio y llamó a gritos a uno de los hombres que había permanecido al otro lado de la

puerta. En cuanto entró, le ordenó llevarlos de vuelta al camarote, y justo cuando Amelia cruzaba el umbral seguida de cerca por Max, el Portugués ordenó que les proporcionasen agua, jabón y ropas limpias a “milady”.

Antes de poner un pie en la cubierta, Amelia empezaba a notar que las fuerzas le fallaban y, sin necesidad de decir nada, vio rodeada su cintura por el fuerte brazo de Max, que la sujetó con firmeza guiándola hasta la misma puerta del camarote y dejándola apoyarse en él mientras avanzaban.

En cuanto la depositó en la cama, cogió uno de los paños, lo humedeció con el agua que aún quedaba en la jarra y se sentó a su lado, la guio para que apoyase la cabeza en su regazo mientras con el paño la refrescaba hasta que, finalmente, se lo colocó en la nuca para calmarla. Amelia se dejó hacer sin decir nada, relajándose y dejando que con sus manos, sus caricias y la suavidad de dedos, la llevasen a un estado de somnolencia. Casi una hora después, Amelia estaba dormida con la cabeza reposando tranquilamente en el regazo de Max. Entraron en el camarote tres de los piratas que depositaron en el centro tres barriles pequeños con agua, una pastilla de

jabón, un par de toallas y ropa. Inmediatamente después de cerrarse la puerta, Max se levantó, dejando a Amelia suavemente recostada en la cama y echó el pestillo de la puerta, aunque sabía que con buscar la llave con que cerraban por fuera les bastaba para abrirla.

Max miró hacia la cama, Amelia tenía mejor color que cuando entraron. Revisó las cosas que les habían dejado, menos mal que al Portugués le dio por robar un barco bien aprovisionado, pensó. Después se volvió y miró a Amelia. La dejaría descansar un rato, aunque sabía que la ayudaría a encontrarse mejor el poder asearse y ponerse ropa limpia. Volvió a su lado y antes de sentarse de nuevo la descubrió observándolo mientras permanecía relajada de costado. Se incorporó para quedar sentada.

—Max, tienes aspecto de cansado.

—Bueno, quizás sea porque lo estoy —contestó dejándose caer a su lado con una media sonrisa.

Amelia miró los toneles.

—Creo... —Se ponía de pie y se acercaba a ellos. Se giró y extendió uno de los brazos en dirección a Max—. Ven.

La miró y obedeció casi de inmediato, se puso de pie y tomó la mano que le ofrecía.

—Supongo que podría... —Miró donde estaba la silla y añadió—: Siéntate en la silla.

Max la miró con el ceño fruncido y antes de que dijese nada ella agregó.

—Hazme caso, por favor, tú has cuidado de mí y ahora me toca a mí. Quitate la chaqueta y la camisa y siéntate.

Sin saber muy bien lo que se proponía, él se sentó y después la observó coger la enorme palangana y ponerla tras la silla en el suelo, tras eso llenó la jarra con agua de uno de los barriles y la depositó junto a la palangana para después coger la pastilla de jabón.

—Inclina la cabeza hacia atrás —le ordenó, poniendo una mano sobre su hombro desnudo e instándole con un pequeño empujoncito a obedecerle.

—¿Qué vas a? —Enseguida lo comprendió—. ¿Vas a lavarme el cabello? —preguntó algo asombrado.

Ella sonrió.

—Obedece, por favor. Cierra los ojos. Prometo que te gustará.

Su sonrisa era cautivadora como una hurí a punto de postrar a sus pies a su cautivo. Algo dubitativo obedeció, cerró los ojos tras apoyar la cabeza en el respaldo y respiró hondo. Segundos después Amelia le mojabla la cabeza y comenzaba a lavarle el pelo y a darle masajes en el cuero cabelludo. Apenas tardó unos minutos en sucumbir a la sensualidad y a la sensación de abandono de todo su cuerpo que provocaba el movimiento firme, y a la vez delicado, de sus dedos sobre su cabeza o deslizándose por su pelo, así como el suave rasgado de sus uñas sobre sobre su cuero cabelludo. Enjuagó varias veces su cabello, siempre con sutileza y exquisitez, enredando sus dedos en sus mojados rizos negros, consiguiendo que sus músculos, su mente y todo su cuerpo acabasen en un estado de completa relajación.

Aun reconociendo la intimidad, la sensualidad y la complicidad que aquello transmitía, no fue hasta más tarde que todos los sentidos de Max se dispararon. Tras lavarle el pelo y secárselo con una de las toallas dándole, al igual que antes, ligeros masajes, se encontraba totalmente relajado. Sin embargo, todo su cuerpo se tensó y excitó de un modo extraordinario

cuando comenzó a quitarle las botas, después le desabrochó los pantalones y le ayudó a desprenderse de ellos y de los calzones, retiró la silla y lo dejó en medio del camarote totalmente desnudo. Acto seguido ella se quitó el vestido y todas las prendas que cubrían su cuerpo excepto la ligera camisola de seda. De nuevo llenó la jarra de agua, lo que repetiría durante los minutos posteriores varias veces, y con una total inhibición fue lavándole todo el cuerpo, depositando las manos y los dedos sobre su piel mojada, primero extendiendo jabón sobre ella y después enjuagándolo.

Max la observaba en cada movimiento, deleitándose no solo de sus caricias y de la delicadeza y la suavidad de su tacto sino, además, de la forma tan desprendida con que lo hacía. Notaba su corazón dispararse cada vez que lo tocaba, era lo más erótico, sensual y ardiente que había experimentado en toda su vida. Estaba completamente desnudo, mojado y a merced de Amelia, que no hizo más que preocuparse de él, cuidarle y mimarle con cada una de esas caricias, con cada contacto, con cada roce. Era delicioso y al mismo tiempo una completa tortura. Cuando terminó, de nuevo cogió la toalla y, al igual que

con su pelo, fue secando cada parte con suaves masajes. Era una completa locura. Max contenía la respiración cada vez que lo tocaba. Cuando finalmente acabó, le enrolló una de las toallas en la cintura, él sonrió y la encerró entre sus brazos total y completamente excitado y endurecido. Por unos segundos, permaneció simplemente mirando su rostro, disfrutando de esas deliciosas curvas pegadas a lo largo de todo su cuerpo solamente separados por una fina capa de seda. Dejó caer los brazos a ambos lados de los costados de Amelia y, agarrando la camisola, se la sacó por la cabeza, alzándole los brazos al hacerlo. Ello le permitió atrapar sus muñecas sobre su cabeza y sorprenderla devorando su boca con un pasional, largo y profundo beso que disparó los latidos del corazón de Amelia. Max los notaba y sintió una oleada de triunfo invadirle el pecho. Con sus labios aún rozando los suyos, con una voz ronca y cargada de deseo dijo:

—Mi turno.

Volvió a besarla al tiempo que soltaba sus brazos para alzarla y sentarla en la silla que él había ocupado un rato antes.

—Ahora, cierra los ojos y deja que yo me ocupe de



ti.

Amelia sonrió y se sonrojó al mismo tiempo, lo cual encantó al conquistador que llevaba dentro. Repitió todos y cada uno de los pasos que ella había realizado pero con una diferencia, fue depositando besos, caricias con los labios e incluso lamiendo algunos de los lugares de ese glorioso cuerpo que lavaba y disfrutaba.

Cuando terminó, en vez de secarla la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama, depositando esa preciosa desnudez con delicadeza. Se irguió y la observó durante un minuto deslizando su vista por cada curva, por cada deslumbrante rincón de ella. Sonrió notando que, de nuevo, se sonrojaba, y depositó un beso en el sendero entre sus pechos justo antes de decir con un susurro ronco y cautivador:

—No te muevas, amor. No muevas ni uno de tus deliciosos músculos.

Se irguió de nuevo y con sorprendente velocidad recogió todo lo que habían empleado e incluso las ropas sucias que dejó sobre uno de los barriles con intención de lavarlas más adelante.

Volvió hasta donde estaba Amelia y se sorprendió

al encontrarla dormida. Le dieron ganas de reír pero al igual que hizo antes se quedó un minuto observándola relajada, con esa suave respiración y esos labios ligeramente curvados en una pequeña sonrisa. Le atravesó una excitación y un deseo desbocado, pero lo que más sentía era una calidez llenando su pecho de un modo abrumador. Instinto posesivo, de protección, de cubrirla de un manto de amor y calor... suspiró.

De nuevo sonrió, le acarició de un modo sutil la mejilla y se inclinó, pero justo cuando iba a besarle donde la había acariciado, ella se removió, abrió los ojos quedando cara a cara a escasos centímetros. Ella sonrió, provocándole una satisfacción desconocida.

—Tengo un poco de frío —susurró sin dejar de sonreír.

—Eso tiene fácil solución —respondió mientras cernía su cuerpo sobre el suyo cubriéndolo por completo.

Atrapó su rostro entre sus manos y la besó con ternura, despacio, saboreándola, disfrutando del momento como si no hubiese ninguno más allá. Amelia disfrutó del calor que desprendía su musculoso y bien torneado cuerpo, del contacto de la firmeza de su piel

sobre ella. Notaba la rigidez de su miembro sobre su estómago y cómo se iba tensando cada vez más.

—Max —murmuraba mientras él marcaba un sendero de dulces besos por su rostro y su cuello.

—¿Mmm...?

—Sigo teniendo frío —dijo ella en un medio susurro medio jadeo.

Max se rio sobre su piel por la forma en que le pedía las cosas. Era tan propio de ella, que incluso con los ojos cubiertos de una neblina de deseo y la voz velada por la pasión conseguía divertirse con unas pocas palabras.

—Mel, te quiero y quiero que me prometas que no cambiarás nunca —decía mientras continuaba besándola y saboreándola.

Ella se rio suavemente. Max fue descendiendo poco a poco hasta llegar al ombligo, donde depositó un beso y rodeó la suave piel de su estómago con la lengua. Con una mano cubría uno de sus turgentes pechos mientras con la otra acariciaba su ya húmedo y hinchido sexo. Amelia gimió mientras hundía sus dedos en su todavía húmedo cabello, enredando los dedos en sus mojadas hebras, disfrutando del contraste

entre el tacto ardiente de su piel y la fresca humedad de su pelo. Max se incorporó cubriendo de nuevo todo su cuerpo con el suyo y mientras hacía suya su boca deleitándose de su sabor, de su caliente aliento cuando jadeaba y de la suavidad de sus ahora hinchados labios, deslizó una rodilla entre sus muslos instándola a abrirlos para él, colocándose entre ellos de un modo natural, como si sus cuerpos hubiesen sido hechos el uno para el otro.

Se incorporó sobre sus antebrazos solo para poder mirarla bien en el momento en que con una única, firme y profunda embestida la llenaba por completo. Arqueó la espalda de modo que sus pechos rozaron el torso de Max provocando en ambos una erótica sensación de placer que les hizo estremecerse. Amelia depositó ambas manos en sus costados, mientras él permanecía quieto dentro de ella con la cabeza inclinada sobre sus pechos, y deslizándolas hasta sus nalgas lo instó a seguir. Después de eso, ambos parecieron poseídos con un instinto casi animal, porque pasaron horas amándose una y otra y otra vez de formas distintas y cada vez más intensas hasta que quedaron completamente exhaustos. Ella respondía a

sus movimientos, a sus caricias, con inocencia pero con una naturalidad y una sensualidad que lo acicateaba más y más.

Amelia yacía relajada con la cabeza sobre su pecho, mientras los cuerpos de ambos se hallaban debidamente cubiertos con la capa-gabán forrado de piel de Max que este había colocado sobre ellos. Pensaba, mientras le acariciaba ociosamente el brazo, que la vida con Amelia tendría muchas ventajas y sin duda, una de las más destacadas sería el tiempo que pasarían en el dormitorio. Se había revelado como una excelente compañera de cama, pasional, generosa, intuitiva, ávida de aprender y disfrutar y con una natural predisposición a la pasión. Una pasión que él se encargaría de mantener muy, muy encendida cada día del resto de sus vidas.

—Max —lo llamó con un hilo de voz.

—Dime, pequeña.

—¿Te has fijado en las plantas que hay en el camarote del capitán?

La pregunta pilló por sorpresa a Max, y tardó un poco en reaccionar.

—¿Las plantas?

Amelia se enderezó un poco, cruzó las manos en su pecho y apoyó su barbilla sobre ellas de modo que pudiese mirarlo bien.

—Sí. ¿No las has visto?

Max negó con la cabeza.

—Para ser franco, he de reconocer que no me he fijado. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, casi todas son plantas con algunas propiedades específicas. Las hojas de algunas de ellas pueden servir para dormir a quien las tome y otras se utilizan, principalmente, para la malaria y algunas enfermedades parecidas. Pero, sobre todo, abundan las que se utilizan para curar el insomnio o la mala digestión.

Max se incorporó un poco, manteniéndola en la misma postura sobre él, calentita y entre sus brazos.

—¿Las conoces?

Mel asintió.

—Algunas solo las he visto en el jardín botánico o en algún libro, porque se dan en países lejanos como China o en América, pero sí, las conozco casi todas; hay una planta de *belladonna*, esa de hojas verdes con unas flores de color morado, se distingue porque

emite un olor algo desagradable y que puede utilizarse como narcótico. Igual que la mandrágora, que se da sobre todo en Asia, es esa de las pequeñas florecillas violetas y sin curar sirve como estupefaciente. Oh y un barbasco, su corteza y las hojas se pueden usar como narcóticos y también como purgantes. —Se rio suavemente—. O una planta de boldo, las hojas, unas que acaban en redondez al final y son de un bonito verde apagado por una cara y oscuro en otra, en infusión producen rápidamente el sueño y una leve anestesia en todas las extremidades. Hay salvia, que es estupenda para desinfectar heridas, incluso una muy rara que es la salvia de bolita, es muy buena para catarros o para la tuberculosis y los mareos. Hay varias plantas de aloe vera, que se parece a un cactus y es buena para la piel, las quemaduras, las hinchazones. Una planta de sauco, que es buena para la diarrea, la disentería y también para los dolores respiratorios. O también el toronjil morado sirve para las afecciones digestivas y para más cosas que no recuerdo. He visto un aceituno, creo que se da especialmente en Sudamérica que es bonito y se utiliza para la malaria en infusión y para la piel machacando

las hojas. Y un agastache, solo lo había visto en los libros y también se usa para el cólera y para los excesos provocados por el alcohol, la recuerdo porque le recomendé a Juls que la consiguiese en Jamaica para las náuseas del embarazo de los gemelos. He visto una altamisa, que se parece a las margaritas, un aliso, anís estrellado o un apazote, que se usa para la malaria, la arnica, y una que es preciosa que se llama borraja que es morada antes de florecer pero que cuando se abre es de un bonito azul como el de los ojos de Eugene. En fin, que tiene una gran variedad y la mayoría muy exóticas. —Sonrió mirándolo fijamente.

—Es harto improbable que sean del Portugués. Seguramente perteneciesen al verdadero capitán de esta nave. Estoy muy impresionado. Sabía que tenías buena memoria pero es realmente extraordinario, pequeña. ¿Realmente tienen todas esas propiedades?

De nuevo asintió, riéndose tímidamente. Se incorporó sentándose a horcajadas sobre él. Max sintió de nuevo una excitación más que evidente pero se obligó a concentrarse en lo que hablaban, al menos unos minutos porque después...

—Bueno, supongo que tendrán otras muchas que



desconozco o de las que no me acuerdo. He pensado —decía apoyando las manos en su abdomen, lo que casi le provoca un orgasmo instantáneo— que podrían sernos útiles en algún momento. —Hizo una mueca con la boca—. Bien, no todas, ya que para usar algunas de ellas tendríamos que hacer una infusión o un unguento, pero para otras basta con triturar o machacar las hojas o las semillas y mezclarlas con algo líquido, como el vino, el agua o eso tan oscuro que parece gustarle a ese hombre.

Max se incorporó un poco, apoyando la espalda, quedando casi sentado con ella a horcajadas todavía sobre él, depositó un beso en la base de su cuello mientras con las manos le cubría los senos antes de tomar uno de ellos con sus labios.

—Mmm —murmuraba de nuevo acariciando el pecho con los dedos—. Creo que deberemos intentar hacernos con algunas de esas hojas. —Atrapó uno de los pezones con sus dientes dándole pequeños mordiscos. Amelia se arqueó un poco mientras entrelazaba ambas manos detrás de su cuello y jadeaba—. Pero, de momento...

Deslizó las manos por su cuerpo y agarrándola por

las caderas la alzó un poco, colocándola en una posición que le permitiese envainarla, lo cual hizo de inmediato con un solo movimiento al tiempo que la deslizaba hacia abajo.

Amelia emitió un grito ahogado, aferrándose fuertemente a sus hombros. Enseguida él desplazó sus manos abiertas por la espalda de ella subiéndolas posesivamente, de modo que acabó abrazándola y acercándosela más. En cuanto consiguió tenerla del todo a su merced, se apoderó de sus pechos con los labios.

Jadeando le ordenó:

—Cabálgame, cariño, cabálgame.

Amelia permaneció unos segundos quieta disfrutando de la tortura deliciosa de sus pechos y del calor de su miembro dentro de ella, pero enseguida notó ese deseo ardiente en sus entrañas que la apremiaba a más, que le exigía tenerlo más adentro, más duro en su interior. Necesitaba ese roce, esa fricción de su pene en su interior, atraparlo con sus propios movimientos, con su propia humedad. Casi por instinto comenzó a moverse sintiéndose cada vez más deseosa, más ansiosa y también más poderosa. Sentía

la tensión de Max, su satisfacción cada vez que le atrapaba dentro, muy dentro de ella. Notaba la respiración entrecortada de Max en su cuello, en sus pechos, la tensión de los músculos de sus muslos y, sobre todo, la presión de sus dedos cada vez mayor conforme más fuerte, más deprisa y más profundamente la penetraba. Acabó quedando recostada sobre él sintiendo los febriles espasmos recorriendo cada parte de su cuerpo desde sus entrañas hasta la punta de los dedos de sus manos, notando cómo se hacía añicos todo a sus alrededor con las sensaciones de su clímax todavía vibrando dentro de ella.

Con un ágil movimiento, Max, manteniendo el abrazo y la unión de sus cuerpos, los hizo girar de modo que ella quedó tumbada de espaldas con él cubriendo todo su ser permaneciendo dentro de ella duro, tenso y totalmente henchido. La besó en los labios con verdadero ardor consiguiendo traerla de vuelta a la realidad, al mismo tiempo que de nuevo se movía dentro de ella, llenándola, llegando hasta lo más profundo con firmes y potentes embestidas y hasta alcanzar de nuevo la cima, pero esta vez juntos, casi

acompañados. Amelia vio ahogado el grito que salía de su boca por los labios de Max, que emitió un sonido profundo, gutural, primitivo cuando dio la última y certera embestida, que la dejó empalada tan profundamente a él que lo sintió en lo más íntimo de su ser.

De nuevo les costó unos minutos recuperar la normalidad en su respiración, en el ritmo de sus corazones. Amelia permanecía debajo de él sintiendo desmadejados todos sus miembros, casi inertes. Max sobre ella sonreía con la cabeza apoyada entre sus pechos, acariciando de modo distraído sus brazos

—Mel. —Alzó la cabeza y depositó un beso en el hueco de su cuello para después mirarla. Permanecía con los párpados cerrados sonrosados como el resto de su rostro y con una expresión de satisfacción que le llenaba de orgullo masculino. Se apoyó en los antebrazos mientras inclinando la cabeza le besaba dulcemente los labios—. Amor. —Rozó con la nariz su mejilla enrojecida de placer—. Pequeña. —Besaba su rostro mientras ella permanecía inmóvil disfrutando de sus caricias—. Bribona, sé que no estás dormida...

Besó de nuevo sus labios. Ella sonrió sin abrir

todavía los ojos hasta que le hizo cosquillas debajo de sus costillas. Se rio sonoramente y de golpe abrió los ojos.

—¡Tramposo! —se quejaba entre dientes mientras se reía y se revolvía bajo su abrazo.

Max se rio y posó suavemente sus labios en los de ella.

—Mely, ¿te encuentras mejor?

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—Si te refieres a si me siento mareada no, no, ya se me pasó, y aunque tengo un poco de hambre no creo que mi estómago soportase ningún tipo de alimento.

Depositó sus manos en su nuca y jugueteó con los dedos con el suave cabello de detrás de las orejas mientras él le hacía suaves caricias en el rostro, el cuello y los hombros.

—Cariño, aunque te cueste, después has de comer un poco de pan y queso. Has de reponer fuerzas y vamos a estar varios días aquí, así que no quiero que te debilites. —La miraba con una cierta preocupación en el fondo de su tierna mirada mientras con los pulgares acariciaba sus mejillas—. ¿Crees que alguna de esas

plantas puede ayudarte a soportar mejor la travesía?  
¿Alguna que mitigue las náuseas?

Amelia frunció el ceño con aire pensativo:

—Umm, creo que sí, puede que... He visto tallos de valeriana, la de las florecillas de color rosa pálido, tiene propiedades calmantes y sedantes y suaviza las náuseas. Podríamos probar. Tendríamos que coger algunas hojas sin que lo note el Portugués. Tendrías que distraerlo para que yo alcance a cortar algunas.

Max, que seguía acariciándola, le sonrió de un modo pícaro.

—Soy muy bueno distrayendo.

Depositó un sensual beso la boca y le lamió con cadencia los labios consiguiendo que ella emitiese un involuntario gemido de placer. Max se rio satisfecho.

—¿Qué tal lo hago por ahora?

Rozó con sus labios sus mejillas y descendiendo por la curva de su rostro de camino a sus oreja, donde finalmente mordisqueó su lóbulo. Sintió el estremecimiento de ella ante sus caricias y su total abandono a las sensaciones placenteras que conseguía en todo su sistema nervioso. Levantó de nuevo la cabeza para mirarla a los ojos, que permanecían

entrecerrados.

—Creo, creo —susurraba algo confusa al tiempo que abría los ojos revelando un brillo de placer en ellos. Carraspeó y, tras recobrar cierta compostura, logró decir—: Espero que no utilices estos métodos de distracción con el Portugués.

Max comenzó a reírse a carcajadas, y la vibración de su pecho y los movimientos de su cuerpo deleitaron a Amelia, que sonrió tan pícaro como él antes.

—Bribona. —Se reía divertido—. Eres una bribona.

De nuevo la besó muchas veces más, consiguiendo unos deliciosos minutos en los que se besaron y acariciaron con dulzura, sin la urgencia anterior. Ahora se encontraban relajados, disfrutándose mutuamente, calmando los miedos y ansiedades del otro y procurando distraerse de lo que había más allá de ese camarote.

Cuando Amelia parecía que iba a dejarse vencer por el sueño, Max se incorporó, cogió la ropa limpia que les habían dejado y la hizo sentarse para vestirse. Era consciente de que no podía dejar que, en cualquier momento, entrasen algunos de esos hombres y los

sorprendiesen desnudos, de modo que se obligó a ponerse de pie y hacer que ambos se vistieran.

Al extender los ropajes que les habían dado, Amelia comprobó, con cierto sonrojo, que se trataba de unos pantalones y una camisa con un extraño corte de una colorida seda con extraños pájaros pintados en ellos y con una extraña botonadura. Al fijarse mejor en ellos recordó los vestidos orientales que Cliff y Julianna trajeron como regalos las pasadas Navidades, eran unas largas y amplias camisolas que ella solía usar para dormir debido a la suavidad de su tacto y a la agradable sensación que al moverse sentía con ellas, como si la tela se deslizase sobre su cuerpo.

Max la observó mientras las examinaba, y tomando entre los dedos la suave tela de permanecía en el regazo de Amelia, meditó en alto:

—Creo que esto demuestra el origen de los dueños reales de esta nave. Seguro eran comerciantes que llevaban a Londres productos de Oriente para su comercio. He visto ese tipo de ropajes en los chinos de algunos barcos mercantes, aunque los de ellos eran de materiales más resistentes, hilo y algodón principalmente. Probablemente el que tienes en tus



manos iría destinado a la venta entre familias adineradas, que aunque residan en Inglaterra mantienen sus tradiciones.

Mientras él se vestía con la camisa y los pantalones totalmente acordes con la moda y tradición inglesa, poniéndose a continuación sus botas y su propia chaqueta, Amelia hacía lo propio. Al finalizar Amelia se giró y Max por un momento se quedó inmóvil deleitándose con la imagen que se hallaba ante él. La camisola de seda marcaba su figura y aunque le quedaba algo holgada, sin embargo, la suavidad de la seda hacía que se dibujasen perfectamente sus contornos, pero lo más revelador eran esos pantalones que dejaban sus delgados tobillos al descubierto, mientras que el resto se ceñía perfectamente a sus pantorrillas, sus muslos y sobre todo a su delicioso y redondeado trasero, que quedaba perfectamente enmarcado dentro de esa seda dejando poco a la imaginación. El atuendo lo remataban unas graciosas zapatillas del mismo color que los pantalones.

—Creo —decía acercándose a ella y tomándola entre sus brazos sin dejar de mirarla como un lobo hambriento— que cuando salgamos del camarote será

mejor que te pongas mi chaqueta o mi gabán. Ese atuendo es demasiado revelador para los ojos de los hombres.

Amelia se rio con la cabeza apoyada en su hombro.

—Pues he de confesar que es muy cómoda y la tela es deliciosa, es como mantequilla sobre mi piel, tan ligera y suave que parece que me acaricia.

Max maldijo para sus adentros, no solo dejaba poco a la imaginación a la vista sino que con Amelia en sus brazos apenas notaba esa fina capa, separando su delicado y sinuoso cuerpo del suyo. Suspiró de modo exagerado revelando su exasperación. Se separó de ella aunque manteniendo una de sus manos entrelazada a la suya.

—Ven, Mel. Deberíamos descansar. Prefiero que durmamos mientras haya un poco de luz, cuando la mayoría de los hombres de este barco se hallan ocupados, así podremos estar frescos y con la mente despejada cuando el Portugués mande a buscarnos para que cenemos con él, que a buen seguro lo hará.

La llevó hasta la cama y la tumbó junto a él con su espalda apoyada sobre su torso y ese delicioso trasero perfectamente ajustado a su entrepierna. Le

asombraba la fuerza con que la deseaba, con que conseguía excitarlo con un mero roce, con solo sentir su calor cerca de él. La abrazó manteniéndola dentro del protector círculo de sus brazos, asegurándose que permaneciese cómoda y calentita. A los pocos minutos la respiración de Amelia era suave y acompasada y poco después Max se dejó llevar por el cansancio y el agradable calor y el perfume de Amelia que impregnaba sus fosas nasales desde que la abrazó. Instantes después dormía tan profundamente como ella.

Amelia se despertó tras dormir dos horas. Al abrir los ojos y notar el cuerpo caliente de Max a su espalda y su brazo rodeándole, de manera totalmente relajada, la cintura se mantuvo quieta disfrutando del ritmo acompasado de los latidos fuertes y serenos de su corazón y de la respiración profunda cerca de su oreja. Era extraño sentirse tan comfortable en un lugar como aquel. Acomodó sus ojos a la luz de media tarde que entraba por los ojos de buey del camarote y observó detenidamente este sin mover ni un solo músculo. Empezó a ser consciente del apuro en el que se hallaban. Durante esos dos días sabía que estaban en

peligro, pero por alguna extraña razón, en ese preciso momento fue realmente consciente de que sus vidas pendían de un hilo. Si el Portugués lograba su propósito, mataría a Max en cuanto se hallase a bordo de su navío. Capitaneaba el barco de la Marina Real que con ahínco lo persiguió y lo venció y había dejado claro que lo odiaba. No quería ni pensar en cuál sería su destino si Max era asesinado por esos hombres, a buen seguro ella seguiría un destino similar pero en el intermedio... Sintió un escalofrío, aunque lo peor fue la idea de no estar junto a Max o de verle morir. Suspiró y cerró de nuevo los ojos, quería disfrutar un poco más de la sensación de seguridad que le transmitía el cuerpo que le rodeaba. Aunque no volvió a dormirse permaneció relajada entre sus brazos, prestando atención a los sonidos procedentes del mar, de la cubierta e incluso los crujidos del barco.

Cuando más tarde notó que Max se removía, abrió de nuevo los ojos y cambió de postura para poder mirarlo. Al dormir los rasgos de su rostro se suavizaban, parecía más joven, más dulce, más confiado. Sonrió al verlo abrir poco a poco los ojos. Esos ojos que cuatro años atrás la ponían

tremendamente nerviosa y que, ahora, conseguían cortarle la respiración con solo posarse en ella y encender en sus entrañas un fuego descontrolado, un fuego que solo él encendía y que solo él conseguía sofocar. Abrió los párpados del todo y al cabo de unos segundos sonrió mientras subía el brazo que tenía apoyado en ella y le acariciaba la mejilla.

—Hola, preciosa. —Le rozó con el dedo el labio inferior—. ¿Has dormido?

Amelia asintió.

—Sí, sí, un poco. Tú estabas más cansado que yo, anoche apenas dormiste ¿verdad?

Él sonrió sin dejar de acariciarle la mejilla.

—Cariño, estoy acostumbrado. He pasado muchas noches en vela de guardia.

Amelia se acurrucó de nuevo entre sus brazos mientras decía bajando la voz:

—Max.

Él la besó detrás de la oreja en esa parte suave y tersa que conseguía hacerla arder con el solo roce de sus labios. Murmuró algo mientras le acariciaba, pero no logró entenderlo. Amelia se giró dentro de sus brazos para poder mirarle bien a la cara.

—Max. —Él fijó sus ojos en ella—. ¿Está mal sentirme feliz en estos momentos? Aun sabiendo que estamos rodeados de oscuridad, de un futuro incierto, aun sabiendo que todo lo que hay más allá de esa puerta es malo y peligroso. Me siento feliz, como si no hubiera nada más, solo nosotros. Es extraño, ¿no crees? Sé que estamos en peligro. Parece que esta sensación de plenitud que siento ahora me ha privado de toda razón, de todo sentido de la realidad, pero de verdad, me siento feliz.

Se estrechó más a él, lo abrazó con más fuerza mientras acomodaba su rostro en el hueco de su hombro. Max apoyó la mejilla en su pelo y al igual que ella, estrechó su abrazo.

—Lo sé, amor, lo sé. Te entiendo bien.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, disfrutando de esa cálida sensación de estar juntos, unidos. Max se movió y aflojó su abrazo, consiguiendo con ello que Amelia gimiese en protesta y alzase un poco la cabeza para mirarlo. Él giró la cabeza para mirar por encima de su hombro el ojo de buey.

—El ocaso ya está aquí. —De nuevo giró para mirar a Amelia—. El Portugués no tardará en

hacernos llamar. Tienes que prometerme que esta vez intentarás comer algo. Pan y un poco de queso y, si puedes, bebe algo de vino, solo un par de sorbos, para asentar el estómago.

Le besó la frente, dejando sus labios apoyados en ella. Amelia asintió.

—Intentaré comer algo. Ahora estoy bien, solo me mareo cuando salimos a la cubierta, pero creo que si consigo cruzarla conteniendo la respiración no tendré náuseas cuando estemos frente a ese hombre y aunque el camarote esté impregnado del olor de la comida.

Max se apoyó sobre uno de sus brazos y le hizo un gesto a Amelia para que se levantara, y tras obedecerle a regañadientes por salir de su abrazo, él la siguió, se puso de pie mientras ella permanecía sentada al borde de la cama.

—En ese caso, creo que lo mejor es que no respires o que te tapes la boca y la nariz con un paño húmedo mientras estemos en cubierta, donde los olores del barco, de los marineros y del propio mar se hacen más intensos, yo procuraré sostenerte con mi cuerpo y así notarás menos el balanceo.

Amelia asintió, sobre todo por la idea de estar en sus brazos en cualquier circunstancia, incluso en esa.

—Además —añadió—, creo que deberíamos intentar conseguir algunas de esas hojas de las que me hablaste. ¿Si distraigo al capitán lo suficiente para que centre su atención en mí, podrías alcanzar algunas de ellas? Podríamos lograr, con la excusa de que te mareas, que te deje deambular un poco por el camarote antes de que ordene a sus hombres regresarnos aquí. Podrías conseguir alguna para las náuseas y otras que pienses que pueden ser útiles más adelante, como esas que dices que consiguen adormecer o que provocan alucinaciones.

Amelia lo meditó unos segundos y dijo:

—No perdemos nada intentándolo.

Max sonrió:

—Bien. —Extendió el brazo y con un ágil movimiento la alzó y la dejó frente a él—. Y ahora —se pasó la mano por el mentón y la barbilla—, ¿te ves capaz de afeitarme? Tengo la navaja que siempre llevo escondida en mi bota, si nos damos prisa es probable que no la vean si la usamos. Creo que tendré que conformarme con usar el jabón, pero la navaja está



bien afilada y bastará para un afeitado aceptable.

Amelia lo miró con el ceño fruncido:

—No sé yo —respondió sin mucha convicción—. Nunca he afeitado a nadie y supongo que se requiere cierta destreza o un pulso firme.

Max la observó un instante, sonriendo con cierto aire de desafío.

—Recuerda que te he visto asistir a lord Wellis y al doctor Braum y no te temblaba el pulso a la hora de curar y aliviar el dolor de los enfermos. Creo que puedo confiar en que no me rebanarás el pescuezo. —Sonrió cuando notó el mohín de enfado que hizo por el modo en que se expresó. Le agarró la mano y añadió —: Vamos, sé que lo harás muy bien. —Sonrió como un niño travieso—. Prometo permanecer muy quieto. Solo has de rasurar de abajo a arriba en sentido contrario al nacimiento del vello y deslizar la hoja sin apretar demasiado. —Sonrió y se acercó a ella, inclinó la cabeza y la besó para después deslizar su mejilla por su rostro para dar mayor énfasis a sus argumentos, añadiendo con una voz ronca y seductora—: Además, así no te arañaré ni dañaré esa preciosa y sedosa piel que tienes cuando te bese, te acaricie o te devore por

entero.

Amelia sonrió:

—Eres un manipulador —dijo empujándole suavemente hacia atrás con la mano que tenía apoyada en su pecho—. Pero si te corto una sola vez, lo dejo.

Él rio y con una mirada triunfante colocó la silla en el centro de la habitación y cogió la jarra de agua llenando de inmediato la palangana de barro. Acto seguido cogió el jabón y una toalla. Se sentó con la palangana en el regazo, cogió la pastilla de jabón y tras mojarla la frotó entre sus manos para formar espuma y poder extenderse por el rostro. Una vez estuvo cubierto con la espuma miró fijamente a Amelia con gesto audaz, y alzando la ceja la retó a cumplir lo convenido. Extendió la pequeña navaja ofreciéndosela, asiéndola por la cuchilla de modo que quedase en el aire la empuñadura para que ella pudiese asirla cómodamente y sonrió. Amelia lo miró unos instantes sopesando la conveniencia de coger esa navaja, pero al ver esa mirada que contenía un claro desafío decidió aceptar el reto. Cogió la navaja, respiró hondo y se colocó detrás de él, posando un dedo bajo su mentón obligándole a echar la cabeza hacia atrás.

Con voz firme y con la hoja a la altura de su cuello dijo:

—Ahora no te muevas y promete no hablar hasta que termine.

Él se limitó a sonreír y a cerrar los ojos.

La primera vez que pasó la cuchilla lo hizo con vacilación, sin mucha fuerza, pero al cabo de un rato pareció incluso que le gustaba, mojaba la cuchilla en la palangana quitando el jabón, iba repasando las zonas afeitadas con una segunda pasada de cuchilla tras enjabonarla de nuevo. Pronto le cogió el pulso a cómo debía hacerlo y realmente encontró agradable la tarea. Cuando finalizó humedeció la toalla y le limpió la cara con suavidad para después rozarle todas las zonas afeitadas con las yemas de los dedos. Fue una sensación extremadamente agradable sentir el calor y la suavidad de las curvas del perfecto rostro de Max recién afeitado. Mientras le acariciaba Max abrió los ojos, pareció disfrutar tanto como ella, pues tenía los ojos oscurecidos con un brillo claro tras ellos. Sujetó la mano que le acariciaba cubriéndola con la suya, le quitó de la otra la navaja y si dejar de mirarla la guardó e instó a Amelia a colocarse a su lado. Sin darse

cuenta Amelia se halló sentada en el regazo de Max a horcajadas con sus brazos rodeándole la cintura.

—No ha sido tan difícil ¿verdad?

Tenía la voz algo oscurecida y los ojos fijos en los labios de Amelia. Ella se ruborizó y fijó también sus ojos en sus labios.

—No. Incluso puedo reconocer que es agradable una vez le pierdes el miedo.

Sonrió y alzó una mano, con la que acarició de nuevo su rostro con cierto deleite y una sensación agradable no solo en las yemas de los dedos sino en todo el cuerpo. Una especie de calorcito provocador de una promesa de mejores cosas para que podrían venir después. Max se rio.

—Creo que acabo de encontrar al barbero más bonito de toda Inglaterra.

La acercó a su rostro y la besó con suavidad y ternura pero al cabo de poco tiempo el fuego se avivó entre ellos y profundizaron tanto el beso como las caricias durante unos gloriosos minutos. Con los labios en el cuello de Amelia y las manos de ellas posadas en su nuca Max dijo:

—Si el Portugués pregunta con qué me he afeitado

le diremos que con la navaja que trajeron sus hombres junto al resto de cosas de aseo y que se la llevaron con lo demás al finalizar. Con suerte no les preguntaré. De hecho, si pregunta le daré las gracias por la deferencia y se creará tan buen anfitrión que lo dejará así sin más.

De nuevo la besó en el cuello y le acarició con los labios y con las yemas de los dedos.

—¿Te he dicho alguna vez que me encanta como hueles?

Amelia se apartó un poco para mirarle el rostro con las cejas levantadas.

—Pero si solo huelo a ese jabón que nos han dado.

Él volvió a acercársela de modo que quedase a su merced su cuello y esa deliciosa curva de su mandíbula. Acarició la piel e inhaló su aroma.

—Hueles a Amelia.

Ella se rio.

—¿Y cómo huelo?

—Siempre hueles a flores, a hierbas y a ese perfume de lila y lavanda que usas a veces. Nunca hueles a las mismas flores porque siempre andas con ellas en el jardín, pero siempre hay algo tras el perfume a flores frescas que hace reconocible tu aroma, tu

esencia, a un dulzor suave, delicioso, único. —La besó justo detrás de la oreja—. Hueles a ti, a mi Amelia, a mi Mel.

Amelia sintió un placer inmenso dentro de ella al escucharlo. Le acariciaba la nuca y jugueteaba con su pelo mientras se deleitaba con el sensual roce de sus labios, de su lengua sobre su piel. Max hacía lo propio reconociendo la verdad de sus palabras. Era capaz de reconocer el aroma de Amelia sin importar el perfume que se pusiere, o la esencia de las flores de las que se hubiese rodeado en cada momento o el jabón que usase. Siempre subyacía un aroma especial, dulce, cálido. Ese olor que desprendía su piel y que empezaba a descubrir con gozo era totalmente adictivo y solo suyo, suyo.

Al cabo de pocos minutos con la voz algo aletargada y con la cabeza hacía atrás, con Max todavía deleitándose con su cuello, sus hombros y la parte superior del escote, Amelia dijo, casi en susurro:

—Juls dice que Cliff huele a esos aromas exóticos de los jabones y perfumes que traen de sus viajes pero que siempre huele y sabe a mar, incluso cuando llevan semanas en tierra ella sigue percibiendo el aroma y el

sabor salino en su piel. Creo que ahora la comprendo. Tú hueles y sabes a mar, como si este fuere una parte de ti.

Max se detuvo y alzó la cabeza para mirarla.

—¿Así que a mar? ¿Verdad? —Alzó una ceja, divertido.

Amelia asintió con una sonrisa en los labios.

—Debe ser cosa de los marinos.

Él se rio mientras le seguía acariciando el cabello detrás de la nuca.

—Bueno, en ese caso, creo que somos el complemento perfecto. Yo salado y tú dulce. —Su voz se enronqueció—. Muy dulce. —Le acarició el cuello con la mano con mucha lentitud, deleitándose con el suave estremecimiento y rubor que notaba bajo su tacto en la piel de Amelia, se acercó sus labios y cuando los rozaba dijo—: Y, ahora, quiero mi postre.

Enseguida se adueñó de esos labios y la devoró, casi literalmente.

Al escuchar pasos tras la puerta acercándose ambos se separaron y miraron en la dirección de los mismos. Max suspiró y se incorporó, llevando consigo a Amelia hasta quedar ambos de pie en el centro de la

habitación con la atención centrada en la puerta. Enseguida se abrió y apareció uno de los piratas con instrucciones de llevarlos de nuevo ante el capitán. Max cogió la chaqueta que había dejado sobre la mesa y se la puso a Amelia. Como había prometido, no iba a dejar que esos hombres o el Portugués pudieran verla con esos pantalones ni con esa ropa que dejaba tan poco a la imaginación de un hombre sensato, menos aún de unos piratas carentes de escrúpulos y moral. La cogió de la mano y la instó a caminar delante de él. En cuanto alcanzaron la cubierta Max tiró un poco de Amelia para pegarla a su cuerpo y le susurró tras la oreja:

—Contén la respiración y apóyate en mí. No te preocupes, yo te llevo.

Y prácticamente así fue, pues los pies de Amelia apenas tocaron la cubierta hasta que alcanzaron la puerta del camarote del capitán y, cuando el pirata que iba delante de ellos la abrió para dejarlos pasar, fue cuando Amelia por fin respiró.

De nuevo en un susurro Max le preguntó:

—¿Mejor?

Ella giró un poco la cabeza y asintió, aunque estaba



un poco mareada la sensación era menos pronunciada que en ocasiones anteriores.

—*Bem vindo de volta* [10].—El Portugués permanecía arrellanado en la silla al otro lado de la mesa con una enorme copa de licor—. Siéntese.

De nuevo no era una petición sino una orden clara y terminante, a juzgar por el severo tono de voz.

Amelia empezaba a detestar no solo el idioma sino también ese marcado acento y se preguntaba si el Portugués había tenido un mal día, pues parecía de mal humor.

Los dos obedecieron. Max, mientras se dirigía a la mesa, pudo comprobar la veracidad de la descripción que Amelia hizo de las plantas y se dio un coscorrón mental por no haberse dado cuenta antes, realmente estaban por todo el camarote, colocadas en unas especie de estanterías a lo largo de todas las paredes laterales. Para alguien inexperto como él, y a buen seguro, como el Portugués, no eran más que plantas decorativas que no parecían estorbar por hallarse perfectamente colocadas en un sitio totalmente ajeno al movimiento de una persona en el camarote, pero para los ojos de alguien más entendido era obvio que la

selección de las plantas y las flores no era al azar, sino más bien destinada a un propósito concreto. Intentó recordar las descripciones de Amelia de cada una de ellas pero eran tantas que desistió enseguida.

Sin esperar a que les ofreciese vino, Max cogió la botella y sirvió vino en dos copas dejando una de ellas frente a Amelia para que al menos lo probase, con suerte le abriría el apetito.

comía y bebía y, aunque de soslayo los miraba, parecía no prestarles demasiada atención. Max echó un vistazo a las bandejas y cogió un poco de pan, algo de queso y un trozo de piña y los colocó en un plato que depositó frente a Amelia. Ella lo miró sin mucha convicción, pero respiró hondo y después comenzó a comer despacio. Max la observó un momento, y al ver que conseguía comer, se relajó y comenzó a comer él también.

—Veo que los vientos le son propicios, capitán — dijo Max mirando al Portugués.

—No puedo decir que no estemos encontrando vientos favorables. —Sonrió—. Quizás Neptuno se haya aliado con los Anemoi[11] en mi favor. Será que estiman justa mi causa.

—¿Quién sabe?, ni los dioses ni las divinidades griegas y romanas eran precisamente conocidos por su justicia sino más bien por dejarse llevar por sus propios impulsos o apetitos, aun cuando estos obedeciesen solamente a su propia vanidad o a instintos menos divinos. De cualquier modo, he de reconocerme sorprendido por su conocimiento de los clásicos.

Max hablaba con el Portugués como si lo hiciese con un amigo en White's [\[12\]](#). Cómo lograba hacer eso era un misterio para Amelia, ni con años de práctica conseguiría ella esa sangre fría y ese temple ante alguien como ese hombre.

—No por no ser duque carezco de una buena educación.

El afilado doble sentido del comentario no pasó desapercibo a Max que, sin embargo, aparentó no darle mayor importancia y sonrió de igual modo que el Portugués.

—Casi duque, señor —dijo sonriendo como si solo le hubiese gastado una broma—. Mi padre aún continúa muy vivo.

El Portugués sonrió y alzó la copa:

—Brindo por él, en ese caso. —Bebió hasta apurar

la copa y volvió a llenarla mientras añadía—: ¿Así que la leyenda continúa viva? —De nuevo bebió y esta vez dirigió la mirada hacia Amelia—. Quizás no sepa, *minha querida mina*[\[13\]](#), que el padre del capitán fue el azote de toda una generación de corsarios y que incluso ayudó a que algunos “comerciantes” como yo se viesen libres de algunos de sus competidores gracias a las astutas maniobras y artimañas de un experimentado chaqueta azul como el legendario duque.

Soltó una risotada.

—Almirante, ese chaqueta azul, como usted lo denomina, es almirante. Y para su información es todo un héroe —intervino Amelia con rotundidad claramente ofendida por el modo en que ese pirata se refería al almirante—. Y se ha ganado ser tratado con respeto, así que le agradecería que, al menos en mi presencia, se refiera a él del modo adecuado.

El Portugués por un momento pareció desconcertado. pero enseguida prorrumpió en carcajadas.

—*Meu capitão*, he de decirle que creo que le va a costar un considerable esfuerzo domar a su prometida.

Hay que reconocerle el valor aunque... —Bajó el tono y lo endureció añadiendo—: No es conveniente confundir valor con temeridad. Soy un hombre paciente, pero hasta cierto punto.

Esperó un poco con gesto adusto y después bebió de nuevo de su copa. Aun cuando la encendida defensa de su padre por Amelia hinchó de orgullo el pecho de Max, no pudo evitar sentir cierto recelo por la posible reacción del Portugués, pero pareció tomárselo con humor a pesar de la evidente amenaza del final.

—No deje que las palabras de mi prometida profundicen más allá de la simple nota de humor mal encaminado, sin duda, son debidas a su cariño sincero hacia mi padre y al malestar que siente por estar en un barco. No sin motivo las damas suelen estar prohibidas en los barcos, ¿no cree, capitán?

Utilizó un tonillo de sarcasmo en la parte final de la frase buscando tocar la fibra de marinero del Portugués e intentar restar importancia a la posible afrenta de Amelia y si lo había hecho bien eso le daría, además, la oportunidad de introducir el tema del malestar de Amelia y la conveniencia de que pasease

por el camarote.

El Portugués la miró por unos instantes, aunque a Amelia le pareció una eternidad. Después asintió y contestó:

—Pocas mujeres soportan la vida en la mar. —  
Alzó una ceja—. Procuraré olvidar este desafortunado episodio.

Miró de nuevo a Amelia y a su plato cerciorándose de la veracidad de las palabras de Max y quedó, aparentemente, satisfecho al comprobar que Amelia apenas probó bocado y que no parecía disfrutar demasiado con la cercanía de la comida.

—Quizás —intervino Max— debiera dejar que dé un ligero paseo dentro del camarote. Puede que así importune menos y consiga suavizar los efectos de un estómago débil y no demasiado acostumbrado a los rigores del mar.

Utilizó ese tono suave, casi seductor, que Amelia había escuchado en infinidad de ocasiones cuando embelesaba a las damas en los salones, incluso aunque estuviese diciendo una impertinencia nada velada como en ese preciso instante y, por lo que comprobaba allí mismo, funcionaba también con los hombres, ya que el

ricтус del Portugués se suavizaba considerablemente, aunque en el fondo a ella le dieron ganas de darle una patada. “Importune menos...”, pensaba casi malhumorada.

El Portugués se arrellanó en la silla y miró a Amelia y a continuación hizo un gesto de cabeza exagerado como de condescendencia evidente, para que se levantase .

—De todos modos, quería hablar sin interrupciones —dijo con cierta sorna y condescendencia.

Amelia miró a Max y este pareció asentir, de modo que se levantó con suavidad y caminó en la dirección contraria a la que parecía dirigirse la mirada del Portugués que, de nuevo, se centraba en Max. Esperaría a que se concentrase en una conversación para poder coger algunas hojas disimuladamente.

—Muy bien, ¿de qué quería hablar? —inquirió Max.

De reojo miraba cómo Amelia se acercaba lentamente a las plantas y por los ojos de esta sabía que estaba seleccionando las que le interesaban realmente. Sonrió para sus adentros, aun no encontrándose del todo bien debía reconocer que Mel

era tenaz.

—De cómo va a recuperar mi navío, por supuesto.

—Un tema interesante, ya que no sé cómo pretende lograr que saque el barco del puerto una vez acceda al navío. Me imagino que cuenta con que pueda hacerme con él sin tener que dar demasiadas explicaciones dado que, ahora, me pertenece por decreto real como parte de mi recompensa por su captura. —Los ojos del Portugués revelaban la furia que sentía al escuchar a Max proclamarse propietario del navío, lo que, por otro lado, era lo que él pretendía para distraerlo de las actividades de Amelia—. Y, una vez me ponga al timón del mismo, cómo pretende lograr que sus hombres suban a bordo sin llamar la atención para sacarlo de la bahía, ya que si lo hago con tripulación formada por marineros de la armada o incluso por hombres que pueda contratar en el puerto, le aseguro que sus hombres no lograrán subir a bordo de manera pacífica, y menos dentro de una bahía en la que descansan tantas naves inglesas.

El Portugués guardó unos instantes silencio sin dejar de mirar furibundo a Max, parecía que intentaba calmarse, ya que aún debían resonar en su cabeza sus



palabras. Tomó un trago de su copa antes de responder, sosteniéndole la mirada con rudeza.

—Es evidente que solo necesita algunos hombres para sacarlo del puerto con unas maniobras sencillas y, una vez fuera de la bahía, el resto de mis hombres y yo subiremos a bordo. Para asegurar que no intentará hacerme caer en ninguna trampa, mientras tanto, mantendré en mi poder a su prometida.

En ese momento miró en la dirección en la que se encontraba Amelia, pero esta permanecía inalterada, quieta y mirando distraídamente algunas flores como si hubiese presentido que iba a ser objeto de las miradas de los dos hombres. Por un segundo, Max contuvo la respiración, pero enseguida recobró la serenidad.

—Ah —dijo intentando sonar lo menos afectado posible—, pero ahí es donde reside el error de su plan, señor. Yo no pienso alejarme de mi prometida más de medio metro, y menos dejarla en esta nave o en cualquier otra si yo no estoy en ella.

Al igual que antes el Portugués pareció meditar las palabras de Max pero, en esta ocasión, sonrió.

—Me parece, *meu capitão*, que hemos llegado a un punto muerto, porque no pienso desprenderme de

mi baza, no hasta que tenga mi navío en mi poder.

Max permaneció lo más quieto posible intentando no mirar a Amelia a pesar de haberse referido a ella como “su baza”, lo que le provocó un nudo en el estómago y un profundo deseo de saltar a través de la mesa y arrancar el corazón a ese maldito pirata pero, sin saber cómo, permaneció aparentemente impasible, pues, además de no darle la satisfacción de verle alterado, pretendía que ella pudiese seguir haciendo lo que estaba haciendo tan discretamente, ya que, hasta el momento, el Portugués no se había percatado de los movimientos de Amelia.

—Por otro lado —continuó el Portugués con un irritante tono de satisfacción—, parece que ese es el único medio de conseguir que su mente se mantenga ocupada.

Después de este comentario prorrumpió en carcajadas, lo que hizo que Amelia se parase en seco y se volviese para mirar a los dos hombres que, aunque no parecían prestarle atención, sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—De nuevo reitero, donde vaya yo irá mi prometida, y no es un punto a negociar, ya que si la

aleja de mí, le aseguro que puedo complicar mucho las cosas o, al menos, obligarle a alterar muy seriamente sus planes y dudo que, sin mí, sea capaz de llegar al navío y más aún sacarlo de una sola pieza del puerto. —Bebió un poco de su copa para disimular su mal humor—. Habrá que buscar algún modo que nos resulte satisfactorio a ambos de manera tal que nuestras respectivas “exigencias” hallen algún punto de encuentro porque, le doy mi palabra de caballero que no pienso dejar a mi prometida en otras manos que no sean las mías.

Ambos se miraron fijamente durante unos segundos en silencio, siendo Amelia la que rompió el cruce de miradas al sentarse de nuevo. Max escrutó la mirada de Amelia y comprendió que, al menos, había conseguido algunas de las hierbas que quería, pues notaba el brillo en sus ojos, ese brillo que reconocía tan bien, pues era el mismo que ponía cuando se reía con Julianna de alguna travesura de los gemelos o cuando bromeaban con el almirante gastándole bromas o maquinando alguna pillería con él. Eso le distrajo un momento del mal sabor de boca que le había dejado el Portugués.

—Veo, *meu capitão*, que estamos en una difícil encrucijada, pero como hombres inteligentes deberemos llegar a un acuerdo antes de mañana porque, de lo contrario, me obligará a tomar medidas drásticas. —Sonrió de un modo extraño, pensó Amelia—. Y no creo que le gusten los métodos que un caballero como vos, seguro tacharía de bárbaros.

El evidente desdén y altanería empleado en su clara amenaza puso a Amelia los pelos de punta, pero Max permaneció con una mirada fiera y una aparente calma frente al pirata.

—¿Antes de mañana? —preguntó Amelia sin poder evitarlo.

El Portugués la miró y volvió su tono aparentemente cordial:

—Mañana, *linda menina*, llegaremos a la isla del Gobernador, donde podré completar mi tripulación.

Aunque Amelia quería preguntar más, comprendió que mejor dejar las preguntas para Max cuando estuvieren en privado, además, de momento, ya había conseguido lo que quería. Max también pareció comprenderlo, ya que enseguida intervino:

—Bien, capitán, creo que será mejor que le

dejemos ahora ya que veo que mi prometida parece encontrarse algo mejor, pero dudo que su malestar tarde mucho en hacer acto de presencia de nuevo y presumo deberé hacerla descansar antes de que eso ocurra. —Le dedicó una sonrisa falsa al Portugués que este le devolvió de igual índole, aunque de soslayo miró a Amelia.

—*Muito bem*[\[14\]](#) —asintió mientras se ponía en pie, lo cual imitaron al instante Max y Amelia—. En ese caso, lleve a su prometida a descansar. Pensaremos en cómo hallar ese... —hizo un gesto con la mano— punto de encuentro, antes de verme obligado a actuar de otro modo.

De nuevo empleó ese tono que a Amelia le ponía los pelos de punta pues, sin duda, los amenazaba con alguna barbaridad aunque ella no pudiera ni quería imaginarse a lo que se referiría realmente. Prefería seguir en su ignorancia.

Ambos se encaminaron a la puerta mientras el Portugués gritaba algo a uno de sus hombres, que la abrió al tiempo que ellos se encontraban justo a esa altura. Max puso una mano a Amelia en la espalda para guiarla y salir. Justo cuando Amelia había cruzado

el umbral escuchó a su espalda la voz del Portugués— Por curiosidad, *meu capitão*, ¿qué ocurrió con la hija de aquel conde con la que le vi en Londres hace unas semanas? —Sonrió satisfecho sabiendo que Amelia aún podía oírle y que, además, le dejaba claro que podía moverse por el mismísimo Londres sin que nadie le apresare—. Parecía muy encaprichado con ella... supongo que sería lo que “los caballeros” llaman una compañía adecuada pero no permanente aunque sí ocasional, ya que la vio de nuevo hace pocos días. — Después se rio e hizo un gesto con la mano para que Max saliese, ya que no esperaba respuesta alguna.

Max salió y de nuevo acercó la espalda de Amelia a su pecho para cruzar la cubierta, pero enseguida notó la rigidez de su cuerpo y la tensión de sus hombros. Para Amelia fue peor notar a Max sujetándola firmemente contra él, aunque no se lo impidió, que la punzada de dolor que le atravesó el pecho como un rayo en cuanto escuchó el comentario del Portugués. En su cabeza, en su corazón e incluso en su alma solo resonaba una voz que le gritaba a pleno pulmón que le había mentado, la había engañado. La última vez que estuvo en Londres vio a lady Mariella y no quería

imaginarse si había hecho algo más que verla. No podría soportarlo. La había mentido descaradamente. En los establos, la mañana que los secuestraron, él, mirándola a los ojos, le mintió sin más. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo podría fiarse ahora de él? ¿Cómo podría creer nada de lo que le había dicho hasta ese momento?

Aún le daban vueltas todas esas ideas al llegar al camarote, ni siquiera se dio cuenta de haber recorrido la cubierta, ni de hallarse, en ese momento, en medio del camarote mirando al vacío, ni tampoco del momento en que los brazos de Max se apartaron de ella.

Max se quedó frío al escuchar al maldito Portugués, aunque ahora sabía cómo pudo conocer por dónde cabalgarían esa mañana, era evidente que le había hecho seguir durante semanas. Sin embargo, lo peor vino después, pues se sintió helado mientras, apoyado en la puerta cerrada del camarote, observaba a Amelia que permanecía de pie, en silencio, de espaldas a él y con los brazos caídos a ambos lados sin el menor indicio de reacción.

No se atrevía a acercarse a ella. ¿Por qué tuvo que

mentirle? ¿Por qué pensó que debía ocultarle ese encuentro con lady Mariella? Ahora su engaño denotaba que ocultaba algo que realmente no ocurrió. Parecería, a los ojos de Amelia, que habría habido algo más que un simple intercambio de palabras, al menos por su parte, ya que esa dichosa mujer procuró por todos los medios evitar que se alejara de ella. Casi tuvo que empujarla para apartar sus manos de él, para desprenderse de esos brazos que, por unos segundos, se aferraron a su cuello buscando que la besase o que, por lo menos, le excitase la cercanía de su cuerpo, cosa que por otra parte no ocurrió y no sirvió sino para tener una mayor certeza de que era a Mel a la única que deseaba. Pero ahora, Amelia no le creería si le dijese que ese encuentro fue urdido por esa enredante mujer y que él no solo permaneció firme y ajeno a sus insinuaciones, no precisamente discretas, sino que la alejó definitivamente de su vida de un modo tajante y en ciertos momentos siendo cruel.

Amelia notaba que las lágrimas corrían por sus mejillas. No quería que la viese llorando, no podía dejar que viese lo mucho que le afectaba. De nuevo resonaban en su cabeza las palabras, la mentira que le



había contado. Ella le preguntó directamente si la había vuelto a ver, porque en aquel momento necesitaba saber si aún pensaba en ella como en una posible duquesa. De haberle dicho que sí, ella habría desistido, se habría alejado de él, habría renunciado a Max aunque eso le rompiese el corazón en mil pedazos. Pero él le dijo lo que quería oír, le había mentido.

Con la voz entrecortada, casi en susurro, solo logró decir:

—Me-me has mentido.

No era una pregunta y su voz, esa voz, le provocó una oleada de dolor a Max. Le había hecho daño y la había mentido, eso era injustificable, pero no podía dejarla así, no podía dejar que sufriese por su culpa y menos aún dejar que ese daño pudiese alejarla de él. Ahora no.

—Mel.

Dio un paso en su dirección, pero ella, al notar el movimiento a su espalda se volvió. Max se quedó paralizado. Lloraba. Esos ojos. “Dios”, pensaba mortificado, “Esto no es bueno...”. Nunca le había visto esa mirada, ni siquiera cuando intentó alejarse de ella en la casa del bosque, cuando intentaba despedirse

de ella.

Dio un paso más pero ella bajó la mirada, ni siquiera quería mirarlo.

—Mel.

Lo intentó de nuevo, pero ella no se movió. Dio otro paso y fue entonces cuando ella retrocedió, pero sin mirarle, sin alzar la vista, solo negaba con la cabeza en silencio. Permanecería quieto, no quería asustarla ni enfadarla.

—Mel, por favor.

Ella escuchaba su voz, suave, dulce. Pero ahora solo sentía el dolor de saberse engañada, de saber que él no solo era capaz de mentirle sino que ella, en su inocencia, o en lo que ahora le parecía estupidez, siempre le creía sin reservas, porque era él, era Max, el hombre al que amaba y al que creía incapaz de hacerle daño incluso cuando pensaba que no la amaba.

Seguían cayendo lágrimas por sus mejillas a su pesar. Aunque él no se movió más, Amelia retrocedió con la mirada fija en el suelo. Tenía que alejarse de él lo más posible, porque si la tocaba le creería de nuevo, creería cualquier cosa que le dijese, sería incapaz de resistirse a su contacto, a sus caricias, a su calor.

—Mel, por favor, por favor. —Su voz sonaba tan suplicante como sus palabras, pero ella no parecía poder reaccionar—. Mel, te mentí. Te mentí y no sabes cuánto lo lamento.

Ella alzó de golpe la cabeza y lo miró furiosa, interrumpiéndole con la voz aún temblorosa, aún dolida pero también tan furiosa como su mirada.

—¿Qué sientes? ¿Haberme mentido o que lo haya descubierto?

—Mel. —De repente Max se sintió como un león enjaulado, el camarote le pareció tan pequeño y asfixiante que le costaba respirar—. ¡Maldita sea! —Empezó a caminar de un lado a otro frente a ella—. Mel —Se detuvo y la miró fijamente—. Te he mentido y no puedo borrar eso. Solo puedo disculparme y jurar que no volveré a hacerlo, es más, te lo juro. Aunque lo hice casi sin pensar, y no existe justificación para ello, lo único que puedo decir a mi favor es que me entró el pánico. —Se pasó la mano por el pelo, nervioso, y cerró los ojos para después abrirlos antes de continuar—. Me entró el pánico, lo reconozco. Esa mañana ya había decidido confesarte que te quería, que no podía vivir sin ti, que haría lo que fuese porque fueras mía,

solo mía. Pero me preguntaste por lady Mariella antes de poder hacerlo y pensé que si te decía que la había visto una vez lo malinterpretarías. —Se nuevo se puso a caminar.

Algo en el pecho de Amelia se removió.

—¿Por qué iba a malinterpretarlo?

Max se paró en seco y giró sobre sus talones para poder mirarla a los ojos.

—Porque yo, en mi estupidez, te había hecho creer durante días que sentía algo por ella, que pensaba en ella como posible esposa. Fui tan necio que creía que así conseguiría que te alejases de mí, que fueses tú la que tomases la decisión de alejarte de mí porque a mí me resultaba cada vez más difícil mantenerme lejos de ti y si no hacía algo, si no conseguía que me odiases, al final no podría resistirme. Te deseaba tanto que era una tortura verte y no poder tocarte. Así que te hice creer que tenía interés por ella. Aquel día, en Londres, ella planeó una encerrona para intentar que nos encontrasen o que sucumbiese a sus encantos, pero eso era imposible, para entonces yo tenía muy claro que solo había una mujer para mí y así lo expresé en ese preciso momento, lo cual, puedo asegurar, no le

sentó especialmente bien.

Se acercó a ella notando cómo la resistencia de Amelia parecía venirse abajo, sus ojos, ahora indecisos, aún interrogantes e incluso aturdidos, ya no mostraban el miedo ni la furia de antes y su rostro se había suavizado.

Necesitaba tocarla, abrazarla, hacerla sentir segura de nuevo y con eso sentirse él también seguro otra vez. Si tenía que abrirle el corazón del todo que así fuera, pero ella era suya y no dejaría que nadie se la arrebatase, ni siquiera sus propios errores.

—Mel. —Ya casi podía tocarla—. Te he mentado en dos ocasiones. La primera, cuando te dije que lo mejor era que nuestra relación no cambiase, cuando te pedí a mi estúpida manera, en la casa del bosque, que siguiésemos siendo los de antes, porque dije que eso era lo mejor, creía que lo era aunque en el fondo de mi mente y de mi corazón una vocecita me avisaba que no era cierto, y supongo lo sabía, pero no pretendía mentirte ni engañarte, en realidad, me estaba mintiendo a mí mismo. Y la segunda vez que te mentí fue cuando negué haber visto a lady Mariella y ese, ese fue, sin duda, un estúpido error, sobre todo porque no tenía

nada que ocultar, al contrario, debería haberte contado lo ocurrido sin más. Solo puedo excusarme diciendo que no supe reaccionar ante tu inesperada pregunta y actué como un necio, como un estúpido. Debería haber confiado más en ti, en tu inteligencia y en que verías sin ambages la verdad en mis palabras al contarte ese encuentro que para mí fue casual pero que fue preparado por esa pequeña codiciosa, ansiosa por alzarse con el trofeo de duquesa.

Aprovechó que ella no se había movido, que no parecía intentar alejarse de él ni rechazarlo para alzar el brazo y posar con ternura una mano en su mejilla y con el pulgar limpiar algunas de las lágrimas que aún continuaban en su rostro y que parecían haber cesado.

—Mel, por favor, te lo ruego, perdóname. No dejes que un estúpido error de este estúpido y ciego enamorado se interponga entre nosotros. —Sin poder evitarlo más tiempo la atrajo hacia él y la abrazó, depositando su, todavía, aturdida cabeza en su pecho, cerca de su corazón—. Jamás —enfaticó cada palabra—. Jamás volveré a mentirte ni a ocultarte nada por pequeño que sea. Sabes que puedes confiar en mí. Sé que sabes que puedes confiar en mí. Mel, te quiero con

todo mi corazón, con toda mi alma. Te amo más de lo que puedo expresar, y si he de pasarme el resto de la vida asegurándome que lo sepas, que me creas y que confíes en mí, lo haré. Cariño, haré lo que sea para que lo sepas, para que estés total y absolutamente segura de ello.

Apretó el abrazo casi sin pensar. Necesitaba sentirla lo más cerca posible, como si con ello se asegurase de que así no se alejaría de él, que no la perdería. La respiración de Amelia se fue haciendo cada vez más pausada. No sabía cuánto llevaba allí abrazándola, pero por nada del mundo la soltaría. Al cabo de un rato, ella acomodó su cabeza en su pecho y rodeó a Max por la cintura.

—¿Lo juras? —Su voz sonaba temblorosa—. ¿Nunca más? ¿No volverás a mentirme ni habrá secretos entre nosotros? —Suspiró—. Max, no soportaría que me mintieses, duele demasiado. Prefiero que me digas la verdad por dura o cruel que pueda ser, pero no me mientas.

Max, manteniéndola abrazada, puso dos dedos bajo su barbilla y la instó a mirarlo, y cuando tuvo su rostro cerca de sus labios depositó un tierno beso en su

frente.

—Lo prometo y lo juro, Mel, no volveré jamás, jamás, a mentirte. Nunca, ¿me oyes bien? Nunca más te mentaré. Por Dios, nunca lo haré.

Mel sonrió tímidamente y asintió, y por un momento, solo lo miró.

—Te creo y también te creo cuando dices que lady Mariella fue quien se echó en tus brazos y que la rechazaste. Te creo.

Esta vez sí consiguió sonreír, y Max supo que hablaba en serio y casi pudo escuchar los saltos de alegría de su propio corazón. Iba a amar a Amelia el resto de su vida y se prometió, allí mismo, que haría lo que estuviese en su mano para evitarle cualquier dolor y que la haría feliz. No permitiría que, en sus ojos, apareciese de nuevo el sufrimiento que había visto antes y que le resultó desgarrador. Tomó su rostro entre las manos y con los pulgares le acarició las mejillas, aún sonrojadas, le besó los párpados como si quisiese aliviar el escozor de sus enrojecidos ojos y acercó sus labios a los de ella mientras pedía:

—¿Me perdonas, Mel? Por favor, amor, di que me perdonas.



Amelia alzó los brazos y rodeó su cuello.

—Te perdono pero solo si me besas.

Max sonrió y la besó tiernamente, rozando con dulzura sus labios, saboreándola. Cuando ella lo acercó más instándolo a más, fueron su cuerpo y su propio corazón los que reaccionaron con pasión tomando casi por asalto lo que tanto quería, lo que tanto necesitaba, lo que tanto deseaba. A ella, a Mel, a su Mel. La abrazó y la alzó entre sus brazos y en dos zancadas la llevó hasta la cama sin dejar de besarla. Justo cuando iba a depositarla sobre ella Amelia separó los labios.

—Espera, se me olvidaba.

Metió ambas manos en los amplios bolsillos de la chaqueta al tiempo que se apartaba un poco de él. Sacó algunas hojas y las llevó hasta la mesa. Se giró y sin apenas mirarlo dijo:

—Acerca un poco de agua y uno de aquellos trapos limpios.

Max obedeció sin rechistar, sonriendo por ver que había recuperado a su Mel. Ella mojó el trapo y depositó las hojas sobre él, extendiéndolas con cuidado, después lo dobló dejándolas perfectamente encerradas y protegidas. Tras ello cogió el trapo y lo puso fuera de

la vista para que si algún pirata entraba, no lo viese.

Max atrapó a Mel por la espalda en un posesivo abrazo y tras depositar un beso en la curva de su cuello apoyó el mentón en su hombro. Nunca se cansaría de abrazarla, de acariciarla ni de saborear su piel. Y su aroma, su dulce aroma, era casi adictivo. Cuán feliz sería cada mañana al oler en su almohada, en sus sábanas, en su propia piel el aroma único de Mel.

—¿Encontraste todas las que querías?

Mel asintió y contestó sonriendo:

—Incluso creo que podríamos conseguir dormir a toda la tripulación si mezclo algunas de ellas y tras machacarlas las metemos en uno de los barriles de agua o de vino o lo que sea que beban.

Sonrió de nuevo apoyando su cabeza en el hombro de Max y los brazos que él mantenía alrededor de su cintura. Max había comenzado a besar su cuello, subiendo a su mejilla.

—Tendremos que encontrar un modo de usarlas.

Aunque en ese momento solo había algo en lo que pudiese pensar. Comenzó a quitarle la chaqueta, que le había obligado a ponerse, dejándolo caer al suelo.

Enseguida pasó sus manos por sus costados rozando muy lentamente su cintura, sus caderas, hasta el borde de esa camisola para pasársela por la cabeza de un tirón. La hizo pegarse a su cuerpo de nuevo para poder tener mejor acceso al nudo de la cintura que sujetaba los pantalones, con una mano debajo de su barbilla echó su cabeza un poco más hacia atrás de modo que tuvo libre y accesible su cuello, continuando acariciando con sus labios y besando la preciosa línea del mismo hasta ese hueco detrás de su oreja que lo volvía loco y que sabía a ella le provocaba espasmos de puro placer. Con la otra mano desató sin problemas el cordón de la cintura y deslizó, con una pequeña ayuda por parte de Mel, esos finos pantalones de seda al suelo. Enseguida ella se inclinó sobre él, serpenteando por su cuerpo de modo que cada una de sus delicadas y tiernas curvas quedó pegada al suyo. El deslizó sus manos por su espalda bajando hasta sus nalgas sin dejar de besarla, abarcándolas con cada mano, acariciándolas a placer, acercando aún más su cuerpo y, sobre todo, sus caderas, a su ya hinchada ingle. Ese cuerpo sedoso, tibio, dulce y sensual era su perdición. Mel, con la voz cargada de sensualidad, de

pasión y un poco de picardía, logró decir:

—Llevas demasiada ropa.

Se removió dentro de sus brazos para besarlo mientras por la garganta de Max resonaba una risa entrecortada y sin separar esos deliciosos labios de los suyos casi se arrancó la corbata, la camisa y los pantalones, aunque estos chocaron con las botas, lo que le obligó a apartarse de ella un momento y quitárselas bruscamente antes que los pantalones. Cuando alzó la vista ella no estaba, y tuvo que girarse antes de verla tumbada de costado apoyada sobre un codo y mirándole desde la cama como una hurí llamando a su cautivo. Y no pudo evitar sonreír al saberse ese cautivo, aunque fuera un cautivo voluntario, pensó. Apenas tres segundos después estaba sobre ella cubriendo su cuerpo con el suyo, cerniéndose sobre ella tan posesiva, tan ferozmente que se sentía como un lobo devorando a su sabrosísima presa, mientras esta se reía y disfrutaba.

Varias horas después Mel yacía totalmente dormida, exhausta, satisfecha y complacida entre los brazos de Max, que le había puesto su camisa unos instantes antes de tumbarla de nuevo para dejarla

dormir entre sus brazos, tras haber hecho el amor con ella varias veces, riéndose unas veces, dando rienda suelta al desenfreno y a la pasión en otras y una de las veces lo hicieron con tanta ternura y amor que casi se echa a llorar como un mozalbete de escuela. Max le acariciaba distraídamente, repasando, recreándose en todas las cosas que había hecho con ella durante esas horas y no podía dejar de sonreír ni de asombrarse. Cada vez que estaba dentro de ella, pensaba que moriría allí mismo de puro gusto, pensaba que no podía ser mejor hasta que volvía a hacerle el amor y de nuevo deseaba gritar como un salvaje ebrio de felicidad. Era una novata, apenas habían pasado dos días desde que él despertara la pasión en ella, su sexualidad, una sexualidad que, por otro lado, desprendía ese cuerpo a raudales. Era asombroso que, a pesar de ese despertar tan reciente, no se había sentido tan complacido, tan satisfecho, tan completo con ninguna otra mujer y tenía toda la vida por delante para enseñarle y para aprender de ella, y cuánto iba a disfrutar en el proceso. Ahora estaba seguro de que saldrían de allí con vida. El destino no podía ser tan cruel como para dejarle disfrutar de esta felicidad, de

esta plenitud y privarle de ella recién la había descubierto. No, no, ninguno de los dos se merecía semejante castigo.

La abrazó más fuerte contra su pecho. Era glorioso sentirla así, tan relajada, tan cálida, suave y feliz entre sus brazos. Estaba convencido de que ni siquiera una vida entera sería suficiente. Lo que se reiría Cliff si le viera después de pasarse los cuatro últimos años burlándose de la cara bobalicona que lucía cada mañana en el desayuno o cuando aparecía tras “perderse” siempre al mismo tiempo que su mujer, aunque en el fondo siempre envidió esa felicidad tan transparente, tan evidente, tan difícil, por no decir imposible, de ocultar. Solo había una cosa que conseguía que los ojos de Cliff brillasen tanto como cuando miraba a su esposa, y era mirar y jugar con sus pequeños. Max miró el relajado rostro de Mel apoyado en su pecho, acarició casi con reverencia su mejilla y sonrió imaginándose cómo serían sus hijos. De pelo oscuro, sin duda, pero ¿de qué color tendrían los ojos?, ¿tan oscuros como su madre o claros como los de su padre y su abuelo? Si unos meses atrás se hubiera imaginado a sí mismo en este estado de absurda

felicidad, se habría bebido una botella de su mejor coñac para traerse de vuelta a la realidad pero, ahora, todo le parecía tan real, tan normal, tan correcto. Todo estaba en su sitio. Bueno todo no, Mel y él se encontraban momentáneamente en el lugar equivocado. Hizo una mueca y de nuevo apretó un poco el abrazo. Era extraño el poder calmante que ejercía en él el mero hecho de tenerla entre sus brazos, de sentir su calor, su aroma, su cuerpo tan cerca del suyo. Ese pequeño cuerpo de mujer era el mejor remedio para cualquiera de sus males y, al tiempo, el que le provocaba las más deliciosas torturas. Unos minutos después dejó que el sueño le venciera gracias, especialmente, a ese cuerpo pegado al suyo, a esa suave respiración que calmaba sus temores de manera casi extraordinaria y a ese aroma, su aroma, el olor dulce y cálido de Mel.

# Capítulo 11

En ese mismo momento, a unas millas de donde se encontraban Mel y Max profundamente dormidos, Cliff miraba la playa solamente iluminada por la luz de la luna. Tal y como había prometido, habían adelantado al *Estrella de la India*. Se encontraba atracando en una de las calas del islote de la islas del Gobernador más aisladas para no ser descubiertos, una que el Almirante conocía bien de sus años surcando esas aguas. Pocos minutos después, él y cinco de sus hombres se encontraban en la playa debidamente disfrazados para poder hacerse pasar por marineros curtidos y colarse entre la tripulación del Portugués. Cliff se había despedido del almirante, que quedaba al mando de su nave, y, ahora, junto a sus cinco hombres veía desde esa misma playa cómo se alejaba su barco, dejándolos en un bote discreto con el que deslizarse en el puerto



sin levantar sospechas.

Nada más arribar al puerto, abandonaron a la deriva el pequeño bote y siguieron a Rolf Turner, un viejo pirata al que Cliff perdonó la vida años atrás y que ahora formaba parte de su tripulación. Conocía bien ese enclave y los sitios donde el Portugués buscaría marineros para su navío. Se decantaron por una de las tabernas donde parecía más probable que acudiese en primer lugar, además, allí muchos de los marineros parecían dados a hablar de más gracias al alcohol que corría a raudales. Esas lenguas ociosas les habían permitido conocer los gustos del Portugués y las características por las que solía decantarse a la hora de elegir sus hombres, y que básicamente se ceñían a dos: no tener escrúpulos y odiar a los casacas o chaquetas azules.

También, gracias a la tripulación de un barco que había llegado esa misma tarde, supieron que el *Estrella de la India* llegaría a lo largo del día siguiente, pues lo habían avistado esa misma mañana en esa dirección. Cliff observó atentamente a Rolf mientras recorría disimuladamente toda la taberna preguntando, escuchando o instando alguna conversación entre

aquellos hombres, mientras él y los otros cuatro marineros de su barco permanecían en un discreto segundo plano en una de las mesas del fondo de la taberna, supuestamente bebiendo. El acento de los tres, su gramática e incluso sus gestos y forma de moverse eran demasiado correctos como para disimularlos más allá de un par de frases o palabras, por lo que no podían socializar ni moverse mucho entre aquellos rufianes sin acabar delatándose. Ese era uno de los motivos por los que se harían pasar por artilleros y no por simples marineros, para no tener que subir demasiado a la cubierta y no tener que hablar demasiado en presencia de otros miembros de la tripulación. Normalmente los artilleros de barcos con tanta tripulación solían limitar sus intercambios entre ellos y participaban poco de la vida en la parte superior del barco, salvo contadas excepciones, como en las tormentas o en situaciones peligrosas.

Dejaron así las pesquisas para Rolf que, como pudieron comprobar, recordó rápidamente cómo era la vida entre aquellos hombres porque en un abrir y cerrar de ojos se convirtió sin ningún problema en uno más de ellos. De hecho, de no ser porque había formado parte

de su tripulación los últimos diez años y creía conocerlo bien, Cliff se preguntaría de qué bando estaría. Cliff no pudo evitar que se le dibujase una sonrisa en el rostro, ese viejo era capaz de asombrarlo después de tanto tiempo. Lo curioso era que, la supuesta deuda que tuviese con él por haberlo salvado años atrás, se la había devuelto al menos en cinco ocasiones a lo largo de todo ese tiempo. Debería considerarse un hombre libre de esa carga hacía años, sin embargo, Cliff sospechaba que al señor Turner realmente le gustaba la vida que llevaba ahora. Una vida honrada que compartía con el resto de su tripulación, por no mencionar que, su adorable Julianna y la pequeña Mel tenían a ese expirata totalmente a sus pies, sobre todo desde que Julianna puso en sus brazos por primera vez a su hija. De cualquier manera, ese era un tema que él no sacaría jamás y sabía que, de hacerlo, Rolf tampoco añadiría nada al mismo. Volvió a sonreír escondiendo su rostro tras la jarra de cerveza para no llamar la atención de posibles curiosos. “Si lo viesen todos estos canallas jugando con mis gemelos como una gallinita clueca adiestrando a sus polluelos...”, pensó mientras lo veía aproximarse.

Tras sentarse y dar buena cuenta de una de esas enormes jarras de cerveza, bajando la voz dijo:

—Estaba en lo cierto, capi... —carraspeó—. Shaw (era el nombre que había elegido para esa nueva identidad). *El estrella de la India* llegará en las próximas horas y el Portugués busca principalmente artilleros experimentados para los cañones de *El Yunque*. —Bebió un poco más de cerveza mientras buscaba entre la multitud de cabezas a algún hombre y después volvió a girarse para hablar de nuevo con sus compañeros—. ¿Ven a ese hombre de la cicatriz en forma de V en la mejilla derecha? —Hizo un leve gesto en dirección al fondo de la taberna, donde se encontraba un grupo reducido de piratas con aspecto descuidado y algo ebrios—. El Portugués lo mandó con anticipación para que fuera reclutando los hombres que necesitaba. Creo que sería mejor que lográsemos que él nos “contratase” antes de que llegue el Portugués, ya que creo que, en el estado en que se encuentra ahora, nos será más fácil despistarlo y, sobre todo, camuflarnos entre los hombres que aguardarán en el puerto para embarcar en cuanto arribe el Portugués.

Cliff miró de nuevo por encima del hombro a ese

pirata y bajando al igual que Rolf la voz dijo:

—Creo que tiene razón. Además, eso nos daría la oportunidad de recorrer el barco mientras los hombres que lleguen mañana bajan al puerto a desahogarse antes de volver a navegar. Buscaríamos al capitán y a Amelia y tendríamos la oportunidad que necesitamos de hacerles saber que estamos allí.

De nuevo miró con disimulo al pirata que, realmente, estaba en un estado de embriaguez más que evidente y poco o nada le quedaría para no perder la consciencia.

—Pero eso deberemos hacerlo con rapidez, capi... Shaw, por lo que comentaban algunos de ellos, el Portugués pretende zarpar de inmediato, en cuanto consiga los hombres que necesita y no espera pasar aquí más que unas horas, lo justo para hacerse con las provisiones y hombres que requiere.

Cliff asintió y tras unos segundos añadió:

—En ese caso, Rolf, creo que deberías ir hasta aquella mesa y asegurar que nos acepten como artilleros antes de que se le pase la borrachera y comience a hacer preguntas de más. Tú, Cross, manda un mensaje desde la bahía con uno de los faroles al

almirante para que sepa que zarparemos enseguida, me aventuraría a asegurar que el Portugués querrá aprovechar la marea del despertar del sol y los vientos del alba. Estoy seguro de que si llega mañana zarparemos al día siguiente, antes de que despunten los primeros rayos de la mañana.

Ambos hombres se levantaron con un intervalo entre ellos de pocos minutos y fueron a cumplir los encargos de su capitán mientras este preguntaba por algún sitio en el que pasar la noche a la camarera, y tras la insinuación de esta de pasarla en su cama y declinarla con la brusquedad con que lo haría un marinero de la ralea de Shaw, esta le informó con aire destemplado la posada más cercana al puerto que, a buen seguro, sería un antro de la misma categoría que esa taberna.

Cuando se hubieron reunido todos de nuevo, se instalaron en dos mugrientas habitaciones de la fonda del puerto y, como habían predicho la noche anterior, la nave del Portugués llegaría a media mañana debiendo todos los piratas que fueran a embarcar en ella esperar en el muelle para subir nada más atracar la misma.

A primera hora de la mañana ya estaban

preparados y listos para que, llegada la hora, los seis se camuflasen dentro del primer grupo de hombres para poder pasar desapercibidos a la hora de entrar en el barco.

Amelia despertó de nuevo antes que Max, con las primeras luces del alba que entraban por el pequeño ojo de buey situado a poca distancia de ellos, y creyó ver una gaviota pasar a lo lejos surcando el aire. Se incorporó dándose cuenta al hacerlo que llevaba puesta la camisa de Max, aun cuando no recordaba habérsela puesto. Sonrió, pues estaba segura que él se la pondría cuando estaba adormilada. Miró de nuevo por el ojo de buey estirando el cuello y vio a lo lejos no solo más gaviotas sino, además, tierra firme. Por un segundo, le atravesó todo el cuerpo el más angustioso terror pensando que podría ser el puerto de Madeira, lo que supondría un destino demasiado incierto, por no decir aterrador, para ambos.

Se giró y volvió a tumbarse sobre Max, pero esta vez para despertarlo, al menos, esa era la idea inicial pero cuando su cuerpo se amoldaba al de él tenía que reconocer que tendía a olvidar cualquier cosa.

—Max —lo llamó suavemente con el rostro a

escasos centímetros del suyo—. Max. —Lo intentó de nuevo.

Él no abrió los ojos sino que estiró los brazos y la abrazó. A estas alturas casi parecía un movimiento reflejo, algo innato entre ellos, como si sus cuerpos simplemente reconociesen al del otro y se acoplasen de inmediato, porque Amelia también respondió, acomodándose dentro de su abrazo. Volvió a insistir:

—Max, despierta por favor.

Él, manteniendo los ojos cerrados, pegó sus labios a los de ella, que habían estado tan cerca que era fácil alcanzarlos. Amelia iba a protestar, pero enseguida respondió al beso y casi pierde la consciencia de donde se hallaban, otra vez. Puso sus manos en su pecho para poder auparse un poco y separar, aunque solo fuesen unos pocos centímetros, su rostro del de Max, y con un leve empujón dándose impulso lo consiguió.

—Max, se bueno, abre los ojos.

Lo hizo y cuando la vio simplemente sonrió y se estiró bajo ella, desperezándose como un niño travieso para enseguida volver a atraparla en su abrazo.

—Buenos días, amor. —Acercó sus labios a los de



Amelia y antes de volver a besarla añadió—: Estás preciosa recién levantada, tan sonrosada, despeinada y con esa mirada inocente. —La besó—. Umm... Eres un dulce y rico manjar.

Comenzaba a deslizar esos irresistibles labios por su cuello cuando Amelia, con un esfuerzo ímprobo, tomó algo de impulso para hablarle.

—Max.

Su voz sonaba tan cargada de deseo como el que mostraban ahora sus ojos. Max pensó que nunca se cansaría de conseguir ese efecto en ella, era delicioso y tan provocador. Cuando de nuevo iba a besarla ella abrió los ojos del todo y tomó más impulso pero, esta vez, para lograr colocarse a horcajadas sobre él. Él frunció el ceño pero Amelia pensó que necesitaba tomar un poco de distancia de esos pecaminosos labios que la llamaban con tanto ardor que era hasta doloroso no dejarse llevar por ellos, porque, de lo contrario, sucumbiría sin remedio.

—Max, por favor, no seas malo. —Miró hacia el ojo de buey ignorando su sonrisa de seductor consumado—. Hemos llegado a tierra. —Max se incorporó un poco para quedar también sentado pero

manteniéndola sobre él—. Por favor, dime que esto no es Madeira.

Max miró al horizonte en dirección a tierra.

—No cariño, no. —La miró tranquilizándola—. Estas son las islas del Gobernador. Un puerto de ataque de piratas, bandidos y lo peor del mar. Si el Portugués quiere recuperar su barco, necesitará hombres para tripularla. —Le acarició la mejilla y cuando Amelia separó los labios para preguntar pareció leerle la mente—. Más hombres. Ahora mismo debe tener unos cincuenta o como mucho sesenta pero *El Yunque* es un navío bastante grande y necesitará una tripulación mucho mayor, sobre todo, si quiere usar sus cañones. Además, hemos viajado muy deprisa, lo que significa que llevaba las bodegas casi vacías, necesitará hacer acopio de víveres y provisiones.

Amelia lo miró sin decir nada pero se abrazó a él.

—Estamos muy cerca de la isla, ¿verdad?

No le hizo falta volver a mirar para responder.

—Atracaremos en un par de horas. Será mejor que nos aseemos y nos vistamos. No sé qué tendrá preparado el Portugués pero mejor estar prevenidos. —Mientras le acariciaba la espalda y besaba la mejilla

que había apoyado en la suya añadió—: Dudo que nos haga bajar del barco. Es más, creo que nos mantendrá encerrados aquí, al menos si fuese él yo lo haría. Aun así, será mejor que, al menos, estemos vestidos. — Sonrió y deslizó sus manos bajo la camisa para acariciar directamente la suave y tibia piel de su espalda—. ¿Cariño?

Mel alzó la cabeza para mirarlo aunque empezaba a notarse atolondrada con esas caricias y el tono suave de Max.

—¿Umm?

—Hoy ponte tu vestido. No creo que podamos bajar a tierra pero, si tiene preparada alguna sorpresa ese bellaco, prefiero que te vean con tu ropa antes que con esos provocativos pantalones.

Amelia empezó a reírse por lo protector, posesivo y, sobre todo, celoso que se ponía. Nunca se cansaría de verlo así, le hacía sentir que era importante para él y casi una parte de él mismo que quisiera tener cerca a toda costa. Alzó las cejas y lo miró con un brillo pícaro en los ojos mientras preguntaba:

—¿Provocativos? ¿De veras?

Se rio ante el gesto de Max, que la miraba

resignado. Le dio un pequeño cachete en una de sus desnudas nalgas y sonrió.

—Ni se te ocurra ponerte esos pantalones más allá de este camarote.

Intentó parecer firme y enfadado pero el solo hecho de tenerla entre sus brazos casi desnuda y tener en su mente la imagen de Amelia con esa suave capa de seda dibujando cada uno de sus contornos, dificultaba su concentración. Amelia sonrió con un tono provocador, acercando sus labios a los de él.

—Pues... —Se removió sobre su regazo provocando oleadas de deseo salvaje y de excitación en Max que emitió un sonido parecido a un gruñido—. He de decir a su favor que son extraordinariamente cómodos y tan, tan ligeros.

Max giró sobre sí mismo, llevándola consigo dejándola de espaldas al pequeño camastro acomodándose entre esas piernas que dejaban perfectamente a su alcance toda su sexualidad.

—Bruja.

Su voz sonó casi gruñendo mientras apretando sus nalgas con las manos le alzaba las caderas y la situaba para penetrarla con una única, firme y profunda

embestida al tiempo que se apoderaba de su boca. Amelia gimió de puro goce, se aferró a sus hombros mientras lo rodeaba con sus piernas, guiada por las manos de Max, que ahora acariciaban y abarcaban sus muslos, dándole así un mejor ángulo y permitiendo que sus embestidas, ahora rítmicas y acompasadas con los movimientos de ella, fueran más profundas, más directas y mucho más placenteras.

—Oh, Dios, Oh, Dios. —Logró susurrar entre esforzados jadeos.

Alcanzaron casi al unísono la cumbre del placer quedando desmadejados y por unos minutos con los cuerpos totalmente lacios y relajados. Max, que había dejado caer su cabeza sobre el hombro de Amelia, la alzó y gruñó antes de depositar un beso en sus labios, ella estaba tan exhausta que apenas reaccionó.

—Pequeña, vas a ser mi perdición.

Acarició con los pulgares sus mejillas por unos segundos mientras se mantenía apoyado sobre los codos para liberarla un poco de su peso aun cuando ninguno de los dos hizo movimiento alguno para que saliese de ella. A Amelia tenerlo así cálido, llenándola y cubriéndola le encantaba, y a Max, permanecer

dentro de ella le parecía un deleite imposible de comparar, aunque tendría que moverse en pocos segundos porque si no volvería a endurecerse sin remedio y no podría parar. De nuevo gruñó y fue cuando Amelia abrió los ojos. Max la besó antes de decir:

—Creo que deberíamos movernos...

Pero ella le interrumpió poniendo las manos en sus nalgas y alzando las caderas.

—Estoy de acuerdo, no te vayas aún, Max, por favor.

Le dio un pequeño mordisco en el mentón y fue la perdición de Max, porque de nuevo se encontró duro y tan dolorosamente excitado que hubiese sido imposible separarse de ella. Comenzó a moverse suave, lenta y profundamente en su interior mientras la saboreaba, la acariciaba y se dejaba torturar por esas pequeñas y suaves manos. Las embestidas suaves fueron dando paso a unas más duras, enérgicas y apremiantes y las suaves caricias y los tiernos besos a casi imperiosos roces, besos y pequeños pero feroces mordiscos. Cuando de nuevo Max cayó exhausto con un sonido gutural a medio camino de un gruñido, apenas podía

reprocharse a sí mismo que su cuerpo desobedeciera a su cabeza cuando se trataba de Amelia. Además, allí, con la cabeza apoyada en el hombro suave y terso de Mel, se hizo una promesa a sí mismo. Cuando se casase con ella, pasarían semanas sin salir de la enorme y cómoda cama ducal de Frentonhills, obligaría al servicio de la casa ancestral a dejar bandejas de comida y bebida en la puerta una vez al día y mantendría a Amelia tan ocupada que no sería consciente de si era de día o de noche o de si había pasado uno o veinte días desde la boda. La iba a tener para él, solo para él, y ay de aquel que osase molestarles. Suspiró y besó su cuello sonriendo ante esa idea.

—Tenemos que vestirnos, pequeña.

Amelia asintió y lo besó ligeramente antes de que él intentare separarse de ella. Pero justo cuando iba a moverse Amelia aferró sus piernas en torno a él y alzó los brazos, atrapándolo por el cuello. Suspiró y lo miró unos segundos fijamente.

—Max —su tono era suave pero firme, decidido—, te amo.

Él sonrió y se dejó caer de nuevo sobre ella con

todo su peso para poder atraparla como ella le tenía atrapado a él. Con sus labios acarició una de sus mejillas, llevando un camino directo a sus labios. Se separó unos centímetros para poder ver bien sus ojos y con la voz ronca por la emoción más que por el deseo, todavía latente en cada parte de su cuerpo, respondió:

—Y yo te amo a ti, mi pequeña tirana.

Amelia se rio y después, entre risas, aflojando su agarre dijo:

—No soy tan tirana como todos pensáis, solo soy vehemente.

Max prorrumpió en carcajadas para, a continuación, incorporarse y ayudar a Amelia a hacer lo mismo mientras le decía con picardía y una mirada de niño malo:

—Pues permítame decirle, mi querida señorita Mcbeth, que la amo vehementemente.

Minutos después, ambos estaban aseados y vestidos e incluso a Amelia le dio tiempo a afeitarlo aunque solo ligeramente porque tampoco querían dar pie a preguntas innecesarias ni tampoco ser pillados con una navaja que mantenían escondida.

Max se pasó casi todo el tiempo bromeando con



ella, flirteando y contándole chistes algo subidos de tono para mantenerla entretenida y con la mente ocupada, alejada del ajeteo de cubierta y los ruidos, cada vez más cercanos, del puerto y del muelle. Tuvo que reconocer que ayudó considerablemente el que uno de los piratas entrase con una bandeja con pan rancio, queso, algo de fruta ligeramente en mal estado y agua. Después de tres días si apenas ingerir nada, Amelia se hallaba famélica, por lo que devoró todo lo que Max le iba pasando más o menos en un estado aceptable y la mantuvo al borde del ataque de risa con sus bromas o cuando él le decía que debía de haber hecho un magnífico trabajo, pues si tenía ese apetito era debido únicamente a sus magníficamente ejecutadas actividades nocturnas y, siendo fiel a la verdad, también diurnas. Sus chanzas y sus comentarios le provocaron muchas carcajadas, con lo que apenas se dio cuenta cuando atracaron finalmente. Max suspiró relajado cuando, desde el ojo de buey, vio que el Portugués y algunos de sus secuaces descendían por la rampa al muelle, dejándolos a ellos encerrados en el camarote. La idea de ver a Amelia en un puerto lleno de la peor escoria de los mares no

era algo que le apeteciese llevar a la práctica, y menos en la condición de prisionera de un pirata como el Portugués.

La mantuvo sentada entre sus piernas, encima de la cama, con la espalda apoyada en su torso, mientras él, aparentemente relajado, permanecía con la espalda apoyada en la pared y los brazos en torno a ella. Quería que se sintiera segura en aquel caos. Al cabo de una hora escucharon movimiento en el muelle por lo que, de nuevo, Max se acercó al ojo de buey y pudo comprobar cómo docenas de hombres con aspecto de ser capaces de vender su alma por una moneda, embarcaban. La nueva tripulación del Portugués. Pensó que con tantos hombres sería imposible cualquier intento de huida, al menos medianamente viable. Pero también tenía su aspecto positivo, con una nave tan pequeña cargada de tantos hombres y de los víveres necesarios para los mismos, el Portugués se vería obligado a viajar con más lentitud por no hablar de las dificultades que, en caso de confrontación, tendría para maniobrar el barco. De cualquier modo, advirtió a Amelia que, ahora, era más importante todavía no hacerse notar entre una tripulación tan

numerosa que, a buen seguro, iría bastante hacinada y no de muy buen humor por ello.

Un rato después se sobresaltaron cuando se abrió abruptamente la puerta y la cruzaron dos hombres con un aspecto sucio, descuidado... Max se puso de pie, pero de inmediato empezó a reírse.

—¡Diablos! ¿Qué te has puesto en el cabello?

Se acercó a grandes zancadas a los dos hombres mientras Amelia los miraba desconcertada hasta que uno de ellos la miró y fue capaz de reconocer esos ojos verdes bajo toda la barba y la suciedad. Le sonrió confiada y asombrada al mismo tiempo.

—También me alegro de verte y, sobre todo, de veros sanos y salvos a los dos. —Se rio casi aliviado al ver a Amelia, y se acercó a ella para abrazarla—. Pequeña ¿estás bien?

Amelia asintió, aunque con un pequeño empujón lo apartó.

—Cliff —arrugó la nariz—, con todos mis respetos, apesta.

Cliff se rio a carcajadas y contestó con sarcasmo:

—Bueno, si es con todos tus respetos...

Se apartó y le estrechó la mano a Max.

—¿Cómo has conseguido seguirnos tan deprisa? — preguntó Max.

Cliff levantó la ceja y con sorna preguntó a su vez.

—¿Dudas de mis habilidades como capitán? — Max sonrió—. Es una larga historia que podremos dejar para más adelante, si no os importa.

—Me imagino que si has subido al barco, especialmente con tan lustroso aspecto, es porque ya tienes un plan trazado ¿verdad?

Cliff sonrió y asintió.

—Creo que lo mejor es que nos sentemos y os lo contemos con la mayor brevedad. El Portugués y el resto de la tripulación no tardarán en volver.

Amelia se sentó en el borde de la cama y Max la siguió y un segundo después, de manera distraída, le cogía la mano y le acariciaba la parte interna de la muñeca con el pulgar, detalle que no pasó desapercibido a Cliff mientras se sentaba frente a ellos en la silla libre. Rolf permanecía en la puerta vigilando. Cliff enarcó una ceja y miró fijamente a Max, limitándose a decir:

—¿Una conversación seria?

Max asintió sonriendo como un colegial pillado en

falta mientras que Amelia los miraba interrogativamente, pero se abstuvo de preguntar, aunque tomó nota mental de hacerlo más adelante, cuando todo el lío en el que se hallaban inmersos hubiere quedado atrás.

—Bien —dijo Cliff mientras apoyaba las manos en las rodillas—. El Portugués tiene previsto zarpar a primera hora de la mañana, de modo que dedicará el día de hoy a aprovisionar la nave y a embarcar a cuantos patanes consiga enredar en esto.

—¿Cuánto sabes de sus planes, Cliff? Pretende recuperar su barco, que está atracado en Madeira —intervino Max.

—Lo sé, lo sé. Antes de salir de Inglaterra mandamos aviso al almirantazgo, de modo que si finalmente consigue llegar hasta allí, se llevará la desagradable sorpresa de que lo estarán esperando, y con refuerzos, además. —Sonrió claramente satisfecho.

—¿Finalmente? —De nuevo intervino Max—. ¿Por qué sospecho que pretendes acabar con esto antes de llegar tan lejos?

Cliff sonrió de nuevo. Amelia pensó que era

extraño verlo con ese aspecto, con el pelo oscurecido y esas ropas, sin embargo, su mirada y sus gestos seguían siendo los mismos.

—El almirante está anclado al otro lado de la bahía, de modo que nos seguirá en mi goleta, es más rápida que esta y no le costará darnos alcance en cuanto salgamos de las islas. Le iremos informando con señales de luz cuando nos sea posible y es lo suficientemente hábil para seguirnos sin ser avistado.

—Eso sin mencionar que el barco va sobrecargado y le resultará difícil maniobrar —corroboró Max.

Cliff asintió.

—Además, dos de mis buques debidamente armados y con la tripulación adecuada nos esperan a un día y medio de aquí para atracar la nave de manera precisa y diría que inapelable.

Max sonrió entendiendo el plan.

—Tú y ¿cuántos más? ¿Tres? ¿Cuatro hombres? Os habéis colado para aseguraros de que no nos ocurre nada cuando la nave se vea atacada, ¿no es así?

Cliff se rio.

—Hemos navegado demasiados años juntos como

para no ser capaces de leernos bien la mente ¿no es cierto viejo amigo? Somos seis en total y embarcamos como artilleros para no estar demasiado a la vista del resto de la tripulación, ya sabes.

Los dos se rieron con cierta complicidad y camaradería.

—Y ¿por qué sencillamente no nos sacáis de aquí?  
—preguntó con cierto malestar Amelia.

Los dos la miraron cómo si hablase otro idioma, pero fue Cliff el que contestó:

—El barco está lleno de hombres que no dudarían ni un segundo en rebanarnos el pescuezo si intentáramos salir, por otro lado, si nos salimos con la nuestra capturaremos al Portugués evitando así que, en el futuro, se le ocurra tomar represalias contra cualquiera de nosotros. Es famoso por ser vengativo y rencoroso hasta la inquina. —Negó con la cabeza—. No, no. No podemos correr el riesgo de que quede libre de ninguna de las maneras.

Amelia se quedó callada unos segundos y finalmente dijo:

—Comprendo.

—No negaré que hay ciertos riesgos. Cuando se

vean atacados, todos los hombres de esta nave se comportarán como lo que son, hombres sin escrúpulos que se valdrán de cualquier cosa con tal de salir con vida del entuerto. —Miró fijamente a Max—. Os he traído dos pistolas. —Se las sacó de la espalda de debajo de las ropas que llevaba y se las pasó a Max y después, mirando a Amelia, dijo—: Espero que no tengas que demostrarnos cuánto ha mejorado tu puntería estos años pero, al menos, es tranquilizador saber que podrás usarla, y quiero que nos prometáis que, llegado el caso, no dudaréis en disparar contra cualquiera si te sientes amenazada o en peligro.

Amelia lo miró seria y contestó:

—Lo prometo.

Desde la distancia Rolf la observaba y admiró en esa pequeña la misma determinación, valentía y aplomo de su capitana y “además sabe usar pistolas”, pensó divertido.

—Son de doble cañón, por lo que tendréis dos disparos cada uno antes de necesitar recargarla. Tomad, os dejo algo de pólvora y balas, por si acaso.

Amelia, con gesto serio casi malhumorado y con el ceño fruncido, miró a Cliff.



—A ver si lo he entendido correctamente. La idea es atacarles y abordarles cuando estemos en alta mar, pero existe un evidente riesgo para todos nosotros, no solo porque estaremos en el barco que va a ser atacado con cañones sino porque, además, estaremos rodeados de piratas que no dudarán en matarnos o utilizarnos de rehenes o cualquier otra cosa que se le ocurra, si creen que con eso salvarán la vida. —Miró fijamente a Max y de nuevo a Cliff—. ¿Es correcto?

Cliff y Max se miraron y ambos casi al unísono dijeron:

—Correcto.

Amelia asintió y suspiró con evidente desaprobación, se levantó suavemente y preguntó:

—¿Y no sería más sencillo llevar a cabo ese plan si todos o casi todos los hombres de este barco se hallan...? —Hizo un gesto con la mano—. ¿Cuál es la expresión que Maxi usa siempre? —Hizo una mueca con la boca—. ¡Ah, sí! Fuera de combate.

Asintiendo con firmeza cruzó los brazos bajo su pecho y miró con la ceja levantada a ambos hombres, que la miraban con cara de no comprender, pero fue Cliff el que preguntó después de una pausa:

—¿Fuera de combate? —Miró a Max intentando comprender, pero comprobó que estaba tan desorientado como él.

Amelia puso los ojos en blanco y echando los brazos al aire dijo claramente ofuscada por encontrarse ante dos muros.

—¡Buen Dios! ¿Y vosotros erais el orgullo de la marina? Por favor, no me presentéis a los más ineptos.

Desde la puerta pudieron escuchar las carcajadas contenidas de Rolf y ambos hombres se giraron para mirarlo, pero al verlos simplemente se encogió de hombros y dijo:

—Capitán, no puede negar que es hermana de su esposa. —Se rio mientras que Amelia lo miraba con los ojos muy abiertos y cuando él vio su expresión concluyó—. Señorita es usted todo un carácter. —Sonrió.

Amelia no pudo evitar sonrojarse al mismo tiempo prorrumpió en unas sinceras risas y después le dedicó una brillante y orgullosa sonrisa mientras le decía:

—Gracias. Me resulta usted muy simpático.

Rolf sonrió satisfecho y orgulloso preguntándose divertido cuántas damitas habría en la familia de su

capitana.

Max carraspeó.

—Volvamos al asunto que nos ocupa, por favor. —  
Miró a Amelia con el ceño fruncido y cierta dosis de  
impaciencia reflejada en el rostro.

Amelia giró sobre sus talones, dio dos pasos y se  
agachó para después ponerse de pie sosteniendo en  
sus manos el paño, aún húmedo, de las hojas.

—Bueno, supongo que puedo disculpar, hasta cierto  
punto, a Cliff, por no poder contar con todos los datos,  
pero un hombre inteligente habría pensado en alguna  
forma de mermar las fuerzas de su enemigo desde  
dentro si es capaz de infiltrarse entre sus tropas.

Cliff negó con la cabeza.

—¡Por todos los dioses, niña! ¿Tú también? Has  
estado leyendo los libros de batallas y tácticas militares  
¡Qué cruz! Como si no fuese suficiente con Julianna  
ahora tengo que lidiar contigo también. —Puso los ojos  
en blanco y echó la cabeza hacia atrás—. Buen Dios,  
dame fuerzas.

Amelia resopló y poniendo los ojos en blanco y  
refunfuñando para ella casi en un susurro dijo:

—Dios, líbrame de los necios, los obtusos y los

marinos de cabeza dura.

Escuchó la risa ahogada de los tres. Miró a Cliff, pero enseguida ignoró su comentario anterior, se sentó en la cama y sobre su regazo abrió el paño, dejando a la vista las hojas.

Cliff miró con la ceja levantada a Max y este con un gesto de la mano dijo:

—Larga historia, baste decir que el anterior capitán de la nave debía coleccionar plantas medicinales...

Ella empezó a hablar, señalando cada una de los que tenía en su regazo:

—Belladona, solo he cogido las hojas que puedes utilizarse como narcótico. Mandrágora —señaló—. Está sin curar, por lo que nos sirve como estupefaciente. Barbasco, tanto esta corteza como sus hojas se pueden usar como narcóticos aunque también como purgantes. Boldo, las hojas, en infusión, producen rápidamente el sueño y una leve anestesia en todas las extremidades.

Cliff y Max se miraron con gesto de resignación mientras Amelia extendida frente a ella una mano con dos tipos de hojas distintas e insistió:

—Cliff, creo que lo mejor es que machaques juntas

la belladona y la mandrágora y luego le añades las hojas del boldo machacadas y unas pocas de barbasco por si acaso. —Le mostró cómo—. Y las pones en los barriles de agua o del vino o lo que beba la tripulación, te aseguro que en un par de horas todos los que beban estarán tan adormecidos que difícilmente se tendrán en pie y menos aún lograrán pelear. Tienen propiedades altamente somníferas, y si las juntas son hasta peligrosas, pero no creo que matemos a ninguno de esos hombres porque beban uno o dos vasos de cualquier líquido que las contenga. —Hizo una pausa y miró a Cliff—. ¿Crees que podríais encontrar los barriles que empleen mañana? No estoy segura de cuánto durarán los efectos, es difícil de calcular pero imagino que mezclando estas dos especies más la belladona y la mandrágora —miró las hojas de su mano—, no creo que contemos con más de ocho horas.

Max empezó a reírse ante la expresión de asombro de Cliff.

—Y tú que pensabas que solo tía Blanche es una enemiga temible. —Se reía aún más con la expresión de desconcierto de Cliff.

—¿Oh, vamos, Cliff! —de nuevo habló Amelia mirándolo ceñuda—. No debería ser tan difícil. —Miró a Max y ahora con gesto realmente interrogativo preguntó—: ¿O sí?, la verdad es que no sé cómo funciona un barco.

Ahora se sentía mortificada por haber dado por hecho que sería fácil y haber estado presionando a Cliff. Cliff empezó a reírse y tras él se escuchaba la risa de Rolf.

—Empiezo a creer que la armada debería estar en manos de las damas Mcbeth. En pocos meses tendríamos una armada temible.

De nuevo se rio mientras se levantaba y tomaba de las manos de Amelia las hojas. Las observó unos segundos y preguntó:

—¿He de machacarlas antes de mezclarlas con el líquido?

Amelia asintió:

—Pero recuerda hacerlo juntas, creo que servirá mejor a nuestros propósitos si las mezclas a la vez, no solo porque los adormecerá más profundamente y más deprisa, sino porque creo que sus efectos serán más prolongados.

Cliff asintió, cogió un pañuelo, guardó las hojas en él y lo puso en su bolsillo. Miró a Rolf y le hizo un gesto con la cabeza antes de volverse hacia ellos de nuevo.

—Será mejor que nos marchemos antes de levantar sospechas. Intentaremos hablar con vosotros de nuevo, pero de cualquier manera nos mantendremos cerca, lo prometo.

Max asintió. Cliff se acercó a Amelia, le depositó un beso en la frente y le dijo apretando su mano.

—No tengas miedo, Max y yo no dejaremos que te pase nada. Julianna me mataría si vuelves a casa con un solo rasguño. —Sonrió igual que Maxi cuando le reprendía Julianna por una travesura consiguiendo gracias a esa sonrisa salir casi siempre indemne—. Mantén la pistola siempre contigo, tanto si estás en este camarote como si sales fuera. Llévala escondida en la falda, no se notará si la mantienes oculta entre los pliegues de mayor volumen, y recuerda que has prometido usarla si te sientes amenazada.

Amelia lo miró y asintió. Rolf sacó la cabeza por la puerta y carraspeó. Cliff se dirigió hacia él casi corriendo. Se giró antes de salir añadiendo en tono

jocoso:

—Portaos bien en mi ausencia.

Max sonrió con esa sonrisa maliciosa e irresistible mientras que Amelia, sin saber por qué, se puso de color bermellón al instante. Poco después se quedaron de nuevo a solas con una sensación de euforia algo excesiva, pero en cierto modo justificadas.

Cliff recorrió el barco incluyendo el castillo de proa, las bodegas y la parte de las cocinas para comprobar si era posible llevar a cabo el plan de Mel, y para su asombro no solo sería fácil acceder a las cocinas y a la zona donde se guardaban los víveres, sino que comprobó que, una vez se llenase el barco con todos los hombres y con las provisiones, tanto los cocineros como los propios marineros acudirían a los barriles que estuvieren situados más cerca del acceso a la bodega por el poco espacio que quedaría una vez zarpasen. Por otro lado, otros dos de sus hombres recorrieron la cubierta, el alcázar y revisaron los accesos de la zona superior para, en caso de necesitar huir precipitadamente, poder hacerlo conociendo las salidas. También esto les produjo cierta satisfacción y les dio algo de tranquilidad, pues en un barco con un



espacio tan limitado y cargado de una excesiva tripulación el desconcierto sería grande y sería factible acceder a una de las cuatro salidas que habían descubierto. Pero lo mejor de esa mañana estaba por llegar: Rolf se coló en el camarote del capitán sin ser visto y tras localizar a Cliff lo llevó hasta allí, nada más entrar advirtió la razón de que Max le hubiere dicho que el anterior capitán de la nave debía coleccionar plantas. Todas las zonas altas de las paredes del camarote estaban repletas de macetones, parterres y lianas con una considerable variedad de plantas y hierbas. También comprendió enseguida por qué Rolf se lo enseñó. Entre los dos localizaron las plantas que tenían las hojas idénticas a las que Mel les dio y cogieron más de todas, ya que así podrían ponerlas en más barriles y asegurar su estrategia. Al salir Cliff sospechó que la puerta debía haber estado cerrada con llave, de modo que le preguntó a Rolf, y cuando este se lo corroboró esperó que echando de nuevo el pestillo el Portugués no se diese cuenta de que alguien se había colado en él y ansió fervientemente que regresase bastante borracho después de pasar unas horas en la taberna para no darse cuenta del más mínimo cambio.

Más tarde le preguntaría a Rolf cómo demonios había conseguido abrir la puerta y también, si en alguna ocasión había empleado semejante habilidad en alguno de sus barcos. “Bueno...”, pensó al cerrar la puerta, “...habrá que cruzar los dedos...”.

Ya avanzada la tarde y sin que ni el Portugués ni los hombres con los que él se había marchado hubieren regresado aún, entró en el camarote el mismo pirata que les había llevado algo de comida por la mañana con una nueva bandeja para ambos. Max se levantó antes de que saliese y le preguntó:

—¿El capitán no desea nuestra compañía esta noche?

El pirata, claramente sorprendido porque se dirigiese a él, contestó con un marcado acento francés y claro enfado en la voz:

—El capitán ordenó que les diésemos desayuno y cena y no regresará hasta mañana antes de zarpar. — Se giró para irse, pero enseguida volvió a darse la vuelta para mirarlos y añadir—: También nos dio permiso para dispararles si alguno intentaba huir.

Después de eso se marchó y cerró de nuevo la puerta con llave.

—Encantador —dijo Max intentando rebajar la tensión.

—¿Es bueno o malo que el Portugués no regrese hasta mañana? —preguntó Amelia acercándose a la mesa cuando Max le hizo un gesto para que se sentase a comer.

Por un segundo Max pensó en decirle que, probablemente, el Portugués iría en busca de alguna mujercuela de taberna y que, además de emborracharse, buscaría desfogarse, y ambas cosas eran buenas para ellos porque al día siguiente estaría con resaca y de mejor humor después de haber pasado unas horas con una mujer. Finalmente decidió simplemente ser poco descriptivo.

—Supongo que regresará algo cansado, pero prefiero no averiguar si eso es bueno o malo. Algunos hombres después de una noche de borrachera están de mal humor y otros simplemente solo desean descansar. No te preocupes por eso, mañana por la noche ya no nos preocupará más ese hombre, sus estados de ánimo y menos aún si ello nos afecta en modo alguno.

Se sentó sonriendo y simplemente empezó a comer. Cuando iba a beber de la cerveza que les habían

llevado Amelia se levantó y le quitó la jarra antes de haber dado el primer sorbo. Max le miró inquisitivo.

—¿Por qué?— logró decir antes de que Amelia le interrumpiese.

—Si no te importa prefiero que bebamos de la jarra de agua que teníamos aquí por si a Cliff se le ha ocurrido usar ya las hierbas. Quizás, simplemente, no vaya a tener oportunidad mañana y para cerciorarse de poder envenenar los barriles haya puesto ya las hojas. —Se levantó, abrió el ojo de buey y tiró al mar el contenido de la jarra. Se volvió a sentar dejando en la bandeja la jarra vacía y añadió—: Mejor no correr el riesgo. Prefiero que pases la noche con tus sentidos intactos si no te importa.

Max se rio y la miró con esa petulante y satisfecha sonrisa autocomplaciente que a ella no le gustaba especialmente pero que reconocía le provocaba un repentino cambio de su temperatura interior.

—¿Por qué? ¿Quieres que te mantenga ocupada?

Amelia se rio también y se sonrojó un poco antes de señalar:

—No me importaría... pero creo que me gustará más saber que si pasa algo repentinamente serás

capaz de reaccionar.

Max comprendió de inmediato que Amelia estaba más asustada de lo que aparentaba, y también preocupada por todo el movimiento que durante el día habían escuchado en el barco, así como por lo que sucedería al día siguiente. Se levantó de la silla e hizo que Amelia se levantase de la suya para poder tomar él su asiento sentándola, a continuación, sobre su regazo.

—Mel. No tengas miedo. Estoy aquí. Contigo. No dejaré que te ocurra nada. Te protegeré.

Ella resopló.

—¿Y quién te protegerá a ti?

Apoyó la cabeza en su hombro, pues no quería que viese el miedo que le provocaba la idea de que a él le pasase algo o que el Portugués, si se viese acorralado, llevara a cabo la amenaza que le hizo el primer día de acabar con su vida en venganza. Max le cubrió la cintura con un brazo y alzó el otro para poder acariciarle la mejilla.

Le enternecía lo preocupada que siempre estaba por él. En los últimos años cuando se despedía de ella antes de zarpar a algunos de sus viajes, siempre le

deseaba suerte, pero sobre todo le insistía en que tuviese cuidado y lo hacía con una ternura que le conmovía ya entonces.

—Mel, cariño, no me va a pasar nada, a ninguno de los dos.

La besó en la sien mientras ella se dejaba abrazar y acariciar. Después de unos minutos suspiró y alzando la cabeza para mirarlo dijo:

—Entonces, ¿tomamos nuestra última cena? —Le sonrió.

Max se rio y asintió, y cuando ella iba a levantarse para sentarse en la otra silla él la retuvo.

—Si no te importa me gusta esta postura. —Le besó provocativamente el cuello—. Pero como tengo mis manos ocupadas te corresponde darme de comer.

De nuevo la besó mientras cerraba su abrazo. Amelia se rio casi como una niña traviesa disfrutando de sus suaves caricias y alargando la mano para coger del plato de embutidos unas lonchas y después un poco de pan se removió en su regazo para poder moverse mejor.

—Está bien, te daré de comer si prometes que después pagarás debidamente por mis servicios.

Le acercó un bocado a los labios y tras devorarlo sin parar de sonreír Max contestó:

—Mi insaciable camarera. —Besó de nuevo su cuello mientras ella le preparaba otro bocado—. Veré si encuentro una forma de pago adecuada y satisfactoria para ambos.

Amelia se rio mientras le daba otro bocado y mirándolo provocativamente aunque con cierto tono de falsa inocencia en su voz contestó:

—Mientras ese pago me satisfaga a mí.

Max de nuevo se rio, pero esta vez tomó otro tipo de bocado. Tras unos minutos de deliciosos “entremeses”, Mel se apartó, y sonriendo con los labios aún enrojecidos después de ser medio devorada dijo:

—Si me convierto en el primer plato, milord, creo que exigiré una gratificación extra.

Max miró la bandeja de la comida, después a Amelia y, mientras se ponía en pie con ella en brazos, murmuró provocativamente:

—Creo que te acabas de convertir en mi plato principal.

De nuevo la besó y la llevó hasta la cama mientras

ella se reía con los labios de Max devorándola realmente.

Casi dos horas después Mel se separó de los brazos de Max, se puso la camisola y los pantalones de seda y cogió la bandeja con la comida. La llevó a la cama, donde Max le hizo espacio para que se pudiera sentar y colocar la bandeja.

—Bueno, milord —dijo Amelia preparando un bocado y llevándolo a los labios de Max, que lo atrapó enseguida—, creo que aún le debo parte de mis servicios. —Sonrió y también comió un poco de fruta, pasándole a Max de inmediato un nuevo bocado—. Umm. —Observó al detalle el contenido de la bandeja—. No recuerdo haber visto este tipo de carne antes ni tampoco esto. —Señaló un cuenco con una especie de crema espesa.

Max inspeccionó el contenido de la bandeja y después contestó:

—Supongo que han llenado la bodega de víveres y estos son productos que abundan en esta zona. A ver, me parece que esto —señaló el contenido del cuenco— es una especie de crema dulce de leche de coco y bananas y las carnes... bueno, no lo sé, supongo que



serán de especies de ganado autóctonas. En este tipo de islas se comen incluso algunos insectos.

Amelia abrió los ojos alarmada.

—¿Insec-insectos?

Max se rio.

—No te alarmes, cielo, no veo ninguno por aquí, pero, en muchos sitios, comen insectos. En muchos países orientales consideran manjares algunos de ellos. He visto comer saltamontes, arañas e incluso escorpiones.

Amelia hizo un gesto de disgusto y miró la comida fijamente, asegurándose de no ver ninguna cosa realmente extraña, después miró a Max, dándole un nuevo bocado.

—¿Alguna vez has probado esas cosas?

—Creo que la única vez que me he atrevido a comer algo en apariencia no demasiado agradable fue en Francia, las ancas de rana, y, sinceramente, no las recomiendo, por mucho que los paladares más exquisitos lo consideren una *delicatesen*.

—Sí, sí, recuerdo que el conde también habló en alguna ocasión de ello porque a la condesa le resultó un plato delicioso, según decía, estuvo horrorizado

durante semanas. —Se rio—. Creo que fue en el viaje de bodas, supongo que quedó impresionado por los gustos culinarios de la condesa y aún no se ha repuesto del susto.

Los dos se rieron. Durante un buen rato dieron buena cuenta de la comida mientras bromeaban. Amelia reconoció que esa especie de crema dulce le resultó especialmente deliciosa, ya que con ella estuvieron muy, muy, pero que muy ocupados gracias a algunos trucos que Max conocía relacionados con la crema, la piel y ciertas formas de saborear ambas al mismo tiempo.

Cuando Amelia se durmió, al fin, la luna se hallaba en su cenit, Max la tapó con su gabán, convencido de que esa leve prenda de seda apenas si servía para cubrir ese bonito cuerpo, y se incorporó para quedar sentado en un lado de la cama con la cabeza de Mel en el regazo. Quería asegurarse de que descansase, porque el día siguiente probablemente fuere especialmente arduo. Además, ni el Portugués ni sus secuaces habían embarcado aún y quería estar atento, dado que desde el ojo de buey se veía la pasarela de embarque y podría comprobar fácilmente el estado en

el que llegaban. Esperaba que lo hiciesen totalmente borrachos, porque eso facilitaría considerablemente el plan de Cliff, puesto que la nave se encontraría con el capitán temporalmente indispuerto, especialmente a primera hora.

Durante unas cuantas horas se relajó observando a Amelia dormir, o cerrando los ojos aun permaneciendo despierto, acariciándole el pelo, los hombros y ese precioso cuello.

Calculó que faltaba una hora para el alba cuando el Portugués embarcó “maldición, está totalmente sereno. Solo habrá buscado compañía femenina...”, gruñó, pero no se movió. Al cabo de un rato la puerta del camarote se abrió con fuerza, lo que la hizo chocar de manera estruendosa despertando a Amelia, que casi se incorporó de un brinco. Max la sujetó para que no se asustase mientras veía cómo el Portugués se plantaba en medio de la habitación y cruzaba los brazos en su pecho.

—*Bom dia, capitão, senhorita*, veo que han descansado... Mejor, porque estoy seguro que querrán aprovechar sus últimas horas juntos. —Max notó la tensión que se apoderó del cuerpo de Mel, se acercó a

su cuerpo suavemente—. Mañana a estas horas estaremos frente al puerto de Madeira, donde recuperaré lo que me pertenece y usted —miró con frialdad a Max— pagará la deuda que me debe.

Max sonrió y contestó con desdén:

—Si lo estima necesario.

A Amelia se le erizaron los pelos de la nuca por el tono suave, casi melodioso, que empleó, sabiendo por la expresión del Portugués que eso le enfureció. El pirata le sostuvo la mirada fijamente unos segundos, y después se marchó a grandes zancadas, pero desde el umbral dijo con un tono que era una clara amenaza:

—Lo estimo necesario, sin la menor duda, *capitão*.

Tras cerrarse la puerta, Amelia se volvió para mirar a Max, pero este simplemente sonrió, le acarició la mejilla y acercó sus labios.

—Mañana a estas horas estaremos camino de casa, él estará preso o muerto y tú y yo nos centraremos en cosas más interesantes.

La besó mientras la encerraba en un fuerte abrazo. Amelia sabía que solo quería distraerla y tranquilizarla, y tras unos pocos segundos poco le importó, se dejó llevar por esos labios, esa lengua y ese cuerpo que se

adhería tan sugerentemente al suyo y mandó al diablo al Portugués, a su barco y a todo lo que no fuese Max, ella y ese calorcito tan agradable de sus entrañas. Max interrumpió el beso con una clara renuencia de Amelia y se puso de pie, llevándola consigo.

—Cariño —la besó ligeramente en los labios—, será mejor que nos vistamos y que estemos preparados —. Amelia simplemente lo miró con las pupilas dilatadas y disfrutando aún de ese abrazo—. Cielo. —Max se separó de ella cuando estuvo seguro de que se mantendría firme sobre sus propios pies, sonriendo incluso divertido por conseguir ese efecto en ella cuando acababa de escuchar cómo les amenazaban—. No te olvides de coger tu pistola y esconderla bien entre tus faldas.

“Y más tarde seré yo el que se esconda bien entre tus faldas, o más concretamente debajo de ellas”, sonrió y con un leve empujoncito la guio hacia la jarra de agua, el jabón y la palangana.

Mel, por fin, reaccionó. Se aseó y se vistió sin rechistar. Max, divertido, la miraba de hito en hito mientras él hacía lo mismo, sabiendo que, probablemente, esa sería una de las pocas veces en su

vida que conseguiría que Mel obedeciese una orden directa de manera tan diligente, sin rechistar, discutir o hacer algún comentario.

Mel cogió un vaso de agua, se sentó en la mesa y extendió el trapo donde guardaba las hierbas, seleccionó unas y las trituró para a continuación mezclarlas con el agua. Se bebió todo el contenido e hizo un mohín de repulsión al dejar el vaso de nuevo sobre la mesa.

Max la miró con la ceja levantada. Ella sacudió los hombros con gesto de disgusto por el sabor y dijo:

—En realidad, se supone que hay que hervirlas, y no sé si servirán solamente machacadas, pero, desde luego, no se puede decir que sean sabrosas.

De nuevo Max arqueó la ceja y ella lo miró seria como si aún le resultase incomprendible que no entendiese lo que hacía.

—Las náuseas, ¿recuerdas?, como has dicho, mejor estar preparados.

Max echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse a carcajadas para, a continuación, tomar a Mel de la mano dándole un pequeño tirón para ponerla de pie atrayéndola hacia él

—Ay, amor. —Depositó un beso en su frente y mantuvo sus labios ahí—. No cambies nunca.

Mel alzó los brazos y también la cara, ofreciéndole los labios después de decir:

—No creo que pudiese lograrlo ni aunque lo intentase.

Tras besarla, Max la miró.

—Tienes razón. No son muy sabrosas.

Mel le dio un pequeño golpecito en el hombro mientras le reprendía diciendo:

—Eso no ha sido muy galante... —frunció el ceño—, milord, debería decir que mis besos son siempre sabrosos.

Max se rio.

—Querida, ¿y mentir? —Negó con la cabeza—. Eso no lo haré jamás. —Mel sonrió muy a su pesar, él acercó sus labios a su mejilla y añadió—: Pero como no puedo mentir le diré, milady, que sus besos han sido siempre muy sabrosos, por lo que he de rogarle encarecidamente que no vuelva a tomar semejante brebaje nunca más.

Mel se rio y después besó su mejilla.

—No volveré a hacerlo, espero. —Se separó de él

y añadió—: Pero como me resulta muy agradable ser besada por vos, milord, creo que puedo remediar, para tranquilidad de ambos, esta situación. —Sacó el bastoncito para los dientes que les habían proporcionado con las cosas de aseo y los polvos para lavárselos y se los enseñó antes de usarlos.

Max se rio y mientras ella terminaba, se sentó para ponerse las botas, guardó la navaja en la derecha como era su costumbre y la pistola en el bolsillo interior del gabán, que después se pondría para salir del camarote, dejándolo sobre el respaldo de la silla. Antes de ponerse de pie se encontró con Amelia sentándose en su regazo y alzando sus brazos alrededor de su cuello.

—¿Max? —Él ya estaba centrando su atención en su adorable cuello—. ¿Por qué habrá entrado el Portugués solo para decir eso?

Max alzó la cabeza para poder mirarla.

—En realidad, no ha entrado para decir nada sino solo para hacernos saber que estaba de vuelta. Intentaba intimidarnos. O más concretamente, intentaba intimidarme a mí.

—Ah —no añadió nada más, simplemente lo miró. Max iba a acariciarle la mejilla para tranquilizarla



cuando le sorprendió diciendo—: Pues no lo ha hecho muy bien, ¿no te parece? —Sonrió arrogante.

Max tuvo que contenerse para no soltar abruptas carcajadas, sonriendo contestó:

—De nuevo, pequeña, te ruego, no, te suplico, una promesa solemne de que no cambiarás nunca. —La besó tiernamente—. Definitivamente, vas a ser mi perdición. Te adoro, Mel.

Ella rio tontamente y serpenteó sobre él para colocarse mejor dentro de su abrazo. Después de eso Amelia se derritió entre esos fornidos y varoniles brazos mientras la besaba y la acariciaba tan posesivamente que se preguntaba cómo podría una mujer no sucumbir a un placer como ese. Era imposible, pensaba, imposible.

Max la mantuvo el resto de la mañana entretenida con besos, caricias, conversando juguetonamente con ella. Aun así permaneció, en todo momento, atento a los ruidos del barco, las voces, los pasos cerca del camarote, las órdenes dadas desde el puente en voz alta, gritando para que las escuchasen los marineros que estarían en los palos maniobrando con las velas. Mel lo sabía, lo notaba cada vez que el gris de sus ojos

dominaba al azul convirtiéndolo su mirada en el frío espejo del marino, del militar que en esos momentos latía dentro de él. Por ello, procuró mantenerse también con el oído y sus sentidos alerta, pero en cuanto Max la tocaba o la besaba, aturdiría todos sus sentidos, por eso lo hacía el muy truhan.

Pasado el mediodía Amelia preguntó a Max si creía que el plan estaba dando resultado, ya que no les habían llevado ni el desayuno ni el almuerzo y apenas escucharon movimiento en el último par de horas en la parte más cercana a la puerta de su camarote. Max se limitó a encogerse de hombros, pero llevaba un buen rato de pie, en una posición muy tensa y con el gabán ya cubriéndole el cuerpo a pesar del calor que empezaba a hacer algo asfixiante el aire de aquel camarote. Estaba muy concentrado en los ruidos del barco, en las órdenes cada vez más espaciadas en el tiempo, se escuchaban dar desde la parte más lejana de la cubierta hasta que, con ambos en un cauteloso silencio, se dejó de oír ruido alguno, pues apenas se escuchaba nada dentro el barco solo el crujir de la madera, el agua golpeando el casco, el movimiento de las velas por el viento y leves golpes en la cubierta,

pero no se escuchaban voces, ni pasos de hombres, ni...

Con fuerza se abrió la puerta del camarote. En un abrir y cerrar de ojos se vieron rodeados por varios piratas furiosos encabezados por el Portugués, que les apuntaba con un arma y les miraba furibundo.

—¡Vamos! —gritó mientras con un movimiento de la pistola señalaba la puerta.

Fueron separados por varios hombres. Max quedó sujeto por ambos brazos por dos enormes piratas, grandes como gigantes, teniendo delante y detrás de él otros dos controlándolo. Max los reconocía de haberlos visto cruzar la pasarela esa mañana con el Portugués. Amelia tenía a su espalda a otros dos piratas, sin embargo, lo que la asustó fue que el Portugués la sujetó con fuerza por un brazo, obligándola a permanecer muy cerca de su cuerpo, algo adelantada y sirviéndole de barrera mientras, además, le apuntaba en el costado con la pistola.

—¡Fuera! —volvió a gritar.

Con un empujón guió a Amelia a seguir los pasos de Max, que era sacado a la fuerza del camarote. Con pasos bruscos, golpeando las estrechas paredes de ese

pequeño corredor salieron a la cubierta donde yacían muchos de los marineros del Portugués inconscientes o en un estado similar a la embriaguez extrema. Amelia rio para sus adentros pero procuró no hacer ningún movimiento o ruido que alterase al Portugués, que seguía apoyando el cañón de la pistola en su costado y empujándola violentamente mientras cruzaban toda la cubierta hasta llegar al alcázar.

Aunque Max era empujado delante de ellos por varios de esos hombres, todos armados hasta los dientes, no dejó de mirar para atrás, cerciorándose de que Amelia también era llevada en la misma dirección. Por el rabillo del ojo en cuanto salieron a pleno sol vislumbró a Rolf y a otro de los hombres de Cliff semiocultos detrás de dos bultos a su izquierda y, más adelante, también, su experto ojo vio el movimiento de otros dos hombres aparentemente preparados para luchar cerca del puente. En cuanto se halló en el primer escalón que subía al alcázar consiguió ver el movimiento que había hecho Cliff desde su escondite justo detrás del timón para hacerle saber que estaba allí.

Nada más encontrarse en el centro del alcázar, a

Max, que permanecía fuertemente sujeto con los brazos a su espalda, los piratas le hicieron girar, quedando en la dirección contraria al viento pero mirando a la cubierta. Pudo entonces comprobar cómo, sobre esta, se hallaban los pocos hombres de la tripulación que parecían despiertos en un estado de semisomnolencia y aturdimiento, manejables incluso por un niño de diez años. El resto parecía profundamente dormido, y si no fuera porque conocía la razón de ese estado, pensaría que estaban totalmente ebrios. Miró al Portugués y por la forma en que miraba a sus hombres estaba convencido de que él creía que estaban todos borrachos.

—Bastardos, patanes... —refunfuñaba realmente molesto.

—Debería haber advertido a su tripulación que no abusasen del alcohol hasta el final de su aventura, capitán —Max lo hostigó.

—¡Cállese, maldito inglés! —le espetó mientras con la cabeza hacía un gesto para que uno de esos hombres le golpease.

Max recibió varios golpes en el estómago y otro en la mandíbula, y aun así siguió sonriéndole desafiante.

La mirada del Portugués se centró, de repente, en la proa del barco, y Max siguió su mirada. Vio la goleta de Cliff acercándose muy rápido, mientras por el otro lado se empezaban a colocar desde la distancia dos grandes naves para el ataque abordaje de la embarcación. Los tendrían encima muy pronto. De nuevo espoleó al Portugués.

—Creo, capitán, que nos van a abordar y sus hombres no parecen muy dispuestos a batallar esta mañana.

El Portugués lo miró y le apuntó con el arma.

—Cállese, o le mato aquí mismo, estúpido inglés.

Max volvió a sonreírle. Amelia estaba a punto de gritarle que se callase. No lograba entender por qué le estaba alterando de ese modo, ¿qué lograba con hacerle perder los estribos? Iba a conseguir que lo matase. Con horror vio cómo el Portugués apuntaba a Max, de repente, fue zarandeada y empujada contra el cuerpo del Portugués, quedando su espalda bruscamente pegada al pecho de este, que cambió su agarre pasando el brazo por la cintura de Amelia, sujetándola firmemente contra él mientras de nuevo cambió la dirección de su pistola, que pasaba a apuntar

directamente a su cabeza. Vio en una ráfaga de tiempo cómo los ojos de Max se dilataron, pasando a denotar un horror evidente.

—No haga ni diga nada más o lo último que verá antes de morir será la sangre de su linda cabecita bañando la madera.

Max se quedó clavado en el sitio con el rostro como el de una estatua, blanco y tan rígido que parecería sin vida si no fuese por el fuego y el brillo asesino que salía a raudales de sus ojos.

—Si le hace el menor daño lo despellejaré vivo y después lo colgaré del palo mayor.

Lo dijo sin alzar la voz pero con una frialdad y un odio que a Amelia le heló la sangre. El Portugués volvió a mirar al horizonte y después a Max, amenazando furioso a continuación:

—Si es un barco de la marina les utilizaré como rehenes pero si no, al menos me servirán como mercancía para vender.

Miró de nuevo los cuerpos tendidos de la cubierta maldiciéndolos a todos, siendo consciente de que no podría hacer frente al barco que se les acercaba y que no iba a pasar de largo porque se dirigía directamente

hacia ellos.

Max miró rápidamente a Cliff y este a Max y comprendieron enseguida que debían actuar en ese instante, pues el Portugués había dirigido momentáneamente su atención hacia otro lado. Cliff salió de donde se hallaba oculto al tiempo que disparaba a uno de los hombres que sujetaba a Max. A partir de ese instante todo ocurrió tan deprisa que resultaba confuso. Max, de un violento empujón, se zafó del segundo hombre que le mantenía sujeto lanzándose de inmediato contra el Portugués y Amelia mientras que Cliff y el hombre tras de él se encargaban de los otros piratas que había en el puente.

El Portugués se vio sorprendido y sin tiempo para reaccionar se encontró empujado contra el suelo llevando consigo a Amelia que, por un segundo, se vio rodeada por el cuerpo del Portugués y el de Max mientras sentía el fuerte golpe en el hombro que se daba contra el suelo. Viéndose liberada del brazo del Portugués al ser agarrado por Max, se quedó tendida en el suelo, algo aturdida, escuchando a los dos hombres forcejear, un disparo justo a su lado, otros dos, no tres, un poco más alejados.



De nuevo, unos fuertes brazos la levantaron del suelo y la empujaban contra un cuerpo y acto seguido una fría hoja de metal le apretaba la garganta mientras la sujetaban tan fuerte que le causaba un dolor agudo no solo en el brazo, sino también en las costillas. Apenas pudo gemir. Alzó la vista y frente a ella vio a Max incorporándose con cierta dificultad y enseguida comprendió que era porque le había disparado. Veía cómo uno de los costados de la camisa que dejaba ver el gabán que aún le cubría comenzaba a bañarse de sangre.

Amelia cruzó sus ojos con él. Sus miradas permanecieron fijas el uno en el otro apenas unos segundos. Junto a Max se colocó Cliff apuntando con una pistola al portugués. Max sacó otra de su gabán e hizo lo mismo.

—No tiene escapatoria. Déjela y puede que no le dispare en este instante —dijo Max con un brillo asesino en los ojos.

El Portugués la apretó más contra él y la obligó a alzar un poco la cabeza y a echarla hacia atrás al apretar la hoja contra su cuello. Los dedos de Max y de Cliff se tensaron alrededor del puño de sus pistolas.

—Y darles el placer de ahorcarme después. No, bastardos, a mí no me colgarán los ingleses.

Dio un empujón hacia atrás, obligando a Amelia a caminar de espaldas pegada a él. Bajaron del puente seguidos de cerca por Max y Cliff, que mantenían sus pistolas en alto.

—Voy a matarlo. —Amenazó con una voz ronca Max.

Ver a Amelia en manos de ese hombre le provocaba una violenta ira asesina pero ver su pequeño cuerpo atrapado contra el suyo con la hoja de un cuchillo contra su cuello le estaba haciendo sentir un terror desconocido, y peor fue notar cómo cada movimiento de la mano del Portugués amenazaba con cortarla, empezaba a entender la expresión “verlo todo rojo”. Era, además, consciente que un mal movimiento, un tropiezo o un gesto violento podían sesgarle la vida a Amelia. El miedo y el frío recorriendo violentos sus venas dejándolo a un paso de la parálisis, era aterrador. Por primera vez en su vida se sentía impotente y al mismo tiempo una salvaje, animal y primitiva furia que le llevaría a descuartizar a ese hombre y nadie se lo impediría.

Llegaron hasta el camarote del capitán y el Portugués, de un empujón con la pierna, lo abrió y llevó consigo a Amelia. Cuando hubieron cruzado el umbral Amelia escuchó tras su oreja:

—Ciérrala.

Apenas podía moverse. El brazo que tenía libre pareció responder por ella, y tembloroso se entendió y empujó a duras penas la puerta hasta cerrarla, quedando ella dentro con el Portugués y Max, Cliff y dos de los hombres de este al otro lado.

Como ambos permanecían mirando en dirección a la puerta ninguno se percató de la presencia a su espalda de un hombre. De nuevo, Amelia se vio empujada hacia un lado, notando con el movimiento cómo el frío metal rasgaba su piel. Desde la posición en el suelo en la que se hallaba vio al Portugués forcejeando con un hombre. Rolf, ¡era Rolf! Varios golpes, el movimiento de la puerta abriéndose tan violentamente que saltaron los goznes y un disparo.

Por un breve instante todos los que estaban en el camarote parecieron estatuas, todos paralizados, todos fijos en su sitio. cayó al suelo con los ojos muy abiertos, una mueca de dolor en el rostro y el cuchillo

en la mano, que mientras caía al suelo parecía ir deslizándose de entre sus dedos. Rolf frente a él jadeaba, con un corte en el hombro que empezaba a sangrar y alzaba la mirada hacia lo que hasta ese momento había quedado a la espalda del Portugués. Hacia esa dirección también se giraron las cabezas de los tres hombres que acababan de entrar a tropel mientras la puerta colgaba precariamente de sus junturas. Todos miraron a Amelia, que permanecía de rodillas en el suelo, con el brazo extendido, una pistola humeante en su temblorosa mano y los ojos asustados en los que empezaban a asomar lágrimas.

—Iba, iba, iba a clavarle el cuchillo, iba... —Su voz era tan temblorosa como su mano.

Max se acercó rápido, se arrodilló frente a ella y quitándole de las manos la pistola la dejó a un lado y enseguida la abrazó, temblando tanto como ella.

—Mel —susurró contra su cuello.

Las lágrimas ya estaban cubriendo su rostro, y con la voz ahogada casi rota, con la vista fija tras el hombro de Max, que cada vez la apretaba más fuerte preguntó:

—¿Está, está muerto?

Max se separó de ella solo un poco para sujetarle el rostro entre las manos. Estaba temblando, tan asustada que a Max le desgarraba el alma. La estrechó contra su cuerpo sujetándole la cabeza contra su pecho.

Rolf se colocó a la espalda de Max.

—Gracias, señorita. Le debo la vida, iba a hundirme el cuchillo en las tripas. Gracias.

Mel alzó la cabeza para mirarlo con los ojos llenos de lágrimas y con la barbilla aún temblorosa no pudo decir nada.

Rolf asintió con la cabeza y de nuevo dijo:

—Gracias.

Cliff le palmeó la espalda y miró su hombro.

—Ve con Martín a que te vende la herida, te la curaremos en cuanto el almirante enganche las dos naves. Ellos se encargarán de encerrar a esos de ahí fuera y a los que están abajo.

Se acercó a Max y a Amelia. Le dio un golpe a Max en el hombro que, en vez de incorporarse y soltar a Amelia como pretendía Cliff, lo que hizo fue ponerse de pie llevando consigo a Amelia y cerrar sus brazos en torno a ella y cubrirla del todo. Cliff sonrió.

—Max, suelta a la pequeña, no la hemos salvado

para que ahora me la mates por asfixia.

Max se giró para poder mirar a Cliff, llevando de nuevo consigo a Amelia, y aunque aflojó el abrazo no la soltó, y ella no parecía querer que lo hiciera porque con la cabeza apoyada en el pecho de Max lo único que hizo fue sonreír tímidamente a Cliff.

—Te perdono la impertinencia, amigo, porque vas a ser mi padrino —dijo sonriendo.

Cliff estalló en carcajadas mientras con la mano acariciaba el rostro enrojecido de Amelia, después la miró fijamente y preguntó:

—¿Estás bien, pequeña? —Mel asintió. Cliff frunció el ceño bajando un poco la dirección de sus ojos—. Max, suelta a mi hermana un momento —añadía al tiempo que apartaba uno de los brazos de Max para liberarla. La hizo ponerse mirándolo y sujetándole el mentón le alzó la cabeza mientras ladeaba la suya y miraba con gesto de desaprobación —: Tienes un corte, Mel, no es profundo pero querría...

No llegó a terminar la frase porque Max la cogió, la alzó en sus brazos y la llevó hasta la mesa, donde la sentó dejando sus piernas colgando.

—No te muevas —dijo nervioso. Se giró, miró a Cliff disgustado—. ¿Qué haces ahí parado? Ve a buscar ayuda, ¡Vamos! ¿No ves que está herida? —Al ver que Cliff simplemente le miraba mientras comenzaba a alzar los labios con una sonrisa burlona, añadió como si estuviese arengando a sus tropas—: No te quedes ahí, zoquete, ¡Mueve los pies!

Amelia, por encima del hombro de Max, miró a Cliff totalmente ruborizada e hizo un gesto con los hombros como diciendo, “a mí no me mires, el loco es él”.

Cliff prorrumpió de nuevo en carcajadas y se giró para salir del camarote.

—¡Por todos los diablos! —decía entre risas, y con un tono burlón añadió—: Ni un “gracias, amigo”, un “te debo una, compañero”, o un “¡eres un héroe!”. No, no, el muy patán me llama zoquete y me convierte en sirviente. —Se giró al llegar a la puerta y alzando las cejas con una sonrisa triunfante miró a Max, que seguía enfurruñado mirando alternativamente a Amelia y a Cliff, señaló—: Recuerda, muchacho, que es la familia de la novia la que ha de dar su consentimiento al enlace. —Acto seguido esquivó un objeto de la

mesa que Max le arrojaba. Empezó a reírse y mientras se marchaba decía—: Iracundo, mal genio, posesivo, autoritario... No sé, no sé. No pareces un pretendiente apropiado para mi hermanita.

Amelia y Max escucharon las risas de Cliff más allá de la puerta. Max volvió a centrar su atención en Amelia, se quitó el gabán, que dejó caer al suelo, y puso las manos alrededor de su cuello con delicadeza, acariciándolo

—¿Te duele? Cariño, lo siento, es culpa mía. Ese maldito te secuestró por mi culpa.

— Max, estoy bien, no duele. —Mintió—. Solo es un rasguño.

La miraba preocupado, alterado, “¿asustado?”, se preguntaba Amelia. Tenía el corazón en un puño, tan conmovida, tan feliz de verle a salvo. ¿A salvo? De repente recordó que él sí estaba herido, su expresión cambió, se tornó en alarma, en miedo. Saltó de la mesa y empezó a tocar a Max.

—¿Dónde? —preguntaba sin parar de tocarle temblorosa—. ¡Max! —gritó enfadada cuando vio la sangre en el costado. Puso las manos en sus hombros y lo empujó hacia atrás para que quedase apoyado en



la mesa y le abrió casi con violencia la camisa—. Tú sí estás herido —decía antes de lograr ver la herida—. Estúpido cabezota. Estás herido y preocupándote por un simple rasguño. —Por fin vio la herida y por un momento se quedó paralizada, perdió el color del rostro y casi ni se atrevía a tocarle. Tenía una especie de corte en el costado, sangraba—. Burro inconsciente, asno petulante y engreído, te crees inmortal seguro...

Se agachó y de un tirón desgarró su enagua colocando la tela sobre la herida. Empezó a divagar, soltando una diatriba sobre la arrogancia de los hombres que se creen poder lograrlo todo aun estando gravemente heridos, de los presuntuosos marinos que se creen capaces de lograr alcanzar la luna con su sola arrogancia. Max la dejó descargar su iracunda y sin sentido parrafada para que lograra librarse de la tensión que hasta ahora debía haber sentido. Además, le resultaba divertida esa preocupación exagerada. Sentía el calor que le llenaba el corazón viéndola tan conmovida, tan preocupada por él. Después de un rato le agarró las muñecas y la detuvo.

Con una voz a medio camino entre el susurro y el tono meloso que empleaba para seducirla por fin dijo:

—Mel, estoy bien.

Ella alzó la mirada entre alarmada y furiosa:

—¿Que estás bien? ¡Que estás bien! —Empezó a enrojecer de ira—. ¡Te han disparado! ¡No estás bien, bruto! —le gritó. Empezó a respirar fuerte y con la voz desgarrada y las lágrimas empezando a caer por sus mejillas, sollozó—. No estás bien, loco, te-te han disparado... te... podrían... haber... matado... ¿No... lo... entiendes? No... te... puedes... morir...

Max tomó su rostro entre sus manos y acariciando sus mojadas mejillas se lo acercó al suyo.

—Mel —su voz era suave, una cadencia hipnótica—, amor, mírame. Estoy bien, no me ha pasado nada y no voy a morirme. Cariño —esperó a que ella le mirase bien—, no voy a morirme. No voy a dejarte. Nunca.

La besó mientras bajando los brazos la rodeaba y la pegaba a su pecho desnudo pues, asustada, le había desgarrado la camisa que ahora quedaba totalmente abierta y caía rota por sus costados. Después de besarla y notar cómo ella se relajaba un poco al fin, posó el rostro de Mel en su pecho, acariciándole con una mano su mejilla y apoyando el mentón en su

cabello.

—Mel, amor. Estamos bien, a salvo, y ahora no vas a poder librarte de mí. Tendrás que soportar a este estúpido, petulante y arrogante marino para el resto de tus días.

Mel se rio suavemente sin apartarse de él, dejando que el calor de su cuerpo y el ritmo de su corazón le calmaran y colmaran de una sensación de paz y plenitud. Rodeó su cintura con sus brazos intentando no rozar la herida de su costado. Después de unos minutos algo le atravesó el corazón.

—Max.

El permanecía cómodamente apoyado en la mesa con las piernas rectas con Mel colocada entre ellas y con su cabeza apoyada sobre la de Mel mientras acariciaba con una mano su mejilla y con la otra dibujaba círculos en su espalda.

Con un hilo de voz susurró.

—He, he matado a un hombre.

Max detuvo sus caricias y colocando los dedos bajo su mentón la hizo mirarlo.

—No, cariño, has salvado a un hombre. —Le besó la frente y volvió a mirarla—. No lo olvides.

Ella lo miró unos segundos y cerró los ojos.

—Pero...

La interrumpió:

—No hay peros. Mel, mírame. —Ella volvió a abrir los ojos—. Has salvado a un buen hombre impidiendo que un asesino, un pirata despiadado y sin escrúpulos lo matase. Has salvado la vida de un hombre. ¿Lo entiendes?

Mel suspiró y solo asintió dudosa para enseguida ocultar de nuevo su rostro en su pecho abrazándolo fuerte. Necesitaba sentirlo cerca, sentir su fuerza, oír su corazón. Suspiró.

—Supongo que tendré que olvidarlo —dijo con la voz apagada.

Max cerró aún más los brazos pues, en cierto modo, comprendía cómo se sentía. Ella sabía que había hecho lo correcto, pero aun así la vocecita de su conciencia le decía que había matado a un hombre. Pero esa vocecita poco a poco se callaría y el sentido común la haría apagarse finalmente. Era cuestión de unos días. Él se encargaría de que Amelia supiese que había actuado como debía, que había salvado la vida de Rolf y además lograría que olvidase incluso que alguna

vez existió alguien a quien llamaban el Portugués. Nunca más pensaría en esto.

Permanecieron así abrazados hasta que un carraspeo desde la puerta les trajo de vuelta a la realidad que les rodeaba. Ambos miraron en esa dirección. Bajo el umbral de la puerta, llenándolo por completo con su envergadura y su gran porte aristocrático, se encontraba, caminando ya hacia ellos, la enorme y sonriente figura del almirante. Amelia se zafó del abrazo de Max y corrió la distancia que le separaba mientras el almirante abría los brazos para recibirla.

—¡Almirante! —exclamó justo antes de encontrarse dentro del abrazo de oso del veterano marino.

—Mi querida niña. ¿Estás bien, pequeña? —preguntó besando su coronilla antes de separarse de ella para verla bien. Amelia asintió y sonrió.

Max, que también se había acercado, alargó el brazo para darle la mano y este se la estrechó con fuerza, sonriendo relajado.

—Padre, me alegra verle.

—La alegría es mutua, hijo. Estábamos

terriblemente preocupados. —Miró entonces su costado y la herida de este—. Parece que vamos a necesitar un médico.

Amelia se separó del almirante y volviéndose para mirar a Max, dijo con cierto sarcasmo:

—Siempre he dicho que el almirante es un hombre muy inteligente. Algunos podrían tomar ejemplo. —Levantó la ceja desafiante.

Max suspiró con resignación y entornando los ojos contestó:

—Está bien, mujer testaruda.

El almirante sonrió.

—En ese caso, espero que estéis listos para abandonar esta endemoniada nave. —Max lo miró un segundo y comprendiendo su padre la pregunta que estaba a punto de formular añadió—: Nuestros hombres ya se están encargando de los prisioneros. Algunos de ellos se quedarán a bordo y dirigirán el barco con las otras dos naves de Cliff, que están muy cerca. Ellos los escoltarán hasta Madeira y los pondrán en manos de las autoridades portuarias y del mando de la Marina Real en el puerto. Nosotros regresaremos directamente a casa. Me imagino que esta damita

estará deseando regresar al hogar y nos encargaremos de que lo haga debidamente atendida y con las comodidades necesarias. —Pasó el brazo por los hombros de Amelia y concluyó—: ¿Te parece bien, cielo?

Amelia sonrió y contestó:

—Es posiblemente la mejor proposición que he recibido en los últimos días.

Enseguida se sonrojó y miró a Max, recordando la proposición que apenas dos días antes este le había hecho. Max prorrumpió en carcajadas y señaló:

—Recuérdame, querida, este momento si alguna vez te llamo veleidosa y te ofendes. —Se rio y mirando a su padre señaló—: Creo, padre, que mi futura esposa acaba de preferir un baño caliente, una buena comida y ropa limpia a un marido devoto y entregado.

Amelia se sonrojó hasta el infinito mientras que el almirante apenas tardó unos segundos en comprender el significado de esas palabras. Se rio y manteniendo el abrazo de Amelia volvió a estrechar la mano de su hijo mientras con un brillo de satisfacción en los ojos y una deslumbrante sonrisa señaló:

—¡Enhorabuena, hijos míos! ¡Ya era hora!

En esta ocasión fue Max el que se sonrojó aunque rápidamente se recuperó de su azoramiento y con igual sonrisa y un brillo en los ojos dijo:

—Gracias, padre.

—Al almirante le das las gracias y a mí me llamas zoquete —intervino divertido Cliff apoyado en el umbral del camarote con los brazos sobre el pecho y una rodilla ligeramente doblada y cruzada sobre la otra pierna—. ¡Cómo se nota hacia dónde se dirigen los vientos por aquí! —Resopló y añadió divertido—: Ingratitud y desconsideración. —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Nuevos defectos a añadir a la larga lista. ¡Menudo pretendiente te has agenciado, hermanita!

Amelia lo miró sonriendo, y después a Max, que parecía tan divertido como Cliff:

—Y no olvides añadir indiferente a las tonterías de los necios. —Sonrió.

Cliff miró a Amelia:

—Te lo traduciré, querida. Ese desastre de pretendiente tuyo intenta decirme que me ignora, pero eso significa que, además de ignorante, padece sordera crónica hacia las palabras sensatas. Creo que si



quieres hacerte oír por este impertinente tendrás que usar un lenguaje sencillo, sin dobleces ni dobles sentidos y, sobre todo, carente de significado, de lo contrario, te mirará como si hablastes un idioma desconocido. —Levantó una ceja—. ¿De veras quieres a este dechado de virtudes como esposo? Creo que es un caso sin solución.

Amelia sonrió y miró con ternura a Max:

—¿Qué le voy a hacer? Me gustan las causas perdidas.

Cliff y el almirante empezaron a reírse mientras que Max atraía hacia él a Amelia para abrazarla.

—Gracias, querida, yo también te adoro.

Amelia se rio, apoyando la mejilla en el hueco del hombro de Max, y señaló con un tono meloso que engañaría a cualquiera que no la conociese.

—Creo que ahora estoy lista para aceptar la proposición del almirante, salvo que alguno de ustedes, caballeros, tenga algo que objetar, lo que no será muy bien recibido, al menos no por mi parte. Estoy un poco harta de piratas, barcos y de verme zarandeada de un lado a otro.

Los tres prorrumpieron en enormes carcajadas, y

fue Max el que tiernamente y besando la cabeza de Amelia dijo divertido:

—Eres una pequeña tirana, cielo.

Aunque se ruborizó un poco, sonrió levantando la cabeza para mirar a Max y señaló con firmeza, aunque con aire de inocencia:

—Solo soy algo vehemente.

De nuevo se rieron y Max le besó en la frente.

—Cierto, aunque... —Amelia le dio un pequeño golpecito en el hombro y riéndose de nuevo Max añadió—: Está bien, está bien. —La giró y le dio un pequeño empujoncito para salir del camarote cogiendo al tiempo su mano para mantenerla cerca de él. —Después susurró, aunque para que todos lo oyesen—: Tirana.

Amelia miró por encima de su hombro, resopló ofendida y susurró a su vez en un tono perfectamente audible por los demás:

—Creo que seguiré tu ejemplo y me volveré ignorante a las tonterías de los necios.

Max se rio y Cliff, que les seguía, exclamó:

—¡Estupendo! Otro detalle a añadir a la lista. ¡Mala influencia para ella! Max, a este paso ni siquiera

el ser heredero de un ducado te valdrá para que te reciban en casa de la jovencita.

Max giró la cabeza para mirar a Cliff y dijo frunciendo el ceño:

—No me lo vas a poner nada fácil, ¿verdad, amigo?

Cliff se rio y le dio una palmada en la espalda y contestó:

—¿Y privarme de tan magnífica diversión?, ¡ni pensarlo!

# Capítulo 12

El viaje de regreso fue muy agradable. Incluso Amelia empezó a comprender el encanto que para Julianna tenía el viajar con Cliff, ya que se vio atendida, cuidada y mimada por los tres miembros de su familia pero, también, por la tripulación de su cuñado, que la colmó de atenciones desde el mismo momento que la llevaron a bordo. Incluso consiguió suavizar las náuseas gracias a las infusiones de algunas de las hierbas que cogieron del otro navío.

Lo único que estropeó el regreso fue el que no pudo compartir camarote con Max y, a esas alturas, echaba de menos todas sus “actividades nocturnas”, y muy especialmente dormir y despertarse entre sus brazos. Al menos le aliviaba saber que ese sentimiento era mutuo, ya que Max procuraba buscar ratos para estar con ella a solas, rincones y sitios donde besarla y

acurrucarse por sorpresa con ella y decirle dulces tonterías al oído.

Hubo otra cosa que no solo estropeó esa vuelta a casa, sino que empezaba a preocuparla seriamente, las pesadillas. Desde esa primera noche en el barco de Cliff, y a pesar de lo cansada que estaba, no conseguía dormir bien. Soñaba con el disparo, el cuerpo del Portugués cayendo delante de sus ojos, la sangre, el cuchillo... Los sueños no eran nunca iguales. A veces veía al Portugués peleando con Rolf, otras con Cliff y otras con Max. Pero la pesadilla que más le asustaba era una en la que aparecía ella apuntando al Portugués tras apuñalar este a Max, veía los ojos sin vida del Portugués, su cuerpo tendido sosteniendo un cuchillo ensangrentado y a su lado el cuerpo de Max con los ojos cerrados y sin ningún movimiento. Se despertaba entre sudores fríos, temblores y una sensación angustiada de falta de aire y de un dolor agudo en el pecho, como si se le fuese a salir el corazón. Aunque ella no lo sabía, Max, el almirante y Cliff ya lo había notado, de hecho, tanto Max como Cliff había escuchado a través de las paredes junto a las que se encontraban sus camarotes, los pequeños gritos, la voz

de Amelia mientras tenía esas pesadillas y, sobre todo, el llanto de la misma en algunas ocasiones. El almirante, por su parte, se enteró de la situación cuando después de la segunda noche preguntó a Max y a Cliff antes de que Amelia se reuniese con ellos en el desayuno a qué se debían las sombras bajo los ojos de Amelia y ese evidente cansancio que parecía arrastrar. Al oír lo de las pesadillas el almirante sugirió darle unos días pero si, pasado ese tiempo, continuaban, consideró necesario tomar cartas en el asunto ya que, como dijo “la pequeña no debe sufrir a causa de este incidente y menos por la muerte de un canalla como ese pirata”. De cualquier modo, Max procuraba entretenerla, cansarla durante el día para que llegase agotada a la cama, puesto que con Cliff y su padre a bordo no podría estar con ella esas noches ni abrazarla y consolarla, que era lo que de verdad desearía.

Sin embargo, para sorpresa de los tres la solución apareció la noche anterior a su llegada al puerto de Cork. Tras la cena, mientras los caballeros bebían una copa de oporto, Amelia se disculpó para salir un momento a la cubierta y ver la luna llena de la que

unos minutos antes les había hablado el primer oficial y que esa noche estaba en su apogeo. Apoyada en la barandilla del puente mirando el mar, el bonito cielo plagado de estrellas y una enorme y marmórea luna, se le acercó Rolf, colocándose a su derecha.

—Buenas noches, señorita Amelia.

Amelia ladeó la cabeza y al ver de quién se trataba sonrió y contestó:

—Buenas noches, señor Turner, ¿o puedo llamarle Rolf? Creo que los gemelos le llaman así, ¿no es cierto?

Sonrió .

—Ah... esos diablillos. Si gusta puede llamarme Rolf, para ser sincero —dijo tocándose la nuca—, no creo que nadie me haya llamado señor Turner en los últimos veinte años. —Se rio y suspiró—. Los pequeños pillos del capitán son demasiado listos para marineros como yo. Nos ganan por la mano en la menor ocasión, sobre todo, la pequeñita, Mel, con esos ojitos verdes conseguiría que un hombre le bajase la luna a sus pies.

Amelia se rio suavemente.

—En ese caso, le llamaré Rolf, y le doy la razón,

son dos golfillos adorables y terriblemente irresistibles.

—¿Me permitiría una pregunta personal? — preguntó él tras unos segundos.

Amelia lo miró sin alterarse.

—Pues... Supongo que sí. Después de todo usted ayudó a que nos rescatasen, estamos en deuda con usted.

De nuevo sonrió y a continuación se puso serio:

—¿Tiene pesadillas? —Amelia lo miró sobresaltada, pero antes de decir nada el añadió—: Por favor, no se moleste, es solo que... —De nuevo se tocó la nuca como si estuviera un poco incómodo—. Bueno, lo que quiero decir, ¡demonios, qué difícil es esto! —Suspiró y la miró fijamente—. Verá, lo que pretendo expresar, aunque evidentemente con mucha torpeza, es que no debe pensar más en ese pirata ni en lo que sucedió. Usted disparó a un hombre sin moral ni escrúpulos y lo hizo solo para salvar a otro. Le debo mi vida y no debería hacerse mala sangre por la pérdida del Portugués. Usted no es responsable de su muerte, es decir, usted disparó, sí, pero no le mató. Se mató él con sus acciones. Piense esto, si no hubiese disparado el Portugués habría muerto igualmente a manos de uno



de los capitanes o de mis compañeros, pero habría habido una diferencia, que el que está frente a usted estaría muerto y en un abrazo eterno del mar tras un entierro marinero.

Amelia lo miraba comprendiendo y asimilando sus palabras unos segundos.

—Gracias, es muy amable por decirme eso. Creo, creo que lo entiendo y espero que no crea que lamento haberle disparado. No, no es eso, sé que si no lo hubiera hecho la consecuencia habría sido terrible. Supongo que no me he acostumbrado aún a la impresión, pero le estoy muy agradecida, creo que me ha ayudado más de lo que cree.

Rolf asintió.

—Señorita, de todos modos, le debo la vida, y no lo olvidaré.

Amelia sonrió.

—Pues creo, Rolf, que he de decirle lo mismo aunque, en mi caso, por partida doble, ya que no solo le debo la mía, sino también la de mi prometido.

Tras intercambiar una pequeña mirada los dos se rieron y con una leve inclinación, Rolf se despidió:

—Buenas noches, señorita. Le deseo dulces

sueños.

Amelia sonrió:

—Buenas noches, Rolf.

Más tarde Amelia se hallaba tumbada en su camarote mirando el techo y la silueta del ventanal que se dibujaba por la luz de la luna que entraba a raudales a través del mismo. Tras un rato se sentó en la cama, miró a su alrededor y dijo para sí misma en voz suave:

—No seas tonta, no lo pienses más, ¡hazlo!

Se levantó, se puso la bata y descalza abrió con suavidad la puerta de su camarote, anduvo unos pasos por el corredor y abrió sin llamar y con cuidado de no hacer ruido la puerta del camarote situado junto al suyo. Cerró la puerta, giró la llave y se acercó a la litera situada justo debajo del ventanal. Al llegar se paró en el borde, miró al ocupante de la misma, que dormía con un brazo tras la cabeza, el pelo cayendo ondulado en la frente y sin camisa, estaba cubierto de cintura para abajo, por lo que ella no sabía si también su desnudez alcanzaba esa zona, pero en ese momento prefirió no saberlo por miedo a cometer una locura. Con suavidad, se inclinó sobre él y con una mano le tapó la boca.

Apenas tardó unos segundos en reaccionar, ya que abrió los ojos e iba a hacer algún movimiento brusco hasta que vio quién le tapaba la boca con esa pequeña y suave mano. Amelia se inclinó más hacia él y con el rostro a unos centímetros del suyo susurró:

—Max, no hagas ruido o por lo menos no chilles.

Intentó sonreír mientras retiraba la mano, pero Max había fruncido el ceño y tenía aspecto de querer ponerse a gritar. Contuvo el aliento esperando hasta que él, también susurrando, preguntó:

—Mel, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo?

Amelia sonrió llena de ternura, pues su primera reacción fue solo preocuparse por ella. Se sentó en el borde de la cama mientras él se incorporaba un poco apoyándose en los codos.

—No, no, es solo que quería... —Susurraba todavía.

Max extendió un brazo y apoyó la palma de su mano en su mejilla.

—¿Solo querías?

—¿Te importa que duerma aquí contigo? Solo dormir, lo prometo. “Aunque agradecería que te pusieras amoroso”, pensó.

Max se retiró un poco, dejándole espacio, y dio una palmadita en la cama para que se tumbase a su lado. Amelia sonrió y tras desprenderse de la bata se tumbó a su lado dándole la espalda, apoyándose en su pecho y acurrucándose contra él como si su cuerpo le llamase. Max sonrió, y abrazándola, la atrajo un poco más, acomodando sus cuerpos el uno con el otro.

Apoyando los labios suavemente en su oreja susurró:

—¿Otra pesadilla?

Ella se giró algo asombrada y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Lo-lo sabías?

Max le acarició la mejilla y la volvió a acomodar dentro de su abrazo.

—Sí, amor, lo sabía y estaba dispuesto a tirar la puerta de tu camarote la primera noche, pero Cliff me lo impidió. Más tarde él y el almirante creían que debíamos darte unos días, y me da igual lo que pase o digan, creo que ya he esperado demasiado. No quiero que sufras más, no puedo soportarlo.

Amelia gimió mortificada, y acurrucándose un poco contra él, giró solo la cabeza besándolo en su cuello.

—Siento haberos preocupado. Creo, creo. —Se movió para ponerse de costado mirando a Max, quedando uno frente al otro y con un gesto decidido en su expresión dijo—: No creo, sé que ahora todo va a ir bien solo necesito un poco de tiempo.

Max frunció el ceño.

—¿Y por qué estás, justo ahora, tan segura? —La miró pícaro y añadió—. ¿Tan curativos son mis abrazos? Me considero muy competente en el dormitorio, pero unos pocos segundos entre mis brazos y ¿ya está?, nunca creí que fuera un hombre milagroso pero quizás... —La miró provocativo con esa sonrisa que la derretía.

Ella se rio suavemente.

—Max, me encantan tus abrazos y, desde luego, producen algunos efectos inmediatos en mí pero este del que hablamos, lamento decir, no es uno de ellos. —Él la miró falsamente ofendido y ella sonrió—. Me siento muy segura entre tus brazos pero...

Max la interrumpió burlonamente:

—¿Segura entre mis brazos? Querida, algo debo de estar haciendo mal porque, precisamente, segura no es lo que quiero que te sientas entre ellos.

Ella se rio y le dio un pequeño golpe en el hombro. Max suspiró y le besó en la nariz.

—Tonto, hablo en serio.

Él sonrió de nuevo con ese aire seductor.

—Y yo, querida, y yo. —De nuevo sonrió y la atrajo hacia él quedando, cual largos ambos, totalmente pegados. De nuevo, la besó en la nariz y después la miró a los ojos—. Está bien, está bien, ya paro. Dime ¿por qué estás tan segura de que todo va a ir bien?

Amelia le miró a los ojos y tuvo que concentrarse para responder, le resultaba tan difícil mirarlo y no perderse en ellos.

—Pues, esta noche, tras la cena, Rolf, quiero decir, el señor Turner...

Max se rio entre dientes.

—Llámale Rolf si quieres, cariño. Si lo llamas Señor Turner, estoy seguro de que nadie sabrá de quién hablas.

Sonrió y Amelia le imitó y después asintió.

—Pues bien, Rolf, habló conmigo y me hizo comprender... —Hizo un gesto con la mano—. Bueno, ya sabes, todo. Aunque, en realidad —dijo algo pensativa—. En realidad, lo que hizo fue darme la

perspectiva adecuada, supongo. —Fruunció el ceño y algo avergonzada reconoció—: Para ser justa me dijo algo muy similar a lo que tú señalaste en el otro barco pero, por alguna razón, esta noche sonó distinto. O quizás sonó del mismo modo pero le dio otro significado. Logré comprenderlo. Y por eso creo que ahora todo va a ir bien. Todo está en su lugar. Todo está donde debe estar... —Suspiró y lo volvió a mirar con intensidad—. Lo siento, creo que no me estoy explicando muy bien.

Max le posó unos dedos en los labios y los acarició. Después la cernió con dulzura pero con una considerable dosis de posesión y con los labios pegados a los suyos comentó:

—Te has explicado maravillosamente, amor. Te he entendido y supongo que era lógico que las palabras necesarias fueran dichas por la persona indicada. Aunque Rolf te dijese lo mismo que yo, tú necesitabas escucharlas de sus labios, no de los míos. —Sonrió y con un brillo intenso en sus ojos notándose en su mirada el comienzo del paso del gris al azul que a Amelia tanto le gustaba. Max le susurró sensual y roncamente sobre sus labios—: Además, prefiero

pensar que, para ti, mis labios están destinados a empresas más elevadas y, sobre todo, más gratificantes y placenteras, que decir obviedades.

Dicho lo cual, se apoderó de sus labios con un beso tan tórrido y caliente que Amelia olvidó por completo su propia existencia. De lo único que era consciente era del calor de sus entrañas, de su cuerpo encendido, del cuerpo de Max pegado tan deliciosamente al suyo que parecía reclamarla para él y de esos labios, esa lengua, esas manos acariciándola.

Max pasó entonces a recorrer su cara y su cuello con dulces besos y caricias de sus labios hasta llegar al borde del camisón, donde comenzó a desatar las cintas que cerraban el escote, dejando cada vez más piel al descubierto y a su alcance. Para cuando hubo llegado a sus pechos, Amelia ya se hallaba al borde del delirio. Esos labios, esa lengua recorriendo lentamente sus pechos, sus pezones, saboreándolos, succionándolos fue demasiado para ella, tuvo que aferrarse fuerte a sus hombros para no derretirse allí mismo.

—Max —jadeó.

—Umm.

Él seguía disfrutando de ese cuerpo sensual, tan



suave, delicado y que respondía de modo natural a cada una de sus certeras caricias. Le mordió delicadamente uno de los pechos, provocándole a Amelia una oleada de desenfundada pasión, por lo que le costó un esfuerzo ímprobo decir entrecortadamente, casi sin aliento:

—No, no podemos, nos van... a... oír.

Max rio sobre su piel, provocándole cosquillas. Alzó un poco la cabeza para alcanzar sus labios, deleitándose no solo por la todavía inocencia de Mel sino, además, por ese efecto que conseguía provocar en ella. Estaba tan sonrojada, con la respiración entrecortada, las pupilas dilatadas y ese deseable cuerpecito tan excitado como el suyo. Antes de apoderarse nuevamente de sus sabrosos labios dijo con un tono provocador:

—Puedo ser muy, muy silencioso.

Amelia sentía la cabeza darle vueltas mientras se besaban, mientras él le torturaba los pechos con las manos y cuando de nuevo comenzó un camino descendente con los labios ella intentó decir con esfuerzo:

—Pero yo no sé si podré...

Max se alzó de nuevo riéndose y la miró con una mezcla de ternura, pasión y lujuria que dejaba a las claras sus escasas opciones de detenerse llegados a ese punto.

—Pues, cariño, tendré que darte placer y lograr ahogar tus gritos con mis besos.

De nuevo se rio. Amelia le dio un pequeño golpecito en el hombro y con el ceño fruncido señaló:

—¿Gritos?, creo, milord, que está demasiado pagado de sí mismo.

Después lo deslumbró con una sonrisa desafiante y lo miró provocativamente. Max hizo un ruido a medio camino entre risa y gemido y se apoderó nuevamente de sus labios y tras unos placenteros intercambios de besos y caricias en los que Amelia emitió más de un gemido ahogado entre sus labios, la miró satisfecho y señaló:

—Te prometo que, ahora, lograré que solo grites en tu interior pero en nuestra noche de bodas gritarás tan fuerte, tantas veces y con tanto placer que te verás obligada a reconocerme no solo que te encanta gritar, sino que soy un amante digno de esos gritos.

Rio, completamente encantado de lograr ese

intercambio verbal con ella a pesar de encontrarse ambos a medio camino de la más inevitable perdición. Una vez más se apoderó de sus labios sin darle tiempo a responder. Todo el cuerpo de Max se hallaba a punto de erupción, y el de Amelia no le andaba a la zaga, pues a la primera ocasión en que pudo separar sus labios dijo con un calor en la voz que le salía del fondo de su ser:

—Ahora, Max, ahora, por favor.

Incluso antes de terminar de decir esas pocas palabras Max ya estaba casi arrancándole el camisón y cubriendo su cuerpo con el suyo e, instantes después, se hundía en ella, rodeándose del glorioso calor interior de Amelia, cuyo cuerpo lo recibía gustoso, lo acogía con placer y le acompañaba en cada embestida, en cada roce, en cada envite. De repente se paró, se separó de ella y con un movimiento firme y seguro Max le dio la vuelta, quedando ella boca abajo con la cabeza apoyada en la almohada. Max cubrió su cuerpo con el suyo pero sin dejar caer su peso pasó una mano por debajo de ella y con la palma abierta en su bajo vientre le aupó las nalgas un poco al tiempo que con la rodilla la instaba a separar un poco más las

piernas. La besaba en la nuca, los hombros la mejilla.

Le susurró al oído:

—No grites amor, no grites, muerde la almohada porque te voy a dar tanto placer como tú a mí.

En ese momento la embistió desde atrás manteniéndola sujeta con la mano en su vientre mientras con la otra acariciaba su pecho. Amelia quería gritar, al principio de asombro pero después de placer, de puro placer. Era una postura que la dejaba indefensa y, sin embargo, era del todo increíble la sensación tan intensa que le provocaban sus envites, sus caricias, su aliento jadeante en su nuca. Quería gemir fuerte cada vez que sentía ese fuerte, musculoso y duro cuerpo rozando el suyo, cada vez que se acoplaba más y más. Sus caderas, como si supiesen reaccionar de manera instintiva, respondían a sus movimientos recibéndolo, instándolo, acogéndolo en su interior, tan dentro, tan profundamente que era grandioso, magnífico. Ese miembro duro, terso, caliente y firme parecía llegarle hasta el centro mismo de su ser logrando que ese placer, ese deseo, se intensificaran hasta cotas cada vez más altas avivadas por el diestro movimiento de los dedos de Max entre

sus muslos con el brazo con que la anclaba y rodeaba posesivo, justo antes de estallar y hacerse añicos, hasta lograr subir tan alto y romperse en mil pedazos que los espasmos y las vibraciones finales fueron tan intensas que parecía que se hallaba por encima del cielo volando, flotando en un mar de placer y, sí, tuvo que morder finalmente la almohada para no ponerse a gritar. Max la siguió casi de inmediato. Sintió sus últimas embestidas como si con ellas se acabara el mundo y, finalmente, cuando se derramó en su interior, el delicioso calor en sus entrañas tardó en disiparse.

Ambos quedaron con los cuerpos vibrantes y, al mismo tiempo, tan laxos, relajados y exhaustos, que no podían moverse, solo jadear y recuperar el aliento mientras de nuevo regresaban a la Tierra con el resto de los mortales.

Max no alcanzaba a entenderlo. Era imposible sentir más placer, mayor deleite que ese. Cada vez que entraba en Amelia era como si la tierra temblase a sus pies y se abriese el cielo. Sentía todo ese placer infinito, esa pasión que, de no estar experimentándola en su propio cuerpo, creería inalcanzable, imposible de experimentar y sentir. Y, sin embargo, allí estaba él,

aturdido, con la cabeza dándole vueltas por las reacciones primitivas, desenfrenadas e incontrolables de su cuerpo, con el ansia primitiva de haberla tenido entre sus manos, bajo su cuerpo, entregada por completo a él, dejándolo comportarse como un salvaje y recibéndolo con gloriosa rendición y entrega. Acabó gimiendo de puro placer al derramarse sin remedio en su interior y dándole gracias a los cielos por permitirle vivir esas sensaciones, esos sentimientos, esa liberación absoluta y desconocida para él hasta que la tomó por primera vez. Tenía ganas de ser él que gritase, el que se riese sin freno.

Con cierto esfuerzo salió de su interior, se tumbó boca arriba y colocó a Amelia sobre su cuerpo. Quería sentirla sobre él, su calor, los latidos de su corazón, entrelazar sus piernas con las suyas y, sobre todo, abrazarla, encerrarla completamente entre sus brazos y apoyar su cabeza en ese hueco de su hombro que sentía que le pertenecía solo a ella, a Mel, a su Mel.

Amelia se dejó arrastrar, y cuando con esas fuertes y varoniles manos la colocó sobre su cuerpo para, a continuación, estrecharla de manera tan protectora dentro de sus brazos, fue incapaz de articular palabra.

Se quedó allí, calentita, satisfecha y sintiéndose tan feliz que no tardó en quedarse completamente dormida. Max no se movió cuando notaba que Amelia iba lenta y gradualmente cayendo en el sopor de un sueño profundo. Al contrario, disfrutó del peso de ese cuerpo sobre el suyo, del ritmo cada vez más pausado de sus latidos y su respiración, de la tibieza y la suavidad de su piel y del inmenso placer que le proporcionaba recorrer lenta y suavemente con las yemas de los dedos su espalda desnuda, acariciar sus relajados brazos, cubrir sus bonitas nalgas con sus manos y sentir cómo los suaves mechones de su ondulado cabello caían sobre su pecho, sus brazos y sus costados como si de una sedosa y oscura manta de la mejor y más delicada seda le cubriese por entero.

Amelia se despertó con un cosquilleo recorriéndole el cuello y no tuvo necesidad de abrir los ojos para saber de dónde provenía esa exquisita sensación que le recorría la piel ni quién lograba ese excitante efecto. Ahora yacía tumbada de espaldas sobre el colchón. Los labios de Max la estaban acariciando con tanta suavidad, tanta ternura que no quería moverse para seguir disfrutando plenamente de esas sensaciones.

Después de unos minutos escuchó el ronroneo y la voz de Max vibrando sobre su piel.

—Sé que estás despierta, pequeña tramposa.

Amelia sonrió, pero permaneció quieta y sin abrir los ojos hasta que notó que Max le abría con la mano los muslos situándose cómodamente entre ellos antes de introducir los dedos en su interior y comenzar a torturarlo provocándole oleadas de calor y deseo recorriendo cada una de sus terminaciones nerviosas. Amelia se rio jadeando.

—¿Y tú dices que yo soy la tramposa? —Abrió los ojos y se topó con el ardiente azul de su mirada fija en ella y esa sonrisa tan deslumbrante que casi le corta la respiración. Enseguida él comenzó a acercar sus labios a su rostro, depositando acto seguido ligeros besos desde su boca hasta la curva de su mandíbula para acabar finalmente en su oreja, mordiéndole el lóbulo y dibujando un camino de sensuales caricias lamiendo la línea de su oreja antes de susurrarle:

—Buenos días, amor.

La cadencia de su voz y el suave calor de su aliento casi le provocan el mismo espasmo de placer que la rápida, profunda y certera embestida de su ya



duro y caliente miembro en su húmedo y ansioso interior.

El beso de Max fue lo que ahogó el grito de placer que consiguió aquella certera invasión. A Amelia se le dilataron las pupilas al mismo tiempo que el color se dibujó en todo su cuerpo. Max se apoyó unos instantes sobre sus codos y antebrazos, tomando un poco de distancia para poder admirar mejor los gestos, las reacciones y las bonitas facciones de Amelia, disfrutando de esa intimidad, de ese placer mutuo, de esa entrega de sus cuerpos, de sus corazones y de sus almas. Desde la primera vez que la tomó, supo que no solo era sexo sino que cada vez que la besaba, que la tomaba entre sus brazos e incluso cada vez que la tocaba le estaba entregando una parte de sí mismo y él recibía, a cambio, una parte de ella. Y ella era tan pasional como él, eso le encantaba y le volvía loco.

En esta ocasión ninguno de los dos pareció poder controlarse, pues tomaron y recibieron el placer que se daban, se entregaron sus cuerpos sin restricciones, sin reservas y sin pudor alguno, conteniendo únicamente los gritos y la voz. Otra vez, acabaron jadeantes con brazos, manos y piernas entrelazadas y, de nuevo,

parecían tan exhaustos y satisfechos que no eran necesarias palabras sino solo mirarse a los ojos para comprender lo que sentían, lo que pensaban.

Esta vez, Max tomó un poco de distancia para mirarla, y se encontró con el enrojido rostro de Amelia tan centrado en el suyo como él. Por un segundo, ninguno de los dos dijo nada, no era necesario, pero después ambos prorrumpieron en risas. Amelia pasó los brazos por el cuello de Max, guiándolo para que apoyase su cabeza entre sus pechos para a continuación acariciar con ternura sus cabellos con una mano.

Max permaneció sobre ella, con la mejilla cómodamente colocada en el hueco de sus pechos, abrazándola y dejándose acariciar y mimar. Cuando la claridad de la luz que entraba por la ventana evidenció que estaba muy cerca el amanecer, Amelia rompió el silencioso deleite de ambos diciendo:

—Será mejor que vuelva a mi camarote. Prefiero evitarme una situación embarazosa con Cliff. Se pone muy pesado en su papel de protector hermano mayor. Creo que si me viese aquí contigo, disfrutaría torturándote con unas cuentas semanas de bromas

jactanciosas, de burlas y chascarrillos subidos de tono.

Max la miró y sonrió.

—¡Buen Dios! Ni lo menciones. Si ahora está disfrutando en exceso mofándose al colocarme en el papel de pretendiente enamorado y a él en el de guardián de tu virtud y honra, no quiero ni imaginar si le damos esa munición extra. —Hizo un gesto con la boca que a Amelia le pareció muy gracioso antes de decir—: Cariño, con todo el dolor de mi corazón, por no mencionar de ciertas partes de mi anatomía. —Sonrió malicioso—. Creo que sí deberías regresar a tu camarote. —La miró con fijeza un momento, en el que se fueron azulando sus ojos y, cerniéndose sobre ella de modo más posesivo, añadió con una voz ronca y profunda—: Pero antes...

Tomó por asalto aquellos sensuales, suaves y sabrosos labios, esa boca inocente y también provocativa. Amelia no pudo evitar gemir y responder con gusto y mayor placer a aquella invasión, hundiendo sus dedos en la parte posterior de su cabeza entre los rizos oscuros de su cabeza.

Tras unos gozosos minutos, Max gimió con exasperación e interrumpió el largo y profundo beso

que los había vuelto a encender a los dos. Tomó el rostro de Mel entre sus manos acariciando sus mejillas con los pulgares y con esa intensa mirada que la hipnotizaba dijo:

—Mel, nos casaremos enseguida. No podré aguantar demasiado sin tenerte en mi cama cada noche, sin dormir con tu delicioso cuerpo entre mis brazos y sin encontrar tu rostro junto a mi almohada cada mañana. —Depositó un ligero beso en su boca—. Promételo. Promete que nos casaremos a la mayor brevedad porque, de lo contrario, me veré obligado a raptarte para casarnos en Escocia. —Amelia se rio deleitándose con ese calorcito que invadía su corazón y sus entrañas no solo por la pasión de su mirada sino por la emoción y el anhelo de sus palabras—. Si no lo prometes, amor, no saldrás de esta cama jamás.

Amelia volvió a reírse y con la picardía que conseguía solo cuando estaba con él contestó:

—Umm. —Alzó una ceja—. ¿Así que tu amenaza conlleva quedarme donde estoy ahora mismo?

Los ojos de Max se oscurecieron un poco más.

—Bruja perversa. —La besó una vez más antes de separarse y de nuevo insistió—: Mel, por lo que más

quieras, promételo, en dos semanas serás mía para siempre, ni un día más.

Amelia sonrió, pero esta vez con ternura y mucho amor mientras alzaba una mano para posarla en su mejilla, que ahora pinchaba un poco por el comienzo de barba que empezaba a asomar por su rostro.

—Lo prometo, Max, lo prometo.

Le acarició el rostro unos segundos siguiendo sus líneas perfectas mientras él la miraba con un fuego en el fondo de los ojos que derretía a Amelia. Por fin, el asintió y se incorporó llevándola consigo, sonrió mientras, poniéndola de pie junto a la cama, se agachaba para coger su bata.

—En ese caso, te dejaré volver a tu camarote.

Amelia miró la cama, donde en un rincón se encontraba su camisón hecho jirones, después miró a Max, que abría la bata ofreciéndose a colocársela mientras con una mueca de inocencia, señalaba con cierta diversión y sorna en la voz.

—¿Qué puedo decir? Haces que pierda toda cordura.

Amelia sonrió mientras negaba con la cabeza y se introducía en la bata cubriendo su desnudez. La cerró

y después lo miró sonriente.

—¡Qué bonito! Ahora soy la causa de tu locura. —  
Se rio y alzó los brazos, colgándose de su cuello.

Él inmediatamente rodeó su cintura con sus brazos y la acercó a su cuerpo todavía desnudo.

—Lo eres, cielo, lo eres. Me vuelves loco.

La besó una última vez. Max abrió la puerta del camarote, asomó la cabeza y se giró hacia ella.

—No hay nadie, puedes salir.

Amelia se rio mientras avanzaba para salir.

—Max. —Se paró a su lado y depositó un tierno beso en su hombro—. ¿Qué hubiera pasado si al abrir te hubieses topado con alguien? —Se rio de nuevo antes de salir y susurró una vez en el pasillo antes de correr hacia su camarote—. Aunque personalmente no tenga quejas de ello, cariño, estás totalmente desnudo.

Max se rio, volvió a sacar solo la cabeza y justo cuando Amelia abría la puerta de su camarote y en cuanto ella giró el rostro para mirarlo susurró.

—Por si aún no lo has notado, no soy nada vergonzoso.

Sonrió, con esa sonrisa de truhan seductor que tan bien dominaba y desapareció tras la puerta. Amelia

hizo lo mismo y, tras cerrarla, se apoyó en la puerta y se rio.

Nada más despertarse, tras dormir profundamente un par de horas desde que regresase a su camarote, Amelia se dio un largo baño aromatizado con una fragancia que ella sabía sería de Julianna. En todos los barcos de Cliff había un arcón con ropas y enseres personales de Julianna, los niños y de él mismo. Habían aprendido que era conveniente tener siempre cosas de la familia en sus barcos por si se veían en la necesidad de cambiar de nave en algún puerto o simplemente por si lo requerían en algún momento. Y en ese preciso instante Amelia estaba agradecida por esa costumbre ya que no solo le permitió contar con los adecuados elementos de aseo sino, además, con las ropas y complementos apropiados.

Una vez se reunió con sus tres caballeros andantes en el camarote del capitán para desayunar juntos le informaron que estaban a punto de llegar y que, en apenas tres horas, atracarían en Cork, donde un carruaje les llevaría de regreso a la mansión del conde. Cliff y Max estuvieron muy ajetreados hasta que desembarcaron, por lo que ella y el almirante pudieron

relajarse paseando en cubierta y jugando al ajedrez. Como siempre, fue inapelablemente derrotada por el viejo marino, que era un experto jugador mientras que Amelia una mera novata a pesar de hacer trampas. Aun así, disfrutó con su enorme e inteligente sentido del humor, tan parecido al de Max, su ácido e irónico modo de ver las cosas y con el trato cariñoso y paternal que siempre le dispensaba. Hablaron de los días de cautiverio, de la muerte del Portugués, de sus pesadillas, de la conversación con Rolf y, por su puesto, de su nuevo papel en la familia, ya que si bien siempre la había considerado y tratado como una hija ahora pasaría a serlo a todos los niveles incluyendo el de futura duquesa.

Fue entonces cuando Amelia sacó a colación uno de sus más antiguos temores. La ilegitimidad de su nacimiento, aunque oculto bajo el manto de la protección de tía Blanche, de su apellido y de toda su familia política, no dejaba de ser en cierto modo un riesgo para Max y la familia Rochester, así como para el ducado de Frenton. De llegar a saberse su verdadero origen, los convertirían en objeto de murmuraciones, cotilleos y, en ciertos círculos, de



censura, pudiéndoseles cerrar algunas puertas a ellos y a sus futuros hijos. Pero, como en ocasiones anteriores, el almirante mostró su tacto y comprensión, además de su apoyo incondicional. Consideraba improbable, si no imposible, que esa información llegase a conocerse más allá de las pocas personas de la familia que sabían del secreto. Aun con ello, se mostró firme al afirmar que, en caso de que se llegase a conocer por terceros, tanto él como su familia harían frente a las posibles consecuencias con la cabeza bien alta pues, dijo, no podría esperar una mejor nuera, una mejor duquesa ni una esposa para Max de la que enorgullecerse más de lo que se enorgullecía de ella. Amelia tuvo que hacer un enorme esfuerzo para contener las lágrimas que sus palabras y la seguridad que transmitían le produjeron.

Aún tenía un nudo en la garganta y una mirada de profundo agradecimiento y amor cuando entraron en el camarote Cliff y Max, este último con gesto de resignación y enfado, pues las chanzas de Cliff no solo no cesaban sino que iban en aumento. El almirante se rio en cuanto los vio, negando con la cabeza mientras murmuraba divertido.

—Niños. —Amelia bufó.

A Max se le suavizó el rostro en cuanto posó sus ojos en Amelia y atravesó la sala para ponerse a su lado y besarle la mano. Amelia adoraba el escalofrío que le recorría el cuerpo cada vez que hacía ese leve gesto, así que le sonrió y se mantuvo a su lado mientras Cliff se acercaba al mueble de las bebidas y servía unas copas de licor para los caballeros y acercaba una limonada a Amelia. Aunque no le gustaba el sabor del licor le parecía indignante que siguiese tratándola en ocasiones como esa como una niña pequeña pero, en ese momento, lo dejó estar por no azuzarle más, a riesgo de volverle más susceptible respecto a aquella situación.

—Ya hemos mandado un hombre a buscar el coche. Estará aquí en unos pocos minutos. El primer oficial se encargará del papeleo del puerto y de informar a las autoridades del resultado de nuestro viaje para que den aviso al almirantazgo. También hemos enviado un mensajero para que mande aviso de nuestra llegada a la mansión. Estoy convencido de que nos esperarán ansiosos, de modo que si salimos enseguida podríamos llegar esta misma noche. Creo

que es preferible esa opción que no hacer un alto en una posada, porque todos estarán deseando veros y asegurarse de que estáis bien.

Los tres asintieron, aunque Max gimió por dentro porque se había ilusionado con la idea de pasar una última noche en compañía de Amelia en una posada, lejos de la familia, pues sabía que, desde el instante mismo en que pusieren un pie en la mansión la familia no les dejarían solos, y menos pasar las noches juntos.

El viaje en el coche fue agotador por el constante traqueteo debido al mal estado de las carreteras ya que había llovido sin parar la noche anterior y, además, con idea de llegar cuanto antes, impusieron a los caballos y al cochero un ritmo endemoniado, incluso pararon solo el tiempo justo para cambiar los caballos por otros de refresco. Ni siquiera el haber estado con Max sentado a su lado prestándole su hombro para apoyarse ni las ansias cada vez mayores de ver y abrazar a todos, especialmente a Julianna y a tía Blanche, consiguió menguar la incomodidad y el cansancio de su ya dolorido cuerpo.

Cliff fue parte del trayecto a caballo junto al coche, pero cuando empezó a anochecer y a bajar la

temperatura todos insistieron en que continuase el resto del camino con ellos. Amelia permaneció en silencio y con los ojos cerrados, pero sin lograr dormir, las últimas horas acomodada junto a Max bajo una manta calentita dejando que este juguetease distraído con los dedos de su mano o acariciándole la palma o la muñeca con su pulgar, mientras charlaba para distraerse con el almirante y Cliff de cosas navales, recuerdos de batallas y anécdotas de cuando eran estudiantes en Eton y ya soñaban con echarse a la mar.

Al llegar el recibimiento fue abrumador, todos les esperaban en el salón con los brazos abiertos, una enorme sonrisa y una felicidad desbordante. Julianna y tía Blanche, por el contrario, salieron al patio en cuanto oyeron el ruido de ruedas y cascos acercarse y se abalanzaron hacia Amelia incluso antes de descender la última pestaña del carruaje, e igual hizo Eugene poco después en cuanto vio a Max sano y salvo. Julianna solo soltó a Amelia para echarse en brazos de Cliff, besarle y volver a abrazarlo fuerte para cerciorarse de que no había sufrido daño alguno. Cliff tuvo que echarse a reír por el baile de sus manos sobre su

cuerpo como si no creyese su palabra por mucho que con vehemencia le jurase que estaba ileso.

En el salón fueron rodeados e interrogados por todos los miembros de la familia, que estaban ávidos por conocer hasta los más mínimos detalles de la aventura y conocerlos, además, de boca de cada uno de ellos. Solo por insistencia de Julianna, que actuaba como una gallinita clueca en torno a su polluelo, Amelia consiguió llegar por fin a su dormitorio para descansar. Era pasada la media noche y ni su cuerpo ni su cerebro parecían ya ser capaces de reaccionar. Julianna y tía Blanche querían pasar la noche con ella, no querían dejarla sola ni un minuto pero, por suerte, el almirante hizo entrar en razón a tía Blanche imponiendo un poco de cordura y señalando que lo que Amelia necesitaba en ese momento era descansar en una cama, tranquila y con sensación de seguridad. Por su parte Cliff fue mucho más directo en cuanto a Julianna diciéndole delante de las dos damas que Amelia solo necesitaba un poco de paz y dormir sin ser molestada, mientras que una vez logró separar a Juls del borde de la cama, le dejó muy claro a su esposa que no podría pasar una noche más lejos de ella, la

había echado terriblemente de menos y otra noche sin ella sería una tortura. Esas palabras, el profundo beso que le dio y el propio deseo de Julianna hicieron el resto.

Max también empezó a resentir el cansancio, además, la tensión de los últimos días empezó a hacer mella en su cuerpo. No obstante, en cuanto se hubo retirado del salón, acudió a su dormitorio a cambiarse con ayuda de su valet. Se escabulló del ala este, donde se encontraba su dormitorio, y acudió a la norte, donde se encontraba la de Amelia. Tuvo que reconocer, mientras recorría esquivando a los lacayos del turno de noche y a algunos sirvientes que pululaban por la casa a esas horas, que era endemoniadamente difícil llegar de una punta a otra de la mansión sin ser visto. Pero en este caso, ya fuera que la diosa fortuna le sonreía ya fuera la tardía hora en que recorrió esos pasillos, consiguió llegar sin ser notado a la puerta de Amelia cruzando los dedos, mientras giraba el picaporte con suavidad, que ni hubiese echado el pestillo y que ni ninguna de las damas Mcbeth se hallase velando a su damita. Por suerte, pudo comprobar enseguida que su primer temor no tenía fundamento y, en cuanto al

segundo, se deslizó dentro de la habitación y, en silencio, esperó a que sus ojos se adaptasen a la oscuridad que lo rodeaba y enseguida quedó también descartado “gracias a Dios”, pensó claramente aliviado. Esta vez, sí echó el pestillo y se adentró aún más en el dormitorio.

Se acercó a la cama y con la luz de la luna creciente entrando por la ventana pudo ver el reflejo del cuerpo de Mel casi en el centro de la cama. Se deslizó suavemente para tumbarse de costado cerca ella. Solo necesitaba ver que estaba bien. Cuando su tía y Julianna la arrastraron escaleras arriba hubo apreciado preocupado que estaba algo pálida y con evidentes signos de cansancio. Iba a acariciarle la mejilla cuando ella movió la cabeza y gimió. Max se quedó muy quieto sin ni siquiera bajar la mano que permanecía en el aire. La miró más detenidamente. Volvió a gemir y unas lágrimas se deslizaron por su mejilla. Estaba teniendo una pesadilla, porque empezó a revolverse bajo la sábana y a gemir con un sollozo ahogado. Max no pudo soportarlo más y le susurró para despertarla:

—Mel, pequeña, despierta. —Esta vez sí le

acarició la mejilla enjuagando las lágrimas que se le habían escapado en sueños—. Mel, cariño. —Le besó suavemente la mejilla—. Despierta, amor, por favor, despierta.

Amelia se revolvió de nuevo y con esfuerzo consiguió abrir los ojos. Estaba un poco desorientada, por lo que él esperó a que fijase la vista. En cuanto comprobó que le había reconocido, se acercó un poco más a ella.

—¿Max? —jadeó.

—Shh, pequeña. —La envolvió entre sus brazos y la atrajo hacia él para que notase su calor. Estaba un poco temblorosa—. Cariño —utilizó una voz suave, carente de nervios, a pesar de que afloraban en el interior de su mente alarmado por verla de nuevo con pesadillas—, estoy aquí, contigo, sshh.

Amelia por fin pareció reaccionar, porque le abrazó tímidamente y con un leve temblor en sus brazos. Max apoyó el mentón en su cabeza y la estrechó un poco más. Esperó un poco hasta que ella se recuperase.

—Mel, ¿estás bien? Pequeña, ¿era otra vez una de esas pesadillas?

Su voz era tan suave, tan tierna, que ella notaba



cómo dejaba atrás el frío que había atenazado sus huesos. Asintió y, después de unos segundos, añadió acomodando mejor su cabeza en el cuerpo firme y cálido de Max:

—Esta era un poco distinta. —Su voz sonaba como cortada y abotargada—. Estaba un poco asustada, pero no tanto como antes, ha sido un poco menos atemorizante.

Max besó su cabeza.

—Bueno, amor, ya pasó. Ahora estoy contigo y no te voy a dejar. Puedes dormir tranquila, yo velaré para que tengas sueños agradables. —Después de unos segundos añadió—: Puedes soñar conmigo, amor.

Amelia se rio un poco, se movió dentro de su abrazo y alzó la cabeza para mirarlo. Suspiró y con una pequeña sonrisa preguntó:

—¿Te quedarás aquí conmigo? ¿Así? ¿Abrazándome?

Max le sonrió, la miró con dulzura y besó su frente.

—No pienso moverme, cielo.

Amelia también le dedicó una mirada cargada de amor, de tierna devoción. Con un leve susurro, arrastrando las palabras y cerrándosele los pesados

párpados, señaló lo que era tan obvio:

—Estoy tan cansada.

Acomodó de nuevo su cabeza y casi no necesitó más para dormirse en brazos de Max. Ni siquiera se había desprendido de su batín de seda adamascada, solo se había tendido sobre las mantas a su lado, pero bastó tenerla abrazada, con el rostro en su pecho, para sentirse tan cómodo como ella. Dejó caer la cabeza en la almohada y llevándola un poco consigo para mantenerla en la misma posición y muy cerca de su corazón, acabó dejándose vencer por el mismo cansancio y un sueño tan pesado y profundo como el suyo. Si volviese a tener una pesadilla notaría cualquier leve movimiento de su cuerpo.

Amelia despertó casi al amanecer para descubrir cómo Max la observaba en silencio, de costado, con la cabeza apoyada sobre una mano, el pelo despeinado y entrelazando un mechón de pelo de Amelia entre sus dedos jugando con él. Le sonreía con una deslumbrante sonrisa y una mirada limpia, transparente, del mismo gris azulado del almirante.

—Buenos días —lo saludó desperezándose.

Max se rio viéndola estirar los brazos sobre su

cabeza y sus piernas como si fuese una niña pequeña desmerezándose para apartar la noche y comenzar el día.

—Buenos días, cariño. ¿Estás mejor? Es temprano, deberías dormir un poco más.

Le tocó bajo los ojos y, aunque habían desaparecido las ojeras que mostraba la noche anterior, aún podía tenerla dormida entre sus brazos al menos una hora más

—Sí, sí, estoy... —Bostezó—. Uy, perdona. —Sonrió con aire de inocencia—. Estoy mucho mejor. Ayer estaba agotada. —Serpenteó un poco y se colocó muy cerca de su cuerpo, alzó la cabeza y posó sus labios sobre los de Max, besándole con ternura—. Gracias. —Volvió a besarle, pero esta vez con un poco más de ardor que de ternura—. Gracias por quedarte conmigo anoche, eres una mantita estupenda. —Sonrió pícara.

Max se rio:

—Estoy a su servicio, milady. —Esta vez fue él el que la besó—. ¿No quieres dormir un poco más? —preguntó de nuevo.

Mel negó con la cabeza.

—Prefiero quedarme aquí. —Se acomodó en su pecho—. Aún estoy un poco cansada, pero creo que tras un buen baño caliente, me sentiré mejor. Ahora solo quiero estar así. —Alzó la cabeza para mirarle y con la mirada interrogante preguntó—: ¿No te molesta, verdad?

Max la besó en la frente, la acomodó de nuevo entre sus brazos y susurró sobre su pelo:

—¿Molestarme? Cariño, no creo que exista un sitio en el que prefiera estar mejor que este. Después de unos minutos en los que él le acariciaba la espalda y ella su torso, tomó aire para decir:

—Mel. Tengo que ir a Londres a solucionar algunos asuntos.

Ella se incorporó para mirarlo, apoyándose en un codo, manteniendo una mano sobre su pecho desnudo gracias a que se había abierto el batín.

—Oh —se limitó a murmurar con clara desilusión.

Max le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, disfrutando de la calidez y suavidad de su piel y de ese rostro que ya formaba parte de él como algo más necesario que la propia cordura y sensatez.

—Solo serán cinco o seis días. Regresaré lo antes

posible. Tengo que ocuparme de algunas cosas. —Le tomó la nuca con la mano acercando su cabeza y, con el pulgar bajo su barbilla la guio para dejar sus labios rozando los suyos—. Entre otras, conseguir una licencia especial para casarme contigo tan pronto podamos.

—Oh.

Esta vez el tono y la sonrisa que acompañó ese oh denotaba la felicidad con la misma claridad que el brillo de esos intensos y magnéticos ojos negros. Max se apoderó de su boca como solo él podría hacerlo, instándola a abrir sus labios para poder invadirla con su lengua y sus sensuales movimientos. Amelia gimió y, poco después, también Max. Al cabo de un rato él interrumpió el beso.

—Cariño, será mejor que me marche antes de que la casa se despierte y pueda encontrarme con algún criado o a alguna doncella. Mi dormitorio está en el ala este y es posible que me lleve unos minutos llegar.

Amelia asintió, pero no se movió de donde estaba, y aún mantenían el roce de sus labios notando mutuamente sus cálidos alientos. Finalmente, Amelia tomó entre sus dientes su labio inferior,

mordisqueándose lo provocativamente, y lo besó antes de volver a separarse de él colocándose de costado. Con un tono dulce preguntó:

—¿Cuándo te marcharás?

También se colocó de costado, quedando cara a cara con ella.

—Pues si me marchó tras el desayuno, podré coger el barco de Cliff para llegar al puerto de Londres hoy mismo. Así puede que incluso me tengas de regreso con mayor prontitud. —Acarició su mejilla mientras le apartaba un mechón rebelde que había caído en el rostro—. Antes de irme hablaré con Cliff y con mi padre.

Amelia frunció el ceño:

—No pensarás pedirle mi mano a Cliff esta mañana, ¿verdad?

Max se rio por el tono de preocupación de su voz.

—No, amor, no. Dios nos libre de acometer esa empresa sin estar debidamente preparados. —Se rio—. Además, te prometí hacerte una proposición en toda regla, presentándome ante tu puerta. De modo que ya puedes tú también prepararte. —La acarició de nuevo mientras Amelia sentía un inmenso calor

recorriéndole el cuerpo y los fuertes latidos de su corazón sobre su pecho no por su contacto sino por sus palabras. Max alzó una ceja—. Recuerda la promesa que me hiciste. Diste tu palabra y pienso hacerla cumplir.

Amelia se ruborizó de puro placer ante aquellas palabras y ante el recuerdo de la promesa que le hizo días atrás de aceptar su “propuesta formal de matrimonio” una vez la formulase, como él había dicho, ante su puerta. Se rio tontamente sin contestar.

Max se inclinó para darle un último beso y rodó sobre sí mismo para ponerse en el borde de la cama y dejar caer sus piernas, y después se incorporó al tiempo que cerraba su batín.

—Cariño —miró de nuevo a Amelia, que permanecía tumbada de costado observándole—, duerme un poco más. —Mientras hablaba, Amelia se acercó al borde de la cama, quedando de rodillas de modo que sus cabezas quedaban casi a la misma altura. Ella alzó los brazos para atraparle el cuello y él la rodeó en respuesta por la cintura—. Baja a desayunar al comedor, así podré despedirme de ti con tiempo.

No era una pregunta sino más bien una orden pero a ella no le importó, y sabía que ese tipo de órdenes podría obedecerlas sin rechistar, e incluso con gusto. Pero no se lo iba a decir, por supuesto.

—Bajaré. —Sonrió y acercó su rostro mientras empujaba el de él hacia sí—. Por si después no puedo decírtelo: Voy a echar mucho de menos mi nueva mantita.

Max soltó varias carcajadas.

—Bruja impertinente.

La besó hasta que a Amelia la habitación pareció darle vueltas y después desapareció por la puerta para regresar al ala este. Amelia se dejó caer sobre la cama y volvió a dormirse.

Al despertar, casi dos horas después, fue a Julianna, aún en camión y bata, a la que vio de pie junto a su cama sonriendo a la pequeña Anna, que permanecía acurrucada en sus brazos tras su primera comida de la mañana.

—Buenos días, Mel —la saludó sonriente—. Si aún quieres dormir un poco más daré orden de que no te molesten.

—Buenos días, Juls —respondía incorporándose y



poniéndose de rodillas sobre la cama acercándose para ver mejor a la pequeña. Le acarició la regordeta mejilla —. Hola, peque. —Miró a Julianna—. ¿Me dejas cogerla?

Julianna sonrió.

—Para ser sincera, la he traído como incentivo para sacarte de la cama. Sé que no te puedes resistir a los pequeños.

Sonrió mientras que Amelia chasqueaba la lengua en señal de reproche. Extendió los brazos y tomó a la niña en sus brazos.

—Y eres un bonito incentivo ¿verdad, preciosa?

Le besó la frente mientras se dejaba caer en la cama, quedando sentada con ella. Julianna se sentó a su lado.

—¿Te sientes mejor? —Amelia la miró y asintió—. ¿Ha sido una experiencia tan terrible como me imagino?

Amelia le sonrió y negó con la cabeza, luego mirando a Anna dijo:

—No tan terrible. Hubo algunos momentos realmente malos. —Se quedó callada unos segundos con el ceño fruncido.

—No quieres hablar de ello todavía, ¿me equivoco?  
Mel asintió.

—Al menos no de todo. Poco a poco —contestó mirándola a los ojos.

Julianna asintió.

—Poco a poco.

Justo en ese momento se escuchó llamar a la puerta y tras dar permiso asomó la cabeza de Cliff.

—Disculpadme, no quiero molestaros ni invadir tu dormitorio, Mel. Solo quería saber si estabas mejor y si os apetecería bajar a desayunar con toda la familia, porque de ser así, creo que podría ir a montar con el conde, con Ethan, Max y Jonas y, después, nos reuniríamos con vosotras en el comedor de mañana.

Julianna puso los ojos en blanco y señaló:

—Idos, nos reuniremos con vosotros más tarde.

Miró un momento a Amelia, esperaban que la puerta se cerrase pero, en lugar de eso, permaneció abierta con Cliff en el umbral, en un lugar discreto, donde no podía ver a las damas. Julianna suspiró sonriendo:

—¿Cliff?

—¿Sí, cariño? —se escuchaba desde el umbral.

—Quieres que te dé a Anna, ¿verdad? — preguntaba lanzándole una mirada de resignación a Amelia.

—Bueno, si ya ha comido...

Julianna miró a Amelia y ambas contuvieron una carcajada.

—¿Cliff? —lo llamó de nuevo con una falsa voz melosa.

Ambas escucharon a Cliff resoplar desde la puerta:

—Oh, ¡está bien! Quiero pasar un rato con mi gatita.

Amelia y Julianna se encogieron de hombros, mirándose aguantando con gran esfuerzo las risas en sus gargantas. Tras depositar a Anna en brazos de su anhelante padre y cerrar la puerta, Amelia y Julianna prorrumpieron en escandalosas carcajadas que fueron aún más estruendosas cuando a través de la puerta escucharon la voz de Cliff.

—¡Os puedo oír!

Cuando por fin lograron detener las carcajadas, Julianna dijo a Mel.

—El pobre se ha acostumbrado a pasar un rato con ella todas las mañanas y acusa el no poder hacerlo

aunque solo sea un día. Se pone de muy mal humor. Eso y acostar a los gemelos son dos rutinas que, parece, echa extraordinariamente de menos cuando, por cualquier circunstancia, no puede hacerlas.

Las dos se rieron.

—¿Quién podría haberlo imaginado hace cinco años? Yo, desde luego no. El rudo capitán lord Cliff Worken derritiéndose como un corderito en cuanto uno de sus pequeños le pone ojitos —dijo Amelia con cierto tono de cariño hacia su cuñado.

—Sobre todo siendo aristócrata, ¿no es cierto? Nosotras crecimos de otra manera. Antes de casarme con Cliff hablé de ello con él. Le puse algunas condiciones para casarme con él.

Amelia abrió muchos los ojos y la interrumpió:

—¿De veras? Nunca me lo habías dicho.

—¿No lo había hecho? —Mel negó con la cabeza —. Ah, pues bien, sí, sí lo hice. Le expliqué que para mí era muy importante criar a nuestros hijos, con su ayuda, claro. No me importaba que nos rodeara de institutrices, profesores y niñeras, pero no dejaría que mis hijos viviesen una vida separada de la mía. Cliff aceptó inmediatamente, incluso se mostró encantado

con la idea. Pero he de confesar que, incluso entonces, recelaba un poco. Siendo quien era, habiéndose criado como aristócrata y todo eso. Pero supongo que el conde tampoco fue un aristócrata al uso en este sentido, porque pasó mucho tiempo con sus hijos mientras estos crecían. Además, he de reconocer que nuestras circunstancias nos convierten en un caso excepcional entre los de su rango, puesto que es fácil que acabase encariñándose mucho con sus pequeños viviendo con ellos gran parte del año en un barco y compartiendo casi todos los momentos de ocio y descanso en su compañía. Bien es verdad que ha revelado tener una clara predisposición a ello y ahora pienso que incluso si viviésemos todo el año en tierra él se mostraría igual de ansioso con sus hijos. —Hizo un gesto con los hombros—. ¿Qué puedo decir? Mi esposo es un hombre adorablemente extraño.

El amor y la ternura que le brillaban en los ojos cuando hablaba de Cliff eran similares a los que tenían cuando lo miraba. Amelia observaba su ensoñadora mirada y ese brillo que parecía no apagarse nunca. Suspiró sin darse cuenta. Julianna se acomodó un poco más en la cama.

—Estás pensando en Max, ¿verdad?

Le sorprendió por la pregunta y por el hecho de que la formuló sin ni siquiera mirarla.

—¿Crees, crees que Max será igual con sus hijos?

Julianna se rio.

—¿No querrás decir con vuestros hijos?

Esta vez si la miró sonriendo aunque ligeramente ruborizada.

—Bueno.

Antes de que siguiese, Julianna la interrumpió:

—Sé que ya te ha pedido que te cases con él y no, no te preocupes, no he dicho nada. Lo supuse al veros anoche, pero tuve que sonsacárselo a Cliff.

Esta vez fue Amelia la que la interrumpió con gesto compungido:

—Lo siento, Juls, tendría que habértelo contado en cuanto llegamos pero...

Julianna le dio unas palmaditas en la mano:

—Pero ayer estabas agotada, abrumada y no era el momento. No te preocupes, cielo, ya hablaremos de eso cuando estés más recuperada. —Las dos se miraron y en cuento cruzaron las miradas se pusieron a reír y se abrazaron como niñas—. Nos lo vamos a

pasar de maravilla organizando la boda de tus sueños. —Se volvieron a reír tontamente—. Volviendo a tu pregunta —Mel alzó la ceja—, Max y los niños. —Aclaró.

Mel sonrió.

—Ah, sí.

—Creo que tienes más motivos para creer que será un padre cariñoso y entregado que uno despegado y frío. Solo hay que observarle con los gemelos o con los bebés. —La miró divertida—. ¿Recuerdas cómo se comportó cuando regresó? Era conmovedor verlo sentado en el enorme sillón del conde con los tres bebés en el regazo y era evidente que estaba disfrutando muchísimo con ellos.

Mel se sonrojó recordando el momento y el de unas horas más tarde cuando por primera vez Max la besó y no con un beso de hermana sino de mujer y de una mujer deseada nada menos. Suspiró.

—Además, ha sido un hermano cariñoso, entregado y protector con Geny desde que nació. Contribuyó tanto en su educación y crianza como el propio almirante. De modo que, en mi opinión, será un padre francamente bueno. Paciente, cariñoso, generoso y

atento. Aunque de vez en cuando salga esa vena militar suya.

Las dos estallaron en carcajadas.

—Es cierto, a veces es un poco autoritario.

De nuevo se rieron con complicidad.

—Yo creo que en la escuela militar les dan lecciones extraordinarias sobre cómo ser autócratas y despóticos, porque cuando a Cliff se le mete algo entre ceja y ceja... —añadía dejando correr lentas las palabras subiendo los ojos.

—¡Vaya! Mi querida vizcondesa, me está usted asombrando. Jamás he notado ese rasgo en el carácter de su esposo. ¿Está usted segura de conocerlo bien? —se burlaba con un deje de ironía sonriendo de oreja a oreja.

—Pues, ahora que lo menciona, quizás sea mi otro esposo el autócrata.

Tras unos minutos de risas y bromas, Julianna miró a Amelia y dijo con cara de asombro:

—¡Por Dios, Mel! Acabo de darme cuenta de que dentro de poco tendré que llamarte duquesa y referirme a ti como excelencia. ¡Válgame el cielo! Si incluso deberá cederte el paso y caminar tras de ti en



reuniones y actos públicos la propia condesa.

Mel la miró con los ojos como platos y se sonrojó un poco avergonzada.

—Bueno, espero que eso no ocurra hasta dentro de muchos, muchos años. —Julianna la miró como sin comprender y enseguida aclaró—. El almirante es el actual duque, ¿recuerdas? Y deseo que siga siéndolo muchos años más.

—Uy, claro, ¡qué tonta! —se apresuró a decir mortificada—. Nunca pienso en él como en el duque.

Amelia ser rio.

—Ni tú ni nadie, Juls. Ni siquiera él mismo.

Rieron y justo en ese momento llamaron suavemente a la puerta.

—Pase— dijo Amelia aún con la risa entre dientes.

—Disculpadme. Lamento interrumpiros de nuevo. —Cliff dio un tímido paso hacia delante entrando ligeramente en la habitación—. Quería dejaros a mi gatita. Será mejor que baje, todos me esperan con las monturas preparadas. —Julianna se había acercado para coger a la nena en brazos—. Está profundamente dormida. —Le dio un beso en la frente y cuando Julianna la hubo cargado también besó a su esposa en

la mejilla. Desde la puerta dijo a nadie en particular—: Señoras, nos vemos en el desayuno. Y ahora podéis seguir despellejándonos a placer.

—¡Cliff! —protestaron las dos falsamente ofendidas.

Esta vez fue él el que se marchó entre carcajadas y tras la puerta se le escuchó decir:

—Os conozco demasiado bien, queridas.

Las dos se rieron, y Julianna se giró para mirar a Amelia.

—Lo malo de esto es que tiene razón, nos conoce demasiado bien.

Tras bañarse, con la agradable ayuda de su doncella, dejó que Eugene, tía Blanche y Julianna la acompañasen mientras se vestía. No pararon de hablar, bromear y reír recordando cómo apenas cuatro años antes era algo que hacían juntas a diario cuando las tres jóvenes vivían en la mansión Mcbeth y lo repetían en cuanto se reunían en algunas vacaciones, en las fiestas o reunión familiar. Después bajaron todas juntas a la sala del desayuno, donde ya se encontraba la condesa, lady Adele, y tras ellas llegó el almirante con los gemelos de las manos.

—¡Tía Mel!

Gritaron como locos los dos y corrieron a por ella. La llegada tan tardía la noche anterior le privó de verlos.

—Diablillos. Los abrazó riéndose—. ¿Habéis hecho muchas travesuras en mi ausencia?

—No —respondieron al unísono, pero tras de ellos se escucharon varios carraspeos y los dos se ruborizaron.

Amelia se rio.

—Bueno, bueno, me las tendréis que contar. —Los dos pequeños se rieron—. El viejo Rolf me manda recuerdos para vosotros y vuestro padre tiene algo de su parte. Creo que son unas pequeñas estrellas de mar.

A los dos se le iluminó el rostro:

—¡Se ha acordado! —gritó entusiasmado Maxi—. ¡Qué bien! Seguro que son las venenosas. —Miró a Mely, que asintió satisfecha.

Se escucharon algunos suspiros por detrás.

—¿Que son qué —preguntó Julianna con cierto toque de alarma. Pero antes de que los pequeños contestasen intervino el almirante.

—No te alarmes. Ahora son inofensivas, las ha secado y endurecido al sol.

Julianna asintió pero aclaró:

—Lo último que les regaló fue una pecera con varias pirañas vivas. —Resignada completó—: Las alimentaban con carne cruda. —Hizo un gesto con la boca—. Gracias a los cielos, Cliff consiguió que se cansaran de ellas.

Los niños empezaron a relatarle cómo habían pasado esos días y algunos de sus “incidentes”, como los llamaban imitando al almirante. Amelia tenía que reconocer que eran extraordinariamente creativos y adorables, pero también muy revoltosos.

—¿Nos acompañarás después a montar? —preguntó Mely.

—Hemos mejorado mucho, yo puedo saltar —anunció orgulloso Maxi—. El abuelo me está enseñando a hacerlo sobre troncos.

Justo en ese momento entraron el resto de los caballeros haciendo las cortesías oportunas. Mely corrió a los brazos de su padre en cuanto se sentó a la mesa.

—Papi, tía Mel dice que tienes un regalo de Rolf.

Cliff la besó con ternura en la mejilla y la acomodó en su regazo.

—Después podéis subir. Pedídselo a la Sta. Donna, pero no despertéis a vuestra hermanita.

Ella asintió justo cuando Maxi intervino mirando a Amelia:

—¿Y después saldremos a montar?

—Sí, pero primero haced vuestras tareas, subiré a recogeros.

Maxi le dio un beso en mejilla y se giró para ponerse junto a su padre, le dio un tirón del brazo a Mely y se la llevó.

—Creo que voy a tener unas palabras con Rolf y esa costumbre suya de llevarle a los niños animalitos y seres extraños —dijo Julianna mirando a Cliff.

Este sonrió.

—Oh, vamos, son inofensivos, además, suelen cansarse de ellos enseguida, en cuanto les llama la atención otra cosa.

Julianna, con cara de resignación y la taza de café en la mano, recordó con voz suave:

—Pirañas, Cliff, pirañas... Creo que no hace falta que diga nada más.

Cliff se rio a carcajadas y tomó la mano de su esposa para besarle los dedos.

—Mi pequeña gruñona —le susurró cómplice.

Le sonrió y enseguida se vio correspondido con otra sonrisa.

—Soy demasiado permisiva y no sé quién es peor, los gemelos o tú.

Él se rio de nuevo con aire travieso.

Max se había sentado junto a Amelia y, mientras les servían el café y los demás empezaron a intercambiar algunas opiniones, se inclinó hacia ella y le susurró:

—Me marcharé después del desayuno, pero esperaba que me acompañases a la sala de música antes para poder intercambiar algunas palabras.

El gorjeo de su voz al decir palabras, su mirada provocativa y esa sonrisa seductora provocó que Amelia sintiese aquello como la más erótica de las caricias, ruborizándose de inmediato, viéndose obligada a ocultar su rostro tras la taza de café, y tomando un pequeño sorbo, le contestó en susurro:

—Me encantaría —y devolviendo maliciosa esa mirada juguetona añadió con un tono tan dulce como

sensual—, milord.

Max sonrió como solo él podía hacerlo para, a continuación, introducirse ambos en las conversaciones de su alrededor. A ninguno de los dos se les pasó por alto las miradas de algunos de los comensales. Era evidente que los observaban, aunque todos parecían satisfechos y complacidos e incluso, pensó Amelia, algunas de las damas parecían lanzarle sonrisas cómplices. Eso sí, se vieron en algunos momentos obligados a mentir sobre algunos detalles de su cautiverio y debieron salvar alguna que otra pregunta y comentario algo comprometido. Amelia se alegró de tener a Max a su lado para contestar en alguna ocasión porque ella no hubiere sido incapaz de hacerlo, y menos con la soltura, la despreocupación y el buen hacer del mismo.

En cuanto salieron de la sala del desayuno se encontraron en la de música acudiendo por separado para no llamar la atención. Apenas se veía nada, pues las cortinas estaban echadas cuando ella entró. Amelia abrió la puerta y la cerró y justo cuando iba a encaminarse hacia una de las ventanas para descorrer una de las cortinas, Max la sujetó, tomándole una de

sus muñecas, y tiró de ella para estrecharla en sus brazos mientras le susurraba:

—No las abras, así nadie entrará a molestarnos, y necesito unos momentos contigo a solas antes de marcharme.

Colocó su mano tras la nuca de Amelia y con el pulgar empujó suavemente su barbilla, alzándole el rostro para enseguida tomar sus labios en un lento, profundo y cálido beso.

Amelia lo sintió hasta en sus huesos, todo su cuerpo vibraba e incluso hubiese jurado que a su alrededor brillaban miles de colores. Alzó los brazos rodeándole el cuello, hundiendo las manos en su espeso y suave cabello y acariciando con todo su cuerpo el de Max, sintiéndose abrazada por su calor, por ese olor a jabón, a ropa limpia y la esencia masculina que comenzaba rápidamente a identificar como solo suya con el regusto salado. Gimió tan sensual, tan profundamente y con un sonido que parecía salirle del fondo del pecho llevando a Max a una particular hoguera interior sintiéndose de inmediato arder. La giró y acto seguido Amelia se encontraba apoyada en una pared con el cuerpo de Max aprisionándola, reclamándola. Separó



sus labios para iniciar un lento descenso con ellos por la tersa piel de Amelia y casi como un gruñido dijo:

—Dios, Mel, no sé lo que me haces, pero sea lo que sea no pienso renunciar a ello.

Amelia se aferraba a él, pues se sentía derretir entre sus brazos, apenas conseguía concentrarse. Cuando los cálidos y cada vez exigentes labios de Max alcanzaron la parte sensible de su cuello, en la base de su oreja, gimió de puro placer. Max alzó la cabeza para mirarla jadeante.

—Mel. —Gimió.

La alzó dentro de su abrazo y a grandes zancadas la llevó hasta uno de los laterales, abrió una especie de puerta y entró con ella. Mel, desorientada, totalmente azorada, intentó mirar a su alrededor cuando él la apoyó contra la puerta y cerró, sin soltarla, el pestillo.

—¿Dónde, donde...?

Max acababa de empezar a lamerle de un modo tan lujurioso el cuello que se sentía tan abrumada y deliciosamente licenciosa que por unos segundos se dejó llevar. Exhalando un poco de aire y sin conseguir centrar del todo la vista, lo intentó de nuevo:

—¿Dónde estamos?

Max no dejó de acariciarla y de besarla y con su boca sobre la piel de Mel susurró:

—Es un corredor oculto que hay tras la sala de música. —Por fin levantó la cabeza y miró a Amelia entre los pocos reflejos de luz que entraban por un pequeño ventanal situado a varios metros de altura—. Cliff, Ethan y yo lo descubrimos unas Navidades. Recorre toda el ala oeste de la mansión, en realidad, solo la planta baja y llega hasta el salón principal.

Mel, encerrada en su abrazo, miró a su alrededor y después volvió a mirar a Max. Le acarició la nuca.

—¿Me prometes no demorarte mucho en Londres?

Max le sonrió.

—No necesitas que te lo prometa. No puedo ni quiero permanecer lejos de ti.

—¿De veras? —preguntó Amelia con un nudo de emoción en la garganta.

—De veras. —Max de nuevo se apoderó de sus labios.

Pudieron pasar unos segundos o una hora, ninguno de los dos hubiere sido capaz de decirlo, antes de que escuchasen al otro lado de la puerta las voces de Eugene y de Julianna.

—¿Max? ¿Mel?

—Deben haber ido a los establos, Juls. No te preocupes, mi hermano no se marchará sin despedirse.

—Sí, supongo que tienes razón. ¿Volvemos?

Después de eso escucharon el ruido de la puerta cerrarse y silencio de nuevo. Max no dejó ni por un segundo de acariciar, de besar y saborear la cada vez más caliente piel de Amelia.

—Max— susurró ella

—¿Umm?

—Debe... deberíamos volver. “Dentro de un rato... o mejor dos...”, la mente de Amelia volvía a perder toda capacidad de hilar dos pensamientos seguidos.

Max le estaba acariciando uno de los muslos bajo la falda, que se encontraba ahora a la altura de su cintura, mientras su boca permanecía en su cuello y con el otro brazo la mantenía sujeta, lo cual ella agradecía porque sus rodillas no podrían sostenerle ni aunque su vida dependiera de ello. Max alcanzó su sexo y comenzó a acariciarlo, deleitándose con los suaves gemidos de Mel sobre su cuello, la respiración entrecortada sobre su piel y los pequeños espasmos

que le estaba provocando. Estaba húmeda, cálida y tan excitada que notaba cómo su propio cuerpo iba perdiendo el control. Cubrió sus desnudas nalgas con las manos, la alzó, apoyándola en sus caderas y contra el panel que forraba la pared. Mientras introducía la mano entre los dos cuerpos para desabrocharse la pretina del pantalón y entre cada vez más anhelantes, apremiantes y descontrolados besos, logró decir con la voz cargada:

—Rodéame fuerte con tus piernas, amor.

Mel obedeció al instante sin dejar de besarlo, sin dejar de acariciar con sus cada vez más revoltosas y apremiantes manos y cerniendo el agarre por su cintura lo apretó contra ella, notando tanto parte de la piel de Max como su miembro duro y cálido entre sus muslos. Max la tomó de nuevo de sus nalgas y la colocó para con una certera y brutal embestida empalarla y alzarla con el brusco movimiento. Mel gritó de puro placer y él se sintió abrumado por unos segundos. La sensación de éxtasis, de pura excitación y de lujuria que lo invadía lo dejó quieto un rato, disfrutando de calor que lo envolvía, de la humedad de su cuerpo y del agarre de su miembro. Lo acogía, lo

reclamaba, lo aferraba y ese suave susurro con el que decía su nombre lo incitaba, lo llamaba, lo marcaba para el resto de sus días.

Max miró el rostro enrojecido de Mel y el mismo brillo de lujuria y placer que él sabía tendrían sus ojos pudo reconocerlo en los de Mel. Aquello lo excitó todavía más y se sintió endurecer y crecer aún más en su interior. Comenzó a moverse dentro de ella y Amelia pronto se amoldó a su ritmo, como si responder a su cuerpo guiado por una llamada animal y primitiva fuese algo natural, instintivo del pequeño y suave cuerpo de Mel. Fue acogiendo cada una de sus embestidas con el movimiento de sus caderas. Enterrando aún más su miembro en su interior cada vez que lo acogía, que lo recibía. Notaba cómo asfixiaba su pene en cada golpe llevándolo a cotas de placer cada vez más descontroladas. Aquello era magnífico, pensaba aferrándola aún más, apretándola contra él, más y más y más. Saboreaba su boca con un baile acompasado al de sus cuerpos. Después de desenfrenadas embestidas, de frenéticos movimientos y del baile de sus caderas, notó cuando ella comenzó a alcanzar el clímax final. Sentía y se deleitaba con cada

uno de los espasmos de gozo que ella experimentaba y cuando comenzaba a relajarse en torno a él notó cómo llegaba a su propio orgasmo en las embestidas finales y cómo ella volvía a la tensión anterior y lo acompañaba, lo guiaba y alentaba en ese violento momento final con cada uno de sus músculos interiores, con cada uno de los movimientos de sus caderas afianzando aún más el agarre de sus piernas en torno a él. Cuando al fin explotó en millones de pedazos, jadeante, necesitó apoyarse en la pared, aprisionando más aún el cuerpo de Mel con el suyo. Max gruñó de puro éxtasis mientras se derramaba dentro de ella marcándola, sellando una vez más el destino de ambos, convirtiéndola una vez más en su mujer, en su esposa, en su Mel. Aquello era una locura, pensaba intentando recuperar el aliento y sintiendo cómo ella iba recuperando poco a poco el suyo con su cabeza apoyada agotada en su hombro. Cuanto más disfrutaba de su cuerpo, más novato parecía. Se sentía como el aprendiz, como el pobre esclavo de su hurí particular de ojos oscuros y melena azabache. Pero al mismo tiempo, se sentía tan pleno, tan satisfecho, tan por encima del resto de los hombres al saberla suya, solo

suya, que lo demás no importaba.

Salió con esfuerzo y desgana de su interior y fue ayudándola a descender hasta que sus pies volvieron a tocar el suelo, manteniéndola sujeta y firme hasta que pudiese sostenerse por ella misma. Se alzó un poco las calzas para cubrirse y dejó caer las faldas de Amelia a su alrededor, pero la mantuvo abrazada, estrechándola aún contra la pared con su cabeza apoyada en su hombro. Parecía, al igual que él, no querer moverse, por lo que durante unos minutos permanecieron abrazados en silencio y acariciándose mutuamente. Fue ella la que rompió el silencio, pero sin moverse, con su cabeza donde estaba cómodamente instalada.

—Max —lo llamó con la voz cansada, exhausta.

—Dime, cielo.

Le acariciaba el pelo y jugueteaba con los mechones sueltos de su ya deshecho peinado.

—No quiero despedirme de ti en el vestíbulo o en el patio ni delante de los demás. No podría soportar no echarme en tus brazos y pedirte que me besaras.

Max sonrió e intentó aguantar en su garganta una extraña risa de felicidad que notaba a punto de salir.

—¿Sabes una cosa, amor? Yo estaba pensando lo

mismo. No podría marcharme viéndote de pie sin poder estrecharte entre mis brazos, sin importar quién mirase o lo que pensase.

Fue ella la que se rio. Alzó la cabeza y con una mano lo separó un poco para poder entrelazar sus brazos detrás de su cuello. Mirándole a los ojos, con los labios hinchados y el rubor del placer dibujado tan deliciosamente en sus mejillas, dijo:

—Creo que deberíamos despedirnos aquí. Prefiero que me dejes cuando aún puedo sentir y recordar tus besos, tu abrazo, tu aroma.

Max la interrumpió, besándola como si no hubiese mañana ni otra cosa más importante en el mundo que ellos dos, que ese beso, que ese abrazo.

—Mel, te quiero, no lo olvides.

Ella sonrió de un modo que pareció no solo brillarle el rostro sino todo a su alrededor.

—Y yo a ti.

Max acercó de nuevo sus rostros.

—Quiero que sueñes conmigo cada noche porque, puedes estar segura, yo voy a soñar contigo. Nos encontraremos en nuestros sueños, nos amaremos en ellos hasta que regrese y, como yo haré, quiero que me



imagines a tu lado al despertar y cuando apagues la vela antes de cerrar los ojos quiero que sientas cómo mis brazos te estrechan contra mi cuerpo y cómo desde Londres en mi solitaria cama, en la oscuridad, extendiendo los brazos para atraerte a mi lado, para apretar tu mejilla contra mi pecho, contra mi corazón, que es tuyo, tuyo por entero y para la eternidad.

A Amelia se le anegaron los ojos de lágrimas. Pensó que era lo más tierno que le había dicho nunca. Soñaría con ella, la imaginaría a su lado y, en su mente, la estrecharía contra su cuerpo.

—Max, te voy a echar mucho de menos. Regresa pronto, por favor.

Era increíble la necesidad que sentía de él. En los cuatro años anteriores acusaba su marcha, y aunque se entristecía por sus largas ausencias, no era lo mismo que ahora, porque esa tristeza y esa pena se convertirían en puro dolor, incluso en dolor físico. Se preguntó cómo podría soportarlo.

—Mel —la besó—, sigue este corredor hasta el final, hasta el salón principal, desde allí podrás subir hasta tus habitaciones sin cruzarte con nadie. —La besó de nuevo—. Te echaré mucho de menos, amor,

pensaré en ti y en regresar a tu lado tan pronto como pueda.

Aflojó un poco el abrazo y la miró fijamente unos instantes antes de soltarla del todo. Ella hizo lo mismo, y cuando por fin se separaron dio dos pasos en la dirección que le había indicado, pero enseguida se giró para mirarlo de nuevo.

—Max, te quiero mucho.

Él extendió su brazo para acariciar con las yemas de sus dedos su mejilla.

—Lo sé, cielo, lo sé. Pero tenemos suerte —añadió sonriendo—, porque yo te quiero y te adoro más allá de la cordura.

Mel se rio entre dientes, giró la cabeza para besar la mano de Max y se marchó.

El permaneció quieto mirando la dirección tomada por Amelia y tras unos minutos, suspiró. Se arregló la ropa, se peinó pasándose las manos por su densa cabellera y de nuevo tomó aire antes de salir.

Un rato después, ya en el patio, se despidió de su padre y de Eugene y después se acercó a Cliff, que permanecía junto a Julianna. Dio un beso en la mejilla a esta y estrechando la mano de Cliff dijo serio:

—No olvides lo que hemos hablado. Mantenme informado si ocurre algo.

Cliff le interrumpió:

—No te preocupes. La cuidaremos bien.

Max asintió, y cuando se hubo acomodado en la montura miró a Cliff, abrió la boca para decir algo, pero le cortó en seco su amigo.

—Márchate ya, estará perfectamente. La vigilaré. Solo necesita descansar y estar con la familia. En unos días lo habrá olvidado. La cuidaremos —aseveró rotundo.

Max asintió, aunque con gesto adusto, y se marchó finalmente.

Julianna esperó hasta que ya no se veía la figura de Max a lo lejos. Se giró y caminó del brazo de su marido en dirección a la mansión, o quizás no. La mirada de Cliff era absolutamente reveladora de adónde la iba a llevar.

—Cliff, quítatelo de la cabeza, los niños, Amelia.

Cliff se rio.

—Sin excusas, amor. Los gemelos se van a ir a montar con Mel y van a hacer un picnic cerca de las ruinas, por lo que hasta esta tarde no los veremos.

Anna está dormida y tiene varias cremas que tanto le gustan preparadas, gracias a Dios. Y tú, querida, eres mía, solo mía, hasta la hora de la cena. Nos vamos a nuestra casita en el bosque y te pienso mantener encerrada dentro lo que queda del día.

Julianna se rio.

—¿Crees que necesitas encerrarme? —Lo miró provocativa.

—Encerrarte y mantenerte muy, muy ocupada con un esposo que te ha echado mucho de menos y que tiene muchos caprichos por satisfacer.

Julianna se paró, obligando a Cliff a hacer lo mismo, y a pesar de que se encontraban en el camino de los establos a la vista de cualquiera que pudiese pasar, alzó los brazos atrapándolo con ellos, y acercándose para besarlo dijo:

—Creo que, en ese caso, voy a dejarme encerrar sin poner excesiva resistencia y dejaré que mi esposo me pida cuantos caprichos se le pasen por la cabeza, y prometo satisfacer cuanto desee siempre que él me prometa lo mismo.

Lo besó apoyando su cuerpo en el duro y firme de Cliff, que la abrazó al instante estrechándola contra él.

Después de saborearla por unos minutos se separó y le ofreció el brazo cortésmente para guiarla de nuevo a los establos, donde cogerían sus monturas.

—Querida, tenemos un acuerdo —dijo sonriente.

—Cliff —llamó instantes después—, ¿qué ha querido decir Max con lo de si ocurre algo? Y ¿por qué has de vigilar a Amelia?

Cliff sabía que iba a tener que decírselo, pero esperaba que su perspicaz esposa le “interrogase” después de unas horas disfrutando de ella en el bosque.

—Juls, te lo contaré con detalle más tarde, cuando estemos solos. Le he prometido a Max mantener la discreción pero, para tu tranquilidad, Max está un poco inquieto porque cree que Mel no duerme bien. — Julianna ladeó la cabeza, lo miró con el ceño fruncido exigiendo un poco más de información. Cliff resopló por dentro—. En el barco de regreso tuvo algunas pesadillas.

Julianna se paró de nuevo abruptamente y se giró para mirar mejor a Cliff.

—¿Pesadillas? ¿Qué clase de pesadillas? ¿Le hicieron algo esos hombres?

Cliff le acarició la mejilla para tranquilizarla.

—No, cariño, no. No es eso. De todos modos, Max está convencido de que ahora no tiene unas pesadillas tan... acusadas como en el barco.

—Clif.—insistió con la voz pesada.

—Juls, no te alarmes. De veras te lo explicaré después con tranquilidad. Si creyese que es algo realmente serio, subiría ahora mismo a hablar con ella, pero incluso Max cree que solo necesita que la vigilemos, que nos aseguremos de que duerme. Solo necesita volver a la normalidad y se olvidará de la cara del Portugués.

—¡Cliff! —En cuanto vio la expresión de Julianna comprendió que había cometido un desliz—. ¿Por qué debería olvidarse de la cara de ese pirata? ¿Qué le hizo? ¿Ese hombre le hizo daño a Mel?

Cliff rápidamente la interrumpió y la atrajo hacia él.

—Lo siento Juls. —La abrazó—. Me he expresado de un modo desafortunado y te estoy asustando. Verás. —La separó para poder mirarla pero manteniéndola dentro de sus brazos—. Fue Amelia quien lo mató. Le disparó cuando iba a apuñalar a Rolf. —Dejó pasar unos segundos para que Julianna

comprendiera—. Ese hombre no hizo daño a Amelia. Max no dejó que la separasen de él ni un segundo. Se aseguró de que Mel siempre estuviera protegida.

La expresión de Julianna se suavizó.

—Comprendo —dijo más serena—. La pesadilla es por la muerte de ese hombre. —Miró a Cliff con el ceño fruncido pero sin enfado—. No se sentirá culpable por la muerte de ese canalla, ¿verdad?

Cliff se encogió de hombros.

—Canalla o no, disparó a un hombre. Ella sabe que hizo lo correcto, que con ello no hizo sino salvar la vida de Rolf y que, de no haber disparado, el Portugués habría acabado muerto igualmente, pero se habría llevado consigo la vida de Rolf. Aun así, todo es muy reciente. Mel solo necesita descansar, sentirse a salvo y rodeada de personas que la quieren.

Besó la frente de Julianna y después ella asintió y caminó de nuevo.

Ya en los establos Julianna dijo con firmeza:

—Estaré pendiente de ella. Yo la vigilaré. No te preocupes. Si veo que pasa algo, te lo diré.

Cliff la sujetó por la cintura, la aupó hasta su montura y la ayudó a colocar el estribo mientras con

igual firmeza le dijo a su esposa:

—La vigilaremos los dos.

Julianna le sonrió y antes de que él se apartase para ir a por su montura se agachó un poco, y bajando la voz para que no le escuchasen los mozos susurró:

—Eres el mejor marido que podría desear. Te amo.

Se enderezó y le dedicó una de esas sonrisas que siempre conseguía deslumbrarlo. Cliff sonrió y negando con la cabeza respondiendo resignado:

—Si no estuvieras ya atada a mí de por vida....

Julianna rompió a reír mientras su marido montaba en su propio caballo.

Desde la partida de Max a Amelia parecían mantenerla permanentemente ocupada Julianna, los gemelos, la tía Blanche e incluso Cliff, de modo que llegaba exhausta a la cama todas las noches. Cerraba los ojos pensando en Max, en sus últimas palabras y en su voz, sus brazos y sus labios sobre su piel. Sin embargo, persistían sus pesadillas. No eran como las del barco, en eso no le mintió a Max la última noche, pues no se asustaba tanto, pero eran un poco más confusas, ya que recordaba momentos de su pasado, algunos del presente y al final siempre revivía el



disparo y la muerte de ese maldito pirata. Todas y cada una de las noches se despertaba gracias a la voz de Julianna, que con suavidad la sacaba de su pesadilla y la despertaba para posteriormente abrazarla y quedarse a su lado hasta volver a dormirse. Y por la mañana de nuevo era Julianna la primera persona a la que veía antes incluso que a su doncella. Quería de veras a su hermana y la echaba mucho de menos cuando no estaba y cuando regresaba a casa parecía como si no se hubiese separado durante meses. A lo largo de esos días habían hablado de todo lo ocurrido en el barco. Al principio se ruborizó y violentó al contarle que había intimado con Max pero luego, cuando ella le confesó que Cliff y ella se habían conocido e intimado antes de la boda, pareció más natural y sencillo hablar de ello con Julianna, de sus sentimientos, de su forma de sentirse más unida a Max y de comprenderlo mejor que antes. Julianna y ella intercambiaron anécdotas, curiosidades a veces riéndose y otras veces simplemente desahogándose.

Julianna le confesó que, aunque nunca había hablado de ello con tía Blanche, estaba segura de que esta conocía el grado de intimidad que ella y Cliff

habían compartido antes de su romántica boda a bordo de su barco. Ninguna de las dos habló nunca abiertamente de ello pero, según Julianna, la tía era demasiado inteligente y perceptiva como para no haberse dado cuenta de lo que pasaba. De este modo, le recomendó que, aunque no le confesase lo ocurrido a su tía, considerase que estaría al corriente de ello o, por lo menos, que lo sospechaba, y que no se preocupase, pues no era el tipo de persona que la censurase o menospreciase por ese comportamiento, pues ni iba en su carácter ni en su forma de querer y proteger a los suyos. Por extraño que resultase el que su tía pudiera estar, secretamente, al tanto de, no solo lo profundo que eran sus sentimientos hacia Max, que por otro lado suponía que en los últimos cuatro años habían sido tan evidentes que no los podría haber ignorado, sino, además, de lo lejos y avanzada que se encontraba su relación, le dejaba cierta sensación de paz y tranquilidad y ya no se sentía culpable por ocultárselo, porque una cosa era no hablar de lo que sabía y otra muy distinta tener que mentir sobre ello.

Esos días, también Cliff parecía empeñado en alejar el abatimiento de su cuñada, procurándole bastantes

distracciones con los purasangre del conde, con las clases de equitación de los gemelos e incluso enseñándola a nadar en el estanque, lo cual supuso para ella una tremenda mortificación y una gran diversión para los gemelos, que aprendían más deprisa que ella.

El quinto día después de la clase de equitación con los gemelos decidió que quería cabalgar un poco con su purasangre, de modo que, tras dejarlos en los establos se marchó sin darle tiempo a ninguno de los mozos a seguirla. Se había pasado los últimos días siempre en compañía de alguien. Estaba claro que Max le había pedido a Cliff o a Julianna que la vigilasen o que la cuidasen, porque no le habían dado ni un solo momento de respiro, y eso era algo que necesitaba desesperadamente. De modo que clavó los talones en su yegua y la hizo cabalgar por el camino hacia las ruinas, una ruta que conocía tan bien que podría hacerla con los ojos cerrados. Sentir en el rostro el viento frío que empezaba ya a notarse en esa época y la sensación de libertad que siempre le proporcionaba cabalgar a lomos de Granada pareció entibiarle un poco el corazón.

Al llegar dejó a la yegua en la ladera para que se calmase y retozase un poco. Ella caminó a las ruinas y al llegar a la zona donde con el paso de los años se había formado una mullida capa de hierba en uno de los antiguos patios, se tumbó de espaldas y miró al cielo y el suave desfile de nubes. Se concentró en el olor a hierba y a margaritas que la rodeaba, en el piar de los pájaros resonando a lo lejos en el nacimiento del bosque, en el eco del viento entre las ruinas y en el latido lento y pausado de su corazón. Permaneció así durante, al menos una hora, hasta que a lo lejos escuchó los cascos de un caballo aproximándose, suspiró pensando que sería uno de los mozos que a buen seguro habría mandado Julianna o tía Blanche o, Dios no lo quisiese, un furioso Cliff al enterarse de que se había marchado sola. Resopló de nuevo antes de ponerse en pie al escuchar que el ruido de los cascos había cesado. Seguramente el mozo habría localizado la yegua y estaría junto a ella esperándola. Caminó en dirección a la salida y chocó con un cuerpo duro justo al doblar un recodo. Se desequilibró pero enseguida se vio sujeta por unos fuertes brazos que la rodearon y la atrajeron hacia él.

Sin tiempo de reaccionar ni de ver quién era se vio sorprendida por un apasionado beso. “Max”, resonó en su cabeza con entusiasmo. Se separó de él para poder mirarle bien.

—¡Max! —gritó mientras se abalanzó de nuevo hacia él con los brazos en alto para atraparlo.

Él se rio y se dejó atrapar. La estrechó fuerte abrazándola por la cintura. Enterró su cara en el cuello de Mel para inhalar su delicioso olor antes de besarla con dulzura justo en el hueco de su oreja y le susurró tras besar su pequeña y sonrojada oreja:

—Te he echado de menos, amor.

Mel se rio y ese sonido reverberó en todo su cuerpo como un canto de sirena. Mel giró la cabeza buscando sus labios y Max con gusto se los cedió.

—Max —susurró contra sus labios acariciándoselos y cosquilleando su boca.

Max sonrió y la aupó un poco para tener su cuerpo mejor acomodado contra el suyo.

—Veo que tú también me has echado un poco de menos.

Ella ladeó un poco la cabeza y con una mirada juguetona contestó:

—Bueno... por las noches hacía frío y sigues siendo mi mantita preferida.

Max atacó sus labios sin tregua. Era delicioso volver a tenerla entre sus brazos, sentir su cuerpo y esas dulces curvas aprisionadas sensualmente contra él, pero esos labios, santo cielo, esos labios eran puro pecado, pensaba mientras la saboreaba y se relamía del banquete que se daba.

La llevó en volandas hasta el espeso colchón de hierba que semanas antes le había enseñado y la tumbó allí cubriendo su cuerpo con el suyo. Apenas unos minutos después ambos estaban jadeantes, desaliñados y totalmente relajados y saciados, el uno en brazos del otro. Mel se incorporó colocándose sobre él con las manos apoyadas en su pecho y la cara a su misma altura. Le besó todo el rostro, los labios, la firme y bien marcada línea de su mandíbula, una y otra y otra vez.

—Max —susurró—, no vuelvas a irte. —Lo besó en el cuello disfrutando de ese sabor salado, de ese olor a él y de esa piel de hombre suave y firme. De repente cayó en el hecho de que él estaba allí—. ¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó frunciendo

el ceño.

Max posó una de las manos en su espalda y otra en su mejilla mientras sonreía.

—Pues, me he topado con los gemelos, que salían de los establos llenos de paja por todo el cuerpo después de haber cepillado a los ponis y después de haberse revolcado por las balas de heno de la buhardilla, supongo. —Sonrió divertido—. ¿Así que te has escapado galopando? —Mel sonrió y escondió la cabeza en su cuello—. No me ha costado mucho deducir adónde te habías dirigido.

Le alzó la cabeza para poder besarla pero antes de hacerlo ella se apartó y preguntó alarmada:

—Todos sabrán que has llegado. Estarán preguntándose donde estás, es...

Max le puso un dedo en los labios, se los acarició con reverencia para después decir sonriendo:

—Les he dicho a esos dos diablillos que me guarden el secreto y a mi valet que se dirija a mis habitaciones sin alharacas y procurando evitar a cualquiera de los señores y damas de la casa.

Amelia se rio y se inclinó para besarlo.

—¿Eres consciente de que los gemelos son

incapaces de guardar un secreto?

Max sonrió.

—Salvo que tengan un buen motivo para hacerlo.  
¿O debería decir un buen incentivo?

Mel alzó las cejas.

—¿Los has sobornado?

Max sonrió malicioso.

—Soborno es una palabra muy fea, querida. Yo solo les he hecho ver las ventajas de guardar silencio unas horas.

Mel se rio.

—Y ¿puedo saber en qué consisten esas ventajas?

—Pues —puso la cara de un niño travieso—, les he traído un acuario con varias especies de peces de colores. Supongo que en estos momentos deben estar instalándolo en el cuarto de los niños.

Mel se rio.

—Juls no te lo va a perdonar si es que no decide matarte antes.

Max le acarició la mejilla.

—Bueno, amor, ¿qué es la vida sin riesgos para hacerla más llevadera?

Mel se rio entre dientes, le besó y miró al cielo.



—Pues, ahora creo que corremos un riesgo serio de acabar empapados si no volvemos a la mansión.

Max miró al cielo y suspiró.

—En fin, parece que todo lo bueno está abocado a un rápido final, al menos por ahora.

La besó y se puso de pie, llevándola consigo. Ambos se arreglaron un poco las ropas y regresaron galopando justo a tiempo, ya que las primeras gotas empezaron a caer nada más atravesar las enormes verjas de la mansión.

Mel subió corriendo a su dormitorio mientras que Max desaparecía en la planta baja buscando a su padre. Se tumbó en la cama con los brazos abiertos y una enorme sonrisa en la cara. Instantes después aparecían Julianna y su tía por la puerta.

—¿Querida? —preguntó su tía de pie junto a la cama—. ¿Te encuentras bien?

Amelia se sentó de golpe en la cama y sin poder parar de sonreír contestó:

—Sí, tía, muy bien.

Su tía entornó los ojos mientras Julianna comenzaba a reírse sentándose en la cama junto a ella.

—Deduzco —continuó su tía— que ya sabes que

Max ha regresado. —Alzó las cejas en cuanto el rostro de Amelia se tornó sospechosamente de un rojo intenso—. Sí, ya veo que sí.

De nuevo Julianna se rio. Después de unos minutos en los que parecía que las tres damas habían acordado, sin expresarlo, un pacto de no mencionar el tema directamente, limitándose a intercambiar algunos comentarios sin trascendencia, cada una de ellas se retiró a su dormitorio para cambiarse para la cena.

Se fueron reuniendo poco a poco en la sala previa al comedor, como de costumbre. Todos se sorprendieron al ver al almirante elegantemente vestido de gala y él simplemente se disculpó con la anfitriona, limitándose a señalar:

—Es una ocasión importante y hay que vestirse para...

Antes de terminar de hablar apareció Cliff, igualmente vestido de gala, mientras que Julianna, de su brazo, miraba a su alrededor con resignación.

—No dirijáis vuestras preguntas a mi persona, os lo ruego —se apresuró a decir Julianna antes de que ninguno pudiese intervenir—. Me estaba esperando así de engalanado en la habitación de los niños. —Suspiró

poniendo los ojos en blanco.

Ambos se adelantaron y Ethan les ofreció una bebida preguntándose a qué venía todo aquello. Minutos más tarde Max irrumpía en la sala con una enorme y satisfecha sonrisa e igual de engalanado que Cliff y el almirante. Le dirigió una mirada y un guiño a Mel y se encaminó a Cliff.

Mel se levantó y totalmente sonrojada señaló.

—Ahh, no. —Miró a Cliff, que parecía tan complacido y divertido como el gato que va a comerse al canario—. ¿No pretenderéis llevar a cabo esta pantomima?

Cliff levantó la ceja sonriendo y llevándose teatralmente la mano al corazón.

—¿Pantomima? Querida, ¿por quién me tomas?

Le sonrió malévolamente justo cuando Max se paró a su lado. Esperó que Cliff le mirase y se inclinó formalmente.

—Milord, ¿me concedería unos minutos?

—¿Por qué diablos le sigue la corriente al demente de Cliff? —preguntó Mel mirando ceñuda a su hermana, que simplemente se encogió de hombros mientras que los dos caballeros ignoraban su queja.

—Por supuesto, milord. —Se giró divertido hacia el Conde—. Padre ¿nos permite hacer uso de su despacho?

El conde miró a los dos alternativamente y con cara de desconcierto respondió:

—Por supuesto.

—En ese caso —siguió Cliff—, milord, ¿tendría la amabilidad de seguirme? Excelencia —miraba al almirante—, estoy seguro que deseará acompañar a su hijo en un momento como este.

El almirante sonrió de oreja a oreja e, intentando aparentar algo de seriedad, contestó:

—Por supuesto.

En cuanto el almirante dijo aquello todos miraron a Mel y después a Cliff y a Max, comprendiendo de inmediato lo que estaban haciendo tan sarcásticamente.

—Señoras —dijo Cliff inclinándose sin dejar de sonreír complacido—. Caballeros, si nos disculpan.

Antes de girarse ya estaba Ethan encaminándose tras ellos.

—Ni lo sueñes, hermano, ¿y reservarte la diversión para ti solo? —Se giró para mirar de soslayo a Mel y

añadió casi entre risas—: Mel es de la familia.

Antes de haberlos alcanzado el conde estaba ya a la altura del almirante, dándole una pequeña palmada en la espalda.

—Y yo soy el cabeza de esta familia —y añadió—: Claro que podían habernos informado previamente y darnos la oportunidad de estar a la altura —añadió señalando sus elegantes ropas.

—Por el amor de Dios —refunfuñó Amelia—, ¿no piensas hacer nada? —Miró a Julianna ceñuda.

—Ya me dirás qué crees que puedo hacer. —Se encogió de hombros y escondió una sonrisa.

—Pero, pero... —Miraba a la puerta tras la que habían desaparecido los cinco hombres. Gimió—. Esto es absurdo.

Justo en ese momento Jonas se encaminaba en la misma dirección que el resto con una enorme sonrisa en los labios.

—¿Jonas? —Miró sorprendida Amelia.

—Solo voy a dar apoyo moral —dijo sonriendo.

—Gracias —dijo conmovida Amelia.

La voz de Eugene sonó a su espalda.

—No se las des, Mel, el apoyo va a dárselo a Cliff.

Mel se giró con el ceño fruncido rápidamente hacia Jonas, que riéndose dijo:

—No me odies, Mel, pero digamos que ahora tengo la ocasión de devolverle a mi cuñado algunos momentos del pasado.

Empezó a reírse y se escabulló raudo en la dirección tomada por el resto de caballeros.

Mel se dejó caer pesadamente en la silla que había ocupado y resopló.

—Yo... —Miró a Julianna—. Esto... —Señaló con la mano la puerta—. Pero... —Miró a su tía y esta por fin intervino:

—No te preocupes, querida, tarde o temprano alguno de esos caballeros caerá en la cuenta de que los dos únicos consentimientos requeridos son los nuestros.

Julianna se rio.

—Si es por Cliff auguro que será más tarde que más temprano. Lleva toda la semana esperando esto. —Miró algo mortificada a Mel—. Al menos, Mel, piensa que cuenta con el apoyo del almirante.

Mel resopló de nuevo de un modo poco femenino.

—Sí, menudo consuelo, dos contra cuatro.

—Creo —dijo la condesa mirando la puerta— que podremos empezar la cena sin ellos. Acabo de ver a dos criadas y dos lacayos llevando dos bandejas de comida y bebidas al despacho. —Miró a Mel—. Siento tener que ser yo la portadora de esta noticia pero, me parece, querida, que mi maquiavélico hijo ha preparado a conciencia la tortura del pobre Max.

Mel gimió de nuevo, deseando que la tragara la tierra.

A la mañana siguiente, en la sala del desayuno, donde estaban todas las damas y ninguno de los caballeros que a buen seguro trataban de recuperarse de la “reunión” nocturna, la enfadada Mel, que se había acostado maldiciendo a los hombres, sus arbitrarias costumbres y sus ancestrales ritos, había dado lugar, después una noche de insomnio, a una furiosa Mel capaz de morder a cualquier hombre con el que se cruzase.

—¿A qué hora llegó el demente de tu marido a vuestra alcoba? —preguntó a Julianna, que se escondía tras una taza de café.

—Umm, no estoy segura, me dormí y cuando volví a abrir los ojos, allí estaba.

No le iba a decir que llegó casi al alba, algo ebrio y más amoroso de lo que cabría pensar por su dificultad para hilar una frase completa sin alargar perezosamente las palabras.

Mel bufó.

—No me ayudas, Juls.

Julianna sonrió ante el mal humor de su hermana. Estaba tan nerviosa como un flan. Miró cómplice a su tía, que también parecía adivinar el estado de ánimo oculto tras ese enfado.

Al poco rato apareció Mely vestida con un precioso vestidito rojo de terciopelo, con un ancho lazo blanco de terciopelo atado a la espalda. Llevaba entre las manos un pequeño ramo de flores formado por tres hermosas rosas blancas y otras tres rojas. Miró a las damas de la mesa y la rodeó cuando halló a Mel. Se acercó a ella con una brillante sonrisa.

Carraspeó cuando se puso muy firme delante de ella y extendió los brazos para entregarle el pequeño ramo sin decir nada. Amelia tomó el ramo y, cuando iba a preguntarle, giró sobre sus talones y salió como una exhalación por la puerta. Amelia miró a Julianna, que parecía tan desconcertada como ella. Apareció



entonces Maxi en el umbral con unas calzas de color rojo de terciopelo, una camisa blanca y repitió la operación de su hermana pero, en vez de entregarle un ramo, le entregó un sobre lacrado saliendo corriendo inmediatamente después de dárselo.

Amelia miró el sobre y el sello, reconociendo el emblema del ducado de Frenton. Todas las damas la miraban ansiosas.

—Ábrelo, Mel— dijo Eugene casi saltando de su silla como una niña impaciente.

Lo abrió y empezó a reírse. “Un caballero desea hacerle una proposición que cuenta con algunos incentivos o ¿deberían ser considerados ventajas? M.R.”. Dobló de nuevo la nota sin decir nada. Se levantó con las flores en una mano y el sobre en la otra y salió al vestíbulo donde, junto a la puerta principal, permanecían muy firmes los gemelos.

—Pero, ¿qué pone en la nota?

Escuchaba la voz de Julianna a su espalda.

—¿Adónde va? —preguntó Eugene.

—Pues yo no me quedo aquí sin saberlo.

Escuchó a Adele.

Al llegar a la altura de la gran puerta del vestíbulo,

que permanecía abierta de par en par, Amelia miró más allá de la misma, al enorme patio de entrada. No vio más que a los lacayos en sus puestos. Frunció el ceño, desconcertada, justo en ese momento cada uno de los gemelos la cogió de una mano precariamente, pues aún llevaba las flores y la nota, y tiraron de ella hacia fuera. La llevaron casi a la carrera por todo el camino de grava hasta la enorme puerta de hierro forjado de acceso a la mansión. Amelia llegó jadeante hasta la misma, pues había una distancia considerable desde la casa y, además, los gemelos tiraban de ella con tanta fuerza que tuvo que concentrarse para no tropezar y caer de bruces en todo el trayecto.

Los seguían todas las damas y cuando iba a girarse a mirarlas fue Max el que apareció, de pie ante aquellas enormes rejas dobles con el escudo del condado forjado en lo alto. Iba elegantemente vestido con unos pantalones de ante beis, una camisa blanca anudada con un elegante pañuelo y un nudo a la última moda, un chaleco de seda con detalles en rojo y blanco, una levita azul marino que le enmarcaba a la perfección los hombros y su magnífica y ancha espalda, y unas botas lustrosas y bruñidas de la mejor

piel. Amelia hubiese contenido la respiración de no ser porque aún respiraba trabajosamente después de la carrera.

Con la mente, el cuerpo y los ojos fijos en ella, Max obvió todo lo que le rodeaba. Se concentró solo en esas mejillas encendidas por el esfuerzo, esos labios que, en cuanto posaron sus ojos en él, fueron curvándose hacia arriba de un modo cada vez más deslumbrante y en esos brillantes, magnéticos y abrasadores ojos tan oscuros y profundos que le incitaban a postrarse a sus pies suplicándole la indulgencia de su atención.

Max sonrió, adelantándose tomó la nota y el ramo de flores y se los dio a Mely, que permanecía sonriente junto a su tía. Asió con firmeza una de sus manos entre sus dedos. Ella permanecía callada, con el pecho aún subiendo y bajando por la trabajosa respiración y sus ojos tan centrados en él como los de Max en toda ella. Por unos minutos permaneció deleitándose de la hermosa visión de esa sensual y bonita figura enfundada en un vestido de amazona de color granate que destacaba no solo la suave y nivea tersura de su piel sino, además, esa extraordinaria melena azabache

que caía en un recogido flojo por detrás de sus hombros y envolvía su rostro como si de un marco elaborado por el mejor artesano se tratase.

—Señorita Mcbeth —dijo al fin haciendo una elegante cortesía llevándose la mano que había sujetado a los labios.

A Mel le costó unos segundos reaccionar, pero finalmente lo hizo con la misma formalidad y cortesía. Hizo una reverencia con una leve inclinación de cabeza y contestó:

—Milord.

Al alzar la vista lo miró interrogante pero él, simplemente, la deslumbró de nuevo con una de esas sonrisas y una de esas miradas que fundiría el metal si se lo propusiese.

Sin pensárselo dos veces Max echó la rodilla a tierra frente a ella, sujetando con firmeza pero sin rudeza su mano, y respiró hondo.

—Mi querida y adorada señorita Mcbeth, Amelia. —Fijó con intensidad su mirada en sus ojos—. Mel, ¿me concederías el inmenso honor de ser mi esposa, mi duquesa y la madre de mis hijos?

Detrás de Mel se escucharon las voces femeninas

al unísono con una algarabía que hacía imposible saber qué o quién decía que. Mel se quedó mirándole con las lágrimas a punto de brotar de sus ojos, pero antes de hacerlo, Max, en un tono seductor, dulce y encantador, continuó:

—Este enamorado caballero acude a vuestra puerta solicitando su mano, hermosa dama, esperando le conceda la dicha de ser su esposa y... —Había extendido uno de los brazos a la altura de uno de los costados de Amelia con la mano abierta hacia arriba —, y... —Miró junto a Amelia a la pequeña Mely—. Cariño, ahora —susurró a la pequeña.

—¿Ahora? —preguntó la pequeña como si no entendiese lo que le decía.

—La caja, cariño —susurró de nuevo Max mirando con ternura a la pequeña.

—Uy —dijo la pequeña lanzándole una mirada avergonzada a su padrino—. La caja... tío Max... —empezó a susurrar y a bajar la mirada removiéndose nerviosa.

Al otro lado de Amelia se removió nervioso Maxi:

—Yo... yo... —decía mientras rebuscaba en los bolsillos de sus calzas.

—Ah, sí —dijo alegre Mel—. La tiene él. —Miró a Max como queriendo justificarse—. Yo no llevo bolsillos, tío. —Se encogió de hombros.

En ese momento el pequeño Max se adelantó, ofreciendo a su padrino una pequeña caja de terciopelo rojo que este cogió suspirando y conteniendo la risa. Soltó la cada vez más temblorosa mano de Amelia, abrió la caja, sacó un anillo de su interior y volviendo a centrar sus ojos en Amelia señaló:

—¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! —Volvió a tomar su mano y la miró y, de nuevo, empleó ese seductor e irresistible timbre de su voz—. Reclamo, con humildad, el cumplimiento de la promesa que con anterioridad me hizo, mi adorada dama, y le ofrezco este anillo, la más preciada joya de mi abuela, su anillo de compromiso, con la esperanza y el deseo más profundo de que acepte llevarlo durante el resto de su vida como símbolo de la profunda, sincera y completa rendición de mi corazón.

Amelia sonrió de un modo que Max pensaba no había visto nunca, pues esa sonrisa parecía salir de lo más profundo del alma. De nuevo se escucharon voces femeninas tras ella en un revoltijo de voces,

gritos y exclamaciones.

Mel, conteniendo las lágrimas que asomaban con salir sin remedio, tuvo que respirar hondo y temblorosa giró un poco la cabeza buscando con la vista a su tía.

— ¿Tía? —dijo con la voz ahogada

Tía Blanche se rio con agrado.

—No te preocupes, cariño, Max tuvo la sensatez de hablar conmigo antes de dejarse torturar por los incorregibles varones de esta familia.

Le hizo un gesto de cabeza lleno de aprobación y buenos deseos. Volvió a mirar a Max y su corazón parecía salirse del pecho.

—Una promesa es una promesa... — dijo sonriendo.

Max se reía mientras se incorporaba y con firmeza le quitó el guante de cabrillita de la mano y le deslizó el anillo por su delicado dedo. Mel lo miró asombrada. Era un enorme diamante rosa rodeado de una fila de rubíes y diamantes blancos engarzados formando una delicada estructura tan simple en apariencia y tan perfecta en el conjunto que apenas podía hablar.

—Es, es precioso Max. Es lo más bonito que he visto en mi vida.

Su voz sonaba ahogada por la emoción y por las lágrimas que ya corrían imparables por sus mejillas. Él le alzó el rostro y sosteniéndolo entre sus manos y acariciando con los pulgares sus enrojecidas y mojadas mejillas dijo con vehemencia:

—Yo sé de algo mucho más hermoso que esa sortija.

Le sonrió justo antes de besarla con un beso tan lleno de ternura y de amor que Mel tuvo que sujetarse a él para no caerse en ese mismo instante.

Max se controló con todo el esfuerzo del mundo, ya que se encontraban prácticamente rodeados por las mujeres de la familia, sin mencionar que los gemelos los agarraban por la falda de Amelia y por sus pantalones intentando que prestasen atención al resto de los presentes. Separó sus labios y le susurró al oído:

—Dentro de unos minutos pienso raptarte y espero, mi duquesa, que sepas que no aceptaré otro comportamiento que no sea el de la colaboración más incondicional y el apoyo más absoluto.

Amelia se rio y alzó los brazos para atrapar su cuello, y poniéndose de puntillas y con un susurro le contestó:



—Los tendrás. Desde ahora, estoy rendida a su voluntad, milord.

Max gruñó de placer antes de separarse para dejarse avasallar por las felicitaciones, los abrazos y las abrumadoras voces de todas las damas.

Sin que ni siquiera Amelia se diese cuenta, Max había hecho un gesto a un mozo que permanecía fuera de la vista de todas ellas, que acto seguido le llevó su precioso castrado a unos metros de donde se hallaban. Max se separó de ellas con soltura y rapidez, se montó de un salto en el caballo e hizo un gesto con la mano a Amelia, que sonriente se acercó. Max se agachó y le susurró:

—Comienza el rapto.

En escasos segundos Mel se hallaba sentada en el regazo de Max. La había aupado como si fuese una simple pluma que se sujeta con dos dedos, la había sentado de lado delante de él y la había atrapado entre sus brazos mientras él sostenía las riendas. Hizo girar al elegante castrado escuchando las voces de todas las damas quejándose de la descortesía.

—Señoras —las saludó inclinando un poco la cabeza—, xreo que les aguarda un pequeño paseo de

regreso. —Sonrió divertido y enseguida se escucharon voces de reproche.

—¡Max! —gritó Eugene.

—¿No te atreverás a llevártela sin más? —preguntó conteniendo una carcajada Julianna.

Pero fue la voz de la tía Blanche la única a la que Max pareció prestar atención.

—La quiero de regreso para el almuerzo, truhan, o te suelto a los perros que hoy aún no han comido.

Max se rio recordando la amenaza idéntica que le hizo unos años antes cuando conoció a las hermanas Mcbeth, y sin mirar de nuevo a las damas, azuzó al caballo y dijo en voz alta en contestación a la tía:

—Mi querida Blanche, jamás me arriesgaría a ser perseguido por sus feroces canes. —Sonrió pícaro—. Y menos aún a desobedecerla, la temo más que a sus fieras. Regresaremos para el almuerzo. Prometido.

Amelia empezó a reírse, apoyándose en su ancho pecho y escondiendo el rostro en su hombro. Cuando hubieron dejado atrás a las señoras alzó la cabeza y, como si necesitase su contacto, le besó el cuello a Max, que gruñó con agrado en respuesta. Mel deslizó sus brazos bajo su chaqueta y, apoyando las manos en

su espalda, se acomodó mejor contra su pecho.

—Podrías haber traído montura para mí.

—¿Y privarme de tu bonito trasero entre mis muslos?

—¡Max! —le reprendió entre risas Amelia. Después de unos segundos en los que Max dejó al castrado adoptar un ritmo cómodo de trote ella, giró el rostro para saber adónde iban—. ¿Adónde me llevas?

Max apoyo el mentón en su cabello.

—Me ha dicho un pajarito que has estado aprendiendo a nadar.

Amelia gimió.

—Debería señalar que he estado intentándolo. Eso sería más correcto, o por lo menos más fiel a la verdad —reconoció mortificada.

Max rio y ella le dio un pequeño pellizco en la espalda.

—No te rías de mí. Bastante vergonzoso es de por sí como para encima añadirle que los gemelos lo hacen mejor que yo y, ahora, tú te burlas de mi falta de destreza.

Max le besó la coronilla.

—Cariño, puedo asegurar que eres muy diestra. Sé

con plena seguridad que te mueves con mucha soltura.

Mel de inmediato alzó la cabeza para mirarlo, se había ruborizado tanto que era hasta cómica.

—Max, eso, eso... —por fin con firmeza logró decir—. ¡Eso no cuenta, bruto!

Max soltó una enorme carcajada e inclinó la cabeza para besarle los labios.

—No me refería a eso, picaruela... —De nuevo la besó—. Me refería a que eres ágil sobre un caballo y bailando. —Se rio suavemente—. A pesar de tus inicios.

Mel se quejó avergonzada.

—No me lo recuerdes. Creía que nunca podría dar dos pasos sin pisar o empujar a mi pareja.

Max rio.

—Y ahora eres una excelente bailarina y una pareja de baile perfecta. —La miró con intensidad—. Al menos perfecta para la pareja adecuada. —La besó—. Y esa pareja soy yo. No lo olvides.

Amelia le sonrió. Le encantaba cuando salía esa vena posesiva en su voz y en su mirada. Amelia suspiró y de nuevo miró a su alrededor:

—Entonces, ¿Me llevas a nadar?

Max le sonrió.

—No exactamente. Vamos a la casita del bosque y después de algunas otras *actividades* en las que tendrás ocasión de demostrar tu destreza y agilidad. — Su mirada se volvió tan oscura que Amelia literalmente se derritió entre sus brazos—. Te daré algunas lecciones de natación en el río que hay tras el jardín. Creo, amor, que lo que ocurre es que no has tenido el maestro “adecuado”.

El tono de su voz, la cadencia y lentitud con las que se recreaba en algunas palabras y esa mirada tan intensa hizo que todo el cuerpo de Amelia ardiese y ese calorcito y excitación en lo más profundo de sus entrañas le gritase que le arrancase la ropa, allí mismo, sin importar nada más, y se comportasen como seres completamente libres y ajenos a cualquier otro hecho que no fuera la existencia del otro.

Amelia estrechó su abrazo y comenzó a besarle el cuello, la base de su mandíbula... cuando mordió y lamió el lóbulo de su oreja, Max detuvo el caballo de inmediato y jadeó.

—Dios bendito... —Amelia volvió a tomar su lóbulo entre sus dientes y lamió la suave y salada piel

que tenía atrapada y notó la dureza en la entrepierna de Max justo debajo de sus nalgas. Y disfrutando de ese calor y esa sensación de poder se removió sobre él suavemente con ligeros círculos, sintiendo las pulsaciones de su miembro bajo ella, cómo se endurecía cada vez más y cómo crecía amenazando con provocarle a Max un colapso nervioso.

Max gruñó casi como un animal fuera de control y deslizó a Mel por el costado del caballo, saltando a su lado casi de inmediato. Se hallaban en la ribera del río a unos quinientos metros de la casita pero en cuanto sus pies tocaron el suelo, Max se apoderó de ella, de sus labios y de todo su cuerpo.

—Mel. —Gruñó de nuevo. Tenía los ojos más oscurecidos de lo que ella había visto antes—. Dios, Mel —dijo mordiendo su cuello—. No puedo esperar, pequeña, me has hecho, ¡Dios!

Se quitó con fiereza la chaqueta, la extendió en el suelo y, alzando a Amelia y sus faldas a un tiempo, la tumbó en el suelo, de modo que sus nalgas quedaron perfectamente protegidas por la chaqueta. La devoraba con los labios, con las manos. Le desabrochó la chaqueta, la camisa y le rasgó de un tirón la

camisola dejando sus pechos libres para poder atraparlos por sus manos, sus labios y sus dientes. Los torturaba, los disfrutaba, mientras con la misma fiereza se liberó de los pantalones y de un duro y certero envite la tomó sin piedad. El gemido ronco, profundo, severo de Max, ahogó el de Mel, que se sentía estallar. Ambos se comportaron como seres primitivos, cada embestida, cada movimiento, cada beso y cada caricia era más dura, más brutal, más pasional que los anteriores. Era lujuria, deseo, pasión en estado puro y cada uno de ellos entregaba y tomaba con la misma intensidad, la misma necesidad, el mismo anhelo desesperado. Y ambos se rompieron, estallaron y gritaron salvajes al mismo tiempo.

—Santo Dios —jadeó Max sobre su rostro, con sus labios rozando la piel ardiente de Mel, sin salir de ella pues ni quería ni podía moverse.

Mel también se había asegurado de que no se moviese de su interior. Aquella maravillosa sensación de sentirlo tan caliente, tan acoplado a ella, era puro placer. Lo sujetaba con las manos a pesar de sentir tan lánguidas y laxas sus extremidades. No podría levantarse por mucho que se lo propusiese. La voz

ronca de Max reverberaba en su interior, cosquilleándole la piel del pecho sobre las que tenía apoyada la cabeza.

—Por todos los santos, Mel, me haces perder la cordura.

Mel se rio, acariciando ahora su pelo y disfrutando de las caricias de sus labios sobre sus endurecidos pechos.

—La culpa es tuya. Me dices unas cosas que...

Ahora fue él el que rio.

—Bueno, es tranquilizador saber que causo en ti el mismo efecto que tú en mí. —Alzó la cabeza para poder disfrutar de sus labios y su rostro y, divertido, dijo mientras le acariciaba y lamía lentamente—: Creo... que deberíamos procurar... no comportarnos así en lugares públicos... o, por lo menos, donde pueda haber alguien a menos de una milla de distancia... — Se apoderó de uno de sus endurecidos pezones y los torturó con los dedos mientras lamía lentamente su suave cuello—. Si me encuentro de nuevo como hace unos minutos, te prometo que te tomaré en el lugar en el que nos hallemos en ese momento, ya sea un parque, una sala de baile o los mismísimos salones de



Almack's.

—¿Lo prometes? —Se reía provocativa y sintiéndose una auténtica licenciada.

Max rio y la miró, acariciando con los dedos su rostro.

—He creado un monstruo.

Los dos se rieron.

—Sí, pero soy tu monstruo... —Le empujó, de modo que giraron y quedó sobre él—. Solo tuyo.

Lo besó antes de sentarse a horcajadas sobre él con su miembro todavía dentro de ella. Max se incorporó para atrapar de nuevo sus pechos notando como su, todavía endurecido pene, volvía a crecer más y más en su interior. En cuanto Amelia lo notó, ríos de lava sustituyeron la sangre de sus venas y su corazón pareció cobrar nueva y renovada vida. Comenzó a provocarlo, a reclamarlo, a hacerlo enloquecer de nuevo con movimientos lentos y suaves, girando pausadamente sus caderas sobre las de él. Con cada fricción, Max casi se pone a aullar, necesitando en varias ocasiones contener la respiración para no hacerlo. Agarró sus nalgas colocándola en una posición que le permitía un mejor movimiento y una

mayor penetración. Parecía guiarla hasta el fondo, hasta el centro mismo de su ser. Max gimió cuando Amelia clavó las rodillas a ambos lados de sus costados para lograr un mejor y más firme apoyo y, de nuevo, lo llevó a la locura. Amelia sentía cómo llegaba a la cumbre, cómo con cada envite con el que el acompañaba sus cada vez más firmes y seguidos movimientos, la elevaba del suelo más y más, y cuando estalló una primera vez, Max los hizo girar de nuevo, colocándola de espaldas logrando estallar una y otra vez. El cambio de posición y la guía certera de Max, que la sujetaba firme por las nalgas y por la cadera, consiguió que su penetración fuera tan profunda que Amelia hubiese jurado que la sentía en cada uno de los músculos de su cuerpo. Esta vez sí, Max gritó salvaje, incluso creyó aullar. Cuando se vació en ella se sintió morir y renacer cual ave fénix, porque seguía tan duro y excitado como si no acabare de liberarse y siguió moviéndose más y más dentro de ella en una galopada salvaje, vibrante, intensa y desbordante que le resultaba una locura y al tiempo una bendita gloria. La observaba mientras la tomaba una y otra y otra vez y cuanto más lo hacía más la deseaba, más quería, más

reclamaba. Esa dulce mujer transformada en diosa carnal le pertenecía, era suya y su cuerpo lo decía, lo gritaba, lo aullaba...

—Dios mío, Dios mío —jadeaba en su oído enterrando las manos en la hierba que los rodeaba—. Mel.

¿Cuánto tiempo llevaba dentro de ella envite tras envite sin parar? Y le parecía no poder ni querer detenerse jamás. Ella lo azuzaba, avivaba esa necesidad de ella, ese fuego que parecía no calmarse sino que, por el contrario, amenazaba con quemarlos a ambos.

—Max. —Lo agarró fuerte de las nalgas, empujándolo contra ella—. Max. Dios... mío. Max. No pares. Max.

Se arqueaba y echaba la cabeza hacia atrás y él se aprovechaba porque devoraba cada parte de su ardiente cuerpo a su alcance.

Max estaba seguro de que estuvo más de una hora embistiéndola sin parar, sin menguar en intensidad o necesidad, incluso se supo teniendo temblores, espasmos y orgasmos mientras seguía una y otra vez empalándola sin freno. Cuando por fin se desplomaron

uno en brazos del otro agotados, con la cabeza dándoles vueltas a los dos, sin habla y sin capacidad alguna de raciocinio, lo único que Max fue capaz de decir o, más bien balbucir, fue:

—Si hemos engendrado nuestro primer hijo, creo que habremos procreado a un Dios, tan fuerte e invencible que nuestros nombres aparecerán en los libros de historia como los padres del primer Dios nacido de mortales.

Amelia cerró su abrazo y enterró el rostro en su cuello.

—Me conformo con engendrar un mortal que se parezca a su fuerte e invencible padre.

Cuando, dos horas más tarde yacían, por fin, desnudos y exhaustos, en el dormitorio de la planta baja de la casita, el que ella había ocupado cuando ella y Julianna vivieron allí por unas pocas semanas, Max, mirando distraídamente el reloj de la repisa de la pequeña chimenea, señaló:

—Mel.

Le acariciaba la espalda distraídamente mientras ella permanecía completamente abotargada en sus brazos.

—¿Umm?

No se movió, extendida sobre él como estaba, con la cabeza apoyada en su hombro y sus piernas enredadas en las suyas, era incapaz de movimiento alguno.

—Creo que dejaremos la lección de natación para mañana. A duras penas conservo fuerzas para regresar a la mansión.

Amelia se rio y tras depositar un beso en su hombro y volver a acomodarse sobre él respondió:

—Me parece bien. No creo que sea buena idea contar con un instructor tan agotado que no pueda rescatarme cuando empiece a hundirme tras chapotear torpemente como un pato mareado.

Max rio suavemente.

—¿Chapotear, eh? ¿Pero qué te ha enseñado ese inepto de Cliff? —preguntó divertido imaginándose a Amelia desnuda sobre el agua.

Gruñó en su interior, decididamente en lo que referente a Amelia era insaciable. Jamás tendría bastante de ella.

Mel se incorporó un poco para mirarlo.

—Max, ¿dónde se supone que hemos estado estas

horas sin carabina ni mozo que nos acompañase?

Él sonrió malicioso mientras acariciaba su rostro.

—Mi querida lady Rochester, en primer lugar, a las parejas prometidas se les conceden ciertas licencias, pero aun así, pronto te darás cuenta de que te vas a casar con un hombre con una gran inteligencia y otras destacables aptitudes.

Movió un poco las caderas bajo ella para que apreciase algunas de esas aptitudes.

Amelia se rio.

—Mi querido lord Rochester, tengo la ligera sensación de que está usted, en exceso, pagado de sí mismo, aunque siendo justa, temo que carezco de cualquier referencia con la que poder comparar, por lo que deberé fiarme de su palabra.

Se rio y con la ceja alzada señaló.

—¿Tiene alguna queja, milady?

Ella lo besó y con una sonrisa señaló.

—De momento, ninguna. ¿Qué querías decir con que eres inteligente?

Él se rio de nuevo con una sonora carcajada.

—Eso es una impertinencia, milady. —Sonrió—. Diremos que hemos ido a recoger tu regalo de

compromiso.

Ella lo miró sorprendida y acarició el anillo de su dedo.

—Pero si me lo has dado delante de tía Blanche, de Julianna, de...

Él detuvo su parloteo posando un dedo en sus labios comenzando a acariciarlos a continuación.

—Ese no, amor. Ese es tu anillo de pedida. Me refería al cuadrúpedo que está atado detrás de la casa.

Amelia se incorporó y se apoyó en los antebrazos:

—¿Me, me has comprado un caballo? —preguntó totalmente asombrada y entusiasmada.

Max se rio mientras la volvía a acercar dejando que su peso volviese a caer sobre él.

—Un precioso semental árabe, negro, que cruzaremos con Granada para que tenga bonitos potrillos para nuestros hijos. —Amelia sonreía emocionada—. Y espero que lo montes solo en la finca familiar, porque es demasiado brioso para que lo hagas a mujercitas.

Ella sonrió.

—¿No te importa que monte a horcajadas? Eso es nuevo. Antes te ponías hecho una fiera cuando lo

hacía.

—No es cierto. —Suspiró—. Al menos no me ponía como una fiera. —Amelia se rio—. A Scandal te dejaré montarlo con una silla de caballero, me quedaré más tranquilo así, pero solo podrás hacerlo dentro de la finca.

Ella lo besó.

—Lo haré, lo haré. ¿Scandal? Ese nombre resulta prometedor.

Reía mientras empezaba a ponerse en pie. Max la sujetó y la volvió a colocar donde estaba.

—No pensarías salir a verlo desnuda, ¿verdad?

Amelia se rio y puso una voz que a Max le resultó muy sensual.

—Iba a ponerme tu camisa.

Max la atrajo aún más hacia él y los hizo girar para atraparla bajo su peso.

—Cariño —empezó a recorrer su cuello con un descendente río de besos y ella se arqueó cediendo de inmediato a sus caricias y ofreciéndole mejor acceso al resto de su cuerpo—, no se va a ir a ninguna parte —Sonó el reloj de pared que había en el salón anunciando la hora. Max gruñó—. Arrgg, quizás sí vaya a irse a



algún sitio después de todo. Me temo que vamos a tener que regresar antes de que tu tía me suelte los perros.

Besó su cuello una última vez y se levantó y en cuanto Amelia posó los pies en el suelo corrió a la ventana y sacó medio cuerpo por ella mirando a su alrededor, tras unos segundos regresó y se lanzó en brazos de Max, que solo había logrado subirse los pantalones sin tiempo siquiera para cerrar la pretina.

—Es precioso, Max. —Lo besó repetidamente por el rostro—. Gracias, gracias, gracias.

Max se reía con ella desnuda entre sus brazos, nerviosa, repleta de vida y energía de nuevo:

—Un placer, pequeña.

—Ay, Max, creo que me va a gustar mucho estar casada contigo. Empiezo a ver que tendrá grandes “ventajas”.

Max estalló en carcajadas.

—Si cada vez que te haga un presente te me lanzas al cuello tan desnuda como te trajeron al mundo, con esa sonrisa y tan dispuesta a devorarme a besos, creo que voy a colmarte de ellos todos los días.

Amelia se rio y de nuevo empezó a besarle sin

parar.

—No seas tonto. —Rozó sus labios con los suyos—. Para eso solo tienes que entrar en nuestro dormitorio cada noche. —Lo besó y abruptamente se separó y frunció el ceño—. Tendremos el mismo dormitorio ¿verdad?

Había una nota de esperanza y de temor que Max rápidamente resolvió.

—Cariño, si me crees capaz de dormir lejos de ti, en habitaciones separadas, estando ambos bajo el mismo techo, es que no te he enseñado nada en las últimas horas.

Sonrió y la besó disfrutando de la risa vibrando en la garganta de Mel y en lo rápido que conseguía que su corazón diese un vuelco. Bastaba una sonrisa suya, una mirada, una caricia y, desde luego, verla desnuda atravesando la habitación para lanzarse a sus brazos.

Regresaron a la mansión a tiempo para cambiarse y bajar al comedor para el almuerzo. Se reunieron en lo alto de la escalera para bajar juntos y disfrutar de unos minutos más antes de verse de nuevo arrollados por la familia.

—Max. ¿No vas a contarme nada de anoche?

Max entrecerró lo ojos y negó con la cabeza.

—Mejor no preguntes o le darás más munición a ese al que llamas, muy a la ligera, cuñado; y yo, más a la ligera aún, amigo. Y ya que me lo recuerdas, creo que he de planear algún tipo de venganza para mi propio cuñado.

Mel hizo una mueca, pero después sonrió.

—Me parece que en el fondo os divertisteis todos, incluido tú.

—Calla mujer, que te van a oír. —Se rio—. Y hablando de oír, creo que nos preguntarán cuándo nos casamos y, he de advertirte, muy seriamente, que no estoy dispuesto a esperar más de diez días a contar desde mañana. —La miró y la hizo detenerse—. ¿Crees que podrás organizar todo en ese tiempo?

Ella negó con la cabeza.

—Yo no, pero todas las señoras de esa sala — señaló al comedor—, estoy segura de que lo harían sin apenas pestañear.

—Gracias a Dios, porque sigo dispuesto a raptarte.

Escucharon un carraspeo proveniente de la puerta del comedor.

—Esas manos, Max, y ya que estamos, a ver si

suavizas esas miradas.

Cliff sonreía desde la puerta.

—Le dijo la sartén al cazo —se quejó Amelia entre dientes.

Los dos varones se rieron. Cliff hizo un ademán con la mano y entraron en el comedor, donde toda la familia les esperaba, incluyendo los gemelos. Los caballeros se levantaron en cuanto entraron y fue tía Blanche la que le indicó el sitio para que se sentasen uno al lado del otro con tía Blanche justo enfrente.

—Y bien, hijos míos, ¿qué fecha tenéis en mente para el enlace? —preguntó directamente el almirante.

Con una calma absoluta mientras el mayordomo le servía una copa de vino, Max contestó sin ni siquiera mirarlo:

—Diez días contados desde mañana.

Casi todas las voces femeninas de la mesa prorrumpieron en quejas.

—¡Diez días!

—Es muy poco tiempo.

Cuando todas cesaron, Max, de nuevo con calma pero con firmeza, insistió:

—Diez días. Podéis decidir qué es más

conveniente. Si aquí, si en Saint George, en Hanover Square, en la capilla de Frentonhills o si lo deseáis una boda el alta mar.

Ahí fue Amelia la que lo miró.

—Cualquiera de las opciones son viables menos alta mar. Lo siento, Max, pero me gustaría no tener el cutis verduoso por indisposición el día de mi boda.

Max se rio y se llevó su mano a los labios.

—Cierto, querida, lo había olvidado, inexcusable por mi parte. —Miró a las damas y señaló—: Todas las opciones menos un barco, pero la fecha es inamovible.

Tía Blanche, con la voz tan calmada como era costumbre en ella, inquirió:

—Sin duda es posible. Apresurado pero posible. ¿Alguna otra petición a tener en cuenta? —Los miró a ambos.

Amelia, tímidamente y algo sonrojada, miró a Adele.

—Me gustaría, si es posible, llevar el vestido de novia de Eugene y de Adele.

—¡Una idea maravillosa! —dijo batiendo palmas Adele—. De hecho, deberíamos convertirlo en una tradición familiar. Todas las damas de la familia

deberían poder usarlo.

—¿Yo también? —preguntó Mely estirándose un poco en el regazo de Cliff, donde se había aupado para poder escuchar mejor a los adultos.

—Claro, cariño —le respondió con dulzura Adele—. Lo más probable es que tú seas la próxima en casarte.

—Querida, ¿te importaría no lanzar a mi niña al mercado matrimonial todavía? —intervino Cliff, y acarició la mejilla de su desconcertada pequeña.

A partir de ese momento todo se centró en planes para la boda, tanto los caballeros como las damas parecían encantados de añadir cosas, comentar o terciar en alguna discusión iniciada sobre flores, invitados, recepción...

Max y Mel, que parecían ajenos a todo y solo sacaron en claro que se casarían en la llamada iglesia de la aristocracia, Saint George, en Hanover Square, en pleno centro de Londres. Al fin y al cabo, iba a contraer matrimonio no solo uno de los más díscolos y esquivos libertinos de la nobleza sino también el futuro duque de Frenton.

Max le susurró a Amelia:

—¿Saben que todavía estamos aquí?

Mel asintió y le susurró:

—Y creo que les resulta indiferente.

—¿Quieres que nos llevemos a los gemelos a montar y les enseñes tu nuevo caballo? Creo que están tan aburridos como nosotros —propuso mirando en dirección a los pequeños, que parecían planeando alguna trastada por puro aburrimiento.

Y así transcurrieron los seis días siguientes, entre preparativos, familiares y proveedores entrando y saliendo y un sinfín de preguntas a los novios, que parecían más interesados en salir de allí a la menor ocasión que en los preparativos de su propia boda, antes de la marcha de todos a Londres para la celebración. Todas las damas ajetreadas con los preparativos, los caballeros organizando traslados y poniendo al día la contabilidad de sus respectivas propiedades para poder dejarlas de nuevo en manos de sus administradores durante el siguiente mes que pasarían en Londres. Max y Mel, puesto que por las noches no podían permanecer juntos siendo vigilados por Cliff como halcón, tenían que buscar huecos a lo largo del día para encontrarse a escondidas. En esto

último, Mel resultó ser una buena alumna de su particular maestro, especialmente empeñada en *agradecer* como lo hizo en la casita del bosque cada uno de los regalos que por las mañanas llegaban de parte de Max. Amelia comprendió pronto cuáles habían sido los asuntos que llevaron a Max a Londres la semana anterior, y no eran solo recoger el anillo de su abuela y conseguir la licencia especial.

La primera mañana llegó una enorme valija sellada con muchos documentos a nombre de Amelia y, tras revisarlos, el conde le explicó que Max había solicitado que su último botín, es decir, el navío *El Yunque* y la carga del mismo, fuesen vendidos, de lo cual se encargó el responsable económico del almirantazgo, haciéndosele entrega de los documentos que acreditaban el depósito resultante de la venta, salvo la parte correspondiente a la tripulación de Max, en una cuenta a su nombre para destinarlo al orfanato y la clínica en los términos que ella dispusiese. Amelia lloró durante una hora por el gesto de Max, y en cuanto lo localizó se lo llevó a las ruinas, donde pasó con él casi todo el día agradeciéndole con ardor su regalo, hablando de los planes que tenía con respecto al



orfanato, la clínica y los niños que podrían acoger con esa inmensa donación y sobre todo, de su futuro juntos.

La segunda mañana llegó la guinda del regalo de día anterior, pues en el vestíbulo aparecieron dos enormes lacayos, antiguos boxeadores, que decían haber sido contratados para el uso y protección exclusivos de lady Rochester.

—¿Me has comprado dos lacayos? —preguntó despistada Amelia

—¿Sabes que la esclavitud es ilegal en Inglaterra? —le dijeron entre carcajadas Ethan y Cliff desde la escalera.

Max les lanzó una mirada de advertencia antes de aclarar a Amelia:

—Cielo, estos hombres van a acompañarte siempre y no se separarán de ti, especialmente cuando visites la clínica y el orfanato.

Amelia se rio.

—Entonces, ¿no te importa que siga yendo tan a menudo?

Max puso los ojos en blanco y con voz de resignación señaló:

—¿Me queda otra opción...? —Y antes de que

ella lanzase un grito de entusiasmo y se lanzase a rodearle el cuello y besarlo añadió tajante—: Pero solo si vas con ellos o conmigo.

En cuanto dejó de besarlo le susurró al oído:

—Después volveré a hacer esto pero sin nadie mirando y un poco menos... vestida.

Max se rio y le susurró también a su oído:

—Te tomo la palabra.

La tercera mañana llegó un no menos sorprendente regalo. Dos carretas llenas de macetas y parterres con todas las plantas, hierbas y flores que estaban en el camarote del *Estrella de la India*, que iban a ser trasladados a Frentonhills donde, hasta la llegada de la nueva lady Rochester, serían cuidadas por el jardinero jefe de la ancestral casa ducal.

Cuando Amelia buscó a Max, este le explicó que al recuperar el barco el propietario y capitán del mismo quiso recompensarlos por el servicio y Max le pidió que le cediesen las plantas del camarote y finalmente consintió a tan extraña petición a cambio de unos generosos incentivos.

La cuarta mañana llegó un regalo especial para ella, para Julianna y tía Blanche, ya que tras la boda la

tía Blanche volvería a residir sola en la enorme mansión Mcbeth, aunque Max sospechaba que si algo conocía a su padre pronto pondría remedio a ese hecho. Tras hablar mucho de ello Amelia, Max, Cliff y Julianna, Max decidió que un regalo apropiado, y que podría complacerlas a todas, serían unos palcos en la ópera, otro en el Drury Lane y otro en los jardines reales para la temporadas de representaciones, conciertos y espectáculos al aire libre, de modo que se aseguraban que las damas de la familias, sus maridos u otros invitados pudieran reunirse al menos una o dos veces cada semana por las noches, y no solo en almuerzos o cenas.

La quinta mañana, la doncella de Amelia, nada más despertarla, le entregó una bonita caja que contenía una vieja y desgastada brújula marinera, y fue Eugene la que le contó que ese había sido, durante muchos años, el único instrumento del que Max no se desprendía jamás, lo llevaba siempre consigo, en mar y en tierra, como su amuleto de la suerte. Amelia ni siquiera se vistió, en camión, escondiéndose y evitando a todos los habitantes de la casa consiguió llegar a las habitaciones de Max, donde lo sorprendió

vistiéndose con ayuda de su valet, al cual con una mirada pidió que se retirase con discreción.

—Max —se lanzó ella a sus brazos y en cuanto lo rodeó le dijo—: No puedes regalarme tu amuleto — con voz trémula añadió—: ¿Y si te pasa algo...?

—Amor, ahora tú eres mi amuleto de la suerte y no pienso separarme de ti.

Ella negó con la cabeza.

—Aun así. Quiero que la conserves tú, aunque ahora deberás cuidarla mejor porque me pertenece. — Le dijo con una brillante sonrisa.

Él la miró unos instantes y sonrió.

—Bueno, pero solo hasta que tengamos un hijo, porque se la regalaremos a él.

La besó tiernamente mientras ella se reía.

—¿Y si es una niña?

—Bueno, el heredero del ducado recibirá el ducado y, además, esta vieja brújula de hojalata que tan importante ha sido para mí y que acompañará a sus padres los años venideros, pero cuando tengamos una preciosa niña, mandaremos a un artesano que fabrique una pequeña brújula de oro que sea un colgante para que la lleve siempre consigo, igual que su hermano. Y

si tenemos más hijos o hijas, lo convertiremos en una tradición y a todos les regalaremos brújulas de oro que nuestros deseos de felicidad para ellos convertirán en sus amuletos.

Amelia se rio.

—Max, creo que, aunque todos creyesen que eras un lobo con piel de cordero, en realidad, siempre has sido un cordero con piel de lobo, te vestías de libertino cuando eras un romántico empedernido.

Max se rio.

—Muérdete la lengua, amor, alguien puede escucharte.

Después de eso ninguno de los dos bajó a desayunar y desde luego el valet de Max no pudo volver a ayudar a su señor.

Pero el regalo que la conmovió vino de manos de Eugene, de tía Blanche y, por supuesto, de Max. Entre los tres habían organizado para la noche siguiente a su llegada a Londres y dos días antes de la boda una fiesta en los jardines de Brindfet House con dulces preparados por un ejército de cocineros, pasteleros y chefs supervisados por Julianna, con una representación infantil en un teatro montado para la

ocasión, con fuegos artificiales, un baile al aire libre y con payasos y magos para entretener a los niños más pequeños de los dos orfanatos a los que Amelia ayudaba. Y todo su personal también fue invitado a la fiesta para conmemorar el enlace. Incluso los niños del orfanato de Saint Joseph fueron llevados a Londres por Cliff en uno de sus barcos y acogidos en una casa alquilada para toda una semana por él y Julianna, donde los niños y sus cuidadores fueron del todo atendidos.

Fue para Amelia una noche mágica y la primera en que dejó de tener pesadillas. Tenía la certeza de que Max y ella no solo estaban hechos el uno para el otro y de que todo iría bien entre ellos, sino que comprendió que había alguien que la quería y aceptaba de modo incondicional, sin deseo alguno de cambiarla, sin deseo alguno de convertirla en otra persona, a la que le importaba ella por encima de sus orígenes, de su constante búsqueda de cambios en el mundo y de su incordiante manía de meterse en todo tipo de embrollos en defensa de cualquiera que ella considerase indefenso. Las personas que le habían dado su primer hogar y su primera familia fueron Julianna y tía

Blanche, y la persona que le había dado su corazón y una pareja en la vida y para siempre había sido Max.

Esa noche y las dos noches siguientes Max trepó por el balcón de su habitación en la mansión de su tía y las pasó con ella, haciendo el amor, hablando, riendo, contándose secretos y sueños y haciendo planes para el futuro. Mel consideraba esas noches a escondidas las más mágicas de su vida, o al menos las más felices.

La boda del heredero del ducado de Frenton y la rica heredera de una de las mayores fortunas del país se celebró a media mañana, con casi toda la aristocracia y las familias más adineradas abarrotando los bancos de la enorme iglesia de Saint George, incluso los más rancios nobles que tanto criticaban la unión con familias ricas cuyas fortunas proviniesen del comercio acudieron a presenciar el enlace de uno de los más antiguos títulos de Inglaterra. Aquellos que no fueron invitados a la boda se acercaron a verla desde sus carruajes en la calle, donde esperaba una muchedumbre de curiosos deseosos de ver a los novios y a sus ilustres invitados una vez concluida la ceremonia.

La novia, que llegó al altar del brazo del imponente

y orgulloso duque de Frenton, el almirante Rochester, llevaba el vestido que lucieron las ilustres damas de la familia y la tiara de diamantes blancos, rosas y rubíes del ducado, deslumbrando a todos por su elegancia y porte, pero fue al novio al que se le cortó la respiración al verla. Todos los presentes miraban a la pareja y comprendían que era una boda por amor. Las madres con hijas casaderas lloraban para sus adentros por la pérdida de ese soltero, los caballeros por la pérdida de una hermosa heredera y las damitas en edad de casarse suspiraban deseando ser miradas y deseadas tanto como la radiante novia.

Todos los presentes se deleitaron con el recorrido de los pajecillos del cortejo vestidos con los colores y los emblemas de la familia Worken y de la familia Frenton, todos niños de la familia encabezados por los bellos y revoltosos gemelos, los primogénitos de los vizcondes de Plamisthow, mientras que los más pequeños fueron llevados en brazos por los orgullosos padres y el cabeza de familia, el conde de Worken. Recorrieron el pasillo portando a la nueva generación de condes, vizcondes, duques y marqueses de una familia que se estaba convirtiendo en un referente para



las nuevas generaciones no solo por defender las tradiciones de su rango, sino también por ser defensores acérrimos de la necesidad de adaptarse a los nuevos tiempos. Hijos criados por sus padres, con ayuda de un ejército de criados, niñeras y profesores, pero que permanecían más tiempo en compañía de sus padres que lejos de ellos. Nobles que dirigían grandes navieras, negocios e inversiones y no solo las propiedades ancestrales adscritas a sus títulos. Caballeros que lucharon por su patria en la Marina Real o en la Caballería con coraje y nobleza convirtiéndose en héroes y leyendas para sus congéneres dejando de lado esa imagen de muchos aristócratas de meros personajes ociosos que no hacían más que vivir desde la cuna de los réditos de su título.

También provocaron grandes suspiros, cuchicheos y muchas envidias el padrino y la madrina del enlace, el calavera reformado y convertido en devoto esposo y padre, el vizconde de Plamisthow, y la hermosa hermana pequeña del novio, la actual marquesa de Furlintong que, al igual que todas las elegantes y deslumbrantes féminas de la familia, cautivaba a todos

los presentes con una elegante y original creación de la mejor modista del país, madame Coquette, que diseñó los trajes de los pajecillos, al igual que hizo, años atrás, con el traje de la feliz novia.

En un lugar destacado en los bancos reservados solo a la familia brilló con luz propia otra pareja de enamorados, los marqueses de Drundy, amigos íntimos de los novios y objeto de la mirada de muchos curiosos por haber sido los protagonistas de una de las románticas e inesperadas escapadas de la temporada.

La recepción se celebró en los famosos jardines de la no menos famosa residencia de todos los duques de Frenton a las afueras de Londres. Entre los asistentes destacaron a ojos de la novia los miembros del personal de la mansión Mcbeth. Todos ellos acudieron como invitados por petición expresa de la novia y a pesar de la reticencia inicial de los mismos por considerar que no era apropiada su presencia en tan distinguida ocasión por su condición, la novia no solo insistió sino que se aseguró de que no les quedase más remedio que asistir, ya que los invitó uno a uno como muestra de cariño y de agradecimiento por la comprensión, el apoyo y el afecto que todos ellos les

brindaron a ella y a Julianna los años precedentes.

# Epílogo

Dado que Amelia heredaría, junto a Julianna, la inmensa fortuna de tía Blanche, incluyendo la naviera y los negocios en los principales puntos de las rutas comerciales marítimas, Max se hizo cargo de la gestión de algunos de esos negocios ayudando a Cliff, desde pocos meses después de su boda, dejando la navegación en manos de su cuñado, que seguía con la idea permanecer parte del año en la mar en compañía de su familia al menos durante tres o cuatro años más y después fijaría su residencia en tierra en la mansión adquirida por la pareja en Londres o en su finca en el campo a poca distancia de la casa ancestral de los De Worken y muy cerca de Frentonhills, la segunda residencia oficial de los duques de Frenton.

Max pronto se hizo cargo de sus responsabilidades ducales y, mientras su padre siguiese ostentando su

escaño en el parlamento, él podría formar parte del ministerio asesorando a los nuevos miembros de la Marina Real y colaborando en la formación de las nuevas generaciones de oficiales y altos mandos.

Se convirtió, además, en un acérrimo defensor de las causas promovidas y apoyadas por su esposa en favor de los niños, la mejora de la calidad de vida de estos y de su educación. Amelia, junto con su tía Blanche y con la colaboración de las mujeres de su familia así como de su gran amiga lady Cloe Calverton, creó una fundación para la defensa de los niños sin recursos. Años más tarde, pasaría a ser miembro del consejo asesor del jardín botánico gracias a sus grandes conocimientos en plantas medicinales y hierbas curativas.

Max y Amelia tuvieron cinco hijos, todos ellos muy parecidos, todos con pelo azabache pero variaban en sus ojos, unos negros profundos y otros grises azulados característicos de ducado de Frenton. El heredero, Maximilian Christopher Rochester, era la viva imagen de su padre, pero tenía el carácter y el corazón generoso de su madre y fue el orgullo de ambos desde su mismo nacimiento. Max formaría una camarilla

especial de amigos íntimos e inseparables con Simon, el cuarto hijo de Julianna y Cliff; con Alexander, el tercer hijo de Ethan y Adele; Ronald, el heredero de Eugene y de Jonas; así como de William, heredero de Cloe y de William. Todos ellos nacieron con pocos meses de diferencia y fueron criados por sus padres como el resto de los hijos de tan ilustres parejas, como miembros de una misma familia y para ellos no como primos sino casi como hermanos.

Max y Mel fueron una pareja extremadamente pasional, ardiente y locamente enamorada y compenetrada hasta el final de sus días y desde de su matrimonio no durmieron jamás separados. Max nunca permitió que su esposa durmiese lejos de él ni en otra cama que no fuese compartida por su marido porque, al fin y al cabo, ambos se prometieron, en su noche de bodas, a no yacer nunca en una cama sin el otro y ambos la cumplieron gustosos todas las noches de su vida.

# Reseña familiar

En un arcón que ha pasado de generación en generación y que se abre en ocasiones especiales, se guarda con devoción familiar, con respeto y sumo cuidado un vestido de novia confeccionado siglos atrás por una de las mejores modistas de Londres. Con él se han casado varias generaciones de mujeres de dos familias que forman una misma. Con él se han casado todas y cada una de las duquesas de Frenton y las condesas de Worken.

La leyenda asegura que no todas las mujeres de las familias quisieron usarlo el día señalado, pero que todas las que sí lo hicieron fueron radiantes y felices novias y que sus matrimonios fueron dichosos por estar bendecidos por las generaciones precedentes y por el amor de todas las parejas unidas cuyas novias llevaron orgullosas ese vestido.

AÑO 2013.

Melinda Rochester Frenton, a la que su familia llama cariñosamente Mel, prepara su boda con un oficial de la marina de los EEUU, Maxwell O'Connell, Max para sus mejores amigos. Tras abrir el arcón contuvo la respiración mientras su madre y su tía sacaban el vestido y lo colocaban sobre la cama junto con un libro con los emblemas familiares en el que figuraban los nombres de todas las damas de la familia que llevaron el vestido y unas palabras de cada una de esas novias escritas de su puño y letra el día de sus bodas. Contemplando aquel vestido Melinda sentía el amor y la devoción de todas y cada una de sus antepasadas, y supo que había elegido bien a su futuro marido, que iba a ser feliz con él y que, pasase lo que pasase, su matrimonio sería como el de todas esas mujeres, llenos de buenos y malos momentos, pero sobre todo llenos de amor y de pasión. Ella era una descendiente de los Rochester y de los Mcbeth, una vez entregaba su corazón era para siempre. Suspiró y rozó el delicado encaje del vestido, de su vestido de novia.



# Notas

- [1] Galuchí: azúcar en caló.
- [2] *Silver* significa plata en inglés y, *gold*, oro.
- [3] Cita de Giovanni Boccaccio (1313-1375), escritor italiano.
- [4] Cita de Michel Eyquem de Montaigne (1533-1592), escritor y filósofo francés.
- [5] Cita de Cicerón (106 AC-43 AC), escritor, orador y político romano.
- [6] Cita de René de Chateaubriand (1768-1848), diplomático y escritor francés.
- [7] Así era como denominaban a los guardias de la Marina Real los marineros y piratas.
- [8] Muy bonita, linda muchachita...
- [9] Que mis hombres se diviertan con esta cosa bonita.
- [10] “Bienvenidos de nuevo” en portugués.
- [11] En la mitología griega, los Anemoi (en griego

antiguo 'Ανεμοι, 'vientos') eran dioses del viento.

[12] Uno de los clubes de caballeros más selectos de Londres, donde se reunían los poseedores de algunos de los mejores títulos de Inglaterra y sus descendientes.

[13] *Minha querida mina*, en portugués significa «mi querida niña».

[14] *Muito bem* en portugués «muy bien».

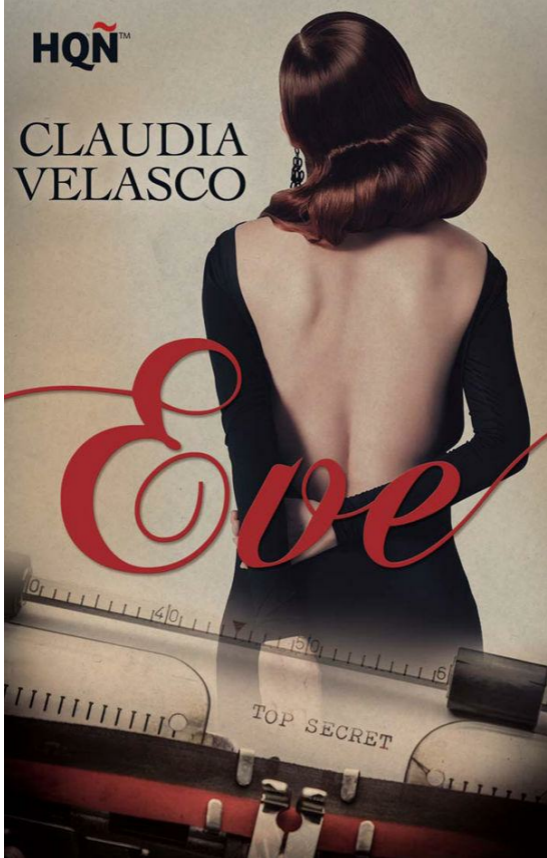
Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

HQN™

CLAUDIA  
VELASCO

*Eve*

TOP SECRET



[www.harlequinibericaebooks.com](http://www.harlequinibericaebooks.com)